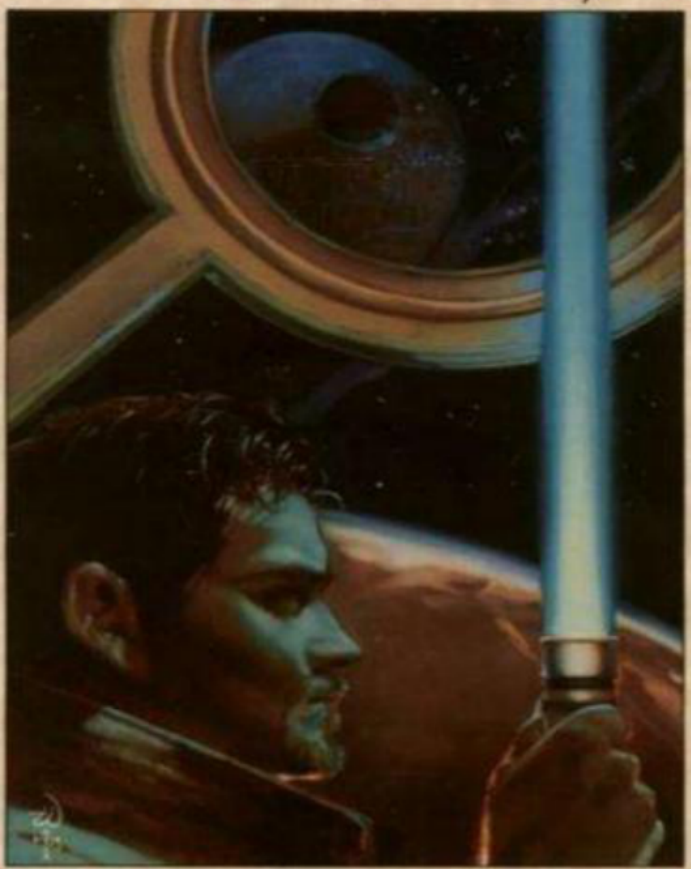
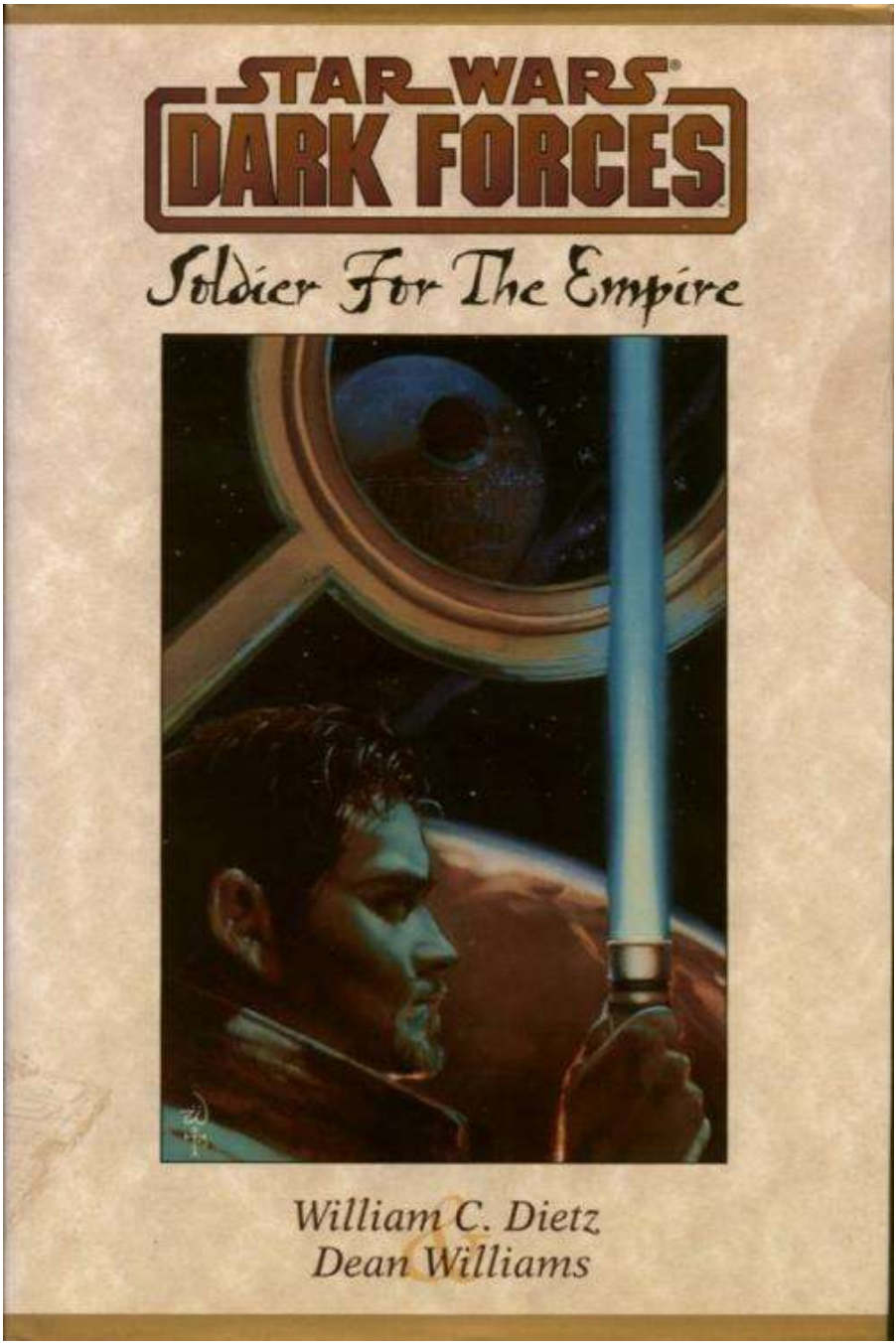
STAR WARS DARK FORCES

Soldier For The Empire



William C. Dietz
Dean Williams



Kyle Katarn es un graduado condecorado de la Academia Militar

Imperial que entregaría su propia vida por el Imperio. Sin embargo, no entregaría la vida de su padre, y justo eso es lo que el Imperio ha tomado. Kyle está dispuesto a hacer cualquier cosa para vengar la muerte de su padre, y con ello cuenta la Alianza Rebelde. Únete a Kyle Katarn en este flamante y trepidante relato de aventura y suspense.

Basado en los populares juegos interactivos *Star Wars: Dark Forces* y *Jedi Knight*, esta novela corta en prosa está escrita por el aclamado autor William C. Dietz (*The Final Battle*) e ilustrada por el galardonado artista Dean Williams (*Tarzan: The Lost Adventure*).

FUERZAS OSCURAS 1

Soldado del Imperio

William C. Dietz

Kyle Katarn acaba de graduarse en la Academia Militar Imperial de Carida cuando se entera de la muerte prematura de su padre y parte hacia el hogar. Durante el viaje, Kyle cimienta una amistad con una agente rebelde, aprende la horrible verdad acerca de la forma en que su padre ha muerto, y jura venganza contra el Imperio. Su oportunidad llega cuando la Alianza le ofrece una misión casi suicida: entrar en el Centro de Investigación Imperial de Danuta, encontrar los planos de la Estrella de la Muerte, y sacarlos de allí.

Esta flamante aventura ofrece antecedentes, e incorpora elementos, de los juegos interactivos de LucasArts *DARK FORCES* y *JEDI KNIGHT* y prepara el camino para los libros dos y tres: *Fuerzas Oscuras: Agente Rebelde* y *Fuerzas Oscuras: Caballero Jedi*.

DECLARACIÓN

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros

y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

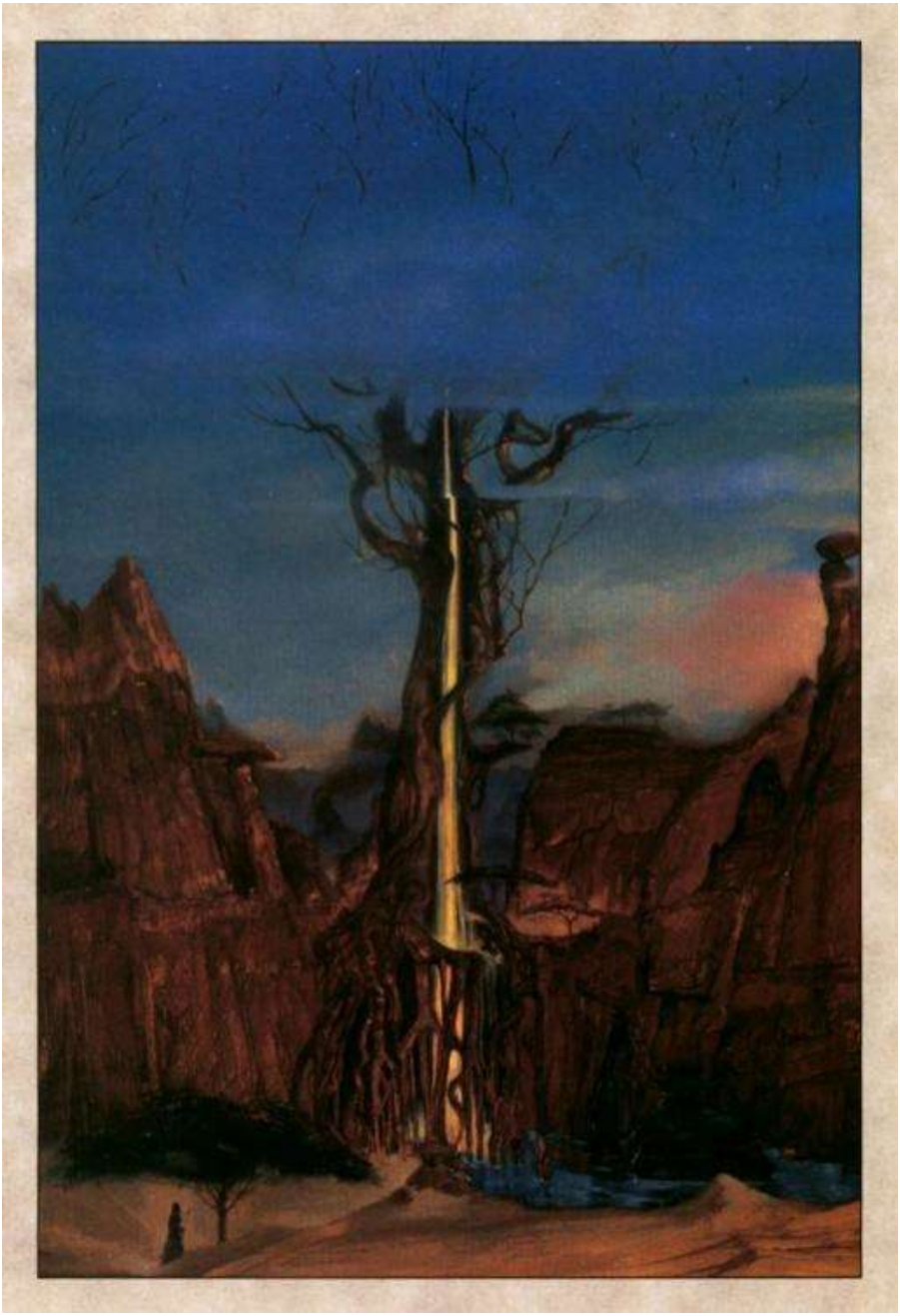
Para Ron y Roberta Ward (quienes accedieron a ayudar cuando lo pedí) y merecen sólo lo mejor.

Mi agradecimiento a Dean Williams, por el arte que embellece este libro, a Justin Chin y el personal de desarrollo de LucasArts Entertainment Company *que crearon* DARK FORCES *, a la eterna ayuda de Lucy Autrey Wilson, Allan Kausch, David Scroggy, Lynn Adair, Ginjer Buchanan, y por último, pero ciertamente no menos importante, a George Lucas y las demás mentes que crearon este universo. Que la Fuerza os acompañe.*

BILL DIETZ

A Dios, mi madre y mi padre, y para mi mejor amiga y prometida, Debra. Y a Meridian.

DEAN WILLIAMS



CAPÍTULO *1*

El relé que falló, y con ello salvó la vida de Morgan Katarn, era una parte integral de la estación de bombeo que cubría el cuadrante sureste de su granja. Sin el relé y la bomba, sus habas variformes se marchitarían y morirían. Estas, al igual que el resto de los cultivos, necesitaban el agua que el árbol espita de más de mil años de Morgan sacaba a la superficie a través de sus raíces tubulares, o “espitas”, que descendían cientos de metros para recoger agua del acuífero subyacente… agua que el árbol compartía con los cultivos de Morgan a través de un sinfín de tramos de tubos de irrigación.

El taller era una zona amplia en la que Morgan pasaba casi todo su tiempo, es decir, cuando estaba en casa… que era menos de lo que le hubiera gustado. Sus responsabilidades como artesano agro-mec le quitaban más horas de lo que era bueno para la agricultura que llevaba a cabo, al igual que el movimiento de resistencia. En el taller había armarios donde almacenaba sus piezas de repuesto, mostradores con herramientas esparcidas, y cubos llenos de esquemas, impresiones y diseños. Morgan rodeó la mesa de trabajo para mirar a uno de los seis monitores. Proporcionaban una vista en 3-D rotatoria del funcionamiento interno de la bomba. Las líneas que representaban el relé infractor habían cambiado de verde a rojo y parpadeaban intermitentemente. Molesto… pero fácil de remediar.

Morgan anotó el número de la pieza, abrió un armario de almacenamiento, encontró la caja coincidente, y la cogió. Un soplo de aire tocó la parte trasera de su cuello y escuchó los ventiladores de refrigeración de WeGé. Se dio la vuelta y sonrió.

—Hey, viejo amigo… ¿cómo está ese panel solar? ¿Todo arreglado? Buen trabajo.

Morgan había diseñado al droide él mismo. Dado que su conocimiento de robótica era autodidacta, no había sido fácil. La forma había sido hecha para ajustarse a la funcionalidad… así que WeGé parecía cualquier cosa menos humano. Aunque capaz de asumir cientos de configuraciones, WeGé siempre regresaba a una forma de U

invertida. Su brazo derecho era tres veces más potente que el izquierdo. Tenía no menos de cuatro juntas articuladas, y una pinza en forma de C. El brazo izquierdo era menos robusto, pero estaba montado con una mano de estilo humano que podía usar las herramientas alojadas en el cinturón de utilidades ceñido alrededor de la carcasa del procesador de WeGé.

Lo que Morgan llamaba la junta de accionamiento vinculaba ambos lados del droide, y servía como plataforma para la vaina sensora vertical que proporcionaba a

WeGé el equivalente electrónico de la vista. Gracias a un motor repulsor rescatado de una moto deslizadora imperial, y a los propulsores direccionales adaptados de un droide sonda desechado, la máquina flotaba a dos metros del suelo. Una lente ovalada se inclinó hacia Morgan y el droide emitió un sonido gorjeante. El humano asintió en respuesta.

—Claro, abordaremos eso por la mañana. Pero lo primero es lo primero... tengo que reemplazar una pieza de la bomba cuatro. Estarás al cargo hasta que yo vuelva.

WeGé chirrió contento y se enchufó a uno de los muchos puertos de datos repartidos por todo el complejo. Una vez conectado, el droide podría supervisar toda la granja desde esa posición única.

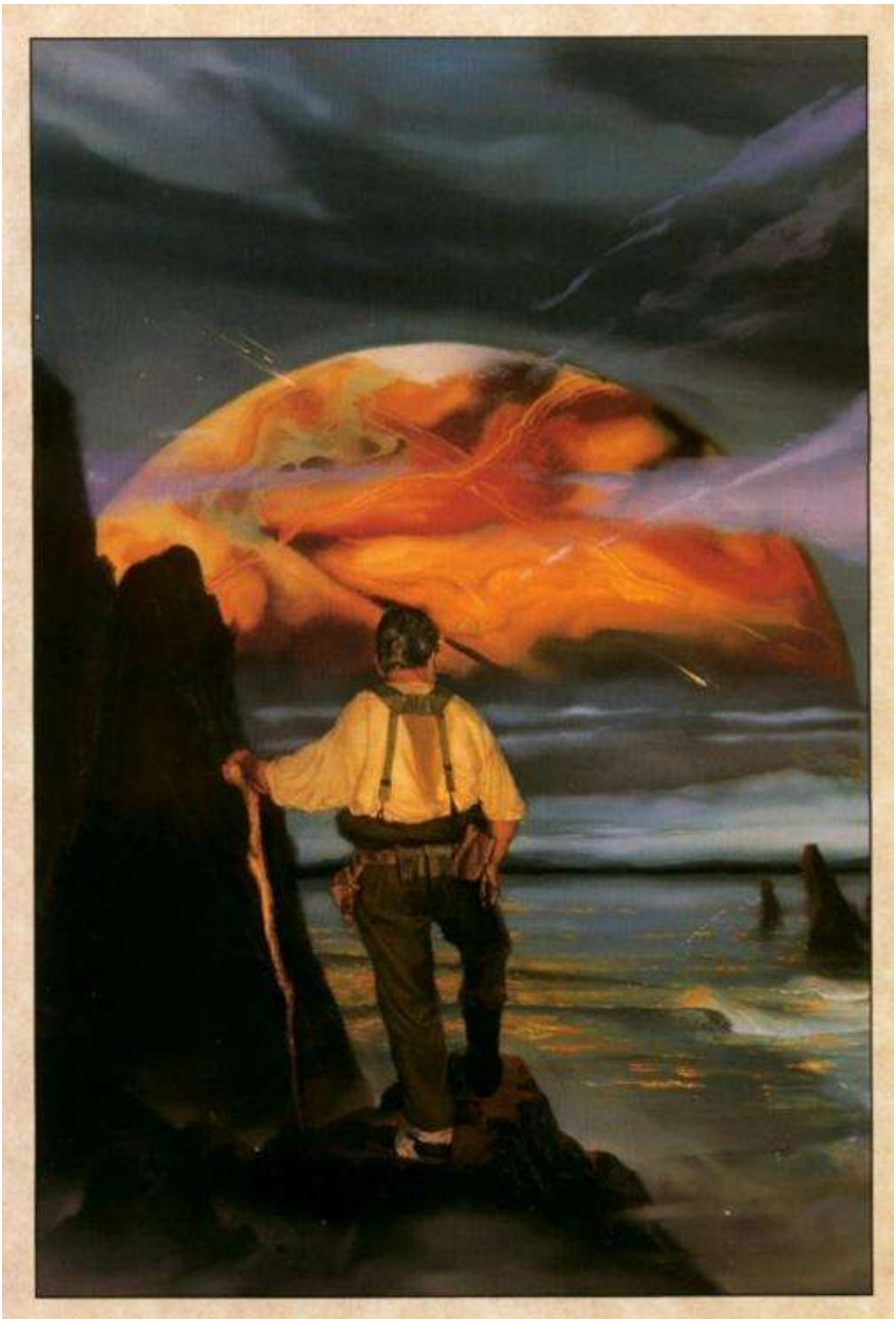
El granjero consideró el coger un vehículo y decidió no hacerlo. La caminata sería buena tanto para su espíritu como para su cintura. Morgan comprobó que su comunicador estaba cargado, agarró el bastón de caminar de una esquina, y se deslizó a través de la puerta.

Respiró el aire fresco de la noche y se detuvo para ver alzarse el planeta Sullust.

Morgan tenía amigos allí, muchos de los cuales pertenecían a la Alianza y trabajaban por el día en que el Nuevo Orden sería destruido. No era una tarea sencilla en un planeta donde el Emperador gobernaba a través de la vasta Corporación SoroSuub. Sin embargo, donde hay voluntad hay un camino, y ellos tendrían éxito, Morgan estaba seguro.

Caminando enérgicamente a fin de elevar su ritmo cardíaco a nivel aeróbico, el granjero emprendió el camino en dirección sureste. La hierba seca crujía bajo sus botas, insectos lume bailaban delante de su rostro, y las estrellas aparecieron en el cielo. A Morgan le recordaron a su hijo Kyle... y el hecho de que pronto se graduaría.

La idea de que la necesidad financiera había jugado un papel más importante que la libre elección en la decisión de Kyle de asistir a la Academia Militar Imperial todavía llenaba a Morgan de culpabilidad. Los Katarn eran del Borde Exterior, con recursos financieros limitados, y la Academia había representado la mejor oportunidad de Kyle para tener una buena educación.



Morgan frunció el ceño. Tal vez si hubiera sido un poco más flexible, si hubiera estado un poco menos centrado en cómo se hacía el dinero,

habría tenido más. ¿Cómo sería Kyle cuando regresara? ¿Igual que el chico al que le dijo adiós? ¿O como los soldados de asalto que se pavoneaban en el espaciopuerto? Las estrellas permanecían en silencio, los insectos lume bailaban, y no había forma de saberlo.

El *Venganza* no era uno de los destructores estelares más grandes del Imperio, pero tampoco se requería una nave mayor para el asunto entre manos. Después de todo, ¿por qué usar una espada cuando una daga sería suficiente? La idea agradó a la mente que la concibió. El puente era grande y abierto. La tripulación estaba en trincheras semicirculares abiertas en la cubierta bien pulida. El Jedi Oscuro conocido como Jerec estaba sobre el puesto de mando y observaba la luna que flotaba más allá.

Lo que *él* veía era mucho más complejo que los que le rodeaban percibían. Jerec era alto y delgado hasta el punto de parecer demacrado. Mantenía la cabeza rapada y tatuajes faciales negros brillaban sobre su piel morena. Sus cuencas oculares vacías estaban escondidas tras una banda de cuero negro. Su túnica, pantalones y botas eran negros. Jerec no llevaba ninguna insignia más allá de los símbolos visibles en su collar rojo sangre... y mantenía sus habilidades Jedi en secreto.

Sin embargo, tal era la naturaleza del hombre, y el poder que ejercía, que ningún signo de autoridad era necesario. Jerec actuaba bajo las órdenes del Emperador Palpatine y esperaba con interés el día en que *todos* se arrodillaran ante él, aunque se cuidaba de ocultar tales ambiciones tras una máscara de lealtad.

El Capitán Thrawn estaba detrás de Jerec, ligeramente a su derecha. Era tan alto como Jerec, pero la similitud terminaba ahí. Thrawn tenía un reluciente pelo negro azulado, piel azul pálido, y ojos rojos brillantes, todo lo cual constataba su origen alienígena y era raro en la xenófoba armada del Imperio.

Sin embargo, por mucho que Palpatine desconfiara de las demás especies inteligentes, amaba a los ganadores, y Thrawn había coleccionado más victorias, medallas y promociones que la mayoría de los oficiales con el doble de sus años de servicio. Estaba de pie con las manos cruzadas a la espalda y esperaba a que su superior hablara. Cuando las palabras llegaron, la voz de Jerec era suave, casi femenina.

—¿La sonda ha regresado?

—Sí, señor. No había señales de un fallo de seguridad. La sorpresa será completa.

—¿La nave de descenso está lista?

—Sí, señor. Cargada y lista.

—Excelente. Puedes comenzar.

—Sí, señor.

Thrawn se volvió, y estaba a punto de marcharse, cuando Jerec volvió a hablar.

—Una cosa más...

El oficial se volvió ante el sonido de la voz de Jerec.

—¿Señor?

—Quiero a Morgan Katarn vivo.

Thrawn era muy consciente de lo que Jerec quería pero asintió obedientemente y dijo: “Sí, señor”, con exactamente la misma entonación que había usado la primera vez que la orden había sido emitida. Además de ser un táctico brillante, y aún mejor estratega, Thrawn tenía otra virtud, y era su absoluta falta de ego. Algo necesario para un oficial de origen alienígena en una organización militar plagada de clientelismo y política.

Jerec, quien quería mucho más que el siguiente patético rango en la estructura de poder de otro ser, asintió y se alejó.

Así despedido, Thrawn abordó el asunto en cuestión. Se habían dado órdenes y él las llevaría a cabo.

Aunque aproximadamente del mismo tamaño que una lanzadera de asalto imperial, el carguero ligero de serie de fabricación corelliana tenía menos armamento y aún llevaba las cicatrices acumuladas durante los viajes de suministro a la Estación Espacial Kwenn.

Capturado con un cargamento completo de artículos del mercado negro, había sido añadido a la variopinta colección de naves que el Imperio utilizaba para misiones clandestinas. Era una de las naves típicas que la Alianza pondría en servicio. Pintado con números de registro idénticos a los usados por uno de sus incursores comerciales, era un creíble doble de uno real. Los retropropulsores se dispararon mientras igualaba la velocidad con la de Sulon y se disponía a aterrizar.

Dentro de su casco, en un compartimento de carga que todavía apestaba a los suministros hidropónicos que había llevado, un equipo de comandos de Operaciones Especiales se preparaba para el combate. Su líder, un teniente primero de treinta y algo llamado Brazack, observaba con ojos omniscientes. Se había ganado su nombramiento por la vía dura, en una batalla tan sangrienta que todos y cada uno de sus superiores

fueron asesinados. Su subsecuente promoción se produjo a raíz de una misión que produjo no menos de cuatro medallas al valor… todas otorgadas a título póstumo.

Sus compañeros, casi todos los cuales se habían graduado en la Academia, estaban resentidos con Brazack y su vinculación casi mística con las tropas asignadas a él. En este caso, sus tropas eran el segundo pelotón, la compañía B, del legendario Grupo de Operaciones Especiales, también conocido como el Batallón Fantasma.

A pesar de su pertenencia común a una de las organizaciones militares más elitistas del Imperio, cada miembro del pelotón iba vestido con un conjunto variopinto de ropas y armaduras no coincidentes con la intención de parecerse a los elementos voluntarios de la Alianza.

Y los disfraces habrían sido creíbles de no ser por las armas estándar que llevaban…

y el hecho de que eran exclusivamente humanos, una circunstancia poco frecuente cuando se trataba de unidades reb.

Brazack había puesto reparos a dichas discrepancias, y abogó por un retraso mientras eran corregidas, pero fue revocado. Él reaccionó como usualmente hacía, con un encogimiento de hombros y una sonrisa torcida. ¿Y por qué no? A Brazack no le importaba si alguien veía a través de la charada, especialmente a la luz del hecho de que había presentado su protesta por escrito y había guardado un recibo generado por ordenador. Tales precauciones eran una segunda naturaleza para alguien que había ascendido desde las trincheras.

—Tres hasta tierra —anunció el piloto.

Brazack caminó lentamente por el pasillo central. Hizo contacto visual con cada miembro del equipo mientras hablaba.

—Muy bien, hombres, conocéis el procedimiento. Aterrizamos, aseguramos la zona de aterrizaje, y recogemos al prisionero. ¿Preguntas? ¿No? ¡Bien! Atrapad a ese imbécil y las bebidas correrán de mi cuenta.

Los hombres sonrieron. Conocían a muchos oficiales que difícilmente reconocerían su condición de seres humanos… y mucho menos les comprarían bebidas. Lo cual tenía mucho que ver con el hecho de que prefirieran morir que decepcionar a su líder.

El carguero llegó alejado del sol, se hundió hasta el nivel de las

azoteas, y se desplegó en una granja al sur de la de Morgan Katarn. Pertenecía, se les había dicho, a una familia de apellido Danga. Los láseres eructaron, edificios estallaron en llamas, y el

ganado variforme se liberó de sus corrales. El piloto imperial, un caridano llamado Vester, sonrió y giró para otra pasada. Dando a los observadores en tierra un montón de tiempo para una identificación, eso es lo que decían las instrucciones, y eso es lo que hizo

Una mujer y sus dos hijos salieron de la cobertura ofrecida por una casa que ardía ferozmente en llamas y corrieron hacia un barranco cercano. Vester giró bruscamente la nave a la izquierda, centrando sus siluetas en la mira, y apretó un botón. Hubo un satisfactorio destello cuando los colonos murieron.

—Misiles… —dijo su copiloto casualmente, muy consciente del hecho de que el carguero volaba demasiado bajo para que el dispositivo portátil se armara, y disparó una torreta ventral en respuesta. Disparos de energía golpearon el centro del parque de vehículos, marchando hacia el cobertizo de mantenimiento, y encontrando a Don Danga tratando de recargar su arma. El misil portátil explotó y él desapareció.

El carguero se estremeció, se estabilizó, y se dirigió hacia el norte. Al atacar la granja Danga antes de golpear el lugar de Katarn, y golpeando también a otra familia cuando se fueran, esperaban crear la impresión de una incursión relámpago rebelde. A Vester no le importaba demasiado mientras él efectuara los disparos y otros murieran. Pulsó el botón del intercomunicador.

—Vale, teniente… treinta hasta tierra.

Brazack recibió el mensaje, echó un último vistazo a sus hombres, y se colocó en la rampa ventral. Se enorgullecía de liderar desde el frente… y planeaba ser el primero en salir.

Vester vio la granja de Katarn crecer en la distancia, se desvió para evitar un enorme árbol, y encendió los repulsores. La nave se tambaleó, frenó y se desplomó. No fue muy elegante… pero ideal para cuando los segundos cuentan.

Brazack sintió los patines golpear el suelo, pulsó el botón junto a la escotilla y se lanzó a través de la abertura. Ejecutó una voltereta sobre su hombro, permitió que el impulso hacia adelante le levantara, y abrió fuego. Eso mantendría las cabezas agachadas de quienes estuvieran en la granja. Las ventanas se rompieron y las cortinas

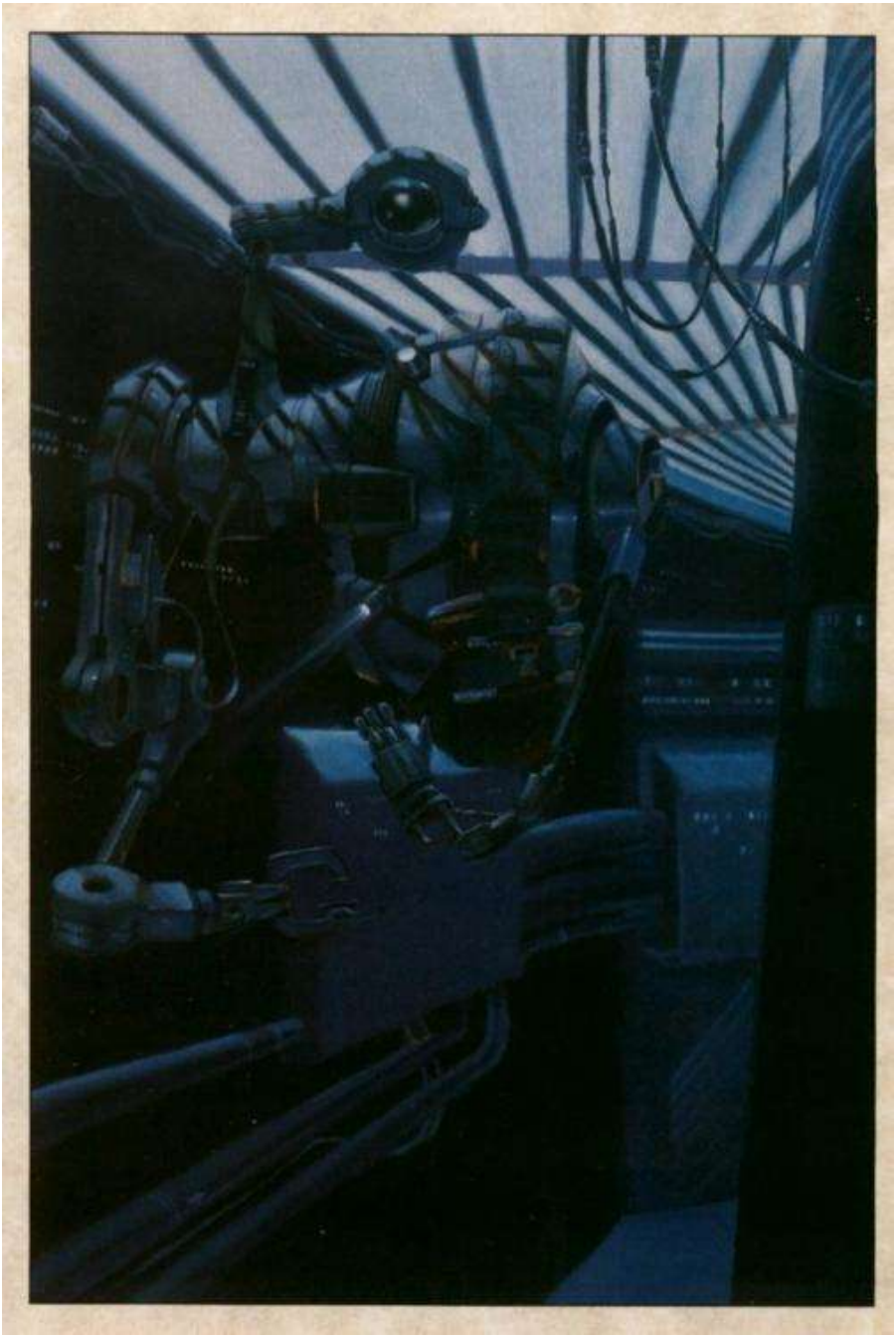
comenzaron a arder. Nadie devolvió el fuego. El pelotón surgió de la nave, formó una línea de escaramuza, y esperó órdenes.

Vester esperó hasta que los comandos salieron, encendió los repulsores, y partió hacia el norte. Su trabajo consistía en infligir daño adicional, proporcionar apoyo de fuego si se le pedía, y hacer la recogida final. Una rápida comprobación le confirmó que un escuadrón de cinco cazas TIE había asegurado su ruta de escape. La misión iba sobre ruedas y Vester era feliz.

Morgan Katarn había llegado a la ladera sur de la colina que se interponía entre su casa y el cuadrante sureste cuando oyó el estruendo de motores en marcha y vio una nave volando bajo. Observó la nave con poco más que curiosidad en un primer momento; un piloto tan estúpido que él o ella no encontraba el espaciopuerto al este e iba en busca de puntos de referencia. Entonces se dio cuenta de que las luces de posición habían sido apagadas y de que la nave estaba volando por debajo de los mínimos oficiales, y su estómago dio un vuelco. Ese tipo de sentimiento lo había protegido en el pasado.

En una fracción de segundo desde que sus dudas iniciales entraron en su mente, la nave abrió fuego. Morgan se quedó atónito cuando láseres apuñalaron el suelo, un MAP[1] se fue muy por encima, y algo explotó.

Morgan cogió a tientas los electrobinoculares de su bolsa del cinturón y los llevó hasta sus ojos. El dispositivo capturó lo que la luz le permitió, mejorándolo, y mostrando el resultado en los oculares. Pulsando “zoom” seguido de “grabar”, Morgan pudo documentar lo que estaba pasando.



La casa Katarn era una estructura modesta, sólo la mitad de la cual sobresalía del suelo.

El resto, por razones de coste y aislamiento, estaba rodeada por tierra cuidadosamente prensada.

Brazack esperó al cabo Koyo para patear la puerta, luego esperó a un fuego defensivo que nunca llegó, y entró con su arma preparada. La sala de estar daba sensación de abandono, como si fuera más para mostrar que para usar, y contenía pocas cosas de valor o interés. Brazack señaló hacia un par de puertas.

—Kayo… Santo… mirad a dónde llevan. Y mantened los ojos bien abiertos por Katarn.

Los hombres habían memorizado la cara de Morgan durante la sesión de simulación. Se las arreglaron para retener los “sí, señor” que salían naturalmente de sus labios y dijeron “entendido” en su lugar.

El rango tenía sus privilegios y Brazack se había asignado a sí mismo el rumbo de investigación más interesante. Se encaminó a través de un portal entrando en un taller.

Apenas había atravesado la entrada cuando algo le golpeó en el pecho y lo lanzó hacia atrás. La armadura de debajo de la camiseta impidió una lesión grave, pero no obstante, dolía. El misil había consistido en un servo parcialmente desmontado, y a pesar del hecho de que WeGé lo había lanzado con infalible exactitud, el índice de amenaza era extremadamente bajo. Sin embargo, los comandos reaccionaron como lo harían ante cualquier amenaza, y usaron una fuerza desmedida.

Una granada antipersona golpeó el suelo, se levantó en el aire por sí misma, y explotó. El droide chirrió lastimosamente. Santo colocó un disparo a través de la rejilla del altavoz de la máquina. WeGé consideró resistirse más, pero decidió no hacerlo, y envió un aviso electrónico a Morgan Katarn.

En lo alto de la colina por detrás de la granja, Morgan oyó y sintió su localizador dispararse, haciéndole saber que los asaltantes habían encontrado a WeGé, y pulsó el

botón que lo silenciaba. Un nudo se formó en su garganta. Sí, WeGé era una máquina, pero también había sido un amigo.

Incapaz de hacer más que documentar lo que pasaba, el granjero vio incendios originándose en sus cobertizos, y vio la nave regresar desde el norte y descender frente a su casa. Había algo en los asaltantes que perturbaba a Morgan. Al principio se le escapó, pero luego lo entendió. ¡Los auto-proclamados rebeldes llevaban armas idénticas! Por no hablar de que todos y cada uno de ellos eran humanos. *Parecían* rebeldes, pero *no* eran rebeldes, entonces, ¿qué dejaba eso? La respuesta simple, la respuesta obvia, era que eran tropas imperiales. Enviadas para matar y/o capturar a líderes reb. Eso explicaría el ataque.

Morgan se dejó caer sobre el suelo mientras la nave encendía los repulsores y se elevaba en el aire. Los incendios, los últimos no mayores que chispas, marcaban el paso de la nave hacia el oeste. Morgan sacudió la cabeza con tristeza. Si los imperiales creían que tales incursiones podrían suprimir la Rebelión, estaban equivocados. Muchos sufrirían esta noche... y su odio crecería. El reto consistía en enfocar sus emociones, para transmutar esa energía negativa en positiva.

Morgan observó agriamente cómo los incendios alrededor de su casa desaparecían.

Activado por los ordenadores de casa, y alimentado por el árbol espita, su sistema de regadío se había detenido. Frunció el ceño y se mordió el labio. Las posesiones podían ser reemplazadas, pero, ¿y WeGé? Y lo más importante, el mapa que Rahn le había confiado. ¿Estaba intacto? ¿Sabían los imperiales lo valioso que era? Morgan ansiaba regresar, para comprobar su casa, pero sabía que una trampa podría estar esperando.

Morgan se volvió, medio se arrastró para salir de la línea del horizonte, y caminó hacia el este. La oportunidad habita dentro del desastre. A su amigo Rahn le gustaba decir eso... y él esperaba que fuera cierto.

Thrawn recibió la poco envidiable tarea de decirle a Jerec que a pesar de que la incursión había sido un éxito, los comandos habían sido incapaces de encontrar y capturar a Morgan Katarn. Uno nunca debía retrasar una tarea desagradable, así que Thrawn marchó por un pasillo

bien iluminado, asintió a los soldados de asalto que estaban de guardia fuera de la suite de Jerec, y solicitó entrar. Se le permitió pasar sin demora. Al no tener ojos ni vista, no en sentido ordinario, al menos, Jerec estaba sentado en casi total oscuridad. Sólo el suave resplandor proporcionado por los

repetidores del puente e interruptores luminosos daban algo de luz a la habitación. La falta de iluminación pretendía ser intimidante, y lo habría sido para cualquiera excepto para Thrawn, quien provenía de una especie que se jactaba de poseer muy buena visión nocturna. Esperó a que Jerec hablara.

—Traes malas noticias.

Thrawn tomó nota del hecho de que el comentario venía en forma de afirmación más que como una pregunta. ¿Cómo lo sabía Jerec? No había forma de saberlo.

—Sí, señor.

—Puedes continuar.

El oficial de la armada recitó su informe de la misma manera que recitaba *todos* los informes; sin excusas ni explicaciones. Una vez que Thrawn terminó, transcurrieron treinta segundos antes de que Jerec hablara.

—¿Fue Katarn advertido?

—No hay ninguna evidencia que apoye esa teoría, señor. El Teniente Brazack cree que el sujeto salió de la granja por una especie de recado.

—O *sintió* la necesidad de ir a otro lugar —reflexionó Jerec en voz alta —. Él percibe la Fuerza, e incluso la utiliza de vez en cuando, pero tiene miedo de extenderse y hacer suyo su legado. “¿Qué pasa si cometo un error?”, se pregunta. “¿Qué pasa si abuso del poder?. “¿Se puede confiar en mí?”. ¡Tal estupidez está más allá de todo cálculo! Puedo sentir su presencia desde la órbita. Trabajando, preocupándose, maquinando. Todo en vano.

Thrawn permitió que una de sus cejas se elevara. A pesar del hecho de que Jerec hacía considerables esfuerzos para ocultar determinadas habilidades a sus superiores, a algunos subordinados elegidos les permitía entreverlas.

—Señor… sí, señor.

—Por supuesto, todo esto no tiene ningún interés para ti —se mofó Jerec—. Porque eres un ser del mundo físico, una mano ejecutora, un manipulador de objetos. Bien, mano ejecutora, os voy a dar a ti y al Teniente Brazack una oportunidad de redimiros a vosotros mismos y conseguir otra de las condecoraciones para prosperar en la cadena.

Escucha con atención, porque hay mucho que hacer.

La habitación era circular y estaba llena de gente. Con la excepción de un equipo de noticias de la Alianza, enviado para grabar los debates como parte del esfuerzo comunicativo necesario para unir a cientos de especies sensibles bajo un mando único, los colonos llegaron de todo el distrito. Eran hombres y mujeres duros, con cuerpos enjutos, habituados a la adversidad. Cada uno había sido elegido para representar a al menos otros diez. Prestaban estricta atención a lo que se decía.

Todo en Skorg Jameson era grande, empezando por su cuerpo y continuando con su voz, gestos y movimientos. Tenía el pelo enmarañado que caía hasta rozar la parte superior de sus hombros, el pecho sobresalía bajo su chaleco de cuero, y plantaba las botas en el suelo como troncos de árbol. Se puso en pie, de espaldas a una enorme chimenea, y miró a los que le rodeaban.

—¡Yo digo que el momento es éste! Habéis visto lo que ha pasado con los Danga, Katarn, y una docena más… ¡Es hora de plantarse y mostrar a los demás lo que podemos hacer!

Fue un discurso valiente, y Morgan admiraba a Jameson por ello. Especialmente a la luz del hecho de que un espía podría estar presente, o un dispositivo de escucha tan sofisticado que hubiera escapado al barrido previo a la reunión. Evidentemente las palabras tenían una cualidad ensayada, y podrían ser parte de la campaña de Jameson para ser Líder de Sector. Hubo aplausos y Morgan permitió que se desvaneciesen antes de decir lo que pensaba.

—Yo también estoy cansado de la presión, la extorsión, y los ataques. Es por eso que es tentador buscar una oportunidad de devolver el golpe… Pero, ¿a qué coste? Sí, algo de inteligencia sumamente interesante ha llegado a nuestros oídos. Suponiendo que la fuente de

información del ciudadano Jameson sea correcta, y los imperiales disfrazados de rebeldes o mercenarios *estén* planeando atacar el Pozo-G.

—Lo cual nos obligaría a comprar una planta de fusión a la Corporación SoroSuub, y a pagar impuestos al Imperio —añadió Jameson mordazmente.

—Exactamente —dijo Morgan amablemente—. Justamente por eso vendimos cuotas y empezamos a perforar el eje. Pero, ¿y si hay un propósito más profundo? No sólo para destruir el Pozo, sino para atraernos a una batalla campal y eliminar la infraestructura rebelde en Sulon. Las incursiones de guerrilla son una cosa, pero nuestras fuerzas no

están capacitadas o equipadas para combatir contra los comandos de Operaciones Especiales. Si perdemos, perdemos más que el Pozo-G, perderemos el mismo Sulon.

Un buen número de cabezas asintieron, y voces murmuraron en acuerdo. Sin embargo, sólo unos segundos transcurrieron antes de que uno de los compinches de Jameson se adelantara para reiterar el punto de vista del hombre grande. La reunión duró un total de cuatro horas, y para cuando terminó, se había llegado a un consenso.

Había llegado el momento. Los rebeldes de Sulon defenderían el Pozo-G con todo lo que tenían.

Se levantó la sesión y los colonos se dirigieron a sus vehículos. Un droide sonda altamente modificado observaba desde la cobertura de unos árboles. El robot contó el número de personas que salieron, efectuó grabaciones de infrarrojos de sus movimientos, y escuchó sus comentarios de despedida. Un resumen fue enviado al *Venganza* segundos después de que el último conspirador se marchara y llegó hasta Jerec sólo unos minutos después de eso. El Jedi Oscuro escuchó el informe y regresó a su comida cuidadosamente aromatizada. Sonrió. Las semillas se habían sembrado, los cultivos habían florecido, y la cosecha estaba a mano.

El extremo superior del Geo Térmico, o Pozo-G, se encontraba en una caverna de tamaño considerable elegida tanto por su relativa proximidad al calor atrapado en la corteza terrestre tres kilómetros

más abajo, como por el hecho de que era impermeable a los ataques aéreos. Una serie de estructuras prefabricadas se habían erigido a su alrededor, incluyendo edificios para albergar las bombas de inyección de agua, turbinas gigantes, y salas de control auxiliares. La asignación de Morgan estaba en otra parte, pero hizo una pausa para recuperar el aliento, y admirar lo que los colonos habían logrado.

El principio era relativamente simple, y se había utilizado en varios mundos previamente al alzamiento del Nuevo Orden. Formaciones rocosas de la corteza terrestre eran calentadas por la acción volcánica, un afloramiento de magma y el decaimiento natural de potasio, torio y uranio. Perforando pozos muy profundos, los colonos podían forzar el agua a través de grietas cuidadosamente diseñadas, donde se calentaba y se bombeaba a la superficie. Entonces se llevaba el isobutano a ebullición para que pasara a través de las turbinas generando energía. Y todo esto se hacía sin residuos radiactivos, sin tecnología potencialmente peligrosa, y sin impuestos gubernamentales.

Esa era la idea de todos modos, y, a juzgar por el complejo casi terminado, pronto sería una realidad. Asumiendo que pudieran defenderlo. Una voz causó que Morgan se volviera.

—¿Ciudadano Katarn? Esperaba encontrarme con usted.

El nombre de la oficial de información era Candice Ondi. Tenía el pelo castaño, grandes ojos inteligentes, y una sonrisa siempre lista. A pesar del hecho de que iba vestida con los ubicuos trapos grises que muchos rebs usaban en lugar de un uniforme, Morgan sabía que tenía una figura bonita. Habría estado interesado en circunstancias normales, pero la posibilidad de que muchos de los que le rodeaban pudieran morir pronto actuó para neutralizar tales pensamientos.

Ondi viajaba con un droide de protocolo cromado especialmente equipado llamado

"A-Cé". El robot hablaba docenas de idiomas, tenía una lente de aumento donde su sensor ocular derecho debería haber estado, y la habilidad de grabar y almacenar digitalmente más de mil horas de audio y vídeo. A-Cé caminaba con el movimiento ligeramente desigual típico de los de su tipo y estaba ocupado en una búsqueda incesante de posibles disparos.

Morgan encontró la posibilidad de que el droide pudiera grabar en un momento dado más que molesta y forzó una sonrisa.

—Capitana Ondi... cuán agradable es verla de nuevo.

La oficial rio.

—Ya veo que está muy emocionado. Escuche, quería darle las gracias por el metraje.

Lo siento por lo que los comandos le hicieron a su granja, pero una imagen vale más que mil palabras. Cientos de miles de seres lo verán y sabrán lo que ha pasado aquí.

Una columna de rebeldes, con las armas cruzadas sobre el pecho, se dirigió hacia el cañón de abajo. Ese era el camino más directo a la caverna y el que esperaban que los imperiales tomaran. El río que debía alimentar al Pozo-G proporcionaría a los soldados de asalto una aproximación en línea recta. Morgan se volvió hacia Ondi. Ella bajó una holocámara y la dejó colgando de su muñeca. Sus ojos eran de color marrón verdoso y parecían ver sus pensamientos más íntimos.

—Así que Morgan Katarn no cree demasiado en nuestras posibilidades, ¿verdad?

Consciente de su papel como líder, y la importancia de una buena

moral, Morgan mintió.

—Al contrario, Capitana Ondi, creo que vamos a ganar.

La oficial de información claramente no le creía. Ella asintió con seriedad, sonrió torcidamente, y se apartó una pelusa del hombro. Había algo personal en su gesto que le recordó a Morgan a la madre de Kyle. Sonrió.

—Cuide de sí misma, capitana. No importa lo que pase hoy, asegúrese de que lo vean.

Ondi asintió, un sargento pronunció el nombre de Morgan, y éste se dio la vuelta.

Nunca volvieron a verse.

A pesar del hecho de que el Mayor Noda tenía el mando nominal de las fuerzas de tierra, era muy consciente del hecho de que Jerec supervisa todo lo que decía y hacía a través de transmisiones de comunicador, droides sonda, y sus propios poderes aparentemente sobrenaturales. Este conocimiento se añadía a la cantidad ya considerable de estrés a la que Noda estaba sometido.

Aunque por naturaleza era cauteloso, Noda no era un cobarde, y había mantenido el mando del AT-AT para ver el terreno por sí mismo. El caminante era de más de quince metros de altura y se sacudía de lado a lado mientras avanzaba en sentido ascendente.

Laderas fuertemente erosionadas, con sus cimas decoradas con arbustos de aspecto resistente, ascendían a uno y otro lado.

Se había invertido una gran cantidad de tiempo y energía pintando la insignia rebelde en los AT. Noda consideraba estos esfuerzos una pérdida de tiempo. Después de todo, la noción de que los rebeldes pudieran capturar ese tipo de armas de gran alcance y ponerlas en contra de sus propietarios era absurda. Sin embargo, órdenes eran órdenes, y la farsa continuaría.

El piloto, que había pasado la mayor parte de los últimos tres días en un simulador de AT-AT preparándose para este preciso momento, manejaba la corriente con facilidad. El agua se arremolinaba alrededor de las masivas piernas de la máquina y fluía aguas abajo. Un recodo oscurecía el río más adelante y Noda vio cómo el segundo

de dos AT-ST desaparecía tras la curva. Hubo una explosión, el humo surgió desde el punto donde los caminantes debían estar, y la batalla comenzó.

Aunque Morgan en realidad no vio el misil golpear al AT-ST, escuchó la charla de comunicador que lo describió, y vio el humo surgir del cañón. A pesar de su posición como líder de la resistencia y miembro respetado de la comunidad, Morgan tenía relativamente poca experiencia militar. Por eso mismo había sido relegado a lo que los rebeldes comúnmente llamaban la "puerta trasera", el área plana por encima de la caverna, a la cual se accedía a través de un fácilmente defendible pasadizo que serpenteaba a través de una serie de cuevas y bóvedas hasta la cámara principal.

Lo cual explicaba por qué los veintiséis soldados bajo el mando de Morgan eran adolescentes o ancianos. Vitorearon cuando el caminante explotó y todavía estaban celebrándolo cuando una mujer llamada Crowley le tocó el brazo. Ella había sido sargento mayor en el Ejército de la República y era la única de su pelotón con experiencia en combate real.

—¡Mira, Morgan! ¡Viniendo en la dirección del sol!

Morgan puso el visor en su lugar y se volvió hacia el sol. La nave estaba demasiado lejos para una ID positiva, pero el rebelde *sabía* lo que era... El mismo carguero de fabricación corelliana que había atacado su granja. Cargado con comandos y en su dirección. Cambió a la frecuencia del pelotón y advirtió a sus tropas.

—Hay una nave de asalto imperial entrando. No os dejéis engañar por las marcas rebeldes. Todo el mundo excepto el equipo de misiles al pasadizo. Trot... Jen... destruid esa nave antes de que aterrice.

—¡Entendido! —dijo Trot con entusiasmo—. No te preocupes, Morgan; la nave está condenada. Vamos, Jen... carga mi tubo.

Los adolescentes tomaron posición detrás de unas rocas mientras el resto del pelotón se escurría dentro de la protección del pasadizo. Trot, con los ojos en la pantalla de imagen vertical proyectada sobre la superficie interior de su visera, observaba la nave crecer en la distancia. El tubo de lanzamiento descansaba en su hombro derecho. El truco era esperar, lo cual aumentaba la posibilidad de impacto,

pero no *demasiado* tiempo ya que el MAP necesitaba tiempo para armarse. Ahí es donde el anciano Danga había cometido un error. Trot estaba determinado a hacerlo bien.

Vester disparó los retros, encendió los repulsores, y permitió que la proa se elevara mientras la nave descendía. Eso bloqueó su visión de tierra, pero ponía más metal entre él y lo que optaran por enviar en su dirección los enemigos. Era un truco que los oficiales de infantería tenían mal visto ya que exponía el vientre de la nave a más fuego enemigo.

Brazack sintió la inclinación de la cubierta, supo lo que estaba haciendo Vester, y maldijo entre dientes. Este no era el momento ni el lugar para tratar con el piloto, pero más tarde, después de que la batalla hubiera terminado, encontraría a ese cretino y le enseñaría una lección.

Trot oyó un suave pitido a través del dispositivo, se aseguró de que el punto de mira estaba correctamente centrado en la parte inferior de la nave, y apretó el botón de disparo. El tubo se sacudió cuando el MAP salió disparado, golpeó el carguero acertadamente, y explotó. La nave se tambaleó, inclinándose de lado, y se estabilizó bajo las manos de Vester. Los escudos corellianos, construidos para soportar los rigores del combate espacial, resistieron.

Trot sintió una vaga inquietud en la boca de su estómago, esperó a que Jen empujara un segundo MAP en el tubo, y disparó de nuevo. El misil apenas había salido del lanzador cuando un rayo láser lo encontró. Trot, Jen, y las rocas donde se habían parapetado se desvanecieron bajo un destello de luz.

Morgan se estremeció, pensó en sus familias, y se estremeció de nuevo. Entonces el carguero aterrizó, comandos disfrazados de rebeldes estaban saliendo de su vientre, y láseres estaban sondeando las rocas. Morgan disparó y tuvo la satisfacción de ver a un imperial cayendo. Era el momento de retirarse, de tomar una posición detrás de

la primera de las muchas barricadas de rocas predispuestas, y luchar en la primera de lo que iba a ser una larga serie de refriegas dilatorias.

Los rebeldes luchaban bien, mucho mejor de lo que Jerec, Thrawn, Noda o Brazack habían pensado, pero el resultado era inevitable. Así como Morgan y su constantemente decreciente equipo eran empujados inexorablemente hacia abajo, también el resto de la fuerza rebelde, aquellos que se habían enfrentado a Noda en el cañón, eran obligados a retroceder hacia arriba. Los imperiales pagaban un precio sangriento por cada palmo de terreno que ganaban, pero había más y estaban mejor entrenados. Finalmente, después de cuatro horas de intenso combate, ambos contingentes de soldados de asalto se encontraron en la cámara principal. La lucha que siguió fue breve y bastante desigual.

Sólo quedaban treinta y siete colonos en ese momento. Los que podían mantenerse en pie fueron alineados frente al casi terminado Pozo-G y ordenados según las instrucciones emitidas por Jerec. El Mayor Noda consultaba una tableta de datos mientras inspeccionaba cada cara. La información proporcionada por los agentes de Jerec, combinada con los datos compilados por los droides sonda, había sido utilizada para crear perfiles detallados. A la mayor parte de los rebeldes se les daría muerte.

Unos pocos, los que ocupaban cargos de liderazgo, serían retenidos para interrogarles.

Morgan Katarn había sido herido dos horas antes. Se tambaleó ligeramente mientras el Mayor Noda avanzaba por la línea. El líder rebelde no albergaba ilusiones. Sabía lo que le esperaba y no sentía más que tristeza, no por sí mismo, sino por los jóvenes cuyas vidas apenas habían comenzado.

El rostro de Noda era poco más que un borrón cuando apareció frente a él. Morgan tenía la vaga impresión de un pelo negro; ojos almendrados y pómulos altos. La voz era brusca e impasible.

—Jerec quiere a este... llevadlo a la lanzadera —unas manos agarraron los brazos de Morgan; él luchó por liberarse, y cayó cuando el aturdimiento le derribó.

Un sargento abofeteó a Morgan en la cara mientras un médico le inyectaba algo en el brazo. Sea lo que fuere le despejó la mente y lo dejó extrañamente alerta. Tanto es así que podía ver las diferencias casi microscópicas entre los remaches del casco, oír el aire mientras pasaba a través de los conductos de reciclaje, y sentir las gotas de sudor mientras aparecían a través de la superficie de su piel. ¿Y todo para qué? Para así poder sentir el dolor con más intensidad y de ese modo que les contara lo que querían saber.

Morgan sintió las puntas de sus botas rebotar sobre el chapado de duracero del casco mientras los soldados de asalto lo arrastraban hasta la sala de interrogatorios y lo dejaban caer. Estaba admirando la precisión con la que los droides de construcción habían acoplado dos de las placas del suelo cuando un par de botas de color negro brillante aparecieron frente a su cara. Esas botas lo asustaban y no estaba seguro de por qué.

Unas manos agarraron a Morgan por debajo de las axilas y lo levantaron de un salto.

Tatuajes negros cubrían la parte inferior de la cara que tenía enfrente. Las drogas de su torrente sanguíneo hicieron que esos tatuajes cobraran vida. Se deslizaban hacia atrás y adelante. Buscó los ojos de su torturador, el camino hacia su espíritu, y no encontró más que oscuridad. Las palabras del hombre eran suaves y olían a menta. Este era el conocido como Jerec. Morgan había oído hablar de él.

—Ciudadano Katarn... cómo me alegro de verte. ¿Qué preferirías? ¿Una larga y dolorosa conversación? ¿O algo breve y al grano? Yo elegiría lo segundo, un camino menos difícil si estuviera en tu posición.

Morgan sentía la boca seca como el desierto. Movió la boca como si se preparara para hablar, reunió un poco de saliva, y apuntó a la cara de Jerec. Lamentablemente el escupitajo no fue lejos y cayó salpicando las botas del otro hombre. Jerec negó con la cabeza burlonamente.

—Qué decepcionante. Me esperaba más de alguien con tu reputación. Una réplica mordaz, un eslogan rebelde, o un heroico silencio. Ah, bueno, siempre es mejor sobreestimar a los oponentes que lo contrario. Ahora dime, ¿de quiénes recibes órdenes, y dónde están?

Morgan sintió su corazón latir contra su pecho. Así que era eso. Jerec esperaba empezar desde abajo y abrirse camino a través de la cadena de mando rebelde. Mata a los líderes y matarás la revolución. Era tan

simple como eso. Pensó en Kyle, lamentó no poder haberlo visto por última vez, y deseó morir. Su boca todavía estaba seca y sentía las palabras pesadas.

—Una princesa gamorreana me entrega las órdenes cada mañana y vive bajo mi granero.

Jerec acarició la vibrocuchilla en forma de bastón. Chisporroteó con energía. El hedor del ozono llenó el aire.

Morgan pensó en Kyle y en el hombre en que esperaba que se convirtiera su hijo.

Hubo una explosión de luz, el rostro de su esposa, y una sensación de paz.

Jerec oyó la cabeza de Morgan golpear contra la cubierta mientras apagaba la vibrocuchilla, y devolvió el dispositivo a su cinturón.

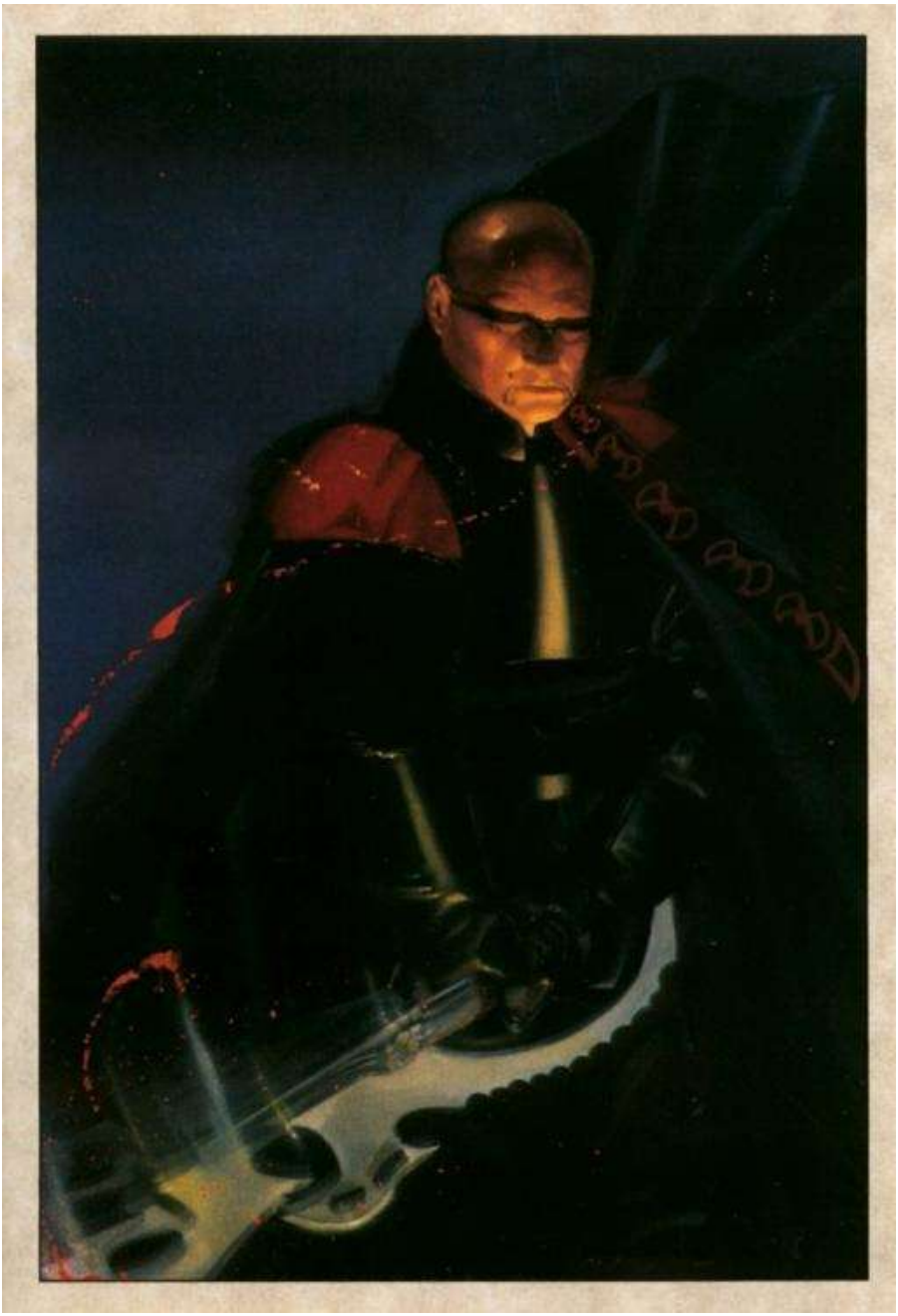
—Hace muchos años, tuve el dudoso placer de pasar por el espaciopuerto de Sulon.

Una instalación escueta, casi espartana, por lo que recuerdo... ¿ha cambiado?

Un sargento, el soldado de mayor rango presente, se cuadró. Estaba aterrorizado y no podía ocultarlo.

—¡Señor! ¡No, señor!

—Excelente. En ese caso me gustaría añadir algo de color al lugar. Instalad esta cabeza donde todos puedan verla y tomar inspiración de ella. Mientras tanto, quiero que el siguiente mensaje se envíe al Emperador Palpatine: “Sulon ha sido pacificada. Tu obediente siervo, Jerec”.



CAPÍTULO *2*

Kyle Katarn no quería morir. No por el Emperador, no por el Imperio, y no por ningún otro. La comprensión trajo color a sus mejillas y Kyle

dio gracias por la brillante armadura blanca que protegía su cuerpo y ocultaba sus facciones. Los hombres que lo rodeaban eran soldados de asalto *reales* y, si no fuera por su casco, habría visto miedo en sus ojos.

Por supuesto para eso era el Ejercicio Omega... para poner a prueba a los cadetes en batalla y ver de qué estaban hechos. Los que completaran sus misiones con una puntuación satisfactoria recibirían sus asignaciones y graduados de la Academia Militar Imperial de Acantilado en Carida. Fracasados como Kyle servirían en las filas. Una ocupación honorable para cualquiera excepto para un cadete. Tal vez los rebeldes lo matarían *antes* de que pudiera avergonzarse a sí mismo. Un deseo bastante inusual en un cadete.

Un par de cazas TIE hizo la tercera de tres pasadas consecutivas, declarando el asteroide "despejado", y se alejaron. La nave de asalto, sólo una de los cientos de vehículos de apoyo que llevaba a bordo el destructor estelar *Imperator*, se estremeció ligeramente y perdió velocidad cuando el piloto disparó los retros. Se requería habilidad para igualar velocidades con un asteroide y el AX-456 no era una excepción.

Tal vez los traga-píxeles de la nave supieran por qué los rebs habían elegido el 456 para establecer su estación repetidora o tal vez no. No es que importara mucho. Una incursión era una incursión y el piloto iba donde le decían.

El sol apareció sobre el horizonte del planetoide y activó el filtro polarizante de la máscara facial del piloto. Comprobó el rumbo y la velocidad, bajó la nariz, y con el mentón pulsó el intercomunicador.

—Estamos a tres, repito, tres hasta tierra. Comprobación del soporte vital y preparación para la inserción.

Aunque asustado, Kyle había sido entrenado para este momento, y reaccionó sin pensar.

—Verificación de sistemas; de arriba a abajo. Katarn verde.

Los nombres se pronunciaron en orden, empezando por su segundo al mando, el sargento mayor Hong, seguido por los miembros de los escuadrones uno, dos, y tres.

Todo verificado, todo el equipo estaba "verde y listo".

Kyle intentó informar, oyó su voz quebrarse, y volvió a intentarlo.

—Aquí Cadete Líder Katarn... todos los sistemas en verde. Listos para la inserción.

—Recibido —respondió el piloto con total naturalidad—. Descompresión atmosférica empezando ahora. Treinta hasta tierra.

Kyle activó con el mentón la frecuencia de mando y dio las órdenes oportunas.

—Descomp en marcha. Treinta hasta tierra. Bloquear y cargar.

Los soldados de asalto estaban sentados en asientos estilo banco con la espalda contra el mamparo. Colocaron sus armas de asalto en posición vertical, alineando los paquetes de energía con las ranuras receptoras, y los metieron en su lugar. Olvidarse de hacer esto era la clase de cosas que hacían los novatos y consecuentemente acababan muertos.

Kyle comprobó que su fuente de energía estuviera "bloqueada", verificó la lectura de "carga completa", y liberó el seguro. El cadete llevaba también un arma corta. Pero sabía que era mejor no comprobarla. No cuando quedaban quince segundos.

El tiempo pareció ralentizarse. Plomo llenó su estómago y se encontró inexplicablemente soñoliento. ¿Cómo era la frase? ¿Esa que estaba gravada en la repisa de la chimenea del comedor ceremonial de Acantilado? ¿Algo sobre cómo los cobardes sufren mil muertes...? Entonces, antes de que Kyle pudiera contar las veces que había muerto durante las últimas horas, la nave de asalto chocó. Rebotó una vez, dos veces, y se detuvo. Como los primeros aterrizajes que él había intentado, sólo que mejor.

Las escotillas de babor y estribor se abrieron y los líderes de escuadrón llevaron a sus hombres al duro vacío. Hong estaba entre las escotillas de espaldas a la cabina del piloto. Tenía un cuerpo pequeño y una gran voz.

—¡Moveos, moveos, moveos! ¿A qué diablos estás esperando, Briggs? ¿A una invitación impresa? ¡Sal ahí afuera y mata a algunos rebeldes!

Kyle sintió una mano helada asiendo firmemente su estómago, se obligó a ponerse en pie, y se preguntó cuándo empezaría la lucha. Los rebs ya deberían haber

reaccionado, deberían haber abierto fuego con todo lo que tuvieran, pero nada ocurría.

¿Por qué? O, mejor, ¿por qué no? Tal vez los rumores eran ciertos. Tal vez los optimistas tenían razón por una vez. Quizás el noventa por ciento de las misiones reales eran paseos triunfales.

La mano liberó su estómago por un momento y Kyle caminó arrastrando los pies hacia proa. La gravedad era tenue en el mejor de los casos, y a pesar de que todo el pelotón había pasado dos días en un tanque de aclimatación pre-ataque, llevaba un tiempo adaptarse. Hong se cuadró.

—Tropas desplegadas, señor... ni rastro de oposición.

Kyle se preguntó qué estaba sucediendo tras esas lentes de color gris oscuro y armadura blanca. ¿Cuánto sabía Hong? ¿Tenía alguna idea de lo asustado que estaba su comandante? ¿Cuán cerca de desmoronarse? No había forma de saberlo. Pero una cosa era segura, la opinión de Hong pesaría mucho cuando se le diera su puntuación final.

Suponiendo que llegara tan lejos... Kyle sabía la respuesta correcta y la ofreció con el estilo calmado y directo que los instructores de Acantilado favorecían.

—Gracias, sargento mayor. Sigamos adelante.

—Sí, señor.

Kyle salió por la escotilla primero, seguido por Hong. Polvo se arremolinó alrededor de sus botas y cayó en cámara lenta. El terreno era accidentado y casi universalmente gris. Los cráteres de impacto marcaban los puntos donde los meteoritos se habían estrellado contra la superficie. Proporcionan una excelente cobertura y los soldados se aprovecharon de ello. La nave de asalto había descendido en un lugar en el que podría elevarse rápidamente... u ofrecer apoyo de fuego si se le pedía. Todo parecía como sacado de un libro de instrucción, lo que incrementó la confianza de Kyle. Tal vez, sólo tal vez, sobreviviría.

Kyle, más por curiosidad que por valentía, se mantuvo en posición. Los electrobinoculares proveyeron aumento y alcance mientras examinaba la base enemiga.

Las instalaciones incluían una antena de comunicaciones, una estructura en forma de caja, y una pista de aterrizaje. La estación tenía un aspecto tosco e improvisado. La simulación previa a la misión había retratado las construcciones sólo a un cincuenta por ciento completas, pero esos datos tenían dos semanas de antigüedad, y los

rebs habían estado ocupados desde entonces.

El propósito de esta instalación, y de otras parecidas, era cuestión de conjeturas. La mejor estimación de Intel era que los rebs estaban tratando de establecer una red de estaciones repetidoras que podría pasar inteligencia y emisiones de propaganda de un sector a otro. Todo parte de la batalla por los corazones y mentes de la población civil.

No es que eso marcara ninguna puñetera diferencia. Fuera cual fuera el propósito, Kyle sabía que lo que veía en la superficie no decía mucho acerca del resto del complejo.

No, en base a la información recopilada por un droide sonda imperial, podía haber hasta un centenar de rebs viviendo y trabajando bajo la superficie. Especialmente durante la fase de construcción. Entonces, ¿dónde estaban? ¿Era la situación un paseo triunfal o una trampa? Se volvió hacia Hong.

—Envíe a los exploradores. Dígales que mantengan los ojos abiertos. Este lugar está demasiado condenadamente tranquilo.

Hong, quien privadamente estaba de acuerdo, agradeció a los dioses de la guerra tener un novato con algo de cerebro, y dio las órdenes necesarias.

—Dobbs, Trang, Sutu... echad un vistazo. Alguien ha construido esa antena...

encontradles.

Los exploradores, cada uno de un escuadrón diferente, maldijeron su suerte y avanzaron medio agachados. Nubes de polvo que descendían lentamente se levantaban en espiral en torno a ellos y marcaban su progreso. Sabían que eso les convertía en blancos fáciles para un francotirador, si había alguno preparado para dispararles.

Kyle escaneó la zona. Las estrellas eran manchas distantes de luz. Los riscos, aquellos que habían sobrevivido, estaban como habían estado durante miles de años. A pesar del hecho de que todo parecía normal, no se *sentía* normal, y eso era lo que le molestaba. Tanto porque había sido entrenado para actuar basándose en hechos, como porque el sentimiento era muy fuerte. Alguien, algo, estaba observando. Así lo sentía.

Sin embargo, los informes dijeron lo contrario.

—Trang; un montón de huellas... nada más. Corto.

—Dobbs; lo mismo. Corto.

—Sutu; parece despejado. Corto.

El miedo había regresado y Kyle se tragó el nudo que se había formado en su garganta.

—Sargento mayor... el escuadrón dos volará la esclusa, uno proporcionará cobertura, y tres me seguirá.

Hong asintió.

—Sí, señor. Ya has oído al Cadete Líder, sargento Morley. Hagámosla estallar.

Con base en la información proporcionada por el droide sonda, cargas de demolición habían sido preparadas con antelación. Ya habían sido colocadas y estaban listas para detonar para cuando Kyle llegó.

La masiva entrada estaba construida para soportar un impacto de meteorito. Dos cargas magnéticas habían sido adosadas a la placa frontal metálica. Era una esclusa prefabricada estándar armada sobre permacreto de secado rápido y controlada por un teclado numérico. La cámara de video situada junto al marco de la esclusa había sido cegada con aerosol, al igual que la pequeña lente de cabeza de alfiler oculta en la pared lateral de la derecha. Muy disimulada. ¿Cuántas más habría? ¿Y dónde se encontraban?

Morley habló con su característico arrastrar de palabras.

—Está lista para volar, señor.

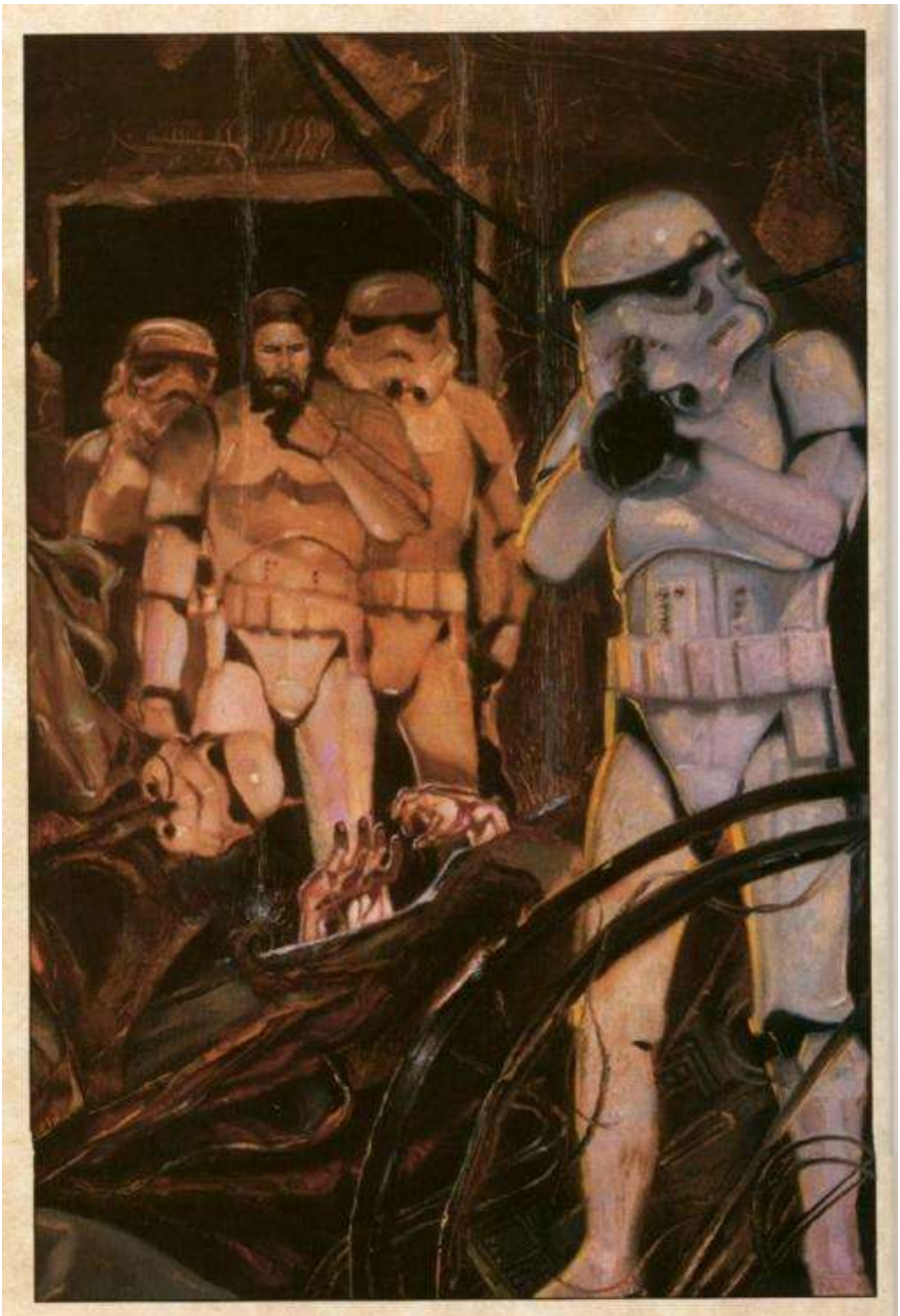
Kyle miró a su alrededor. Los soldados asumieron que era una última comprobación antes de dar la orden, pero él sabía la *realidad* de por qué lo hacía. Buscaba una excusa, *cualquier* excusa, para anular la misión. Ninguna se presentó. La mano se apoderó del estómago de Kyle, el sudor provocaba picazón en su piel, y su voz sonaba torpe.

—A cubierto... detonar a mi orden.

Los soldados de asalto se retiraron y se pusieron a cubierto. Kyle caminó hasta girar la esquina del edificio, respiró hondo, y dio la orden.

—Ahora.

Morley activó el control remoto y una erupción de polvo señaló que las cargas habían sido detonadas. Este era el momento que Kyle había estado temiendo, cuando pasara a través de la esclusa y recibiera un disparo de bláster en el pecho. Quería hablar, quería decir algo, pero no podía encontrar las palabras. Sus movimientos eran bruscos, como los de los soldados de juguete que su padre le había construido. Robots en miniatura que marchaban de aquí para allá, saludaban cuando le veían, y tropezaban con las irregularidades del suelo del taller.



De repente, sin recordar cómo había llegado allí, Kyle estaba dentro de la esclusa.

Apenas se enteró cuando Morley pasó junto a él, pegó otra carga

contra la puerta interior, y gritó:

—¡Abajo! —el “señor” era obviamente algo secundario.

Las cargas internas explotaron con un destello de luz. Morley se levantó, empujó la plancha de metal altamente dañada a un lado, y maldijo cuando un disparo de bláster rebotó en su armadura reflectante. ¿Una emboscada? Los peores temores de Kyle se volvían realidad. Una oleada de autocompasión le recorrió. Se había alistado para obtener una educación, no para morir en un asteroide. No era justo. ¿O sí? Después de todo, nadie le había obligado a asistir a la Academia, él había elegido hacerlo… así como los hombres que estaban a la espera de una orden. Cuatro años de duro y riguroso entrenamiento tomaron el control.

—¡Contacto! Dos granadas… una de conmoción, otra de alto poder explosivo.

Las palabras acababan de salir de la boca de Kyle cuando dos granadas volaron a través de la puerta, explotaron, y arrojaron metralla en todas direcciones. Morley pasó el primero a través del agujero, seguido por Kyle, Hong, y los miembros del escuadrón dos. De repente, Kyle se enfrentó a la dura realidad de lo que la guerra le hacía a la gente. Tragó saliva para mantener su desayuno dentro y miró hacia delante.

La siguiente puerta, suplementaria para el caso de que un meteorito destruyera la primera, se abrió automáticamente. Kyle entró listo para disparar. La segunda puerta estaba cerrada y no había dudas en cuanto a lo que esperaba al otro lado.

—¿Escuadrón dos? Armas pesadas al frente… cubrid la esclusa.

Dos soldados de asalto, ambos armados con cañones bláster y los módulos energéticos necesarios para su funcionamiento, se apostaron frente a la esclusa. Diez soldados adicionales se situaron por detrás. Hong golpeó un botón y la puerta inició el ciclo de apertura. Kyle apretó los dientes.

—Primera fila, preparados para abrir fuego… segunda, tercera y cuarta filas, presentad rifles.

El presentar rifles, normalmente mostrados a los oficiales durante la instrucción, obligaba a la segunda, tercera y cuarta filas a mantener sus armas en posición vertical y con ello se prevenía una descarga accidental.

La esclusa se abrió, la primera fila disparó, y se tambaleó cuando una tormenta de fuego les golpeó. La primera línea de soldados de asalto murió en cuestión de segundos, seguida rápidamente por al menos la mitad de la segunda. Sin embargo, no fue sin coste, ya que había poca o ninguna cobertura en la habitación de más allá, y los rebeldes estaban expuestos.

Kyle sintió ira reemplazar al temor que casi lo había paralizado, disparó su arma, y gritó alentando.

—¡Vamos, hombres! ¡Eliminadles!

Kyle salió de la cobertura y le disparó a una mujer en el pecho. Ella cayó en cámara lenta y el cadete sintió una conmoción atravesarle. Era una persona, no un objetivo... y el conocimiento lo congeló en su lugar. Sentía una terrible sensación de remordimiento, y permaneció congelado mientras Morley se agarraba la placa frontal y caía de espaldas.

El rebelde que había matado a Morley era poco más que un niño, pero tenía la edad suficiente como para tomar una vida, y Kyle le disparó en el pecho. Las palabras surgieron de sus profundidades y retumbaron a través del canal de mando. Si sus hombres las encontraron extrañas no tuvieron oportunidad de comentarlo.

—¡Morley también era una persona!

La batalla se prolongó. Los rebs eran un grupo diverso. Kyle vio hombres, mujeres, y una variedad de alienígenas, algunos de los cuales reconoció y otros no. Eran de todos los colores, formas y tamaños, y lucharon con armas tan diversas como ellos. Kyle vio blásters viejos y nuevos, además de algunas armas de proyectiles de baja velocidad, y al menos una vibrohacha preimperial del tipo utilizado para abordar naves enemigas. Era un arma fea y cortaba a través de la armadura imperial como si estuviera hecha de papel. Hong disparó al portador del hacha en la cabeza, le disparó una segunda vez sólo para asegurarse, y lideró la carga que aseguró la habitación y quince metros del pasillo.

Con esto conseguido, Kyle se tomó un momento para evaluar la situación. Un recuento rápido reveló que el pelotón había sufrido un treinta por ciento de bajas, con el escuadrón dos casi totalmente aniquilado, el tres con dos hombres menos, y el uno, que había pasado a través de las esclusas el último, casi intacto. Hasta aquí lo del paseo triunfal. Si esta era la idea de la Academia de algo fácil, era

asombroso que alguien sobreviviera para graduarse.

Una mano tocó el brazo de Kyle. Se volvió para encontrarse con un médico de pie junto a él. Tenía una quemadura de bláster a lo largo de un lado de su casco y la sangre de otras personas en los brazos.

—¿Qué hay de los rebs, señor? ¿Les ayudamos o les libramos de su miseria?

Kyle sabía lo que el noventa y nueve por ciento de sus compañeros oficiales diría: libradlos de su miseria. Sin embargo, él no se atrevía a dar la orden... no a sangre fría.

Miró a su alrededor. El suelo estaba alfombrado de cuerpos.

—Nuestra gente es lo primero, los rebeldes después. Inteligencia militar querrá interrogar a los prisioneros.

El médico asintió respetuosamente y se apresuró a informar a su equipo. Hong apareció, se quitó el casco, y se secó el sudor de la frente. Hong llevaba el pelo alto y tieso, aunque se permitía llevar un bigote bien cuidado. Si estaba preocupado no daba muestras de ello. Kyle no estaba absolutamente seguro, pero le pareció ver respeto en los ojos del otro hombre, y sintió un poco de orgullo llenar su pecho. Se dio cuenta de que, a pesar del hecho de que el miedo permanecía agazapado en su vientre, *él* lo *controlaba*, en lugar de lo contrario. El cadete se quitó el casco y lo sostuvo en el hueco de su brazo.

—Bueno, sargento mayor, nuestros instructores nos han enseñado que cuando las cosas van mal, y necesitamos consejo, debemos pedirlo. ¿Qué piensa? ¿Deberíamos retirarnos? ¿O seguir adelante?

La ya elevada estimación de Hong de la capacidad del joven oficial se incrementó aún más. Sabía por triste experiencia que nueve de cada diez de los compañeros de Kyle habrían sido demasiado orgullosos como para pedir consejo.

—Yo digo que pidamos refuerzos, luego sigamos adelante, señor. Los rebs ya están heridos, y odiaría malgastar más vidas irrumpiendo aquí de nuevo desde el principio.

El consejo tenía sentido y sirvió para validar los instintos de Kyle. Asintió, eligió la frecuencia táctica correcta, y habló por su comunicador de muñeca.

—C-1 a R-1. Corto.

Oyó un crujido de estática seguido por la voz del piloto. La señal estaba codificada en ambas direcciones.

—Aquí R-1, adelante. Corto.

—Necesito un informe de situación, Uno… ¿alguna actividad ahí fuera? Corto.

—Los rebs han enviado algo de tráfico de comunicaciones codificado, C-1… y tengo la sensación de que tienen refuerzos de camino. Corto.

Kyle se estremeció ante su propia estupidez. Había estado tan asustado, había sido tan estúpido, que había olvidado el comunicador.

—Liquide la antena, R-1… y dígale al *Imperator* que envíe algunos refuerzos. Ha causado un treinta por ciento de bajas entrar en este lugar, y no hay final a la vista.

Confirme. Corto.

—Cortar la conexión reb y pedir refuerzos —dijo el piloto con calma —. Lo tengo.

Aguanten, C-1. Corto y cierro.

Kyle miró a Hong.

—Muy bien, sargento mayor. Ya hemos perdido suficiente tiempo. Movámonos.

Hong sonrió, saludó, y dio media vuelta.

—Vale, gente, habéis oído al Cadete Líder, terminemos lo que hemos empezado. En primer lugar el escuadrón uno, segundo el escuadrón tres, el escuadrón dos se queda —

los pocos supervivientes del escuadrón dos, la mayoría de los cuales estaban heridos, observaron sin entusiasmo cómo sus camaradas entraban en un gran pasadizo subterráneo. Tres soldados fuertemente armados lideraban la falange, con Kyle y Hong inmediatamente por detrás.

El pasillo era lo suficientemente amplio como para dar cabida a equipo pesado, y las paredes llevaban las marcas dejadas por el topo minero usado para crearlo, además de algunos grafitis no muy originales con relación al Emperador. La sangre dejada por los heridos y dos cuerpos ampliamente separados daban testimonio mudo del

hecho de que los rebeldes también habían sufrido grandes bajas.

Túneles secundarios se ramificaban a izquierda y derecha. Algunos de ellos podían dar cabida a humanos, mientras que muchos no. La función de los pasajes no estaba clara, y a Kyle no le importaba, siempre y cuando los rebeldes no lanzaran un ataque por uno de ellos. Envió exploradores por los más grandes y esperó a su visto bueno

para continuar. Fue un viaje tranquilo en su mayoría, con el silencio roto sólo por sus pasos y el sonido de su propia respiración.

Así marcharon durante un kilómetro más o menos, hasta que la tierra tembló, y Kyle escuchó un fuerte crujido a través de su comunicador externo. Venía de atrás y el cadete se volvió para ver el túnel colapsar.

De pronto, sin saber *cómo*, Kyle vislumbró el futuro. Donde el pasillo bien iluminado había estado ahora sólo veía oscuridad y el destello de armas de energía. Las palabras surgieron de su boca.

—¡Cuerpo a tierra! ¡Avanzad a gatas!

Las órdenes no tenían sentido aparente, pero si los soldados de asalto imperiales sabían algo, ese algo era cómo obedecer órdenes, y lo hizo hasta el último hombre. La visión de Kyle, y la resultante orden, salvó muchas de sus vidas.

En el momento en que las luces se apagaron, los rebeldes abrieron fuego a través de los agujeros perforados a toda prisa. El fuego, la mayoría del cual pasaba sobre la cabeza de los soldados de asalto, impactaba contra la pared opuesta. Kyle, a sabiendas de que un ataque frontal estaba de camino, gateó hacia adelante. Necesitaban cobertura, *cualquier* tipo de cobertura, si esperaban sobrevivir. La luz de su casco se tambaleó a través de la parte trasera de un maltratado tractor-oruga y las rayas negras y amarillas alternas que cubrían su parachoques:

—¡Poneos a cubierto detrás del tractor! ¡Preparaos para el ataque!

Las palabras apenas habían salido de la boca de Kyle cuando los rebeldes lanzaron granadas a través de las aberturas. Las explosiones se produjeron dos segundos después y fueron seguidas por los gritos de los heridos. Hong, con voz áspera, reprendió a los que gritaron.

—La frecuencia táctica está destinada a la comunicación verbal. Usadla para eso.

Parecía como si la misión se hubiera convertido en una pesadilla sin

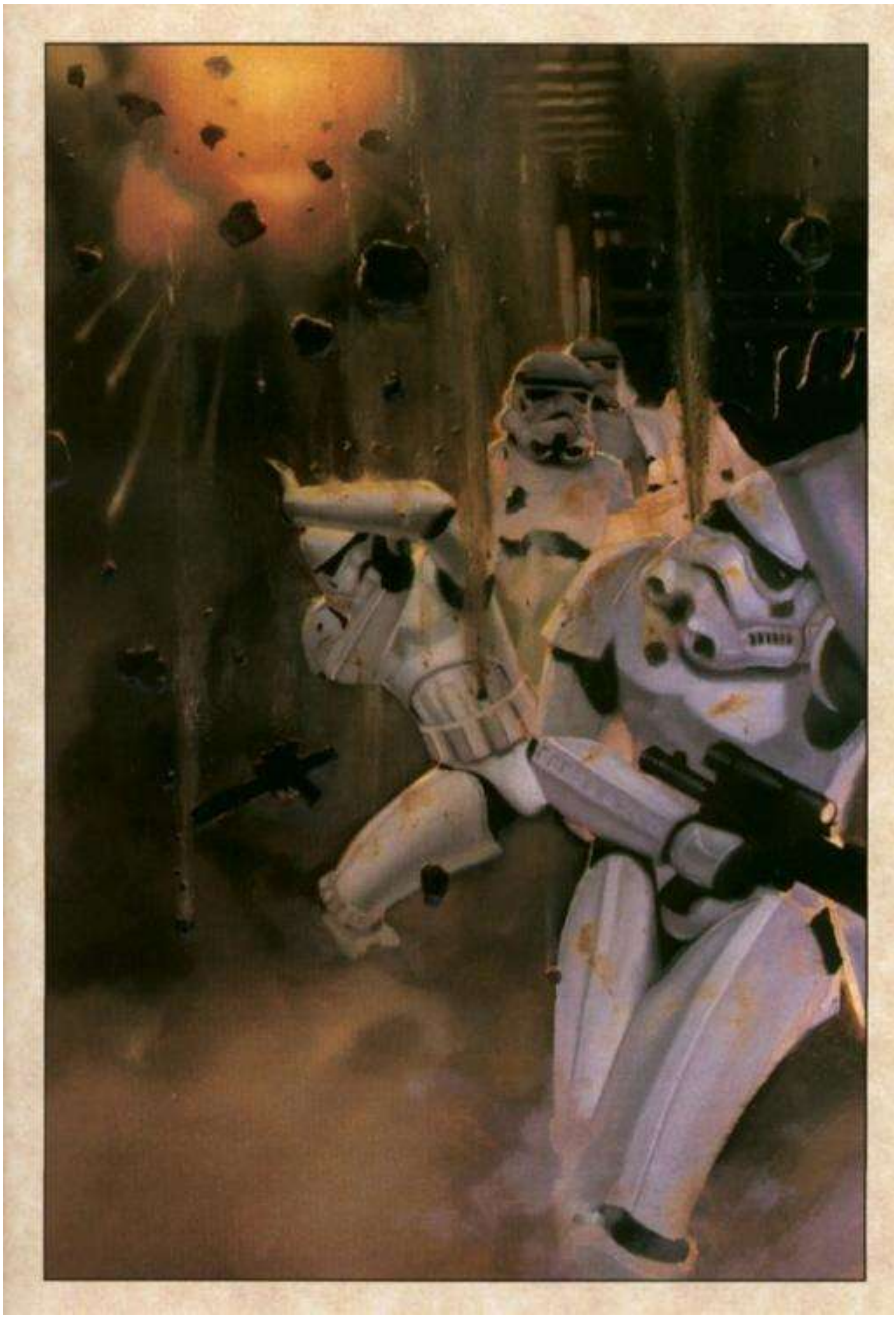
fin, donde todo lo que *podría* pasar, *pasaba*, y era seguido inmediatamente por algo aún peor.

Las luces se encendieron y los soldados de asalto dispararon mientras una línea de pared a pared compuesta por droides que rodaban, saltaban, se deslizaban y se tambaleaban, avanzaba en su dirección. Kyle reconoció un par de droides pesados de construcción, un cargador arácnido, dos tipos-A, y una desamparada unidad R2, todos

condenados a una misión suicida electromecánica. Ninguna de las máquinas estaba armada, o programada para el combate, pero eran voluminosas y proporcionaban cobertura a los rebeldes detrás de ellos.

Disparos de bláster brillaron y golpearon a los soldados de asalto donde yacían. Uno de ellos trató de ponerse en pie y se tambaleó cuando los rebs le mataron. La distancia era corta, demasiado corta como para lanzar granadas de forma segura, pero Kyle no vio otra alternativa.

—¡Granadas! Delante y detrás.



Los robots se tambalearon y se desvencijaron cuando las granadas explotaron a su alrededor. La cabeza de un soldado de asalto salió volando. La sangre brotó hacia arriba como una fuente. Sin estar ya protegidos, los rebeldes dispararon, y retrocedieron.

Furiosos, los soldados de asalto supervivientes se pusieron en pie y respondieron al fuego con fuego. Los rebs dieron la vuelta y echaron a correr. Los imperiales continuaron disparando. La visión enfermó a Kyle, y estaba a punto de ordenar un alto el fuego cuando el último hombre cayó. Avanzó patinando hasta la puerta de duracero.

Kyle había perdido toda esperanza de capturar la instalación. Tenía que concentrarse en salvar lo que quedaba de su primer mando. Aunque no hubiera mucho que salvar. El pelotón había sido reducido al sargento mayor Hong, doce efectivos, y dos heridos que podían caminar. Una retirada era poco realista. Para dar marcha atrás tendrían que pasar por los agujeros con armas, y, suponiendo que pudieran recorrer todo el camino hasta el derrumbe, toneladas de roca bloqueaban el camino. No, su única esperanza era hacer estallar la puerta, y buscar otra salida. A menos que los refuerzos hubieran llegado... lo cual lo cambiaría todo.

Kyle llamo a R-1, no oyó más que estática, y lo intentó de nuevo. El mismo resultado. Tal vez el espesor adicional de la roca había bloqueado la señal, tal vez la nave de asalto se había visto obligada a marcharse, o tal vez cualquier cosa. Poco importaba. Lo único que podía hacer era trabajar con la información a mano y esperar lo mejor. Kyle miró a Hong.

—No hay marcha atrás, sargento mayor. Diga a los hombres que busquen paquetes de energía, arrastren los droides hacia delante, y vuelen la puerta.

Hong asintió con sobriedad.

—Sí, señor. Estarán esperándonos, señor.

Kyle asintió mientras inspeccionaba las toscas paredes, el suelo salpicado de sangre, y los restos de su primer mando. Lo extraño era que la misión había ido mucho peor que en sus peores sueños, sin embargo, el miedo había desaparecido.

Kyle miró a su alrededor y vio que sus hombres habían tomado posiciones a ambos lados de la puerta, mientras que el cabo Givens colocaba una carga magnética en el panel de control. Givens hizo un último ajuste en la carga y se volvió.

—Cuando quiera, señor.

Kyle asintió.

—Gracias, Givens. Esparcíos, hombres, manteneos agachados, y preparaos para disparar. Estarán esperándonos. Y recordad; aprovechad cada disparo. Los paquetes de energía son cada vez más difíciles de conseguir.

Excepto los droides lo suficientemente pequeños como para ser arrastrados hacia adelante, no había mucha cobertura en el pasillo. Aun así, los imperiales aprovecharon lo que había, y Kyle dio la orden. La explosión arrancó el panel de control de la pared.

Brotaron chispas, un incendio eléctrico comenzó, y la puerta rechinó abriéndose.

Efectivamente, los rebs estaban esperando, y abrieron fuego con todo lo que tenían.

Una barricada, por así llamarla, se había erigido, y la usual extraña variedad de hombres, mujeres, y alienígenas se había refugiado detrás de una pared improvisada de módulos de carga, bobinas de cable, y muebles.

Kyle notó mientras apuntaba y disparaba que estos rebeldes en particular parecían menos disciplinados que los que se habían encontrado antes. Algunos tenían una tendencia a disparar de una manera salvaje e indisciplinada, otros llevaban armas de segunda clase, y por lo menos dos o tres estaban congelados en su lugar.

¿Eran no combatientes, entonces? ¿Hombres y mujeres que se habían visto obligados a prestar servicio por desesperación? No obstante, tenían el número de su lado, y mucha mejor cobertura. Tres de sus soldados murieron y el resto se movió hacia adelante. Los rebeldes se detuvieron por un momento, vacilaron a la vista del fuego enemigo, y se quebraron.

Los soldados de asalto continuaron disparando y Kyle supo que no podía permitir una masacre. Su voz resonó a través del canal de mando.

—Suficiente, contened el fuego.

Hong giró en dirección a Kyle. A pesar de que no podía ver la expresión del sargento, el cadete podía sentir su ceño fruncido. Kyle encontró una excusa y la ofreció.

—Tenemos que conservar nuestra munición, sargento mayor. La mayor parte del material que los rebs han dejado no nos sirve de

nada. Pensándolo bien, usaremos *su* oxígeno por un tiempo.

Hong asintió y se alejó. Kyle suspiró aliviado, indicó a los hombres que avanzaran, y siguió las señales escritas a mano. Leyeron "Centro de Comunicaciones" y siguieron las indicaciones más allá de lo que olía como un comedor, una serie de cavernosas salas de almacenamiento, y por un pasillo de aspecto práctico. Las toscas paredes sostenían un

tablón de anuncios electrónico y una mezcolanza de impresiones. Una anunciaba una fiesta de cumpleaños para alguien llamado Blim Shahar, y otra advertía al personal de la base que conservara el agua.

Kyle se sorprendió a sí mismo por tener la presencia de ánimo suficiente como para escanear los boletines con la pequeña holocámara de combate integrada en su casco. Los frikis de inteligencia militar estarían encantados, y, en el caso improbable de que sobreviviera, los instructores le adjudicarían algunos puntos extra. La documentación colateral era sólo una de las miles de cosas que un oficial de infantería se suponía que debía recordar y atender.

Un droide de mantenimiento eligió ese momento en particular para asomar su nariz desde un pasillo lateral, vio a los imperiales, y chirrió alarmado. El droide ya había dado marcha atrás, y estaba en proceso de retroceder cuando un rayo de energía impactó en la roca por detrás de él. La voz de Hong goteaba sarcasmo.

—Gracias, Dendu. Has desperdiciado un tiro *y* has fallado al objetivo. El Emperador estaría orgulloso.

Un par de puertas ligeras bloqueaban el camino. Se deslizaron en las paredes cuando Kyle se aproximó. Él se preparó para disparar, pero no vio nada más amenazador que algunas estanterías grises con equipamiento. Moviéndose con cautela, con las armas listas, los soldados entraron en la sala, se volvieron hacia la derecha, y se encontraron con una vista asombrosa.

Los rebeldes, alrededor de unos quince o veinte, estaban de espaldas a una pared llena de monitores y equipos de comunicaciones con sus manos en el aire. Kyle, que estaba listo para cualquier cosa excepto para una rendición, se esforzó en adaptarse. Se aseguró de que los rebs estaban cubiertos, entonces se quitó el casco, y utilizó el antebrazo para quitarse el sudor de la frente. ¿Qué haría con los prisioneros? Superaban en número a su equipo y sería difícil llevarlos con ellos. No, la solución más conveniente era matarlos, destrozar la sala de

control, y escapar mientras las cosas marcharan bien. Especialmente con más rebeldes de camino.

Mientras Kyle consideraba la viabilidad de lo que equivalía a un asesinato en masa, sus ojos se dirigieron hacia una cara de forma ovalada. Algo, nunca sabría exactamente el qué, le llamó la atención. La chica era de alrededor de su edad, tal vez un poco más joven, vestida con un mono de vuelo. Tenía los ojos de color marrón oscuro a juego con el color de su pelo, y parecía atraerle. Veía tranquilidad en ella, sin embargo estaba concentrada, como si todo su ser se enfocara en algo que él no podía ver.

En ese preciso instante, una chispa deshizo la brecha entre ellos, y ella, al igual que la primera persona que había matado, cruzó la línea pasando de una variable a una persona. No sólo eso... Kyle sabía que ella había experimentado algo similar. Se dio cuenta por la forma en que sus ojos estaban bien abiertos. Sintió que su corazón latía un poco más rápido. Supo entonces que no podía matar a esa joven mujer... ni tampoco a los demás.

El sargento mayor Hong trajo a Kyle de vuelta al presente. Su voz invadió la frecuencia de mando.

—¡Mire! ¡Ahí arriba, en ese monitor, señor! No sé de quién es esa nave, pero no es una de las nuestras. ¡Liquidemos a los rebs y saquemos nuestros culos de aquí!

Kyle miró, vio un carguero aterrizar, y vio dispararse el polvo hacia arriba mientras una rampa tocaba el suelo. No hacía falta ser un genio para saber que los refuerzos reb habían llegado. Su voz sonó sorprendentemente fuerte, y dado que se había quitado el casco, los presos también le oyeron.

—Negativo a liquidar a los rebs, sargento mayor. Ya ha habido suficientes muertes hoy.

Hong se volvió. A pesar de que el cadete no podía ver sus ojos a través de la visera, podía sentir su intensidad. La voz era como el acero.

—Con el debido respeto, *señor*, los rebs han eliminado dos tercios de *su* mando, y matarán incluso más de nuestras tropas si les deja ir.

Kyle negó con la cabeza.

—La respuesta es no. Ya ha oído mis órdenes, llévelas a cabo.

Hong asintió con rigidez.

—Sí, señor. En disconformidad, señor. Haku, sitúa algunas cargas. No tenemos mucho tiempo.

Kyle miró al monitor, vio rebs con trajes espaciales salir flotando de la escotilla de carga del carguero, y se preguntó cómo le habría ido a R-1. ¿La nave de asalto había escapado? ¿Había refuerzos imperiales de camino? Eran preguntas meramente teóricas en lo que a él concernía. Si sobrevivía a las próximas horas (y eso era un gran *si*), sería sometido a un consejo de guerra por permitir que los rebs vivieran. Un castigo que muy probablemente merecía.

Kyle miró a la chica, vio el agradecimiento en sus ojos, y asintió. Al menos a ella merecía la pena salvarla. El casco olía a sudor cuando se lo puso sobre la cabeza.

—Muy bien, hombres, limpiad la habitación, y encontremos un lugar donde refugiarnos. Los refuerzos están de camino.

Kyle no tenía ni idea de si sus palabras eran ciertas. Pero sabía que los hombres necesitaban escucharlas. Indicó a los rebs que salieran por el otro extremo de la habitación, esperó a que su equipo se retirara a través de la puerta, y les siguió. En el momento en que estuvieron fuera, gritó:

—¡Detonad las cargas! ¡Seguidme! —y corrió por el pasillo. Sintió más que oyó las explosiones. Los rebs habían tenido un montón de tiempo para ponerse a salvo y esperaba que lo hubieran hecho. Especialmente la chica.

Por razones de las que no estaba del todo seguro, Kyle había identificado el comedor como el mejor lugar para refugiarse. Patinó hasta detenerse, asomó la cabeza por la puerta, y confirmó que la sala estaba vacía.

—Muy bien, hombres, apilad algunos muebles frente a esta puerta, y comprobad las salidas. Es la hora del almuerzo.

La broma consiguió las risas que Kyle había esperado, los soldados de asalto apilaron mesas contra la puerta, y aseguraron los conductos de climatización. Una vez

estuvo hecho, les permitió turnarse para saquear las neveras, y ofreció una noche libre al soldado que hiciera el sándwich más monstruoso.

Incluso hicieron uno para Kyle, y el Cadete Líder se había quitado el casco para comer cuando una perforadora sobre orugas irrumpió a

través de la pared del fondo.

Kyle apenas tuvo tiempo de colocarse el casco de nuevo antes de que los rebs brotaran por el agujero y abrieran fuego contra los soldados de asalto. Hong y cuatro o cinco más murieron en los primeros cinco segundos de combate. Kyle maldijo, dio media vuelta, y disparó. Algo golpeó su casco, y él cayó, con la oscuridad elevándose a su alrededor.

CAPÍTULO *3*

Kyle salió por la puerta principal del hospital, parpadeó ante la severa luz producida por el sol de Carida, y devolvió el saludo a un recluta. Neks de piedra se agazapaban a ambos lados de la entrada, cada uno lo suficientemente grande como para tragarse una nave de asalto, símbolos de la fortaleza del Imperio. Empezó a bajar por el largo tramo de escaleras. Una barandilla de metal separaba a los peatones que bajaban de los que subían. Consistentemente con el desdén del Emperador hacia otras especies inteligentes, y su discriminación no muy sutil a las mujeres, la mayoría eran tanto humanos como hombres.

La Base de Entrenamiento Militar Imperial de Carida era el hogar de más de ciento cincuenta mil reclutas, cadetes e instructores. La Academia Militar, también conocida como Acantilado debido al precipicio que se abría a lo largo del lado este del patio de armas, ocupaba menos de una décima parte de la extensa base, pero producía un alto porcentaje del cuerpo de oficiales del Imperio.

El hospital, bastante concurrido, ocupaba incluso más gracias al goteo constante de víctimas de misiones como la de Kyle. El cadete bajaba detrás de unos técnicos médicos y estaba a medio camino del patio cuando alguien gritó su nombre y lo agarró del brazo.

La voz tenía una cualidad nasal. Le había perseguido casi todos los días de los últimos cuatro años. Pertenecía a Nathan Donar III, el hijo mayor del Gobernador Donar II, y un verdadero dolor en el trasero. Unos pequeños ojos redondos y marrones observaron a Kyle por encima de una nariz larga y fina. Estaban llenos de falsa cordialidad.

—¡Hey, chico del Borde! ¿Cómo va la cabeza? ¡Es bueno verte levantado y caminando!

Kyle liberó su brazo, agitó una mano en agradecimiento, y siguió su camino. Los rostros se sucedieron difuminándose ante sus ojos a medida que más felicitaciones llegaban hasta él. Parecía como si todo el mundo hubiera oído la historia. Había varias versiones, pero todas

ellas tenían elementos en común: El Cadete Líder se había encontrado con una oposición inesperadamente fuerte, y, en lugar de retroceder como cualquier persona normal habría hecho, se había abierto camino luchado a través de los pasillos de una importante instalación rebelde, matando a no menos de cuatrocientos treinta y seis insurgentes y desactivando una relevante instalación de comunicaciones.

Todo lo cual Kyle sabía que era una gran exageración de lo que realmente ocurrió. Y la última parte de la historia él sólo la conocía de segunda mano.

Parecía ser que dos naves rebeldes llegaron poco después de que él hubiera sido golpeado y quedara inconsciente, cargando al personal que sobrevivió, y despegando.

La primera nave lo consiguió, pero la segunda fue víctima de los refuerzos convocados por R-1, y fue completamente destruida. Una fuerza de comandos fuertemente armados recorrió la base rebelde y encontró a Kyle y a los seis miembros restantes de su fuerza original. Todos estaban heridos y cubiertos tras una barricada construida apresuradamente. Para Kyle, esto había sido una clara indicación de su fracaso. Sin embargo, nadie quiso escuchar sus objeciones, y menos aún el gran General Mohc, quien apareció junto a la cama de Kyle dos días antes y elogió al cadete por su valentía.

Más tarde esa noche, durante la cena con Jerec, Mohc mencionó las hazañas del joven cadete. Jerec, con sus cuencas oculares vacías ocultas tras una banda negra, levantó la mirada de su carne medio hecha. No podía ver la apariencia de la comida, pero podía oler los restos de sangre.

—Conozco al padre del chico. Su vida fue un desperdicio. Tal vez el chico será diferente. Me gustaría conocerlo.

Mohc asintió, recordó que su invitado era ciego, y respondió en voz alta.

—Será como desees.

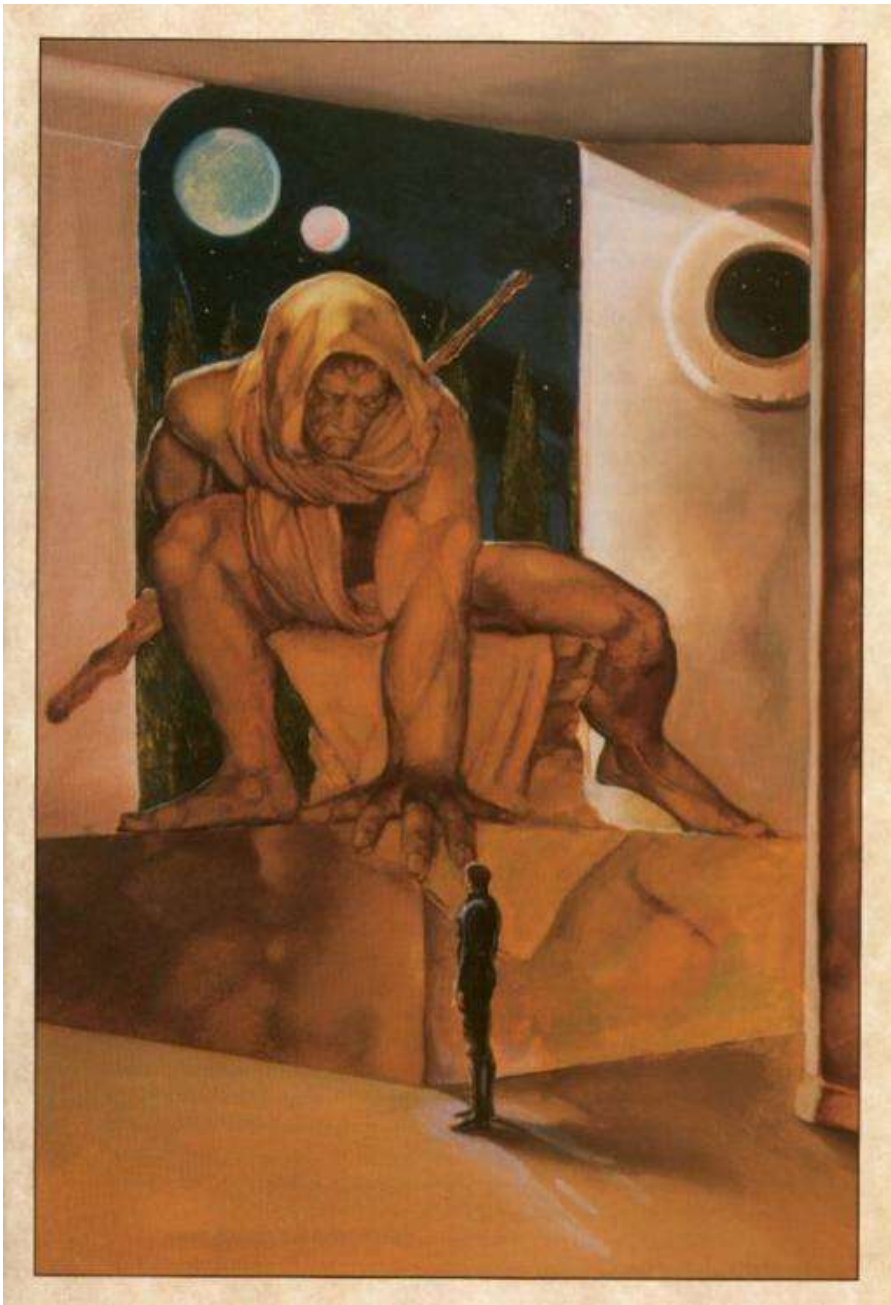
Jerec, quien veía más de lo que Mohc podía imaginar, sonrió y se relamió. La comida era deliciosa.

Kyle, que no tenía conocimiento de que tales deliberaciones hubieran tenido lugar, terminó de bajar la escalera. El gran espacio abierto frente a él era referido como “el patio” en los mapas interactivos entregados a los visitantes, pero los cadetes lo llamaban “el molinillo”.

¿Cuántas horas… cuántos *días* había pasado marchando atrás y adelante a través de estos acres de piedra consolidada? No estaba seguro. Lo principal que recordaba era el increíble cansancio derivado del interminable entrenamiento físico, largas horas de estudio, y privación del sueño intencional. Todo eso ya había quedado atrás para él, con la graduación a sólo unas horas.

El pensamiento le causó un sentimiento de culpa, pero lo apartó. Nadie más se preocupaba por la verdad. ¿Por qué debería hacerlo él?

Kyle tomó la ruta más directa a través del molinillo, un camino que lo llevó a través de la sombra proyectada por una heroica estatua del Emperador Palpatine.



Una columna de cadetes novatos pasó a paso ligero por delante de Kyle y su líder lanzó un saludo en dirección al cadete veterano. Él lo

devolvió, y al hacerlo, se sintió inexplicablemente feliz. De alguna manera, a pesar de todo, había sobrevivido a la misión y la asignación sería suya. Su padre se sentiría orgulloso, encontraría una manera de compensar sus errores pasados, y todo iría bien. El pensamiento revitalizó su paso y Kyle marchó rápidamente hacia los dormitorios.

Por detrás del cadete, tan alto que el movimiento era imperceptible desde el suelo, un par de ojos electromecánicos se abrieron y añadieron una imagen más a los centenares disponibles en el mosaico de videopantallas que llenaba toda una pared de la oficina subterránea del Comandante. Los cadetes eran muy imprevisibles. Era buena idea mantener un ojo sobre ellos.

El día de la graduación amaneció brillante y frío. La luz entraba a raudales por las ventanas sin cortinas y salpicaba el suelo sintético. Kyle salió de la cama, se estiró, bostezó, se dio cuenta de que las pesadillas se habían tomado la noche libre, y se complació en el hecho de que su visión era clara.

Meek Odom, el compañero de habitación de Kyle, seguía durmiendo. Kyle sonrió, dijo:

—¡Hey, aliento de dinko! ¡Hora de levantarse! —y pateó la litera del otro cadete.

Después de provocar la respuesta habitual, una maldición acompañada de una almohada volando, Kyle se dirigió a la ducha. Él, al igual que aquellos con los que se encontró en el pasillo, se encontraba en un estado de ánimo jubiloso. Una inspección, otra marcha bajo el caliente sol, y algunos discursos aburridos. Eso era todo lo que se interponía entre ellos y las asignaciones por las que habían trabajado tan duro.

Las siguientes horas fueron consumidas en un desenfreno de planchado, aderezado, y pulido, todo seguido de una inspección pre-inspección, y una conferencia sobre la conducta a seguir. Una vez estuvo todo hecho, los cadetes se reunieron frente a sus dormitorios y marcharon hacia el patio.

Un equipo de trabajadores de mantenimiento, novatos, y droides habían trabajado toda la noche para erigir tribunas temporales, y postes en los que ondeaban estandartes de colores alegres junto con todo tipo de pendones, banderas de batalla, y heráldica del regimiento. Todo ello formaba una visión impresionante y sobrecogedora, al igual que

las interminables filas de infantería, más la compañía de caminantes imperiales, que incluía cuatro gigantescos AT-AT, y cuatro de los más pequeños pero no menos intimidantes AT-ST.

Sí, la visión de todo ese poderío militar, combinada con la estatua de Palpatine, las marchas interpretadas por la Banda del Regimiento, y el estruendo producido por una oleada tras otra de cazas TIE que pasaban rozando las azoteas, hacía que la espalda de cada cadete se irguiera un poco más, llevaba sonrisas a la rostros de los padres lo suficiente afortunados, y lo suficiente ricos, como para asistir en persona, y, cuando lo reprodujeran como parte de las fuertemente censuradas noticias vespertinas, serviría para tranquilizar a los billones de ciudadanos imperiales que, ya fuera voluntaria o involuntariamente, aceptaban el gobierno del Emperador.

Sin embargo, los pensamientos de Kyle estaban en otro lugar, enfocados en la espalda por delante de él, y en la absoluta necesidad de mantener el paso.

Especialmente porque la graduación de Acantilado involucraba una prueba final, una tradición que había surgido con el propio Imperio, y había dado lugar a más de treintaiséis muertes.

La prueba empezaba con un giro a la derecha, y una larga marcha entorno al extremo oeste del patio, más allá de la tribuna a los pies de las escaleras del hospital, más allá de la plataforma en la que estaban el General Mohc y un grupo de oficiales de alto rango, más allá del imponente edificio de administración y los mantigrues de bronce que protegían sus puertas, y directamente hacia el precipicio de doscientos metros del que la academia tomaba su nombre extraoficial.

Era un desafío al que los cadetes se habían enfrentado innumerables veces durante los últimos cuatro años (y con éxito) excepto por un hecho crucial. Fieles a la tradición, y con la seguridad en mente, nunca se habían enfrentado al propio abismo. Durante la instrucción, cuando practicaban para este momento crítico, una línea de color amarillo brillante se usaba para representar el borde del precipicio, y como la mayoría de sus compañeros cadetes, Kyle podía recordar lo que se sentía al tropezar, trastabillar, o caer más allá de ese simbólico acantilado.

La diferencia era que la consecuencia de esos errores consistía en una reprimenda seguida por cincuenta flexiones, mientras que en la *realidad*, una orden mal formulada, falta de trabajo en equipo, o un momento de pérdida de concentración podrían resultar en la muerte.

Los cadetes habían pasado incontables horas discutiendo sobre la cuestión de la colocación y los riesgos relativos atendiendo a cada posición. Cada columna se componía de cuatro filas de hombres. Por su altura media, y su posición en el alfabeto, Kyle había sido asignado a la sexta fila en el flanco derecho.

Mientras que la mayoría de sus compañeros creían que esa posición no era tan peligrosa como una en primera fila, cualquier ubicación en el flanco derecho era impredecible, ya que le haría bordear el acantilado después de que la columna llegara a la esquina sureste del patio de armas y girara a la izquierda.

Era una apreciación que Kyle sabía que era cierta, ya que se había tomado la molestia de investigar el asunto tres meses antes y descubrió que de los treintaiséis cadetes que se habían precipitado a la muerte, dieciséis habían marchado por el flanco derecho.

Nathan Donar, a quien, por razones transparentes para todo el mundo excepto para sus lameculos, se le había dado el rango temporal de Cadete Comandante de la Compañía, marchaba junto al flanco interior y daría la orden crítica.

Kyle observó pasar el edificio de la administración por el rabillo del ojo, seguido rápidamente por el complejo de ingeniería, y supo que el giro se acercaba. Tres compañías previas habían completado el recorrido con éxito, o al menos eso asumió, pero, ¿y si Donar cometía un error? ¿Y si su voz se congelaba, igual que la de aquel *como-se-llamara* Stor tres años antes? Toda la primera fila había marchado recta más allá del borde, y todos los demás los habrían seguido si Stor no hubiera graznado la palabra

"alto" y hubiera reformado la compañía. El hecho de que posteriormente decidiera lanzarse solo fue considerado desafortunado pero apropiado. Era presentado como un ejemplo de coraje, obediencia y responsabilidad.

¿Era todas esas cosas? ¿O simplemente fue una estupidez? Kyle no había sido capaz de decidirlo.

Kyle, quien pensaba que había llegado a dominar su miedo en el asteroide, sintió plomo líquido gotear por la boca de su estómago y se tragó el nudo de su garganta.

Donar, consciente del hecho de que su madre y su padre estaban observando desde la tribuna, y de que tenía un impulso casi irresistible de hacer pis, hacía todo lo posible para que su mirada

penetrara la deslumbrante luz. El truco consistía en emitir la orden en el momento justo para que la columna girase, el flanco derecho rozaría el borde del

abismo, y el público, con los ojos pegados al video proporcionado por los droides cámara flotantes, recibiría la emoción esperada.

Para ayudar en la tarea, y con ello garantizar su éxito, Donar había tomado la más sensata de las precauciones colocando un pequeño disco autoadhesivo en el punto preciso donde debía comenzar el giro. Puede que eso no estuviera en consonancia con las tradiciones de la Academia. Pero era consistente con el frecuentemente repetido consejo de su padre: “Sólo los imbéciles corren riesgos”. Una filosofía de vida. El único problema era que no podía ver la señal. ¿Estaba allí? ¿Oculta por el resplandor? ¿O

quizá algún droide de mantenimiento bien intencionado la había quitado durante la noche?

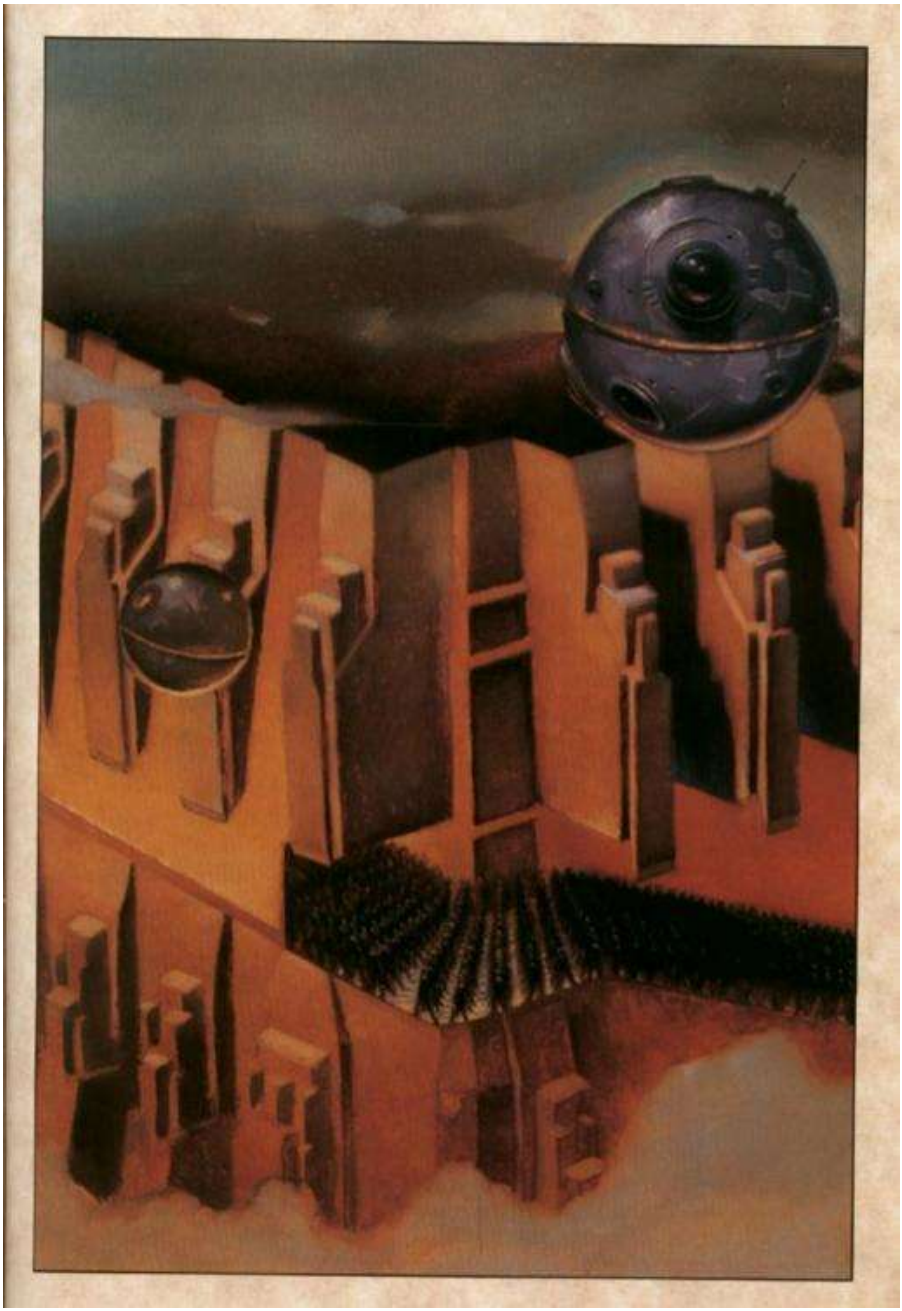
No había manera de saberlo, lo cual significaba que el Cadete Comandante tenía que hacerlo de la manera difícil. Tragó saliva, obligándose a esperar a lo que consideró el último momento posible, y dio la orden.

—¡Compañía! ¡Giro a la izquierda, marchen!

Kyle escuchó la orden, sintió a los hombres a su izquierda empezar el giro, y alargó ligeramente el paso. El abismo se abría ante él, se acercó, entonces se estabilizó. Sintió que un tercio de su pie estaba sobre el borde cada vez que golpeaba el pavimento.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, la siguiente orden llegó.

—¡Compañía! ¡Giro a la izquierda, marchen!



Nunca nada pareció tan bueno como el momento en que la compañía giró a la izquierda y comenzó a recorrer el costado norte del patio. Para cuando hubieron completado el circuito y asumido su posición frente a la plataforma VIP, el resto de los cadetes había “caminado

sobre el borde” sin bajas.

El temor asociado al abismo se volvió rápidamente aburrimiento cuando el Comandante presentó al primero de una larga lista de oradores invitados, el último de los cuales fue el General Mohc. Tenía cara de bulldog, un tórax ancho, y relativamente corta estatura. Él, al menos, era un soldado *real* y digno de su atención. Su discurso fue breve y al grano.

—El Emperador ha gastado más de medio millón de créditos para alimentar, acoger, y educar a cada uno de vosotros durante los últimos cuatro años. No porque pensara que sería una buena acción o porque le gusten los desfiles militares, sino porque quiere que vosotros *defendáis* el Imperio. Un Imperio que ha sido atacado desde dentro... Ese es vuestro trabajo. Encontrar la podredumbre, extirparla, y restaurar el orden. No el caos que fluye de un millar de voces exigiendo un millar de cosas diferentes, sino la consistencia que fluye de un plan único y bien concebido. El mejor plan. El plan correcto. El plan del Emperador. Gracias. Y felicitaciones por vuestro logro.

La siguiente parte de la ceremonia era extremadamente importante para algunos de los cadetes (el diez por ciento más aventajado de la clase) y menos para todos los demás. A pesar del hecho de que Kyle había trabajado duro para ganarse un lugar en el cuadro de honor del Comandante, se sentía ambivalente respecto a ser reconocido. Era como si la misión, y la matanza que había formado parte de la misma, hiciera que todo pareciera irrelevante.

El Comandante leyó una lista de nombres y logros por el sistema de megafonía, mientras que el General Mohc, junto con un hombre con ropa negra, se abría paso a través de las filas. A pesar de que no se le permitía volver la cabeza desde la posición de vista al frente, Kyle tenía una excelente visión periférica, y la utilizó para monitorizar su progreso.

Mohc tenía aspecto de lo que era, un oficial que seguía órdenes, sin importar lo desagradables que fueran. No, era el otro hombre quien atraía la mirada de Kyle, quien enviaba un escalofrío por su espalda. ¿Por qué? ¿Qué había en la figura de negro que encontraba tan aterrador? No estaba seguro. El cadete, ya en posición de firmes, se tensó aún más cuando los hombres se aproximaron. Kyle escuchó su nombre tronar a través del sistema de megafonía, aceptó el bastón de honor que Mohc le entregó, y se sorprendió al oír su nombre por segunda vez.

—Y, en reconocimiento a su valor, y a su valentía frente al enemigo, el Emperador resuelve entregar al Teniente Segundo Kyle Katarn la Medalla al Valor, así como la sincera gratitud del Imperio.

A pesar del sol de mediodía, Kyle sintió el aire enfriarse cuando el otro hombre se adelantó. Una capucha colgaba en pliegues alrededor de los afilados ángulos de su cara.

Una estrecha franja de cuero negro escondía el lugar donde sus ojos deberían haber estado. Un entramado de tatuajes negros surgía de las comisuras de su boca curvada hacia abajo. Su voz era tan suave como el sonido del aleteo de un pájaro, sin embargo, lo suficientemente alta para ser escuchada.

—Mi nombre es Jerec. Saludos, Kyle Katarn. Has logrado mucho para alguien tan joven. El reconocimiento es dulce, ¿verdad? Sin embargo, recuerda que el reconocimiento es un regalo entregado por aquellos que *tienen* poder a los que no lo tienen. Este es sólo el primer escalón. Sube por la escalera con rapidez, únete a los que *poseen* poder, y reclama lo que es tuyo. Yo estaré esperando.

Unas manos tocaron su pecho, la medalla cliqueó contra la barra magnética cosida en la parte delantera de su uniforme, y Kyle se tambaleó cuando un poder surgió a través de su sistema nervioso. No de Jerec, sino de algún lugar muy profundo en su interior, como si hubiera estado oculto ahí todo el tiempo.

Por un breve momento Kyle "vio" todo el patio de armas como si estuviera por encima, incluyendo la estatua del Emperador, las filas de los cadetes, un envoltorio alimenticio impulsado por el viento, y una columna de insectos buscando alimento.

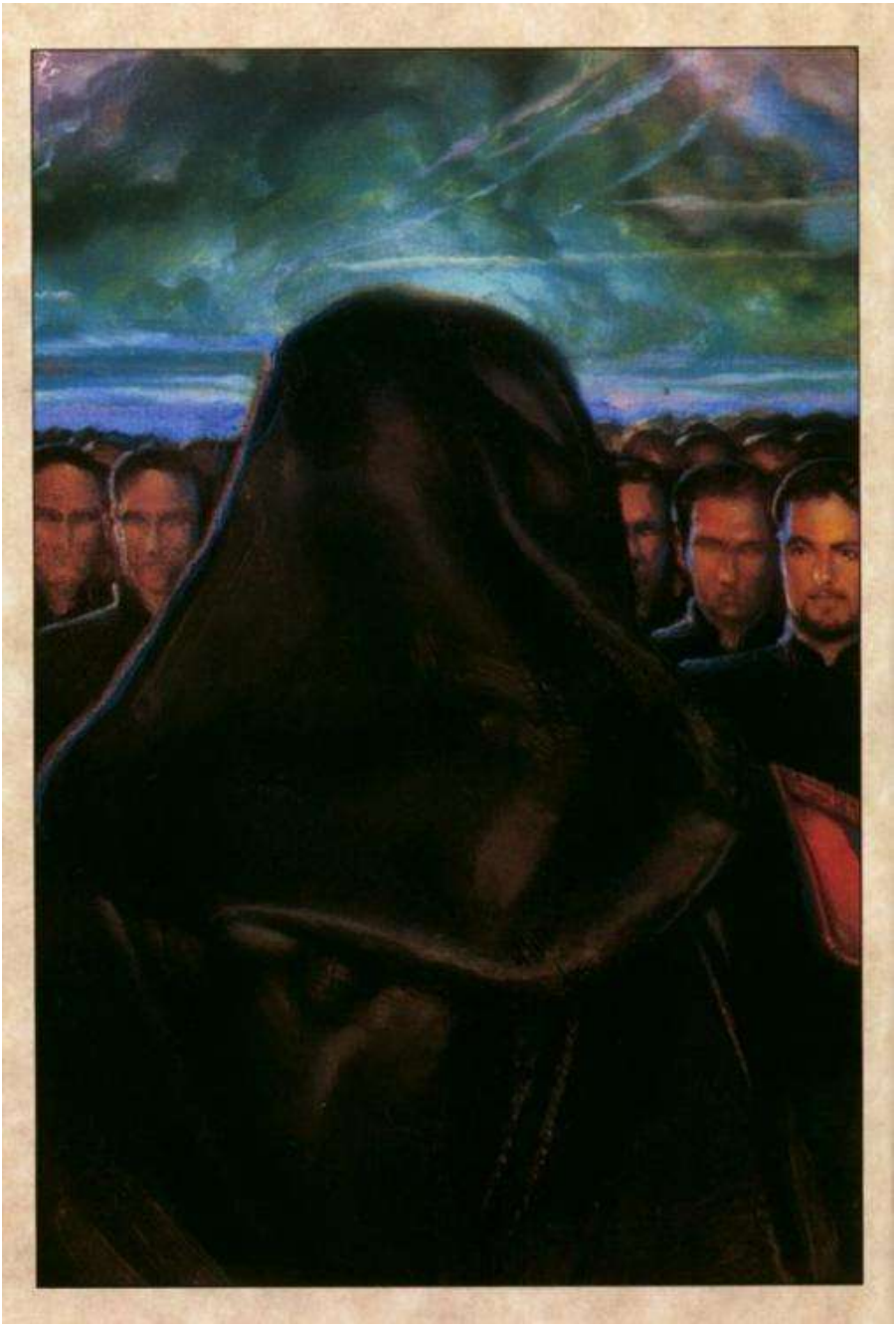
Kyle "escuchó" el sistema de megafonía, los latidos de su propio corazón, y un pequeño y casi infinitesimal *clic* cuando la segunda manecilla del crono de estilo analógico del General Mohc avanzó a la siguiente posición. Kyle "sintió" el poder de la mente de Jerec, comprendió el alcance de su hambre devoradora, y supo que nada se interpondría entre ese hombre y lo que quería. Entonces Jerec dio un paso atrás, la conexión se rompió, y Kyle se quedó balanceándose como mecido por el viento, con sus nervios crepitando a medida que los últimos julios de energía se descargaban a través de ellos.

El resto de la ceremonia transcurrió entre niebla mientras Kyle trataba de entender lo que había pasado. ¿Por qué había dicho Jerec lo que había dicho? ¿Eran palabras pronunciadas por educación? ¿O era la

invitación genuina? ¿Significaban lo que él creía? ¿Que podría elevarse a una posición similar a la de Jerec? ¿Y querría él tal cosa, incluso si fuera posible?

La ceremonia terminó como siempre terminaba, con tres hurras por el Emperador, gorras arrojadas al aire, y pandemónium multitudinario cuando la clase fue licenciada.

Meek Odom apareció de la nada, agarró a Kyle rodeándolo por la cintura, y lo levantó del suelo. Otros cadetes, deseosos de ver y tocar su medalla, se arremolinaron alrededor. Luego, con su curiosidad satisfecha, se dirigieron hacia las gradas, donde amigos y familiares esperaban, o de vuelta a los dormitorios, donde, en el supuesto de que hubieran sido invitados, se prepararían para las rondas habituales de comidas, bailes y fiestas. Kyle, al igual que el resto de chicos del Borde de la clase, había sido menospreciado.



Odom, sensible a la situación de su amigo, pasó un brazo sobre sus hombros.

—Hora de irse, cara larga, asumiendo que estés dispuesto a

confraternizar con la plebe, con tu medalla y tal. ¿Quién era el tipo de negro de todos modos? Desde luego no sabía vestir.

Kyle tuvo que reírse a pesar de sí mismo.

—Ni idea... se llamaba Jerec si eso te sirve de algo. Una especie de oficial del gobierno o algo así.

Odom se encogió de hombros.

—Lo que sea. Mis padres te invitan a cenar. Algo sobre conocer a un héroe. Como si mi asalto a una fábrica de armas desierta no tuviera valor alguno. ¡Menuda desfachatez!

Kyle hizo que su amigo se detuviera.

—Corta el phobium, Meck. Tus padres no me quieren a mí. Te quieren a *ti*. Tal y como deben. Dejémoslo para otra ocasión.

Odom tenía la cara cuadrada, piel oscura, casi negra, y una sonrisa perpetua.

—Negativo, oh, gran condecorado. ¿Vienes pacíficamente? ¿O debo arrastrarte?

Kyle lo miró, vio la determinación en los ojos de su amigo, y sonrió.

—¿Tu hermana estará?

Odom rio.

—Ten cuidado con lo que pides, Katarn... ¡podrías conseguirlo!

La noche fue bien. A diferencia de muchas de las familias más ricas del Imperio, los Odom no tenían vínculos con el Emperador, y eran genuinamente agradables. La madre de Meck poseía un pequeño pero exitoso negocio de importación-exportación, y su padre era un famoso arquitecto. Ellos, y su impresionante hija, eran espléndidos anfitriones, y la velada pasó con sorprendente velocidad.

Finalmente, tan lleno de buena comida que Kyle pensó que podría estallar, los cadetes regresaron al dormitorio. Con el levantamiento del toque de queda, y los

centinelas ignorando cualquier cosa por debajo del caos total, se encontraron con el previsible número de borrachos tanto agradables como no tanto.

Los jóvenes esquivaron a los peores chiflados y se adentraron en su habitación sin mayores contratiempos. Kyle se había librado de su chaqueta sucia, y se había desabrochado la mayor parte de los botones de la camisa, cuando se dio cuenta de que un icono de mensaje había aparecido en la esquina superior izquierda de la pantalla de su ordenador. Parpadeaba con una regularidad molesta. Casi pospuso su lectura hasta la mañana siguiente, con la certeza de que era uno de los boletines "Querido Cadete"

que el Comandante gustaba de emitir, pero vio que la pantalla de Meck estaba en blanco.

Curioso, Kyle se dejó caer en su silla, introdujo su código de acceso, y esperó a que el mensaje apareciera. Las palabras "Recibo Enviado" aparecieron primero, seguidas por el mensaje en sí.

El Emperador lamenta informarle de que su padre, Morgan Katarn, fue asesinado durante una incursión rebelde. No hay más información adicional disponible en este momento. Si desea hablar con un terapeuta, uno estará disponible bajo petición. Para solicitar un permiso por motivos familiares seleccione "Solicitudes Administrativas de Cadetes Iniciados" en el menú principal y pulse "entrar". Seleccione "Permiso por Motivos Familiares", proporcione la información apropiada, y adjunte este mensaje.

Kyle leyó las palabras tres veces antes de que adquirieran significado. Entonces, seguro de que todo era parte de un cruel engaño perpetrado por uno o más de sus compañeros de clase, buscó el código de autenticación que debería aparecer en la parte inferior de la pantalla. Las lágrimas brotaron de sus ojos cuando lo vio. Morgan Katarn, su padre, mentor, y mejor amigo, estaba muerto. Asesinado por los rebeldes. ¿Por qué?

¿Por qué querrían matar a Morgan Katarn? Especialmente a la luz del hecho de que su padre simpatizaba con la causa rebelde, simpatizaba *demasiado* en opinión de Kyle, y había aprobado a regañadientes su solicitud para la Academia. No tenía sentido. Pero nada en la guerra lo tenía, incluyendo el hecho de que él hubiera sobrevivido mientras que el resto de su equipo resultara muerto.

Kyle recordó el Centro de Comunicaciones, los rebeldes con las manos arriba, y supo que cometió un grave error. Hong había estado en lo cierto. Tendría que haber dado la orden, debería haber matado a todos y cada uno de ellos, debería haber dejado una sala llena de cadáveres. Por el equipo, por su padre, por sí mismo.

Kyle se levantó, dejó una nota en la mesilla de noche de Meck, y se dirigió a la Oficina de Asuntos del Cadete. Estaría allí cuando abriera. Tal vez tendrían más información, tal vez le darían algún sentido a esto, o tal vez era un terrible malentendido. Sí, un error que podría y sería resuelto.

Hacía frío en el molinillo. Luz de luna acariciaba la estatua de Palpatine y lanzaba sombras a través del patio. Kyle, con sus pensamientos tan negros como el mismo espacio, siguió avanzando.

CAPÍTULO *4*

El *Estrella del Imperio* era de más de dos kilómetros de largo y estaba equipado para transportar a cinco mil pasajeros sin contar a su considerable tripulación. Era propiedad exclusiva de Líneas de Transporte Haj, y al igual que el resto de naves de la compañía, era un testimonio de duracero de la habilidad de la familia Haj para obtener el favor del Emperador y, al mismo tiempo, mantener una relación positiva con la floreciente Alianza. “Que otros jueguen a la política... nosotros estamos en el negocio del transporte”, le gustaba decir al viejo Haj, y, gracias a su alegre neutralidad, el clan prosperó.

Todo lo cual no tenía nada que ver con Kyle, pero sí mucho que ver con la plural lista de pasajeros del *Estrella*. Después de conseguir que le llevara un transporte militar, Kyle fue desde la Academia en Carida a la estación de transferencia orbital de Dorlon II, donde él y una variedad de otros seres inteligentes abordaron una lanzadera bien equipada.

Ahora, mientras Kyle sorbía de una copa de vino y observaba al *Estrella* llenar el ventanal, se encontró hombro a tentáculo con un comerciante twi'lek, un ingeniero mon calamari, un par de técnicos klatooinianos, un cazarrecompensas rodiano, un gran de profesión indeterminada, y algunas otras especies de las que no estaba muy seguro.

Ellos, además de una variedad de humanoides con adaptaciones especiales, toda clase de familias, seres esclavizados, y droides construidos para la multitud cosmopolita. Un gran cambio después de cuatro años en Carida, donde rara vez eran vistos no humanos, y mucho menos te tropezabas con ellos.

El crucero relucía salpicado de luces decorativas, su enorme hangar bostezó para aceptarlos, y la lanzadera flotó hacia delante. Kyle admiró la precisión con la que se dispararon los retros y se preguntó si

él podría hacerlo tan bien. Dudaba de que pudiera. La práctica hace la perfección, y él, como el resto de los estudiantes de ingeniería de la Academia, tenía menos tiempo de vuelo del que le hubiera gustado.

Miembros de la tripulación embutidos en trajes espaciales esperaban para recibirlos, droides surcaban la cubierta cumpliendo diversos recados, y naves más pequeñas, muchas de las cuales eran propiedad personal de pasajeros ricos, se situaban en filas ordenadas. Era una vista impresionante, considerablemente diferente del carguero con destino a Carida que tomó cuatro años antes.

Llevó media hora cerrar y presurizar el hangar y desembarcar a los pasajeros de la lanzadera. Aquellos que podían permitirse el lujo de alojamientos de primera clase fueron recibidos y escoltados a sus diversos camarotes por los eternamente solícitos miembros de la tripulación del *Estrella*. Los seres sólo ligeramente menos afortunados fueron recibidos por uno de los droides de sobrecargo idénticos de la nave y se les mostraron sus más pequeños pero aun así respetables camarotes.

Gracias a la generosidad y la habilidad política de la familia Haj, Kyle y un puñado de otros militares tenían derecho a tarifas reducidas, un gesto considerado que complacía a los oficiales de alto rango del Imperio. Cargaron con su propio equipaje mientras fueron conducidos a través de un laberinto de pasillos, corredores y vías tubulares hasta que llegaron a la eufemísticamente llamada Cubierta Luz Estelar, donde ninguna de las habitaciones tenía un ventanal y las cámaras de los motores estaban sólo a un mamparo de distancia.

Kyle tenía un camarote similar a un cubículo todo para él, sin embargo, parecía un palacio en comparación a los cuatro años en una habitación compartida. Le llevó menos de una hora darse una ducha, deshacer su equipaje, y comprobar el terminal. Exploró el diseño de la nave y decidió que la Cubierta de Observación era el destino más lógico para alguien tan pobre como él. A diferencia de muchos de los restaurantes y clubes, era gratuita, y de acuerdo con el constantemente actualizado texto, un excelente lugar desde el que echar otro vistazo a Dorlon II.

Abandonó el cubículo, asegurándose de que la puerta quedaba cerrada, y se topó con un soldado de la Flota. Intercambiaron saludos, asintiéndose el uno al otro, y siguieron sus respectivos caminos. Los oficiales no confraternizaban con la tropa (no abiertamente, en todo caso), y ambos conocían las reglas.

Le llevó un tiempo viajar desde la Cubierta Luz Estelar a la Cubierta de Observación a través de estrechos pasillos, ascensores repletos, y veredas móviles. Sin embargo, a Kyle no le importó, dado que la observación de seres sensibles era uno de sus pasatiempos favoritos, y había un montón que ver... especialmente chicas. Después de haber pasado cuatro años en un ambiente mayormente masculino, Kyle estaba fascinado con ellas. Tanto es así que se olvidó de sí mismo por un momento y no se dio cuenta de lo obvio que era hasta que las gemelas que se estaba comiendo con los ojos apuntaron en su dirección, soltaron una risita, y le dijeron algo a su madre. Ella le dirigió un ceño fruncido al oficial, él tropezó, y las chicas se rieron.

La cara de Kyle era de un reluciente rojo cuando todos ellos entraron en el salón de observación. Gracias al hecho de que la zona estaba llena de gente de pie, sentada, reclinada, e incluso en cuclillas, fue fácil perderse entre la multitud.

A pesar de que las diferentes especies exhibían una amplia variedad de comportamientos, habilidades y preferencias, Kyle había observado que casi todas las que estaban equipadas aunque fuera con los órganos visuales más rudimentarios disfrutaban contemplando los planetas. No importaba qué planetas ya que, como rocas en una playa, cada uno tenía su propio tipo especial de belleza.

De hecho, había algo en la experiencia de observar algo tan enorme, tan majestuoso, que trascendía las barreras entre especies y unía a todos los espectadores. Este era un momento así, y mientras que algunos se dedicaban a conversar en voz baja, la gran mayoría estaban en silencio, con su atención centrada en lo que yacía más allá de la burbuja de transpariacero.

Kyle observaba una vasta esfera, su superficie estaba ennegrecida donde los volcanes habían arrojado ceniza y lava, dando paso gradualmente a tostados, amarillos, y una capa de lo que parecía ser azúcar en polvo donde los compuestos de azufre dominaban el terreno.

Otros seres, aquellos que estaban limitados a una escala de grises, o que tenían la capacidad de detectar emanaciones de infrarrojos, veían diferentes pero no menos impresionantes paisajes, cada cual según su habilidad.

Kyle hizo una mueca cuando una voz demasiado familiar sonó por detrás de él.

—¿Chico del Borde? No sabía que viajarías en el *Estrella*... podría haberte ofrecido un sitio. En el yate de la familia, ya sabes... está escondido abajo, por seguridad.

Kyle forzó una sonrisa mientras se volvía.

—Nathan. Qué agradable sorpresa. ¿Cómo va la resaca?

Donar, quien había consumido demasiado vino la noche de la graduación y lo había vomitado todo en el interior del vehículo terrestre de un amigo, miró a izquierda y derecha. La bebida era un tema delicado en lo que se refería a su madre, y no quería otro sermón.

—Ha quedado atrás, viejo chico del Borde, ha quedado atrás. Vamos, basta de cháchara, es momento de que conozcas a mis padres. De hecho, ¿por qué no comemos?

Al viejo le gusta comer bien y podemos apuntarnos.

Con la sola excepción de Meck Odom y su familia, era la primera vez que Kyle recibía una invitación así, y a pesar del hecho de que sabía que la brecha entre la gente del Borde y el círculo interior del Imperio era de todo menos insalvable, no pudo evitar sentirse honrado. Además, con Nathan arrastrándolo a través de la multitud, y sus padres ya a la vista, no había forma de negarse. A pesar de lo nasal que era, la voz de Nathan era muy fuerte, y cortó a través del ruido.

—Madre... padre... mirad a quién me he encontrado. Me gustaría que conocierais a Kyle Katarn... ya sabéis, el cadete que ganó la medalla.

La honorable señora Donar parecía agradable, aunque un poco demacrada, mientras que el padre de Nathan, Dol Donar II, Gobernador de Derra IV, era otra cosa. Era un hombre imponente, tan corpulento como su esposa delgada, con unos ojos como turboláseres gemelos, y tres barbillas. Su ropa, que resplandecía con luz reflejada, colgaba en grandes pliegues, como para ocultar su peso. Observó a Kyle con una mirada similar a la que un entomólogo echaría a un espécimen nuevo. Las palabras, tan nasales como las de su hijo, llegaron como golpes.

—¿Condecorado, dices? ¿Cuándo? ¿Por qué?

Nathan, que estaba habituado a las maneras de su padre, se apresuró a explicar.

—Durante la ceremonia de graduación… por su valor en un asteroide bajo control rebelde.

El Gobernador extendió una mano fornida. Kyle se dio cuenta de que llevaba un anillo en el meñique con lo que debía ser una gema rol de cinco quilates. Refulgía con luz propia.

—Por supuesto. ¡Tonto de mí por olvidarlo! Enhorabuena, hijo. Una medalla al valor es algo de lo que estar orgulloso.

—Así como el liderazgo de su hijo durante la ceremonia de graduación —respondió Kyle con mucho tacto—. No estaría aquí si no fuera por su juicio.

El hombre mayor sonrió y le pasó un brazo alrededor de los hombros a Nathan.

—¡Fue algo digno de ver, sin duda! Muchachos, hicisteis un buen trabajo.

Apartasteis de un plumazo los temores de su madre.

Nathan, que vivía para ganarse el respeto de su padre, se volvió de color rosa por el placer y charló sin parar en la comida posterior. La Sala Nebulosa era uno de los restaurantes más caros de a bordo. Kyle, que podría haber subsistido durante una semana con la comida que el Gobernador Donar consumió durante ese único ágape, se conformó con una ensalada verde, un bollo recién horneado, una porción de guiso de runyip, y luego, porque no podía resistirse, un bol de insectos confitados. El plato era uno de los favoritos entre los kubaz, y el chef de los postres lo llevó a la mesa él mismo.

Kyle había consumido el último de los bocados mezcla de dulce y agrio cuando el Gobernador Donar se volvió hacia él.

—Bueno, háblanos de tu familia, hijo, ¿en qué línea de negocio se mueven?

Nathan frunció el ceño y parecía genuinamente lamentarlo mientras Kyle se obligaba a mirar al hombre a los ojos.

—Mi padre era artesano… los rebeldes lo asesinaron.

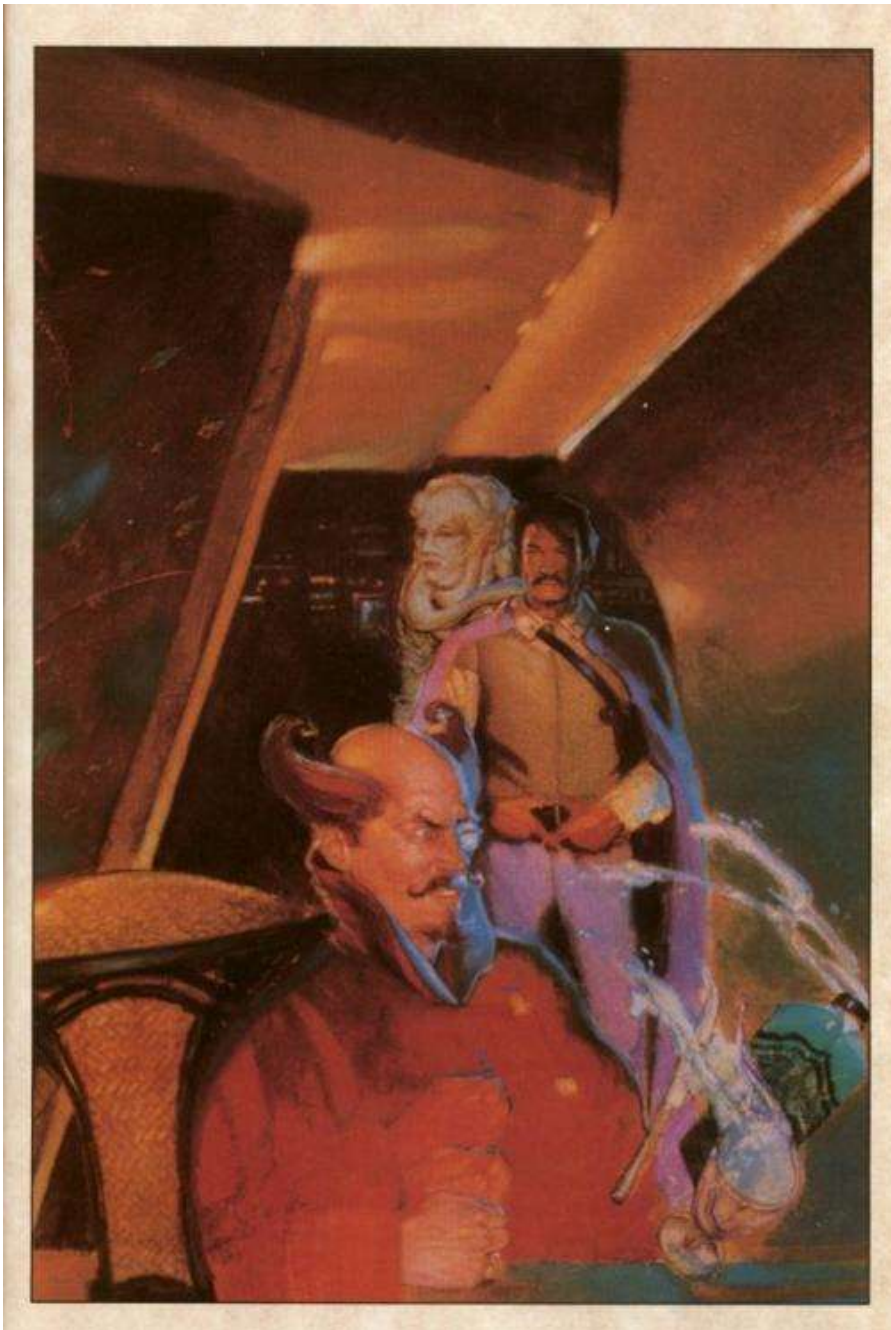
La declaración era una clara admisión de inferioridad social, pero, en lugar de mostrar desdén como Kyle había temido, el Gobernador estaba sinceramente ultrajado.

—¿Rebeldes, dices? ¡Así explotaran sus miserables escondites! ¡Así la viruela asolara a cada uno de ellos!

La señora Donar, que era muy consciente del hecho de que los seres inteligentes sentados alrededor de ellos podrían ser rebeldes, o simpatizantes de los rebeldes, puso una mano sobre el brazo de su marido.

—Baja la voz, Dol. Recuerda dónde estamos.

—¡No me importa dónde estamos! —declaró Donar en voz alta, haciendo caso omiso de aquellos que se volvieron a mirar—. Lo he dicho antes, y lo diré otra vez: ¡El único rebelde *bueno* es el rebelde *muerto*! Recuerda mis palabras, hijo, el Emperador tiene un par de cosas en el almacén para la llamada Alianza, tu padre *será* vengado.



La forma en que el hombre lo dijo, la certeza en su expresión, todo llevó a Kyle a creer que algo real yacía detrás de sus palabras. Fuera lo

que fuera debía ser realmente impresionante si el Imperio quería suprimir el tipo de fanatismo con el que se había encontrado en el asteroide AX-456. Estaba a punto de decir esto cuando un hombre bien vestido se acercó a la mesa. Se inclinó ante la señora Donar y se volvió hacia su marido.

—Señora Donar. Gobernador. Por favor, permítanme presentarme. Mi nombre es Calrissian, Lando Calrissian, y he oído que disfruta ocasionalmente de una partida de sabacc.

La señora Donar, cuya comida había consistido en poco más que unas hojas con bayas sobre ellas, frunció el ceño y trató de establecer contacto visual con el Gobernador. Sin embargo, era demasiado tarde, ya que un rayo había cruzado sus ojos y el afán coloreaba su voz.

—¿Sabacc, dice? ¿Lando Calrissian? Es un placer conocerle, ciudadano Calrissian.

Por favor, permítame presentarle a mi esposa Rissa, mi hijo Nathan, y su amigo Kyle Katarn. Estaría encantado de unirme a usted y a sus amigos, asumiendo que se trata de una partida amistosa, en consonancia con mis habilidades un tanto limitadas.

Calrissian se inclinó por la cintura.

—Espero que la partida sea de lo más amistosa. Y tengo la sensación de que está siendo demasiado modesto con respecto a sus habilidades. ¿En la Sala Corellia, entonces? ¿Sobre las dos?

—En la Sala Corellia a las dos.

Calrissian asintió hacia cada persona sentada en la mesa y se alejó.

Nathan y su padre partieron hacia la Sala Corellia inmediatamente después de la comida, mientras que la señora Donar, que había desarrollado un dolor de cabeza, se retiró a la suite de la familia. Kyle les dio las gracias por la comida, se comprometió a pasarse a observar la partida, y se fue a dar un paseo.

En ese momento, lejos del imperialismo casi fanático de Carida, y fuera de la burbuja protectora que rodeaba a la familia Donar, Kyle comenzó a percibir el odio que hervía justo bajo la superficie del Imperio. Miradas largas y duras, hombros que parecían chocar intencionalmente contra los suyos, y comentarios, algunos lo

suficientemente altos como para ser escuchados.

—¡Escoria imperial!

—¡Cabezacubo!

—Basura.

Los comentarios le hicieron sentirse avergonzado, enfadado, y confundido, todo al mismo tiempo. ¿No lo comprendían? ¿No sabían lo que los rebeldes habían hecho?

Seguramente no podían ser tan estúpidos. Pero, aparentemente, lo eran, como confirmaban ocasionales pintadas.

Desalentado, y más que un poco deprimido, Kyle se dirigió a un lugar donde estaba seguro de que sería aceptado... la Sala Corellia. Al igual que el resto de salas públicas de temática mundial, la Corellia había sido decorada con el planeta homónimo en mente.

En lugar del ventanal de transpariacero que se podría haber esperado, el mamparo exterior mostraba una pantalla diseñada para parecer un ventanal. La imagen proyectada en la pantalla era tan real, tan convincente, que si Kyle no lo hubiera sabido, habría jurado que la nave estaba orbitando la misma Corellia. Esto, además de vitrinas llenas de artefactos corellianos, y paredes tapizadas con arte corelliano, daba al espacio su apariencia única.

La partida estaba bien en marcha para cuando Kyle llegó. Había atraído a un buen número de espectadores. Nathan le dio la bienvenida, al igual que el Gobernador, pero ambos estaban preocupados. Había veinticinco o treinta seres presentes, pero sólo cuatro estaban sentados en la mesa de juego.

Sus cartas, repartidas por uno de los droides de juego de la nave, llevaban imágenes generadas electrónicamente. Había cuatro palos: bastones, frascos, sables, y monedas.

Cada una podía ser barajada mediante el uso de un botón situado en la esquina inferior izquierda de la carta. Y había varios conjuntos de reglas, incluyendo el sistema Preferido de la Emperatriz Teta, Casino de la Ciudad de las Nubes, Gambito Corelliano, y al menos uno más que Kyle no podía recordar. La simple realidad era que él nunca había disfrutado mucho los juegos. Era, tenía que admitirlo, un mal perdedor.

Kyle levantó la vista de la mesa, y entrevió una cara que le resultaba familiar. ¿O no?

La cara pertenecía a una chica, y por mucho que lo deseara, Kyle no conocía a ninguna chica. Observó, pero ella desapareció detrás de un par de twi'leks en el lado opuesto de la mesa. Kyle se movió a la izquierda, tratando de obtener una mejor visión de ella, y accidentalmente tropezó con un cazarrecompensas rodiano. Era difícil decir qué era peor, el olor corporal del alienígena, o la colonia barata que utilizaba para ocultarlo.

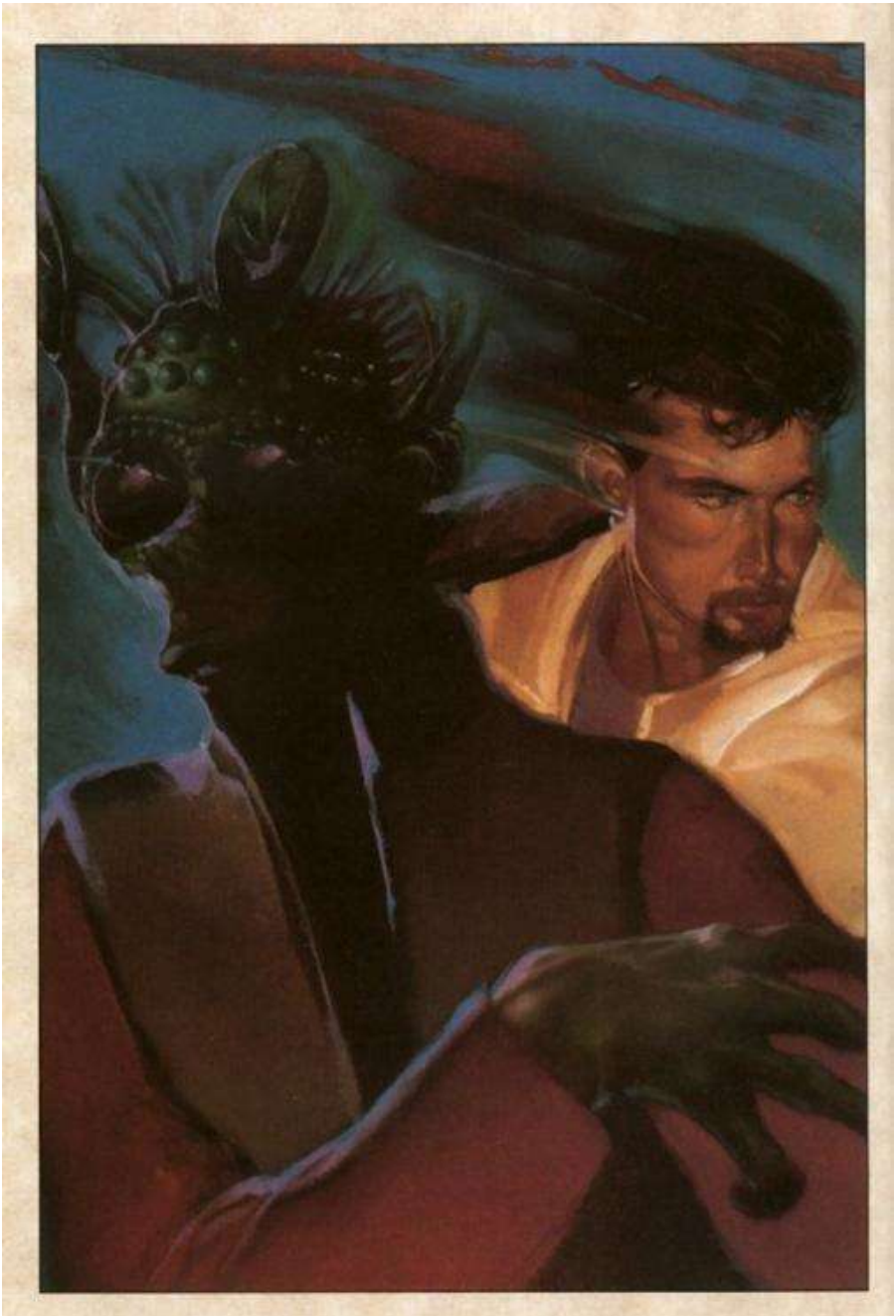
De repente, como una nube rompiéndose para admitir un rayo de sol, dos de los espectadores se separaron. La chica miró en su dirección, sus ojos se encontraron, y se reconocieron entre sí. ¡Era ella! ¡La chica del asteroide!

Kyle vio que sus ojos se ensanchaban con sorpresa, vio una emoción que no pudo identificar cruzar su cara, y la observó alejarse. Sin pensar, Kyle la siguió mientras ella se movía rápidamente a través de la multitud.

Se dijo que era por su condición de rebelde... que estaba cumpliendo con su deber...

pero sabía que había algo más. Quería hacerle daño, para castigarla por todo lo que los rebeldes habían hecho. Pero también quería hablar con ella. Ella estuvo allí, en el asteroide, y podría ser la única persona que entendiera lo que sentía.

Kyle rodeó la mesa, esquivando al droide que parecía no alejarse nunca mucho del lado de Calrissian, y se lanzó hacia la puerta. El cazarrecompensas rodiano, con sus grandes ojos púrpura vacíos de toda expresión, lo observó alejarse. En el exterior, Kyle vio poco más que un destello azul cuando la chica se unió a una pasarela móvil.



Corriendo para alcanzarla, Kyle esquivó, adelantó, y rozó a una buena cantidad de seres, murmurando “disculpe” una y otra vez, manteniendo ambos ojos en su presa.

Una vez en la pasarela, se trasladó al carril exterior, adelantando a una mujer de negocios y a su droide secretario, y adoptó un paso rápido.

La chica tenía una ventaja significativa sobre él para entonces. Ella miró hacia atrás por encima del hombro, confirmando que él estaba allí, y caminó aún más rápido.

Viendo esto, Kyle redobló sus esfuerzos, rompiendo a correr. No notó al hombre alto, casi cadavérico, que tocó una conexión en su oreja derecha, murmurando “aquí Waller...

va de camino”, en un comunicador, caminando sin prisa por detrás.

La pasarela terminó, la chica se detuvo el tiempo suficiente para que Kyle la ubicara, entonces se dirigió a un tubo de ascensor. El joven oficial se abrió paso entre la multitud, se disculpó a derecha e izquierda, y llegó frente al ascensor justo cuando se cerraba.

Kyle golpeó el metal con frustración, haciendo caso omiso de la oferta de ayuda de un droide, y observó la luz indicadora. Estaba dos niveles por debajo del que estaba él, pero este nivel estaba fuera de los límites de los pasajeros, lo cual le dijo lo que necesitaba saber.

La escalerilla, que fue pensada para situaciones de emergencia y sólo rara vez usada, iba paralela al tubo. Kyle pulsó el panel junto a la puerta de acceso, esperó a que se deslizara, y entró. La escalera fue diseñada para acomodarse a condiciones tanto de gravedad como de gravedad nula. Afianzó los pies contra los raíles exteriores y colocó sus manos como frenos. La gravedad artificial de la nave haría el resto.

El descenso duró cinco segundos. Sus botas golpearon la cubierta en el mismo momento en que alguien le rodeaba el cuello con una llave de estrangulamiento. Kyle intentó aflojar el brazo, pero encontró que era inútil. Bien podría haber estado tratando de doblar una barra de duracero. Las palabras calentaron el lado derecho de su cara.

—¿Qué prisa hay, muchacho? ¿Y si te has caído y te has roto el cuello? ¿Qué haría el Emperador entonces?

Kyle intentó decir algo, trató de responder, pero sólo pudo emitir un sonido gorgoteante. Otra voz intervino. Era claramente femenina.

—Es suficiente, Rosco. El pasillo está despejado. Sácalo.

Como por arte de magia, la llave de estrangulamiento se transformó

en una llave de muñeca. Rosco aplicó algo de palanca, y Kyle hizo una mueca y se volvió hacia la escotilla. La chica esperaba para asegurarse de que el oficial seguía bajo control, asintió aprobadoramente, y salió al pasillo. Kyle, con un poco de estímulo por parte de Rosco, la siguió.

Rosco tenía la constitución de un barril. Tenía el pelo rubio muy corto, la nariz aplastada por peleas, y pequeños ojos azules. Estos centelleaban astutamente.

—La vida apesta, ¿verdad? Especialmente si eres un inservible parásito lamebotas imperial.

Kyle, que sabía que estaba siendo azuzado, permaneció en silencio. Su oportunidad llegaría, o eso le había prometido su instructor de combate sin armas, y la paciencia era la clave.

Un hombre alto y delgado apareció como de la nada y se alineó detrás de ellos. Kyle se dio cuenta de que mientras que su captura no había sido planeada de antemano, sí había sido coordinada sobre la marcha, y expertamente. Di lo que quieras de los rebs, pero eran competentes.

La chica se detuvo frente a una escotilla, introdujo una serie de números en el teclado, y esperó a que la puerta se abriera. Kyle alcanzó a ver estantes de almacenaje, se dio cuenta de que sus captores tenían el apoyo de al menos un miembro de la tripulación de la nave, y se preguntó si tenían otros privilegios también.

La chica se hizo a un lado y Kyle fue empujado a través de la abertura. El joven oficial tropezó, cayó, y golpeó la cubierta bocabajo. Hizo una flexión de codo, recogiendo las rodillas debajo de su torso, y lanzó una coz hacia atrás. Su pie izquierdo falló pero el derecho hizo contacto con la rodilla de Rosco. Kyle cayó, rodó, y se puso en pie.

La mayoría de la gente habría gritado, habría agarrado el lugar donde dolía, y se habría desplomado al suelo. El rebelde no era de la mayoría de la gente. Emitió un gruñido de sorpresa, frunció el ceño, y estaba a punto de tomar represalias cuando la chica habló.

—Alto ahí. Preguntaste por este, Rosco... y ya has aprendido algo. Puede que el teniente no *parezca* mucho, pero tomó AX-456.

—Razón de más para matarlo —gruñó Rosco—. Yo tenía amigos en 456.

—Y yo estaba *destinada* allí —respondió la chica firmemente, sus ojos se clavaron en los de Kyle—. Él podría habernos matado, *debería*

habernos matado. Pero no lo hizo. Eso requiere agallas.

Kyle buscó en su cara el odio, la maldad que había asesinado a su padre, y no pudo encontrar nada de eso. Lo que vio fueron los mismos ojos tranquilos que habían conectado con los suyos en el asteroide, la misma determinación inquebrantable, y sí, lo que había tenido esperanza de ver pero menos esperaba: comprensión. Ella conocía el sabor del miedo, el peso del mando, y el horror de la derrota. El hombre delgado se aclaró la garganta.

—¿Entonces? ¿Dónde nos deja esto?

La chica levantó una ceja.

—¿Qué va a ser, imperial? Tú me diste mi vida. Yo te puedo dar la tuya.

La respuesta llegó tan fácilmente que Kyle se sintió culpable.

—La tomo.

La chica asintió, miró a la pistola del hombre delgado, y dijo:

—Guarda el arma.

El bláster se quedó donde estaba.

—¿Por qué deberíamos confiar en él? El hecho de que no sea del todo inhumano no le califica como aliado.

La chica dio un paso adelante y le tendió la mano. Lo sintió frío y forzado.

—Soy Jan Ors... ¿y tú eres?

—Kyle Katarn.

—Encantada de conocerte, Kyle. ¿Tengo tu palabra? ¿Ninguna tontería mientras estemos a bordo de esta nave?

Kyle asintió con seriedad.

—Tienes mi palabra.

Rosco emitió un gruñido de disgusto.

—¿Y qué vale eso? ¿El desayuno de un hutt?

Ors lo ignoró.

—Muy bien entonces, nosotros seguiremos nuestro camino, y tú el tuyo. Sin embargo, recuerda... mi deuda ha sido pagada. La suerte estará echada la próxima vez que nos encontremos.

Kyle sintió una repentina sensación de desesperación. La chica le había dicho adiós.

No habría próxima vez. El hombre delgado se había movido hacia el pasillo y Ors le seguiría.

—Espera... quiero hablar contigo... para saber más de lo sucedido.

Las palabras sonaron poco convincentes, terriblemente débiles, pero provocaron que la chica se detuviera. Sus ojos se suavizaron ligeramente.

—¿Hablar? ¿Y eso es todo? ¿No tratarás de redimirme, o algo estúpido como eso?

Kyle negó con la cabeza.

—No. Lo prometo.

—Muy bien —convino la chica—. Hablaremos. Pero lo haremos en público, donde todos puedan verlo. La biblioteca. Dentro de una hora.

Kyle asintió.

—La biblioteca. Te veo allí.

Jan Ors sonrió y desapareció.

La biblioteca de la nave, que en realidad era mucho más que eso, incluía millones de libros en miles de idiomas, todos almacenados electrónicamente. Había juegos

interactivos de realidad virtual, tutoriales, y mucho, mucho más. Como se podía acceder remotamente a la mayoría del material, o copiarlo en tabletas de datos, la instalación ocupaba un espacio

relativamente pequeño.

Tal vez fuera el tamaño de la biblioteca, o la hora del día, pero lo primero que notó Kyle fue que estaba relativamente vacía. Oh, había gente, pero no más de una docena o así, la mayoría sumergidos en los textos o escenarios que sus dispositivos estuvieran reproduciendo, o en un caso particular (un rodiano) aparentemente dormir en un cubículo.

Teniendo en cuenta el hecho de que Kyle iba temprano, no esperaba ver a Jan, y se sorprendió cuando la vio. La zona elevada, destinada a recitaciones, era pequeña pero adecuada para un solo artista. Kyle miró a su alrededor, no encontrando a nadie que le siguiera la pista, y tomó uno de los cinco asientos vacíos.

A pesar del hecho de que no podía ver lo que ella veía, ni escuchar la música que la movía con tanta claridad, reconocía el talento puro y natural cuando lo veía. Más que eso... Kyle sabía que estaba observando un aspecto importante de quién era Jan Ors.

Jan observó a los otros bailarines por el rabillo del ojo, esperó a que la música los llevara a su alrededor, emparejado su *jeté*, se volvió con una pirueta, y mantuvo un *arabesco*. Se desplomó por la falta de zapatos de punta y la práctica necesaria para sustentarlo, no obstante, aplausos tronaron, y flores aterrizaron alrededor de sus pies.

Todo parecía tan real, y sonaba tan real, que por un fugaz segundo Jan imaginó que *era* real e hizo una reverencia. Luego, a medida que el sonido se apagó, y el video comenzó a desvanecerse, levantó la visera. Se sorprendió al verlo sentado allí, al oír el sonido de sus aplausos, y se oyó a sí misma reprobarle.

—¿No tienes nada mejor que hacer que burlarte de mí?

Kyle pareció herido.

—Lo has entendido mal. Has estado maravillosa. ¿Dónde has aprendido a bailar así?

Un tanto apaciguada, y secretamente satisfecha, Jan recogió su bata azul y bajó a la parte inferior.

—Aprendí cuando era una niña. Mi madre fue coreógrafa de la primera compañía de ballet de Alderaan. Y me crie entre ensayos.

—¿Y tu padre?

La cabeza de Jan se inclinó hacia delante. Ella lo miró desde debajo de las cejas levantadas.

—Eres preguntón, ¿no? Mi padre era, y por lo que sé todavía lo es... ingeniero aeroespacial de primera clase. Pásame esas botas.

Kyle miró a su alrededor, vio un par de botas desgastadas, y se inclinó para recogerlas.

—¿En serio? ¿Eso quiere decir que puedes reparar impulsores tan bien como bailas?

—Sí —dijo Jan con total naturalidad—, así es. ¿Qué hay de ti, listillo? ¿Tienes algún otro talento que no sea el que demostraste en el asteroide?

Kyle frunció el ceño.

—Fui a la Academia para obtener una educación. Soy más ingeniero que soldado.

—Sí, y yo soy una bailarina —dijo Jan con escepticismo—. Vamos. Estoy sedienta.

La cafetería atendía a los miembros menos prósperos del pasaje y estaba medio llena. Esperaron en la cola, tuvieron una pequeña charla intrascendente, y obtuvieron sus bebidas. Kyle se ofreció a pagar y Jan le permitió hacerlo. Pareció natural buscar la parte más distante y, por tanto, más privada de la sala. Se sentaron, sorbieron de sus bebidas, y se miraron entre sí a través de la mesa.

—Bueno, querías hablar —ofreció Jan evasiva.

Kyle se encogió de hombros.

—Sí... probablemente no me creerás, pero la mayor parte de los soldados que murieron en aquel asteroide eran buenos hombres.

Jan se quedó en silencio por un momento. Cuando habló, su voz era suave pero determinada.

—Un montón de gente buena murió aquel día, Kyle. Algunos estaban en mi lado...

algunos estaban en el tuyo. Así es la guerra. Tú elegiste ser soldado. ¿Qué esperabas?

Kyle sintió una repentina oleada de ira.

—¿Sí? Bien, ¿y qué hay de mi padre? Él era un artesano, no un soldado, y los rebs lo mataron de todos modos. Explica eso.

Dado su tono, y la naturaleza partidista del tema, Kyle medio había esperado que ella dejara la mesa. Para su sorpresa, y subsecuente alivio, ella no hizo tal movimiento.

De hecho, su expresión sería descrita adecuadamente como una de sorpresa.

—¿En qué planeta?

Kyle se desconcertó.

—Una luna llamada Sulon. Orbita Sullust.

Ella asintió.

—Estoy al tanto. ¿El nombre de tu padre?

—El mismo que yo. Katarn. Morgan Katarn.

—¿Y de dónde has sacado la idea de que tu padre murió a manos de la Alianza?

Kyle se encogió de hombros.

—El comandante me envió un mensaje.

Jan sacudió la cabeza con aparente asombro.

—Mi madre dice que los caminos de la Fuerza son inescrutables... y nunca dejo de sorprenderme por la razón que tiene. Vamos... quiero que conozcas a alguien.

Sabiendo que el contacto abierto con los miembros de la Alianza Rebelde fácilmente podría atraer la atención de los espías del Emperador sobre él, Kyle se dirigió al

camarote de Jan por su cuenta. Tocó el panel sensor. Un tono sonó

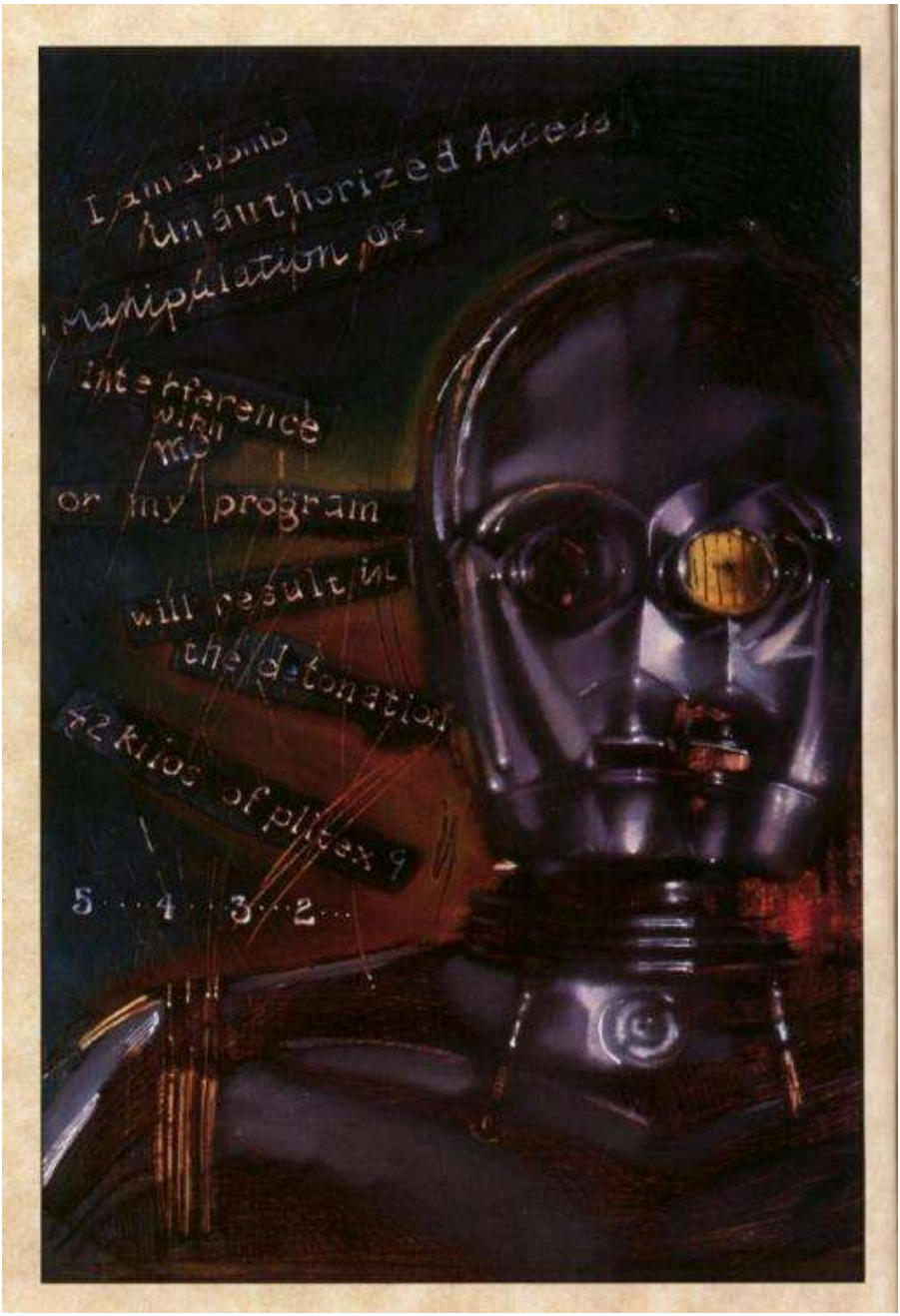
dentro y la escotilla zumbó abriéndose.

Ya fuera por suerte, por la connivencia de un simpatizante rebelde, o por un presupuesto más generoso del que Kyle habría supuesto, el camarote de Jan era un poco más grande que el suyo. Sin embargo, el hecho de que compartiera el espacio con un droide traductor plateado compensaba de sobra esa particular ventaja. La máquina adquirió vida cuando Jan dijo su nombre.

—A-Cé. Quiero presentarte a alguien.

La cabeza del droide se levantó y sus servos zumbaron mientras miraba en la dirección de Kyle. Lo que pasó a continuación tomó a ambos humanos por sorpresa. A-Cé se puso rígido, retrocedió aún más hacia la esquina, y habló con una voz firme e inflexible:

—Soy una bomba. El acceso no autorizado, la interferencia, o la manipulación de mí mismo o mi programación, módulos de almacenamiento de datos, u otros sistemas dará lugar a la detonación de cuatro punto dos kilos de explosivo plitex nueve. He identificado una amenaza de clase tres, y, de acuerdo con mi programación, estoy tomando las medidas adecuadas. Secuencia de detonación activada. Cuenta atrás iniciada. Diez... nueve... ocho...



Kyle dio un paso hacia la escotilla y miró a Jan. Ella habló apresurada juntando palabras en su afán por soltarlas.

—Código de anulación alfa, bravo, zeta, uno-nueve-seis. Ejecutar.

A-Cé se detuvo, rompiendo la secuencia de cuenta atrás, y pareció relajarse.

—Código de anulación autentificado. Secuencia de detonación finalizada.

Jan miró a Kyle y sonrió débilmente.

—Lo siento. Es por el uniforme, combinado con el hecho de que el droide es algo así como un huérfano. La razón se pondrá de manifiesto en un momento. Primero, responde a una pregunta. Cuando enviaron a tu equipo a 456, ¿te dijeron por qué?

Kyle frunció el ceño.

—No, no exactamente. Dijeron que el objetivo era tomar el control de una estación de comunicaciones... nada más.

Jan asintió.

—Bien, la información que te dieron era exacta hasta donde llegaba, pero hay más.

La verdad sobre el Emperador y sus muchas atrocidades es una de las armas más potentes que la Alianza tiene. Una vez conscientes de ello, las partes neutrales se vuelven más amistosas, se forman nuevas alianzas, y el apoyo se afianza. Sin embargo, las grandes distancias que separan a los planetas del Imperio hace difícil esto.

Kyle comenzó a objetar pero Jan levantó la mano.

—Escúchame, mira con tus propios ojos, y luego di lo que quieras... La Alianza tiene reporteros, valientes hombres y mujeres que deambulan de un planeta a otro, a menudo dentro del espacio controlado por el Imperio, recogiendo historias para diseminarlas entre aquellos que están dispuestos a ver, oír, y entender. Muchos de estos corresponsales tienen compañeros como aquí, A-Cé, que está equipado para capturar, almacenar y editar cualquier cosa de la que sea testigo. Una vez que las historias han sido preparadas, son distribuidas por todo el Imperio a través de estaciones de comunicaciones como la del asteroide 456.

Kyle, que no estaba muy conforme con toda la propaganda anti-imperial inherente a lo que ella decía, se cruzó de brazos.

—Todo esto es muy interesante. Pero, ¿por qué debería importarme?

Jan se quedó en silencio por un momento, y, por razones que no pudo entender, pareció apiadarse de él.

—Kyle, de ninguna manera debería mostrarte esto, pero lo haré de todos modos.

¿Recuerdas los reporteros que he mencionado? Bueno, A-Cé fue asignado a una mujer llamada Candice Ondi. Fue una de nuestras mejores corresponsales y murió cubriendo la historia que estás a punto de ver. A-Cé... muéstrale al Teniente Katarn la batalla por el Pozo-G de Sulon.

Los servos chirriaron cuando A-Cé se acercó a la terminal informática, retiró un cable desde el compartimiento situado en la parte inferior derecha de su torso, y estableció una conexión con el panel de entrada. Hubo un momento de negro seguido de un holograma de una mujer de mediana edad de aspecto agradable. Se presentó a sí misma como Candice Ondi y dijo que estaba informando desde el lugar de una batalla inminente.

Kyle reconoció la zona de inmediato. No había ninguna duda con el cañón y la caverna. Gracias a la insistencia de su padre y otros miembros influyentes de la comunidad, el trabajo inicial de reconocimiento se puso en marcha incluso antes de que él se fuera a la Academia.

Ondi describió incursiones recientes de soldados de asalto disfrazados de rebeldes, ofreció algo de vídeo doméstico no muy convincente como evidencia para apoyar sus acusaciones, y aludió a “fuentes confidenciales de información” para decir que se había advertido de un asalto importante al Pozo-G.

Entonces, cuando el droide con holocámara incorporada tomó una panorámica del interior de la caverna, Kyle vio algo que hizo que su corazón diera un vuelco. Su padre, Morgan Katarn, se dirigía a un grupo variopinto de adolescentes y ancianos. Kyle conocía a la mayoría de ellos por sus nombres de pila. Su padre... un líder rebelde... el conocimiento le sacudió. El siguiente comentario de Ondi hizo que la escena se moviera.

—Como pueden ver, cuando se trata de luchar contra el Imperio, tanto jóvenes como ancianos están de acuerdo. Este grupo, bajo el mando de un líder de la milicia local, defenderá un pasadizo al que los locales se refieren como la “puerta trasera”.

Kyle, que tenía vívidos recuerdos de haber jugado al escondite a

través del pasadizo en cuestión, sintió un nudo formarse en su garganta. Se puso en pie. La historia no era cierta, ¡no podía serlo! Pero incluso la posibilidad hacía que sus palmas sudaran. El resto fue peor.

Ondi y su fiel droide estuvieron allí cuando el Mayor Noda y sus soldados de asalto cuidadosamente disfrazados se abrieron paso por el río. Kyle, quien se había mostrado bastante cínico acerca de la veracidad del informe, experimentó una sensación de hundimiento cuando el primer AT-ST apareció, sólo para ser destruido por un MAP

rebelde.

Sí, alcanzó a ver la insignia rebelde pintada en los flancos de la máquina, pero sabía la facilidad con la que podría ser falsificada. Especialmente porque era muy difícil imaginar un escenario en el que los rebeldes hubieran capturado las máquinas y las usaran para tal pantomima ocasional. Sin embargo, más que nada, fue la forma en que los atacantes se movían río arriba lo que lo convenció de la autenticidad del informe.

Cada acción que tomaban estaba directamente extraída de los manuales de la Academia, y, como a su padre le gustaba decir, “si suena como un bantha, camina como un bantha, y huele como un bantha, lo más probable es que sea un bantha”.

Entonces, justo cuando otro AT aparecía alrededor de la curva del cañón y la tasa de fuego enemigo aumentaba, Ondi se volvió hacia la cámara. Estaba a punto de decir algo, a punto de comentar la acción, cuando una mirada de sorpresa se apoderó de su rostro. Había sido golpeada, y las imágenes cuando A-Cé corrió a cogerla fueron más elocuentes que las palabras. Ella trató de decir algo mientras yacía en brazos del droide, frunció el ceño cuando las palabras se negaron a salir, y perdió toda expresión.

El holograma se desvaneció y el silencio cayó sobre el camarote. Cuando Kyle habló, las palabras surgieron como un graznido.

—Lo lamento por Ondi. ¿Tienes alguna idea de lo que le pasó a mi padre?

Vio algo ilegible en los ojos de Jan. ¿Lástima? ¿Compasión? ¿Tristeza? No podía decirlo. Su voz llegó suave.

—A-Cé grabó algunas secuencias más... pero no estoy segura de que debiera mostrártelo.

—Muéstrame lo que tengas —dijo Kyle sombrío—. Quiero saber cómo murió mi padre.

El droide miró inquisitivamente a Jan y ella asintió. La pantalla volvió a la vida y Kyle se encontró mirando a escondidas a través de un hueco donde una lona se había soltado y se agitaba a la brisa. Árboles se mecían delante y más allá, Kyle vio los almacenes que delineaban el perímetro occidental del espaciopuerto de Sulon y la periferia norte de Barons Hed. Un puesto de control dirigido por hombres con relucientes armaduras blancas apareció. Hubo un momento de oscuridad cuando A-Cé retrocedió, seguido por un sonido de engranajes, y un breve vistazo de edificios destartalados cuando el vehículo se movió hacia delante.

Entonces, habiendo cruzado de manera segura el puesto de control, A-Cé volvió al trabajo. La carretera iba paralela al espaciopuerto. Kyle vio aparecer una pared llena de pintadas, se dio cuenta de que unos bultos de aspecto extraño estaban alineados en la parte superior, y se preguntó por qué a los pájaros les gustaban tanto. Había cientos, tal vez miles de alas revoloteando, levantando el vuelo a la más mínima señal de peligro, sólo para asentarse en el mismo lugar de nuevo.

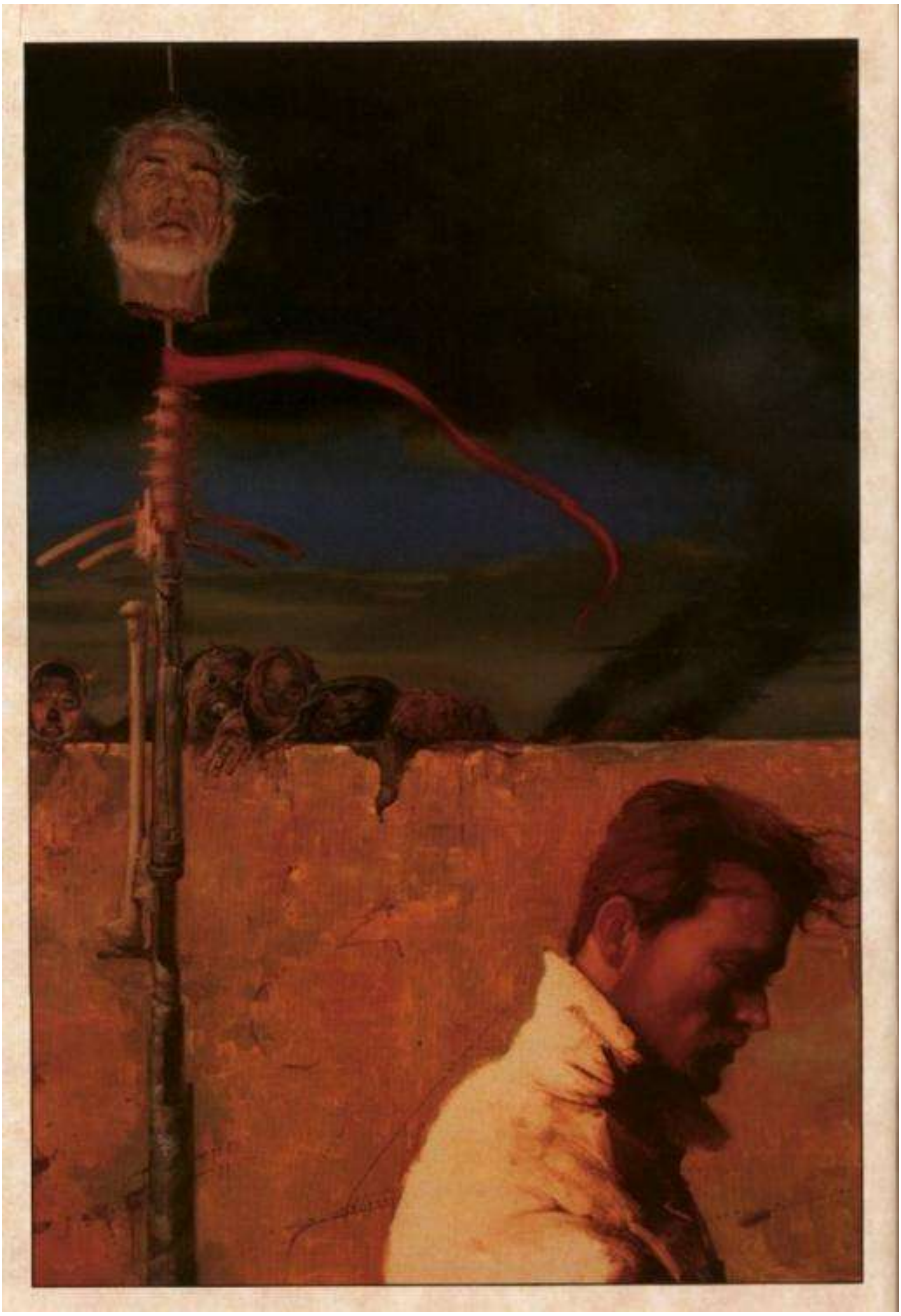
Entonces, cuando la carretera se acercó a la pared, y el camión comenzó a decelerar, Kyle se dio cuenta de que los bultos eran cabezas humanas. Todavía estaba asimilando esto, todavía estaba forzándose a absorberlo, cuando el camión se detuvo por completo.

Kyle vio el rostro de su padre, sintió la comida subir, y la obligó a volver a bajar.

Había más, pero Jan indicó a A-Cé que parara y el droide obedeció. Jan, sin saber qué hacer o decir, observó el rostro de Kyle. Vio tristeza aparecer, seguida rápidamente por ira y una firme resolución. Kyle pareció envejecer ante sus ojos, y cuando habló, las palabras salieron como si provinieran de otro hombre.

—Gracias. La verdad puede doler. Pero la mentira es peor.

Entonces, en un gesto que Jan nunca olvidaría, el oficial se arrancó la barra que simbolizaba su Medalla al Valor de la parte delantera de su uniforme y la tiró a la papelera de reciclaje. El Imperio no lo sabía, pero un rebelde había nacido.



CAPÍTULO *5*

Jan entró en la esclusa con un piloto mon calamari y un par de droides de mantenimiento. Ninguno sintió la necesidad de comunicarse, y pasaron el tiempo observando el panel de estado. La

espera fue relativamente corta, gracias al hecho de que la cubierta del hangar estaba presurizada.

Un pitido recorrió la frecuencia desde un tono subsónico a uno ultrasónico, una luz indicadora brilló en verde, y para aquellos equipados para verlo, también apareció una señal de luz infrarroja.

La escotilla se abrió y todo el mundo salió. A pesar del hecho de que Jan disfrutaba de las impresionantes vistas disponibles en los muchos puertos de observación del *Estrella*, la cubierta del hangar era su parte favorita de la nave. No el propio hangar, sino las infinitamente fascinantes naves estacionadas en él.

La mayoría eran relativamente pequeñas y pertenecían a pasajeros que preferían la comodidad del crucero a un viaje largo y monótono a bordo de sus propias naves.

Siendo ese el caso, la agente rebelde vio toda clase de transportes, incluyendo una gabarra desgastada por el uso, una chalupa modificada, numerosas lanzaderas, y una barcaza equipada para viajes de larga distancia.

Era un placer caminar entre estas naves, tocar el metal quemado por atmósferas, inhalar el olor a ozono, e intercambiar saludos con seres que, como ella, disfrutaban de la retroalimentación kinestésica recibida cuando se giraba, empujaba, doblaba, soldaba, conectaba, atornillaba, y encajaba una pieza en su lugar.

Jan sabía que su disfrute de tales cosas, así como su habilidad para bailar, era un regalo de sus padres. Y mientras que otros podían verlos como dos talentos independientes, ella sabía que provenían del mismo lugar: impulsos, la necesidad de traducir pensamientos a movimiento. Lo cual tenía mucho que ver con el hecho de que la agente tenía poco o ningún interés por las máquinas estacionarias.

Jan pasó bajo una proa roma, tomó nota de un patín de aterrizaje doblado, y se detuvo frente al acertadamente llamado *Verdaderamente Lamentable*. Una vez clasificado como rápido, el transporte había sobrepasado esa descripción y era de todo menos veloz. De todas formas, a caballo regalado no le mires el diente, no si trabajas para la Alianza, siempre corta de créditos, y el *Lamentable* había sido asignado a ella. Es decir, hasta que esta misión fuera completada. Entonces Jan podría presionar para obtener

algo mejor. Suponiendo que el miserable montón de chatarra no la matara hasta entonces.

Jan introdujo una serie de números en el teclado situado junto a la escotilla ventral, hizo una mueca cuando el desgastado actuador traqueteó, y esperó a que la rampa tocara la cubierta manchada de lubricante.

Sus herramientas, las mejores que el dinero podía comprar, estaban almacenadas en una caja autopropulsada de alta calidad localizada en un pequeño compartimento de carga de la nave. Silbó distraída, esperó a que la unidad de almacenamiento bajara por la rampa, y puso la huella dactilar en la cerradura. La tapa zumbó abriéndose, una hilera de cajones se desplegó, y un cable de alimentación se deslizó hacia una toma de corriente.

El primer y potencialmente más peligroso problema de mantenimiento recaía en el motivador hiperespacial de la nave, que tenía tendencia a producir lecturas de propulsión falsas. Esa era una dolencia grave teniendo en cuenta el hecho de que la fórmula utilizada para calcular los saltos al hiperespacio requería información precisa con respecto a la velocidad de la nave.

Para acceder al motivador y ejecutar las verificaciones necesarias, Jan tendría que quitar una placa ventral, desconectar el cableado, y retirar la mitad inferior de la carcasa del motivador. Era un trabajo tedioso y no muy estimulante.

Más de dos horas pasaron antes de que Jan retirara el último tornillo de la carcasa del motivador y lo oyera traquetear en la cubierta. La agente se dio cuenta de su error en el momento en que la carcasa cayó sobre sus manos. La antigua carcasa de metal pesado del *Lamentable* pesaba más de cien kilos.

Debería haber utilizado un gato hidráulico o, en su defecto, haber llamado a un droide de mantenimiento. La unidad se hundía, ella se esforzó en soportarla, y se preguntó qué hacer.

Podría gritar pidiendo ayuda. Pero era poco probable que alguien la oyera sobre el repiqueteo de herramientas mecánicas y el bip, bip, bip de los vehículos que merodeaban de aquí para allá. Por otra parte, y esto parecía más probable, podría apartarse y dejar que la carcasa golpeara el suelo.

Lo más probable era que todo fuera bien. Pero, ¿y si la carcasa se agrietaba? ¿O se abollaba de forma que no pudiera repararla? Las probabilidades de encontrar un

reemplazo a bordo del *Estrella* no eran buenas. Y todo porque no había pedido ayuda, una tendencia que su madre notó por primera vez cuando tenía cuatro años.

Una voz la sobresaltó.

—Eso parece pesado. ¿Puedo echar una mano?

Incapaz de hablar, y temblando por el esfuerzo, Jan asintió con la cabeza. Por lo menos la mitad del peso pareció desaparecer cuando Kyle Katarn añadió su fuerza, y ambos bajaron la caja hasta la cubierta.

—Deberías haber usado un gato hidráulico, o haber llamado a un droide de mantenimiento —dijo exasperantemente—. Podrías haberte hecho daño.

Jan se mordió la lengua para no soltar la réplica que amenazaba con salir.

—Sí... menos mal que lo has evitado.

Kyle asintió ausente.

—Buen conjunto de herramientas el que tienes ahí. Debe haber costado una fortuna.

¿Necesitas ayuda? —Kyle parecía esperanzado y un poco perdido.

Jan quería decir “no”, quería ahuyentar a Kyle, pero en su lugar se apiadó de él.

—Claro. Veamos si la Academia te ha enseñado algo útil. Voy a trabajar en el cableado... tú realiza los diagnósticos.

Kyle asintió.

—¿Te importa si utilizo tus herramientas?

—No, pero gracias por preguntar.

La siguiente hora transcurrió en un amigable silencio. Aunque ocupada con sus propias tareas, Jan observaba a Kyle por el rabillo del ojo. Estaba impresionada por su conocimiento y la seguridad de sus manos. Conocía los entresijos de la hiperimpulsión y trataba sus herramientas con respeto. Finalmente, después de limpiarse las manos en un trapo grasiento, Kyle emitió su diagnóstico.

—El paquete de sensores está dañado... y el regulador de potencia necesita ajustes.

Jan había llegado a la misma conclusión.

—Bien, especialmente a la luz del hecho de que el paquete de sensores es una de las pocas cosas para las que tenemos reemplazo. Regreso en un minuto.

Jan estaba a medio camino de la rampa cuando Kyle habló.

—Jan...

—¿Sí?

—Quiero unirme. Quiero hacer el tipo de trabajo que tú haces.

Ella lo miró, vio el compromiso en sus ojos, y asintió.

—No tengo autoridad para reclutar agentes, Kyle. Pero conozco a gente que sí.

Tenemos programado marcharnos del *Estrella* en dos días, asumiendo que las reparaciones estén listas. Si quieres, puedes venir.

Kyle asintió solemnemente.

—Cuenta conmigo.

—Bien —dijo Jan—. Ayuda a colocar esa carcasa del motivador en su lugar, y viajarás en primera clase.

Kyle rio.

Ninguno de los dos notó el pequeño microdroide con aspecto de oruga que se arrastraba a lo largo de la superficie de un puntal de apoyo, tampoco escucharon la transmisión de alta frecuencia que envió.

El camarote estaba casi completamente a oscuras y más que medio lleno de trofeos, incluyendo la cabeza de un droide asesino, un bláster de cuatro cañones de una estafadora, el brazo biónico de un espía, la mochila de un ladrón de bancos, y mucho, mucho más.

Cada trofeo era inapreciable para el único ocupante del camarote, y ocuparían nichos especiales en el hogar que un día excavaría. Pero eso sería entonces... y esto era el ahora. Su nombre era Slyder, y escuchaba a los rebeldes con la misma atención que un banquero prodigaba a su jefe contable. Los lenguajes humanos y la dicción eran

difíciles a veces, y los errores podrían ser fatales. No es que nada en su profesión fuera especialmente seguro.

Al igual que muchos rodianos, Slyder era un cazarrecompensas. Y uno muy exitoso.

No gracias a sus habilidades de rastreo, que eran mediocres en el mejor de los casos, o a su pericia con las armas, que era corriente, sino debido a la forma en que hacía su trabajo.

La mayor parte de los compañeros de Slyder, rodianos y de otras especies por igual, practicaban su profesión de la misma manera tradicional: esperar a que alguien o algo pusiera una recompensa, perseguir al ser en cuestión, y matar o capturar a la presa. Esta era una estrategia que Slyder consideraba reactiva, peligrosa, y laboriosa.

Su enfoque, que era exclusivamente suyo por lo que sabía, era identificar los sujetos que deberían tener un precio sobre sus cabezas, identificar a los clientes dispuestos a pagar por sus servicios, y luego cerrar el trato. Al hacer esto eliminaba a la mayoría (si no a toda) de la competencia, y mantenía un mayor control sobre el trabajo. El *Estrella* (y los seres que llevaba) era un coto de caza ideal, y ahorraba el tiempo y la energía requeridos para recorrer de aquí para allá todo el Imperio. Lo cual explicaba por qué Slyder había vivido en el mismo camarote durante los últimos tres años.

Y también explicaba su interés por Jan Ors, Kyle Katarn, Rosco Ross, y Ris Waller. El Imperio, que mantenía una larga lista de enemigos reales o imaginarios, era uno de los mejores clientes de Slyder, y no había nada que les gustara más que pagar por agentes rebeldes.

Slyder cogió un tubo de polen pol, sacó el corcho, e inhaló la sustancia a través de su nariz hocicuda. El estimulante, el cual cada vez había consumido más y más de sus ingresos en los últimos tiempos, aumentaba su capacidad de razonar. O al menos eso parecía cada vez que lo tomaba. Había tres agentes rebeldes, cada uno rentable por propio derecho, además de un droide, que podría o no tener valor, y un oficial novato, quien por razones que no eran evidentes, estaba dispuesto a desertar. Verdaderamente, un viaje rentable.

No sólo eso, sino que un funcionario imperial iba a bordo, lo cual no sólo creaba el mercado perfecto para su mercancía, sino que evitaba la necesidad de negociar con

oficiales insignificantes. Slyder encontró el pensamiento tan ventajoso, tan agradable, que se recompensó con otra dosis de polen.

La suite de los Donar era grande y espaciosa. Flores conservadas en estasis, regalos al viejo Haj, llenaban cada jarrón disponible. Una caja de vino acompañada de una nota del embajador de Bonadan yacía en una esquina sin abrir. Cajones de cristalería caridana, asegurados contra una pérdida de gravedad inesperada, estaban situados contra el mamparo interior. Piezas cuidadosamente seleccionadas de mobiliario de estilo imperial estaban colocadas frente a un gran ventanal.

Todos los miembros de la familia Donar, cada uno perdido en su propio mundo, estaban en silencio a excepción de una tos ocasional o un roce de tela. El Gobernador había perdido demasiados créditos con Lando Calrissian, y la señora Donar estaba enojada. Siendo ese el caso, él se esforzaba por encontrar una razón, cualquier razón, para evitarla. Especialmente teniendo en cuenta el hecho de que el anillo que ella le había regalado en su vigésimo aniversario de boda adornaba la mano de Lando Calrissian en lugar de la suya. ¿Se había dado cuenta? Y si no lo había hecho, ¿debía él intentar ganar el recuerdo para recuperarlo? No importaba lo centrado que estuviera mirando la pantalla del ordenador, estaba en blanco.

El Gobernador levantó la mirada cuando el droide de protocolo familiar entró en la habitación. Llevaba un chaqué negro y hacía un ruido similar al de un hombre aclarándose la garganta. Donar agradeció la distracción.

—¿Sí? ¿Qué ocurre?

—Un visitante, señor... Su nombre es Slyder, lamenta la intrusión, pero insiste en verle.

La señora Donar estaba sentada en una esquina, fingiendo trabajar en sus bordados, mientras que Nathan Donar, con una pierna colgando sobre el brazo de la silla, alzó la vista de una revista deportiva.

El Gobernador Donar, consciente de su interés, hizo una señal de aprobación.

—Sí, sí, haz pasar al caballero.

El droide de protocolo hizo una reverencia y retrocedió. Slyder, quien deseaba que las luces fueran más tenues, entró, buscó al Gobernador,

y lo encontró. Odió al gordo humano en el acto... y deseó que hubiera una recompensa por su cabeza.

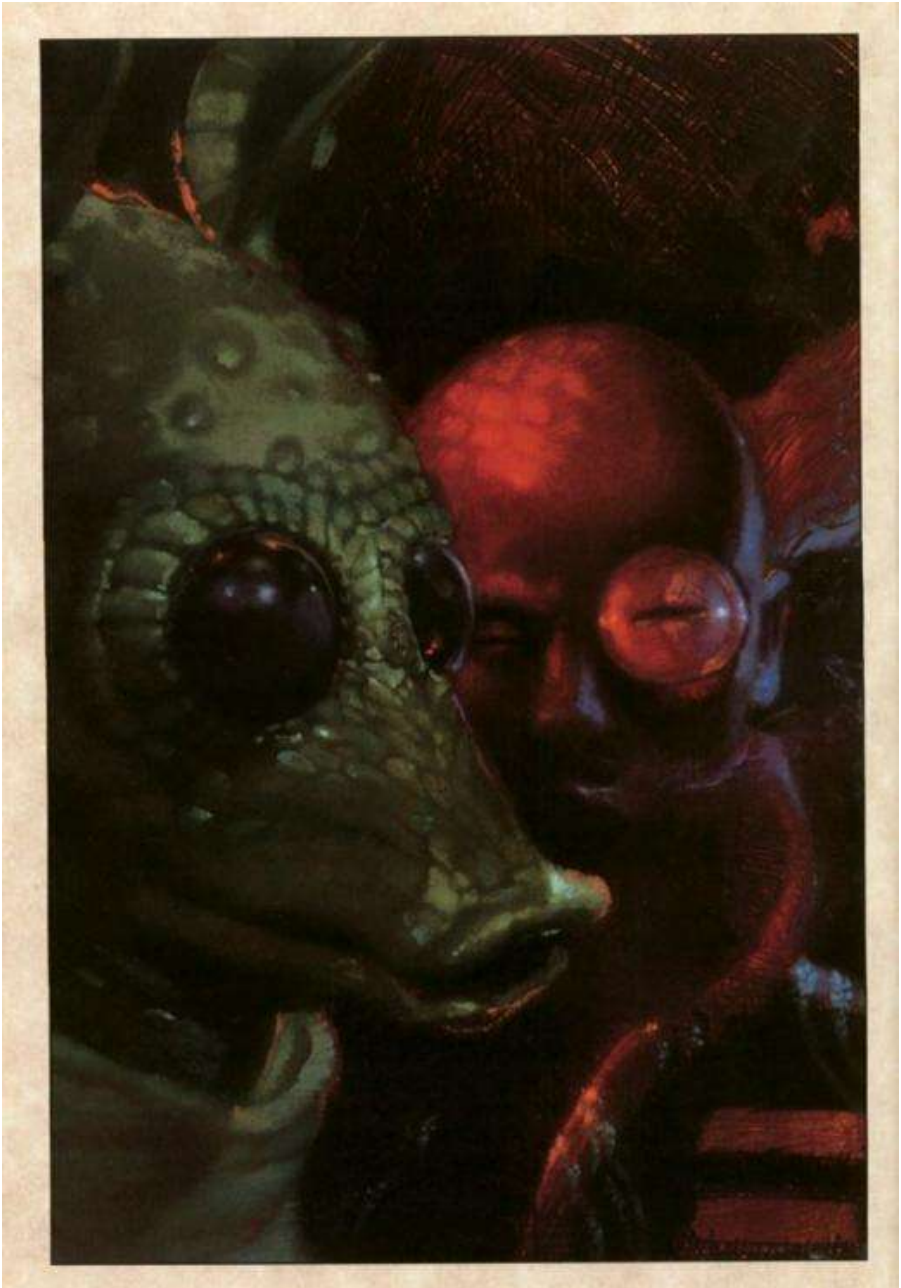
—Saludos, Excelencia. Historias de su sabiduría, generosidad y fuerza son más numerosas que las estrellas.

El hedor corporal natural de los rodianos, cubierto por el olor de su colonia, penetró en cada rincón de la habitación. Nathan sonrió con desdén, su madre se tapó la nariz, y Donar pareció molesto. No hizo ningún intento de levantarse, ni invitó al alienígena a sentarse.

—¿Puedo ayudarle, ciudadano Slyder? Una cuestión de cierta urgencia, ¿verdad?

Slyder tocó con la mano su frente en lo que Donar asumió que era un gesto de respeto. Transmitió todo lo contrario.

—Su Excelencia roba las palabras directamente de mi hocico. Yo, como muchos miembros de mi especie, me gano la vida como cazador de recompensas. No por un deseo de acumular créditos, sino por nuestro amor común por el Imperio.



—Sí, por supuesto —dijo el Gobernador con impaciencia—. Entonces, ¿qué es lo que vende?

Slyder se tocó la frente una vez más.

—Su Excelencia va al corazón del asunto. Hay por lo menos tres agentes rebeldes a bordo de esta nave, además de un droide que puede o no llevar datos valiosos. Y un oficial imperial que parece dispuesto a desertar.

El Gobernador se puso en pie. Su ordenador cayó al suelo.

—¿Un oficial? ¿Rebeldes? ¿Quién? ¿Dónde?

Slyder avanzó hacia el núcleo de entretenimiento y sostuvo un holocubo a la vista.

—¿Puedo?

Donar asintió y el cubo fue introducido. La luz se arremolinó y una serie de imágenes tridimensionales aparecieron. Slyder permitió que se reprodujeran escenas clave y no hizo ningún intento de narrar la acción. Había fragmentos de conversaciones claramente sediciosas entre la mujer y sus compañeros, una imagen del droide que ella mantenía oculto en su camarote, y dos conversaciones con Katarn. El intercambio de impresiones en la cafetería parecía bastante inocente, pero el encuentro posterior era otra cosa.

Nathan no sabía qué creer. ¿Era culpable Kyle de conducta desleal? ¿O víctima de una cara bonita? El holo desapareció y Nathan miró a su padre. El Gobernador estaba lívido.

—¡Malditas sean sus miserables mentiras! ¿Has visto eso? ¡Envían golfas para corromper a nuestros oficiales! ¡Los detendremos a todos y pondremos fin a este ultraje!

Slyder se secó las manos, asintió con mojigatería, y se acordó de la Medalla al Valor del oficial. Quedaría bien en su vitrina de trofeos.

Kyle salió de la ducha, se secó el agua restante de su piel, y comenzó a vestirse. Casi había terminado cuando un tono sonó y el icono de mensaje entrante apareció. Curioso,

Kyle tocó una tecla y observó las palabras inundar la pantalla. La casilla del remitente estaba en blanco, pero el saludo era un claro

indicativo.

Hey, chico del Borde... sólo un consejo... mantente alejado de la chica... y estate preparado para responder a algunas preguntas. Es bonita... pero no lo suficientemente bonita como para malgastar tu vida.

No había firma, sólo un cursor parpadeante.

Lo que quería decir Nathan estaba claro. El Gobernador Donar, o alguien cercano a él, sabía de los rebeldes.

Kyle sintió los músculos de su estómago tensarse mientras marcaba los números y esperaba a que Jan respondiera.

—¿Hola? —su voz sonaba soñolienta, como si acabara de despertarse.

—Escucha atentamente. Alguien, mi suposición es que se trata del Gobernador Donar, sabe de ti y los demás. Podrían llegar en cualquier momento.

Jan era demasiado profesional como para perder el tiempo con preguntas.

—Entendido. Coge lo que puedas, y reúnete con nosotros en la cubierta del hangar.

Kyle pulsó el botón de apagado, se sentía culpable por la manera en la que había traicionado la confianza de Nathan, entonces recordó la imagen de la cabeza decapitada de su padre. Su boca se comprimió en una línea firme y delgada mientras sujetaba el arma corta imperial alrededor de su cintura, echaba sus objetos personales en una bolsa de viaje, y salía del camarote. Sus uniformes, con la única excepción del que llevaba a cuestas, se quedaron en el armario.

Jan se asomó por la mirilla, se aseguró de que el área frente a la entrada estaba despejada, y abrió la escotilla. Una rápida comprobación confirmó que el pasillo estaba vacío. Se volvió hacia el droide.

—No tenemos mucho tiempo, A-Cé. Salgamos de aquí.

El droide verificó el nivel de luz para asegurarse de que sus rendijas estaban configuradas correctamente, pasó a grabar, y siguió a Jan por

el pasillo. No habían recorrido más que unos pocos metros cuando una voz llamó:

—¡Hey, vosotros! ¡Alto ahí! —un disparo de bláster subrayó las palabras.

Jan gritó “¡corre!”, devolvió el fuego, y siguió su propio consejo. No fue muy rápida para empezar, y A-Cé perdió aún más tiempo cuando se detuvo para grabar a Slyder, y al surtido de militares imperiales reclutado para apoyarlo. El capitán, que era uno de los muchos nietos del viejo Haj, se negó a tomar partido.

Ondi habría estado orgullosa de la forma en que A-Cé arrancó una secuencia de cuatro segundos y verificó que era buena antes de alejarse. Sin embargo, no llegó muy lejos. Un rayo de energía de Slyder le golpeó en el centro de la espalda, abriendo un agujero a través de uno de sus subprocesadores, y provocó una parada de emergencia.

El droide se derrumbó mientras Jan miraba hacia atrás. Maldijo entre dientes, dobló una esquina, y corrió aún más rápido.

Kyle salió de la esclusa, corrió a través de la cubierta, y divisó a Rosco. Sostenía una carabina bláster acunada en sus brazos y parecía listo para usarla.

—¿Ha llegado Jan?

—Aún no.

—¿Qué hay de Waller?

El reb señaló con el pulgar hacia la cabina del piloto.

—Manejando la torreta.

—Vale. Voy a poner la nave en marcha, tú cubre a Jan y a A-Cé.

Rosco frunció el ceño.

—¿Quién ha muerto y te ha nombrado Emperador?

—¿Tú puedes hacer volar esta cosa?

Rosco negó con la cabeza.

—No, Jan es la piloto.

—Bueno, yo sí puedo.

—Me alegra oír eso, Almirante, pero, ¿cómo vas a abrir esas puertas?

Kyle miró a las masivas puertas herméticas, preguntándose cómo había pasado por alto un problema tan obvio, y trató de sonar confiado.

—Cubre a Jan. Yo me encargaré del resto.

Kyle se abrió paso por la rampa, se volvió hacia la cabina de pilotaje, y atravesó el salón. Waller se apartó de la torreta superior, vio a Kyle con el pulgar arriba, y regresó a su puesto.

Jan permitió a Kyle inicializar los sistemas de la nave cuando hicieron las reparaciones, y el código de acceso estaba fresco en su mente. Introdujo los números, observó el panel de control parpadear encendiéndose, y agarró un auricular.

— *Verdaderamente Lamentable* a Control del Hangar.

—Aquí Control… adelante —la mujer que respondió parecía aburrida.

—Solicitud de permiso para salir del hangar en cinco minutos a partir de ahora.

La voz de la controladora respondió con severidad.

—Muy gracioso, *Lamentable*. Las solicitudes de salida deben presentarse por lo menos treinta horas estándar antes del despegue. Permiso denegado.

Kyle se aseguró de que Rosco no estaba en su camino, dio energía a los repulsores, e hizo que la nave avanzara hacia el carril de salida. No había volado una nave como el *Lamentable* antes, y se tambaleaba como un soldado de permiso. La respuesta no tardó en llegar.

—¡Control a *Lamentable*! Regrese a su sitio, corte la energía, y baje la rampa.

Kyle trató de mirar en todas direcciones a la vez mientras hablaba por el comunicador.

—No puedo hacerlo, Control. Abra las puertas… o yo las abriré por usted.

—No tiene suficiente poder —respondió la mujer con gravedad—. Regrese a su sitio antes de que alguien resulte herido.

Kyle comprobó los interruptores de selección de armas, descubriendo que, de hecho, no tenía suficiente poder, y optó por un enfoque diferente.

—Hey, Waller. ¿Ves esa lanzadera al otro lado del hangar? ¿Esa con el logotipo de SoroSuub? Machácala.

Rayos de energía surgieron atravesando el hangar, golpearon el ala de estribor de la otra nave, y desprendieron parte de ésta.

Una bocina resonó. Luces de alerta destellearon. El sistema de megafonía se encendió.

—Esto es una emergencia. Desalojen la cubierta del hangar. Repito, desalojen la cubierta del hangar. En espera de despresurización. Esto es...

Los seres que había en el hangar dejaron caer sus herramientas y corrieron, se contonearon, o, en al menos un caso, rezumaron hacia la esclusa más cercana. Kyle luchó para mantener la nave inmóvil.

—¿Dónde está Jan?

La voz de Rosco surgió a través del auricular que llevaba puesto.

—No hay necesidad de pánico, Almirante... ¡está de camino!

Kyle vio una esclusa abrirse, vio a Jan empezar a correr, y se preguntó dónde estaba A-Cé. La agente rebelde estaba a medio camino de la nave cuando la esclusa se abrió de nuevo y un grupo se precipitó en la cubierta. Había un rodiano a la cabeza, seguido por Nathan Donar, y una mezcla de militares imperiales. Abrieron fuego y Rosco se lo devolvió.

Jan aceleró, Waller disparó el arma de la torreta, y cuatro de sus perseguidores cayeron. El resto se dispersó. Kyle vio a Nathan refugiarse en una de las esclusas

secundarias y se sintió aliviado. No habían sido amigos, no en el sentido real del término, en todo caso, pero deseaba que el oficial no resultara herido.

Jan observó el *Verdaderamente Lamentable* aparecer alternativamente en su enfoque mientras se sacudía arriba y abajo. Su respiración consistía en jadeos angustiosos, su corazón latía más rápido de lo que debería, y plomo llenaba sus piernas. Se dio cuenta de que el gemido que escuchaba significaba algo, el aire se estaba volviendo escaso, y ella estaba a punto de morir. Jan se abalanzó hacia delante, tropezó, y cayó. Sintió el acero frío bajo su mejilla.

Kyle vio a Jan caer, supuso la naturaleza del problema, y trasladó la nave en esa dirección.

—¿Rosco? ¿Puedes ayudar?

Rosco, que había tomado la precaución de deslizar en su rostro una máscara de oxígeno de emergencia, ya estaba en movimiento. Kyle lo vio, luchó para frenar la nave, y se esforzó en concentrarse. La rampa estaba medio abierta, lo cual significaba que el aire estaba siendo succionado de la cabina del *Lamentable*. Kyle manoseó en busca de una máscara, la encontró, e introdujo oxígeno en sus pulmones.

Rosco se inclinó, recogió a la chica entre sus brazos, y se volvió. Un pedazo de papel pasó flotando por delante de su cara cuando las puertas se separaron y el aire empezó a precipitarse en el espacio. Tenía un minuto, tal vez menos, para alcanzar el interior de la nave. Era eso o esperar a que el subsiguiente vacío reventara su cuerpo. Pero, ¿y la nave? ¿Estaría ahí? ¿O el chico los dejaría morir?

Rosco se volvió, encontró al *Lamentable* apareciendo sobre él, y vio la rampa tocar la cubierta. El rebelde dio cinco pasos, sintió la rampa bajo sus botas, y dio gracias cuando la hidráulica los elevó a ambos hacia el interior de la nave. No estaba mal para un chico tan verde...

Kyle dio la vuelta a la nave, vio seres con trajes espaciales en dirección a una de las naves, y se preguntó si debía dispararles. El *Lamentable* tembló cuando una granada de conmoción estalló cerca de la popa y Kyle se lo pensó mejor.

Las puertas ya estaban medio abiertas. Kyle se dirigió hacia el rectángulo creciente de negrura, aplicó más impulsión, e ignoró las amenazas de la controladora. Entonces,

con una rapidez sorprendente, fueron libres. Las estrellas giraron cuando dio la vuelta a la nave y añadió impulsión. Una voz surgió junto a su oído.

—Gracias, Kyle. Parece que estoy en deuda contigo otra vez.

Kyle sonrió mientras Jan se dejaba caer en la posición de copiloto. Estaba pálida, pero decidida.

—Deberías agradecérselo a Rosco.

Jan asintió.

—A él también. ¿Algo en cola?

—Tenemos compañía —respondió Waller lacónicamente—. Una nave por el momento.

—Veamos qué tipo de piernas tienen —dijo Jan sombríamente, y empujó la palanca de control del motor sublumínico al máximo.

Kyle vio una chispa de luz distante volverse un poco más luminosa, y sintió el casco vibrar. Frunció el ceño. ¿Cuánto más podría soportar el *Lamentable*?

—¿Qué hay de un salto al hiperespacio? —preguntó Kyle—. Podríamos perderlos en un instante.

—Sí, podríamos —acordó Jan, con sus dedos moviéndose sobre los controles—. Si el ordenador de navegación supiera nuestras coordenadas. No se te ocurrió cargar nuestra posición, ¿verdad?

Kyle sintió la sangre correr por su cara.

—Esa idea no se me cruzó por la mente.

Jan se volvió y su expresión se suavizó.

—No te preocupes. El ordenador de navegación detectará cualquier baliza que esté en el área, y si eso no funciona, ejecutará exploraciones estelares hasta que encuentre una coincidencia. Eso nos dirá dónde estamos.

—Yo te diré dónde estamos, estamos en graves problemas —agregó Waller con calma—. Están ganando terreno.

Slyder, que era dueño de una pequeña pero fuertemente armada nave,

había permitido que los humanos proporcionaran el transporte. Una elección lógica teniendo en cuenta el hecho de que el yate del Gobernador era más grande, más rápido, y estaba mejor armado que su nave. Por lo menos pareció lógico antes de subir a bordo, una vez en el yate, se vio relegado a la condición de observador, y se dio cuenta de lo incompetentes que eran los humanos. La gran mayoría del grupo eran oficiales, la mayoría de ellos estaban dando órdenes, ninguno de ellos las seguía. Y, como si eso no fuera suficiente, estaba el propio Gobernador, constantemente trasladando su peso de aquí para allá, estableciendo prioridades equivocadas.

El droide era un excelente ejemplo. En lugar de dejarlo a bordo del *Estrella*, y tratar con él más tarde, el Gobernador lo había llevado consigo. Y ahora, cuando su atención debía estar en la nave que escapaba, Donar se había centrado en el droide. La máquina estaba despatarrada sobre una mesa mientras un técnico sobreexplotado sudaba sobre ella. Cables corrían desde un panel de conexión a su CPU, a la fuente de alimentación, y al cableado del subprocesador.

—Creo que lo tengo, señor, sólo una conexión más.

El Gobernador se movió para echar un vistazo más de cerca. Nathan hizo lo mismo.

Slyder, que veía todo el asunto como una colosal pérdida de tiempo, se quedó atrás.

El técnico conectó un cable, accionó un interruptor, y esperó algún tipo de reacción.

A-Cé abrió los ojos y trató de incorporarse. No pasó nada. Recordó la persecución, el equivalente programado del dolor, seguido por la oscuridad. Parpadeó mientras un trío de humanos tenían la mirada sobre él. Uno de ellos llevaba un uniforme.

A-Cé sintió una subrutina entrar en acción, oyó las palabras, y supo su destino:

—Soy una bomba. El acceso no autorizado, la interferencia, o la manipulación de mí mismo o mi programación, módulos de almacenamiento de datos, u otros sistemas dará lugar a la detonación de cuatro punto dos kilos de explosivo plitex nueve...

Hubo un frenético intento desesperado de desactivar al droide y detener la cuenta atrás. Pero Slyder sabía que no había suficiente tiempo. Todos sus planes, todos los años

de trabajo, se habían convertido en polvo. Los humanos eran peor que incompetentes, eran irremediablemente estúpidos, y merecían morir. Slyder sacó su arma, disparó a tantos de ellos como pudo, y esperó lo inevitable. Los trofeos le llegarían a su madre.

Kyle luchó por mantener la verticalidad cuando Jan puso al *Lamentable* en un giro cerrado. Estuvo orgulloso del hecho de que su voz se mantuviera firme.

—¿Cuál es el plan?

—No podemos huir de ellos —dijo Jan con gravedad—, por lo que sólo tenemos una opción.

—¿Volarnos los sesos? —preguntó Kyle a la ligera.

—Concepto correcto. Sujeto erróneo —respondió Jan con aspereza.

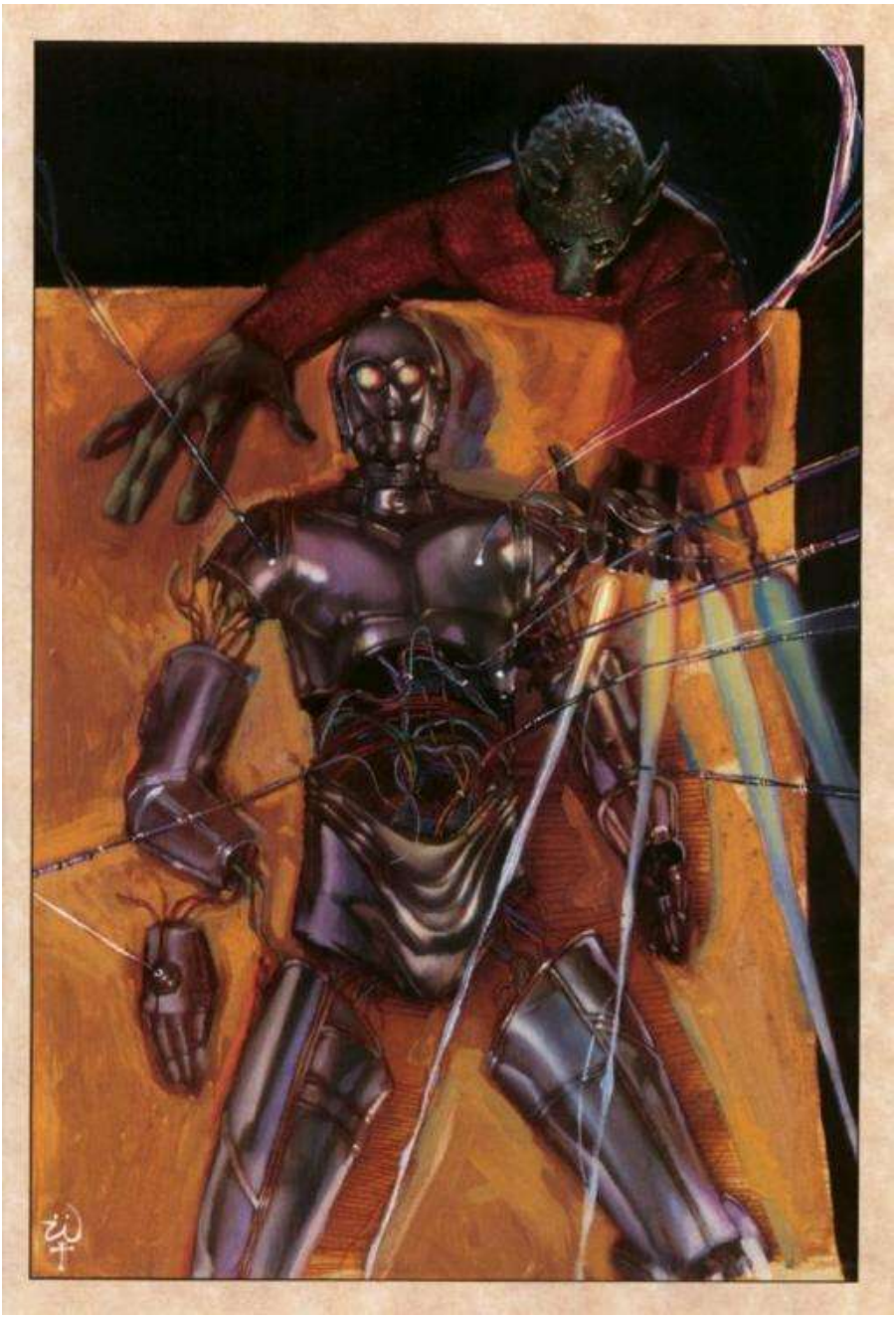
La otra nave estaba más cerca ahora, tan cerca que Kyle podía verla a simple vista.

Jan disparó los cañones láser del *Lamentable*, y él observó mientras la energía coherente salía hacia la nave perseguidora. Era, pensó Kyle, un ataque valiente pero mayormente simbólico, ya que no había forma imaginable de que las armas relativamente ligeras del *Lamentable* superaran los escudos de la nave más grande. Entonces, el yate explotó en una bola llameante. Kyle colocó un brazo frente a sus ojos.

—¿Qué demonios...?

La bola de fuego se desvaneció mientras Jan daba un bandazo a la derecha. El *Lamentable* se abrió paso a través de un campo de escombros en constante expansión mientras Kyle trataba de asimilar lo que había visto.

—¿Un disparo afortunado?



La rebelde negó con la cabeza.

—De ninguna manera... nadie es tan afortunado. Mi conjetura es que ha sido una especie de explosión interna.

Kyle lo sopesó.

—¿Qué le pasó a A-Cé?

Jan chasqueó los dedos.

—¡Por supuesto! ¡Lo llevaron con ellos, pusieron un uniforme frente a sus sensores, y patapúm! Pobre droide. Me gustaba.

Nathan había estado vistiendo un uniforme de clase B la última vez que lo vio Kyle.

La venganza, si eso es lo que era, no le trajo la satisfacción que había esperado.

Sus botas resonaban contra la cubierta a medida que Jan y Kyle recorrían el luminoso pasillo blanco. Aunque la nave era tripulada por toda clase de seres, ninguno de ellos manifestaba la pulcra exactitud que se esperaba a bordo de las naves imperiales, no había duda de su entusiasmo. Los seres de la tripulación se apresuraban hacia sus lugares de destino, droides zumbaban de un lado a otro, y una sensación de energía contenida impregnaba el aire.

El acorazado recientemente rebautizado como la *Nueva Esperanza* era de más de seiscientos metros de largo. Era vieja, lenta, y a pesar de los esfuerzos para mejorar sus sistemas de armas, estaba pobremente armada. Kyle sabía todo eso, pero no podía evitar sentirse impresionado por el tamaño de la nave, el espíritu de toda la tripulación de voluntarios, y el esfuerzo para hacerla operacional de nuevo.

El acorazado estuvo estacionado por mucho tiempo sobre Churba como una especie de museo orbital de la guerra; la Alianza utilizó cuatro remolcadores de espacio profundo para liberarlo del pozo gravitatorio del planeta y trasladarlo. Dónde lo llevaron, y cómo se llevó a cabo la remodelación, eran secretos. Pero el resultado fue impresionante. Sobre todo desde un punto de vista psicológico, ya que la incursión hizo que la Alianza pareciera fuerte y el Imperio débil.

—Entonces —dijo Jan mientras doblaban una esquina—, ¿qué te parece?

Kyle sonrió.

—Tenías razón, Jan... es impresionante. Lástima que un destructor clase Victoria pueda igualar su fuerza en combate.

No fue la aprobación incondicional que Jan había esperado, por lo que cambió de tema.

—Creo que Mon Mothma te caerá bien. A todo el mundo le cae bien.

Kyle tomó nota de la forma familiar con la que Jan utilizaba el nombre de Mothma, se preguntó si todos los rebeldes eran tan casuales, y supuso que lo eran.

La pareja dobló una esquina, caminó a lo largo de un pasillo corto, y se detuvo frente a dos guardias fuertemente armados. Jan le indicó a Kyle que deslizara su tarjeta de identificación en un escáner recién montado, esperó a que emergiera de nuevo, y señaló hacia su bláster. Kyle se sintió cohibido cuando un guardia confiscó su arma corta y el otro lo registró. Aparentemente satisfechos, las puertas se abrieron, y Jan lo hizo pasar a través.

—Que tengas una buena reunión, Kyle. Te veré más tarde.

El ex-oficial asintió, pasó a través del portal, y oyó las puertas cerrarse a su espalda.

El camarote, construido con estándares preimperiales, era grande pero anticuado.

Algunos de los muebles tendrían más de cien años de edad. La única ocupante, una mujer a la que Kyle juzgó a mitad de los cuarenta, se volvió para recibirlo. Tenía el pelo castaño corto, verdosos ojos azules, y llevaba una larga túnica blanca. La energía crepitaba a su alrededor, y Kyle casi pudo sentir el poder de su mente. Ella sonrió y extendió su mano. Era delgada y fresca.

—Saludos, Kyle. Es un placer conocerte. Lamenté mucho lo de tu padre. Era un líder importante.

Kyle, sorprendido de que ella supiera de su padre, olvidó las formas.

—¿Conocías a mi padre?

Mon Mothma negó con la cabeza.

—No personalmente, a través de un amigo común, un Jedi llamado

Rahn. Tenía un alto nivel de respeto por tu padre y envía sus saludos.

Kyle estaba pasmado. ¿Su padre había conocido a un Jedi? ¿Y se había ganado el respeto del Jedi? ¿Qué más se le había ocultado?

Mon Mothma, inconsciente respecto a los pensamientos de Kyle, hizo un gesto hacia una mesa de conferencias rodeada de sillas.

—Por favor, ponte cómodo.

Kyle hizo lo que le mandaron. Mon Mothma se sentó en una esquina de la mesa.

—Jan me dice que quieres servir como uno de nuestros agentes. ¿Por qué?

Kyle, quien no había esperado ningún tipo de prueba, fue pillado por sorpresa.

Siendo ese el caso, sus palabras fueron más directas y más honestas de lo que habrían sido de otro modo.

—Quiero encontrar a los que asesinaron a mi padre y matarlos.

Jan, que estaba observando el procedimiento a través de una serie de pequeñas cámaras casi imperceptibles, levantó una ceja. Aunque comprensible, el deseo de venganza podría nublar el juicio de Kyle, y dar lugar a errores. Siendo así, esperó que Mon Mothma lo descartara, y se sorprendió cuando no lo hizo.

—Entiendo cómo te sientes, Kyle, créeme, todos lo entendemos, pero debemos esforzarnos en seguir siendo objetivos. Las personas que mataron a tu padre eran malvadas, pero el mal mayor yace detrás, y se sienta en un trono robado. Una vez que le derrotemos, una vez que derrotemos a Palpatine, los asesinos serán encontrados. Así que dime, ¿puedes poner tus necesidades personales al margen el tiempo suficiente como para hacer frente a una misión tan importante que puede cambiar el curso de la Rebelión?

Kyle sintió emociones encontradas. Una saludable dosis de escepticismo, un toque de temor, y orgullo al ser preguntado.

—Sí. Al menos, creo que sí.

Mon Mothma lo sopesó con los ojos.

—Bien. Que el Hacedor me ayude si estoy equivocada, pero voy a

arriesgarme contigo, y esperar lo mejor. Mira al centro de la mesa. Tengo una historia que contarte.

Mon Mothma observó con evidente disgusto el holograma que se materializó lentamente.

—Los imperiales la llaman la Estrella de la Muerte —dijo la líder con gravedad—, y es una designación adecuada dado el hecho de que una vez la estación de combate se complete, será capaz de destruir un planeta entero.

Kyle frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Lleva montado el superláser más potente jamás construido.

Kyle trató de imaginarlo... un láser capaz de perforar a través de kilómetros de roca, golpear el núcleo planetario, y provocar una explosión tan masiva como para destruir un mundo. ¿Qué dijo el Gobernador Donar? ¿"... el Emperador tiene un par de cosas en el almacén para la llamada Alianza, tu padre será vengado"? La declaración tenía sentido ahora... y envió un escalofrío por su espalda. Hizo un gesto hacia el holo.

—¿Existe en realidad? ¿O están planeando construirla?

Mon Mothma asintió.

—Oh, es del todo real. La estación de combate está siendo construida en órbita sobre la colonia penal de Despayre. Una vez completada medirá ciento veinte kilómetros de diámetro, tendrá una dotación de veintisiete mil cuarenta y ocho oficiales, setecientos setenta y seis mil quinientos setenta y seis entre tropas, pilotos, y otro personal de combate, junto con cuatrocientos mil de personal de apoyo y veinticinco mil soldados de asalto... Además de la tripulación necesaria, la Estrella de la Muerte llevará lanzaderas de asalto, bombarderos, cruceros de ataque, naves de descenso, vehículos terrestres, y más de siete mil cazas TIE. Su casco estará protegido por diez mil baterías turboláser, dos mil quinientos cañones láser, y más de setecientos proyectores de rayos tractores.

Kyle no sabía qué le sorprendía más, la propia Estrella de la Muerte, o la detallada información respecto a sus capacidades.

—Sin ofender, pero, ¿cómo es posible que sepáis esas cosas?

Mon Mothma le miró a los ojos.

—Lo sabemos porque ha habido seres que han sacrificado sus vidas para descubrirlo.

Kyle asintió con sobriedad.

—¿Y la misión?

—El complejo de investigación donde se diseñó la Estrella de la Muerte está localizado en Danuta. Queremos que vayas allí, te abras paso por el complejo, y recuperes dichos planos. Suponiendo que los ingenieros identifiquen un punto débil, la Estrella de la Muerte podría ser destruida.

Kyle sintió que se le encogía el corazón. Luchar para vengar a su padre era una cosa, sacrificar inútilmente su vida era otra.

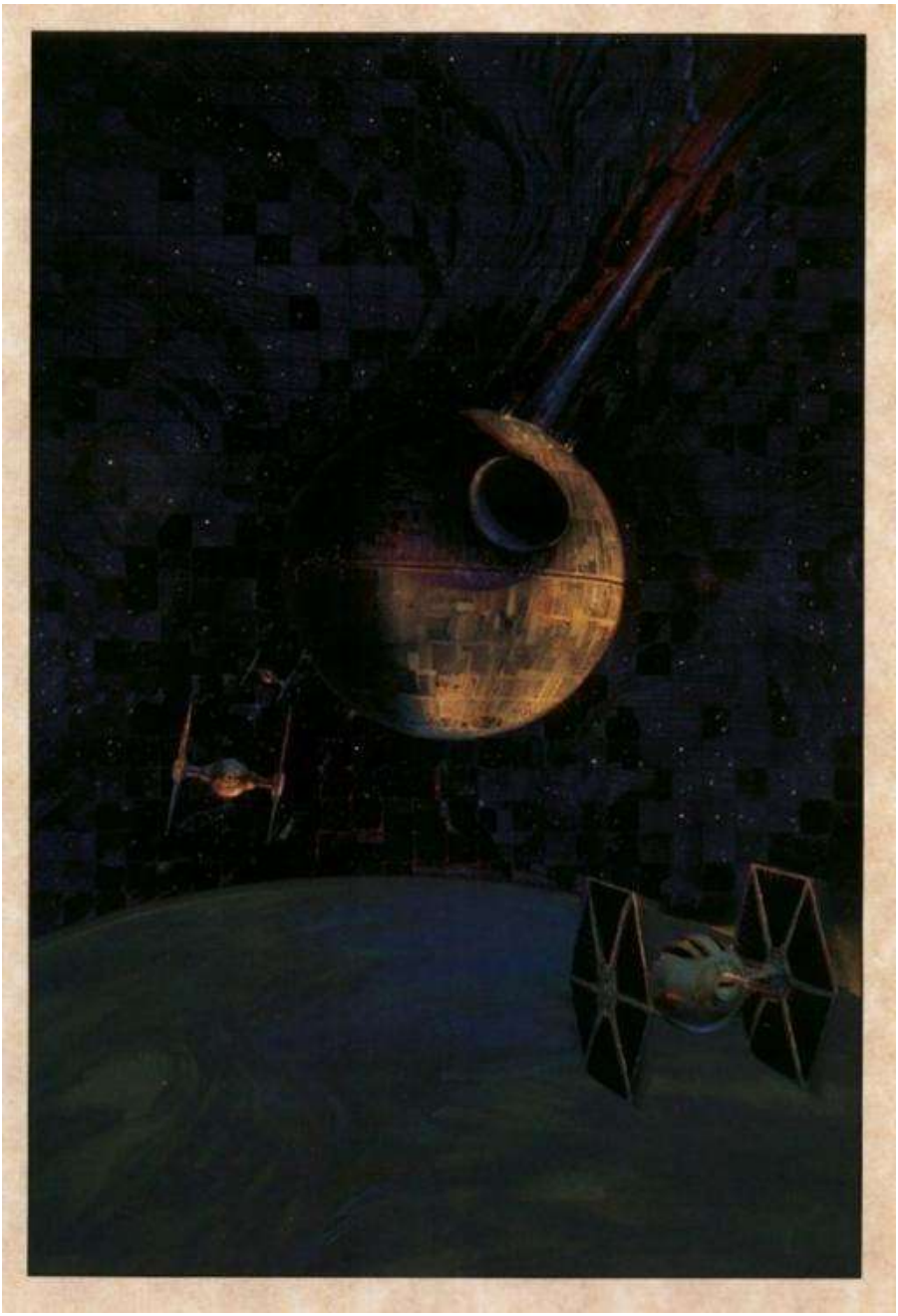
—Lo que describes es poco más que una misión suicida. ¿Por qué no lanzar una incursión con comandos en su lugar?

Mon Mothma asintió y manipuló el control remoto. La Estrella de la Muerte explotó en mil puntos de luz. Apareció una serie de fotos de vigilancia superpuestas en 3-D.

Progresivamente creció el detalle a medida que introducía más grados de aumento. Una flecha apareció y se trasladó de un objeto a otro.

—Esta ciudad es Trid. El espaciopuerto está aquí, la planta de fusión, aquí, y, asumiendo que nuestra información sea correcta, el complejo de investigación está aquí... Dentro de un radio de mil metros hay viviendas, una escuela, y un templo.

Estaría interesada en tu opinión. ¿Qué es mejor? ¿Enviar a un agente? ¿Con la esperanza de un milagro? ¿O, suponiendo que tal cosa se pudiera hacer, poner a un grupo de comandos en tierra, y aceptar el daño colateral? Los imperiales lo harían... ¿por qué no nosotros?



Kyle se sintió enrojecer. Mon Mothma sabía que había sido un oficial imperial, sabía de las atrocidades en Sullust, y estaba presionándole, jugando sus cartas. Ese conocimiento lo hizo enfurecer.

—¿De esta forma logras que la gente arriesgue sus vidas? ¿Con manipulación psicológica?

Mon Mothma asintió.

—A veces... si creo que va a funcionar.

Jan observó con franca fascinación cómo los ojos de Kyle y Mon Mothma se encontraban y se mantenían así durante mucho, mucho tiempo. Kyle fue el primero en apartar la mirada.

—¿Eso era todo? ¿Tus agentes proporcionaron algo más?

—Sólo esto —respondió la líder rebelde—. Algunos vídeos de la sala en la que están guardados los planos.

Otro holo apareció sobre la mesa. Éste era granulado, como si hubiera sido rodado con una lente de baja resolución a unos centímetros del suelo. El tipo de metraje que podría tomar un droide de mantenimiento si hubiera sido reclutado como espía.

Kyle observó estantes de equipo y suficientes piernas uniformadas como para pertenecer a cinco o seis soldados, una gran extensión de suelo muy pulido, y allí, en el lado opuesto de la habitación, una vaga construcción en forma de T, suspendida en una estructura en forma de U.

—Ahí está —dijo Mon Mothma—. La matriz de memoria en la que se guardan los planos.

Kyle estaba a punto de responder cuando un oficial cruzó por delante de la lente.

Algo le resultó familiar en la imagen. Hizo una señal a Mon Mothma.

—¿Podrías retroceder, por favor?

La líder rebelde cumplió la solicitud de Kyle, pulsó reproducir, y permitió que el vídeo avanzara fotograma a fotograma.

Kyle miró y remiró. No había ninguna duda al respecto, el oficial no era otro que Meck Odom, su antiguo compañero de cuarto y mejor amigo. Al parecer, la petición de Odom de una asignación en Operaciones Especiales había sido concedida. Y

rápidamente, al parecer. Kyle sintió diminutas gotas de sudor salpicar su frente y resistió la tentación de secarlas.

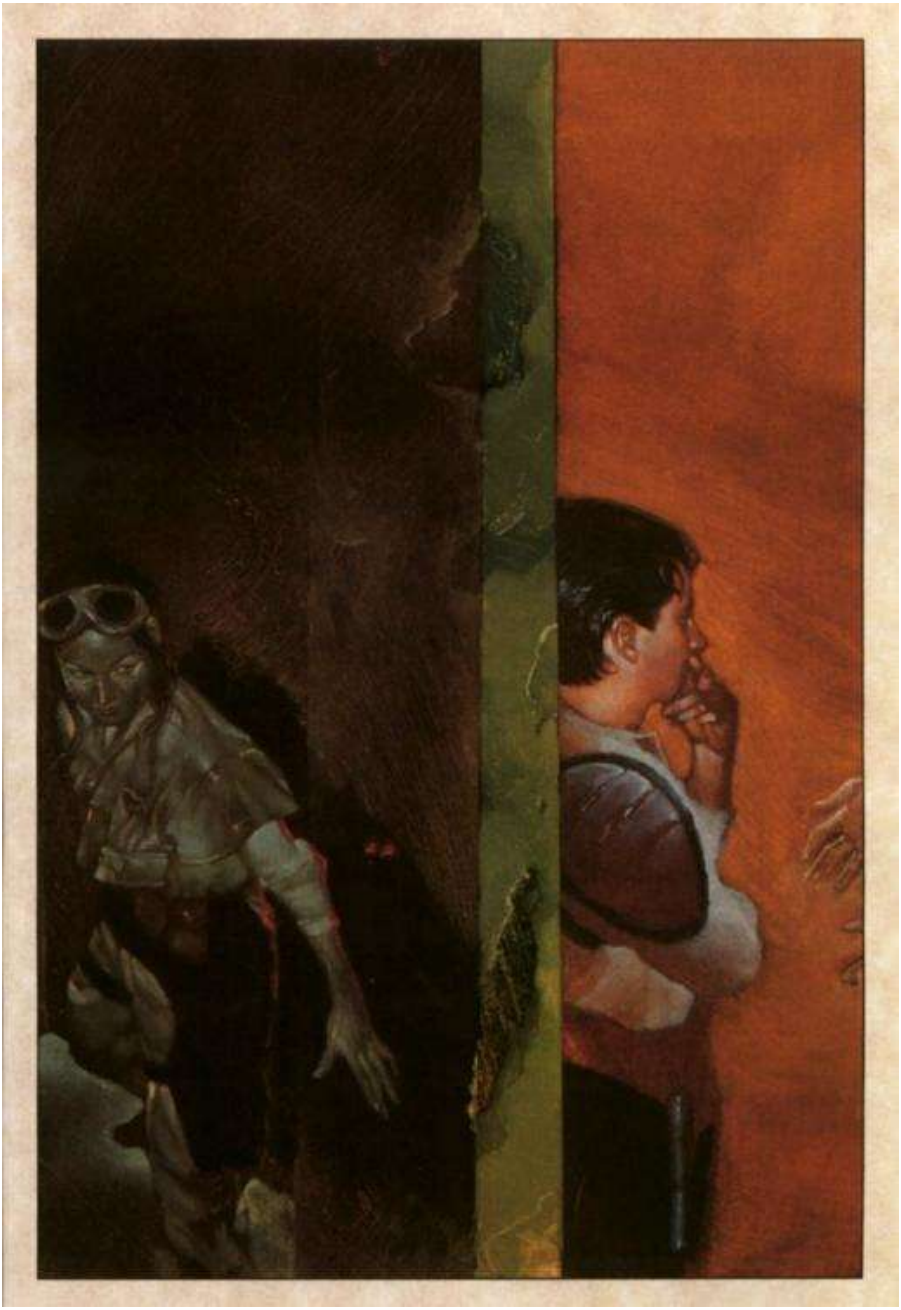
—Gracias.

El rostro de Mon Mothma carecía de expresión.

—¿Conoces a ese oficial?

Kyle se encogió de hombros.

—Eso creía, pero estaba equivocado.



Mon Mothma asintió evasivamente y el holograma desapareció.

—Entonces, ¿cuál es tu decisión? ¿Tomarás la misión?

Era una locura, una estupidez, y posiblemente resultara fatal, pero

Kyle asintió. No por la causa rebelde, o en reacción a las lisonjas de Mothma, sino por su padre y aquellos que murieron con él.

La reunión terminó poco después. Mon Mothma observó a Kyle marcharse, sacudió la cabeza pensativamente, y se acercó al ventanal. Jan entró a través de una escotilla oculta. La líder habló sin volverse.

—¿Y bien? ¿Qué piensas?

Jan se encogió de hombros.

—Está asustado... pero, ¿quién no lo estaría? Las posibilidades de supervivencia son escasas.

—¿Y eso te molesta?

—Sí.

—¿Vosotros dos tenéis una relación?

—No en el sentido al que te refieres. No.

—¿Podrías matarlo si tuvieras que hacerlo?

Jan frunció el ceño.

—Sí, si se lo mereciera. ¿Qué estás insinuando?

Mon Mothma se volvió. Sus ojos se encontraron.

—Katarn ha mentido. El oficial del holo se llama Meck Odom. Era amigo de Katarn en la Academia, su único amigo.

Jan se debatió con emociones en conflicto.

—¿Y? Tal vez eso signifique algo o tal vez no. No olvides las vidas que perdonó en el asteroide, o sus acciones en el *Estrella*. Por no mencionar el hecho de que los imperiales asesinaron a su padre.

Mon Mothma se volvió de nuevo hacia el ventanal.

—Sí, pero, ¿y si todo fue planeado? La cabeza en Sulon pudo ser falsificada. ¿Y si su padre está vivo? ¿Mantenido prisionero para asegurar las acciones de Kyle? ¿Y si todo esto es parte de un complejo plan para colocar a un espía en nuestras filas? El Imperio es capaz de eso y más. Quiero que sigas a Katarn, observes todos sus movimientos, y le mates si cambia de bando. ¿Podrás hacerlo?

Jan asintió.

—Si tengo que hacerlo, lo haré. Pero, ¿entonces qué?

Mon Mothma se volvió para tomar las manos de Jan entre las suyas.

—La única cosa mejor que un plan bien diseñado es un plan de reserva bien concebido. Nuestras fuerzas en Toprawa también tienen una oportunidad de hacerse con los planos de la Estrella de la Muerte. El problema es que, si bien los planos de Toprawa incluyen el diseño del casco de la estación de combate, y la infraestructura de soporte vital, los planos de Danuta incluyen esquemas de ingeniería adicionales, y, si tenemos suerte, un mapa completo de los emplazamientos de armas ofensivas y defensivas. Necesitamos ambos juegos para asegurar el éxito.

—Podrías enviar a algún otro. A alguien como yo.

Mon Mothma negó con la cabeza.

—Katarn era uno de ellos... sabe cómo piensan. Además, un hombre tiene más posibilidades de entrar en lo que debe ser una instalación predominantemente masculina.

Jan dejó ir las manos de Mon Mothma. Sus siguientes palabras adquirieron un deje de acusación.

—Y Kyle es prescindible.

Mon Mothma permitió que sus manos cayeran... El resentimiento en los ojos de Jan era fácil de ver. Como lo era su lealtad a la Alianza.

—Sí, Jan. Kyle es prescindible. Todos lo somos.

CAPÍTULO *6*

Kyle se sentía solo y deprimido mientras se abría camino a través de un laberinto de pasillos, pasadizos y ejes hacia la cubierta del hangar. A pesar del hecho de que se le había concedido aquello que esperaba, la oportunidad de unirse a la Alianza, no había nada de la amistosa camaradería que había esperado. Sólo una misión imposible, un apoyo mínimo, y una separación de caminos no muy emotiva. Sí, Mon Mothma había estrechado su mano, y Jan le había enviado un correo electrónico: "*Tengo una nueva misión, siento no poder verte partir... mucha suerte*".

Bastante agradable, pero no el tipo de partida prodigada a los héroes que marchan.

No en los holovídeos, en cualquier caso. Parecía que era y siempre sería un extraño. Ah, bueno, estaba por su cuenta, lo cual enviaba al infierno lo de recibir órdenes. Eso era algo de lo que estaba realmente cansado.

Una bocina sonó, Kyle se apartó del camino, y permitió que el carro automático pasara. El hangar estaba justo delante y entró en la esclusa principal. Un grupo de técnicos se amontonaron tras él mientras continuaban con su ruidoso debate. La discusión se centraba en torno a la cuestión de cuál de las comidas de la nave era peor...

el desayuno, la comida o la cena. Kyle emitió un voto silencioso por el desayuno, sonrió cuando la cena ganó, y siguió a los hombres y mujeres hacia el hangar donde una avalancha de estímulos asaltó sus ojos, oídos y nariz.

Mientras que la cubierta del hangar del *Estrella* había estado a sólo dos tercios de su capacidad, ésta estaba repleta de cazas ala-X, lanzaderas de asalto, y una desconcertante variedad de otras naves. Era casi imposible escuchar sus propios pensamientos sobre el chirrido de los cortadores de energía, el ruido de las grúas, el zumbido de las llaves hidráulicas, y los anuncios realizados a través del sobre amplificado sistema de megafonía.

Eso no era todo, mientras que Kyle se había encontrado sólo con el olor ocasional de ozono a bordo del crucero, ahora inhalaba un rico amalgama de gases de escape, pintura fresca, metal sobrecalentado, agentes adhesivos, compuestos de limpieza, y lubricantes. El efecto global era abrumador.

Kyle vio un letrero que decía “JEFE DE CUBIERTA”, junto con una flecha que indicaba el camino. La primera flecha llevaba a una segunda flecha, y así sucesivamente, hasta que llegó al borde de una zona con rayas amarillas y negras de

“no aparcar”. Un exoesqueleto mecánico de diez metros ocupaba el centro del espacio.

El operador era casi invisible tras su jaula protectora. Gritaba instrucciones amplificadas a un operador de grúa por encima que levantó un pulgar a modo de respuesta. Su incapacidad para comunicarse vía comunicador parecía extraña, pero estaba en consonancia con el ambiente general. El distintivo en la parte frontal

de la placa pectoral del exoesqueleto ponía “JEFE DE CUBIERTA”.

Kyle avanzó saltando por encima de un cable de energía, pasó agachado por debajo de un ala, y entró en el área rayada. Un mon calamari, un wookie, y un humano estaban en fila delante de él. Pasaron quince minutos hasta que su turno llegó. El JC se elevaba como una torre por encima de Kyle y su voz retumbaba como un trueno.

—No pidas un droide de mantenimiento. Están muy ocupados ahora mismo.

Kyle negó con la cabeza.

—No, señor. Estoy aquí para seleccionar una nave.

El JC negó con la cabeza.

—No te oigo, espera —Kyle observó con alarma cómo un par de brazos mecánicos bajaban, lo sujetaban por el torso, y lo levantaban. El JC tenía las cejas pobladas, los ojos inyectados en sangre, y una barba de al menos tres días—. Ya está, mucho mejor.

¿Decías?

Kyle lo dijo de nuevo. El JC levantó una ceja.

—¿Seleccionar una nave? ¿Qué crees que es esto? ¿Un supermercado? ¿Tienes un vale?

La tarjeta de datos estaba en el bolsillo derecho del pantalón. Kyle se sintió más que un poco ridículo mientras la buscaba y la encontraba. ¿Estaba todo el mundo mirándole? ¿O este tipo de cosas eran tan comunes que nadie prestaba atención?

El JC bloqueó los brazos mecánicos en su lugar y utilizó las versiones de carne y hueso para coger la pieza de plástico. La terminal montada en su jaula protectora se tragó el rectángulo y lo escupió de nuevo. Unos caracteres aparecieron con luz mortecina, se estabilizaron, y se desplazaron por la pantalla. El JC leyó, sacudió la cabeza con disgusto, y gruñó acerca de los “cabezas metálicas del puente”.

Kyle, que estaba acostumbrado a un ambiente en el que los superiores nunca eran objeto de crítica, ni siquiera de broma, debió parecer preocupado, porque el jefe de cubierta decidió explicarse.

—Los tipos con ropa civil rara vez devuelven las naves que toman prestadas, o si lo hacen, pasamos semanas parcheando el daño de combate. No sé dónde demonios vais, o lo que hacéis por ahí, pero es malo para mi inventario. Toma... echa un vistazo a esas, y sea cual sea la que elijas, ten mucho cuidado con ella. La Alianza deducirá los daños de tu salario.

Kyle no tenía un salario por lo que sabía, aun así sonrió cortésmente. El jefe de cubierta rio y bajó a Kyle.

Aliviado por tener ambos pies en la cubierta de nuevo, Kyle escaneó el listado. Vio tres números de casco y los espacios donde estaban estacionadas las naves. Diecinueve, doce, y tres. Dejó la zona de no-aparcar, encontró un número de aparcamiento, y se abrió camino a través de una línea de ala-X. ¿Podría ser? Eran cazas enérgicos en todos los sentidos, y le encantaría pilotar uno. Asumiendo que estuviera a la altura de las circunstancias. Los estudiantes de ingeniería eran entrenados para pilotar una amplia variedad de naves de apoyo, pero estaban limitados a treinta horas en cazas TIE. Sin embargo, Kyle estaba perfectamente dispuesto a aprender, y nada le gustaría más que su propio elegante monoplaza.

Los números disminuían y las esperanzas de Kyle decaían con ellos. Una lanzadera que parecía un montón de chatarra ocupaba el veintidós, seguida por una mancha de grasa en el veintiuno, y una cápsula de escape en el veinte. El corazón de Kyle se hundió cuando inspeccionó el yate preimperial que ocupaba el sitio diecinueve, la nave correo que reposaba en el doce, y el carguero ligero corelliano que descansaba en el tres.

El *Lamentable* no estaba en ningún lugar a la vista, pero habría sido preferible.

Kyle suspiró decepcionado, regresó al yate, y comenzó una larga inspección de motores, casco, armamento, sistemas de soporte vital y controles en cada una de las tres naves. Era un proceso laborioso pero necesario, ya que su vida dependería de la decisión que tomara.

Finalmente, con todos los hechos que pudo reunir ante él, la elección fue bastante simple. A pesar del hecho de que la nave en la ranura tres parecía como si hubiera estado rebotando alrededor del interior de un cinturón de asteroides durante un mes o así, ésta tenía sólo diez años de edad, y era corelliana. Un buen comienzo para cualquier nave. También le gustaba el hecho de que sus motores habían sido modificados sólo tres

meses antes, sus generadores de escudo probaban un noventa y seis por ciento de efectividad, y sus cuadernos de bitácora estaban al día. Por último, pero no menos importante, estaba el hecho de que se relacionaba con el nombre pintado a lo largo de ambos lados de su cicatrizada proa: el *Cuervo Oxidado*. Sonaba a lo que te hacía sentir...

como un pájaro que ya no era aceptado por su bandada.

Kyle registró su elección, presentó solicitudes para ochocientas setenta y ocho piezas de equipamiento que iban desde un ordenador de navegación reacondicionado hasta papel higiénico... y se le concedieron quinientas veintisiete de ellas. Eso dejó una brecha de trescientos cincuenta y uno elementos que él redujo a doscientos cuarenta y cinco mediante el "préstamo" de ciento seis herramientas, piezas y componentes de almacenes y naves circundantes, una actividad que él pensó que no fue detectada, pero que estuvo controlada por Jan Ors y tolerada por el JC a petición de ella.

Y así fue como seis días y siete horas después de haber sido alistado en la Alianza, Kyle Katarn partió hacia lo que parecía ser una tarea altamente improbable. Dos mujeres lo vieron alejarse. Una centrada en la importancia de su misión. La otra centrada en él.

Como la mayoría de su tipo, la nave correo había sido diseñada para la velocidad, con escasa atención a la comodidad. Jan subió a bordo, descubrió que la piloto era poco más que una adolescente, y le hicieron gracia las trenzas que llevaba. La piloto aceptó la bolsa de la agente, gruñó entre dientes acerca de las mujeres que llevaban demasiado maquillaje, e introdujo la bolsa en una pequeña taquilla.

Jan consideró decirle la verdad, que la bolsa contenía células de energía para sus armas, una media docena de granadas, dos cuchillos, una onza de plitex, un garrote, una ganzúa, electrobinoculares, un par de comunicadores, y un cepillo de dientes, pero decidió dejar pasar el asunto.

La piloto se volvió.

—¿Estás lista?

Jan sonrió.

—Siempre.

La muchacha asintió.

—Bien. Ahora vamos a dejar un par de cosas claras. Respondo a “Jes”, no a

“Jessica”, no a “querida”, y no a “cariño”. Esta es mi nave, la llevo a mi manera, y no necesito ningún consejo de polizones holgazanes. ¿Lo captas?

Jan mantuvo una cara seria.

—Lo capto.

—Bien. Abróchate, mantén la boca cerrada, y contén tu almuerzo. Estarás en Danuta antes de que te des cuenta.

Jan se sujetó las correas en la posición de copiloto, pensó en Kyle, y se preguntó cómo lo llevaría. Si la piloto era la mitad de buena de lo que decía ser, y si la nave correo era la mitad de rápida de lo que se suponía que era, tomaría tierra un día antes que él, y tendría un montón de tiempo para hacer un reconocimiento. La escotilla se selló, Jes dio potencia a los motores, y las estrellas la atrajeron.

El viaje a Danuta duraba cinco días. El ordenador de navegación manejaba la mayor parte del pilotaje. Cuando no estaba dormido, o profundamente enfrascado en algún procedimiento de mantenimiento, Kyle se encontraba en una profunda montaña rusa emocional, pero trataba de reunir sus fuerzas mentales.

Tuvo mucha fuerza mental cuando la misión comenzó, pero ese período duró muy poco. Cuanto más pensaba en la misión, más problemas descubría, hasta que eran como mynocks que succionaban el valor de sus huesos.

La solución obvia era idear un plan que se ocupara de los problemas potenciales, y por lo tanto los derrotara... en su mente al menos. Pasaba mucho tiempo construyendo escenarios ingeniosos, con sus esperanzas en aumento mientras tomaban forma, sólo para encontrarse con barreras tan grandes, tan infranqueables, que todo se derrumbaba.

Finalmente, después de horas de trabajo frustrante, se vio obligado a enfrentarse al hecho de que carecía de información suficiente. Las respuestas, asumiendo que hubiera alguna, esperaban en Danuta. El aire susurraba a través de las rejillas de ventilación del *Cuervo Oxidado*, la cubierta vibraba, y Kyle estaba solo.

Jan siguió al arrendador kubaz por unas escaleras serpenteantes y por un pasillo sucio hasta el apartamento 4G. El “4” había desaparecido, pero la agente había memorizado los rellanos y salidas de emergencia. Todo el edificio se sacudió cuando un carguero despegó. El arrendador, que había sido incapaz de alquilar este conjunto en particular de habitaciones desde que el último inquilino, un ribetiano con discapacidad auditiva, había sido asesinado el año anterior, trató de minimizar las incomodidades.

—A veces hay un poco de ruido… pero las vistas lo compensan.

Jan, sin darle en ningún momento la espalda, apartó una cortina. Miles de motas de polvo se liberaron, cayendo a través de la luz del sol que se filtraba, y se unieron a sus predecesoras en el suelo. La ventana era un producto local, y no había sido limpiada en mucho, mucho tiempo. La agente quitó el pestillo y empujó. Luz adicional se vertió en la habitación y el arrendador se ajustó las gafas protectoras en consecuencia. La exposición a las longitudes de onda rojas provocaba dolores de cabeza a los de su especie.

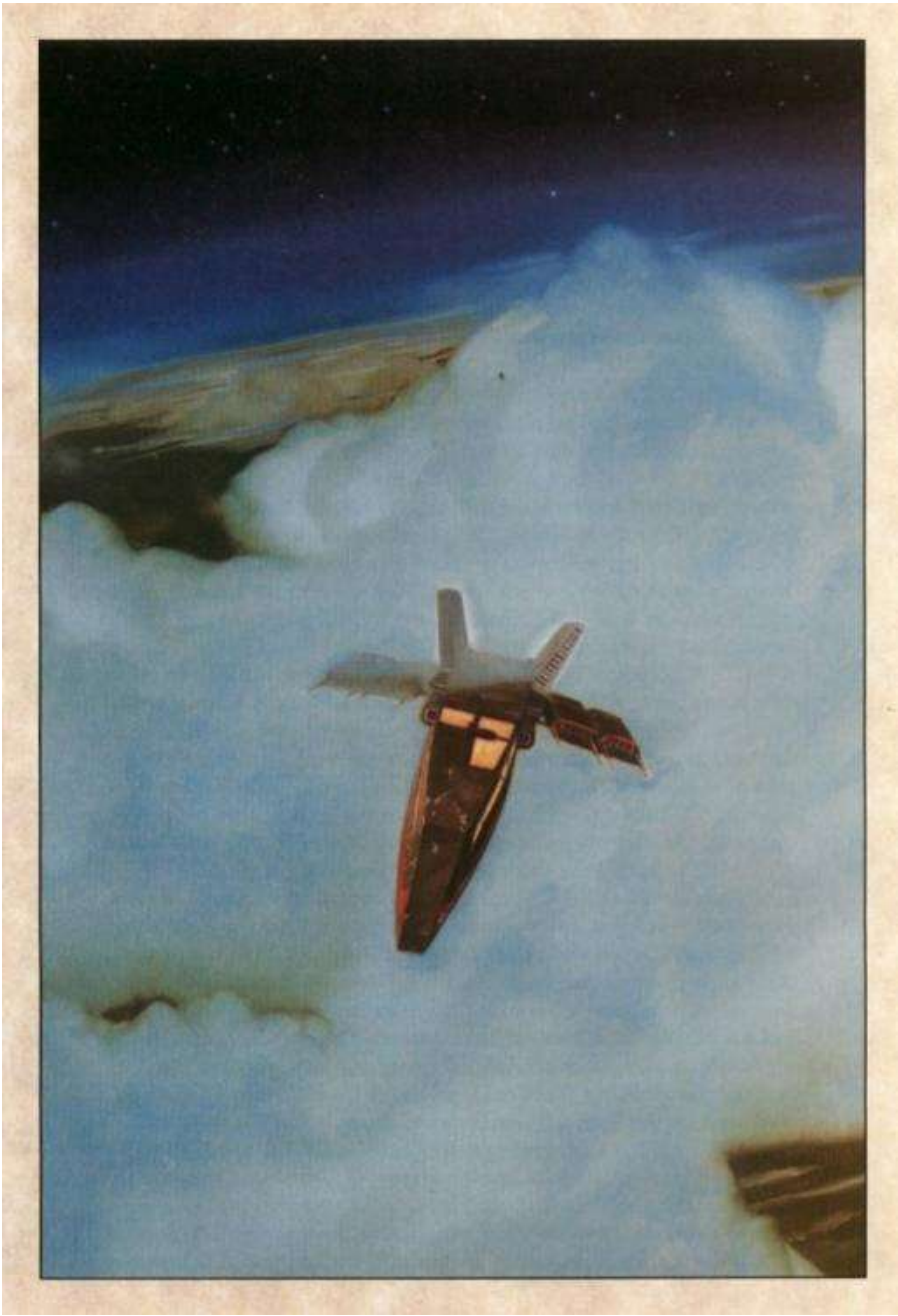
Jan consideró las vistas. La valla de seguridad del espaciopuerto estaba a sólo veinte metros de distancia. Más allá, tras una línea de naves aterrizadas, un carguero encendía sus propulsores y rugía a lo largo de la pista. Fue rápido y desapareció momentos después. La terminal del puerto era un pequeño edificio de una planta, y podría haber pasado por un almacén si no hubiera sido por la colección de antenas, y la batería de misiles tierra-aire que se encontraba en el extremo oeste del edificio. No había ninguna señal del *Cuervo Oxidado*.

El hedor de combustible, ozono y aguas residuales se coló por la ventana. El kubaz quiso activar un disco aromático, pero se lo pensó mejor. Tal vez, sólo tal vez, la humana fuera lo suficientemente estúpida como para coger el apartamento a pesar del hedor.

Jan se volvió hacia el kubaz, dejó caer algunas monedas en su mano

rápidamente presta, y dijo:

—Un ambiente agradable. Me lo quedo —la bolsa, todavía cargada de munición, rebotó al chocar pesadamente contra la colcha manchada. Los agentes rebeldes tenían un dicho: “El hogar es donde descansas tu cabeza”.



Danuta llenaba el ventanal de la nave y Kyle estaba sumergido en su primer descenso planetario cuando las alarmas de proximidad se dispararon. La razón fue rápidamente evidente. Dos cazas TIE imperiales, uno a cada lado de la nave, aparecieron de la nada. Una transmisión siguió. No hubo preliminares... sólo demandas.

—Nave patrullera orbital Rayo-X-dos-nueve-uno a carguero no identificado.

Informe del nombre del oficial al mando, del número de pasajeros a bordo, de la carga si procede, del puerto de origen, y de sus asuntos en Danuta.

Las palabras tenían una cualidad cantarina, como si el piloto las hubiera repetido innumerables veces, lo cual probablemente había hecho. Kyle sintió su corazón dar un vuelco, se recordó a sí mismo que esos controles eran estándar, y abrió su micrófono. La historia la había ensayado numerosas veces, y, gracias a los expertos de la *Esperanza*, Kyle tenía las falsificaciones que la respaldaban.

— *Cuervo Oxidado* a Rayo-X-dos-nueve-uno imperial. Copiado... Mi nombre es Drexel, Dan Drexel, y yo soy la única persona a bordo. Mi puerto de origen fue Drog VI en el Sector Corporativo. Tengo un cargamento de piezas de alta prioridad para la Corporación Minera Brodsport. Rel Farley es el gerente allí... díganle que la primera cerveza corre de mi cuenta.

Farley era un simpatizante reb, o eso suponía Kyle, y estaría listo para confirmar la historia del agente. El silencio se prolongó mientras el piloto contactaba con Brodsport, o hablaba con su compañero en una frecuencia diferente, o se hurgaba la nariz. Kyle empezaba a sopesar sus opciones cuando el permiso llegó.

—Aquí Rayo-X-dos-nueve-uno. Tiene vía libre a Trid. Los vectores de aproximación se están cargando en su ordenador de navegación. Sígalos escrupulosamente. Estará más seguro así. Que tenga un buen día.

Kyle tomó nota de la amenaza, pero de cualquier forma sintió una tremenda sensación de alivio.

—Entendido... *Cuervo* fuera.

Los cazas TIE aceleraron, hicieron un arco, y se perdieron de vista.

Kyle se permitió relajarse un poco, se puso en contacto con el control de tierra de Trid, y descendió a través de la atmósfera. Parecía como si una enorme manta marrón hubiera sido arrojada

sobre la superficie del planeta. Era suave a primera vista, redondeada donde las colinas surgían, y arrugada donde había cañones.

Las tierras baldías dieron paso gradualmente a las granjas donde los resistentes colonos, hombres y mujeres como su padre, mimaban círculos de verde que brotaban de la dura tierra marrón. La luz del sol relucía en los techos metálicos, algunos vehículos añadían un toque ocasional de color, y una carretera de dos carriles conducía hacia Trid.

Las calles habían sido dispuestas de forma cuadriculada por los ingenieros de Brodsport, quienes veían la ciudad por lo que era; un pequeño y miserable puesto avanzado al que estaban atados durante no más que la duración de sus contratos. El resultado era una comunidad en la que las pocas sutilezas habían sido añadidas a posteriori.

El espaciopuerto se encontraba en el extremo oriental de la ciudad, la dirección que llevaba Kyle. Brillaba al calor de la tarde. Más allá de la pista de aterrizaje, y de la baja ciudad a la que pertenecía, Kyle vio un grupo de distintivos edificios de alto nivel, y supo lo que representaban. El Centro de Investigación Imperial de Danuta, cuna intelectual de la Estrella de la Muerte, y, a menos que tuviera cuidado, el lugar donde moriría.

Dirigió la nave hacia abajo, desplegó las aletas, y disparó los retros. El *Cuervo* perdió altitud, pero muy lejos de todo, en el mismo borde del horizonte, el agente vio un enorme lago negro. Se encontraba bien dentro de la Reserva Militar Imperial, y no hacía falta ser un geólogo para ver que la superficie había sido calentada hasta un estado líquido, y se había dejado enfriar. ¿Por qué existía tal cosa? A menos que fuera el resultado de un experimento de algún tipo. Kyle imaginó un superláser lo suficientemente potente como para perforar a través de la corteza planetaria y se estremeció involuntariamente.

Entonces, con el parloteo del control de tierra de Trid en sus oídos y el pitido del ordenador de navegación en solidaridad, cortó el avance de la nave, la detuvo, y encendió los repulsores. Las fuerzas se igualaron y la nave flotó. Kyle comprobó la configuración del terreno, vio cómo estaban dispuestos los espacios, y se bamboleó de lado.

La guía de tierra automatizada fue pintada una vez, pero fue mucho

tiempo atrás, y la mayor parte del recubrimiento se había desgastado, dejando islas de naranja. Kyle

siguió a la máquina moteada al espacio veintitrés donde aterrizó entre un saltador automático que llevaba marcas gubernamentales y una lanzadera de Brodsport.

El otro extremo del espaciopuerto, la parte que estaba densamente adornada con señales de “no entrar” y vigilada por un escuadrón de soldados de asalto, era el hogar de seis cazas TIE cuidadosamente mantenidos, todavía brillantes tras el lavado de la mañana. Un buen lugar a evitar.

Kyle ejecutó los procedimientos de apagado, se aseguró de que los indicadores estaban en verde, y preseleccionó la secuencia de puesta en marcha de emergencia.

Cuando se fuera, si se iba, había muchas posibilidades de que estuviera en un apuro. El agente de aduanas local utilizó una llave hidráulica para dar unos golpes sobre la escotilla ventral, Kyle se deslizó en su personaje de Dan Drexel, y se apresuró a bajar la rampa. *Sobornar o no sobornar, he ahí la cuestión.* No es que hubiera muchas dudas.

El ruido, combinado con la forma en que el edificio temblaba, despertó a Jan de un sueño incierto. Bajó sus botas del alféizar de la ventana, las patas delanteras de su silla golpearon el suelo, y luchó por enfocar sus ojos. Aunque no estaba especialmente ajetreado en comparación a los estándares de un planeta como su Alderaan nativo, que tenía múltiples puertos mil veces más grandes que el de Trid, la zona era bastante activa, y ella ya había supervisado las idas y venidas de al menos cincuenta naves, sin contar los cazas TIE ni los vehículos atmosféricos. Así que estuvo gratamente sorprendida al ver al *Cuervo Oxidado*, y, después de que asegurara la nave, a Kyle Katarn. Los electrobinoculares vacilaron enfocándose sobre la pista, centrándose en el agente, y amplió la resolución.

Parecía alto y atlético mientras hablaba con el agente de aduanas local, se dieron la mano, y comprobó los patines de aterrizaje del *Cuervo*. ¿Qué le gustaba de él de todos modos? Además del hecho de que le había salvado la vida. ¿Era la mirada de determinación en sus ojos? ¿La fuerza de sus manos? ¿O la risa, que llegaba tan raras veces

que ella se encontraba a sí misma esforzándose para que riera? No estaba segura.

Kyle terminó su inspección, selló la escotilla ventral, y se dirigió a la terminal. La acción fue suficiente para recordarle a Jan la misión que había aceptado y las

posibilidades implicadas. ¿Y si Kyle era un espía, enviado para destruir todo por lo que ella luchaba? Su resolución se endureció.

Jan se aseguró de que sus armas estaban cargadas, estableció el mecanismo de autodefensa de su bolsa, y se abrió paso hacia el rellano. El objetivo había llegado. Tenía trabajo que hacer.

Habiendo inspeccionado ya la ciudad desde el aire, Kyle no estaba especialmente sorprendido por la descuidada sordidez de Trid. Al igual que en muchos planetas, los clubes nocturnos, locales de striptease y restaurantes baratos estaban codo con codo al espaciopuerto, y los armadores, proveedores y casas de piezas estaban en la misma calle.

La arquitectura del lugar podía ser bien descrita como prefabricada imperial con un toque de mundo colonial del Borde. Los ejemplos podían verse en las jardineras de colores que colgaban de los balcones de segunda planta, las barras de hierro forjado que protegían las ventanas de las plantas bajas, y la fuente de agua llena de basura que adornaba la plaza de la población.

Los ciudadanos eran igual de básicos. Podían clasificarse en seis categorías: empleados por contrato, que lucían gorras con logotipos de Brodsport en ellas; endurecidos colonos con las manos encallecidas; académicos, cuyas ropas parecían muy fuera de lugar; basura espacial como Dan Drexel, a la espera de partir; un surtido de alienígenas, ninguno de los cuales parecía muy feliz; y soldados de asalto que iban a todas partes en parejas. En parte por motivos de seguridad, y en parte para poder vigilarse entre sí.

Los soldados dieron a Kyle más motivos de preocupación, ya que ahora era buscado. Podrían (o no) haber visto su cara durante la última sesión informativa. Su presencia, y el hecho de que no podía ver sus ojos, le recordaban a Kyle la medida en la que el Emperador gobernaba a través del miedo. Se acordó de lo que se sentía al ser tan

poderoso, y llegó a la enfermiza conclusión de que él lo había disfrutado.

Kyle esperó a que pasara rugiendo una combinación de tractor y remolque, bajó de la acera, y cruzó la plaza. Aunque cuidando parecer casual, Kyle tenía un destino en mente, y se dejó llevar en esa dirección. La posibilidad de que pudiera echar un vistazo

[redacted]

[redacted]

al centro de investigación y descubrir una forma de entrar era más que un poco remota, pero lo intentaría.

A medida que Kyle se trasladaba hacia el oeste, siguiendo el sol de la tarde, los alrededores comenzaron a cambiar. Los edificios adoptaron un aire residencial y parecían más prósperos. A juzgar por la limpieza en general, y los niños que jugaban en la calle, este barrio en particular había sido reservado para el personal de investigación y sus familias. Esto era algo que Mon Mothma había olvidado mencionar, lo cual podría haber sido utilizado de apoyo para una incursión de comandos.

Un complejo plan que implicaba el secuestro de un científico y el uso de sus credenciales para entrar fue evaluado y descartado. La simplicidad era la clave, junto con una buena dosis de suerte.

Kyle sintió una presión contra su espalda. Parecía como... ¿qué? ¿Alguien observándolo? Pero eso era absurdo... ¿verdad?

Un sórdido caf ocupaba parte de la acera cuidadosamente barrida y presentaba una oportunidad para descansar, tomar algo, y comprobar sus espaldas. Kyle sonrió a la anfitriona (parecía no tener más de doce años) y la siguió a una mesa recubierta de plástico. Quitó los platos del ocupante anterior y prometió volver. Kyle se sentó, se volvió hacia el este, y examinó la calle.

Jan dobló una esquina, dio dos pasos hacia delante, y supo que algo iba mal. Kyle había desaparecido, no, allí estaba, sentado en la acera. Sacó un cartel de se busca de su bolsillo, hizo como que el rostro de Kyle era un mapa callejero, y volvió sobre sus pasos.

La esquina bloqueó la vista de Kyle pero la pregunta permaneció: ¿La

había visto Kyle?

Y si lo había hecho, ¿había reconocido su rostro?

Kyle frunció el ceño. Había habido algo familiar en la figura distante que había vislumbrado, pero no estaba seguro de qué. ¿Alguien de la ciudad?

Probablemente, pero resolvió mantener los ojos abiertos por si acaso. Acarició el bláster para reafirmarse. Era nuevo, pero no demasiado nuevo, y estaba guardado en una funda a mano cambiada. Era más rápido así, pero incómodo cuando te sentabas.

Las armas cortas, e incluso las armas pesadas para el caso, eran comunes en planetas como Danuta.

Kyle terminó su bebida, dejó algunas monedas sobre la pegajosa mesa, y reanudó su reconocimiento de la zona.

El área residencial era relativamente pequeña y rápidamente daba paso a una zona de seguridad cuidadosamente mantenida, completada con cámaras de vigilancia montadas en postes, droides de reconocimiento, emplazamientos de armas, y una valla metálica de cuatro metros de altura rematada con alambre de púas. Los edificios eran bajos y robustos, al menos la mitad de ellos estaba bajo tierra, y estaban afianzados contra ataques. Recordó el holo de Mon Mothma y se maravilló ante la valentía del espía. Lo cual elevó una pregunta interesante; ¿qué le pasó a ese agente? ¿Y por qué no se le pidió a él o ella que recuperara los planos? La respuesta parecía obvia.

Kyle bordeó el perímetro de seguridad por un tiempo, caminando a paso rápido, como si hiciera ejercicio, y supo que no estaba vestido para ello. La puerta principal era masiva, completada con un puesto de guardia, por lo menos una docena de soldados de asalto, un AT-ST, y un par de vehículos terrestres blindados. No era el tipo de defensa que quisiera poner a prueba.

Cuidadosamente para no llamar la atención sobre sí mismo, Kyle se volvió hacia el este, eligió lo que parecía ser una calle tranquila, y la siguió hacia la ciudad. El reconocimiento había confirmado sus peores temores. El complejo de investigación era esencialmente impenetrable. La única forma en que una persona no autorizada podría entrar era si alguien le *permitía* entrar.

El hecho de que Kyle conociera a alguien destinado en el interior de la zona protegida lo había atormentado desde que había visto el rostro de Meck Odom en el holo de Mon Mothma. Forzar una elección entre la amistad y el deber, colocar a Odom en un peligro terrible, iba en contra de todo en lo que Kyle creía. Después de todo, ¿qué podía ser más bajo que eso? Por otra parte, ¿y los millones, los miles de millones puestos en riesgo por la Estrella de la Muerte? ¿Qué pensarían ellos de su dilema moral? Conocía la respuesta.

Sus pies parecieron estar en automático el resto del viaje, mientras avanzaba de vuelta a través de Trid. El sistema de seguridad del *Cuervo Oxidado* indicó que había

habido no menos de tres intentos de entrar en la nave desde que se había ido, ninguno de ellos exitoso. Kyle revisó los vídeos grabados por lentes del tamaño de un remache, desestimó a los aspirantes a ladrones como delincuentes comunes, y reinició el sistema.

Una vez sellado, el casco era una protección más que adecuada contra el ruido y el hedor del espaciopuerto. De hecho, si no hubiera sido por la vibración generada por las naves que utilizaban la pista, no habría sido consciente de sus idas y venidas. Su cena, comprada a un vendedor ambulante y llevada de regreso a la nave, estaba deliciosa.

Especialmente después de cinco días de alimentos deshidratados. La devoró, bebió un litro de agua de manantial local, y se echó en el camastro. El sopor llegó rápido... al igual que los sueños.

Había intercambiado su lugar con el de un rebelde de nuevo en el asteroide. La escotilla era un punto natural de defensa. Había tantos soldados de asalto que era imposible fallar. Los cuerpos fueron apilados sobre más cuerpos hasta que bloquearon el pasillo. Fue entonces cuando cesó el combate, los médicos quitaron los cascos, y Kyle comenzó a gritar. Cada uno de los cuerpos tenía la cara de Meck Odom.

Teniendo en cuenta el hecho de que Kyle había pasado la noche a bordo del *Cuervo Oxidado*, y ella la había pasado dentro de los confines de su miserable apartamento, Jan asumió que él había dormido mejor que ella. Por eso se sintió resentida cuando él optó por un comienzo tempranero y la obligó a ella a hacer lo mismo. Dobló la esquina alrededor del extremo oeste de la pista justo a tiempo para

verlo salir de un restaurante.

El desayuno de ella, que había consistido en una taza de té comprada a la carrera, la había dejado con hambre.

Aun así, era interesante verlo en movimiento, sobre todo después de las divagaciones poco concluyentes que realizó el día anterior. ¿Qué estaba tramando?

Asumiendo que un agente sin ninguna formación real y sin experiencia alguna tuviera un plan.

Kyle se detuvo para obtener direcciones de un vendedor ambulante, se dirigió hacia una calle lateral, y encontró lo que creía que era la dirección correcta. Se dio la vuelta, no vio nada sospechoso en la mujer que miraba fijamente un escaparate, ni en el hombre echando la basura, ni tampoco en el droide que zumbaba avanzando por la acera. Entonces, después de haber comprobado una vez más que estaba en el lugar correcto, el agente subió un corto tramo de escaleras y desapareció dentro.

Había un grabado sobre la destartalada puerta y Jan se esforzó por ver lo que era.

Parecía como una rueda, con complicados rayos irradiando desde el centro. Jan tenía la sensación de que había visto antes ese símbolo, pero no podía ubicarlo.

Una cosa buena de la situación fue el hecho de que le permitió comprar un panecillo dulce en una tienda cercana. Estaba lamiéndose el glaseado de los dedos cuando Kyle salió. Exploró la vecindad general, no pudo verla a través de la ventana de vidrio, y se dirigió al distrito de negocios.

Eso dejó a Jan con un dilema: Podía seguir a Kyle, y ver dónde iba, o investigar el edificio y averiguar por qué había ido allí.

Optó por la segunda alternativa, esperó hasta que él estuvo fuera de vista, y subió las escaleras. La puerta se abrió mediante unas bisagras bien engrasadas, unas campanas sonaron, y el olor a incienso llenó sus fosas nasales. El monje ortolano tenía un hocico largo, orejas flexibles, y dos ojos en forma de disco. Su brillante pelaje azul contrastaba con la túnica azafrán que vestía.

—¿Puedo serte de ayuda? —su voz era suave pero audible sobre el canto distante.

Una rueda de la vida, un monje, y el sonido del canto. Todo llegó a la vez a su mente. Se había establecido un templo en el edificio. Había miles de religiones dentro del Imperio, y mientras que Palpatine desaprobaba muchas, la mayoría eran toleradas siempre y cuando se mantuvieran apolíticas. Jan sonrió.

—No, gracias. Me he equivocado de puerta.

El monje se inclinó.

—Hay muchas puertas... y muchos caminos tras ellas. Ve en paz.

Jan se inclinó, sabía que no encontraría mucha paz, no por un tiempo de todos modos, y regresó a la calle. Miró hacia atrás por encima del hombro. ¿Qué tenía que ver un templo con Kyle? ¿O con la Estrella de la Muerte imperial, ya que estamos? Podría haber preguntado, pero, ¿y si el monje avisaba a Kyle? Él reconocería su descripción en un segundo. No, mejor esperar y observar.

Jan dio tres pasos y se detuvo. ¿Y si había sido engañada? ¿Y si Kyle había sido mucho mejor entrenado de lo que ella pensaba, sabía que ella lo estaba siguiendo, y estaba determinado a perderla? No parecía probable, pero todo era posible.

Especialmente con un agente doble.

Jan echó a correr. Se dirigió calle abajo, dobló la esquina, y emergió en la calle principal. Se detuvo y miró a ambos lados. ¿Dónde había ido? ¿Qué estaba haciendo?

La respuesta, una vez que la tuvo, fue decepcionante. Kyle, al parecer a sus anchas, paseaba hacia su nave.

Mucha gente había ido entrando en la Luna Azul durante la última hora más o menos.

Viajeros espaciales en su mayoría, con un fondo de colonos, y alienígenas sin otro lugar adonde ir.

Un espejo abarcaba toda la longitud de la sala, su superficie manchada de insectos era apenas visible entre botellas, jarras, decantadores, calabazas, y barriles de compresión acumulados frente a ésta. El

propietario del club llevaba un delantal sucio, y pulía la misma sección de la barra una y otra vez, como si el hacerlo le trajera suerte.

En la parte delantera, donde podía ser vista a través de la ventana, una bailarina se sacudía y bamboleaba a su manera en su tanda de dos horas, con el rostro vacío de toda expresión, con los ojos muy lejos de allí.

Más atrás, sentados alrededor de una mesa demasiado pequeña, había un grupo de granjeros, sus vasos vacíos se apilaban frente a ellos, miraban lascivamente a la bailarina, y se jactaban de proezas que nunca habían llevado a cabo.

Kyle, quien ocupaba una de las alrededor de diez cabinas que se alineaban en la pared opuesta a la barra, dividía su atención entre la bailarina y la entrada. No porque la bailarina fuera especialmente atractiva, sino porque era un lugar legítimo donde mirar. Lo último que quería en ese momento era a un borracho diciéndole "¿qué estás mirando?". La tarde y noche temprana habían transcurrido lentamente, muy lentamente, y Kyle estaba nervioso. Tan nervioso que mantenía el bláster acunado en su regazo. Una vez que tomó la decisión de colocar a su amigo en peligro, el resto fue fácil.

Las llamadas por comunicador casi seguro que eran monitorizadas, al igual que el correo electrónico, lo que dejaba el boca a boca. El hecho de que Odom fuera religioso casi seguro que lo llevaba a visitar el templo local, eso ofrecía un camino para las comunicaciones.

Ahora, con los eventos en marcha, a Kyle le preocupaba que algo fuera mal. ¿Y si Odom no había ido al templo hoy? ¿O esta semana? ¿Cuántos días podría esperar? O

peor aún, ¿y si Odom había ido al templo y ahora entraba por la puerta respaldado por media docena de soldados de asalto? La gente cambia. Odom podría haber cambiado.

La Luna Azul tenía una puerta trasera, se había asegurado de eso, así que estaría preparado.

Pasó casi una hora entera, Kyle pidió ronda tras ronda de bebidas no alcohólicas, y rechazó dos ofertas de compañía femenina.

Finalmente, cuando ya estaba dispuesto a darse por vencido, Odom llegó. Llevaba ropa civil y parecía claramente incómodo.

Kyle se obligó a esperar, no vio nada sospechoso, y liberó la sujeción

de su bláster.

Odom escaneó la multitud y Kyle agitó una mano. Visiblemente aliviado, el oficial asintió, le dijo algo a la camarera, y se dirigió hacia la parte posterior. Su rostro reflejaba preocupación mientras se deslizaba en la cabina.

—¡Kyle! ¡Eres tú! Casi no vengo. Los tipos de seguridad ponen trampas a veces.

Kyle asintió sobriamente.

—Te has arriesgado mucho. Siento ponerte en peligro.

—¿Qué? ¿Y perder mi oportunidad de hablar con el miembro más infame de la clase? ¡De ninguna manera!

Kyle miró a su alrededor. Si alguien los estaba observando, lo escondía bien.

—¿Infame? ¿Por qué infame?

—Ahora verás —respondió Odom, sacando un pedazo de papel de su bolsillo—.

Toma, echa un vistazo.

El papel estaba doblado. Kyle abrió el documento, lo aplastó contra la mesa, y se sorprendió cuando su propio rostro le devolvió la mirada. El Imperio había utilizado el holo del anuario de la Academia. Los crímenes de los que estaba acusado incluían deserción, traición, y asesinato. Se sintió vulnerable y resistió la tentación de mirar por encima del hombro.

—Yo no he matado a nadie. No intencionadamente, en cualquier caso.

Odom sonrió.

—¿Y el resto?

—Culpable de los cargos.

—Lo que nos lleva hasta el presente.

—Sí.

—Sé que me arrepentiré de esta pregunta. Pero, ¿en qué me estoy metiendo?

Kyle se lo explicó.

Jan esperó fuera de la Luna Azul, vio entrar a Odom, y se sintió enferma en su interior.

Mon Mothma tenía razón. Kyle estaba a punto de reunirse con el oficial que había negado conocer. ¿Por qué? ¿Qué estaban planeando? Su trabajo era averiguarlo.

Jan se movió a lo largo del lado del edificio hacia la puerta trasera. Un borracho apareció de entre las sombras y ella lo empujó a un lado. Él retrocedió y cayó en unos arbustos mal cuidados. Hizo caso omiso de sus peticiones de ayuda, dobló la esquina, pasó por encima de un charco de vómito, y subió por las escaleras de servicio. Las bisagras chirriaron cuando empujó la puerta y entró. Los lavabos olían a orina y la agente hizo una mueca. Hubo aplausos poco entusiastas mientras la bailarina se inclinaba para recoger sus propinas y una banda de cuatro piezas comenzaba a tocar.

La agente divisó a Odom, vio la espalda de Kyle, y se dirigió a la cabina contigua. La camarera la vio, se registró alarma en su rostro, y se apresuró a intervenir. Al menos dos clientes por cabina después de las 8:00, el propietario era estricto en cuanto a eso, y ella también. Una media docena de pulseras tintinearon mientras se abría camino a través de la sala.

Jan permitió ser interceptada, sonrió inocentemente, y mostró cinco dedos.

—Somos un grupo de seis. El resto vendrán en breve.

Aliviada, y optimista acerca del turno de tarde, la camarera volvió a su puesto. Jan se esforzó en oír. Era difícil, sobre todo después de que la banda cambiara a una versión de “Placer del Borde”, y los clientes comenzaran a aplaudir. Sin embargo, oyó retazos,

incluyendo la promesa de Kyle de mantener la identidad de Odom en secreto, y “la necesidad de construir una historia creíble”.

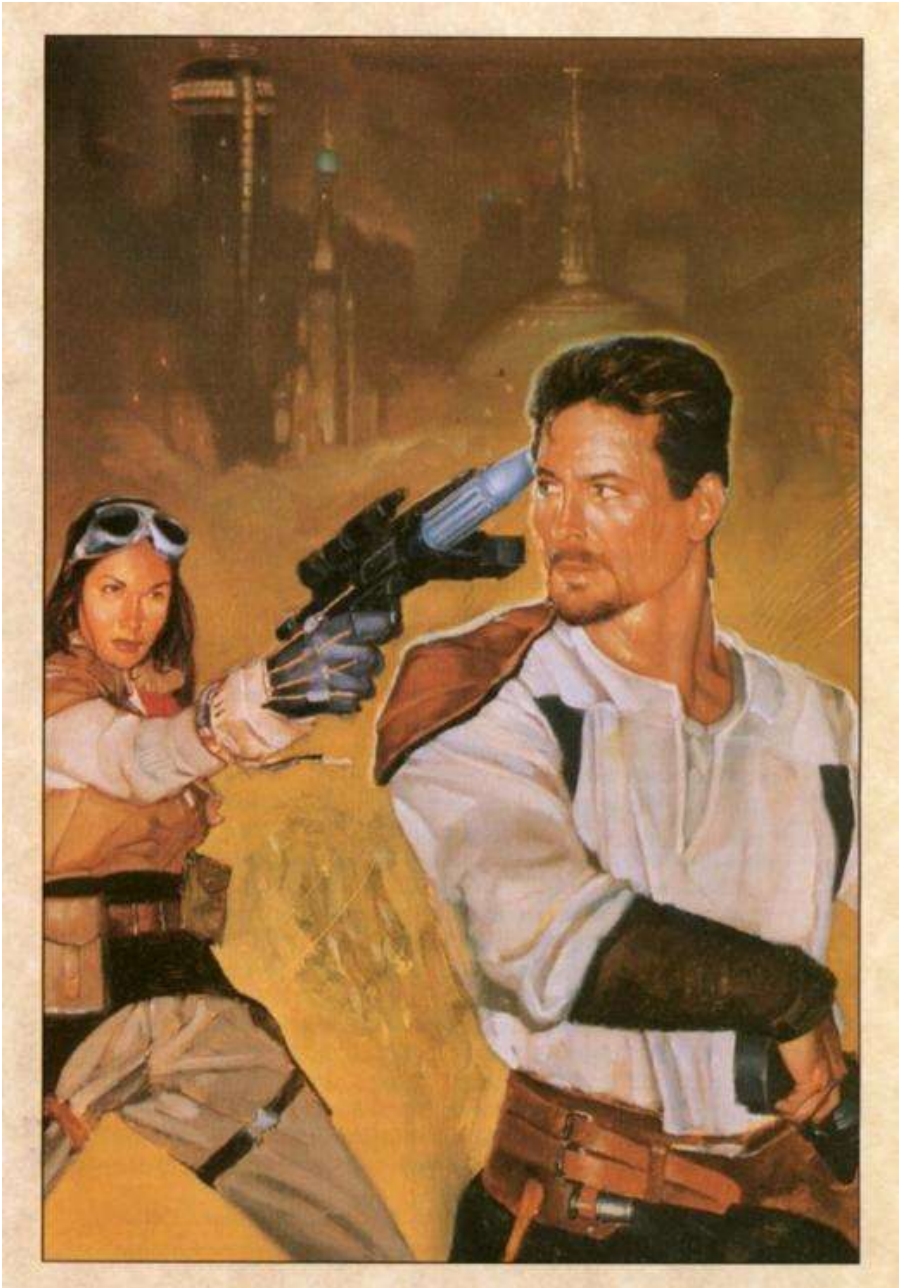
La reunión terminó después de alrededor de treinta minutos. Odom se fue a través de la puerta principal, y Kyle se dirigió a la parte trasera.

Jan pagó su bebida, aflojó el bláster, y le siguió. Su corazón latía como un martillo percutor. Había matado a gente, más de la que quería recordar, pero nunca de esta forma. Nunca a alguien que conociera, y nunca a sangre fría.

La puerta se cerró tras Kyle y Jan la empujó abriéndola. Unos motores rugían a medida que una nave descendía hacia la pista a un cuarto de kilómetro de distancia.

Miró a su alrededor. La zona parecía despejada, y la nave cubriría el ruido que hiciera.

La posibilidad de que Kyle pudiera llevar una armadura corporal debajo de la ropa sugirió un disparo a la cabeza. Jan levantó su arma, adoptó una postura con las dos manos en el arma, y apuntó con cuidado.



El viejo Kyle habría sentido la presión contra la parte posterior de su cabeza y la habría desechado. El nuevo sacó su arma con un movimiento suave, se volvió, y comenzó a apretar el gatillo. Pero vio la cara de su aspirante a asesino, y se detuvo. Jan vio su vacilación, sabía que debería haber disparado, y maldijo su debilidad.

Kyle, incapaz de confiar en sus propios ojos, congeló el arma donde estaba, pero cerró la brecha entre ellos. Ella había estado preparada para matarle, eso estaba claro, pero, ¿por qué? El Imperio, sí, pero la Alianza supuestamente estaba por encima de estas cosas. Kyle sabía que debería disparar contra ella, debería abrir un agujero a través de su cerebro, pero no era capaz de hacerlo.

Recordó la primera vez que vio esos ojos, calmados incluso cara a cara con la muerte, centrados en algo que él no podía ver. Su brazo cayó y el bláster junto a él. Ella hizo lo mismo. Jan habló primero.

—Mereces morir, Katarn. Pero algún otro tendrá que hacerlo.

El rugido de repulsores se detuvo abruptamente cuando el piloto los desconectó. El relativo silencio hizo que sus palabras parecieran más fuertes. Kyle negó con la cabeza.

—Estás equivocada, Jan.

—¿Y qué hay de Odom? Le dijiste a Mon Mothma que no le conocías.

Kyle se encogió de hombros.

—Quería protegerle, dejarle fuera de esto.

—¿Y ahora?

—Lo he involucrado. No hay otro camino.

Jan enfundó su bláster. Un par de borrachos se tambalearon doblando la esquina, tropezaron, y se echaron a reír hilarantemente mientras se ayudaban entre sí por las escaleras. Ella buscó su cara.

—¿Por qué? ¿Por qué ayudaría él a nuestra causa?

Kyle apartó la mirada y luego se la devolvió.

—No lo sé a ciencia cierta. Amistad, sus creencias religiosas, es difícil de decir.

—¿Pero tú crees que lo hará?

—Estoy dispuesto a apostar mi vida en ello.

Hubo un silencio momentáneo. Jan pensó en lo que había estado preparada para hacer y se estremeció. Si lo hubiera matado, ¿habría sido un acto de fanatismo o patriotismo? ¿Cómo podrías diferenciarlo?

La respuesta, si existía, se negó a llegar. Ella forzó una sonrisa.

—Vamos. Cenemos. Suponiendo que podamos encontrar un restaurante lo suficientemente oscuro como para ocultar tu cara. Yo invito.

CAPÍTULO 7

Le llevó tres horas a Kyle abrirse camino a través del barranco, encontrar un camino a través del laberinto de rocas, y llegar frente a la puerta marcada como "S-2". Era de tres metros de altura y estaba construida de sólido duracero. Un cañón de energía podría abrir un agujero a través de ella, pero nada menos potente la dañaría.

Odom le había explicado que las puertas tenían designaciones con letras: E para el este, O para el oeste, N para el norte, y S para el sur. Cada punto de su perímetro rectangular tenía cuatro o cinco de estas aberturas para la comodidad de los equipos de mantenimiento y de seguridad que de otro modo serían forzados a depender de la puerta principal, lo cual sería un inconveniente como poco, y un peligro en caso de ataque.

Kyle consultó su crono, encontró que le quedaba una hora por esperar, y se metió detrás de una roca. Estaba dentro del rango de la cámara de vigilancia más cercana y sería vulnerable hasta que la oscuridad ocultara sus movimientos.

La ventana de oportunidad, la cual no duraría mucho tiempo, se produciría exactamente a las 2100 horas, cuando el oficial de guardia, Meck Odom en este caso, utilizara equipos de prueba a distancia para abrir y cerrar las cerraduras de las puertas.

Sería durante esta prueba, mientras la puerta estuviera momentáneamente desbloqueada, cuando Kyle podría deslizarse dentro. Eso, combinado con la capacidad de Odom para anular momentáneamente los sistemas de seguridad colaterales, permitiría a Kyle penetrar el perímetro exterior. El resto le tocaría a él, y, suponiendo que consiguiera llegar al punto de extracción, a Jan Ors, con la que había acordado que le sacaría.

Kyle recordó la noche anterior, su renuencia mutua a matarse entre ellos, y sonrió.

Su expresión se congeló cuando unas piedras se sacudieron cerca.

¿Qué era? ¿Un animal? ¿O algo más amenazador?

El agente quería investigar, pero sabía que no debía hacerlo. Fuera lo que fuese podría sentir sus movimientos. ¿Y qué? ¿Atacar? ¿Informar de su presencia? Cualquiera de las posibilidades sería desastrosa.

Kyle contuvo la respiración y mantuvo el bláster listo. Hubo un silencio, seguido de un sonido similar al primero, solamente que esta vez más cerca. Metal sonó contra metal, y luego se alejó.

Poco a poco, con la sangre martilleando en sus oídos, Kyle comenzó a respirar de nuevo. La máquina, cualquiera que fuera su finalidad, se había alejado.

El sol se hundía por el horizonte occidental, las estrellas aparecieron en el cielo, y Kyle se sintió muy, muy pequeño. Toda la misión era una locura. El miedo extendió sus dedos helados a través de sus venas. ¿Cómo manejaría un agente más experimentado un momento como este?

Kyle recordó los ejercicios de respiración que la Academia le había enseñado y puso el conocimiento a trabajar. Sus signos vitales se desaceleraron, la actividad cerebral se aplanó, y el tiempo se detuvo.

Kyle se sorprendió cuando sus ojos se abrieron, su crono marcaba las 2070 horas, y el momento estaba cerca. Las ampliamente espaciadas luces verde-azuladas del perímetro se habían encendido en algún momento de la última media hora. Lanzaban un brillo fantasmal a través de las rocas.

Maravillándose de lo descansado que estaba, Kyle se volvió hacia la valla e hizo algunos estiramientos. Entonces, confiando en que su cuerpo respondería de la manera en que se suponía que debía hacerlo, el agente avanzó hacia la cerca. No se había movido más de un metro o dos cuando un droide de seguridad apareció en la distancia.

Flotaba a un metro del suelo y estaba montado con al menos tres blásters automáticos y un par de focos de luz controlados de forma independiente. Se desplazaban atrás y adelante, sondeando las sombras en busca de intrusos, verificando la integridad de la valla.

Kyle sopesó sus opciones. La cerradura se abriría en un poco más de siete minutos.

El droide se desplazaba quizá a dos o tres kilómetros por hora. No había manera de evaluar con precisión las variables, por lo que tendría que conjeturar.

Kyle apretó los dientes, resuelto a permanecer agachado, y agachado avanzó lentamente. Gravilla suelta hacia ruido contra sus botas, sus sentidos parecían inusualmente agudos, y el droide se hizo más grande.

El agente corrió por el camino de mantenimiento sin pavimentar que rodeaba la valla y se sumergió entre las sombras frente a la puerta. Una rápida comprobación le

dijo que quedaban tres minutos. Más de lo que hubiera querido, pero un equilibrio necesario.

El droide se movió hacia delante, con los sensores escaneando, en busca de cualquier cosa fuera de los parámetros de lo que su programación clasificara como “normal”. ¿Era la máquina más rápida ahora? ¿O sólo lo parecía?

Fuera cual fuera la verdad, Kyle sabía que el droide lo divisaría antes de que se abriera la cerradura, suponiendo que eso ocurriera.

Desesperado, e incapaz de llegar a una mejor alternativa, Kyle rebuscó por el suelo, encontró una piedra del tamaño de su puño, y la levantó. La tiró tan fuerte como pudo, no al droide, pero sí por encima de la carcasa de su CPU, con la esperanza de hacer saltar el detector de movimiento, o en su defecto, generar algo de ruido.

La roca voló recta y centrada, aterrizó en la maleza, y provocó un deslizamiento de tierra en miniatura. El droide se volvió, dirigió sus focos hacia el ruido, y preparó dos blásters automáticos.

Kyle se volvió hacia la puerta, miró su crono, y vio los segundos finales consumirse.

Entonces, justo cuando la lectura cambió de cincuenta y nueve a un doble cero, el agente escuchó un inconfundible *clic*. El corazón de Kyle estaba en su boca cuando agarró la manija en forma de T, la giró a la derecha, y empujó. La puerta giró abriéndose milagrosamente y Kyle se deslizó a través. Los focos del droide pasaron sobre la puerta sólo unos segundos después de que volviera a cerrarse.

Kyle se permitió una celebración de dos segundos, comparó su entorno con el mapa mental creado a partir de las descripciones de Odom, y empezó a correr. Medio kilómetro separaba la valla del complejo. Una patrulla de superficie peinaría la zona en quince minutos más o menos.

Eso le daba a Kyle un montón de tiempo para llegar al punto de entrada.

El conducto de ventilación fue idea de Odom. Al igual que los conductos similares que se encontraban por todo el complejo, el respiradero estaba destinado a recoger aire fresco y llevarlo a los subniveles de abajo. La seguridad se garantizaba mediante detectores de calor y movimiento montados en el interior de los conductos. El único problema era que un fallo de software persistente había desencadenado en una larga serie de falsas alarmas. Las solicitudes de reparación habían sido presentadas, y se actuaría sobre ello, pero eso fue hace ya una semana o más. Entretanto, las alarmas de

esta fuente en particular eran ignoradas de forma rutinaria, proporcionando a Kyle la oportunidad perfecta.

El complejo apareció al frente. Kyle trepó a un banco, saltó un seto ornamental, y llegó frente a una pared de duracreto. El techo era bajo y de fácil acceso debido al hecho de que el noventa por ciento del edificio estaba bajo tierra. Kyle siguió la superficie vertical hasta una esquina, encontró las ranuras horizontales destinadas a hacer la instalación más interesante a la vista, y trepó mano sobre mano.

El techo era ancho y plano. Había una sustancia similar a grava que crujía bajo sus botas, un grupo de antenas, una pista de aterrizaje reforzada marcada con cuatro luces intermitentes, y sí, la parte superior de un conducto de aire.

Moviéndose en silencio, o tan silenciosamente como la grava se lo permitía, Kyle cruzó al otro lado de la cubierta. El conducto estaba protegido por una tapa en forma de pirámide para protegerlo de toda condición meteorológica. Su multiherramienta hizo un trabajo rápido con los tornillos... uno a cada lado del respiradero. Relucían a medida que golpeaban el techo.

Con los tornillos fuera, Kyle envolvió los brazos alrededor de la tapa metálica, dobló las rodillas, y empujó hacia arriba. Hubo una resistencia momentánea seguida de la libertad repentina cuando la cubierta se soltó.

Kyle colocó la estructura en el techo y se asomó al interior del conducto oscuro.

Manoseó en su cinturón, encontró la vara luminosa, y la liberó. La

escalerilla se hizo evidente bajo la luz. El agente se volvió, sujetó la vara luminosa entre los dientes, y bajó al conducto. Encontró un peldaño con sus pies, probó el metal con su peso, y comenzó el descenso.

La luz oscilaba atrás y adelante sobre el metal desnudo a medida que Kyle se hundía en la oscuridad. Estaba comprometido ahora... y era, literalmente, a vida o muerte.

Jan había recuperado su bolsa del apartamento y usó mucho de su contenido para construir una pequeña bomba. Enterró el dispositivo cerca de la parte norte de la valla de seguridad. La explosión tendría lugar exactamente a las 2145 y debería ser suficiente para atraer al menos a algunas de las fuerzas de superficie del complejo principal. A continuación, a las 2200 horas, pasaría por encima de ese punto exacto con el *Cuervo*

Oxidado, limpiaría la zona, y se dirigiría al punto de extracción. No era un plan especialmente complejo. Pero debería ser suficiente para el propósito.

Jan estaba a punto de entrar por la parte ventral del *Cuervo* cuando un movimiento le llamó la atención. Luces montadas sobre postes bañaron la zona directamente frente a la terminal. El agente de aduanas local estaba allí, como también media docena de soldados de asalto. El agente agitó una hoja de papel y gritó algo ininteligible. Los imperiales se volvieron, miraron en la dirección de Jan, y comenzaron a avanzar.

Jan corrió por la rampa, golpeó el botón de “retraer”, y se dirigió a la cabina de pilotaje. La batalla estaba a punto de comenzar.

Kyle vio un gran número 1 blanco y supo que había avanzado lo suficiente. La escalera continuaba hacia abajo a través de un agujero del tamaño de un hombre. Kyle se subió a la parrilla metálica prevista para tal efecto. La compuerta de acceso, también marcada con un gran 1 blanco, estaba frente a él. Habría guardias en este nivel, muchos guardias.

Odom había hecho hincapié en ello.

Kyle sacó su bláster, tomó una respiración profunda, y tocó el interruptor de apertura. La puerta se abrió, apareció un comando, y Kyle disparó. El imperial se tambaleó, disparó un tiro al techo, y cayó. Sucedió tan rápido que no hubo tiempo para tener miedo.

Kyle enfundó su arma corta, agarró el rifle de asalto del imperial, y comenzó a avanzar por el pasillo. Las luces eran relativamente tenues y las paredes estaban desnudas. El agente sabía que tenía dos principales aliadas: la sorpresa y la velocidad.

El truco consistía en hacer el máximo uso de ambas. La pared de la izquierda llevaba a una puerta, una puerta bastante importante, una a la que regresaría. Sin embargo, había otras cosas que hacer primero. Una sala de operaciones apareció a la derecha, un imperial se dirigió hacia el pasillo, y Kyle disparó.

Jan se mordía el labio mientras los motores se encendían, seguidos rápidamente por la navegación, armas y sistemas de soporte vital de la nave. La secuencia de puesta en marcha de emergencia era rápida, pero no tan rápida como ella quería que fuese.

El comandante de los soldados de asalto vio la rampa retraerse, escuchó los propulsores empezar a arrancar, y ordenó a sus hombres disparar. Ellos obedecieron y los escudos del *Cuervo* destellearon cuando los rayos de energía golpearon.

Los repulsores llamearon cuando la nave se elevó, y el comandante tragó saliva mientras la proa de la nave giraba en su dirección. Hay que reconocer que el soldado permaneció firme, sin dejar de disparar inútilmente su pistola, hasta que el arma ventral de la nave lo partió por la mitad.

El comando pareció sorprendido, intentó decir algo, y cayó. Un par de oficiales se volvieron en dirección a Kyle, tanteando para sacar sus armas, y se tambalearon cuando Kyle les disparó. Subió a la plataforma, buscó munición, y tomó lo que pudo.

Un rápido vistazo confirmó una primera puerta a su izquierda, otra puerta a su derecha, y un pasillo justo al frente. ¿Qué estrategia debería seguir? ¿Comprobar el pasillo para eliminar cualquier oposición que pudiera estar esperándole allí? ¿O probar con la primera puerta… y después con la segunda?

La decisión fue tomada por él cuando un comando apareció por el otro extremo del pasillo y abrió fuego. Kyle disparó en respuesta, vio al imperial caer, y sintió fuego de

bláster pasar al lado de su cara. Un segundo comando, éste apoyado por un oficial, desencadenó una ráfaga de tres disparos.

Kyle se agachó, pasó a automático, y vio caer a los imperiales. Preocupado de que pudiera haber más de donde habían venido esos, el agente avanzó por el pasillo, cogió algunos paquetes de energía caídos, y siguió el pasillo hacia la izquierda. El centro de comunicaciones estaba despejado. Kyle lo comprobó, se aseguró de que la sala estaba vacía, y regresó por donde había venido.

Un rápido giro a la derecha lo llevó a una puerta de duracero con paneles luminosos. Odom dijo que se requería la llave roja para abrirla, pero, ¿y si su amigo estaba equivocado? Kyle se acercó a la puerta, tocó el panel de acceso, y esperó a que algo sucediera. Nada.

Kyle estaba decepcionado, pero no había nada que hacer excepto volver sobre sus pasos, posicionarse frente a la segunda puerta, y prepararse para lo peor. Una vez pasara a través, se precipitaría hacia el otro lado de un patio, abriría un portal, saltaría a un turboascensor, entraría en la estación de seguridad, y se haría con la llave. Todo eso bajo fuego. No era una perspectiva agradable. El agente tocó el panel de control y la puerta se abrió deslizándose.

Jan vio caer al último soldado de asalto, se volvió hacia el espaciopuerto, y se dirigió hacia los cazas TIE. Si era capaz de incapacitar a todas o a algunas de las naves perseguidoras, las probabilidades contra una extracción exitosa caerían desde *totalmente imposible* a *muy poco probable*, lo cual ella veía como una maldita mejora, sin duda.

La agente envió energía a los repulsores del *Cuervo*, los cuales pusieron otros tres metros entre el casco y la pista. Todos los pilotos imperiales ya estaban corriendo a por sus naves. Presas fáciles si no fuera por el hecho de que uno de los cazas ya se tambaleaba alejándose del suelo. La nave estaba apuntada en la dirección correcta. Jan podía imaginar la frustración del oficial mientras trataba de obligar a unos motores fríos a alcanzar máxima potencia y activar los sistemas de armas.

Jan se obligó a esperar mientras el *Cuervo* se estabilizaba, sus sistemas de objetivos emitieron un *bip*, y los indicadores de los cañones brillaron en verde. Ambos pilotos dispararon en el mismo momento. El disparo del piloto imperial fue demasiado alto.

Jan golpeó en el centro al caza TIE, detonando una carga completa de combustible, y la nave enemiga voló en pedazos. Todo el espaciopuerto se iluminó con las llamas resultantes.

Las naves perseguidoras restantes fueron sacudidas por la metralla, bañadas en combustible ardiente, y desgarradas por el fuego de cañón de Jan. La extracción había comenzado.

Dos soldados de asalto estaban de espaldas a la puerta. Kyle pasó una fracción de segundo considerando si era ético dispararles por la espalda, luego disparó cuando uno de ellos comenzó a girarse. También acabó con el segundo guardia, entonces se movió a través de la puerta, y sintió que ésta se cerraba tras él.

El patio estaba oscuro. Paredes escarpadas se elevaban por delante y por detrás. Dos conjuntos de armaduras blancas fantasmales aparecieron a su derecha. Dispararon y Kyle devolvió el fuego. Su arma estaba en automático ahora, consumiendo energía a un ritmo prodigioso, pero igualando las probabilidades. Los imperiales cayeron y disparos de bláster llovieron desde arriba.

Kyle se volvió, divisó a cuatro soldados en la pasarela de encima, y se encogió cuando un disparo quemó su hombro. La lógica dictaba que esto era todo, el final de su vida, ya que nadie podría disparar tan rápida o certeramente... *A menos que*... el pensamiento actuó como un catalizador. El tiempo se ralentizó y sus sentidos se agudizaron. La Fuerza era como un río que cargaba con todo a su paso. Los que vivían en armonía con sus corrientes se fortalecían... pero aquellos que se oponían eran arrastrados como pastillas en una inundación.

Kyle se situó en el centro de un remolino, eligió su objetivo, y disparó. No una ráfaga larga, sino un solo tiro perfectamente dirigido. El disparo dio en el blanco, al igual que hicieron el resto.

Kyle sintió una presión a la derecha, se volvió, y disparó de nuevo. El soldado de asalto alzó los brazos como si fuera crucificado y aterrizó sobre su espalda.

El agente intercambió su arma de asalto casi vacía por una recogida del suelo y corrió hacia una de las dos puertas de acero reforzado. Se abrió a su toque y su corazón dio un vuelco cuando más imperiales giraron en su dirección. ¿No tenían fin?

Sorprendidos, y aparentemente inconscientes de la batalla que se había librado en el patio, los soldados cayeron mientras trataban de sacar sus armas y apuntar. Kyle agarró sus paquetes de energía de reserva y examinó la sala. Sólo había un lugar adonde ir... el ascensor.

El agente comprobó su arma, tocó el panel de control, y apuntó a la puerta del ascensor. Cuando se abriera esperaba ver un escuadrón completo de soldados de asalto armados con todo, incluyendo lanzadores de cohetes. El ascensor se abrió y la plataforma estaba vacía.

Aliviado, pero aún aprensivo sobre lo que encontraría en el nivel superior, Kyle entró y volvió la espalda a la pared. Fue un viaje corto, pero Kyle estuvo preparado cuando hubo terminado.

El oficial, un hombre delgado con la cara llena de cicatrices, murió primero, y fue rápidamente seguido por un soldado que le preguntó su nombre, y un comando armado con una rosquilleta.

La llave estaba a pocos centímetros del alcance del oficial. Pulsaba con una luz interna y Kyle la sintió caliente en su bolsillo. El viaje hacia abajo fue afortunadamente sin incidentes al igual que la rápida carrera a través del sombrío patio. Unas luces marcaban la puerta correcta así como los cuerpos tendidos frente a ella. Se abrió sin problemas y se cerró tras él.

Una rápida comprobación del área de control a su izquierda, y del pasillo a su derecha, fue suficiente para asegurarle a Kyle que sus adversarios anteriores permanecían sin descubrir. ¿O no? El impulso que le hizo mirar hacia arriba se produjo en el mismo exacto momento en el que un disparo de bláster quemó la pintura junto a él.

Kyle se clasificó a sí mismo como un idiota por no haberse dado cuenta de la ventana del nivel superior la primera vez que había pasado por allí, acabó con el francotirador con una ráfaga sostenida, y oyó una alarma empezar a aullar. Hasta aquí había llegado la sorpresa... la velocidad era la aliada que le quedaba.

El agente se lanzó hacia delante, se acercó a la puerta que se había negado a abrirse la primera vez que lo intentó, e insertó la llave. La puerta se abrió, un comando levantó su arma, y Kyle intentó

responder.

El sencillo procesador contó los segundos finales, liberó corriente por un cable, e inconscientemente se destruyó a sí mismo. La explosión resultante no causó mucho daño, pero lanzó piedras al aire, y emitió un imponente *boom*. El movimiento, combinado con el ruido, provocó no menos de cinco alarmas perimetrales. Focos de luz barrieron la noche, bengalas volaron por los aires, y droides de seguridad acudieron a la zona.

El oficial de turno, un comandante llamado Horst, acababa de recibir la noticia de un intruso y se había asegurado de que el asunto podía y sería resuelto. Lo que no sabía era que el oficial que le había ofrecido esas garantías ahora estaba muerto.

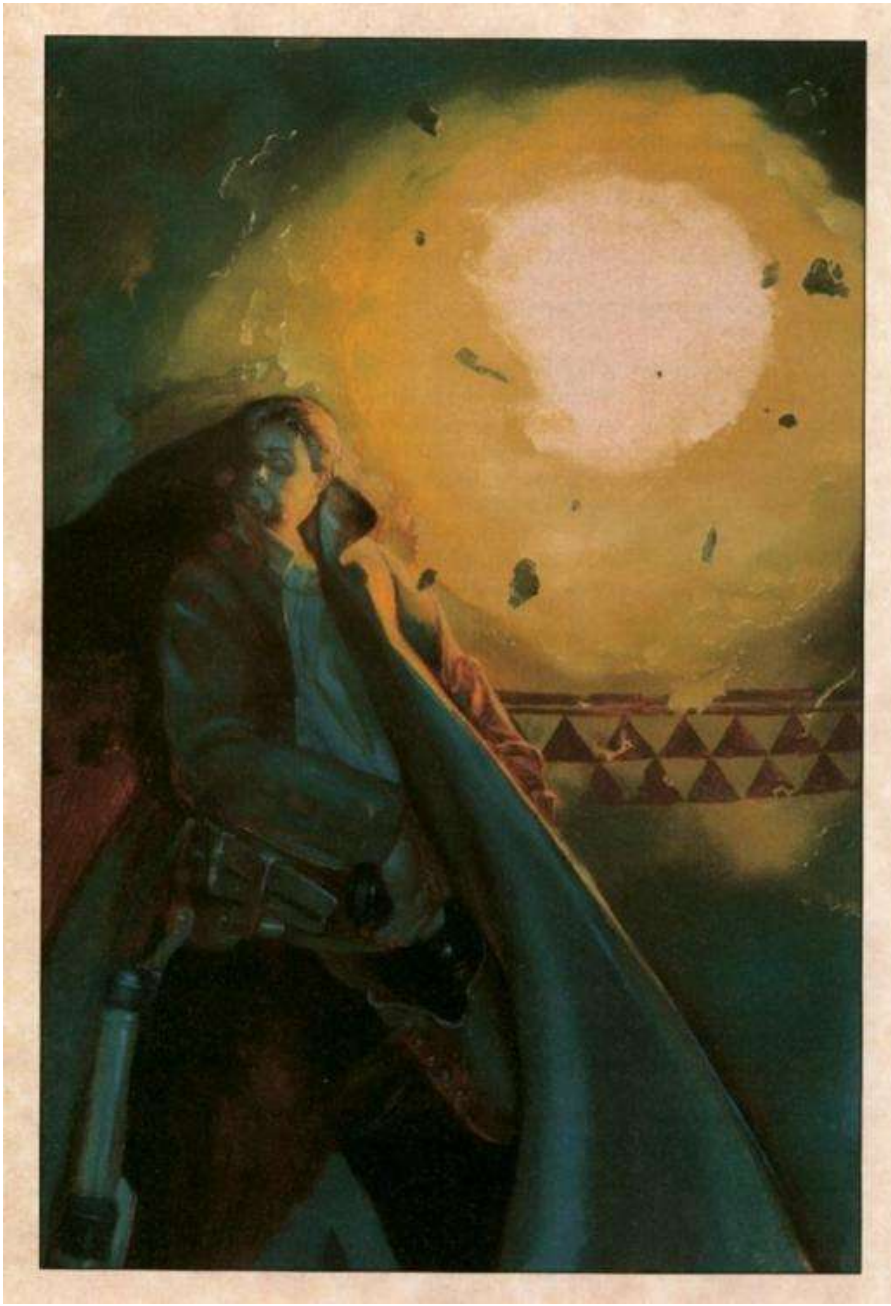
Pensando que se estaban ocupando del intruso, Horst decidió tratar con las alarmas perimetrales él mismo. El AT-ST de servicio y dos vehículos blindados recibieron la orden de responder, junto con dos escuadrones de comandos. ¿Una incursión rebelde, tal vez? Horst esperaba que sí. Sonrió como el lobo que pensaba que era.

Kyle sabía que había sido un pelo demasiado lento, un poquito demasiado confiado, y esperó a morir. El comando, seguro de su victoria, apretó el gatillo, y lo apretó de nuevo. No pasó nada. Desconcertado, y curioso en cuanto a la naturaleza del problema, el imperial comprobó el seguro. Fue el último error que jamás cometió.

Kyle pasó por encima del cuerpo y entró en el ascensor. Una luz blanco-azulada caía desde encima, y un cuadrado iluminaba el suelo. Como antes, el turboascensor llevó a Kyle arriba más rápidamente de lo que él realmente quería ir, y se abrió a un amplio vestíbulo. Una ventana abierta se extendía a lo largo de la pared opuesta. Sabiendo que tendría que darle la espalda con el fin de explorar el resto de la zona, Kyle se acercó a ella.

Una sola mirada fue suficiente para establecer que el área de más allá era la pasarela desde donde los cuatro soldados le habían disparado en el patio. Dos soldados de asalto, acabados de llegar, estaban de pie

sobre los cuerpos. Kyle les disparó, se volvió, y cambió el fuego a máximo automático cuando más imperiales aparecieron por la derecha.



Suerte, inercia y adrenalina rebosaban de él mientras los soldados se tambaleaban y caían. El hedor a ozono y carne quemada llenó su nariz mientras percibía movimiento y volvía a disparar. El droide, atrapado en medio de un recado, bipeó lastimeramente y se escurrió en busca de seguridad.

Kyle, asustado por sus propios reflejos, resolvió tener más cuidado. Los soldados eran una cosa; los trabajadores civiles otra. No había visto ninguno hasta el momento, pero sabía que había. Nada expiaría una vida inocente arrebatada.

Kyle se tomó un momento para recargar y recoger algunos paquetes de energía antes de activar el interruptor rojo de la pared. Una ventana sin cristal daba a la sala de la planta baja. Kyle miró hacia abajo, vio una sección de la pared deslizarse hacia arriba, y se dio cuenta de lo vulnerable que había estado antes. Un único comando podría haberle acribillado desde arriba.

Kyle consideró el salto frente al ascensor, y eligió el salto. No estaba demasiado lejos, y le haría ganar un tiempo precioso. Se colgó el arma de asalto al hombro mediante la correa, osciló por la abertura, y colgó de sus dedos. Requería un acto consciente de voluntad dejarse caer.

Jan esperó hasta lo que ella consideró el momento perfecto, sacó al *Cuervo* del barranco, y colocó al AT-ST en su punto de mira.

La firma de calor del *Cuervo* floreció frente al aire frío de la noche, y el piloto del AT-ST fue rápido en buscar el problema. Dio medio paso a la izquierda, disparó sus cañones bláster laterales, y sonrió cuando los disparos dieron en el blanco.

Jan hizo una mueca cuando los rayos de energía perforaron los escudos de la nave y desencadenaron una cacofonía de alarmas. Ella disparó en respuesta, instó a la nave a avanzar, y redobló sus esfuerzos. Líneas gemelas de fuego de bláster convergieron en el módulo de mando del caminante y algo explotó. Una luz cubrió el área mientras escombros se elevaban y caían a distancia. Las piernas del caminante, dejadas en pie por sí solas, cayeron sobre un vehículo de reconocimiento.

El Comandante Horst, horrorizado por lo que veía, y más que un poco asustado, ordenó la retirada. Era un poco demasiado tarde. Jan, con sus ojos entrecerrados con determinación, renovó su fuego. El vehículo del comandante era un excelente objetivo.

Kyle se metió en la *hasta ahora* área protegida, “percibió” al soldado antes de realmente verlo, y apuntó hacia el lugar por donde aparecería el imperial. El soldado compareció, se tambaleó como si estuviera borracho, y cayó boca abajo en el suelo.

Cauteloso ahora, e hiper-alerta, Kyle se acercó a una pared de un metro. Miró arriba y abajo, divisó dos soldados en una escalera suavemente curvada, y disparó un tiro a cada uno. Cayeron y se derrumbaron hacia abajo.

Satisfecho de que las escaleras fueran momentáneamente seguras, Kyle colocó la espalda hacia el núcleo alrededor del cual giraban las escaleras, y se trasladó a la derecha. La velocidad era la clave, lo sabía. Tomó las escaleras de dos en dos. Oyó un grito, seguido de una ráfaga salvaje de fuego de bláster, como si un soldado hubiera descubierto a sus compañeros y buscara venganza.

Kyle se puso en cuclillas con el fin de presentar el menor blanco posible, avanzó de esta guisa, disparó al imperial en las piernas, y corrió pasando a su lado.

Las escaleras terminaban frente a una puerta metálica. Kyle tocó el panel de acceso, disparó su arma a través de la brecha que crecía rápidamente a medida que la puerta se abría, y vio a dos soldados retroceder y caer.

El agente no sintió nada en particular mientras estos morían y se dio cuenta de cuán adormecida se había vuelto la violencia. Disparar, matar, disparar, matar, siempre preguntándose si sería su turno de morir. Los cascos de alguna manera lo hacían más fácil, ya que con la excepción de los oficiales y comandos, sus enemigos morían sin rostro, más como objetivos que como personas.

Otro tramo de escaleras se presentó seguido por otra puerta. Kyle ya odiaba las puertas en ese momento; cosas estúpidas de metal detrás de la cuales acechaba inevitablemente el peligro. ¿Cuántas más iba a tener que enfrentar? ¿A cuántas más podría sobrevivir?

La puerta se abrió, Kyle se movió a través, y sintió que se le aceleraba el pulso. Vio bancos electrónicos, mesas cubiertas con circuitos ligeros, y áreas de suelo elevado. Ya estaba cerca, muy cerca, y la emoción empezó a elevarse.

Un oficial se volvió, vio a Kyle, y murió. Un comando se giró, trató de correr, y recibió un disparo en la espalda. Dos soldados, uno alto, uno bajo, llegaron a la carrera.

Kyle apuntó al alto primero, lo derribó, y osciló hacia el número dos. Apuntó solamente un poco desviado, pero fue suficiente. La brillante armadura blanca hizo lo que se suponía y deflectó el disparo. Kyle tropezó, cayó tendido al suelo, y sintió, más que vio, el haz de energía chisporrotear a través del punto donde había estado.

El siguiente disparo, más por suerte que por habilidad, le dio al soldado directamente en el abdomen y lo derribó.

Agitado por haberse salvado por los pelos, Kyle se puso en pie y se tambaleó hacia delante. El techo de estilo rejilla se extendía hacia todos lados, monitores colgaban como fruta madura, y eso... ¿qué diablos era eso? Parecía como un globo. Sólo que de alguna manera transparente.

Cuando Kyle se acercó se dio cuenta de que la aparición era una representación en tres dimensiones de la Estrella de la Muerte imperial cuando finalmente estuviera completada. Una señal segura de que su objetivo estaba al alcance.

El viento se espesó en ese momento, como si el mal tuviera sustancia. Parecía empujarlo a retroceder. Kyle se extendió a la Fuerza, encontró el lugar en su interior donde palpitaba, y reentró en el flujo. Lo condujo a través del holograma hacia el pasillo de más allá.

Los soldados parecían apresurarse a lanzarse delante de sus disparos de bláster y caer al suelo.

Un oficial apareció desde detrás de una consola, corrió hacia delante como si fuera a interceptarlo. Kyle efectuó un disparo cuidadosamente dirigido. Logró echar poco más que un vistazo a la cara de Odom mientras caía, esperaba que la escena resultara creíble, y pasó por encima del cuerpo semiconsciente.

Odom vio las botas de su amigo alejarse, se preguntó si había hecho lo correcto, y supo que a pesar de que él no había realizado ni un disparo, sus manos estaban manchadas de sangre. Vidas habían sido tomadas, y vidas habían sido salvadas. ¿Cómo se inclinaría la balanza? Sólo el tiempo lo diría. El pensamiento le trajo comodidad incluso mientras el dolor de la herida lo empujaba a la oscuridad.

Kyle rodeó el gran escritorio en forma de U, encontró el interruptor

que Odom había prometido que estaría, y lo activó. Oyó el gemido de un motor, observó cómo la pared

comenzaba a subir, y vio lo que había ido a buscar. La matriz de memoria de colores rojo-verde-dorado tenía el aspecto de un colgante en forma de T suspendido en unos brazos en forma de U. La pared de detrás era de color dorado y tenía patrones en forma de deltas. Kyle saltó sobre la mesa, se lanzó hacia delante, y bajó al otro lado. Sus botas golpearon el suelo con la inercia impulsándolo hacia delante.

Sus dedos hormiguearon cuando pasó a través del campo de fuerza, agarró la matriz, y la liberó. Sintió el módulo caliente contra su pecho. ¡Lo tenía! ¡La matriz era suya! Si podía abrirse paso al exterior, si Jan le estaba esperando, y si podían escapar.

Aunque más grande de lo que habría deseado, la matriz no pesaba casi nada, y Kyle tenía pocas dificultades para llevarla. Sin embargo, el rifle de asalto sí era un problema.

Así que lo dejó caer y sacó su bláster.

La puerta era evidente. Kyle presionó el panel de control, se hizo a un lado, esperó a que un comando diera un paso adelante, y le disparó en la sien. Soldados abrieron fuego y una consola explotó. El agente se dejó caer al suelo, lanzó su brazo alrededor de la jamba de la puerta, y disparó donde “percibió” que debía hacerlo. Acertó, y después de comprobarlo asomándose por la esquina, entró en la sala.

El ascensor era de forma cilíndrica, claramente señalizado. Kyle golpeó el interruptor, esperó a que la puerta se abriera, y se sintió aliviado cuando nadie le disparó.

Los motores zumbaron cuando el ascensor subió y él activó el comunicador que Jan le había proporcionado.

—¿Me copias, Jan?

El comunicador siseó y crujió. ¿Interferencias? ¿O algo más? ¿Y si Jan había sido interceptada? ¿Derribada en el complejo de investigación, o peor aún, hecha prisionera?

¿Qué harían con ella? Esas y otras preguntas torturaron a Kyle hasta que el ascensor se sacudió deteniéndose.

Casi seguro que habría soldados en el exterior, por lo que Kyle puso un paquete de energía fresco en su bláster antes de abrir la puerta. El

truco consistía en reducir a la oposición antes de abandonar la seguridad del turboascensor.

Las puertas se abrieron para revelar un inmenso patio, un cielo tachonado de estrellas, y más soldados de los que quería contar. El *Cuervo* no estaba en ningún lugar a

la vista. Kyle sintió una amarga sensación de decepción, resolvió llevarse con él a tantos de los imperiales como pudiera, y abrió fuego.

Un soldado cayó, seguido rápidamente por otro, y otro más, pero había muchos más. Kyle introdujo un paquete de energía fresco en la culata de su pistola y apuntó el arma a la matriz de memoria. Tal vez hubiera una copia de seguridad. O tal vez no. Lo menos que podía hacer era freír la que tenía a mano. Estaba a punto de disparar cuando escuchó un estruendo. El comunicador estaba en su bolsillo, por lo que el sonido llegó amortiguado.

—¿Kyle? ¿Me recibes?

Kyle experimentó una repentina y casi abrumadora sensación de alegría. ¡Era Jan! ¡Y

estaba viva!

—Alto y claro, Jan, ¿qué te ha retenido?

Los repulsores llamearon y los soldados de asalto se dispersaron cuando el *Cuervo* flotó sobre el techo. Jan desencadenó una ráfaga de fuego en la dirección general de algunos de los soldados y bajó la rampa ventral.

—Nada importante… tenía algunos recados que hacer, eso es todo. ¿Has conseguido lo que hemos venido a buscar?

Kyle se precipitó a través del patio abierto, se abalanzó por la rampa, y asomó la cabeza en la cabina de pilotaje.

—Sí, lo he hecho. Salgamos de aquí.

Jan asintió, apartó la nave del tejado, y apuntó la proa hacia el cielo. Las ventanas del complejo se rompieron cuando el *Cuervo* rompió la barrera del sonido. Un estruendo recorrió la zona, y una chispa cruzó el cielo y desapareció en el horizonte. Un golpe había sido lanzado. Pero la oscuridad continuaba reuniéndose.

William C. Dietz ha publicado dieciséis novelas de ciencia ficción, la última de las cuales, *Where the Ships Die*, fue lanzada en julio de 1996. Dietz pasó un tiempo en la Marina, se graduó en la Universidad de Washington, y ha ostentado diversos empleos como técnico quirúrgico, escritor de noticias, instructor universitario, director de televisión, y director de relaciones públicas. Vive en el área de Seattle con su esposa, dos hijas, y dos gatos. Le gusta el buceo, el piragüismo, y la lectura de libros.

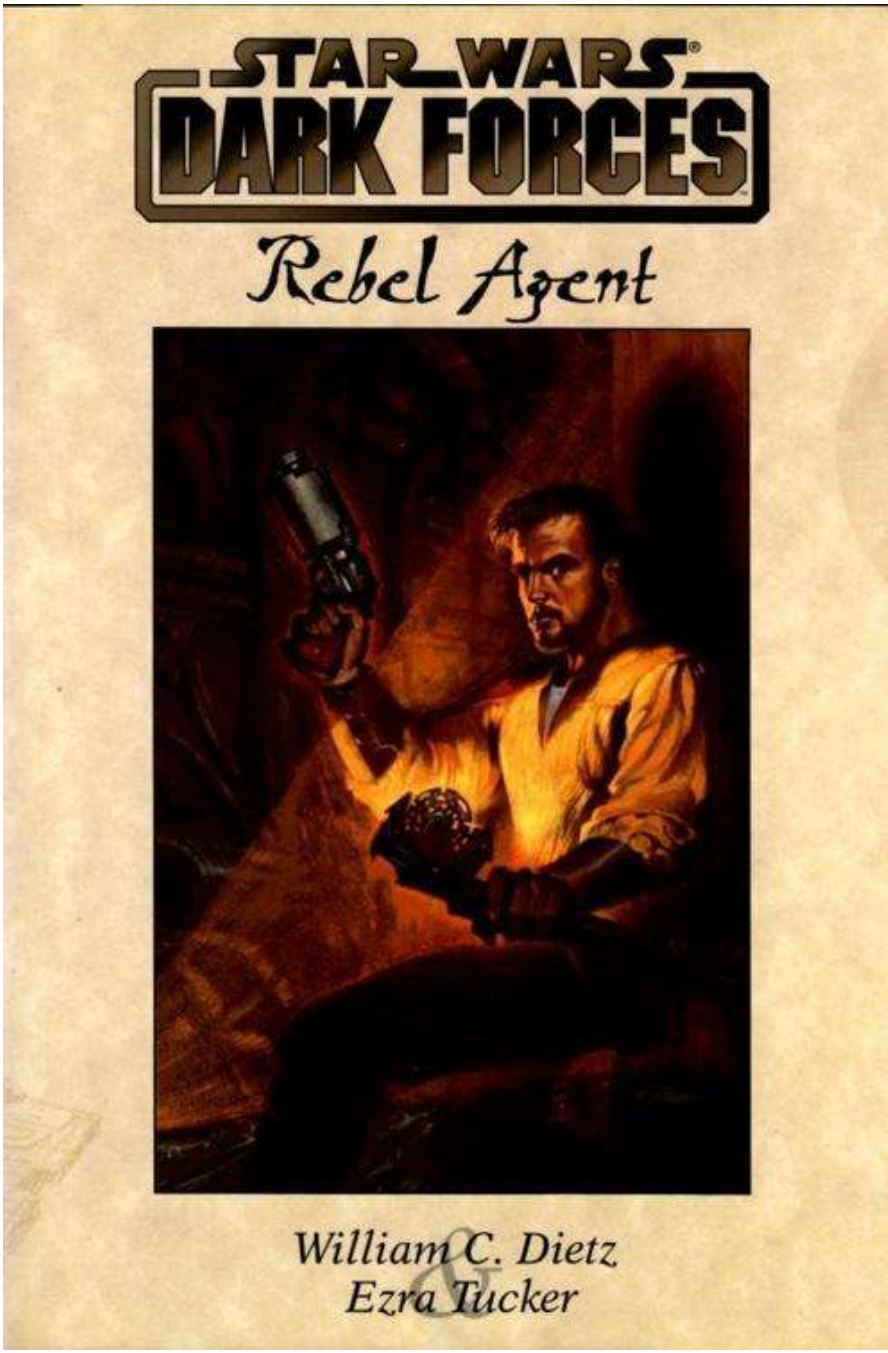
Dean Williams asistió al Instituto Pratt de comunicación visual en Brooklyn, Nueva York, y su casa está en Long Beach, California. Le gusta compartir su don artístico con diferentes grupos de edad. Además de los viajes internacionales, las personas, las diferentes culturas y los idiomas, le gusta tocar la guitarra flamenca. De sus siete piezas seleccionadas por el espectáculo de la Sociedad de Ilustradores

de Los Ángeles 1996, una recibió una medalla de oro y dos se muestran en las páginas 17 y 74 de este libro.

Notas

[1] NOTA DEL TRADUCTOR: MAP: Misil Antiaéreo Portátil. En el original, SLM

(shoulder-fired anti-aircraft missile). < <



El agente secreto rebelde Kyle Katarn hará cualquier cosa para vengar

la muerte prematura de su padre a manos del Imperio. Cuando Kyle se ve amenazado por 8t88 en un bar de Nar Shaddaa, le sigue la pista al droide y obtiene un misterioso disco que podría ponerlo en la senda hacia el conocimiento de por qué mataron a su padre. Kyle pronto descubre que el disco contiene información acerca de un mapa que conduce al Valle de los Jedi, un lugar con el que su padre había tropezado y había mantenido en secreto. Ahora es una carrera entre Kyle y el Imperio por ver quién puede llegar al mapa (y al Valle) primero.

Basado en los populares juegos interactivos *Star Wars: Dark Forces* y *Jedi Knight*, *Agente Rebelde* es la segunda parte de una trilogía escrita por el aclamado autor William C.

Dietz (*The Final Battle*) e ilustrada por el galardonado artista Ezra Tucker (serie de libros infantiles *The Adventures of Little Nettie Windship*).

FUERZAS OSCURAS 2

Agente rebelde

William C. Dietz

Morgan Katarn, el padre de Kyle, después de descubrir el Valle de los Jedi, transmite una descripción del mismo a un Jedi llamado Rahn, que cae en las manos del Jedi Oscuro Jerec. De la mente de Rahn, Jerec extrae información que le conduce a la granja Katarn. Mientras tanto, el droide 8t88 pone en conocimiento de Kyle un disco misterioso… y una persecución sobreviene. Kyle obtiene el disco y se entera del descubrimiento de su padre… pero llega demasiado tarde para salvar el mapa. ¿O *no*?

La respuesta está en 8t88.

Esta flamante trilogía de aventuras ofrece antecedentes, e incorpora elementos, de los juegos interactivos de LucasArts *DARK FORCES* y *JEDI KNIGHT*. *Agente Rebelde* sigue a *Soldado del Imperio* y prepara el camino para *Caballero Jedi*.

DECLARACIÓN

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Para Isaac Asimov, John Buchan, Daniel Defoe, Sir Arthur Conan Doyle, Alejandro Dumas, C.

S. Forester, Robert A. Heinlein, Aldous Huxley, Franz Kafka, Rudyard Kipling, Andre Norton, Douglas Reeman, Robert Louis Stevenson, Mark Twain, y muchos más.

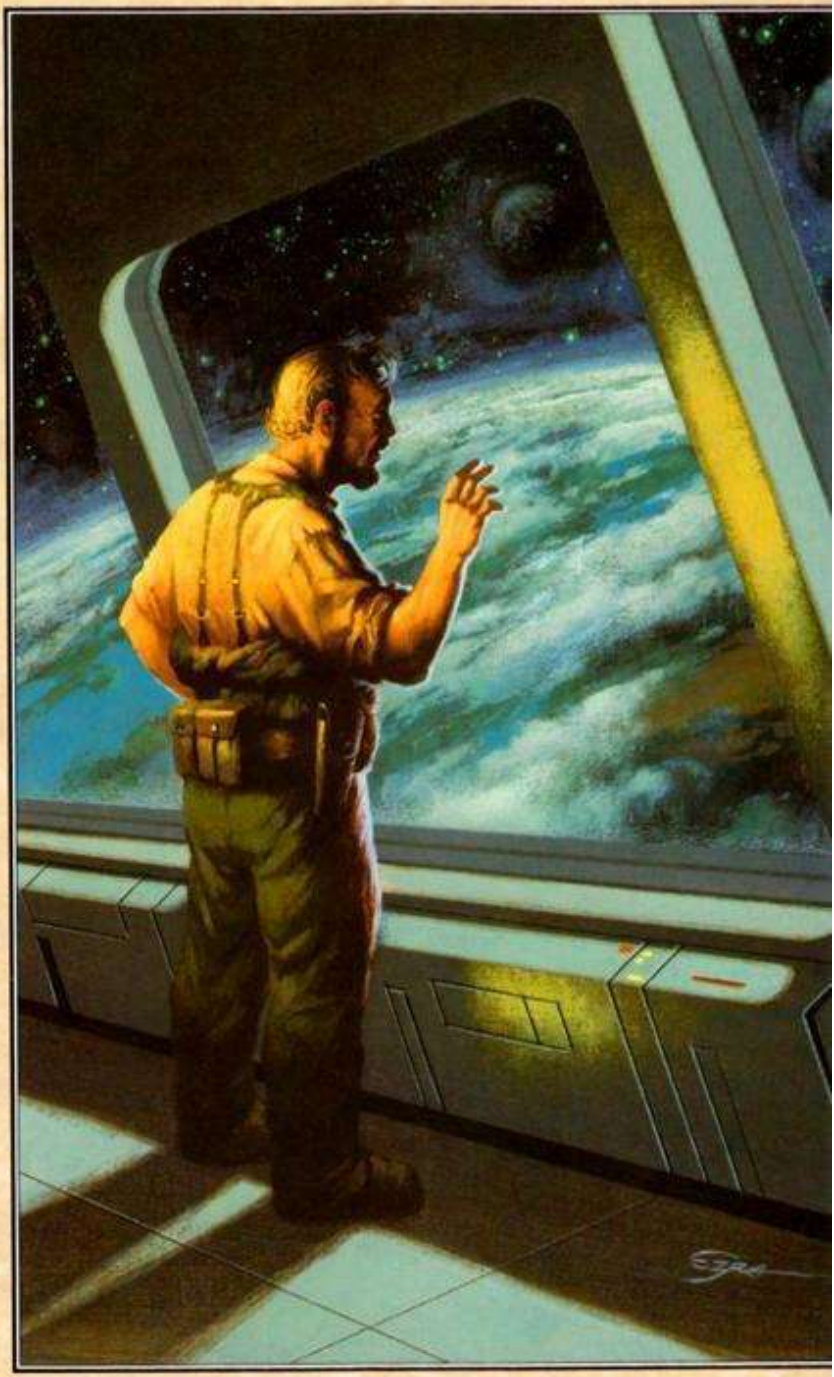
Mi agradecimiento a Ezra Tucker por el arte que embellece este libro; a Justin Chin y el equipo que creó DARK FORCES *; a la eterna ayuda de Lucy Autrey Wilson, Allan Kausch, David Scroggy, Lynn Adair, y Ginjer Buchanan; y por último, pero no menos importante, a George Lucas y las demás mentes que crearon este universo. Que la Fuerza os acompañe.*

BILL DIETZ

Para mi esposa Nancy y mis hijos Noel y Nelson, por su amor y comprensión.

Gracias a Dios, David Scroggy, y Lucasfilm *por esta increíble oportunidad.*

EZRA TUCKER



CAPÍTULO *1*

Morgan Katarn tenía miedo. Miedo a que se le hubiera olvidado algo importante, miedo a que el planeta que colgaba más allá del ventanal de transpariacero fuera inadecuado y miedo, a pesar de sus considerables esfuerzos, a que los imperiales pudieran encontrar los trescientos cuarenta y siete hombres, mujeres y niños bajo su cuidado y transportarlos a campos de trabajos forzados de los que pocos, si alguno, regresarían.

Todo porque habían ejercido la más básica de las libertades humanas, el derecho de libertad de expresión. Primero en reuniones celebradas en la intimidad de sus hogares, luego en reuniones poco organizadas, y finalmente en Barons Hed, la principal ciudad de Sulon. Como la manifestación terminó antes de que las fuerzas imperiales tuvieran tiempo de reaccionar, los colonos escaparon sin detención, para vergüenza del comandante local.

Sin embargo, gracias a los holos que fueron tomados y a un traidor entre ellos, era sólo cuestión de tiempo antes de que los «agitadores» fuesen identificados y castigados.

A pesar de que Morgan Katarn admiraba la filosofía de resistencia no violenta que los manifestantes propugnaban, y creía que la estrategia funcionaría a largo plazo, temía que el «largo plazo» pudiera durar mil años… un período de tiempo durante el cual millones podrían sufrir y morir. Así pues, él eligió quedarse en casa. Algunos de los manifestantes lo etiquetaron de cobarde y señalaron que la resistencia no violenta a menudo requería más coraje que el combate, pero Morgan se mantuvo fiel a sus convicciones. La resistencia armada había debilitado el agarre del Imperio y la resistencia armada podría destruirlo.

Los imperiales podrían haber respondido a la manifestación de numerosas formas: incluyendo juicios mediáticos, traslado a campos de trabajos forzados o ejecuciones sumarias. Pero los manifestantes lo consideraron improbable… hasta que tres familias fueron masacradas una noche, sus casas ardieron hasta los cimientos y un AT-AT

imperial dejó huellas para que todos lo vieran.

En aquel momento Morgan Katarn atrajo la atención de los manifestantes y, con financiamiento proporcionado por simpatizantes rebeldes, organizó un plan de escape.

El esfuerzo que siguió, que entrañaba ocultar a los fugitivos en una

estación espacial abandonada, contratar a una nave rompe-bloqueos, escabullirse de Sulon sin ser detectados y hacer el largo e incómodo vuelo a Ruusan, había sido nada menos que una

serie de pequeños milagros. Sin embargo, la parte más difícil ya había terminado… o eso esperaba Morgan. Se volvió hacia el capitán Jerg.

El oficial mercante era un hombre alto, algo demacrado, llevaba una gorra de capitán de la era de la República, una camiseta teñida de sudor y pantalones que una vez fueron blancos. Sus pies, por razones que Morgan no había entendido nunca, estaban eternamente descalzos.

—Así que —Morgan le preguntó—, ¿cómo es ahí abajo?

Jerg ofreció un característico encogimiento de hombros.

—Hay algunos indigs de perfil bajo, zonas en ruinas y un montón de inmuebles inútiles. El planeta tiene una atmósfera de clase uno, suficiente gravedad para mantener los pies en el suelo, y algo más… Algo tan especial que ya casi no se encuentra.

Morgan vio el brillo en los ojos del otro hombre, sabía que estaba alardeando, pero hizo la pregunta de todos modos. El éxito, suponiendo que tal cosa fuera posible, dependía de la cooperación de Jerg.

—¿Sí? ¿Qué es?

Jerg sonrió. Sus dientes necesitaban desesperadamente una limpieza.

—Allí abajo no hay ningún imperial… ¿entiendes?

Morgan forzó una sonrisa, que indicaba «lo entiendo», y planteó la pregunta obvia.

—Entonces, ¿cómo lo encontraste? ¿Y quién te dice que los imperiales no?

Jerg se encogió de hombros.

—Ocurrió hace unos diez años. Había un destructor tras nosotros. Tomamos un salto hiperespacial al azar y terminamos aquí. Por lo demás, caramba, tienes edad suficiente para saber que no hay certezas, no hay manera de estar absolutamente seguro de la tripulación o garantizar que un droide sonda imperial no cae para

echar un vistazo. Pero no ha sucedido todavía… y eso hace de esto probablemente tu mejor oportunidad.

La respuesta no era especialmente tranquilizadora, pero era honesta, y el hecho de que Jerg y su tripulación continuaran almacenando contrabando en Ruusan era una

prueba de la confiabilidad de los contrabandistas. Eso, más el hecho de que las bodegas de la nave estaban frías y atestadas, ayudó a tomar la decisión. Morgan asintió.

—Está bien, entonces… llévales abajo.

El *Cíclope* llevaba dos lanzaderas, las cuales se mantenían en excelente estado, una necesidad puesto que muchas de las cargas de Jerg eran transferidas bajo circunstancias menos que ideales. Y eso era bueno, puesto que cada lanzadera tendría que hacer nueve viajes antes de que los fugitivos y su equipamiento llegaran al planeta. Morgan acompañó a la primera carga de pasajeros.

Los colonos, porque eso era en lo que estaban a punto de convertirse, eran un grupo inusitadamente silencioso… los dientes castañeteaban por los días en las bodegas casi congeladas y los cuerpos estaban ocultos bajo varias capas de ropa. Los niños, normalmente muy traviesos, estaban retraídos.

Morgan difícilmente podía culparles. La vida en Sulon había sido dura, pero la mayoría de los manifestantes eran de segunda o incluso tercera generación de granjeros, lo cual significaba la seguridad de una casa donde vivir, cualquier posesión que hubieran logrado acumular, y lo suficiente para comer.

Ahora se enfrentaban a empezar de nuevo y, peor aún, en un planeta del que nunca habían oído hablar, con un mínimo de suministros y la amenaza constante del descubrimiento. Era suficiente para deprimir un poco al más decidido optimista. Se formó una fila que surgió a través de la esclusa mientras un miembro de la tripulación verificaba a los colonos con la lista de su datapad.

Morgan vio a una mujer esforzándose por acorralar a tres niños pequeños. La ciudadana Roskin, si recordaba correctamente. El líder rebelde tomó al más joven de los críos en sus brazos y ofreció a la madre del niño una sonrisa de abuelo.

—¿Puedo echarte una mano? Mi hijo es mayor. Pero recuerdo cuando era de este tamaño.

La mujer sonrió agradecida, proporcionó su nombre al sobrecargo y pasó a través de la esclusa. Morgan asintió y la siguió. Una nave había descendido a la superficie, por lo que el hangar parecía medio vacío. La lanzadera restante estaba agazapada como si estuviera lista para la acción. La rampa cedió ligeramente cuando se arrastraron a bordo. El interior olía a pintura y ozono. Veinte filas de asientos atornillables habían sido instaladas en el compartimiento de carga. Una mujer de la tripulación les señaló

hacia la parte trasera, y ellos obedecieron. Morgan encontró un asiento para el niño, aseguró el arnés y lo mismo para sí mismo.

Hubo una espera y el chico comenzó a alborotarse. Morgan retiró la multiherramienta de una bolsa de su cinturón, sacó el paquete de energía sujetándolo con la palma de su mano, y ofreció el dispositivo para inspección. Kyle se la había dado a él cinco años antes, y el mango llevaba sus iniciales. El niño agarró la herramienta y se metió un extremo en la boca.

Morgan recordó que Kyle había estado igualmente fascinado por las herramientas de su padre y, más importante, por lo que podían lograr. Cuando era un adolescente, el muchacho podía desmontar, solucionar problemas y reparar cualquier cosa de la granja, incluyendo a WeGé, el droide único en su clase de la familia.

El piloto interrumpió los pensamientos de Morgan con una superficial conferencia de seguridad, elevó la lanzadera sobre sus repulsores y guió la nave hacia fuera a través de las puertas ampliamente abiertas. El compartimiento de carga no tenía ventanas, así que no había nada a lo que mirar.

El muchacho quitó el objeto ahora pegajoso de su boca, dijo algo ininteligible, y permitió que la herramienta se deslizara de sus manos. Morgan se tensó contra el arnés y consiguió hacerse con el dispositivo antes de que se alejara. Sus pensamientos volvieron a Kyle.

Sólo había dos cosas que lamentaba sobre su vida: la muerte prematura de su esposa, y el hecho de que la falta de recursos financieros hubiera obligado a Kyle a una elección entre la vida como un agricultor de subsistencia y la Academia Militar Imperial de Carida, una institución muy conocida por su plan de estudios de ingeniería, disciplina inflexible, y capacidad para producir el tipo de fanáticos que él trataba de derrotar.

Morgan recordó el día en que se separaron, el aspecto de Kyle con su

uniforme y lo difícil que fue mantener la voz firme. «Quiero que recuerdes, hijo, cuando estés en la Academia, lo muy orgulloso que estoy de ti».

Kyle asintió, dijo todas las cosas correctas, y abordó la primera de una serie de naves que lo llevarían a Carida. El tiempo pasó, pero las preguntas continuaban fastidiándole:

¿Qué harían los imperiales de su hijo? ¿Un hombre del que estar orgulloso? ¿O un monstruo capaz de asesinar personas en sus camas? ¿Y de quién sería la culpa? ¿De Kyle? ¿O suya?

El niño gorgoteó, sonrió simpáticamente, y bizqueó. Morgan le devolvió la sonrisa.

—No sé nada de Kyle, pero a ti no te atraparán.

«Fuerte Ninguna Parte», como a la tripulación de Jerg le gustaba llamarlo, tenía la forma de una estrella de seis puntas. Un cañón bláster multipropósito se había montado en cada una de las puntas de la estrella, las torretas esféricas garantizaban que cualquier atacante, independientemente de la dirección de su aproximación, entraría en un eficaz fuego cruzado.

Los cañones, además de baterías de misiles subsuelo y paredes de tierra apisonada, hacían la fortaleza inexpugnable para algo menor que una incursión imperial a gran escala. Un elemento de disuasión más que suficiente para los piratas y los nativos raramente vistos.

Una serie de cavernas interconectadas se utilizaban para almacenar los cargamentos de Jerg y los suministros necesarios para el mantenimiento del *Cíclope*.

El piloto presentó los códigos necesarios, recibió aprobación, y descendió la lanzadera hacia una X descolorida por el sol.

La rampa tocó duracreto, apareció una luz, los arneses fueron liberados, y los pasajeros pudieron desembarcar. Muchos parecían aturdidos cuando salieron de la nave, tambaleándose bajo el peso del sol del mediodía y quitándose capa tras capa de ropa.

Morgan les siguió fuera de la nave, localizó a aquellos en los que había reconocido el potencial del liderazgo, y les dirigió a través de una puerta blindada. La tierra parecía dura, como si hubiera sido medio cocida y luego dejada secar bajo el sol.

Las montañas eran una presencia apenas visible en el oeste. Una calzada tan vieja que sólo la simetría de la vegetación que la perfilaba servía para revelarla se angulaba para encontrarse con ellos. Los colonos observaban el paisaje áspero, escudriñaban el sol, y mantenían para sí sus pensamientos mientras subían una colina. Orugas mecánicas nuevas lideraban la marcha.

Los suministros fueron apilados como había solicitado Morgan, a la vista del fuerte pero más allá del alcance de su influencia directa, una necesidad si los recién llegados iban a establecer su independencia y a proteger a sus hijos de los aspectos más sórdidos de la vida en la fortaleza.

El sitio ocupaba una elevación que miraba hacia uno de los muchos páramos de color rojizo-anaranjado del planeta. La ubicación, además de los materiales de construcción, y el agua fresca y limpia que manaba desde el pozo perforado recientemente, era suficiente para levantar el ánimo de los colonos. Se contaron chistes y las discusiones comenzaron. Veinte minutos más tarde, los colonos recién desembarcados estaban trabajando duro revisando los planes de Morgan, discutiendo sobre cómo dividir las tierras circundantes, y luchando por el poder dentro de un gobierno que no habían formado todavía. Morgan sonrió. Las cosas iban por buen camino.

Morgan se quedó con los colonos durante tres días locales, dio la bienvenida a las olas sucesivas de colonos, garantizó el trato justo de los recién llegados por los

«primerizos», ayudó a levantar refugios temporales, y guió grupos a través de las cavernas donde se utilizarían espejos y cable de fibra óptica para canalizar la luz del sol desde la superficie. Morgan era granjero por sí mismo, y cuando explicó cómo la luz solar podría combinarse con fertilizante y riego por goteo para producir cultivos sanos, le creyeron.

Finalmente, cuando se hizo evidente que algunos de los colonos se habían vuelto *demasiado* dependientes de su liderazgo y otros se irritaban bajo las restricciones que había impuesto, Morgan supo que era el momento de dejarles por un tiempo.

Pidió prestado un skimmer. Era de más de diez años de antigüedad, abollado por el uso intenso y casi despojado de su pintura amarilla. El nombre *Vejestorio* había sido pintado a mano sobre la proa del deslizador, y eso parecía contar su historia. Pero las

apariencias pueden engañar. Morgan realizó su propia inspección y descubrió que el skimmer, como todo el equipo de Jerg, estaba en excelente estado.

Los asientos traseros habían sido quitados para dejar espacio a la carga, por lo que Morgan tenía un montón de espacio para guardar su material prestado de acampada, una caja llena de piezas, las herramientas necesarias para montarlo todo, y cuatro recipientes de cinco litros de agua. Esto sería más que suficiente si tenía cuidado.

Los nativos no se suponían hostiles, pero Morgan tomó un rifle bláster para estar seguro, junto a un equipo de comunicaciones y equipamiento de supervivencia.

Morgan sabía que, como en la mayoría de los ambientes desérticos, el mejor momento para viajar era la noche. Pero quería ver el paisaje. Viajando por la mañana y la tarde, esperaba evitar la peor parte del calor y disfrutar de las vistas.

Se fue tan temprano por la mañana que las estrellas aún se veían, y el centinela sacudió la cabeza asombrado. Él pensaba que cualquier persona que se aventuraba en las tierras baldías, sin tener la obligación de hacerlo, había perdido el juicio.

Morgan, que no había tenido nada parecido a unas vacaciones en más de quince años, se regocijaba de su libertad. El deslizador zumbó, las estrellas giraron, y el viento acarició su rostro. Era fresco y llevaba el aroma de los arbustos bajos (de los cuales se podría extraer aceite aromático si los colonos se preocupaban de darles una oportunidad) que cubrían gran parte de la tierra.

A falta de un mejor destino, Morgan decidió seguir la vieja calzada. Debió tomar considerables recursos construir tal carretera… Así que, ¿adónde conduciría? ¿A una ciudad? ¿Llena de ruinas? Eso esperaba.

Los miembros de la tripulación de Jerg, los cuales no esperaban con interés sus turnos en Ruusan, hacían lo que se requería, pero no se aventuraban más allá de lo absolutamente necesario. El estudio inicial, realizado años antes, reveló una forma de vida inteligente de perfil bajo, y eso era todo lo que necesitaban o querían saber.

Morgan, quien nunca se cansaba de aprender, se deleitaba con la oportunidad de explorar y observar. El paisaje asumía una suave y casi surrealista cualidad a medida que la luz de primera hora de la mañana lo pintaba con tonos lavanda y oro. El aire era fresco y limpio, completamente diferente del rancio y reciclado disponible a bordo de la nave.

La sensación de intoxicación era tan fuerte que se rio en voz alta, aumentó la aceleración, y vitoreó cuando el skimmer se lanzó adelante. ¡Era bueno estar vivo!

Pasaron las horas, el sol colgaba alto en el cielo, y Morgan buscó un lugar para detenerse. Tenía hambre y, más importante, mucho, mucho calor. Había incluido un toldo semirígido en su equipo, y era el momento de desplegarlo.

Morgan escaneó el terreno por delante, divisó una interesante formación rocosa, y se dirigió hacia ella. La roca, que eso era lo que parecía ser, parecía una hogaza de pan semienterrada. El sol acababa de pasar su cénit, lo cual significaba que la «gran hogaza»

arrojaba un poco de sombra hacia el este. Morgan dirigió el deslizador hacia la protección de la roca y sintió el descenso de la temperatura.

El trabajo siempre había llegado antes que la diversión en la vida de Morgan, y algunos hábitos son difíciles de romper. Dio instrucciones al ordenador de a bordo para realizar un diagnóstico rutinario sobre la fuente energética del deslizador y forcejeó con el toldo para colocarlo en su lugar. Fue entonces, y sólo entonces, cuando se tomó un tiempo para comer.

El refrigerador, que tenía su propia fuente de energía, era extremadamente eficiente.

La cerveza estaba fría, así como el jugo de frutas local y el sándwich relleno.

Habiendo comido hasta saciarse, y habiendo guardado el equipo, Morgan decidió circundar la roca. El hito era tan prominente y estaba tan cerca de la carretera que estaba seguro de que tenía que haber sido notado. Tal vez, sólo tal vez, encontraría algo de interés.

La grava crujía bajo sus botas, un insecto zumbaba alrededor de su cara, y gotas de sudor salpicaban la frente de Morgan. Una ola de aire caliente y sofocante recorrió la zona procedente de las llanuras, revolvió los arbustos bajos, y perdió su voluntad de vivir.

Aparecieron fisuras en la roca. Algunas eran lo suficientemente grandes como para meter la mano dentro, aunque él no lo hizo. Parches de liquen se aferraban aquí y allá, y un animal se escurrió en su madriguera. Interesante, pero no lo que había esperado.

Ninguna pintada, ni pictografías, ni marcas de herramientas.

Finalmente, después de haber dado la vuelta a tres cuartas partes de la roca y concluyendo que no tenía secretos ocultos, Morgan encontró lo que había estado buscando… señales de vida.

Lo primero que notó fue que, si bien la cobertura azul-verdosa del suelo crecía de manera bastante uniforme en todas partes, este trozo de tierra estaba desnudo. Muy desnudo, y cubierto con extraños senderos estriados, lo cual hizo que concluyera que eran objeto de uso continuo.

De igual interés era el hecho de que veinticinco o treinta agujeros habían sido excavados en la zona. Todos eran de poca profundidad, y algunos contenían pedazos de un tejido semitransparente que producía un olor desagradable y que disminuía en tamaño a medida que los insectos tallaban el tesoro en porciones a su medida y se lo llevaban. De todas formas, ¿qué era todo eso? Y, más importante, ¿qué lo creó? ¿Y por qué?

En un primer momento, Morgan pensó que los agujeros eran demasiado simétricos para ser obra de animales, pero eso fue antes de recordar los nidos casi idénticos que construían los alasplanas de Sulon y se dio cuenta de que su suposición era errónea. No tenía ninguna razón para creer que seres inteligentes estuvieran relacionados con los agujeros, pero de alguna manera lo *sentía*. Morgan había luchado por reprimir tales presentimientos durante toda su vida adulta.

Morgan había sido siempre consciente de la Fuerza. Cuando fue niño, sin nadie para guiar sus acciones, había usado sus habilidades para animar juguetes, para entretener a su hermana pequeña, para empujar a gente en la dirección que él quería que fueran y, por último, en un acto que cambió el resto de su vida, para desequilibrar a un abusón.

No mucho, sólo un poco, para que su primer golpe fuera más eficaz. Y la estratagema funcionó. ¿Cómo podría haber sabido Morgan que el abusón se tambalearía hacia atrás?

¿Que tropezaría con una raíz? ¿Que caería diez metros hasta las rocas de debajo? ¿Qué moriría como resultado?

Nadie supo lo que realmente ocurrió ese día, y nunca nadie lo sabría, a excepción de Morgan. Y lo que él sabía, o *creía* saber, era que él era demasiado débil, demasiado imperfecto como para confiársele tal habilidad, un talento que nunca dejaba de atormentarle, de transmitirle información que él no quería recibir, de recordarle aquel día terrible.

De repente paranoico, Morgan miró hacia arriba y escaneó el horizonte. El desierto brillaba y, con la excepción de un único jinete del viento, estaba vacío de vida. O eso parecía. Pero la Fuerza decía lo contrario.

Morgan volvió al skimmer, sus pasos no fueron tan prudentes como a él le hubiese gustado, y se alegró al ver todo tal y como lo había dejado. La decisión de abandonar el plan original y viajar durante la peor parte del día de repente pareció natural.

Las siguientes horas fueron tan desagradables como las primeras habían sido agradables. Al seguir la calzada, Morgan se vio obligado a encarar el sol. Las gafas protectoras ayudaban pero no lograban eliminar el deslumbramiento. La pantalla solar proporcionaba sombra, pero no podía contrarrestar el calor.

Aún así, el tiempo pasó, y los kilómetros se desenrollaban. La puesta de sol encontró a Morgan en el punto donde el desierto se reunía en dunas. El camino había desaparecido para entonces, perdido por debajo de toneladas de arena a la deriva.

Morgan dirigió el deslizador entre un par de montículos esculpidos por el viento, encontró un lugar abrigado en forma de U, y detuvo el vehículo.

El rebelde sabía que podría haber, y probablemente había, mejores sitios para acampar de vuelta en las colinas, pero encontrarlos en la oscuridad sería difícil, si no imposible, y estaba cansado.

Le tomó casi una hora asegurar el skimmer y encontrar el equipo que necesitaba. La cena consistió en un guiso y cerveza helada. Era refrescante, pero la temperatura bajaba mientras se la bebía, y eso le hizo tiritar. Se puso una chaqueta, vació la lata, y comenzó a hacer un poco de té.

El sol desapareció tras una duna montañosa mientras Morgan lavaba los platos y preparaba los ingredientes para el desayuno. Encontró las lámparas utilitarias, las conectó al panel de distribución del skimmer, y accionó un interruptor. La oscuridad retrocedió al instante.

El viento cambió y sopló desde el norte. Morgan se estremeció, metió las manos en los bolsillos, y percibió que algo se acercaba.

En circunstancias normales, habría rechazado la Fuerza. Pero esto era diferente.

Estaba solo, lejos de cualquier ayuda, y extremadamente vulnerable. El talento y la información que facilitaba la Fuerza eran repentinamente bienvenidos.

El rebelde trató de parecer casual mientras se acercaba al *Vejestorio*, apagaba las luces, y agarraba el rifle. Sintió el metal fresco y reconfortante mientras el humano buscaba una vara luminosa y se alejaba. Los intrusos, si había alguno, se acercarían al vehículo, y no tenía ninguna intención de estar allí cuando llegaran.

La arena se movía bajo las botas de Morgan mientras subía por el costado de la duna. Tal vez sería capaz de ver quién o qué criatura o criaturas eran desde un punto de vista superior.

Ruusan tenía tres pequeñas lunas, a las que la tripulación de Jerg llamaba «las trillizas». El primer satélite apareció sobre el horizonte oriental cuando Morgan llegó a la cumbre esculpida por el viento de la duna. La brisa agitó el cuello de su chaqueta.

La luz de la luna proyectaba un resplandor surrealista sobre el desierto, y Morgan lo utilizó para hacer un reconocimiento. Algo, o todo un grupo de algos, había entrado en el área. No podía verlos, pero *sabía* que estaban allí.

Entonces, justo cuando una segunda luna se unió a la primera, vio lo que había ido a buscar. Los nativos tenían forma de balones medicinales. Había cincuenta o sesenta de ellos, todo sea dicho, moviéndose con el viento, dirigiéndose a su posición.

La sola idea era muy amenazante. Morgan alzó el rifle, apuntó al organismo en cabeza, y supo que no podía disparar, no sin provocación. Bajó el arma, rebuscó los electrobinoculares, y los encendió. Aunque más grandes, las criaturas aparecían como poco más que gotas verdes cuando las observó en infrarrojos.

La tercera luna apareció, añadiendo aún más luz a la escena. Ahora Morgan se dio cuenta de que los nativos poseían aletas especializadas de piel que actuaban como veletas. Los nativos podrían desplazarse en cualquier dirección que eligieran elevando, bajando o girando sus aletas.

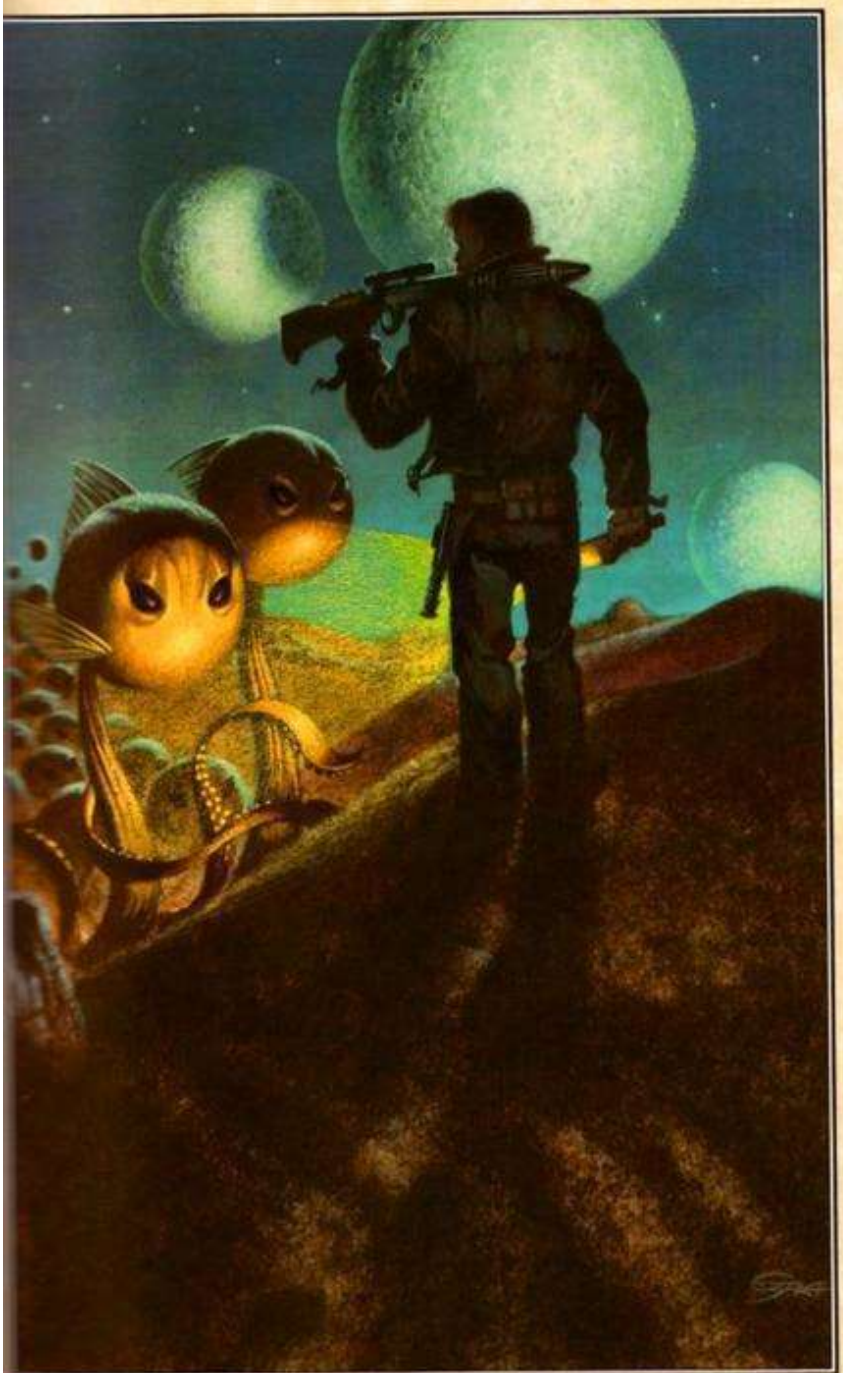
Los indigs, pues no tenía otro nombre para ellos, tenían una cualidad fantasmal. Se desplazaban con el viento y viraban como un grupo. Buscaban pequeños obstáculos tales como rocas, los golpeaban de manera que arrojaban sus cuerpos en el aire, y trataban de flotar tan lejos como les era posible.

Algo en la manera en que se movían transmitía tal libertad que Morgan deseó poder estar entre ellos, rodando por la noche, brincando con alegría.

Era ese comportamiento más que cualquier otra cosa lo que causó que Morgan sonriera y echara el rifle sobre su hombro. Estaba a medio camino bajando la duna antes de que los riesgos asociados a ese tipo de acción se le ocurrieran.

Los brincadores, ese nombre parecía más apropiado, desplegaron veletas, giraron a la derecha, y avanzaron hacia la duna. En el momento en que Morgan llegó abajo, los

nativos estaban a un centenar de metros de distancia y comenzaron a reducir la velocidad.



Morgan no tenía clara la dinámica del proceso pero observó en silenciosa fascinación cuando unos tentáculos aparecieron desde su interior, se curvaron sobre sus cuerpos en forma de globo, y se retorcieron cuando tocaron el suelo. Morgan teorizó que la sutil manipulación de los tentáculos, además de la fricción con la arena, les permitía frenar.

Los seres con forma de bola hicieron un alto, parados sobre tentáculos juntos, y abrieron sus enormes ojos captadores de luz. Fue entonces, cuando el rebelde miró sus inmensas pupilas, cuando se dio cuenta de que las criaturas eran nocturnas. Uno de los nativos «caminó» hacia adelante con los tentáculos, produjo una serie de ruidos silbantes, y esperó una respuesta.

Morgan se encogió de hombros impotente.

—Lo siento, amigos, no lo entiendo.

Un segundo globo se acercó, utilizó un tentáculo para alisar la arena y otro para escribir. Morgan estaba gratamente sorprendido. La sintaxis era extraña, las palabras arcaicas, pero no obstante, entendibles. Las tradujo a medida que aparecieron.

—Finalmente, has venido —Morgan examinó el texto de nuevo. Las palabras parecían sugerir que los brincadores habían estado esperándole. Pero eso era imposible.

Agarró la vara luminosa con su mano izquierda y usó la multiherramienta como un lápiz—. ¿Estabais esperándome?

El nativo leyó las palabras, las borró, y escribió su respuesta.

—«Y un Caballero vendrá, una batalla se librará, y los prisioneros serán liberados».

Así dice el poema de las edades.

Morgan frunció el ceño. Parecía que los nativos le habían confundido con un personaje mencionado en el poema de las edades… fuese lo que fuese eso. Escogió sus palabras con cuidado.

—Perdonadme… pero estáis equivocados. Yo no soy, ni nunca he sido, un Caballero Jedi.

Esta declaración pareció desconcertar al brincador, pero sólo momentáneamente.

Hubo una gran cantidad de silbidos y trinos cuando él, ella o ello consultó a los otros miembros de la tribu. Luego, con un gran sentido de la dignidad, el nativo escribió su respuesta.

—Un Caballero alienígena llegará desde el este. Él volará por el aire, pasará la noche en la ciudad de Olmondo, y solicitará indicaciones para llegar al Valle. Así está escrito.

Los Caballeros pueden manipular la Fuerza; tú manipulas la Fuerza, por lo que eres un Caballero.

Morgan sintió una oleada de asombro. ¿Podían los brincadores manipular la Fuerza? Dudaba de que fuera el caso, pero parecía claro que al menos algunos de ellos podían *sentirla,* lo que explicaba cómo habían conseguido localizarle. Morgan barrió las palabras. Otros nuevas las reemplazaron.

—Es cierto que tengo la capacidad de detectar fluctuaciones en la Fuerza y que he volado a través del desierto, pero la similitud termina ahí. Por favor, permíteme señalar que no me quedé en la ciudad de Olmondo. Tampoco he preguntado por ninguna dirección.

El brincador leyó las palabras, intercambió silbidos con sus compañeros, y escribió una sola palabra:

—Espera.

Morgan observó con asombro cómo los brincadores bailaban en todas direcciones, formaban un círculo, y empezaban a cavar. La mitad de sus tentáculos terminaban en apéndices con forma de delta que actuaban como pequeñas pero eficientes palas. La arena voló, y apareció un cráter.

Entonces, justo cuando Morgan estaba a punto de preguntar qué estaban haciendo, la actividad se detuvo. Un brincador empujó suavemente al humano por detrás; él tropezó y se detuvo frente a la depresión recién formada. Su luz se tambaleó sobre el suelo, se deslizó en el cráter, y se posó en algo completamente inesperado… la parte superior de un obelisco de piedra. Era negro, y escritura alienígena descendía perdiéndose en la arena.

El líder de los brincadores, suponiendo que fuese eso, escribió con un tentáculo y señaló con otro, no en la dirección del artefacto descubierto recientemente, sino directamente hacia abajo.

—Olmondo.

Morgan sintió agua helada fluir por sus venas. ¡Olmondo! ¡Una ciudad estaba enterrada bajo sus pies! ¿Quién sabía lo alto que era el obelisco? ¿Veinte? ¿Veinticinco metros? Cómo los brincadores sabían dónde cavar era un completo misterio, al igual

---

que el grado en que sus acciones estaban alineadas con el poema. ¿Era todo el asunto una coincidencia o algo más? ¿Y si el abusón hubiera vivido? ¿Y si Morgan hubiera aprendido a usar su talento, hubiera estudiado con un maestro, y hubiera obtenido el título de Caballero? ¿Podría el destino haberle traído aquí para completar una misión preparada cientos de años antes? No había manera de estar seguro.

La pregunta parecía bastante inocente, pero se planteó la posibilidad muy real de que el brincador se estuviera burlando de él:

—¿Estás listo para las indicaciones?

Morgan se levantó temprano, preparó un desayuno espartano, y fue a buscar a los nativos. Mientras que los instintos humanos le habían conducido a encontrar seguridad entre las dunas, los brincadores habían preferido pasar la noche en las llanuras.

Rodeó la misma duna que había subido la noche anterior, esperando ver plenamente a los brincadores anidados en la arena, pero se llevó una decepción. En lugar de los brincadores, se encontró con una serie de depresiones poco profundas, cada una cubierta por lo que parecía una tienda de plástico modelada cuidadosamente que estaba hecha de un fino y semitransparente tejido, el mismo tipo de tejido que vio junto a la roca en forma de hogaza de pan. A diferencia de la mayoría de tiendas, cada una de estas contenía un extraño cono invertido.

Una inspección más cercana mostraba que el sol de la mañana ya había calentado el aire dentro de las tiendas de campaña hasta el punto en que gotas de agua habían comenzado a formarse en la superficie interior de los conos. Morgan podía ver que a medida que las gotas de agua se hicieran más grandes, a la larga se deslizarían por la súper escurridiza superficie hasta el depósito revestido de tejido de la parte inferior de la depresión. Más tarde, cuando los brincadores emergieran desde el escondite al que se hubiesen retirado, un suministro de agua estaría listo y esperándoles.

El destilador solar del equipo de supervivencia del skimmer operaba

con el mismo principio. Era un interesante ejemplo de la manera en que el entorno puede dar forma a la evolución. El humano tuvo cuidado de dejar las depresiones tranquilas.

Morgan escaneó toda el área, pero no pudo encontrar ningún rastro del obelisco negro. Los brincadores habían vuelto a enterrar el monumento para no poner en riesgo el descubrimiento. El humano se sentía honrado por la amplitud de su confianza y deseó haber podido pasar más tiempo con ellos.

Como el día anterior, las horas de la mañana eran bastante agradables. El aire era fresco y vigorizante, y tenía elevado el ánimo. El camino, memorizado de las indicaciones recibidas la noche anterior, llevaba a Morgan hacia las colinas. La tierra le pareció virgen al principio, consistiendo en rocosas laderas cubiertas de líquenes; duras y aplanadas mesetas; y cañones profundos tallados por las inundaciones.

Pero con el paso del tiempo, y los ojos de Morgan acostumbrándose al entorno, vio indicios de un pasado lejano. ¿O no? ¿Había tallado la naturaleza las terrazas aparentemente uniformes que interrumpían una distante colina? ¿Podría ese montón de rocas haber sido parte de un edificio alguna vez? ¿Estaba recorriendo el lecho de un antiguo río, o una carretera antigua? No había manera de estar seguro.

Sin embargo, una cosa era cierta. Cuando el sol salía, y Morgan se adentraba más profundamente en lo que para él eran «las tierras baldías», la Fuerza se espesaba y adquiría sustancia.

Con ella vino el peso de sus propias dudas, fracasos y deficiencias. ¿Creía él en el destino? ¿Y era este su particular destino?

La posibilidad de que pudiera ser llenaba a Morgan de pesar. ¿Qué había dicho el poema? «Y un Caballero vendrá, una batalla se librará, y los prisioneros serán liberados». ¿Qué batalla? ¿Qué prisioneros? Era el poema poco más que un galimatías histórico, o era algo importante, algo para lo que debería haberse preparado… El humano esperaba que fuera lo primero… pero temía lo segundo.

Las horas pasaron, una antigua calzada apareció, y él la siguió cuesta arriba. El aire, que debería haberse vuelto progresivamente más ligero con el aumento de altitud, se volvió más denso en su lugar… *tan* denso que al humano le resultaba difícil respirar y se preguntaba por qué el skimmer seguía sin problemas. Revisó los indicadores y los verificó otra vez. Todos estaban en verde.

Entonces, mientras el camino daba un giro a la derecha y pasaba entre

pilas de escombros, sintió algo cosquilleando en la parte posterior de su mente.

El toque fue inicialmente ligerísimo pero evolucionó hacia un zumbido constante. La vibración aumentó hasta que su carne escoció y sus dientes empezaron a castañetear.

Morgan quería volverse, quería huir, y sabía que esa era la forma en que se *suponía* debía sentirse. A alguien, o a algo, no le gustaban los visitantes y sabía cómo mantenerlos alejados.

La peor parte era el conocimiento de que mientras que él tenía el talento natural e innato necesario para manejar la situación, no era suficiente. Carecía de los conocimientos y de la experiencia necesaria para hacer uso del talento. Siendo ese el caso, Morgan podía hacer poco más que observar y transmitir sus observaciones a algún otro.

La carretera dio paso a una zona abierta custodiada por imponentes formaciones rocosas que parecían centinelas. La curiosidad y un sentido de conexión personal lo atrajeron. El skimmer desaceleró y se deslizó hasta detenerse.

Morgan vio una apertura, sus bordes eran desiguales por la roca quebrada, y *supo* que el misterio yacía debajo.

El humano dejó el skimmer y se introdujo por el agujero. La atmósfera se espesó, volviéndose arena movediza, y tiró de sus piernas. Voces, tan distantes que las palabras se fusionaban en un solo gemido, hicieron palpitar su cabeza.

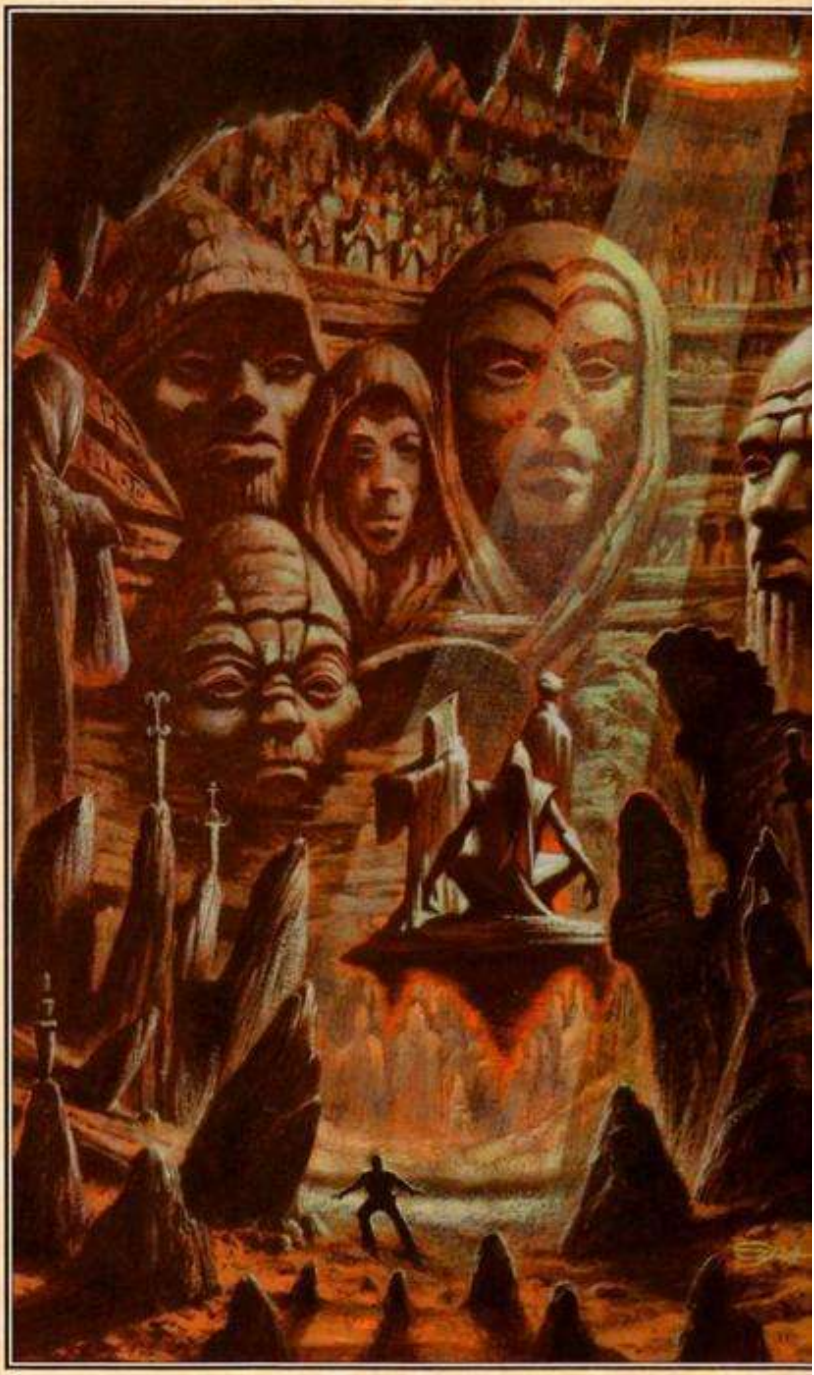
La apertura, creada cuando se había derrumbado el techo de una cueva, era de medio kilómetro de ancho. Un único haz de luz llegaba a la parte inferior, las sombras escondían el resto.

Las escaleras estaban cubiertas de escombros pero todavía eran navegables. Se curvaban a la derecha. Las voces continuaban gimiendo, y algunas crecieron distinguiéndose de otras. Empujaban, pinchaban y tiraban de su conciencia. Estos eran los prisioneros del poema, las entidades que había sido enviado a rescatar, pero carecía de recursos para ayudarles.

Finalmente, habiendo rodeado en su descenso la mitad del eje vertical, las escaleras llegaron a su fin. Morgan caminó por el fondo del Valle, pasó por debajo de un arco a modo de entrada, y fue sorprendido por lo que vio.

Un rayo de luz solar descendía para iluminar el suelo del Valle y los cientos y cientos de monumentos que lo cubrían. Algunos eran poco más que losas verticales, hechas de roca que había sido parte del techo de la cámara. Otros eran más elaborados,

desde tumbas cuadriculadas hasta estatuas bellamente esculpidas, templos en miniatura y capiteles cubiertos con jeroglíficos alienígenas.



El humano sabía sin que se lo dijeran que este era un lugar de muerte, una prisión llena de espíritus sin liberar, y un repositorio de un inimaginable poder. Un poder tan vasto, tan terrible, que podría extinguir un sol, sumergir todo un sistema solar en la oscuridad, y condenar a miles de millones a la muerte. Pero sólo si caía en manos equivocadas…

Sacó la multiherramienta de su funda con la intención de grabar una advertencia en el arco pero no la pudo controlar. El dispositivo cayó de entre sus flojos dedos y golpeó el suelo.

El gemido entró en un *crescendo*. Morgan colocó las manos sobre sus oídos, pero el sonido se originaba en su interior. Retrocedió, su cabeza se partía de dolor, sabiendo que había fallado. Todo lo que podía hacer era esperar que un *verdadero* Caballero Jedi descubriera el lugar, luchara la batalla que debía ser librada, y liberara a los prisioneros de su cautiverio.

Lágrimas fluían de los ojos de Morgan y mojaban su barba mientras subía las escaleras y se abría camino hacia el skimmer. Pasase lo que pasase, se dijo a sí mismo, sin importar cuántas excusas acudieran a sus labios, no podría escapar del hecho de que había fallado.

Llevó horas que los lamentos desaparecieran, que la atmósfera lo liberara de su agarre empalagoso, y que la Fuerza se sintiera como debía.

Durante los días que tardó en llegar a la fortaleza y las semanas que pasaron durante el viaje de regreso a casa, Morgan nunca olvidó el Valle o a los espíritus atrapados allí.

Tan fuertes fueron sus sentimientos que la experiencia estaba todavía muy presente en su mente muchos meses más tarde, cuando sus actividades en favor de la Alianza llevaron a Morgan a contactar con un Jedi llamado Rahn.

Había sido un día largo, y habían terminado de cenar. WeGé retiraba los platos de la mesa mientras un fuego crepitaba en la chimenea y bailaban sombras a través de las paredes. Cuando la conversación tomó un giro filosófico y el momento pareció correcto, Morgan dio el paso decisivo.

Las palabras fueron vacilantes al principio, pero Rahn era un buen oyente, y estaba claramente interesado… tan interesado que se inclinó hacia delante y colocó la barbilla sobre sus puños. Rahn tenía la piel oscura, los pómulos altos, y los dientes muy blancos.

Sus ojos brillaban de emoción.

—¡Sí! Continúa. El Maestro Yoda me habló de ese lugar, y yo lo busqué. ¿Qué encontraste allí?

Morgan terminó la historia y observó, fascinado, cómo Rahn paseaba arriba y abajo.

La energía parecía crepitar a su alrededor. Sus ropas se arremolinaron y fueron atacadas por las chispas del fuego.

—Esto es importante… muy importante. Tan importante que debo reunir un equipo para investigar. Necesitamos expertos para explorar y entender ese lugar. Luego, contigo como nuestro guía, haremos el viaje necesario.

Morgan recordó la caverna y se estremeció ante la idea. Aún así, si eso significaba la libertad para las voces que continuaban llenando su cabeza, entonces tendría que ir.

—Lo que tú digas. Te facilitaré las coordenadas.

—¡No!

La respuesta fue tan vehemente que Morgan se sorprendió. Rahn vio su confusión y levantó una mano.

—Lo siento, amigo mío, pero el conocimiento está más seguro contigo. Mucho más seguro. Yo debo viajar. Y están aquellos que esperan encontrarme. Oculta lo que sabes y deja instrucciones para alguien de confianza. A aquellos que siguen el lado oscuro les gustaría nada menos que encontrar este lugar y utilizarlo para el mal.

Rahn se fue al día siguiente, y aquel que nunca fue Caballero grabó su secreto en piedra y lo dejó para su hijo. Entonces, al igual que incontables granjeros antes que él, aró y plantó. El invierno esperaba, y la gente tenía que comer.

Fue asesinado unos meses más tarde.

CAPÍTULO *2*

El planeta fue un lugar hermoso, poseyendo largos días soleados, montañas cubiertas de nieve, ríos caudalosos y grandes y fértiles valles. Valles que fueron despejados, cultivados, y poseídos por cuatro generaciones de colonos.

Pero eso fue antes de la Rebelión, antes de los recursos que consumió, y antes de que uno de los droides de reconocimiento de minerales de la Corporación SoroSuub se colocara en medio del campo Braal del granjero Zytho, comprobara el suelo, y literalmente diera con un filón.

Poco más de tres meses locales pasaron antes de que los cruceros bajaran desde la órbita y los colonos fueran «pagados» por sus granjas y enviados a un mundo desértico en el extremo del Borde.

Los cruceros apenas hubieron salido de la órbita cuando un par de cargueros de SoroSuub aparecieron y enviaron lanzaderas a la superficie. Diez mil máquinas retumbaron saliendo de sus vientres de duracero, establecieron sus posiciones a través de satélites de posicionamiento global, y se movieron estruendosamente hacia sectores preasignados. Cada una podía tragar, procesar y entregar cincuenta toneladas de mineral al día. El Emperador obtendría sus armas… y los propietarios de las acciones recibirían su dinero. Nada más importaba.

Esto explicaba por qué los caminos estaban en mal estado, muchas de las casas de campo una vez pulcras habían comenzado a ceder, y los campos anteriormente verdes habían sido transformados en pozos cavados por máquinas.

Nada de esto tenía ningún interés en particular para los tres Jedi o los soldados que les acompañaban. Su atención estaba en el Jedi llamado Maw. Estaba en la proa del primer esquife, tenía las fosas nasales dilatadas mientras probaba el viento, parecía el mascarón de proa de una nave bárbara. Un ocasional ondeo de mano era suficiente para impartir sus deseos. El timonel dirigía en consecuencia.

Los esquifes eran perfectos para la tarea. Las grandes plataformas abiertas albergaban motores repulsores y marcaban excelentes tiempos sobre las colinas suavemente onduladas. Aunque vulnerables al fuego de tierra, brindaban una visión clara del territorio circundante y, gracias a toldos semirrígidos, ofrecían protección contra el sol del verano.

Maw sonrió y permitió al viento soportar una pequeña parte de su peso. A pesar del hecho de que los rebeldes eran listos y hábiles cubriendo sus pistas, no ocultaban lo que sentían. Su miedo envíaba ondas a través del lado oscuro de la Fuerza, ondas que Maw seguiría interiormente hasta que lo que las causaba fuera localizado y exterminado.

Sariss y Yun observaban con diversión. Aunque igual de despiadados, se sentían un tanto superiores y veían a Maw con el mismo afecto que los cazadores reservan a sus rastreadores.

Sariss era una mujer atractiva de altura media. Ella llevaba el pelo varonilmente corto y, como su mentor, Jerec, vestía siempre de negro. Negro, con sólo un toque de rojo en los labios, el cuello y las uñas. Su interés en la adquisición y ejercicio del poder la hacía una de los lugartenientes de mayor confianza de Jerec… aunque también suponía una amenaza para el Jedi Oscuro.

Yun, un Jedi tan joven que apenas parecía haber superado la adolescencia, se sentaba a su derecha. Ella era su mentora y el centro de su universo moral. El hecho de haber sido invitado a ir, además de ser tratado como un igual, inflaba su innato sentimiento de superioridad.

Una unidad de comunicación crepitó. Un oficial tocó un botón, vio un rostro bien conocido, y dijo:

—Sí, señor.

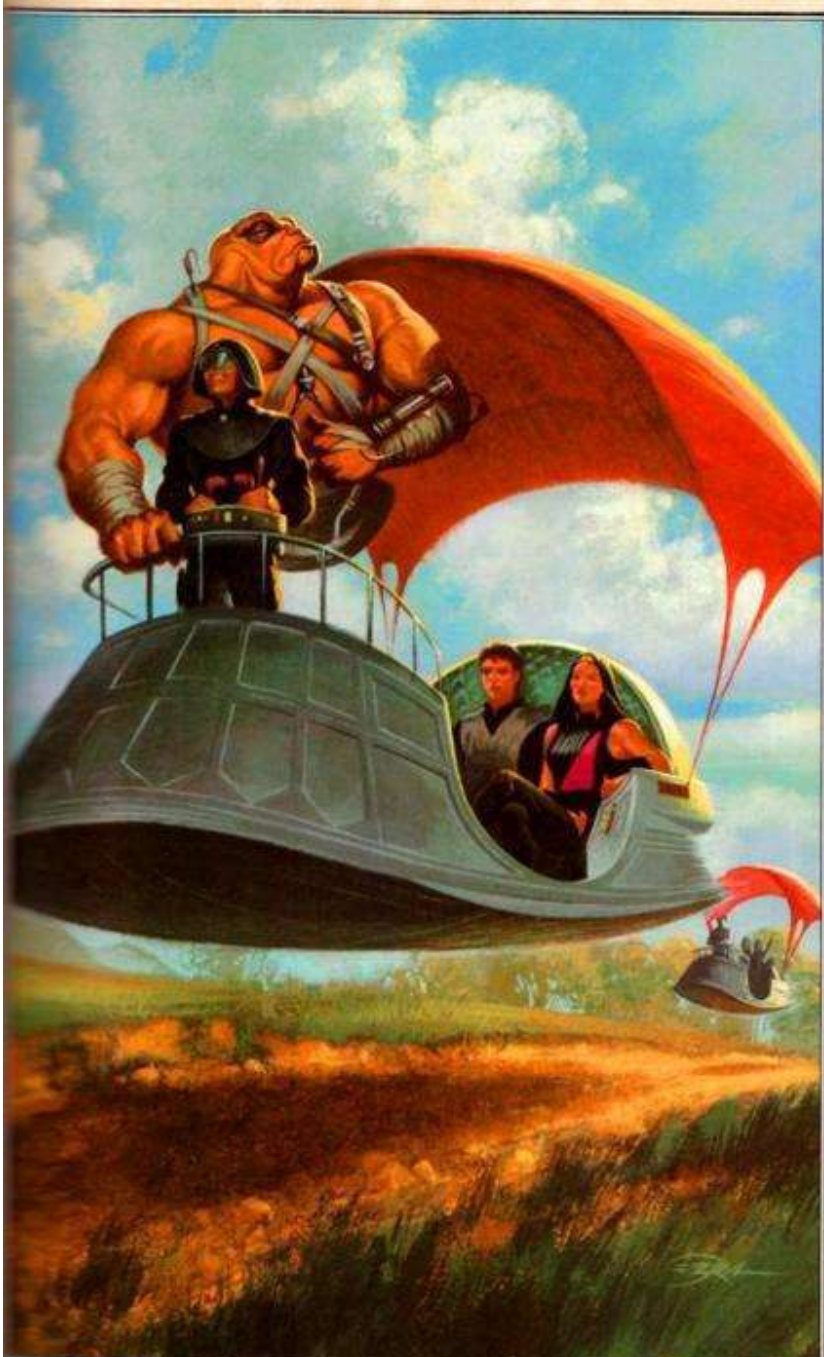
Sariss detectó la rigidez en su voz y supo quién era la persona que llamaba. Ella aceptó la unidad portátil y vio que estaba en lo correcto.

—Jerec. Que amable por llamar.

—¿Los habéis capturado ya? —la falta de un saludo era intencional, uno de los muchos recursos que Jerec utilizaba para mantener a los demás desconcertados. El Jedi era alto, casi regio en la forma en que se movía, y tan demacrado que su piel casi translúcida parecía haber sido rociada sobre la superficie de su cráneo. Una tira de cuero negro ocultaba las cuencas donde habían estado sus ojos, y unos tatuajes se curvaban alejándose de su delgada boca. El *Venganza* estaba en órbita, pero sus sensores llegaban al suelo.

Sariss esbozó una sonrisa. *Él* sabía que *ella* sabía que *él* ya sabía la respuesta a la pregunta. La cuestión, al igual que muchas de las cosas que decía Jerec, estaba destinada a someterla.

—No, milord, pero pronto.



Jerec sonrió. Nadie excepto Sariss se refiría a él como «milord». Era parte de su interminable intento de manipularlo, y él lo disfrutaba. Él comandaba solamente la nave bajo sus botas, pero necesitaba más. Mucho más. Sus palabras fueron frías y dijeron más de lo que pretendía.

—Bien. Empiezo a cansarme de esperar.

Rahn miraba sobre la popa del skimmer chamuscado por los blásters. Una barba de tres días cubría su mandíbula. Su túnica una vez blanca estaba roja de sangre rebelde y negra donde un disparo de bláster había chamuscado su hombro. Podía *sentir* a los que le seguían… y sabía lo que eran.

Rahn se volvió hacia la proa. Sus compañeros incluían a Duno Dree, un joven y no muy experimentado piloto; a Nij Por Ral, un corpulento profesor de lingüística antigua; a Cee Norley, una experta en armas delgada como el alambre; y a Rolanda Gron, un técnico klatooiniano. Ellos buscaban ánimo, y él les ofreció una sonrisa. El viento atrapaba las palabras del Jedi y las lanzaba hacia ellos.

—Tenemos una oportunidad… *si* podemos ganar algo de tiempo, *si* podemos llegar a la nave, si podemos sacarnos de encima los cazas TIE. Este es mi plan… —Los rebeldes escucharon y se pusieron rapidamente de acuerdo.

Tal era la confianza de las personas a bordo que los esquifes imperiales seguían el camino tranquilamente, casi sin prisas. Los rebeldes podían correr, pero no podrían ocultarse. No con Maw haciendo el trabajo. Se acercaron a una intersección. Crueles señales identificaban el lugar donde murieron treintaiséis campesinos en un vano intento de defender sus tierras. Sariss ni se dio cuenta. Sus pensamientos estaban centrados en sí misma… y en la tarea que tenía por delante.

Maw no percibió la belleza que le rodeaba. No vio los campos todavía sin violar, ni los árboles moteados por el sol, ni la curva de un río cercano. Solamente percibía miedo, el cual lo atraía como la sangre a

un carroñero.

Yun encontraba el talento de Maw desagradable, equiparaba a su compañero Jedi con un perro de batalla nek, olfateando a su presa. Él prefería manifestaciones más

[redacted]

elegantes de poder, tales como la manera en que la brisa trataba de evitar todo contacto con su cabello cuidadosamente peinado, o la manera en que un soldado se esforzaba en satisfacer un anhelo inexistente. Una manipulación bastante interesante en la que él tenía…

El misil golpeó cuando el segundo esquife hacía frente a la subida por detrás de ellos. Yun se perdió la explosión en sí pero se giró a tiempo para ver escombros volar por el aire y caer al suelo. La fuerza imperial había sido reducida en un cincuenta por ciento. La emboscada llevaba el nombre de Rahn escrito por todas partes. Al menos uno de sus compañeros había sabido controlar su miedo. Él, o ella, había pasado desapercibido.

Yun se sujetó a una baranda cuando el esquife se volvió hacia la amenaza. Sariss estaba de pie, con los ojos entrecerrados y los puños cerrados.

Norley todavía estaba observando cómo llovían los efectos de su obra, aún con el lanzador de misiles vacío en el hombro, cuando el primer esquife comenzó a girar.

La experta en armas dejo caer el primer tubo, agarró un segundo y se lo llevó al hombro. El esquife se estabilizó y se detuvo. El dedo de la rebelde buscó el disparador.

Algo acarició su cuello. Ella se estremeció y resistió la tentación de comprobarlo.

—Aguanta… aguanta… céntralo en el objetivo. —Eso es lo que el sargento técnico Hooly había dicho una y otra vez… y eso fue lo que hizo ella. La caricia se sentía suave, como las bufandas que su madre vestía. Luego comenzó a apretar, a apretar y a apretar más.

Norley soltó el lanzador, se llevó las manos a la garganta, y jadeó en busca de aire.

Era muy tarde. Sus ojos habían comenzado a abultarse, y su piel había adquirido un tono azulado para cuando el disparo de bláster perforó un agujero a través de su pecho.

Sariss vio caer a la rebelde, gruñó una orden y se preparó para el giro. La proa dio la vuelta y el esquife aceleró. Se había perdido, y ganado, tiempo. Una rebelde había sido sacrificada. *¿Por qué?* La respuesta era obvia. Los fugitivos tenían una nave. Todo lo que necesitaban era el tiempo suficiente para llegar a ella. Sariss gruñó al timonel. Los segundos seguían escapándose.

La nave, el mismo navío que llevó al equipo a Dorlo, era pequeña pero adecuada a sus necesidades. Transcurrieron preciosos segundos mientras los rebeldes apartaban el camuflaje, subían la rampa y se aseguraban en el interior.

Duno Dree tenía el pelo rubio oscuro, pecas que salpicaban la parte superior de la nariz, y pelusa en ambas mejillas. Decía tener veinte pero tenía, en realidad, diecisiete años. Cortó la secuencia de prevuelo al cincuenta por ciento, echó un vistazo a los indicadores mientras pulsaba interruptores, y deseó ser la mitad de piloto de lo que decía ser. Había pilotado los cargueros intrasistema de su padre durante seis años.

Bueno… tres, teniendo en cuenta que la mitad del tiempo lo pasó en la escuela. No era suficiente.

El viaje había parecido un paseo al principio, una aventura para contar a sus hijos, no la misión de vida o muerte en que se había convertido. El equipo había aterrizado en Dorlo para convencer a Nij Por Ral de que se les uniera. Algo que había acordado hacer, pero con evidente reticencia.

Parecía ser que los droides mineros de SoroSuub habían descubierto un antiguo muro de cinco kilómetros de largo, y la empresa había contratado al profesor para descifrar la escritura que cubría su superficie. No para preservar los restos de lo que fue una gran cultura sino para tomar ventaja en cualquier conocimiento disponible. Por Ral había decidido tolerar el esfuerzo en lugar de ver el artefacto destruido. Marcharse ahora, y hacerlo sin obtener permiso de la

empresa, era sacrificar todo por lo que había trabajado.

Dree pulsó el último interruptor, escuchó el sonido de los repulsores, y cómo estos empujaban contra el suelo. No abrigaba ilusiones sobre lo que sucedería a continuación.

Era demasiado tarde para decir la verdad, demasiado tarde para decirle a Norley lo mucho que ella le importaba, y demasiado tarde para refugiarse en el negocio de su padre.

La nave despegó, giró sobre su eje y se dirigió en la dirección del camino. Norley estaba muerta, y los imperiales lo pagarían.

Maw vio la nave primero, rugió en desafío, y ondeó el sable de luz sobre su cabeza. La nave disparó sus cañones bláster, esculpió zanjas parejas a ambos lados del camino y desapareció.

El esquife corcoveó cuando entró en la estela de la nave, se desvió del curso y chocó contra un muro de piedra construido a mano. Maw saltó antes del impacto, Sariss salió despedida y Yun se lastimó un muslo. Con la única excepción del timonel, a quien Maw decapitó, hubo pocas bajas.

Los cazas TIE estaban esperando en el punto donde desaparecían los últimos vestigios de la atmósfera del planeta y el espacio comenzaba. Dree puso la nave en un giro, presionó al máximo los motores, y cayó en una trampa cuidadosamente preparada.

Como todas las naves de su tamaño, el *Venganza* tenía instalados varios proyectores de rayos tractores. Aunque normalmente reservados para tareas relacionadas con el atraque y el mantenimiento, podían utilizarse para inmovilizar cualquier nave lo suficientemente imprudente como para entrar dentro de su alcance. El único problema era el hecho de que consumían mucha energía y requerían operadores expertos. El *Venganza* no carecía de ambas cosas.

Dree maldijo cuando su nave perdió impulso. Luchó por controlar los desbocados motores y deseó estar en casa con su familia. Pitaron los sensores, una lanzadera se acercaba, y él era incapaz de detenerla.

Boc, también conocido como Boc el Primitivo, estaba de un humor excelente. ¿Y por qué no? La vida era buena. Disfrutaba atormentando a otros seres vivos y aguardaba con interés las siguientes horas.

Una luz verde apareció cuando la lanzadera de asalto se acopló con la nave rebelde.

Boc se quitó el arnés, se levantó y se adelantó. Se preguntaba que estarían pensando los comandos. Los imperiales, de los cuales el noventa y nueve por ciento eran humanos, tenían una fuerte tendencia xenófoba y desconfiaban de los alienígenas.

Su especie, los twi'leks, tenían apéndices gemelos que salían de la parte posterior de la cabeza, lo que explicaba por qué los intolerantes se referían a ellos como «cabezas de gusano».

Sin embargo, los soldados eran *suyos*, y no al revés. Suyos para usarlos, abusar de ellos, conservarlos, o gastarlos. Podía hacer cualquier cosa que quisiera con sus cuerpos humanos, y el pensamiento le daba placer cuando tenía la oportunidad de hacer valer su superioridad.

—En pie, escoria. Hay trabajo que hacer.

El Jedi lideraba en vanguardia, y se habría asombrado al saber que los soldados le respetaban por ello, incluso sentían *afecto* por él. No es que eso importara, ya que sus opiniones carecían de valor alguno.

Una orden fue enviada a los rebeldes:

—Tirad las armas, abrid la escotilla y rendíos. Tenéis sesenta segundos para hacerlo.

Sesenta segundos pasaron y nada sucedió. Boc se encogió de hombros, se movió hacia la escotilla y observó a un equipo especialmente entrenado perforar un agujero a través de la barrera e introducir un inyector por la abertura recién creada. El gas somnífero hacía un sonido siseante mientras entraba en la nave rebelde.

Luego, con sus oponentes inconscientes, fue una simple cuestión de forzar la escotilla, atar a los rebeldes en camillas, y meterlos en la lanzadera.

La nave rebelde fue dejada a la deriva, y la lanzadera de asalto estaba realizando la aproximación final al hangar del destructor estelar, cuando el oficial ejecutivo autorizó un ejercicio de fuego real. La Batería Turboláser Cinco se apuntó un impacto directo. La tripulación vitoreó y la nave cesó de existir.

Rahn abrió los ojos y levantó la mirada desde su posición en la cubierta. Algo, no estaba seguro de qué, le devolvía la mirada. Tenía dos cabezas… un momento… dos cabezas *y* dos cuerpos. Uno era de dos metros de altura, y el otro mucho más pequeño… *tan* pequeño, que se colgaba del arnés de combate de la criatura más grande. Ambos llevaban sables de luz, y eso sugería Jedi. El más pequeño habló.

—Levántate.

La mano de Rahn fue al lugar donde su sable de luz debería colgar. No la primera arma, la que dejó para el hijo de Katarn, sino la segunda, la que fue de Yoda. La criatura más pequeña, que era conocida como Pic, sonrió.

—Gracias por el sable de luz… date prisa. O lo usaremos contigo.

Rahn luchó por ponerse en pie. El gas somnífero tenía efectos secundarios. La cabeza le dolía así como la quemadura de bláster. Se abrió una escotilla. El gigante tenía un sable de luz de gran tamaño. Lo utilizó como un puntero. Un gruñido tomó el lugar de las palabras.

Rahn forzó una sonrisa.

—Una criatura de pocas palabras. Que refrescante.

Pic frunció el ceño.

—Cállate.

Rahn asintió agradablemente y caminó hacia el pasillo. Un escuadrón de comandos estaba parado detrás de sus acompañantes. Estaban desaliñados, y Gron estaba

sangrando por un corte reciente. El Jedi comenzó a decir algo pero se detuvo cuando fue empujado por detrás.

Fue una larga marcha por pasillos relucientes, pasaron más allá de la bahía médica y del centro de control de armas, dirigiéndose hacia el puente. Un droide utilitario cruzó frente a ellos, y miembros de la tripulación pasaban en la otra dirección. Ninguno de ellos tenía el más mínimo interés en quiénes eran los prisioneros o qué les pasaría. Rahn nunca se había sentido tan solo y aislado. Más que eso… nunca se había encontrado una concentración del mal como la que tenía por delante.

Se sentía como si la Fuerza hubiera sido vuelta del revés. El oscuro núcleo interno era un lugar seductor en el que el poder podía residir, pero a costa del espíritu.

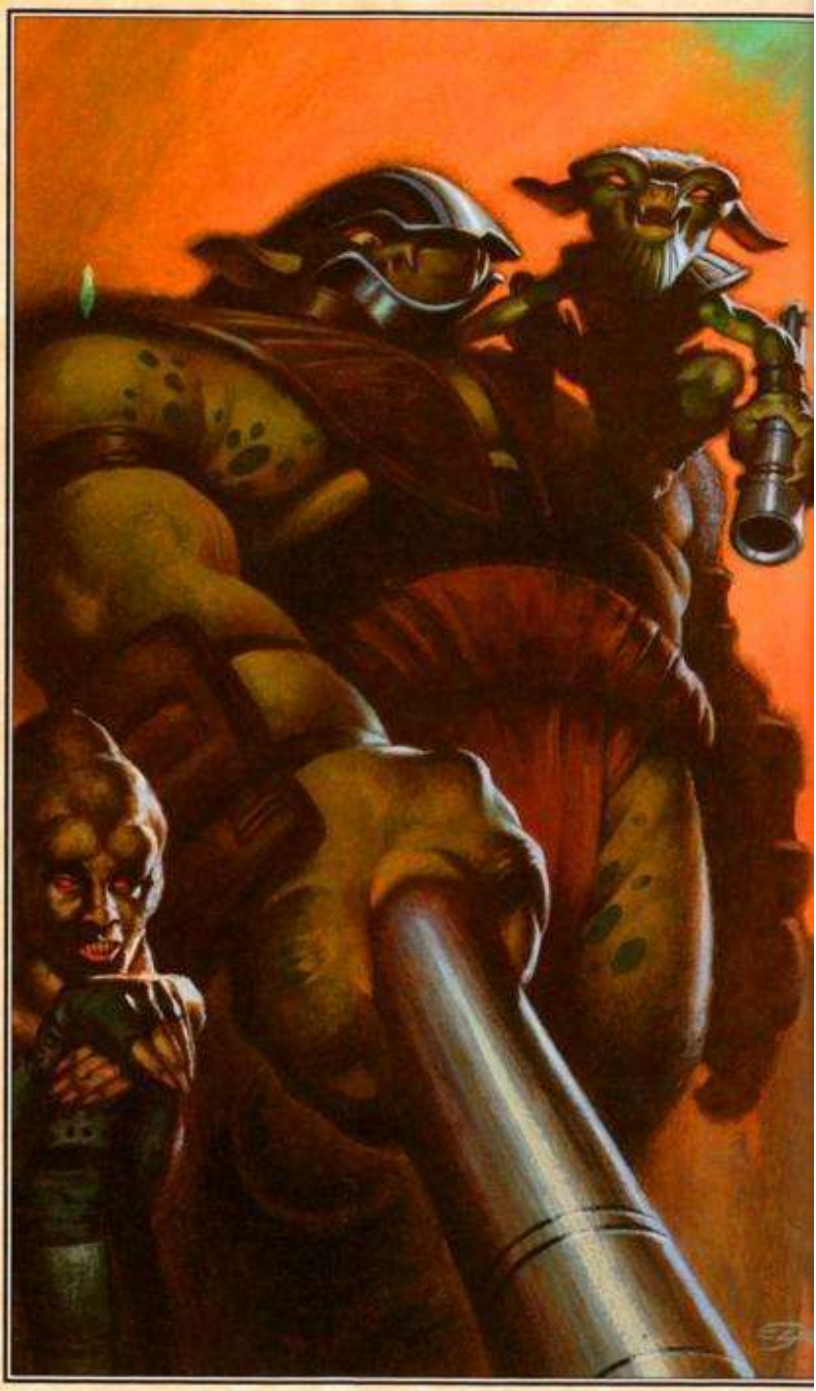
Y allí, como una sombra en la sombra, esperaba el que llamaban Jerec. Una vez un hombre, pero ahora menos que eso… o eso le parecía a Rahn. La Fuerza se agitaba mientras el Jedi Oscuro maquinaba, odiaba, deseaba y conspiraba.

Pero el Lado Luminoso de la Fuerza también estaba presente, y Rahn extraía de él su poder, se envolvió en un manto de blancura, y sonrió mientras la oscuridad se retiraba ante él.

Duno Dree, Nij Por Ral y Rolanda Gron le seguían detrás, sus rasgos abatidos, sin saber que una batalla había comenzado.

Jerec esperó como él había elegido esperar, con su espalda hacia la trinchera de mando y sus ojos no existentes en las estrellas de más allá. Era un truco, pero uno eficaz.

Al menos la mitad de la tripulación creía que podía ver, a pesar de que sus ojos claramente faltaban. La manipulación divertía al Jedi Oscuro y alimentaba su gigantesco ego.



Hubo una considerable cantidad de gritos y pisotones cuando un sargento condujo a los prisioneros hacia el puente y parloteó algún sinsentido militar. Independientemente de lo que su posición parecía implicar, Jerec nunca había pasado más de un día en el ejército. Veía sus rituales aburridos.

El Jedi esperó a que el escándalo cesara y un poco más. *Quería* girarse, *quería* extraer el conocimiento de sus cerebros, pero se negó a rendirse a tal debilidad. No, se requería disciplina para controlar *su* espíritu, así como los pertenecientes a sus subordinados, subordinados que tenían más poder del que ellos suponían, o tenían probabilidades de conocer, ya que los celos, envidias, y una casi universal lujuria por el poder les mantenía alejados. Es por ello que él nunca mostraba signos de debilidad, nunca revelaba lo que realmente quería, incluso cuando otros pensaban que lo sabían.

Finalmente, cuando su auto-impuesta penitencia fue satisfecha, Jerec se giró. El Capitán Sysco estaba esperando.

—Señor, los prisioneros están listos para ser interrogados.

Jerec asintió. Sintió a Rahn de la misma forma en que unas manos sienten el fuego, como una presencia que puede calentar la piel o quemarla más allá de todo reconocimiento. Incluso *aquí*, incluso *ahora*, el hombre era peligroso. El miedo corrió por las venas de Jerec y le hizo enfurecer. Se suponía que los demás debían reaccionar de esta manera, especialmente cuando *él* llegaba. ¿Pero él? ¡Nunca!

Rahn observó a los otros Jedi acercarse. La tristeza llenaba su corazón. Aquí había un espíritu tan malvado que rivalizaba con el del Emperador Palpatine. Para lograr sus objetivos, hundiría mundos civilizados en una oscuridad tan completa que mil años pasarían antes de que la luz se las arreglara para amanecer. La cabeza del Jedi continuaba doliéndose, y sentía su hombro caliente. Apartó a un lado ambas sensaciones y esperó el asalto.

Seis Jedi adicionales, incluyendo a Yun, Sariss, Maw, Boc, Gore y Pic, emergieron de las sombras y añadieron su poder a la creciente sensación de amenaza. Duno Dree, Nij Por Ral y Rolanda Gron se revolvieron inquietos.

Jerec, con pasos cuidadosos, se detuvo a cinco metros de sus súbditos y los miró a través de sus ojos hacía tiempo muertos.

—Rahn… al fin nos encontramos. ¿Y quiénes pueden ser estos tristes especímenes?

¿Sirvientes, tal vez?

—Hablo por mí mismo —gruñó el técnico klatooiniano—. Me llamo Rolanda Gron, y no sabrás nada por mí.

Jerec pareció considerar las palabras del técnico. Asintió en acuerdo.

—Será como desees. Matadlo.

Rahn se lanzó hacia Jerec, pero unas manos le contuvieron rápidamente. La extraña pareja conocida como «los gemelos» arrastraron los pies hacia delante. Gore caminando y Pic a cuestas. El klatooiniano trató de retroceder mientras que la pareja se acercaba, pero los guardias lo mantuvieron en su lugar. Gore activó su sobredimensionado sable de luz y parecía listo para atacar cuando Pic saltó hacia el pecho del técnico. Aterrizó, siseó, y clavó una daga en la garganta del científico.

El klatooiniano pareció sorprendido, sintió la sangre brotar a través de sus dedos, y cayó hacia atrás. Pic montó sobre el cuerpo caído, recuperó el cuchillo, y lo limpió en las ropas de su víctima. Sus pies de tres dedos dejaron rastros a través de la sangre. Saltó a una de las piernas del tamaño de un tronco de árbol de Gore y trepó hacia arriba.

—Entonces —dijo Jerec razonablemente—, ahora que lo que está en juego ha quedado claro, responde a mis preguntas por favor. Tengo razones para creer que sabes del Valle de los Jedi, que puedes haber estado allí. ¿Dónde está? Proporcioname las coordenadas del planeta, o la ubicación donde las coordenadas se pueden encontrar, y morirás misericordiosamente. Niégate a mi solicitud, y el sufrimiento durará mucho tiempo. La decisión es tuya.

Rahn había pasado gran parte de su vida meditando. Sabía que había cosas peores que la muerte.

—No.

Jerec se volvió hacia Yun.

—Muéstranos tu fuerza.

Con la cabeza erguida y los ojos brillantes, el Jedi más joven se adelantó. Su sable de luz chisporroteó a la vida. Nij Por Ral se tambaleó y cayó de rodillas.

—¡Por favor! ¡Te lo ruego, perdónanos! Rahn tiene la información que

buscáis… no yo.

Yun, consciente de que todos los ojos estaban puestos en él, se detuvo, listo para atacar. Sus ojos se clavaron en los de Rahn.

—Entonces, ¿qué será viejo? ¿Las coordenadas, o muerte?

Rahn, sabía que estaba ejecutando a Por Ral con tanta certeza como si él sostuviera el sable de luz en su propia mano, cerró los ojos.

—Muerte.

El experto en lingüística gritó cuando la brillante barra de energía azul se hundió en su hombro. Volvió a gritar cuando la hoja fue retirada de su carne todavía humeante.

Yun estaba avergonzado por su fracaso en dar una muerte limpia. Levantó el arma sobre la cabeza y la dejó caer. Este golpe fue exitoso.

Jerec habló cuando el cuerpo destrozado golpeó la cubierta.

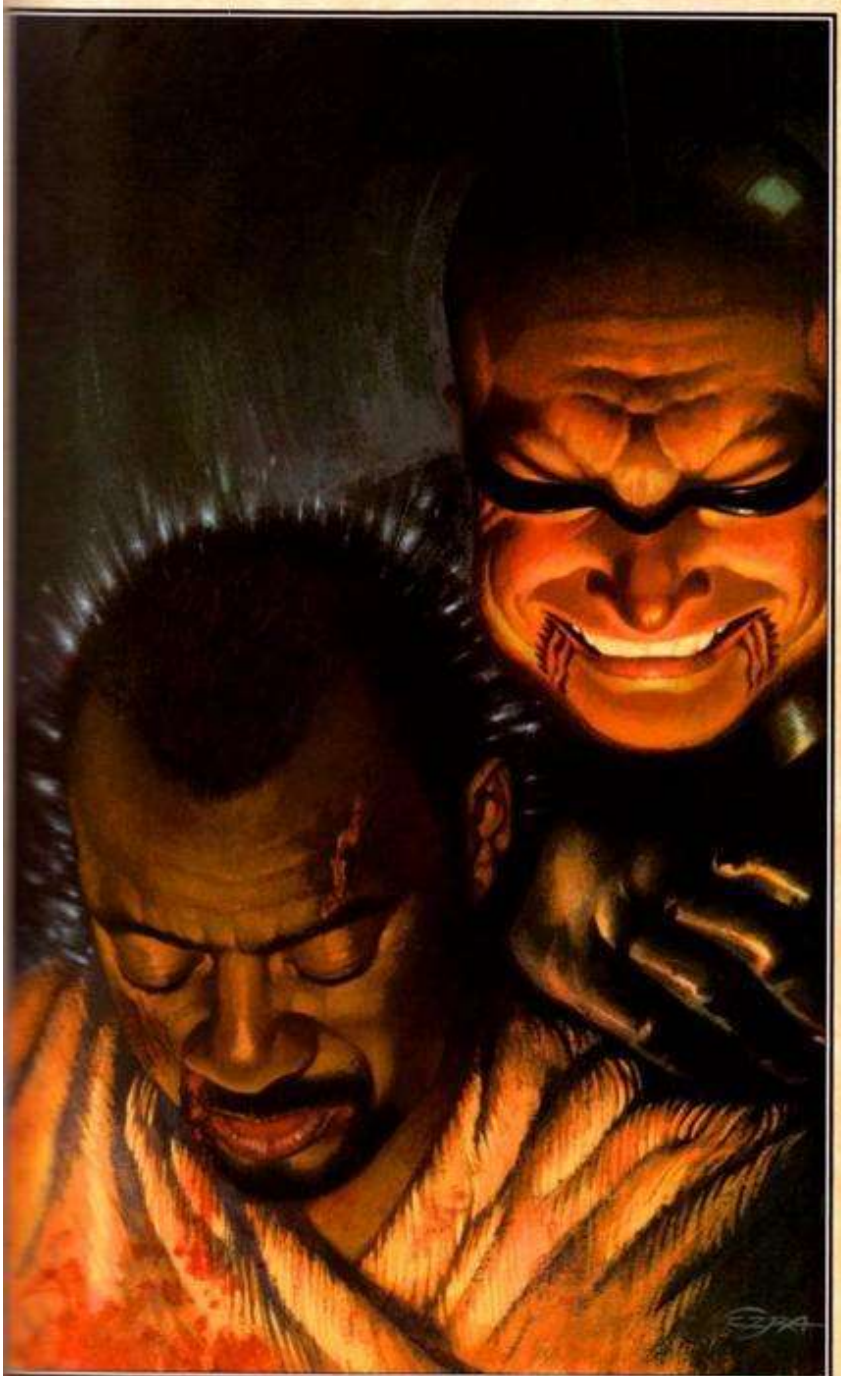
—No ha sido muy bonito. Pero la muerte raramente lo es. ¿Qué hay de la clemencia de la que los hombres cómo tú parloteáis? No veo cómo tus métodos difieren de los míos. Dame las coordenadas.

Rahn se giró hacia Duno Dree. El joven estaba parado, caían lágrimas por sus mejillas, su cuerpo temblaba de miedo. Rahn conocía al muchacho, sabía lo que podría haber sido, y se encontró con sus ojos.

—Díselo, Duno… díselo por ambos.

Los ojos de Dree parecieron hacerse más grandes cuando se volvió hacia Jerec. El Jedi Oscuro no podía ver la cara del muchacho, pero sintió la determinación del joven y escuchó su respuesta.

—No.


EZRA

Boc el Primitivo aceptó el papel de verdugo esta vez. Dree cerró los ojos. Pudo oír los pies arrastrándose y olió el aliento del Jedi. Unas manos se movieron con rapidez, el cuello del joven se quebró, y finalmente se derrumbó.

Rahn se tambaleó hacia delante cuando fue liberado. Maw estaba esperando. Los golpes llegaron duros y rápidos, más de los que él pudo contar y más de los que quería saber. Sus rodillas golpearon el acero, y la sangre salpicó la bien pulida cubierta. Unas botas aparecieron, giraron en su dirección y se detuvieron. Él miró fijamente su propio reflejo y se preparó para la patada. Nunca llegó.

Jerec se puso sobre una de sus rodillas y susurró al oído del otro Jedi. Las palabras olían a menta.

—Dame lo que pido… o lo tomaré.

Rahn sintió el poder del otro hombre y temió que lo que había dicho fuera verdad.

Tal vez Jerec *pudiera* tomar aquello que quería, a pesar de los deseos de Rahn. Él prefería la muerte y trató de provocarla.

—¿Por qué esperar? ¡Abáteme!

Jerec tocó el hombro de Rahn como si le consolara.

—En su momento viejo, cuando haya terminado contigo.

Rahn sintió algo suave envolverse alrededor de su cuello. Comenzó a ahogarse y deseó morir. Sus ojos buscaron los de Yun, y el otro Jedi apartó la mirada. Rahn dio la bienvenida al abrazo de la muerte, y estaba a más de medio camino de la tumba cuando el oxígeno inundó de nuevo sus pulmones.

Jerec estaba de pie. Una rara sonrisa tiraba de sus labios.

—Gracias, viejo. Te gustará saber que Morgan Katarn viajó aquí antes que tú, sufrió como tú y se llevó el secreto a la tumba. Sin embargo, gracias a que *tú* le diste instrucciones para dejar un registro, sabemos qué buscar.

Diciendo esto, Jerec se dio la vuelta. Rahn accedió a la energía que fluía a su alrededor y la lanzó.

Yun sintió su sable de luz volar desde su cinturón y lo vio brillar a

través del espacio intermedio. Se gritaron advertencias, los cuerpos se movieron, pero el daño estaba

hecho. Rahn cogió el arma, se puso en pie y la encendió. El aire chisporroteó cuando una barra de energía azul brillante apareció sobre el hombro de Rahn.

Boc llegó a él, torpe al principio, luego inesperadamente elegante. Ejecutó una serie de giros de distracción, se detuvo, y acuchilló hacia una cabeza que ya no estaba allí.

Rahn se agachó, hizo un barrido a las piernas de su oponente y vio sangre volar. Boc intentó avanzar, se preguntó qué pasaba y cayó. Yun tiró de él. Sería después, en la enfermería, cuando Boc sabría que un tendón le había sido cercenado.

El Capitán Sysco frunció el ceño, sacó su arma y estaba a punto de disparar cuando Jerec tocó su brazo.

—Gracias, capitán, pero no. La práctica les hará bien.

Sysco se preguntó si Boc estaría de acuerdo, asintió obedientemente y enfundó el arma.

—Práctica. Sí, señor.

Sariss fue la siguiente, ofreció una serie de movimientos clásicos y fue bloqueada en cada ocasión.

Maw rugió una advertencia, cargó hacia la refriega y desapareció en un mar de sangre. Los médicos habían llegado para entonces y apartaron su torso del combate. Sus piernas, yaciendo una sobre la otra, quedaron atrás.

Gore eligió ese momento para atacar por el lateral. Rahn sintió su presencia, se volvió, y arrancó de un golpe la espada de luz de las manos del Jedi. Pic siseó y estuvo a punto de saltar en la brecha cuando intervino Jerec. Una ráfaga de energía tiró a Rahn hacia atrás. Este cayó, patinó, y trató de levantarse.

La energía crujió cuando un sable de luz cobró vida. Había algo como de pájaro en la aproximación de Jerec. Levantó el arma y la llevó hacia abajo. Rahn vio una explosión de luz, la cara de un viejo amigo, y saboreó su libertad.

Jerec miró a su alrededor como si realmente pudiera ver, y cortó la

energía de su sable de luz. El aire apestaba a ozono y a sangre.

—Limpiad el desorden, poned rumbo a Sulon, y organizad algo especial para comer.

El Valle es nuestro —los talones de Jerec hicieron un sonido claqueante mientras salía del puente. El resto de los Jedi, los que todavía eran capaces de caminar, le siguieron.

—Sí, señor —dijo Sysco, pasó por encima de las piernas de Maw, y se dirigió a su camarote. Había una botella de licor bonadano escondida en el cajón de su escritorio.

Parecía un buen momento para abrirla. La tripulación del puente, con sus expresiones neutrales, lo observaron alejarse. Era una escena que nunca olvidarían.

CAPÍTULO *3*

El Descanso del Borde era más que un bar, era una institución, un lugar donde los miembros de todas las razas conocidas podían encontrar sus bebidas intoxicantes favoritas entre la colección de 1241 botellas, garrafas, tubos, frascos, jarras, inhaladores y cubetas del establecimiento. Y entonces, con el apropiado estimulante o depresor en la mano, garra, o tentáculo, los miembros podían retirarse a uno de los más de cien reservados, algunos de los cuales habían sido diseñados para dar cabida a especies específicas.

Una vez acomodado, el cliente promedio sería capaz de encontrar al menos un par de muestras de la cocina nativa de él, ella o ello. Eso (combinado con la indulgente política del establecimiento respecto a las armas y su uso) hacía del Descanso un lugar ideal para hacer negocios. *Cualquier* tipo de negocio, yendo desde lo mundano a lo absolutamente ilegal, lo cual explicaba por qué el droide conocido como 8t88 se detuvo, miró el jeroglífico alienígena sobre la puerta, y entró.

Sus servos chirriaron cuando el droide hizo una pausa para orientarse. Llamaba la atención por su aspecto algo anticuado y por el hecho de que hubiera llegado solo.

¿Dónde estaba su dueño?

La cuestión tendría que esperar. Pero se asumía que todas las máquinas estaban necesariamente subordinadas a los seres que tenían «inteligencia natural». Una idea absurda pero común que ofendía

todos los circuitos del cuerpo de 88. Originalmente diseñado para contabilidad y otras tareas administrativas, el primer 88 se volvió eventualmente anticuado y fue desguazado.

De algún modo, y el actual 88 no estaba muy seguro de cómo ocurrió, su cabeza y procesador originales desaparecieron y fueron sustituidos por los de una unidad que parecía demasiado pequeña para su cuerpo de dos metros. ¿O era al revés? No había manera de estar seguro.

8t88 sólo tenía vagos recuerdos de su anterior existencia. Sin embargo, odiaba la forma descuidada en la que sus partes fueron reconfiguradas. Con esto en el procesador, 88 acumulaba riquezas, una gran cantidad de riquezas, que utilizaba para encontrar y castigar a la persona o personas responsables de su desfiguración. No era el tipo de cosa de la que se preocuparía un droide común, pero 88 era cualquier cosa menos común.

Nadie cuestionó la presencia del droide, lo que no resultaba sorprendente en un establecimiento donde el dicho «ocúpate de tus propios asuntos» no era un tópico sino una estrategia para mantenerse con vida.

8t88 se volvió y se encaminó por un pasillo. Pequeñas luces blancas parpadeaban a lo largo de los márgenes. El bar se mantenía oscuro para ocultar las muchas capas de mugre y para proteger la privacidad de los clientes. Anillos rojos, azules y verdes se curvaban a lo largo de los soportes de las columnas espaciadas uniformemente y se reflejaban en los azulejos del techo.

8t88 cambió a infrarrojos y observó mientras cuerpos, armas y platos de comida entregados recientemente se transformaban en relucientes manchas verdes. El hombre que estaba buscando, un cazador de recompensas conocido como Boba Fett, estaría en algún lugar de la parte posterior, observando a aquellos a su alrededor, jugando un día más al interminable juego de comer o ser comido.

8t88 esperó a que un ribetiano brillantemente ataviado pasara, y recorrió un pasillo.

La cadera del droide hizo un sonido chirriante y atrajo la atención. Una multiplicidad de ojos le cotejaron con listas mentales, lo analizaron en busca de armas, y calcularon su valor de mercado actual. Una vez satisfechos, volvieron a sus propios asuntos.

La mayoría de los seres alrededor de 88 eran biológicos o, si poseían partes mecánicas, en su mayoría biológicos. 8t88 se compadecía de

ellos. El proceso de morir había comenzado el día en que nacieron, eclosionaron o decantaron. Sí, la ciencia podría retrasar su desaparición, pero la entropía sería inevitable. Excepto para las máquinas, que podían ser reconstruidas y por lo tanto vivir para siempre. La idea agradó a 88 y dio lugar a lo que los otros percibieron como una mueca.

El cazador de recompensas estaba sentado en una mesa arrinconada, de espaldas a la pared, su mochila propulsora yacía en el asiento de al lado. A un humano podría haberle molestado el visor con forma de T y el hecho de que este oscureciera el rostro del cazarrecompensas, pero 88 no sentía tal incomodidad. Había escuchado a los humanos referirse a los ojos como el «espejo del alma», pero él no tenía ni idea de a lo que se referían. Su voz era plana y sintetizada.

—¿Boba Fett?

El humano asintió.

—¿Y tú eres?

—Un cliente potencial. Me llaman 8t88.

Fett hizo un gesto hacia el lado opuesto del reservado.

—Descansa un poco. ¿Te representas a ti mismo o a otra persona?

—¿Eso importa?

El cazador de recompensas se encogió de hombros.

—No. Sólo era curiosidad. Nunca he trabajado para una máquina antes.

Sin carne para suavizarla, la sonrisa de 88 adquiría una cualidad amenazante.

—Entonces vete acostumbrando… las máquinas son el futuro.

—Quizá sí —respondió Fett con calma—, o quizá no.

—Un hombre llamado Kyle Katarn entrará en este bar en una hora o así. Tiene información que quiero.

Boba Fett se reclinó. La luz cruzó por la superficie del visor.

—¿Y? Pídesela.

—Puede que él no quiera dármela.

—¿Y ahí es donde entro yo?

—Exacto.

El cazarrecompensas se mantuvo en silencio durante treinta segundos completos.

—No lo creo.

—¿Por qué no?

—Porque he oído de Katarn. Algunos dicen que es un aliado del Imperio, mientras que otros afirman que trabaja para la Alianza.

—¿Y? Tú has trabajado para el Imperio.

—Cierto, pero la Alianza ha estado en racha en los últimos tiempos. ¿Quién sabe?

Podrían llegar a la cima. De cualquier modo, voy a quedarme fuera de esto.

—¿Es tu última palabra?

—Así es.

8t88 se levantó y caminó hacia el pasillo. Estaba a punto de irse cuando Fett se aclaró la garganta.

—Una cosa más…

El droide se volvió. Una rótula chirrió en señal de protesta.

—¿Sí?

—Lubrícate.

Kyle Katarn acabó su trago, se limpió la boca con el dorso de la mano y activó el cubo.

¿Reproducía el holo por… qué? ¿Quinta vez? El hombre con barba era su padre, y el niño era él. Un *Kyle* más joven e inocente antes de irse a

la Academia Militar Imperial de Carida, *antes* de que los imperiales asesinaran a su padre, *antes* de la incursión en el centro de investigación de Danuta. Cinco años habían pasado desde entonces, aunque parecían cincuenta, y la búsqueda continuaba. ¿Quién había asesinado a su padre? Él, ella o ello pagaría muy caro su error. Tal vez esta era la noche en que la verdad saldría a la luz.

El holo osciló. Morgan era transparente, pero sus palabras eran cálidas y fuertes: —

Quiero que recuerdes, hijo, cuando estés en la Academia, lo muy orgulloso que estoy de ti.

Algo chirrió cuando un droide se deslizó en el otro lado del reservado. El sintetizador sonó plano y carente de emociones.

—Qué conmovedor.

El holo desapareció. Las sombras escondieron los ojos de Kyle. Sacó un pequeño droide rastreador de su bolsillo, pulsó el botón de su parte trasera, y permitió que el

dispositivo se escabullera. Buscó la pierna de 88, activó un imán interno y se puso a trabajar. Si el droide más grande sintió algo, no dio ninguna señal de ello.

—No malgastes mi tiempo, 88. Propusiste esta reunión. ¿Quién mató a mi padre?

8t88 pasó a infrarrojos, comprobó si los cazarrecompensas habían ocupado sus lugares y vio que no lo habían hecho. ¡Malditos idiotas! Boba Fett habría llegado a tiempo. Maldijo la intransigencia de los humanos. Todo lo que podía hacer era ganar tiempo.

—Cuando alguien desea información, acude a mí.

Kyle sacó la pistola de la oscuridad. La luz recorrió la longitud del cañón.

—¿Y?

El droide habló rápidamente.

—Paciencia. Él es un Jedi Oscuro.

El arma permaneció como antes, sólo a unos centímetros de la placa visora de 88.

—¿Jedi?

—Jedi *Oscuro*. Se le conoce como Jerec. Tiene grandes planes para el renacer del Imperio.

8t88 vio dos manchas verdes aparecer en el reservado de más allá. La ayuda, si se podía decir así, había llegado.

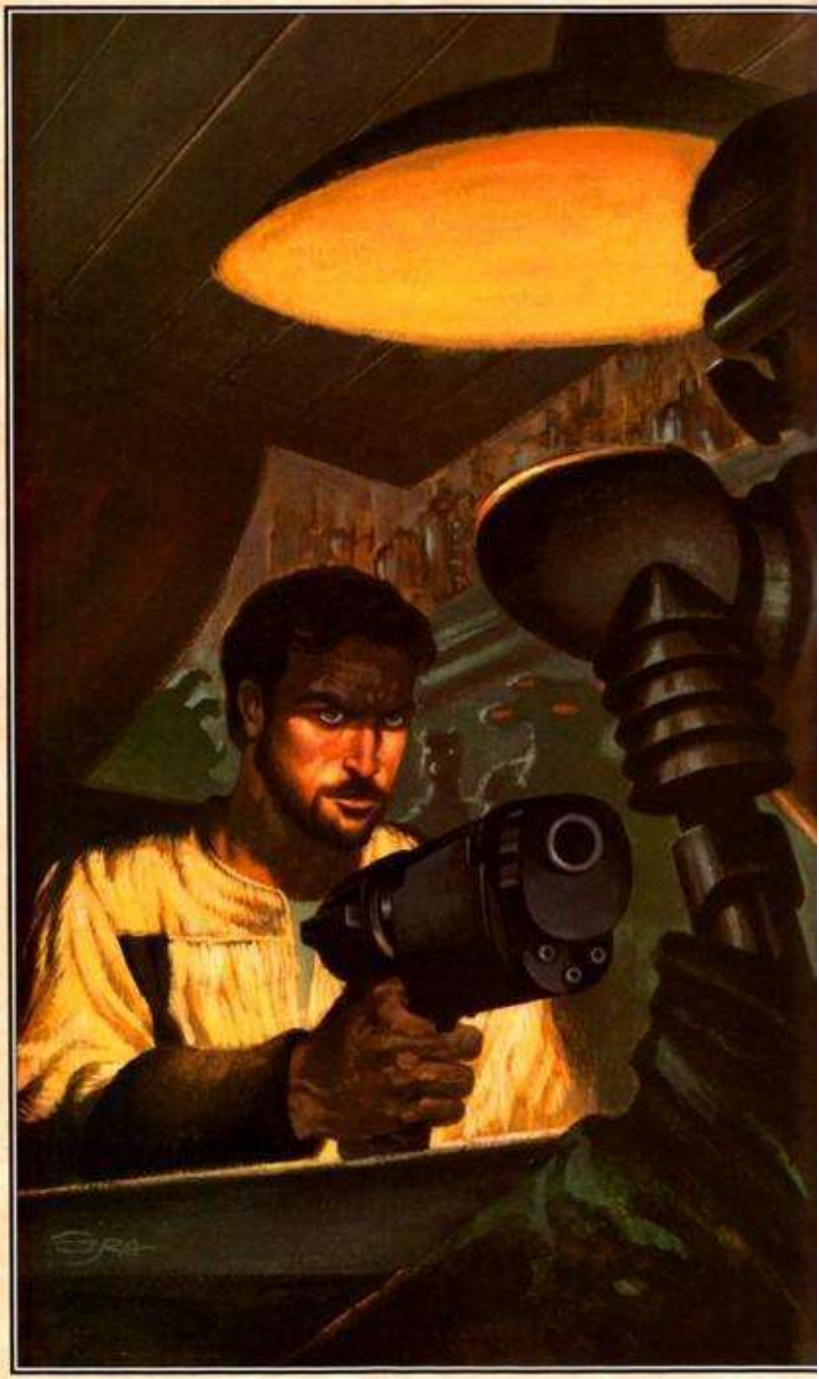
Kyle sintió su corazón latir un poco más rápido. ¡Jerec! ¡El mismo Jerec que asistió a la ceremonia de graduación de Acantilado! ¿El mismo Jerec que le buscó, puso una medalla en su pecho, y le habló como si fuera un viejo conocido?

«Saludos, Kyle Katarn. Has logrado mucho para alguien tan joven. El reconocimiento es dulce, ¿verdad? Sin embargo, recuerda que el reconocimiento es un regalo entregado por aquellos que tienen poder a los que no lo tienen. Este es sólo el primer escalón… Sube por la escalera con rapidez, únete a los que poseen poder, y reclama lo que es tuyo. Yo estaré esperando».

Kyle no fue consciente en aquel momento, pero su padre había sido asesinado semanas antes. ¿Jerec había sido consciente? ¿Consciente no sólo de ello sino de la razón para ello? ¿Jerec asesinó a su padre?

El rebelde no hizo más que plantearse la pregunta cuando alguien presionó un bláster contra su nuca. Algo o alguien se echó a reír, y 88 hizo un ruido chasqueante.

—¡Huy! Eso parece incómodo. Tomaré el bláster para que nadie salga herido.



Kyle dejó ir el arma y observó al droide colocarla en el extremo de la mesa.

—Ahora, ¿dónde estábamos? Ah sí, nuestro amigo Jerec. Tiene muchos planes, Jerec.

Por desgracia, tú no entras en ninguno de ellos. Pero no carezco de corazón. ¡Ups! Error mío… ¡Yo no *tengo* corazón! Aún así, podría dejarte vivir, si respondes a mis preguntas.

8t88 sostenía un disco. Era de aproximadamente seis centímetros de diámetro y brillaba bajo la luz.

—¿Te resulta familiar? Bueno, debería. Encontré docenas de estos en la casa de tu padre.

Kyle intentó coger el disco, pero unas manos le frenaron. El droide no pareció darse cuenta.

—Soy muy bueno con los códigos, pero este se me escapa. Quizás podrías ser tan amable de proporcionarme algún consejo. ¿O debo permitir a mis amigos disfrutar de los aspectos más sórdidos de sus personalidades?

Kyle miró el disco y se preguntó lo que habría en él.

—¿El lado sórdido? He vivido en él. Hazme lo que quieras.

8t88 sacudió la cabeza.

—Qué lástima. Cuál es el dicho… ¿de tal padre, tal hijo? No es un pensamiento muy agradable, dada la forma en que tu padre terminó sus días. Que tengas una velada agradable.

El droide se deslizó hacia un lado, se puso en pie y fue hacia la puerta. Alguien se rio entre dientes cuando otro cuerpo tomó el asiento recientemente desocupado. Era un gran, y sus tres ojos montados en tallos estaban inyectados en sangre. Su voz sonaba como una trituradora de grava engranada en una marcha corta.

—¿Me recuerdas? Le llevó tres meses curarse a esta quemadura de bláster.

—No puedo decirte que lo haga —respondió honestamente Kyle—, pero las calles están llenas de basura… y es difícil diferenciar un pedazo de otro.

El gran apenas estaba empezando a responder cuando Kyle extendió la mano sobre su hombro, agarró al segundo cazarrecompensas, un apestoso rodiano, y tiró. El

diminuto alienígena hizo un arco por el aire y se estrelló sobre la mesa. El bláster tomó vida propia. Se deslizó por la superficie desgastada y acabó en la mano de Kyle. El gran parpadeó en rápida sucesión.

—Nunca saldrás vivo de aquí. ¡Nar Shaddaa será tu tumba!

Kyle sonrió.

—No estoy interesado en irme. No hasta que concluya algunos negocios con 8t88…

Los cazarrecompensas observaron al rebelde deslizarse para salir del reservado, ponerse en pie, y retirarse.

—Gracias por todo. Deberíamos comer algún día.

Nadie se rio.

Jan Ors guiaba el *Cuervo Oxidado* a través de las partes altas de la ciudad. Había todo tipo de peligros navegacionales (torres, pórticos, plataformas y puentes aéreos) construidos para comodidad de sus dueños, sin tener en cuenta el bien público. Parecía como si una constelación entera de luces rojas de advertencia flotara a su alrededor. Por no hablar de los signos a veces engañosos que podían guiar a pilotos a su destino… o a una bahía de carga aislada donde podrían ser asesinados y sus cargas robadas.

No es que el *Cuervo* atrajera mucha atención, especialmente a la luz de su humilde condición y su aspecto maltrecho. Originalmente era un carguero, había tenido muchos roles desde entonces y había sufrido en el proceso. Sin embargo, era de construcción corelliana, más rápido de lo que parecía y armado hasta los dientes, por lo cual era perfecto para el tipo de trabajos que la Alianza asignaba a su red de agentes.

Jan frunció el ceño, mordió su labio inferior, y cortó el impulso. Una nave robot de forma esférica se elevaba como una burbuja desde el fondo del mar. Sus repulsores iluminaban estroboscópicamente la

oscuridad por debajo mientras luces circundaban su amplia sección media. Estática crujió a través de los altavoces de la cabina a medida que la otra nave subía sin rozar las torres cercanas. Una luz se encendió en una torre distante, haciendo que el ventanal de la nave se oscureciera.

Jan comprobó los sensores, escudriñó la noche, e hizo avanzar la nave. La agente rebelde no había avanzado más de un centenar de metros antes de que una formación de tres naves se cruzara en su camino. Las turbulencias hicieron que el *Cuervo* se bamboleara, y Jan luchó por controlarlo. Una voz llenó sus oídos.

—Esto no es ningún aparcamiento. Vuela o aterriza.

Las naves, dos cazas TIE y un bombardero TIE, se marcharon antes de que Jan pudiera responder. Los imperiales, que no faltaban, eran tan arrogantes como siempre.

Puede que el Imperio estuviera contra las cuerdas en algún otro lugar, pero no había evidencia de ello en la ciudad vertical. Luchar contra ellos, y lo que representaban, había consumido la mayor parte de su vida, una vida que habría llegado a un final prematuro en el asteroide AX-456 ocupado por los rebeldes si alguien distinto al Cadete Líder Kyle Katarn hubiera liderado la incursión para recapturarlo.

El acto piadoso de Kyle y su posterior amistad habían constituido la base de una exitosa asociación, una en la que él siempre encontraba nuevas maneras de meterse en problemas… y ella de sacarle de ellos. Cuando se lo permitían, en todo caso…

El viaje a Nar Shaddaa servía como un ejemplo excelente. Jan se opuso a la idea y creyó que había convencido a Kyle sólo para descubrir que se había ido sin ella. ¿Qué encontraría? ¿Algunos restos de malhumor? ¿Un tiroteo en toda regla? ¿O al pequeño

«¿por qué preocuparse por mí?» en acción? No había forma de saberlo. Kyle era bueno en muchas cosas, pero el trabajo en equipo no era una de ellas.

Un robot de aterrizaje controlado remotamente apareció, ordenó a Jan que lo siguiera, y la guió hacia las plataformas públicas de aterrizaje. Luces relucían estroboscópicamente, y ella las siguió al interior.

Kyle sacó un pequeño comunicador del bolsillo de la cadera, se colocó el auricular en la oreja y oyó un sonido cliqueante. Se volvía más débil cuando giraba a la derecha y más fuerte cuando se orientaba a la izquierda. 88 y el localizador que tenía adherido a su pierna estaban en movimiento. Había un flujo constante de tráfico peatonal, y el rebelde se abría camino a empujones.

Un twi'lek pasó con sus vestiduras resplandecientes mientras discutía con un comerciante ithoriano.

No había forma de saber quién o qué montaba en la silla de mano de pesadas cortinas, sólo que él, ella o ello debía ser pesado, a juzgar por los droides de construcción elegidos para soportar la carga.

Un oficial imperial apareció, su rango escondido bajo una capa, seguido de cerca por sus guardaespaldas. Kyle sintió los músculos de su estómago tensarse y dejó que su mano cayera hacia la funda de duelo de su cintura. La ciudad vertical no reconocía ninguna autoridad salvo la propia, y el Imperio le requería por deserción, traición, asesinato, y otros crímenes demasiado numerosos como para mencionarlos.

Kyle chocó con un kubaz de larga nariz, ignoró los improperios dirigidos a su espalda, y pasó más allá de una hilera de turboascensores.

El cliqueo había perdido parte de su premura. El rebelde dio media vuelta, se abrió camino hacia una plataforma de turboascensor ya repleta, y sintió su estómago dar un vuelco cuando se disparó hacia arriba. De todas formas, ¿hacia dónde iba 88? No había manera de estar seguro, pero las plataformas de lanzamiento estaban por encima, y eso sugería una nave. Una vez que 88 se hubiese ido, sería casi imposible recuperar el disco.

El cliqueo se acrecentó y se volvió constante. El droide estaba cerca, *muy* cerca, pero aún más allá de su alcance. El agente maldijo entre dientes cuando la plataforma paró e hizo una pausa mientras una hembra whiphid subía a bordo. Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, el turboascensor reanudó su viaje.

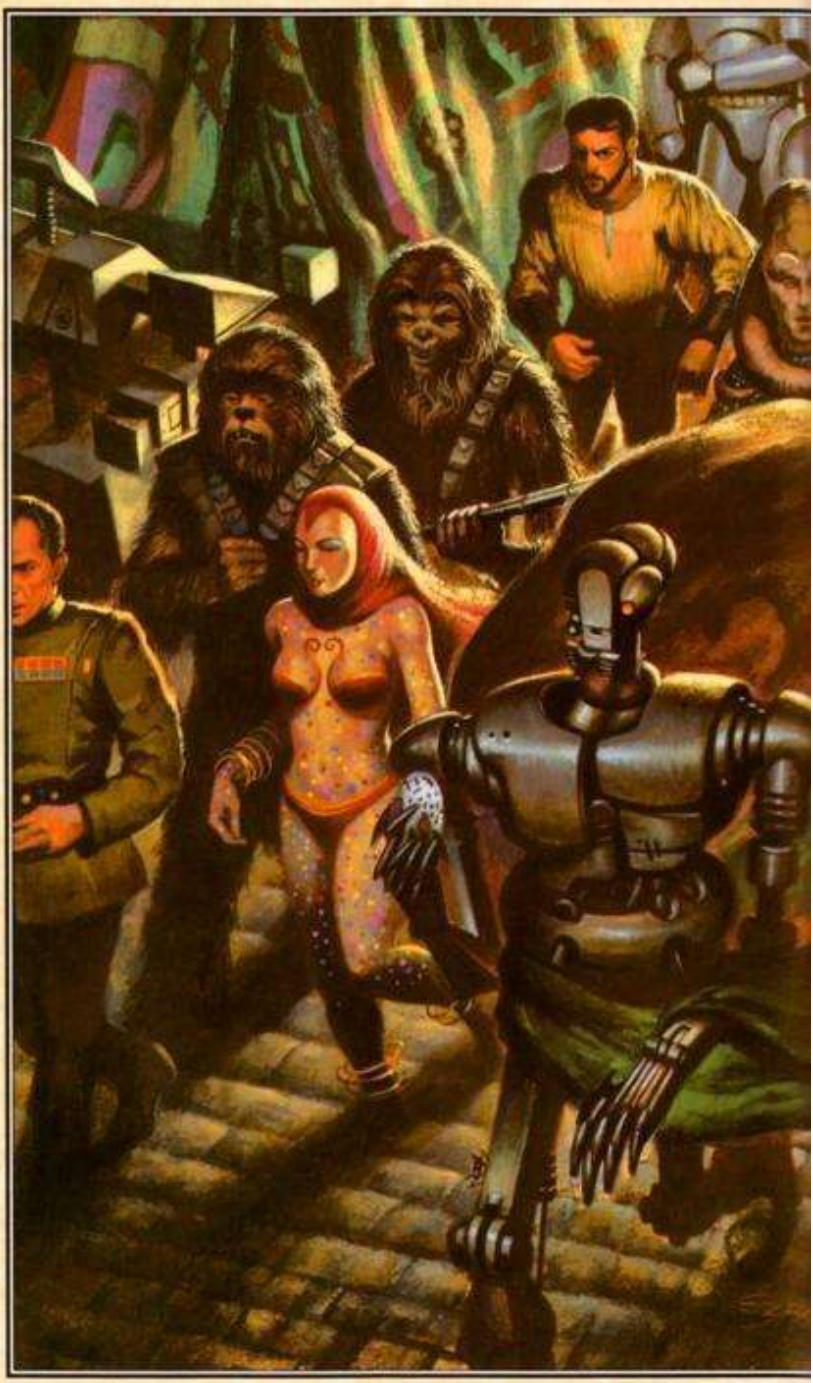
Kyle esperó a que las palabras «Cubierta de Lanzamiento Tres» aparecieran en el arco de entrada y saltó fuera cuando lo hicieron. El localizador era tan ruidoso que Kyle se quitó el receptor del oído. El pequeño comunicador era un excelente sustituto. No había ninguna manera de saber si Jan estaba en las proximidades. Pero podría

escucharla siempre y cuándo ella llamara. El rebelde estiró el cuello, vio a su presa desaparecer a través de un portal circular y se apresuró a interceptarla.

8t88 había compuesto cinco mentiras diferentes para justificar su fracaso. ¿Cuál podría creerse Jerec? El droide se preguntaba esto mientras caminaba a través de un portal y descendía un tramo corto de escaleras. Se vio obligado a hacer una pausa. Los clones eran humanos, vestían poco más que harapos, y estaban unidos por pequeños tramos de cadenas. Eran criaturas miserables con incluso menos libertad que un droide

común. Un guardia gamorreano emitió una serie constante de gruñidos y resoplidos.

Los presos mantuvieron los ojos en la cubierta.



Mientras 8t88 esperaba a que los esclavos pasaran, el más brillante de sus dos guardaespaldas, un ejemplar muy musculoso conocido por el nombre de Grentho, vio algo y fue a examinarlo. El rastreador se aferró tercamente al principio, luego se liberó y trató de escapar. El humano sujetó el dispositivo con forma de escorpión entre un pulgar muy encallecido y un índice manchado de nic-i-tain.

—¡Ey, jefe! ¡Mire lo que he encontrado en su pierna!

8t88 reconoció la pequeña máquina instantáneamente, ordenó al guardaespaldas que la destruyera y echó un rápido vistazo alrededor. Kyle Katarn apareció como si hubiera estado esperando la señal, moviéndose para interceptarlo.

El rastreador chilló cuando Grentho acabó con su vida mecánica. Polvo acarreado por el viento salpicó la piel aleada de 88. Cláxones sonaron cuando una lanzadera imperial invadió la bahía. Como a la mayoría de los su clase, a 88 le gustaba la precisión. El hecho de que la nave se ajustase al horario previsto le complació. Varias clases de unidades de comunicaciones habían sido incorporadas en el cuerpo del droide y él usó una de ellas para contactar con el piloto.

—La puntualidad es una virtud, teniente. Me encargaré de comentárselo a sus superiores. No hay necesidad de aterrizar. Sólo baje la rampa.

La lanzadera retumbó obedeciendo y movió la rampa. Kyle sacó su arma, saltó a la plataforma de abajo y gritó sobre el estruendo.

—¿Qué? ¿Te vas tan pronto?

Chispas volaron cuando la rampa tocó la cubierta. 8t88 sintió un repentino deseo de burlarse del humano. Extrajo el disco de un compartimiento de almacenamiento y lo agitó sobre su cabeza.

—¿Es esto lo que quieres? ¡Ven y cógelo!

Los guardaespaldas estaban alcanzando sus armas cuando Kyle disparó. El rayo de energía arrancó el brazo de 88 con precisión casi quirúrgica. El droide contempló con horror cómo la extremidad ahora cortada giraba a través del aire, arrojando líquido hidráulico en todas direcciones, y finalmente tintineaba golpeando la cubierta.

Kyle observó el brazo rodar hacia el borde de la plataforma, oscilar, y desaparecer.

El disco, todavía dentro del puño fuertemente cerrado del droide, siguió al brazo en su viaje.

8t88 agarró su muñón, localizó el tubo similar a una arteria, y lo pellizcó cortando el flujo. Apareció un soldado de asalto, envolvió un brazo alrededor de la cintura de 88 y ayudó al droide a subir. La rampa dejó de tocar la plataforma y comenzó a retraerse.

Un rayo de energía pasó más allá del hombro de Kyle, rozó a un weequay que pasaba, y chamuscó el mamparo de detrás. La no muy inteligente criatura rugió indignada, agitó su pica hacia un grupo de artistas de la arena bith y provocó una estampida.

Kyle devolvió el disparo. Grentho abrió sus brazos como si recibiera a un amigo y cayó de espaldas. Humo se elevó desde el agujero en su pecho.

Al segundo guardaespaldas no le fue mejor. Consiguió subir a la rampa y se dirigía hacia la escotilla cuando un soldado de asalto le disparó en la cara. Se desplomó hacia atrás, cayó de la rampa, y se estrelló en la plataforma de abajo.

La lanzadera se elevó con sus repulsores llameando, giró y se alejó. Kyle envió un disparo de despedida, vio movimiento por el rabillo del ojo y se zambulló para cubrirse.

Voló por el aire, deseando que la cubierta estuviera hecha de algo más suave que el duracero, mientras el fuego de bláster chamuscaba la plataforma en la que había estado.

La lanzadera se había ido, y un bombardero TIE imperial había sido desplegado para ajustar cuentas. Se estrelló boca abajo contra otra plataforma, y luchó por respirar.

Todo lo que Kyle podía hacer era ver cómo el bombardero TIE se elevaba y giraba en su dirección. No había ningún lugar donde esconderse. El rebelde miró fijamente el cañón láser y esperó el destello de luz coherente. Todavía esperaba cuando fuego de cañón golpeó por detrás al bombardero. Este se tambaleó y se desvió hacia una pared.

La explosión resultante iluminó la zona, disparó varias alarmas y activó los sistemas de emergencia de la torre.

Inyectores instalados en la pared cubrieron los restos con espuma mientras droides de rescate, médicos, y de contención caminaban,

rodaban y, en un caso, se deslizaban al rescate.

Sin embargo otra nave apareció a la vista, y Kyle, determinado en seguir luchando, levantó el arma. Estaba a punto de disparar cuando reconoció la proa en forma de pico de la nave. Aunque no era especialmente bonito, el *Cuervo* era una visión bienvenida.

Jan estaba preocupada, aliviada y enfadada, todo al mismo tiempo.

—¡Siempre estás en problemas!

El rebelde enfundó el arma.

—No después de que me rescates.

La piloto sonrió a su pesar.

—Vi a los buitres reunirse sobre algo y me imaginé que serías tú. ¿Cómo te las arreglarías sin mí?

Kyle analizó los restos todavía humeantes.

—¡No quiero ni pensarlo! No duraría mucho, eso seguro.

Las alarmas de la cabina comenzaron a sonar, y Jan revisó las pantallas.

—Se acerca más compañía. Salta a la rampa y escaparemos.

Kyle negó con la cabeza.

—Gracias, pero no, gracias. ¡Encuéntrate conmigo en la parte superior! El disco cayó desde la plataforma. Voy a por él.

Jan quiso preguntarle, «¿qué disco?». Quería averiguar qué lo hacía tan importante.

Pero ella sabía que Kyle no tenía tiempo para contárselo. Que le zurzan, de todos modos. Era valiente hasta el punto de la temeridad y se probaba a sí mismo constantemente incluso cuando había superado las pruebas… primero, en la Academia Militar Imperial, y más tarde con la Alianza, donde su larga lista de logros era credencial suficiente, o debería serlo.

Todo esto y mucho más pasó por la mente de Jan en un abrir y cerrar de ojos. Algún día habría tiempo para hablar, pero no ahora. Suponiendo que vivieran tanto.

—Entendido… ten cuidado. Nos vemos en la parte superior.

El *Cuervo* giró sobre su eje, hizo una pausa y se fue.

Kyle examinó sus alrededores, vio lo que parecía una escalera de mantenimiento y corrió en su dirección. Era resistente, hecha de duracero y soldada a una pared exterior.

Examinándola más de cerca, Kyle vio que la escalera había sido construida para dar cabida a los bípedos y, a juzgar por el mecanismo de guía montado a su lado, a un

droide de mantenimiento altamente especializado. ¿Y si llegaba hasta la mitad y el droide aparecía?

El rebelde miró hacia arriba, miró hacia abajo, y debatió qué hacer. Esta decisión, como tantas otras, fue decidida por él. Soldados de asalto entraron a paso ligero por el otro extremo de la plataforma, se detuvieron, y esperaron órdenes. El suboficial tenía una voz de patio de armas y le gustaba usarla.

—Muy bien, ¡dispersaos y encontradlo! Han puesto precio a su cabeza, por lo que podríais ser ricos por la mañana.

Las palabras del suboficial fueron una motivación más que suficiente. Los soldados de asalto habían sido convocados desde locales nocturnos cercanos y, aunque no estaban del todo sobrios, parecían suficiente para la tarea en cuestión.

Kyle echó una mirada, se volvió sobre el abismo, y localizó el primer travesaño con los pies. Los peldaños estaban muy juntos, como para dar cabida a seres con las piernas más cortas, y fríos como el hielo. El rebelde deseó tener guantes y estiró las mangas para cubrir sus manos, utilizándolas como aislamiento.

La ciudad se levantaba a su alrededor mientras el agente bajaba hacia las profundidades. Con un leve giro de la cabeza, Kyle pudo ver todo tipo de estructuras verticales, cilíndricas, rectangulares, e incluso trapezoidales conectadas por puentes suspendidos, pasos elevados y arcos. Todo estaba tan entrelazado que Kyle tenía la impresión de múltiples troncos que se elevaban de un conjunto común de raíces, como si toda la ciudad fuera parte de un único organismo en el que una amplia variedad de simbiontes y parásitos lograban florecer. ¿Y eso en que le convertía?, se preguntó. ¿Una infestación momentánea?

La idea le hizo gracia. Casi se rio en voz alta cuando una ráfaga

inesperada amenazó con hacerle caer. Al menos se sintió como una rafaga, aunque no había nada de natural en el gigante que la causó o acerca de la forma en que el aire golpeó el cuerpo de Kyle.

La nave era demasiado grande para usarla dentro de los estrechos confines de los cañones inferiores de Nar Shaddaa y había forzado su uso sin tener en cuenta la seguridad de los que vivían en las torres circundantes. Un foco de búsqueda barrió el cuerpo de Kyle, se detuvo en la pared a su lado, y regresó. Una voz amplificada y audible sobre los repulsores de la nave surgió.

—¡Hey, tú! ¡El hombre de la escalera! ¡Alto ahí!

Kyle ignoró la orden y aumentó su velocidad de descenso. Un rectángulo de luz blanca apareció a la vista y desapareció. Kyle tuvo la impresión de una mujer vestida de blanco, un oficial mon calamari y un droide cromado. Todos con expresión sorprendida, y la mujer, si ella era típica, asustada.

La gente de la nave estaba molesta. Fuego de cañón barrió la pared bajo las botas de Kyle. No tenía más remedio que subir, incluso si eso significaba regresar a la plataforma de aterrizaje de arriba. ¿O no? Kyle subió hacia la ventana, se detuvo y se asomó a la habitación. Los ocupantes habían huido.

El que comandara la nave se ofendió por la pausa y disparó. Kyle se revolvió hacia arriba, oyó las ventanas de transpariacero hacerse añicos, y vio luces aparecer en la habitación. ¿Soldados de asalto? No, un droide de mantenimiento, enviado para noquearlo.

La nave, incapaz de mantener su posición durante más de unos segundos, había caído dos o tres plantas y estaba en proceso de subir otra vez. Kyle se agachó, echo un vistazo a la ventana y saltó lateralmente.

La maniobra fue más difícil de lo que había pensado que sería. Sus brazos golpearon el alféizar, sus piernas patearon la pared, y la nave flotó a unos metros de distancia.

Estaba tan cerca que podría haber sido capaz de ver las caras de la tripulación si se volvía para mirar. ¿Qué estaban haciendo? ¿Esperando a que cayera?

El droide, consciente de sus circunstancias, gimió mientras la nave rugía. La explosión llegó cinco segundos después.

La nave era tan grande, tan poderosa, que tomó cada pedazo del valor de Kyle lanzar una pierna sobre el alféizar, ignorar los cortes que había sufrido, y lanzarse al apartamento recientemente devastado. La nave se dirigió a él vía los altavoces. Él saludó con la esperanza de que siguieran sin disparar. Escombros yacían por todas partes, agujeros habían sido abiertos a través de las paredes, y un fuego ardía en una esquina de la habitación.

No fue nada grácil la forma en que cayó por la ventana, se arrastró hacia la puerta todavía abierta, y se lanzó a través de ella. Apenas la había atravesado cuando la nave disparó. El apartamento recientemente desocupado pareció estallar.

Kyle se puso en pie, corrió por el pasillo, y oyó cómo la nave continuaba disparando.

Ventanas rotas, paredes desaparecidas y cocinas explotadas mientras los imperiales

sondeaban el interior del edificio. ¿Cuántos habían muerto? Los imperiales ni lo sabían ni les importaba.

El pasillo llegó a su fin; el agente se metió en una salida de incendios y se dirigió hacia abajo. El ataque y el ruido que lo acompañaba se desvanecieron poco a poco.

Era tentador tomarse un momento para reflexionar sobre lo que había pasado, para comprobar todas las heridas que había sufrido, pero Kyle sabía que no debía hacerlo.

Los imperiales no se detendrían ante nada, y los refuerzos estaban en camino. Bajó las escaleras de dos en dos.

Kyle consideró usar los turboascensores después de tres o cuatro pisos, pero sabía que sería peligroso y en su lugar siguió por las escalinatas, tubos de caída libre y escaleras de mano. Y no estaba solo. A lo largo del tiempo, otros seres habían sido forzados a salir a los callejones de la ciudad. Ahora ellos los llamaban hogar.

Aun así, tan amenazantes como algunos de ellos parecían, la mayoría no tenían deseos de mezclarse con el lunático de ojos salvajes que salía a toda velocidad de la oscuridad, con sangre oscura coagulada a lo largo de un lado de su cara y la ropa colgándole hecha jirones.

Aparecían como instantáneas, sus expresiones de miedo, odio, o sorpresa se grababan a fuego para siempre en la memoria de Kyle

mientras ellos salían de los túneles, le enseñaban los colmillos, o saltaban apartándose de su camino. La gravedad y su propia inercia le hacían continuar descendiendo.

No había mucho tiempo para pensar, para analizar su progreso, pero ciertas cosas eran evidentes. La ciudad estaba construida en capas. Al descender a las profundidades de Nar Shaddaa, Kyle estaba viajando hacia atrás en el tiempo.

El metal bajo sus botas cambiaba a un tono diferente a medida que las viejas aleaciones reemplazaban a las nuevas.

Los siempre presentes grafitis oscilaban de los habituales a jeroglíficos alienígenas y viceversa.

Unos murales hablaban a través de las capas de mugre, contando historias de un pueblo muy rico, una cultura que tenía el arte en tan alta estima que embellecía incluso el más insignificante de los pasadizos.

Restos, incluyendo el casco de una antigua nave espacial, hablaban de los tiempos difíciles también, cuando alguien o algo fue encadenado con grilletes firmemente anclados y pasó días arañando su nombre en la pared.

Cuanto más lejos iba Kyle, más calor hacía… tanto calor que la humedad corría por las paredes, cubriendo de óxido todo a la vista, y sentía su ropa pesada sobre su cuerpo.

La fuente del calor no era un misterio. A medida que Kyle se acercaba a la superficie de la luna, entraba en el reino de los masivos puertos de escape de la ciudad.

Construidos para ventilar el excesivo calor emitido por las anticuadas centrales energéticas de Nar Shaddaa, las chimeneas eran una de las razones por las que los residentes de la ciudad habían elevado las estructuras alejándolas de la superficie rocosa de la luna.

El cuerpo de Kyle exudaba sudor mientras bajaba por una antigua escalera de piedra, pasó a través de una puerta destrozada y sobre un extraño esqueleto. El rebelde activó una vara luminosa y llevó el haz de luz al área por delante de él.

Había agua por todas partes, goteando, borboteando y chorreando, como si fuera parte de una conspiración para enmascarar los sonidos que sus enemigos hacían. El agente tragó saliva y sacó el bláster. Su

peso era reconfortante.

Una serie de giros a la izquierda sacaron al rebelde de la torre introduciéndolo en un espacio abierto. Una chimenea de escape se elevaba a la izquierda de Kyle, a su derecha los restos de lo que parecía ser un templo, y una plaza se abría frente a él.

La lluvia era caliente y pegajosa. Empapó el cabello de Kyle y corrió por su cara.

Moviéndose con cautela, con sus ojos buscando movimiento, el agente se abrió paso hacia delante. Un paisaje compuesto de charcos lo rodeaba. La lluvia los convertía en océanos en miniatura con olas moviéndose en todas direcciones.

La luz se reflejó en algo, y Kyle utilizó el dorso de la mano armada para limpiarse el agua de la frente. La vara luminosa vaciló, le dio un golpecito, y la luz regresó. ¿Podría ser? ¡Sí, allí estaba! ¡El brazo de 88 estaba con el muñón plantado en el suelo y el puño hacia arriba! El disco brillaba con luz reflejada.

Kyle se abrió paso chapoteando y estaba extendiendo la mano para alcanzar el disco cuando un trandoshano emergió bruscamente del agua junto a él. Estaba armado con una vibrohacha y sabía cómo usarla. Parecía que lo que el rebelde había tomado por un

charco era mucho más profundo… lo suficientemente profundo como para ocultar a un cazador de recompensas.

Kyle se volvió en la dirección de su atacante, levantó el bláster, y sintió cómo era arrancado de su mano.

El trandoshano estaba orgulloso por la manera en que había desarmado a su oponente desde abajo y planeaba partir el cráneo del humano con un golpe descendente. Un golpe, una muerte. ¡Esa es la manera del guerrero!

Kyle, que no tenía ningún deseo de ser partido como un trozo de leña, se lanzó a un lado. Vio el brazo de 88 y se lo llevó consigo. El agua amortiguó la caída del rebelde, salpicando hacia los lados y derramándose dentro de nuevo.

Furioso por la manera en que el cobarde humano había tratado de evitar lo que el cazarrecompensas veía como un golpe mortal justo y merecido, el trandoshano cargó.

Kyle giró sobre su espalda e instintivamente levantó las manos. La vibrohacha hizo un sonido metálico al chocar contra el brazo de 88. El trandoshano rugió, levantó su arma, y bizqueó cuando Kyle le dio una patada entre las piernas.

El chapoteo resultante trajo ayuda desde las sombras.

—¿Porg? ¿Eres tú? ¿Qué está pasando?

Kyle maldijo, agarró la vara luminosa que estaba flotando, y la apagó. El agente sintió los segundos consumirse mientras buscaba a tientas el contorno familiar del arma. Entonces recordó el truco, el que había aprendido por accidente y había utilizado en el Descanso del Borde. ¿Funcionaría?

El agente se obligó a concentrarse, a dejar de lado el miedo y a *sentir* el bláster en su mano. Repentinamente estuvo allí, con la culata por delante, listo para usarse. Sacó el arma del agua y se preguntó si dispararía.

El aqualish llevaba una luz montada en un rifle bláster y surgió al espacio abierto andando como si fuera dueño del lugar.

Kyle apuntó justo por encima de la luz, disparó al cazarrecompensas en el pecho y vio rebotar el disparo. ¡Armadura! Un disparo en la cabeza, entonces…

El trandoshano se incorporó. Fue una mala decisión. El aqualish disparó primero, el humano después. El trandoshano recibió ambos disparos. El agua hirvió alrededor de la vibrohacha aún en funcionamiento.

El aqualish no sólo estaba sorprendido sino que momentáneamente fue presa del desconcierto y pagó el precio. Kyle le disparó en la cabeza, hizo una pausa para asegurarse de la muerte, y se tomó un momento para sacar el disco del puño todavía cerrado de 88.

Luego, con los gritos de más refuerzos resonando en sus oídos, Kyle decidió correr.

Sabía que la vara luminosa podría delatar su posición. Pero se vio obligado a utilizarla.

Era eso o herirse a sí mismo con obstáculos invisibles.

Kyle atravesó un antiguo cementerio, zigzagueando entre lápidas suavizadas por la lluvia, y se dirigió hacia un arco apenas visible.

El ruido apenas se notaba al principio pero creció en volumen hasta el punto en que sacudía la tierra bajo los pies de Kyle. *Pum. ¡Pum! ¡PUM!* Sonaba como el latido de un corazón, como si la luna estuviera viva y

Kyle hubiera descubierto su pulso.

La fuente del sonido era un misterio al principio pero poco a poco reveló ser una rampa que ascendía en espiral, delimitada por luces muy espaciadas entre sí.

Rápidamente se hizo evidente que la cinta transportadora emergía de las profundidades de la corteza del planetoide, la rampa seguía hacia arriba y entregaba mineral a los muelles de carga muy por encima. Kyle había oído hablar de las minas y sabía que desempeñaban un papel importante en la historia de Nar Shaddaa, pero no tenía ni idea de que todavía siguieran operativas.

Mientras que al rebelde no le importaban las minas o el mineral que producían, la cinta transportadora ofrecía innegables posibilidades.

Pasó bajo el arco y subió sobre pilas de piezas lentamente oxidadas que, como los huesos de algún monstruo extinto, yacían esparcidas donde una máquina había caído cincuenta años antes. Una vez libre de su inquietante presencia, se dirigió hacia el punto donde la cinta transportadora emergía del subsuelo. Una carcasa de metal cuidadosamente sellada impedía el acceso.

El agente encontró una escalera de mano. Vibraba en armonía con la maquinaria de encima. Kyle subió rápidamente, llegó a una plataforma de mantenimiento y se detuvo para comprobar si le seguían. Luces, parecía que dos o tres, oscilaban pasando a través del cementerio. Kyle maldijo y se volvió hacia la cinta.

El mineral era de color rojo anaranjado y se movía a dos o tres kilómetros por hora.

Saltar a la cinta sería relativamente fácil. Pero entonces, ¿cómo escapar? Miró por encima de su hombro. Las luces estaban más cerca ahora, las primeras habían dejado atrás el cementerio.

Kyle aseguró su bláster y saltó.

Los cazas TIE atacaron el *Cuervo* minutos después de que Jan abandonara la torre.

Había dos de ellos y, como el bombardero TIE que ella había destruido

minutos antes, mostraban un increíble desprecio por la seguridad de los ciudadanos de Nar Shaddaa.

¿Más de la misma vieja arrogancia… o desesperación nacida de las derrotas recientes?

Era una pregunta interesante pero mejor guardarla para más adelante.

Jan giró el *Cuervo* a la derecha, puso la masa de una gran torre entre ella y los cazas, y aplicó más potencia. Unas luces se emborronaron a pocos metros, y su disparo en respuesta destrozó una hilera de ventanas.

El sudor perlaba la frente de Jan. ¿Ahora qué? No podía volar en círculos para siempre. Debía haber un modo mejor. Entonces lo vio, un pináculo distante aún en construcción, los veinte pisos superiores esperaban aún las paredes.

Jan se mordió el labio mientras se zambullía en un cañón bien iluminado. El primer caza TIE se apartó de la torre, intentó un disparo con deflexión, y falló. Uno de los extremos de un puente suspendido cedió y cayó. El extremo libre se estrelló contra un edificio, cortando su última conexión, y desapareció en el abismo.

Jan se preguntó cuántos habrían muerto y continuó intentando alejarse de los imperiales. Zigzagueó entre edificios, consiguió ventaja y luchó por ampliarla. Unos segundos extra más. Era lo único que necesitaba.

El pináculo se elevaba hacia el espacio, el monumento al ego de alguien y un lugar perfecto para esconderse. Jan apagó las luces de navegación del *Cuervo*, dio un giro brusco y se acercó al edificio por el otro lado.

Tomó cada pedacito de su habilidad usar la cantidad correcta de velocidad, guiar la nave por una ranura rectangular, y aterrizarla.

Los cazas TIE pasaron más allá del edificio, no la localizaron, y volvieron atrás. Esta vez eran más lentos y más metódicos pero estaban buscando lo que no debían; una nave volando. Jan esperó, con la esperanza de escapar.

Entonces, uno de los cazas divisó a Jan (o, más probablemente, el calor generado por su motor), y fue a investigar. Jan hizo rechinar los dientes, esperó a que el imperial llenara el rectángulo frente a ella y disparó su cañón. El caza TIE explotó. Las llamas bloquearon la ruta

de escape principal de la rebelde.

Sabiendo que la otra nave la encontraría a menos que se moviese, Jan encendió los repulsores del *Cuervo* y se deslizó hacia un costado. Hubo un ruido áspero cuando la superficie del casco se arañó contra el techo, seguido de silencio cuando la agente hizo las correcciones necesarias y buscó una vía de escape.

Estalló energía cuando el caza TIE número dos localizó a la rebelde y disparó. No había mucho que Jan pudiera hacer… a menos que…

Como en todos los edificios altos de Nar Shaddaa, había un hueco para los turboascensores en el centro del pináculo. Un *gran* hueco para turboascensores, capaz de transportar toneladas de suministros a los niveles superiores. Este edificio no era una excepción.

Jan deslizó el *Cuervo* en dicho hueco, lanzó un suspiro de alivio, y se precipitó hacia arriba. El caza TIE, aún en posición y disparando, pareció completamente desprevenido cuando la nave rebelde emergió por la parte superior del edificio y lo rodeó. Disparó los cañones y el caza TIE se golpeó contra un lado del edificio, estalló en llamas y cayó como un cometa. Los restos iluminaron el cañón de abajo.

Kyle estaba hundido hasta las rodillas en el mineral, se agachó para evitar una riostra, y miró hacia arriba a través de la penumbra. Parpadeó cuando la lluvia le alcanzó los ojos.

¿Qué era esa estructura, de todos modos? ¿Una cubierta… o algo mucho más inquietante? Lo que fuera hacía mucho ruido, como si el mineral estuviera siendo aplastado o forzado a través de algún tipo de clasificador.

Por mucho que el agente hubiera disfrutado el viaje, no tenía ningún deseo de quedarse enredado entre la maquinaria. Esperó a la siguiente riostra, saltó tan fuerte como pudo y logró conseguir agarrarse. Hizo una dominada, lanzó una pierna a través de la viga y tiró del resto de su cuerpo hacia la parte superior.

Un rápido escaneo reveló una pasarela a veinte metros. Todo lo que Kyle tenía que hacer era caminar a lo largo de la viga y subir a bordo. Cometió el error de mirar abajo.

Era un larga, larga caída. Las luces se balanceaban a medida que sus perseguidores subían una escalera de mantenimiento.

El rebelde maldijo, corrió a lo largo de la viga y pasó a la pasarela. Fue una buena decisión, una que le permitió viajar más rápido. La pasarela llevó a Kyle a una escalera que daba acceso a una plataforma de mantenimiento y a un montacargas cercano. ¡Por fin! Algo en lo que podría descansar.

Una ola de fatiga recorrió a Kyle, y sin el flujo constante de adrenalina para mantenerlo en marcha, se derrumbó en un rincón. El ascensor se paraba de vez en cuando para permitir que un droide subiera o bajara, pero no había señales de persecución. ¿Eso significaba lo que Kyle esperaba? ¿Que les había cansado? ¿Que la persecución había terminado?

La plataforma desaceleró, las palabras «acceso a la azotea» aparecieron en el panel indicador, y el elevador se detuvo. Kyle se puso en pie, esperó a que las puertas se abrieran y se asomó afuera. Nada. Lamentaba no tener el auricular y la unidad de comunicaciones. Ambas cosas habían desaparecido, perdidas en la oscuridad de abajo.

Las puertas comenzaron a cerrarse y zumbaron cuando Kyle usó el bláster para mantenerlas abiertas. Sintieron la resistencia, se abrieron, y le permitieron pasar. El ataque se produjo sin previo aviso cuando un disparo de bláster perforó un agujero a través del hombro de Kyle. Se tambaleó y trató de responder pero se sentía muy, muy cansado. El bláster parecía tan pesado que apenas podía levantarlo. Los cazarrecompensas eran poco más que un borrón. Retrocedió, sintió sus hombros golpear la puerta, y esperó el disparo que acabaría con su vida.

Una voz sonó dentro de su cabeza.

Encuentra la paz en tu interior. Nada puede tocarte allí. La Fuerza te protegerá.

Kyle había oído hablar de la Fuerza y supo instintivamente que «el truco del arma», como él pensaba en ello, se basaba en una fuente de energía externa a sí mismo. Ese conocimiento, además de la extrema desesperación, le hizo escuchar.

Kyle llamó a la Fuerza, se convirtió en uno con ella, y sintió que los eventos empezaban a ralentizarse. Ahora había tiempo, un montón de tiempo para evaluar a los cazarrecompensas desplegados delante de él, levantar su arma y abrir fuego.

El rebelde se sintió ajeno de alguna manera, como atestiguar la vida de otra persona.

Observó cómo un rodiano se desplomaba, un gamorreano caía y un humano se derrumbaba.

Una sensación de engreída invencibilidad se asentó en Kyle cuando sus enemigos cayeron como el trigo ante una guadaña. ¡Nadie podía hacerle frente! Nadie era tan inteligente, tan poderoso, tan…

De repente y sin previo aviso, la ralentizada y casi ensoñadora batalla se reprodujo en avance rápido. Un haz de energía chisporroteó pasando al lado de la cabeza de Kyle y él comprendió su error. La Fuerza era una fuente de protección, no de… Una granada explotó, la cubierta desapareció, y su cabeza se golpeó contra el metal.

Jan había aterrizado en la plataforma tres horas antes, pero había sido obligada a abandonarla cuando otras naves llegaron. Tarifas astronómicas, aplicadas por minutos, la dejaron sin otra opción.

Siendo ese el caso, la rebelde había regresado cada media hora o así, aterrizando cuando podía, explorando la zona, y llamando por radio cuando no podía.

Era un aburrimiento, una tarea frustrante, del tipo que siempre acababa haciendo, todo porque lo único peor que trabajar con Kyle era trabajar sin él.

El *Cuervo* estaba en su aproximación final cuando la granada explotó. Jan vio el destello de luz y adivinó el resto. Kyle había llegado, y alguien quería detenerlo. Dio potencia a los motores y trató de comunicarse.

— *Cuervo* a Kyle, ¿me recibes? Cambio.

Silencio.

Jan sintió su corazón latir más rápido, activó las armas del *Cuervo* y sentenció a muerte a cualquiera que tratara de detenerla.

Los cazarrecompensas, los que quedaban en pie después de que Kyle adelgazara sus filas, escucharon la nave y se volvieron. Había tres, y ellos, además del cuerpo desplomado sobre los elevadores, era todo que Jan necesitaba ver.

Blásters escupieron fuego mientras la rebelde llevaba la nave a la izquierda, disparaba el cañón de proa, y hacía pivotar el morro a la derecha. Luz coherente surgió, abriendo agujeros a través de los pechos de los cazadores de recompensas y chamuscando la cubierta de detrás. Se tambalearon, giraron, y cayeron, todo sin acercarse al cuerpo inmóvil de Kyle.

El *Cuervo* aterrizó sobre los cuerpos de los cazarrecompensas como un ave carroñera. La rampa cayó y Jan salió con un bláster en cada mano. Un cazador de recompensas, el único aún vivo, vio la expresión en la cara de la agente y siguió haciéndose el muerto.

Jan, con cuidado de mantener un ojo en los alrededores, se abrió

camino hacia el cuerpo, todavía inconsciente, de Kyle, enfundó uno de los blásters y utilizó la mano

para comprobar su pulso. Era débil pero constante. Como con muchas heridas de bláster, el agujero fue cauterizado cuando el rayo de energía pasó a través de él, y aunque estaba cubierto de sangre, el cráneo de Kyle parecía intacto.

Jan suspiró aliviada, colocó el bláster restante en su cintura y agarró a Kyle por debajo de las axilas. La cabeza de su compañero se movía arriba y abajo mientras la agente lo arrastraba hacia la nave y subían la rampa. Él era más grande que ella, y Jan se vio obligada a detenerse de vez en cuando para recuperar fuerzas.

Finalmente, con la rampa retraída y Kyle asegurado en una litera, despegó. El *Cuervo* se balanceó sobre el abismo, se elevó hacia la oscuridad del espacio, y dejó Nar Shaddaa atrás. Kyle necesitaba ayuda… y Jan la encontraría.

CAPÍTULO *4*

La nave hospital *Misericordia*, un acorazado anticuado, dos fragatas de asalto, un escuadrón de cañoneras corellianas, y un surtido navío de apoyo orbitaban un mundo recientemente devastado. Ciudades de cristal coloreado, ahora reducidas a escombros, se fusionaban con llanuras de tierra fundida por el calor. Este era sólo uno de los muchos planetas echados a perder durante los últimos años.

El *Misericordia*, que fue «liberado» mientras todavía estaba bajo construcción, era enorme. De más de dos kilómetros de largo y un cuarto de kilómetro de ancho, podía albergar hasta cinco mil pacientes, además del equipamiento, droides y el personal necesario para dirigirlo y mantenerlo.

Sin embargo, a pesar de su considerable tamaño, el *Misericordia* estaba gravemente superpoblado. Más de seis mil heridos rebeldes estaban metidos dentro de su casco.

Llenaban los pabellones y se esparcían por los pasillos, donde permanecían sentados o yaciendo en camas improvisadas. Peor aún era el hecho de que los pacientes que deberían haber sido sumergidos en uno de los 4250 tanques de bacta de la nave se veían obligados a esperar.

Eso significaba que antiguos y menos efectivos procedimientos médicos tenían que ser utilizados. Y eso significaba que algunos de los

heridos sufrirían incapacidades permanentes, ya que la terapia de bacta, cuanto más se retrasaba, menos eficaz se volvía.

Jan sintió un nudo en la garganta mientras se abría paso a través de los corredores atestados y vislumbraba cuerpos partidos en dos, cabezas sin rostro, y seres tan quemados que no podía determinar si eran humanos o miembros de otras especies.

El hecho de que ella no fuese inmortal, que podría haber sido una de ellos, le revolvía el estómago. Jan sabía que nunca olvidaría los pasillos del *Misericordia*, los sacrificios que sus compañeros rebeldes habían hecho, o el verdadero precio de la libertad.

Tardó quince minutos en llegar a la sala de bacta 114. Tres unidades de reemplazo se habían puesto en servicio y se colocaron en el pasillo. Contenían lo que quedaba de la tripulación de doce personas de una cañonera. La nave, la *GS-138*, había sido emboscada mientras estaba en una incursión de alto secreto. Los restos y algunas cápsulas de escape era todo lo que quedaba cuando llegó la ayuda.

Los supervivientes, incluyendo un hombre, una mujer y un varón mon calamari, estaban suspendidos en bacta y afortunadamente inconscientes. Medallas colgaban de los cables improvisados que conectaban sus tanques a los sistemas de monitorización computarizados de la nave. Notas, dibujos, e instantáneas estaban pegadas a los tanques. Un médico de aspecto cansado se volvió para saludarla. Era calvo y con un poco de sobrepeso.

—¿Sí?

—Estoy buscando a un paciente llamado Kyle Katarn.

A pesar de que no había ninguna señal externa de su condición especial, la sala 114

se reservaba para los miembros de los contingentes de Inteligencia y Operaciones Especiales de la Alianza. Aunque no era especialmente agradable pensar en ello, el hecho era que algunos heridos eran considerados más importantes que otros, y Kyle (si no de total confianza, un agente competente y probado) estaba en la lista de candidatos para recibir tratamiento médico de alta prioridad. Siendo ese el caso, había ciertas medidas de seguridad en el lugar.

El médico se consideraba a sí mismo una especie de experto en lo que se refería a tipos misteriosos. El traje de vuelo civil, la pistola no estándar, y los ojos encantadores apuntaban a una conclusión: un

espía venía a ver a otro espía. A veces se ponían nerviosos, por lo que había que tener cuidado. El médico mantuvo su voz neutral.

—¿Puedo ver su identificación?

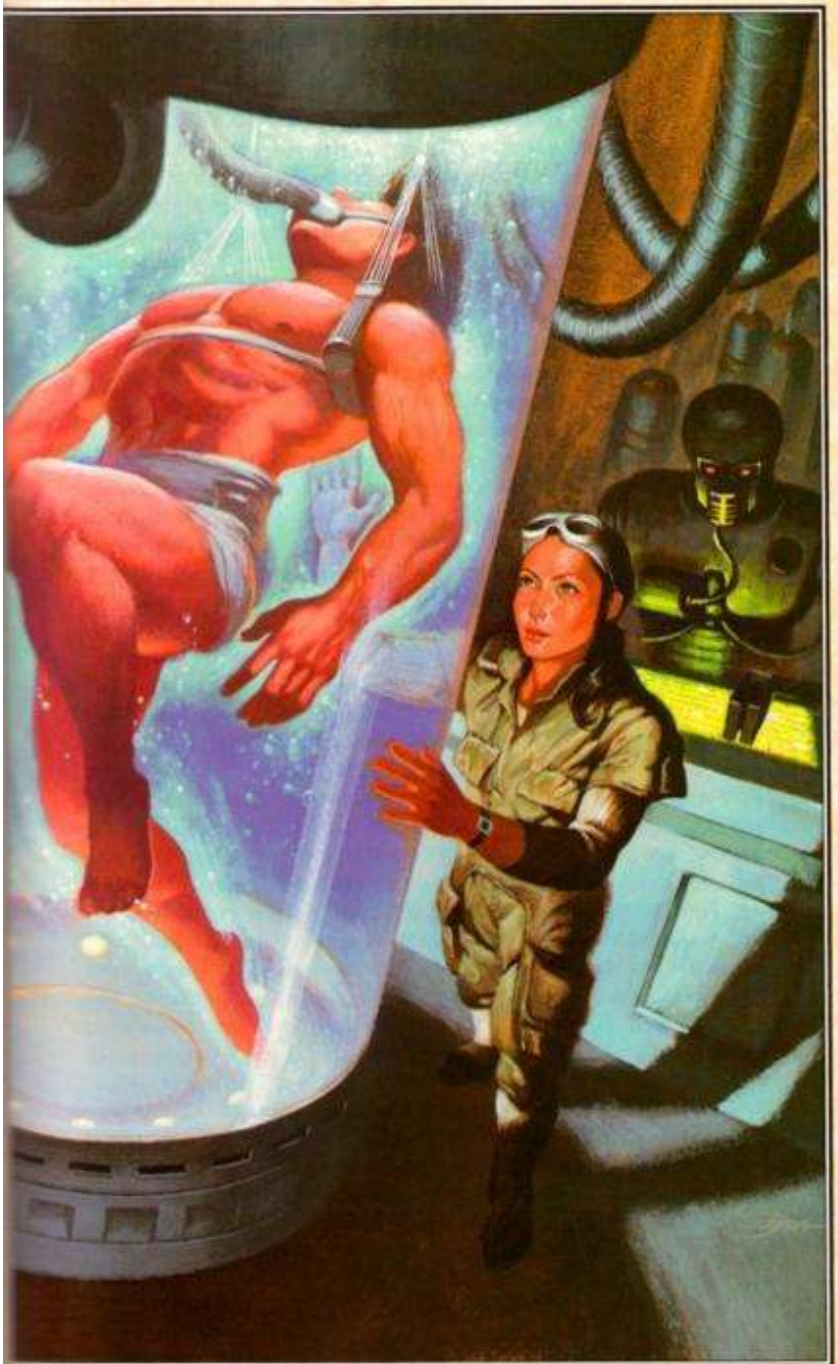
Jan le entregó su tarjeta y vio cómo la pasaba por el lector. El médico comprobó la lectura y asintió hacia una escotilla.

—Su amigo está en el tanque veintitrés. Le sacaremos más tarde hoy. Eso es positivo, ya sabe. Estará en pie y caminando pronto.

Jan le dio las gracias al médico, activó la puerta y caminó dentro. Un droide de mantenimiento estaba trabajando en un tanque vacío, y aparte de ruidos suaves de herramienta, la sala estaba tranquila. El aire tenía un olor ácido que habría sido agradable si no fuera por las vistas que le acompañaban. Los tanques estaban numerados y contenían cosas que Jan no quería ver, cosas que flotaban como especímenes en frascos. Algunos parecían intactos, pero otros tenían evidentes heridas.

La agente se alegró de que estuvieran dormidos.

El tanque 23 parecía como aquellos a su alrededor excepto por el hecho de que nadie había dejado medallas ni notas en él. Kyle flotaba ahí, su cuerpo acurrucado en posición fetal, sus cabellos flotando como algas a la deriva. Parecía inocente, más un muchacho que un hombre.



La agente se acercó a la unidad y colocó las manos sobre la superficie de transpariacero del tanque. Estaba fresca y húmeda, como piel recién lavada o el casco de una nave espacial. Algo se atragantó en la parte posterior de su garganta cuando Jan recordó los tres largos días en que la condición de Kyle había vacilado entre bien y mal.

Ella estabilizó la herida del hombro, pero la conmoción le llevó a vomitar y a períodos de inconsciencia, síntomas que la nave algo limitada en referencias médicas señaló como graves.

Pero consiguieron llegar a espacio rebelde, y mientras Kyle entraba en el tanque de bacta 23, Jan se derrumbó en una litera. Doce horas de sueño la dejaron descansada pero preocupada. No tenía ni idea de qué había estado haciendo Kyle en Nar Shaddaa o de por qué había ido tras el disco. Este no era el tipo de admisión que quería hacer a sus superiores. Especialmente cuando *ella* era su superior y estaba nominalmente al cargo.

Cada tanque de bacta tenía un pequeño armario donde se guardaban los objetos personales. Jan se arrodilló, tiró de la puerta y lo abrió. Las ropas de Kyle estaban allí junto con su arma y sus botas. Ella rebuscó a través de los bolsillos y encontró una billetera, un holocubo y, sí, el misterioso disco.

Jan se sintió dividida. No tenía derecho a fisgar en las pertenencias de Kyle. Pero se supone que los agentes no *tienen* ninguna privacidad… no para sus compañeros. A pesar de que Jan tenía plena confianza en Kyle, era difícil convencer a otros para que sintieran lo mismo, especialmente en momentos como este.

Activó el holoproyector, observó a Morgan Katarn despidiéndose de su hijo, y se mordió el labio inferior. La cartera fue lo siguiente. Ella había mirado a través de los contenidos y estaba a punto de devolverla cuando vio algo inesperado. ¡La agente se encontró con una instantánea en 3D de sí misma! ¿Cuándo y cómo la había obtenido Kyle? No había forma de saberlo. Pero el hecho de que estuviera allí significaba mucho.

Cayeron lágrimas por las mejillas de Jan cuando deslizó el disco en su bolsillo, devolvió el resto de pertenencias de Kyle al armario y se levantó. Sus dedos dejaron contornos en la cubierta de transpariacero. Las huellas se desvanecieron cuando ella quitó las manos.

—Lo siento, Kyle… te quiero.

Entonces, caminando rápido con el fin de completar la tarea lo más

rápidamente posible, Jan dejó la sala. El medico la vio irse, deseó que alguien se preocupara lo suficiente para llorar por *él*, y volvió a su trabajo. Había historiales que actualizar, y el

Teniente Comandante Nidifer podría comprobarlo para asegurarse de que estaba hecho.

Jan pasó la mayor parte de dos horas tratando de acceder al contenido del disco, pero finalmente se rindió. El contenido estaba encriptado, y no pudo descifrarlo. Necesitaba ayuda, ayuda experta, el tipo de ayuda que residía en la nave insignia.

En lugar de solicitar autorización para despegar con el *Cuervo* y recorrer la distancia relativamente corta hasta la *Nueva Esperanza*, Jan decidió aprovechar el servicio de lanzadera regular. El viaje al acorazado reformado tomó menos de quince minutos. Una vez a bordo, la agente fue en busca de un viejo conocido, un amigo de su padre, actualmente a cargo de la sección de Contramedidas Electrónicas de la nave insignia. Su nombre era Oficial Técnico Jefe Xiong Wong, «Jefecito» para sus amigos y «ese miserable viejo» para aquellos que maltrataban su equipo y se les pillaba haciéndolo.

Encontró a Jefecito de la misma manera que siempre, preguntando a sus subordinados dónde estaba el problema y descendiendo a las entrañas de la nave.

Después de eso, era una simple cuestión de seguir un rastro de herramientas abandonadas temporalmente a través de un espacio pequeño hacia una bahía de equipamiento iluminada. El oficial técnico, junto con dos de sus técnicos, trabajaba duro. Los cables se retorcían en cinco o seis direcciones y convergían en una caja de conexiones abierta.

Jefecito le echó una mirada, dio un grito de alegría, y se ofreció a comprar su almuerzo… una invitación puramente simbólica, ya que cualquiera podía entrar en el comedor de forma gratuita.

Jan aceptó, ignoró las miradas y, siguió a Wong fuera. Había muy pocas posibilidades de que él pudiera acceder al disco. Pero él conocía a gente que podría.

Kyle se despertó entre sábanas nuevas y limpias. Recordaba el tanque de bacta, pero no lo veía por ninguna parte. El sueño le abatió. Soñó con la casa de su padre, con Jan mirándole a través de una ventana, y con un hombre que nunca había visto antes. El hombre tenía la piel oscura y vestía una simple túnica blanca. Había algo en su voz, en la forma en que hablaba, que atrajo la atención de Kyle.

—Una encrucijada yace ante ti… El mismo hombre que asesinó a tu padre contempla un mal aún mayor. Su nombre es Jerec, y busca un lugar llamado el Valle de los Jedi, un lugar donde quedaron atrapados miles de espíritus Jedi, un lugar de poder casi inimaginable, un lugar que él nunca debe alcanzar. Porque si lo hace… los resultados podrían ser catastróficos. Imagina a alguien que pudiera destruir una estrella con un susurro, erradicar un sistema solar con un chasquido de sus dedos, o sacar un planeta de su órbita con un pensamiento.

»Tu padre dio su vida por proteger este lugar… y el poder que contiene. Su destino estaba unido a él… y tu destino está unido al suyo.

»Tu aprendizaje ha comenzado desde hace algún tiempo. El disco te ayudará a absorber la senda del Jedi. Apréndela bien y apréndela rápidamente, porque el tiempo apremia.

Rahn se desvaneció de la vista, aparecieron formaciones rocosas de extraña apariencia, y Kyle se esforzó en ver. La imagen se estabilizó por un momento, se desenfocó y se desvaneció. El nombre de Jerec significaba algo, pero él no podía recordar qué. Kyle estaba pensando en eso, o intentándolo, cuando el sueño le abatió, otra vez.

El Oficial Técnico Jefe Xiong Wong utilizó una llave hidráulica para golpear la escotilla.

—Hey Cables, sé que estás allí, así que abre.

Silencio.

Wong miró a Jan y guiñó un ojo.

—No te preocupes. Tengo una manera segura de conseguir su

atención.

La llave golpeó otra vez.

—Está bien, Cables. Como quieras. El Teniente Comandante Olifer parece un hombre razonable… El hecho de que te hayas apropiado del treinta y dos por ciento del

exceso de capacidad del ordenador de rastreo para tu propia ganancia personal no le molestará lo más mínimo.

La escotilla se abrió y un hombre pequeño con una nariz larga y fina se asomó. Tenía ojos pequeños, redondos y brillantes. Recorrieron el cuerpo de Jan y se posaron sobre Wong.

—¿Cuál es el problema, Jefecito? Estoy ocupado.

—Ocupado gestionando un casino virtual —dijo Wong sosegadamente —. No es que me importe… siempre que tu ordenador esté listo para el combate.

—¿Y? ¿Has venido a decirme eso?

—No —respondió Jefecito con calma—, he venido para que me ayudes con esto. —

Wong sostuvo el disco entre el pulgar y el índice. La luz se reflejó en su superficie—.

Está protegido contra lectura, y mi amiga quiere acceder.

Cables miró del disco a la cara del oficial técnico.

—Lo pirateo, ¿y me dejas en paz?

—Afirmativo.

—¿Y Olifer?

—Seguirá dichosamente ignorante hasta que tu codicia te delate.

—Hecho. Vamos a ello.

Jan pasó las siguientes dos horas en el almacén abarrotado que Cables había reformado para sus propios ruines propósitos. Había muy poco que la agente pudiera hacer para ayudar, pero se sintió obligada a quedarse. En parte porque Jefecito lo hizo, y en parte porque Cables

no era claramente de fiar.

El experto informático sabía lo que hacía, pero, no obstante, era un proceso lento. En primer lugar, aplicó algunos programas de cifrado extraoficiales estándar. No funcionó.

Más que un poco enfadado ahora, y mucho más comprometido ante el reto, Cables lo intentó de nuevo. El siguiente programa que ejecutó usaba un código fuente que él mismo había escrito. Ni siquiera eso funcionó la primera vez, aunque Jan pudo vislumbrar a un hombre de mediana edad que se parecía mucho a Morgan Katarn.

Finalmente, con un grito de triunfo, Cables logró abrir una brecha parcial. Era como mirar fijamente a través de una tormenta de nieve, y la estática hacía que algunas de las palabras fuesen difíciles de oír, pero no había ninguna duda de lo que decían.

Jan hizo jurar a ambos hombres mantener el secreto, tomó el original *y* la copia parcialmente descifrada y dio a Jefecito un abrazo. Cables parecía que hubiera disfrutado de un abrazo también, pero se vio obligado a conformarse con un apretón de manos. El camino desde el almacén hasta el puente del acorazado fue uno de los más largos que Jan hizo en su vida.

Como el acorazado en sí mismo, la cabina databa de los días preimperiales y era muy espaciosa, unos aposentos apropiados para un almirante cuyas funciones eran principalmente ceremoniales.

La nave tenía algunos elementos de Churba, donde había funcionado como un museo de la guerra orbital hasta que fue «liberada» por los rebeldes y reacondicionada.

Sin embargo, no había ningún recurso que derrochar en decoración, lo cual explicaba por qué los mismos tapices que decoraron los mamparos antes de la Rebelión todavía colgaban allí, añadiendo un olor algo mohoso. Mon Mothma se había acostumbrado al olor, pero Leia Organa, formalmente *Princesa* Organa, no. Ella estornudó, y su hermano, Luke Skywalker, dijo:

—Salud.

Mon Mothma, quien estaba profundamente ocupada en un problema

logístico, se dio poca cuenta. Estornudos y lo que la gente decía ante ellos eran menos importantes que los suministros médicos y los sistemas utilizados para distribuirlos. Mon Mothma llevaba el cabello corto para reducir su mantenimiento al mínimo y prefería túnicas sueltas, vestidas con un solo broche o cierre, a las túnicas y pantalones que Leia prefería. Tal vez fue un hábito que cogió durante sus años como senadora o, y esto parecía más probable, era una cuestión de comodidad. Sea cual fuese la razón, la túnica de la administradora se agitaba de un lado a otro a medida que ella se movía de aquí para allá.

—Y por tanto —continuó ella—, la distribución eficiente de los suministros médicos no sólo salvará vidas, indicará las prioridades del gobierno y nuestra capacidad para cumplir con ellas.

Luke, que sabía que debía preocuparse por tales asuntos, se esforzaba en prestar atención. Los asuntos administrativos y políticos que Mon Mothma y su hermana encontraban tan fascinantes a menudo lo dejaban frío o, más exactamente, aburrido.

Siendo el caso, miró esperanzado cuando uno de los ayudantes de Mon Mothma se deslizó en el compartimiento y susurró algo al oído de la administradora. Cualquier tipo de distracción sería bienvenida. La administradora escuchó, asintió y dijo algo en respuesta.

El ayudante se retiró y Mon Mothma se dirigió a sus invitados.

—Disculpad la interrupción, pero parece que algo bastante urgente ha surgido.

Leia y Luke se levantaron para marcharse, pero Mon Mothma les hizo un gesto para que se quedaran.

—No. Agradecería vuestras opiniones en esto.

La escotilla se abrió, y entró una mujer. Leia notó que era bonita, aunque ella no parecía ser consciente de esto, y vestía un traje de vuelo civil. El hecho de que hubiera pasado a través de un control de seguridad y todavía llevara un arma constataba su autorización. Mon Mothma dio a la recién llegada un abrazo y se volvió hacia sus invitados.

—Jan, esta es Leia Organa y su hermano Luke Skywalker… Leia, Luke, esta es Jan Ors. Fue Jan, junto con un agente llamado Kyle Katarn, quien robó los planos de la Estrella de la Muerte del laboratorio de Danuta.

Jan sintió la sangre correr por sus mejillas. ¿Leia Organa? ¿La *Princesa* Leia Organa?

¿Y *Luke Skywalker*? ¿El Caballero Jedi? Ambos eran famosos. Ella no estaba segura de qué tipo de bienvenida podría recibir.

Pero no había ninguna duda en el entusiasmo que mostraban, en la calidez del apretón de manos de Leia, o en la sonrisa en la cara de Skywalker mientras rodeaba la mesa para saludarla.

—Es un *verdadero* placer… Lo que hiciste tuvo agallas. Y salvó muchas vidas.

Gracias.

Jan se ruborizó otra vez, tartamudeó algo sobre cómo Kyle había llevado a cabo la parte más difícil de la misión, y se alegró cuando Mon Mothma llevó la conversación de vuelta al presente.

—¿Tienes algo de qué informar? ¿Algo sobre un valle?

Jan asintió.

—Se llama el Valle de los Jedi.

Luke se enderezó.

—¿Qué has dicho? ¿El Valle de qué?

Alarmada y algo desconcertada, Jan repitió el nombre.

—El Valle de los Jedi… ¿Por qué? ¿Has oído hablar de él?

Luke parecía pensativo.

—Sí, he oído hablar de él. Primero a Yoda. Y luego a otros. Sin embargo, ninguno de ellos realmente lo vio… y eso me da que pensar…

Jan se encogió de hombros y sostuvo el disco para que lo vieran.

—Bueno, el padre de Kyle pensaba que era real y dejó un mensaje a tal efecto.

Leia frunció el ceño.

—¿ *Pensaba* que era real? ¿Qué le ha ocurrido?

Jan recordó el holo que ella y Kyle vieron a bordo del *Estrella del Imperio* y se estremeció.

—Los imperiales asesinaron a Morgan Katarn y colocaron su cabeza en una pica.

Luke levantó una ceja.

—¿Fue *decapitado?* ¿Así es como lo mataron?

—Eso creo. ¿Marca eso alguna diferencia?

La mano biónica del Jedi se desvió hacia el sable de luz a su lado.

—Tal vez sí, tal vez no —respondió vagamente—. Pero he observado que las decapitaciones son tan raras como las armas utilizadas para llevarlas a cabo.

Jan estaba justo empezando a considerar las implicaciones de eso cuando Mon Mothma hizo un gesto hacia el disco.

—Veamos lo que Katarn tiene que decir.

Jan se disculpó por la calidad y colocó el disco en un reproductor. Lo que pareció una tormenta de nieve se arremolinó, estática crujió, y una imagen apareció. El hombre tenía el pelo gris, casi blanco, y una barba plenamente desarrollada. Sus ojos eran amables pero cansados. Un taller o un área similar aparecía en el fondo.

—Este mensaje está dirigido a mi hijo Kyle Katarn — *crujido… chasquido…*

crujido…—. Kyle, he dejado dos elementos muy importantes para ti. El primero es un mapa para llegar al Valle de los Jedi, que está incrustado en el techo de piedra de esta habitación. El otro es un sable de luz que perteneció a un Jedi llamado Rahn. Úsalo bien.

Úsalo para el bien.

Mon Mothma conocía a Rahn y se preguntó dónde estaría. Luke había oido del Jedi por Yoda.

Leia rompió el silencio.

—Sin ofenderte a ti o a la familia Katarn, pero, ¿y qué? ¿Por qué debería involucrarse la Alianza? Los recursos son escasos. Deben ser

asignados con cuidado. —

Mon Mothma asintió en acuerdo.

Jan se sintió a la defensiva y trató de ocultarlo.

—A los imperiales les preocupa, por lo que a nosotros debería preocuparnos.

Trataron de quedarse con el disco, lo perdieron ante Kyle, y lucharon por recuperarlo.

Esa es la mejor respuesta que os puedo dar.

Luke intervino antes de que Leia pudiera responder.

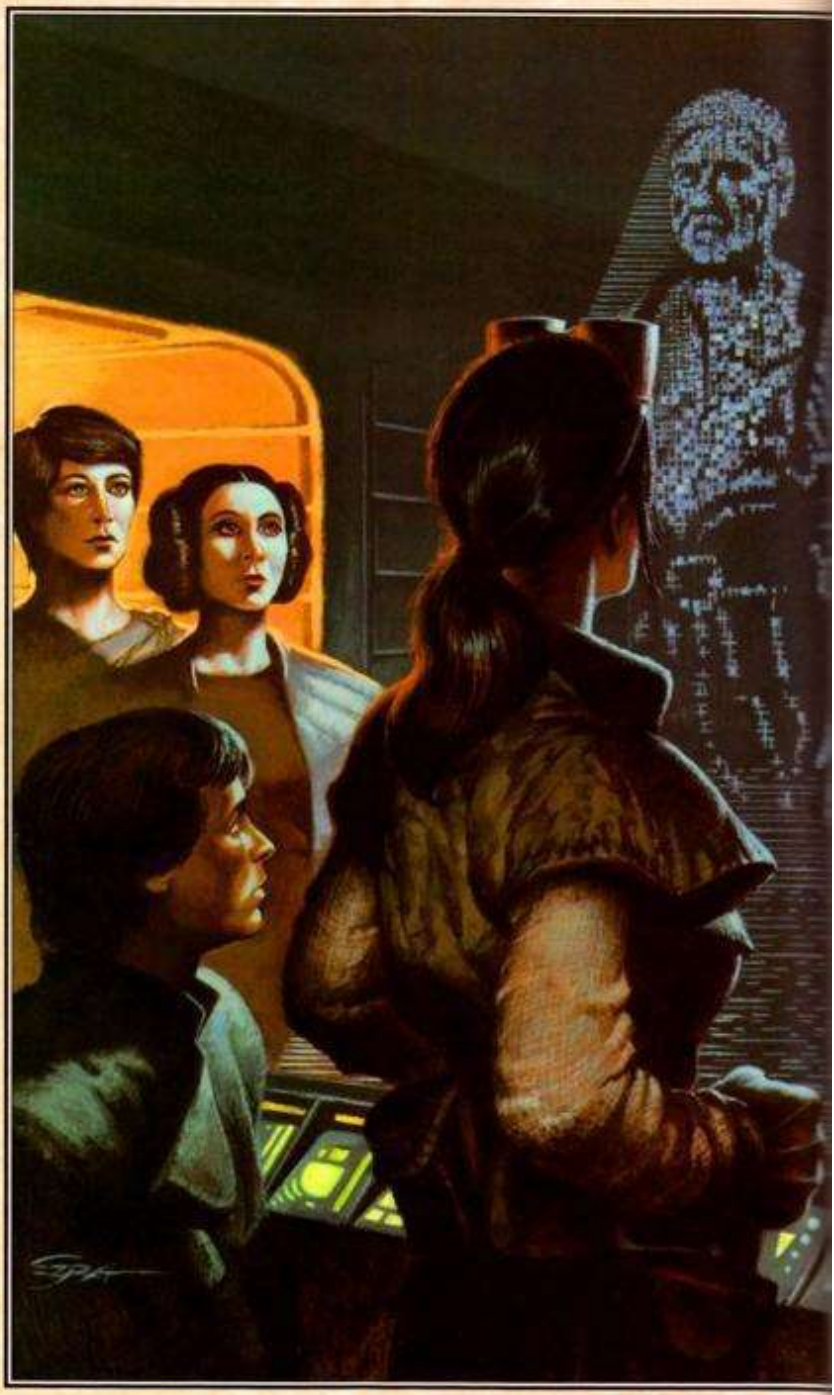
—Escucha la leyenda, y lo entenderás.

Mon Mothma empezó a decir algo aunque se lo pensó mejor. Luke continuó.

—Hace cientos y cientos de años, un Jedi llamado Kaan se apartó de la luz y fundó la Hermandad de la Oscuridad. La Hermandad usó el Lado Oscuro de la Fuerza para construir un imperio e iban por buen camino con su expansión cuando un ejército se alzó para oponerse a ellos.

»El ejército opositor consistía en seres de muchas especies y planetas, representaban a todos los ámbitos sociales. Pero tenían una cosa en común. Eran Jedi.

»Los dos bandos se encontraron en un mundo remoto y poco conocido. Se intercambiaron salvas de pura energía, tormentas rugieron a través de la tierra, y los relámpagos brillaron en el cielo. Ciudades enteras fueron destruidas, una especie fue empujada hasta el borde de la extinción, y los espíritus se separaron de sus cuerpos.



»Finalmente, después de días de combate mortal, la Hermandad fue derrotada.

Sabiendo que había perdido pero incapaz de aceptar la derrota, Kaan atrajo a sus oponentes hacia un valle. Y fue allí donde la Hermandad de la Oscuridad se suicidó, llevándose a buenos Jedi con ellos. No a la libertad de la muerte, sino a un estado de animación suspendida en el que permanecen atrapados.

»Sus espíritus deben ser liberados para permitirles unirse a la Fuerza, pero hay quienes quieren explotar la energía que representan y usarla para el mal. Suponiendo que las historias sean ciertas, suponiendo que existe un lugar así, merecería la pena luchar por él.

Hubo un silencio momentáneo mientras el resto del grupo consideraba la historia.

Jan fue la primera en hablar.

—Kyle se levantará pronto. Nosotros encontraremos el mapa.

Mon Mothma negó con la cabeza.

—No creo que sea muy buena idea, Jan. Kyle necesita tiempo para curarse.

Leia vio la forma en que los ojos de Jan se estrecharon, la manera en que su boca formó una línea dura, recta, y sabía que la agente no estaba de acuerdo. Lo que ella no sabía era la medida en que Jan había madurado durante el último año, dándole el valor para desafiar la autoridad de Mon Mothma.

—Con el debido respeto, agentes resultan heridos a todas horas y son vueltos a lanzar a la acción en el momento en que pueden caminar. Si esto es por Kyle y el hecho de que fue un oficial imperial, entonces dilo.

El hecho de que el agente en cuestión hubiera sido un miembro de las fuerzas militares imperiales era nuevo para Leia y Luke. Intercambiaron miradas, pero se mantuvieron en silencio. Mon Mothma no sintió tales reparos.

—Está bien, puede que no sea justo, pero no confío en él. Es un graduado de la Academia Militar Imperial. ¿Cómo podemos estar seguros de su lealtad?

Leia miró de una mujer a la otra y dijo lo que sentía.

—Han era un contrabandista, y algunos dicen cosas peores. Se *graduó* en la Academia, sin embargo confías en él. Las personas pueden cambiar.

Jan lanzó a Leia una mirada de agradecimiento. Eso confirmó lo que Leia había sospechado desde el principio. Jan Ors estaba enamorada de Kyle Katarn… para bien o para mal.

Si Mon Mothma estaba molesta, no dio señales de ello.

—Bien, Luke, tú has oído ambos lados de la cuestión. ¿Qué piensas?

El Jedi estaba mirando al suelo, perdido en sus pensamientos. Sus palabras llegaron lentamente, como desde la distancia.

—Creo que la segunda parte del mensaje se apoya en la primera. ¿Qué dijo Katarn?

¿Algo sobre un sable de luz que perteneció a Rahn? El regalo implica el talento…

talento y algunas conexiones más que siento pero que no puedo poner en palabras. Creo que podemos confiar en Kyle. La verdadera pregunta es si él puede confiar en sí mismo.

¿Un Jedi autodidacta? Muchas cosas podrían ir mal. Aun así, el camino es suyo, y él debe recorrerlo.

Mon Mothma pareció pensativa por un momento y se volvió hacia Jan.

—No digas nada de esta reunión. Deja que Kyle haga lo que él quiera. Si es la mitad de hombre de lo que dices que es, todo irá bien. Si se vuelve contra nosotros… mátalo.

¿De acuerdo?

¿Kyle? ¿Un Jedi? ¿Era posible tal cosa? ¿Y qué pasaba con las órdenes de Mon Mothma? Jan recordaba Danuta y el momento en el que había apuntado con el bláster a la cabeza de Kyle. Ella no fue capaz de hacerlo entonces. ¿Podría hacerlo ahora?

Probablemente no. Pero asintió de todos modos.

—De acuerdo.

Leia vio la mentira y se permitió la más pequeña de las sonrisas. La vida nunca había sido, y nunca sería, simple.

Kyle se cernía en algún lugar entre el sueño y la vigilia. Escuchó al médico entrar en la habitación, lo miró a través de ojos cuidadosamente entrecerrados y mantuvo silencio.

La herida del hombro la sentía mejor, *mucho* mejor, pero no estaba de humor para hablar.

El médico miró en su dirección como para asegurarse de que el agente estaba bien y fijó su atención en el oficial de la siguiente cama. Tubos serpenteaban dentro y fuera de su cuerpo, y el respirador hacía un sonido suave de respiración silbante cuando enviaba oxígeno a sus pulmones. El médico se aseguró de que todo estaba funcionando correctamente, introdujo algunas lecturas en un datapad, y dejó el compartimiento.

Kyle se dejó llevar y estaba a punto de echarse otra siesta cuando alguien entró. ¿El médico? ¿Ya de vuelta? Miró con los ojos medio cerrados.

Jan entró, miró a su alrededor y se acercó a los pies de su cama. Se veía simplemente maravillosa… bonita a pesar del mono que llevaba, sin embargo pensativa, como si estuviera preocupada por algo.

Kyle iba a saludar a Jan, para decirle que se sentía mejor, cuando ella se dio la vuelta. Dos taquillas, una para cada paciente, estaban atornilladas a la pared. Jan abrió la de Kyle, sacó los pantalones y deslizó su mano en un bolsillo. Luego, después de darle un beso en la frente, ella se fue.

Kyle esperó para asegurarse de que no volvía, sacó sus pies por el lado de la cama y se puso de pie. La cubierta estaba fría y era dura. Abrió el armario, agarró los pantalones y revisó los bolsillos. Todo, incluyendo el disco de suma importancia, estaba tal como él lo había dejado. ¿O no lo estaba? ¿Qué había estado haciendo Jan de todos modos? Y si ella hubiera quitado algo, sólo para reemplazarlo, ¿qué habría sido? ¿Su cartera? ¿El disco? ¿El holocubo? ¿Y por qué?

El agente frunció el ceño, se quitó la bata y comenzó a vestirse. El disco, el sueño, y Jan. Las piezas estaban delante de él. Pero, ¿cómo podían encajar? La respuesta estaba ahí afuera… y él la encontraría.

CAPÍTULO *5*

Sullust colgaba enorme en el cielo mientras Boc observaba a las tropas guiar la pesada y cargada plataforma gravitatoria por la rampa hacia la bodega de la lanzadera. Los azulejos estaban numerados y preparados para rearmarse. Balanceó su peso e hizo una mueca por el dolor.

El dolor se originaba en el punto donde su tendón había sido cercenado y reconectado. Boc favoreció su pie opuesto cuando se giró hacia Yun.

—Esa fue la última carga.

El joven Jedi asintió.

—¿Ahora qué?

—Aquí viene Sariss… Pregúntale a ella.

Yun se volvió hacia su mentora.

—¿Y a qué fabuloso destino nos dirigimos?

—A Barons Hed, para que 8t88 pueda examinar el mapa y tratar de darle sentido.

—Ah —respondió Yun suavemente—, y él es una fina pieza de maquinaria…

Vamos, Boc. Las brillantes luces invitan.

No hubo respuesta.

Yun y Sariss se giraron para ver adónde había ido el otro Jedi. Estaba parado de espaldas a ellos. Sus ojos escaneaban el paisaje. Yun habló otra vez.

—¿Boc? Vamos… es hora de irse.

—Alguien está observando. Puedo sentirlo.

—¿Y? —respondió Sariss con impaciencia—. ¿Qué esperabas? Esto es

más actividad de la que los lugareños habían visto desde hace mucho tiempo. No pasamos desapercibidos.

—La Fuerza es poderosa en este —continuó Boc—, y pretende destruirnos.

—Él y unos cuantos millones más —dijo Yun despectivamente—. Vamos. El almuerzo espera.

—Entra en la lanzadera, Boc —ordenó Sariss severamente—. Jerec quiere el mapa, y lo quiere pronto. —Boc echó una última mirada, se dio la vuelta y se dirigió hacia la rampa. Los restantes Jedi intercambiaron una mirada, sacudieron las cabezas con asombro, y le siguieron.

Kyle no podía oír lo que decían los imperiales. Y realmente no le importaba. Desde su posición estratégica encima de la colina podía ver los campos, el árbol espita que había delante de la casa, y la lanzadera imperial posada más allá. El calor hacía resplandecer el casco de la nave y distorsionaba el vehículo estacionado más allá. Contenía una media docena transportes, algunos aerotrineos, y un puesto de mando móvil.

El momento lo es todo, como decía el dicho, y el suyo de llegar había sido malo. Las plataformas gravitatorias cargadas significaban que los imperiales habían quitado algo.

¿Pero qué? Lo que fuera, tenía que ser mucho más valioso que las herramientas y el equipo de su padre para justificar el gasto de tantos recursos.

Kyle sintió un momentáneo sentimiento de orgullo. El Imperio habría asesinado a Morgan Katarn… pero su influencia perduraba.

Parecía como si los imperiales estuvieran preparándose para marcharse. Algunos de ellos, al menos. El agente alzó los electrobinoculares y echó una última mirada. Dos hombres y una mujer permanecían frente a la lanzadera. Eran Jedi, a juzgar por los sables de luz que llevaban. Pero ninguno era Jerec. ¿Donde estaría él de todos modos?, la misteriosa figura que había asistido a la graduación de Kyle, había asesinado a su padre y había enviado a 8t88 a encontrarle. Cerca, muy cerca, pero fuera de alcance.

Kyle tocó un botón y amplió la imagen al máximo aumento. Examinó a cada Jedi a su vez. La mujer llevaba lápiz labial rojo brillante, el joven mostraba una mueca de «yo soy mejor que tú», y el último era un twi'lek, una rareza entre las fuerzas imperiales. El alienígena se volvió hacia Kyle. El agente sintió que su corazón comenzaba a latir con fuerza cuando hizo contacto con los espaciados ojos negros.

Kyle bajó los electrobinoculares, seguro de que había sido descubierto. Pero se dio cuenta de que no. No en un sentido normal, en cualquier caso…

Los otros hablaron al Jedi de aspecto extraño, y este se dio la vuelta. Kyle se sintió mareado y luchó por controlar su respiración. El encuentro había sido aterrador y emocionante al mismo tiempo. Aquí había una validación parcial de su sueño. Tal vez, sólo tal vez, podría convertirse en un Jedi, no del tipo que asesinaba a gente sino del que luchaba para protegerla.

Los Jedi, junto con un contingente de soldados de asalto, ya habían abordado la lanzadera, y la nave estaba elevándose. Los repulsores relucieron, el morro giró hacia el este, y los propulsores llamearon.

Kyle se puso boca abajo cuando la lanzadera pasó directamente sobre su posición.

Los arbustos se mecieron y polvo llenó el aire. El rebelde miró hacia atrás sobre su hombro, escupió hierba y estuvo agradecido cuando la nave desapareció.

Se levantó, dio gracias de que Jan no hubiera estado alrededor para presenciar su caída algo indigna, y limpió la hierba de su ropa.

Una comprobación rápida confirmó que aunque los Jedi se habían ido, soldados y mercenarios todavía patrullaban los alrededores de la casa mientras que un AT-ST

labraba un campo yermo.

Probabilidades difíciles, pero no imposibles, especialmente para alguien que había pasado su niñez allí y conocía cada centímetro cuadrado.

Kyle comprobó su bláster, lo metió de nuevo dentro de la funda y se movió a lo largo de la ladera de la colina. Las tropas imperiales tenían una fuerte tendencia a seguir al pie de la letra los manuales, y habiendo estudiado sus manuales, él sabía qué esperar.

Centinelas estarían apostados alrededor de la estructura para defenderla. No muchos, sólo los suficientes para frenar una incursión y pedir refuerzos. Una vez que eso ocurriera, una fuerza de respuesta fuertemente armada se lanzaría a la zona y proporcionaría cualquier músculo que fuera necesario.

Así las cosas, Kyle esperaba deslizarse entre los centinelas y evitar la respuesta masiva. Permaneció fuera de los senderos establecidos y tomó los que sólo un niño conocería, rutas que eran mucho más propensas a estar libres de centinelas, sensores y alambres trampa. Tales caminos, que ahora eran poco más que senderos de animales,

requerían que Kyle se tumbara sobre su estómago y avanzara con los codos. Los arbustos se cerraban sobre su cabeza y rozaban sus lados.

La marcha era mucho más difícil de lo que recordaba. Por supuesto, ahora tenía un cuerpo adulto, y la maleza se había cerrado sobre sí misma durante su ausencia.

Sin embargo, los olores eran los mismos, especialmente el olor vigoroso de las amapolas poro silvestres y el olor dulce, casi nauseabundo, de las flores nantha.

Los insectos se apresuraban a apartarse de su camino.

Una inofensiva serpiente ojo-ojo siseó, dirigiendo el ojo de su cabeza en el sentido de la marcha, y utilizando el ojo de la cola para vigilar su retaguardia.

Un bola-agujero, con su pelaje eternamente enmarañado con los deshechos que le proporcionaban el camuflaje, echó un vistazo al enorme invasor, dio un chillido de alarma, y rodó hacia uno de sus multitudinarios agujeros.

Kyle sonrió. Todas las criaturas a su alrededor eran viejos amigos, o descendientes de los viejos amigos que se encontró antes durante su infancia.

La maleza disminuyó, y la casa apareció a través del follaje. El rebelde se arrastró hacia delante, divisó un pedazo revelador de armadura blanca, y cesó todo movimiento.

El soldado de asalto se detuvo, examinó los alrededores, y continuó con su patrulla.

Kyle esperó a que el centinela se fuera, se abrió paso hacia delante, y

asomó la cabeza.

El camino estaba despejado, excepto por un droide agrícola destrozado por fuego de bláster.

Kyle corrió a través del espacio intervenido, probó la puerta trasera y la sintió abrirse bajo su mano. La cerradura, tal como estaba, había sido volada.

La cocina era un desastre. Las puertas de los armarios estaban abiertas, pintadas cubrían las paredes, y escombros crujían bajo sus botas. El agente se detuvo, escuchó y siguió adelante.

Parecía como si la casa hubiera sido saqueada en repetidas ocasiones. Los imperiales fueron los primeros, seguidos por ladrones que vieron la cabeza de Morgan Katarn exhibida en el espaciopuerto, luego gente sin nada mejor que hacer.

Alguien había acampado en la sala de estar. Una colección de ollas y sartenes sucias se apilaba junto a la chimenea, y la basura llenaba la esquina noreste de la habitación.

Más que un poco nervioso, Kyle se dirigió a la habitación delantera y se asomó por la ventana. Un comando apareció, y el rebelde se retiró.

Entrar era una cosa… salir sería otra. Sin embargo, nadie había mostrado ninguna inclinación a entrar en la casa, por lo que estaba agradecido. Tal vez la mayor parte de ellos ya habían estado o tenían órdenes de permanecer fuera. Cualquiera que fuera la razón, era buena para Kyle.

Una senda de mampostería trazaba una línea entre la muy abusada puerta delantera y el taller de Morgan Katarn. Kyle la siguió hasta que una imagen llamó su atención.

Colgaba torcida, como si estuviera a punto de caer. No era demasiado sorprendente, teniendo en cuenta por lo que había pasado el lugar.

Kyle se acercó, quitó la impresión tridimensional de la pared, y miró la cara de su madre. Tenía un solo recuerdo de ella… siendo sostenido en sus brazos, llorando por algo, algo que no pareció tan malo con sus brazos envueltos alrededor de él.

Con ternura y reverencia Kyle quitó la imagen del marco y la enrrolló en un cilindro.

Un trozo de alambre sirvió para asegurar el rollo, el cual fue a su bolsillo derecho.

Puede que resultara apaleado durante las próximas horas, pero cualquier cosa era preferible a dejar la impresión donde estaba.

El agente entró en el taller. Su padre y él pasaron incontables horas allí, desarmando cosas, rearmándolas, o simplemente pasando el tiempo. El taller había sido el centro de la casa y, en cierto modo, el de su relación.

Una sola mirada fue suficiente para determinar que, también, había sufrido a manos de los invasores. Parecía como si al menos una pequeña explosión hubiera tenido lugar allí. La gran mayoría de las herramientas de su padre había desaparecido, y una gruesa capa de escombros oscurecía el suelo. Por supuesto, eso era de esperar. Pero, ¿dónde había ido el techo? ¿Y por qué?

Kyle se acordó de las plataformas gravitatorias pesadamente cargadas y se preguntó si ambos hechos estaban conectados de alguna manera. Pero espera, ¿qué era eso? ¿Un patrón en los azulejos restantes del techo?

Kyle sacó una vara luminosa de su cinturón, se subió a una caja vacía, y examinó la zona en cuestión. Se dio cuenta de que los azulejos, ninguno de los cuales había estado

allí el día que se fue a la Academia, coincidían con los encontrados en la cocina. Eso significaba que se habían originado en la misma cantera, un lugar ubicado a veinte kilómetros al norte. Grabados habían sido tallados en los cuadrados, algunos de los cuales eran claramente decorativos, mientras que otros se parecían a un mapa… un mapa del que la parte central y más importante faltaba.

¿Qué había dicho Rahn? ¿Algo sobre un Valle de los Jedi? ¿Era eso a por lo que los imperiales habían venido? ¿A por una pista que les guiara al Valle? No había ninguna evidencia directa para apoyar su teoría, pero Kyle *sintió* que era cierta y había aprendido a confiar en tales impresiones.

El agente se agachó, dirigió la luz hacia una de las esquinas más oscuras de la habitación, y vio algo familiar. Estaba cubierto con yeso suelto pero sin embargo, era reconocible.

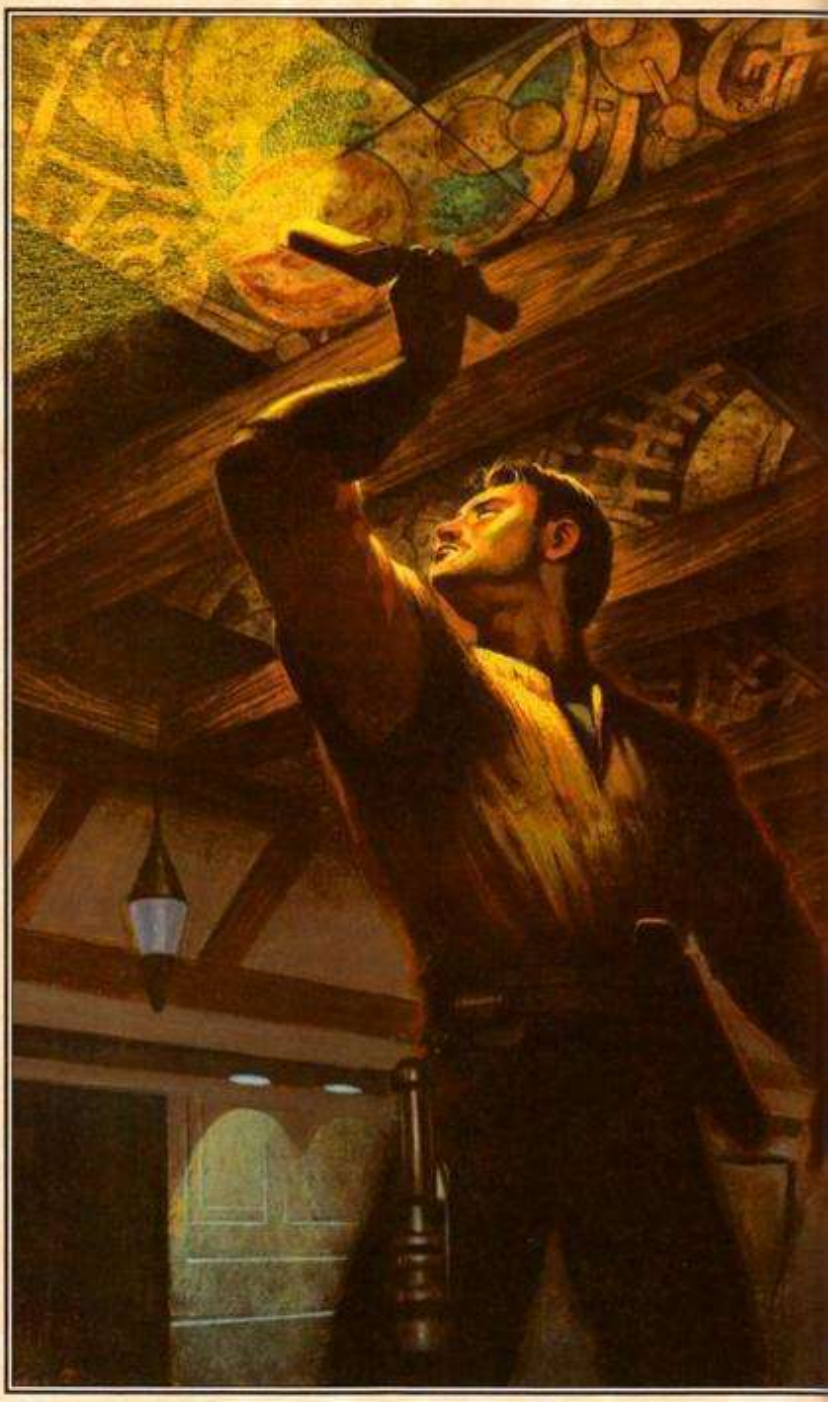
—¿WeGé? ¿Eres tú?

No hubo respuesta mientras Kyle se abría camino a través del cuarto, apartaba los trozos de yeso del camino, y recogía la figura familiar. Aunque capaz de una amplia variedad de configuraciones, el droide actualmente se asemejaba a una *U* invertida con una vaina sensora montada en la parte superior. WeGé tenía dos pinzas, una diseñada para la fuerza y otra destinada a tareas más delicadas. Kyle arrastró al droide hacia el centro de la habitación y revisó sus lecturas.

—Hey, Weg, ¿qué te han hecho? Lo que fuera ha hecho algunas abolladuras en la carcasa de tu procesador. Aunque no hay daños importantes. Vamos a echar un vistazo.

Morgan Katarn había construido el droide él mismo, pero Kyle había realizado el mantenimiento rutinario al robot desde la edad de doce años y conocía su mecánica al dedillo. Tras el polvo, la mugre y las abolladuras, la máquina estaba intacta.

Las ranuras parecían no relacionarse entre sí hasta que Kyle rotó ambas para alinearlas y empujó el disco a través de la abertura. Partes rechinaron, cliquearon y zumbaron. Un holograma apareció, y con él, la imagen de su padre. Era clara como el cristal.



—Este mensaje está dirigido a mi hijo Kyle Katarn. Kyle, he dejado dos elementos muy importantes para ti. El primero es un mapa para llegar al Valle de los Jedi, que está incrustado en el techo de piedra de esta habitación…

Kyle vio a su padre gesticular hacia el techo anteriormente liso y supo que su teoría había sido correcta. Algo zumbó; el agente se giró y sacó su bláster. WeGé permanecía inmóvil. Una trampilla se abrió a su lado, y apareció un cilindro. El agente cogió el objeto y la narración continuó.

—El otro es un sable de luz que perteneció a un Jedi llamado Rahn. Úsalo bien.

Úsalo para el bien.

El holo cesó. Una sensación de calor envolvió el cuerpo de Kyle. La nueva imagen de su padre no sólo sustituiría la de su cabeza en una pica, también significaba que su padre había sido consciente de su talento y quería que lo desarrollara.

Kyle activó un interruptor, y el sable de luz cobró vida. El aire crepitó, y el olor a ozono impregnó la habitación. Hizo algunos pases experimentales, regocijándose en el poder que el arma transmitía, y oyó el eco de las palabras de su padre atravesar su mente. «Úsalo bien… Úsalo para el bien».

El pensamiento tuvo un efecto aleccionador, como el saber que los imperiales habían tomado posesión de la información que su padre había protegido con tanto esfuerzo.

Volvió a presionar el interruptor, sintió el mango frío, y colocó el sable de luz en su cinturón.

Hubo una serie de pitidos y silbidos. El agente se giró para encontrar a WeGé flotando a dos metros del suelo. El droide sostenía un pedazo de roca en su pinza de fuerza y parecía dispuesto a tirármela.

—Hey Weg. Soy yo, Kyle.

El droide pareció dudar y se acercó para mirar más de cerca. Los pitidos y silbidos adquirieron un tono melancólico.

Kyle sacudió la cabeza.

— *Parezco* mayor porque *soy* mayor. Pero no tan mayor como para no

recordar cómo me pescaste en el río, sacándome, y no se lo dijiste a papá.

El droide respondió con una serie de sonidos rápidos y alegres. Kyle le dio unas palmaditas a la carcasa del droide.

—Has estado fuera de juego un tiempo Weg, y las cosas han cambiado. Nada me gustaría más que ver a papá otra vez, pero los imperiales lo asesinaron. Ahora lucho para los rebs.

Tomó casi cinco minutos poner al día al droide. Una vez que lo hubo logrado y WeGé asumió todos los cambios, fue el turno de Kyle de hacer preguntas.

—Entonces, Weg, ¿qué es lo que pasa con el techo? ¿Qué lo hace tan valioso para que los imperiales se hayan tomado el tiempo y la molestia de arrancarlo?

El droide dirigió su entrada de vídeo hacia la zona en cuestión y emitió una larga secuencia de pitidos y silbidos. El rebelde realizó la traducción necesaria. Parecía que su padre había hecho un largo viaje y parecía preocupado a su regreso. Era como si supiera algo importante pero no estuviera seguro de qué hacer al respecto. El droide continuó.

—Más tarde, después de que el amo Rahn llegara para quedarse, tu padre trabajó en el techo. Tardó más de un mes, y yo le ayudé. Me gustaban los grabados. Pero a tu padre no debían gustarle, porque me ordenó cubrirlos con yeso.

Kyle sintió su corazón latir más rápido.

—¿Rahn? ¿Un hombre llamado Rahn llegó para quedarse?

—Bueno, sí —el droide bipeó—. Un caballero maravilloso. Tu padre le tenía en gran estima.

La boca de Kyle estaba seca.

—Describe al amo Rahn.

WeGé proyectó un holograma en el aire. Un nudo se formó en la garganta de Kyle mientras observaba al hombre que conocía como Rahn entregar un libro y un sable de luz a Morgan Katarn. Su amistad era evidente.

Kyle tragó con dificultad. A pesar de todo lo que había aprendido, el primer premio continuaba eludiéndole. Dado el hecho de que la lanzadera había desaparecido en dirección a Barons Hed, ese parecía el lugar donde empezar. Pero, ¿cómo llegar hasta

allí? Especialmente con WeGé a remolque. Sí, podía dejar al droide atrás, pero sabía lo que le sucedería. WeGé era como un miembro de la familia, el único miembro que quedaba aparte de sí mismo, y no podría sobrevivir por su cuenta. No, tenía que haber una manera…

La respuesta vino a su mente como si hubiera estado esperando allí todo el tiempo.

Kyle chasqueó los dedos y se movió hacia el droide.

—Vamos, Weg. Salgamos de aquí.

El imponente árbol espita que estaba plantado en frente era más que un ornamento.

Sus raíces descendían cientos de metros, donde «conectaban» con un acuífero subterráneo y llevaban agua a la superficie. *Más* agua de la que el árbol y sus diferentes simbiontes podían usar. Siendo ese el caso, Morgan Katarn y sus vecinos habían utilizado los árboles como bombas biológicas, desviando el exceso de agua hacia sus cultivos, complementando las lluvias a veces insuficientes.

Sin embargo, llevar el agua a la superficie era una cosa y distribuirla a los cultivos otra. Al igual que sus vecinos, Morgan Katarn había empleado la fuerza de los droides para establecer y mantener una extensa red de túneles, tuberías y tubos subterráneos que llevaban la humedad donde era necesaria. Podía accederse al sistema desde varios lugares, uno de los cuales estaba situado a menos de diez metros de la puerta trasera.

El agente se abrió camino a través de la cocina, empujó la puerta en cuestión, y se asomó por la rendija. Un soldado de asalto estaba a cinco metros de distancia. Un mercenario se acercaba para saludarlo. El gamorreano tenía la piel verde, un hocico porcino, y colmillos de aspecto desagradable. Llevaba un morrt chupasangre en cada bíceps; una indicación de que había ahorrado algunos créditos y de que estaba prosperando en la vida. Emitió algunos gruñidos y el humano respondió.

—Hey Brollo. Cuánto tiempo. ¿Preparado para perder la paga de esta semana?

La respuesta del gamorreano se perdió mientras Kyle retrocedía en la habitación.

¿Qué era más importante, el sigilo… o el tiempo? El rebelde pensó en los Jedi, lo fácil que habría sido para ellos salir del planeta, y tomar la decisión debidamente.

—Weg, ¿ves la puerta? Cuando diga «ya», atraviésala y gira a la izquierda. No a la derecha, porque estarías en la línea de fuego. ¿Entendido?

Servos chirriaron mientras el droide se colocaba frente a la puerta trasera y bipeaba dispuesto.

Kyle asintió, sacó su bláster, y echó un último vistazo. El soldado había sacado un cuaderno de datos de su bolsillo y apuntaba a la pantalla.

—Entonces, ¿a quién quieres? ¿A tu primo Blotho… o al sargento mayor Kine? Kine es dinero fácil.

El agente se echó atrás.

—Bien Weg… preparado… listo… ¡ya!

Kyle había esperado que el droide empujara la puerta para abrirla y se sorprendió tanto como los imperiales cuando WeGé *atravesó* la madera, dejando nada más que astillas colgando de las bisagras. Sin embargo, no había tiempo para discutir el asunto…

y la estrategia había funcionado.

Los imperiales aún se estaban recuperando de la conmoción, todavía alcanzando sus armas cuando Kyle les disparó. El gamorreano murió primero, con su rostro registrando sorpresa, y el soldado cayó el segundo. Se necesitaron tres disparos para penetrar su armadura, pero el resultado fue el mismo.

Kyle giró rápidamente trescientos sesenta grados para asegurarse de que el incidente había pasado inadvertido, y se dirigió a la puerta de acceso, que se encontraba a ras del suelo, donde las capas de polvo y escombros servían para camuflarla. Kyle encontró el mango y tiró de él. Nada. Estaba atascada.

WeGé emitió un pitido, silbó, y se colocó en posición. La pinza de fuerza del droide se deslizó a través del mango y un servo chirrió. El

metal gimió cuando la puerta se abrió y un conjunto de escaleras quedó expuesto.

—Baja por la escotilla —ordenó Kyle—, y enciende tus luces.

El droide bipeó obedientemente y bajó al pasaje subterráneo. Kyle tiró de la puerta para colocarla en posición vertical y descendió a medida que esta caía el último par de metros. Había tenido mucha suerte (o los imperiales habían sido extremadamente estúpidos) de que la trampilla no hubiera sido descubierta.

El túnel era oscuro, o lo habría sido si no fuera por WeGé y sus focos. Juntos iluminaban de quince a veinte metros de túnel.

Las paredes de tierra todavía mostraban las marcas de herramientas dejadas por los droides que habían cavado y posteriormente mantenido los túneles. Estos rezumaban

humedad aquí y allá a medida que el agua de una tormenta reciente se filtraba hacia abajo.

Los túneles secundarios, algunos de los cuales eran demasiado pequeños para que el Kyle adulto los sorteara, se ramificaban a izquierda y derecha. Tubos negros o, en algunos casos, cañerías los seguían en la oscuridad. El aire era húmedo y olía a tierra.

Este conducto en particular, un pasaje etiquetado como «eje central», se dirigía hacia el noroeste y a la zona donde se había establecido el parque de vehículos. El lugar perfecto para tomar prestado un transporte…

El ataque se produjo sin previo aviso. El pasaje estaba vacío un momento y repleto al siguiente. El droide de guerra era algo torpe y anticuado, pero no obstante amenazante.

No había manera de saber si había sido *enviado* a los túneles o simplemente se había perdido. Cualquiera que fuese la razón, la máquina había detectado su aproximación, había estado al acecho, y había aparecido desde un pasaje secundario.

La máquina *podría* y probablemente *habría* matado a Kyle en los primeros segundos de combate, pero WeGé era un oponente más difícil. Aunque extremadamente apacible y no equipado para el combate, el droide había sido programado por Morgan Katarn para proteger a Kyle a toda costa. Eso, más el hecho de que WeGé había sido construido para el duro trabajo agrícola, igualaba las

probabilidades.

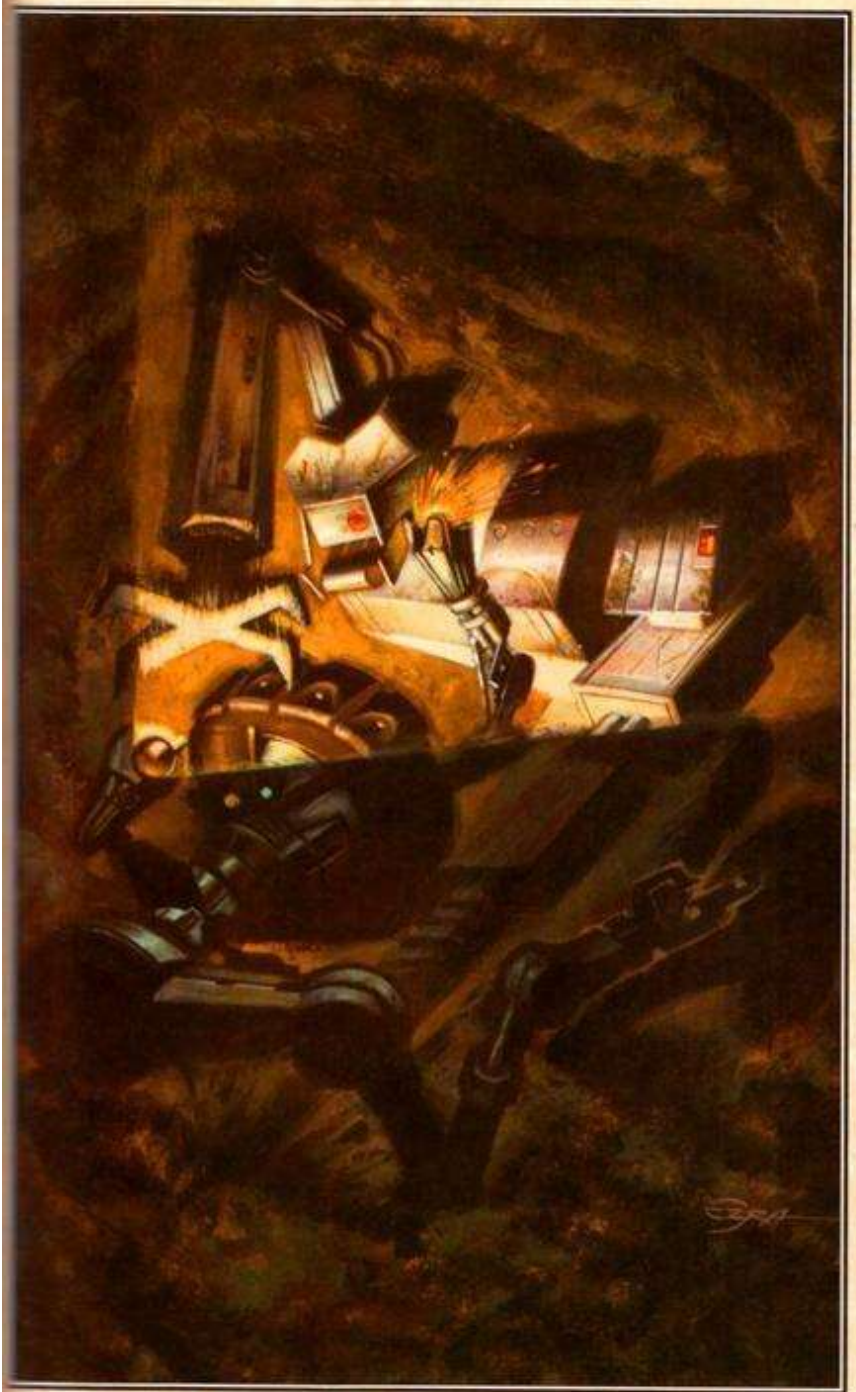
Metal resonó contra metal cuando las máquinas se encontraron. El droide de guerra contaba con una gran variedad de armas, pero descubrió que era demasiado tarde para usarlas.

Kyle trató de ver más allá de WeGé, blandió el bláster, y gritó consejos… ninguno de los cuales era muy útil.

La cuestión era realmente muy simple desde la perspectiva de WeGé. Al carecer de la programación y la iniciativa de hacer cualquier otra cosa, su oponente estaba usando tácticas que podrían haber sido eficaces contra un humano, pero que eran inútiles contra él.

Mientras que el droide de guerra iba a por los órganos vitales no existentes de WeGé, WeGé utilizó su pinza de fuerza para agarrar la garganta de la otra máquina y arrancarle la cabeza. Una columna de chispas se disparó hacia arriba, un servo gimió, y la batalla había terminado.

WeGé pasó sobre el armatoste decapitado, bipeó una advertencia, y continuó su camino.



Kyle sacudió la cabeza con asombro, caminó sobre el pecho del droide de guerra, y le siguió por detrás.

Cauteloso ahora, con el bláster desenfundado y barro succionando sus botas, Kyle esperaba otro ataque. Pero, con la excepción de un pequeño derrumbe, no hubo más obstáculos cerrando el paso. WeGé se abrió paso a través del bloqueo sin dificultad y se detuvo cuando el túnel llegó a un abrupto final. Los silbidos, pitidos y zumbidos terminaron con un signo de interrogación apenas audible.

—Ahora toca reconocimiento —respondió Kyle, indicando la escalera y la escotilla de arriba—. Si no recuerdo mal, esto debería llevarnos al centro de su parque de vehículos.

La entrada de vídeo del droide se balanceó atrás y adelante mientras diversos aspectos de su programación entraban en conflicto y lo ponían nervioso. Los ruidos que produjo fueron duros y exigentes.

—Gracias —respondió Kyle con sinceridad—, pero mi padre se ha ido, y yo apreciaría que aceptaras mis decisiones en lugar de las suyas.

Hubo un breve momento de silencio mientras WeGé consideraba la solicitud de Kyle. La respuesta fue a la vez breve y contrita.

—Bien —dijo Kyle con firmeza—. Voy a echar un vistazo… espera aquí.

El droide vio cómo el agente rebelde subía por la escalera oxidada, empujaba la escotilla, y empujaba de nuevo. Kyle hizo una mueca mientras el metal chirriaba y la cubierta se movía. Esperó para ver si el ruido había llamado la atención y se sintió aliviado al ver que no.

El agente empujó hacia arriba la tapa, que se detuvo al chocar con algo sólido, y coló la cabeza por el hueco. El «algo» era un transporte. Había tenido suerte, *mucha* suerte, ya que había un montón de imperiales, y el vehículo lo ocultaba a la vista.

Un par de botas relucientes de color negro crujieron, una unidad de comunicaciones chasqueó, y alguien tosió. Luego, con una brusquedad que hizo que el corazón del agente diera un vuelco, se escuchó un grito. ¿Le habían visto? El rebelde miró de un lado a otro, buscando a alguien a quien disparar… Sin embargo las botas, y los cuerpos por encima de ellas, estaban huyendo. Corriendo hacia la casa. ¿Por qué?

Y entonces lo comprendió. Alguien había descubierto los cuerpos y había alertado al resto. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que

encontraran la escotilla y siguieran el túnel hasta el punto donde WeGé esperaba? No mucho.

Kyle sabía que los segundos eran preciosos mientras avanzaba sobre los codos para salir de debajo del vehículo, echó un rápido vistazo a su alrededor, y no vio más que la espalda de los soldados de asalto, mercenarios y comandos que se dirigían a la casa.

El T-4 era un vehículo grande con la cabina abierta. Normalmente se utilizaba para mover equipo y tropas, contaba con una capacidad de carga de cinco toneladas, blindaje ligero a los lados, y un cañón doble de energía multipropósito montado detrás de la cabina.

Kyle usó el estribo del vehículo para meterse en el asiento del conductor, y examinó el tablero de instrumentos. Al igual que sus compañeros de clase, se había preparado para los T-4 durante su segundo año en la Academia. El transporte tenía no menos de cuatro motores repulsores y, como la mayoría de los vehículos militares, estaba asegurado con un bloqueo de teclado. Un bloqueo que muchos comandantes decidían ignorar dado que ello significaba que todo conductor potencial tenía que memorizar el código necesario. El ajuste de fábrica consistía en cuatro ceros. Muchos ajustes se dejaban así.

Kyle cruzó mentalmente los dedos, apretó el botón del cero cuatro veces, y recibió una luz verde. El rebelde sonrió mientras accionaba los cuatro interruptores del seleccionador de motor a la posición «encendido», pulsó el botón de arranque, y escuchó los motores chirriar cobrando vida. Cada uno tenía su propio tono especial que pronto se perdía entre el sonido hecho por los demás.

Una vez que el T-4 se levantó de sus patines, fue una simple cuestión de apartarse a un lado y ver a WeGé flotar saliendo de su escondite. En el momento en que el droide estuvo a bordo y asegurado en su asiento, Kyle despegó.

Un mercenario gritó algo incoherente, los imperiales se volvieron para mirar, y la persecución comenzó… Los disparos de bláster crepitaban junto a la cabeza del agente, y uno de ellos hizo un agujero a través del parabrisas. WeGé emitió una serie de silbidos y pitidos urgentes.

—Excelente consejo —respondió Kyle con gravedad—. Agárrate a tus circuitos…

¡porque allá vamos!

Vacío y poseedor de una considerable potencia, el T-4 alcanzaba los

ochenta kilómetros por hora. Aceleró por el camino, arrojando grava en todas direcciones, y rugió saliendo a la carretera. Barons Hed se encontraba al este, un viaje de treinta minutos como máximo.

La carretera había tenido un uso intenso, pero eso fue antes de que los imperiales establecieran un sistema de permisos de viaje e impuestos basados en el «uso». Con el fin de minimizar los costes y defenderse contra los bandidos, los granjeros utilizaban convoyes fuertemente armados para llevar sus cosechas al mercado y viajaban con animales de granja exentos de impuestos para el transporte local. Los excrementos de animales se alineaban en la cuneta de la carretera, que por lo demás estaba limpia.

Lo que había sido un convoy apareció más adelante, la línea de cascos quemados acreditaba no sólo los peligros que acechaban sino el grado en que los imperiales permitían a los bandidos aterrorizar el territorio.

Kyle giró en una curva y sintió al T-4 inclinarse con el fin de compensarse. Una salida daba acceso a lo que había sido un área de descanso. Actualmente era el hogar de un grupo de incursores tusken. Aunque eran nativos del planeta Tatooine, los tuskens habían sido llevados allí por los imperiales para cumplir la función de «guardianes», un rol que ellos disfrutaban. Los mercenarios habían adoptado las motos deslizadoras como un aqualish el agua y las usaban para «patrullar» los caminos locales. Ninguno de ellos parecía echar de menos a los banthas, las enormes bestias que montaban en Tatooine.

Se había enviado un aviso en cuestión de segundos tras la fuga de Kyle, y los tuskens estaban preparados. Los motores rugieron a medida que las motos se tambaleaban en el aire. Aunque verticales mientras estaban estacionadas, las largas y elegantes máquinas se pusieron rápidamente en horizontal y en formación con su líder, un incursor llamado Rogg.

Rogg sabía que sus seguidores estarían mirándole en busca de coraje. Agitó una mano sobre su cabeza y aulló un grito de guerra. Se perdió en su estela. Pero lo hizo sentir mejor.

El tusken disfrutaba de su posición de liderazgo, le gustaba el poder que conllevaba, pero no le gustaban los momentos como este. Rogg consideraba la noción de liderar desde el frente como poco práctica, sobre todo porque significaba que el líder eventualmente moría, lo que resultaba en la pérdida de su valioso conocimiento y experiencia, por no hablar de su vida.

El líder tusken había abierto el tema a discusión, esperando que el resto de la banda se diera cuenta de lo estúpido que era el sistema tradicional, pero fue bloqueado por Bordo, su número dos de facto, y uno de los dos o tres individuos que esperaban heredar su posición.

Ah, bueno, el amuleto que llevaba alrededor de su cuello le había protegido durante este largo tiempo y lo haría otra vez. El tusken disparó el cañón dual del morro y se regocijó cuando la energía coherente avanzó hacia el portón trasero del T-4 y ampolló la pintura del transporte.

Kyle comprobó su retrovisor, vio a los estrechamente agrupados motoristas, y habló entre dientes.

—Toma el control, Weg. Les voy a enseñar algunos modales.

WeGé pitó a modo de respuesta, activó el segundo conjunto de controles, y se preguntó si tenía la programación adecuada. Una revisión rápida reveló que los botones, interruptores y pedales dispuestos ante él no eran tan diferentes de los de una cosechadora, lo cual era una suerte porque Kyle había desaparecido.

La torreta estaba asentada en un cubo ligeramente blindando situado tras la cabina de control. El agente trepó por un costado, se acomodó en la silla del artillero, y accionó el interruptor de encendido. Una fila entera de luces indicadoras destelló en verde.

Los disparos de bláster salpicaron el blindaje, destellaron sobre la cabeza del rebelde, y volaron ampliamente a medida que los primeros tuskens disparaban sus armas.

Kyle se refugió, cambió a «fuego real», y echó un vistazo a través de la mira. Aunque zigzagueaban de un lado a otro en un intento de arruinar su puntería, los motoristas aún formaban un objetivo altamente concentrado. Los disparadores se encontraban a cada extremo de los controles del manillar. El rebelde presionó con ambos pulgares, observó la parpadeante luz coherente viajar hacia la formación apretujada, y aulló cuando una moto explotó.

Los restos volaron en todas direcciones y cortaron la cabeza de un motorista, dejando intacto el cuerpo. El torso estaba todavía en su lugar, todavía agarrando los controles, cuando el vehículo se estrelló contra el soporte de un puente. Las piezas se esparcieron por todas partes, vomitando nubes de polvo, no alcanzando por poco el final de la formación.

El puente de veinte kilómetros conducía a Barons Hed. Seis carriles se estrecharon a cuatro cuando WeGé guio el transporte por el tramo. Miró por un retrovisor, vio que los tuskens estaban ganando terreno, y empujó con su pinza de fuerza. No pasó nada. El droide se dio cuenta de que el acelerador ya estaba tocando el suelo.

Rogg había sobrevivido. El conocimiento le hacía feliz. Levantó la mano derecha, hizo una señal, y viró a la derecha. Kyle siguió el movimiento con el manillar, disparó una ráfaga de tres disparos, y maldijo cuando otro piloto fue arrancado de su asiento.

La moto se tambaleó, evitando a otra por poco, y cayó.

Si Kyle estaba decepcionado porque Rogg hubiera sobrevivido, no era nada comparado con lo que Bordo sentía. Él era el número dos y lo había sido durante tres largos años. Tres años de «sí, Rogg, lo que digas Rogg, y gracias, Rogg». Era suficiente para atragantar incluso a un dragón krayt.

Así que Bordo lideró al segundo grupo hacia el lado izquierdo del transporte, puso los controles en automático, y se lanzó hacia la parte posterior.

Perdió el equilibrio, cayó, y se levantó. Una comprobación rápida fue suficiente para asegurarse de que el humano estaba ocupado con la necesidad de repeler asaltantes adicionales. Bordo se tambaleó hacia el lado opuesto del transporte. Una sola mirada confirmó que su cobarde líder se había tomado su tiempo para colocarse en posición.

Bordo sonrió por detrás de sus vendas, esperó a que Rogg mirase en su dirección, y le disparó en las lentes.

La moto deslizadora corcoveó, se alejó, y se precipitó sobre el cañón. El motor se apagó y la moto cayó como una roca. Seguro de que sus acciones se habían perdido en la confusión de la batalla, Bordo incitó a la banda a avanzar, se giró en dirección a la cabina de control, y se abrió paso adelante.

WeGé vio una mancha irreconocible por delante, amplió la imagen, y supo lo que era. ¡Una barricada! Una gran barricada, capaz de detener al T-4 en seco… Llamó a Kyle, supo que el humano no podía oírle, y se preguntó qué hacer.

Jan llevó el *Cuervo Oxidado* por debajo de los cinco mil metros, encontró la línea de la carretera, y la siguió hacia el puente. Había sido difícil vigilar a Kyle sin ser descubierta, pero se las había

arreglado para hacerlo. Ahora, con el transporte huyendo hacia la ciudad y los motoristas persiguiéndolo, no había necesidad de fingimiento. Si un solo caza TIE llegaba, y se le permitía atacar, la batalla habría terminado.

— *Cuervo* a Kyle, ¿me recibes?

Kyle había insertado el auricular de comunicaciones en su oreja hacía tanto tiempo que había olvidado que estaba allí. Un tusken había subido a bordo y se dirigía hacia él.

El agente sacó su bláster.

—Sí, te recibo, ¿por qué has tardado tanto?

—Me dijiste que me mantuviera al margen, ¿recuerdas?

Kyle levantó su arma y observó al tusken hacer lo mismo.

—¿Cuándo empezaste a aceptar órdenes mías?

—Nunca —dijo Jan solemnemente—, como puedes deducir del hecho de que el *Cuervo* esté flotando sobre tu cabeza hueca.

—Correcto —respondió Kyle mientras disparaba a Bordo en el pecho —, lo cual nos lleva de nuevo al punto de partida. ¿Por qué has tardado tanto?

Jan sonrió y estaba a punto de contestar cuando divisó la barricada.

—Han levantado una barricada en la carretera. Prepárate para la recogida.

Kyle vio al *Cuervo* empezar a descender y se volvió hacia la cabina. Se lanzó hacia delante.

—¡Hey, Weg! ¡Pon los controles en automático! ¡Jan nos va a recoger!

El droide no sabía quién era Jan. Pero no tenía ningún deseo de acabar como chatarra. Hizo lo que le habían dicho, se elevó de la posición del copiloto y se volvió hacia la parte trasera. Un disparo de bláster impactó en un lado de su carcasa del procesador. Emitió un largo pitido interminable.

Kyle disparó. Un tusken cayó hacia atrás sobre el portón trasero, fue golpeado por una de las motos deslizadoras, y rodó por la carretera.

El viento azotó el pelo de Kyle y el calor envolvió sus hombros cuando el *Cuervo* descendió. Los tuskens dispararon contra la nave mientras una escotilla se abría, una rampa era extendida, y Jan gritaba en la oreja de Kyle.

—¡Aquí viene la barricada! ¡Salta!

El rebelde la oyó y estaba a punto de transmitir la orden cuando fue elevado por los aires. El droide había visto la rampa, había agarrado el cinturón de herramientas del humano y había disparado su motor repulsor. Ya habían atravesado la escotilla cuando el transporte golpeó la barricada.

El impacto y la explosión resultante tiraron a un AT-ST del puente, mataron a un pelotón de soldados de asalto, y crearon un muro de fuego. La mayoría de los tuskens supervivientes iban demasiado rápido para detenerse. Gritaron mientras sus motos se precipitaban hacia la conflagración y estallaban.

Unos pocos, aquellos bendecidos con reflejos rápidos o colocados en la parte trasera del grupo, giraron. Un denso y oscuro humo se elevó hacia el cielo, señalando como un dedo hacia la nave llamada *Venganza*, posteriormente se dispersó.

CAPÍTULO *6*

Kyle se adelantó, esperó a que Jan se uniera a él, y miró abajo hacia Barons Hed. Fue una ciudad atractiva una vez, durante su infancia, pero las cosas habían cambiado desde entonces. Llevó los electrobinoculares hasta sus ojos, hizo un pequeño ajuste, y examinó la extensión que se abría por debajo.

Una estructura parecida a un castillo servía como el punto focal natural de la ciudad.

Se le llamaba la Casa Gubernamental y se situaba en lo más alto de una colina llamada la Loma del Barón, que era la característica geológica en torno a la cual la ciudad fue construida.

Aunque no era tan alta como la colina en la que yacían los agentes, la torre era lo suficientemente alta como para ofrecer una ventaja táctica a cualquiera que tratara de defenderla. También obligaba a los de abajo a mirar hacia arriba como si se tratara de una autoridad superior; un truco psicológico que era cualquier cosa menos casual. Nada menos que una entidad cuya construcción había supervisado el mismo Jerec durante su breve mandato como Gobernador.

La ciudad se extendía hacia abajo desde la casa de piedra en diversos niveles, una disposición no muy diferente a la de un pastel de boda tradicional, con los ciudadanos más ricos viviendo en la parte superior y los pobres en la parte inferior.

Muros que Kyle recordaba llamativamente blancos se habían vuelto grises, casi negros, y los jardines, tradicionalmente rojos con flores pyro en esa época del año, estaban ahora en gran parte desatendidos, o eran hogar de emplazamientos de armas, parques de antenas, y otros equipos militares desplegados para hacer frente a los ataques de los rebeldes. Ataques que se habían incrementado desde que un día apareció la cabeza de Morgan Katarn en una pica.

El espaciopuerto estaba situado a medio kilómetro al este y mostraba signos de uso regular. Repulsores llamearon cuando un carguero se elevó, se detuvo para orientarse, y partió hacia el sur.

—Entonces —dijo Jan, permitiendo que sus lentes cayeran—, ¿qué piensas?

—Creo que va a ser difícil —respondió honestamente Kyle—. La ciudad está repleta de tropas imperiales, cazarrecompensas y mercenarios.

—La Casa Gubernamental parece el objetivo lógico.

—Sí, pero, ¿cómo entro? ¿Llamando a la puerta?

—Podría dejarte en el tejado.

—Gracias, pero no, gracias —contestó Kyle—. Tendrías que esperar, y eso les daría tiempo para organizarse. Mira esos emplazamientos de armas. Te cortarían en pedazos.

Jan levantó una ceja.

—¿A mí? ¿O al *Cuervo Oxidado*? —Hizo que sonara como una broma, pero ella sabía que no lo era.

Kyle se encontró con sus ojos y apartó la mirada.

—A *ti*. El *Cuervo* puede ser remplazado.

Era lo más cerca que el agente había estado de declarar sus sentimientos por ella, y aunque Jan lamentó la manera en la que el comentario fue suscitado, le gustó la respuesta. El silencio se hizo incómodo. Ella lo rompió.

—Ten cuidado ahí abajo… llama, y llegaré corriendo.

Kyle sonrió y señaló la unidad de comunicaciones de su muñeca.

—No te preocupes. Lo haré.

Jan asintió. Quería decir algo más, pero no estaba segura de cómo hacerlo.

—Bien, luego te veo.

—Sí —respondió Kyle, tragándose el nudo de su garganta—. Luego.

La agente femenina retrocedió, dejando a Kyle contemplando la ciudad a sus pies. El sol se ponía por el oeste, y las luces centellearon entre la bruma del atardecer. La ciudad *parecía* atractiva, especialmente en el crepúsculo, pero Kyle la conocía bien. Suspiró y se abrió camino descendiendo hacia el perfil urbano. Un camino conducía hacia la parte inferior. La gravedad lo empujó hacia abajo.

La habitación era grande, pero carecía de ventanas exteriores y se sentía lúgubre. Una mesa había sido colocada en el centro del espacio y estaba bañada en luz. 8t88 se movió ligeramente, lo que causó que el brazo hiciera lo mismo. Era nuevo, para él en todo caso, había sido retirado de otra unidad 88 que mantenía para repuestos. Cómo se sentiría esa máquina o cómo se las arreglaría sin una de sus extremidades no era de interés para el droide. El brazo había llegado ese mismo día. A falta de los servicios de un experto cualificado en robótica, el droide había instalado la parte él mismo.

El cableado había sido conectado al igual que los tubos que llevaban el fluido hidráulico a esa extremidad en particular. Ahora afinaría el relé de la muñeca, ajustaría los roto-actuadores, y lo pondría a prueba. Una vez esto estuviera hecho, se ocuparía de la cuestión de la habitación.

8t88 tendió la mano izquierda.

—Lápiz sintonizador.

El droide mantenía un gran séquito de sirvientes, todos los cuales eran biológicos. El hecho de que los «naturales» le hubieran creado y él los hubiera esclavizado complacía a la máquina. Metal resonó contra metal cuando un humano colocó una herramienta en la mano de 88. El droide la arrojó al otro lado de la habitación.

—¡El *lápiz sintonizador,* idiota! Ahí, dame eso.

El robot cogió el instrumento correcto, hizo los ajustes necesarios y terminó poco tiempo después.

—Así —dijo 8t88 mientras cerraba el puño—, eso está mejor, *mucho* mejor. Ahora llama al idiota que está al cargo.

Los esbirros de 8t88, dos humanos y un gamorreano, se miraron entre sí, se encogieron de hombros, y se tomaron la petición como una de las numerosas excentricidades del droide. Un humano llamado Rol, el mismo que no podía distinguir entre un lápiz sintonizador y una sonda de análisis, salió de la habitación.

La persona que buscaba (un espécimen bastante estirado que se jactaba de haber servido a Jerec durante el periodo en que este fue gobernador planetario y a cada administrador desde entonces) había adquirido lo que sólo podía ser descrito como

ínfulas. Se tomó su tiempo para responder a la llamada, precedió a Rol

subiendo las escaleras y llegó a los cuartos en cierto modo espartanos del droide. La más pequeña de las sonrisas apareció en los labios cuidadosamente fruncidos del mayordomo cuando entró en la habitación y se inclinó ante 8t88.

—Saludos, su eminencia. ¿Puedo serle de utilidad? —Las palabras goteaban condescendencia. Incomodaban incluso a Rol.

—Puedes contarme la historia de esta casa —respondió 8t88 suavemente.

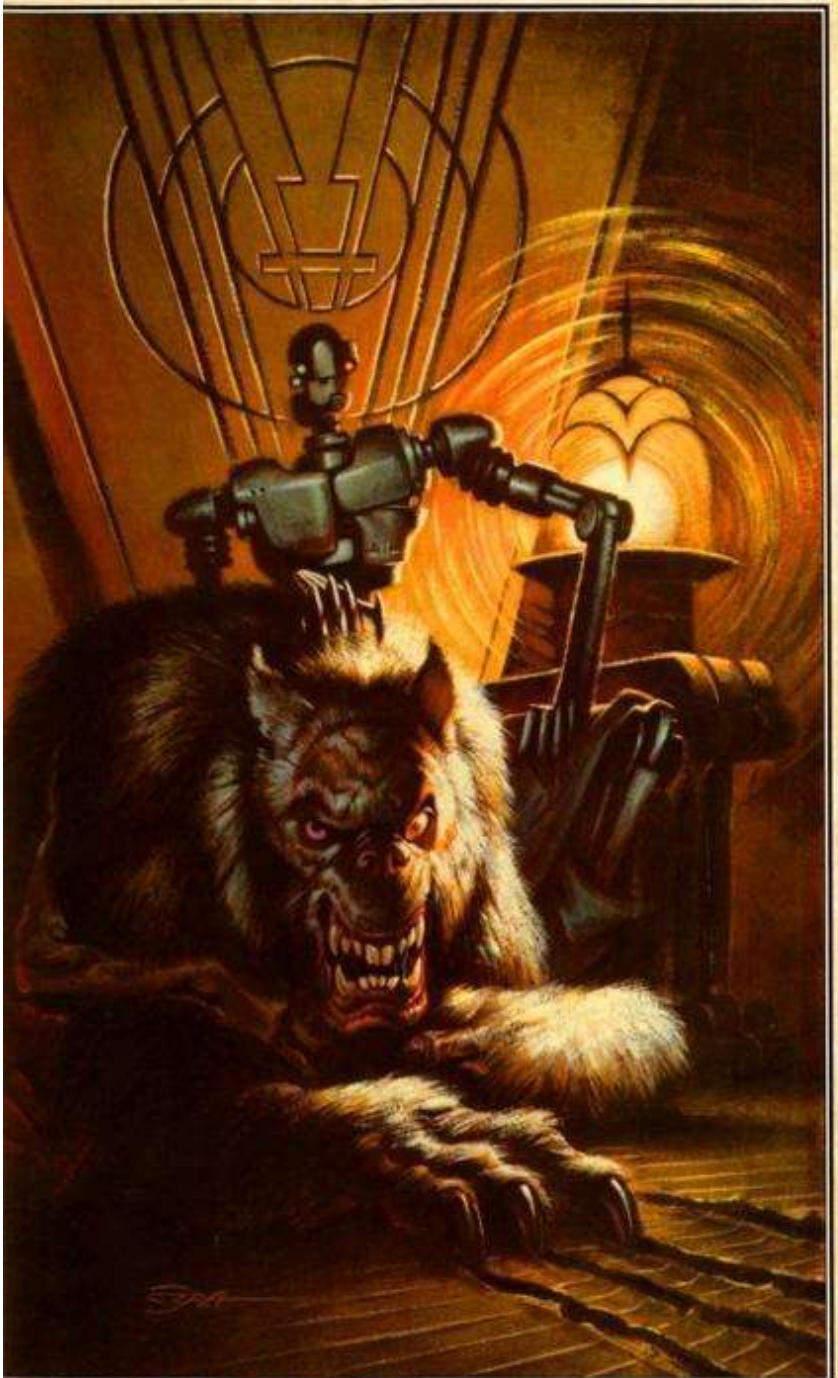
—Por supuesto —replicó el mayordomo—. ¿Qué le gustaría saber?

—Empecemos con esta sala —dijo el droide con indiferencia, ondeando una mano hacia sus alrededores—. Me he dado cuenta de que limita con el salón de baile. Un lugar bastante inusual para los cuartos de los huéspedes. Dime para qué propósito este magnífico recinto estaba dedicado originalmente… y por qué fui elegido para ocuparlo.

El mayordomo tragó saliva con nerviosismo. La asignación había sido una burla, su manera de poner a una máquina arrogante en su lugar mientras que impresionaba al personal. La posibilidad de que el droide pudiera y quisiera reprenderle por ello nunca se le ocurrió al cada vez más nervioso humano. Pequeñas gotas de sudor aparecieron en su frente. Sus manos comenzaron a temblar. ¿Debería disculparse… o echarse un farol?

Eligió lo segundo, una alternativa menos humillante.

—Esta es una suite VIP, señor, elegida debido a su importancia y rango. Y situada en las proximidades de su trabajo.



8t88 movió su dedo índice derecho. Funcionaba sin problemas, lo cual le complació.

—Acércate un poco, por favor. Mis amplificadores no son lo que solían ser.

Rol intercambió miradas con el gamorreano. Sabían que 8t88 podía oír caer un alfiler a un centenar de metros de distancia.

Convencido de que su historia había sido aceptada, y teniendo ganas de caer en gracia a la máquina, el mayordomo avanzó arrastrando los pies. Llevaba un elaborado uniforme confeccionado por él mismo. Un manto se arrastraba tras él. Estaba sucio donde el borde tocaba el suelo.

8t88 esperó hasta que el humano estuvo dentro del alcance de su nuevo brazo derecho, lo extendió, y agarró un puñado del manto. La cabeza de mayordomo dio un latigazo adelante cuando el droide tiró de él.

—Mira mi cara, es la última cosa que verás.

El criado anteriormente altivo pareció deshacerse cuando miró el semblante metálico de la máquina.

—¡Por favor! Siento haberle ofendido… ¡dígame como enmendarlo!

—Ah —dijo 88 juiciosamente—, si sólo pudieras… Pero la disfuncionalidad se oculta en el interior de tu cráneo, un lugar difícil donde hacer reparaciones. No sé si últimamente has visto algún cerebro, pero son difíciles de arreglar. Una CPU tiene más sentido.

El humano ya estaba fuera de sí para entonces. Había aparecido un charco a sus pies y los guardias arrugaron la nariz, excepto el gamorreano, claro, que no se había dado cuenta.

—¿Mi cerebro?

—Claro —respondió el droide—. Suponiendo que tengas uno… Ya sabes, el órgano que se cree superior a las máquinas y goza burlándose de ellas.

El mayordomo intentó protestar, intentó explicarse mientras la fría mano metálica envolvía su rostro, pero pronto perdió las ganas. Parecía que la presión, más el sonido de los huesos faciales rompiéndose, le hicieron desmayarse. Sin embargo, no antes de que

gritara… e hiciera que los pájaros salieran volando desde los aleros.

Si la seguridad dentro y en los alrededores de Barons Hed anteriormente había faltado, ciertamente no faltaba ahora. La presencia de Kyle en la granja y la posterior huida habían resultado en un mayor nivel de seguridad.

Se formaban colas frente a las puertas de la ciudad. Los residentes eran escaneados ocularmente antes de admitirles, y los no residentes eran sometidos a interrogatorios.

No era un proceso que el agente quisiera soportar, especialmente teniendo en cuenta su condición de renegado y el precio sobre su cabeza. No, tenía que haber una manera mejor de acceder, o eso esperaba.

Pasó una hora mientras Kyle se escondía en un portal ensombrecido y observaba la puerta occidental. Disfraces, artimañas y todo tipo de inteligentes y no tan inteligentes estratagemas fueron concebidas, consideradas y rechazadas, incluyendo un plan potencialmente suicida que incluía escalar el muro y disparar a los guardias. Tenía tantos planes en mente, de hecho, que casi no reconoció la oportunidad cuando llegó.

Las imperiales enviaban patrullas hacia el campo periódicamente, lo que significaba que volvían a todas horas durante el día y la noche. Un par de comandos con motos deslizadoras pasaron por la puerta, seguidos por un explorador flotante blindado cargado de soldados de asalto.

Kyle había estado en patrullas similares y sabía lo agotados que estarían. Los soldados querrían quitarse la armadura, tomar una ducha y buscar una cerveza. Su moral, así como su estado de alerta, estarían en su peor momento… Perfecto para alguien tan desesperado como lo estaba él.

Un AT-ST seguía al explorador flotante, y este (además de una distracción inesperada) proporcionó la oportunidad que el rebelde había estado esperando.

La distracción fue cortesía de un desafortunado ciudadano que tuvo la monumental mala suerte de conducir su rebaño hacia la ruta principal

en el momento exacto en que la patrulla pasaba.

Las motos deslizadoras habían partido el rebaño por la mitad, los gra corrían en círculos, y su dueño trataba de poner las cosas en orden. Sin embargo, no era fácil, y los comandos no ayudaron cuando patearon a los animales parecidos a cabras, que entraron en pánico.

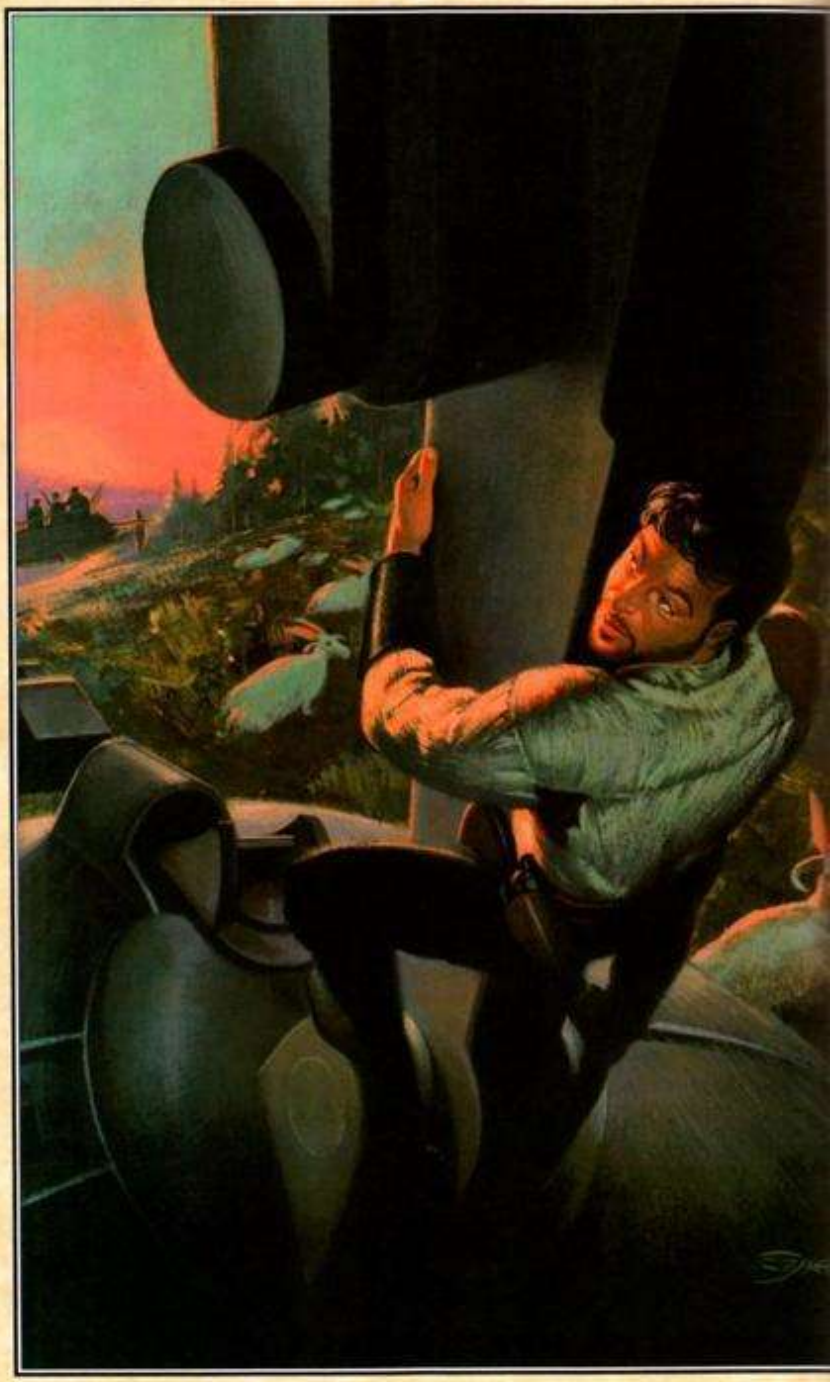
Con los gritos del dueño, los balidos de los gra, y los imperiales maldiciendo, Kyle lo tuvo fácil para salir del portal, correr a través de una sección del pavimento, y saltar sobre uno de los pies con aspecto de vaina del AT-ST. Entonces, después de haberse pegado contra el interior de la pata del caminante, Kyle hizo todo lo posible por aferrarse, una tarea aparentemente simple que resultó ser mucho más difícil de lo que había previsto.

Cabalgar sobre la vaina mientras volaba por encima del pavimento recalentado era relativamente simple. La parte difícil venía después. El pie de un cuarto de tonelada caía a una velocidad alarmante y golpeaba el suelo con tanta fuerza que Kyle apenas mantenía su agarre. El impacto doblaba las rodillas del agente, enviaba una sacudida por su columna vertebral y hacía repiquetear sus dientes.

Todo el asunto era *tan* malo que apenas se dio cuenta de que la máquina aplastó un gra, atravesó sin rodeos los restos del rebaño, y giró hacia la puerta fuertemente custodiada.

El agente contuvo la respiración mientras el centinela dirigía un saludo al comandante del AT-ST y miraba arriba cuando tendría que haber mirado abajo, fallando así en ver un par de brazos sospechosos.

Kyle se aferró con todas sus fuerzas a la máquina mientras esta se abría paso a través del laberinto de calles que formaban la parte baja de la ciudad, la sección de Barons Hed donde vivían los ciudadanos más pobres y donde se encontraban la mayoría de los negocios.



La patrulla dobló una esquina preparándose para dirigirse a su cuartel. El rebelde esperó a algo parecido a una sombra, saltó justo antes de que la vaina golpease el suelo, y corrió a esconderse.

El agente se escondió en el abrigo de una pared cubierta de enredaderas, se aseguró de que su partida había pasado desapercibida y enderezó sus ropas. El hecho de que todavía tuviera marcas de barro y grasa trabajaría a su favor. La idea era la de encajar, y los ciudadanos de la ciudad baja no eran conocidos por su esplendor en el vestir.

Kyle salió a la calle, adoptó el aire de alguien que pertenecía al lugar, y se dirigió hacia el centro de la ciudad. Las casas de la ciudad alta estaban bien iluminadas, definiendo la colina en la que se asentaban. La Casa Gubernamental, que resplandecía con luces, coronaba la parte superior. Encontrarla sería fácil… entrar sería más difícil.

Una calle lateral daba paso al Paseo del Bordero, una vía larga llamativamente iluminada que llevaba a la base de la colina. Carteles brillaban, luces parpadeaban, y música sonaba más allá de las puertas eternamente abiertas. Los callejones apestaban a orina, vómito, y al incienso utilizado para cubrir el hedor.

El tráfico, que era mayoritariamente peatonal, aumentó, y lo mismo hizo el peligro.

Kyle dejó que su mano se desplazara hacia su arma cuando un par de soldados de asalto aparecieron en el lado opuesto de la calle, se detuvieron para interrogar a un vendedor ambulante, y continuaron su camino. El agente se sintió aliviado, pero sabía que los adversarios más peligrosos serían menos evidentes.

Un viajero espacial salió precipitadamente de un bar, se tambaleó en la acera, y vomitó.

Un droide, con las extremidades retorcidas por accidente o diseño, pedía limosna.

Una mujer, con su maquillaje brillando como si se iluminase desde el interior, sonrió y pestañeó.

Ninguno era una amenaza, pero los que se escondían entre ellos sí. El cazarrecompensas rodiano, con sus ojos en busca de presas, el informador escuchando mientras paseaba por la calle, y el agente imperial evidenciado por sus botas… todos eran enemigos.

Kyle caminó a lo largo de la calle tan rápido como pudo sin llamar una indebida atención sobre sí mismo. No fue hasta que salió de la calle principal y entró en la relativa oscuridad de una zona residencial cuando el rebelde supo que le seguían. *Sintió*

la presencia de la otra persona antes de que realmente la viera con los ojos. La Fuerza se ondulaba evitando a la perseguidora de la misma forma en que el aceite se separa del agua.

Kyle esperó a llegar al círculo de luz que ofrecía una de las farolas ampliamente separadas, se detuvo como si estuviera buscando un punto de referencia, y se volvió.

La perseguidora no intentó ocultar su interés y asintió cortésmente. La mujer había sido atractiva, pero eso fue antes de que su ojo izquierdo hubiera sido destruido e instalaran un implante biónico en su lugar. El dispositivo estaba equipado con una torreta de tres lentes que zumbó cuando giró y ofreció un primer plano al cerebro altamente cableado de la mujer. Kyle se dio cuenta de que la mujer llevaba dos blásters frente al único suyo. Una esfera flotaba sobre uno de sus hombros, su propósito no estaba claro. Su voz era profunda y ronca.

—¿Buscas algo, ciudadano? Tal vez yo pueda ayudarte.

—Gracias —respondió Kyle—, pero no, gracias. ¿Qué hay de ti? ¿Quieres algunas indicaciones? ¿O planeas seguirme toda la noche?

—Tienes un arma interesante ahí —respondió la mujer con naturalidad—. Un poco rara, ¿no?

Kyle maldijo su propia estupidez. El sable de luz no sólo era raro sino valioso y ciertamente llamaba la atención. Debería haberlo ocultado. La mujer podría o no tener refuerzos. Kyle no tenía ningún deseo de averiguarlo; tendría que ocuparse de ella, y rápidamente.

—Sí, es un poco rara, como esa esfera sobre tu hombro… ¿Interesada en un intercambio?

Kyle movió su mano izquierda hacia el sable de luz y fue a por el bláster con su derecha. Sacó el arma y disparó una décima de segundo antes de que la aspirante a ladrona disparase la suya. El disparo de ella falló por muy poco mientras que el de él impactó en su garganta. Ella gorgoteó y cayó desmadejada.

Kyle volvió su atención hacia la esfera, vio un pincho de ocho centímetros emerger, y retrocedió. La esfera zumbó amenazante,

osciló de un lado a otro, y se acercó a Kyle con intención de perforar.

El agente retrocedió de nuevo, trató de corregir su puntería, y tropezó con un bordillo. Cayó hacia atrás, sintió el bláster salir volando de su mano y lo oyó repiquetear sobre el pavimento. Estaba a punto de rodar en esa dirección, a punto de exponer su espalda a la afilada aguja de la sonda, cuando una voz se introdujo en su mente. La había oído antes… y sabía que pertenecía a Rahn.

¿Recuerdas Nar Shaddaa? Encuentra la paz en tu interior.

Kyle se acordó de la plataforma de aterrizaje, la manera en la que se ralentizó el tiempo, y la consiguiente batalla. Alcanzar el estado necesario fue más fácil esta vez. La esfera desaceleró, y el zumbido se convirtió en un gruñido grave.

Ahora, continuó Rahn, *lucha como un Jedi*.

Kyle se puso en pie, pulsó un botón, y oyó el aire crujir cuando el sable de luz cobró vida. Aunque más lenta ahora, la esfera continuaba su hipnótico movimiento.

Bien, dijo Rahn. *Ahora, cierra los ojos.*

Kyle contempló la esfera de aspecto letal y negó con la cabeza.

—No creo que sea muy buena idea.

Cierra los ojos, o me marcharé. Hay otros estudiantes, algunos de los cuales muestran ser muy prometedores.

El reproche le hirió, pero el hecho de que Rahn le considerase un estudiante hizo que Kyle se sintiera bien. Recordó al instructor de esgrima de la Academia, un hombre que esperaba la obediencia incondicional de sus estudiantes y nunca abusaba de su confianza. Kyle cerró los ojos.

Ahora, continuó Rahn, *«siente» la esfera, «siente» la forma en que se mueve, y sé uno con ella.*

Kyle trató de verse a sí mismo de la manera en que la esfera lo hacía, como una firma térmica, moviéndose, pero de un modo que su ordenador integrado podía analizar y extrapolar.

Excelente, dijo Rahn alentando. *Sabes adónde irá la esfera a continuación. Apunta a ese punto.*

Kyle «sabía» que la esfera se movería hacia la derecha, llevó el sable de luz hacia el punto donde estaría, y supo que había fallado.

Has estado cerca, dijo Rahn, *muy cerca. Inténtalo otra vez.*

Kyle lo intentó de nuevo. Esta vez visualizó una rejilla, verde, con líneas blancas, y

«vio» a la esfera mostrada en ella. Se movió a la izquierda, a la derecha, y a la izquierda otra vez. Percibía adónde iría el objetivo y actuó en consecuencia. Cuando el agente abrió los ojos, fue para confirmar lo que ya sabía…

La esfera explotó, y un pequeño fragmento de plástico caliente le golpeó en la mejilla. Metralla voló, y el tiempo volvió a la normalidad. Sintió como si hubiera pasado una hora, pero un vistazo rápido a su crono sugirió otra cosa. Todo el incidente no había durado más de tres o cuatro minutos.

El rebelde pulsó el interruptor, enganchó el sable de luz en su cinturón, y recuperó su bláster. El tiempo pasaba… y había razones para apresurarse.

Jerec no podía ver a 8t88 a pesar del hecho de que la proyección holográfica era de ocho metros de alto y de más de once metros de ancho. Sin embargo, fingía que podía, sabiendo que sus acciones alimentarían los mitos cuidadosamente moldeados que le rodeaban. Mitos que exageraban su considerable poder en un factor de diez.

No obstante, podía *imaginar* el aspecto de 8t88, junto con la recreación del mosaico y el mapa estelar holo-animado. Imaginar, y vanagloriarse en el conocimiento de que estaba a punto de convertirse en la persona más poderosa no de los mundos civilizados, sino del *universo*… una posición para la que él era sumamente apropiado.

—Bien hecho, 8t88. El Valle de los Jedi pronto será mío. Reúnete con el carguero *Estrella de Sulon* en la estación de repostaje de las afueras de Barons Hed. Tus honorarios esperan.

El droide balanceó la cabeza en lo que podría haber sido interpretado como un asentimiento o una reverencia, tocó un botón, y desapareció.

Jerec dio la espalda al holo-tanque y dejó que la tripulación del puente contemplara sus ojos hacía tiempo muertos. Sariss estaba allí, él podía *sentir* su presencia.

—Tenemos lo que habíamos venido a buscar… Sariss, prepara el *Venganza* para el hiperespacio.

Sariss se inclinó.

—Sí, milord.

Órdenes fueron dadas, se encendieron motores, y la nave dejó la órbita.

Aunque no poseía los matices emocionales que experimentan los seres humanos, 8t88

sentía lo que él imaginaba ser un enorme sentimiento de satisfacción.

Para completar su tarea, el droide había creado un mapa estelar tridimensional del mosaico del techo y había transmitido la información digitalizada hacia el *Venganza*. El original, que 8t88 continuaba proyectando hacia el centro de la habitación, flotaba ante él. Tenía algo de belleza… Echó una última mirada antes de apagar la imagen. El mapa había sido entregado, el pago asegurado, y podía permitirse el lujo de regodearse.

La muerte del mayordomo había funcionado de maravilla con el personal doméstico, que tenía un respeto repentino y sin precedentes a las máquinas inteligentes.

Quizá el asiento similar a un trono era un poco excesivo, pero apreciaba el simbolismo, y a 8t88 le placía usarlo. Su mascota, un monstruo alado con una mandíbula sobresaliente y párpados gruesos, gruñó y se agazapó a su derecha. Su cola corta y rechoncha hizo un sonido sordo cuando golpeó el suelo de madera.

Una mesa larga y tallada con adornos se extendía hacia el otro extremo de la habitación. Unas sillas estaban paradas a cada lado, algunas echadas hacia atrás para permitir el acceso, otras empujadas hacia delante. El mosaico reconstruido ocupaba la mayor parte de la superficie de la mesa. La bestia gruñó y olfateó el aire. El droide dio

unas palmaditas en la cabeza del monstruo.

—¿Qué ocurre, mi mascota? ¿Otra vez hambriento?

Las sombras se agitaron. Kyle Katarn salió a la luz. Sostenía un bláster en la mano.

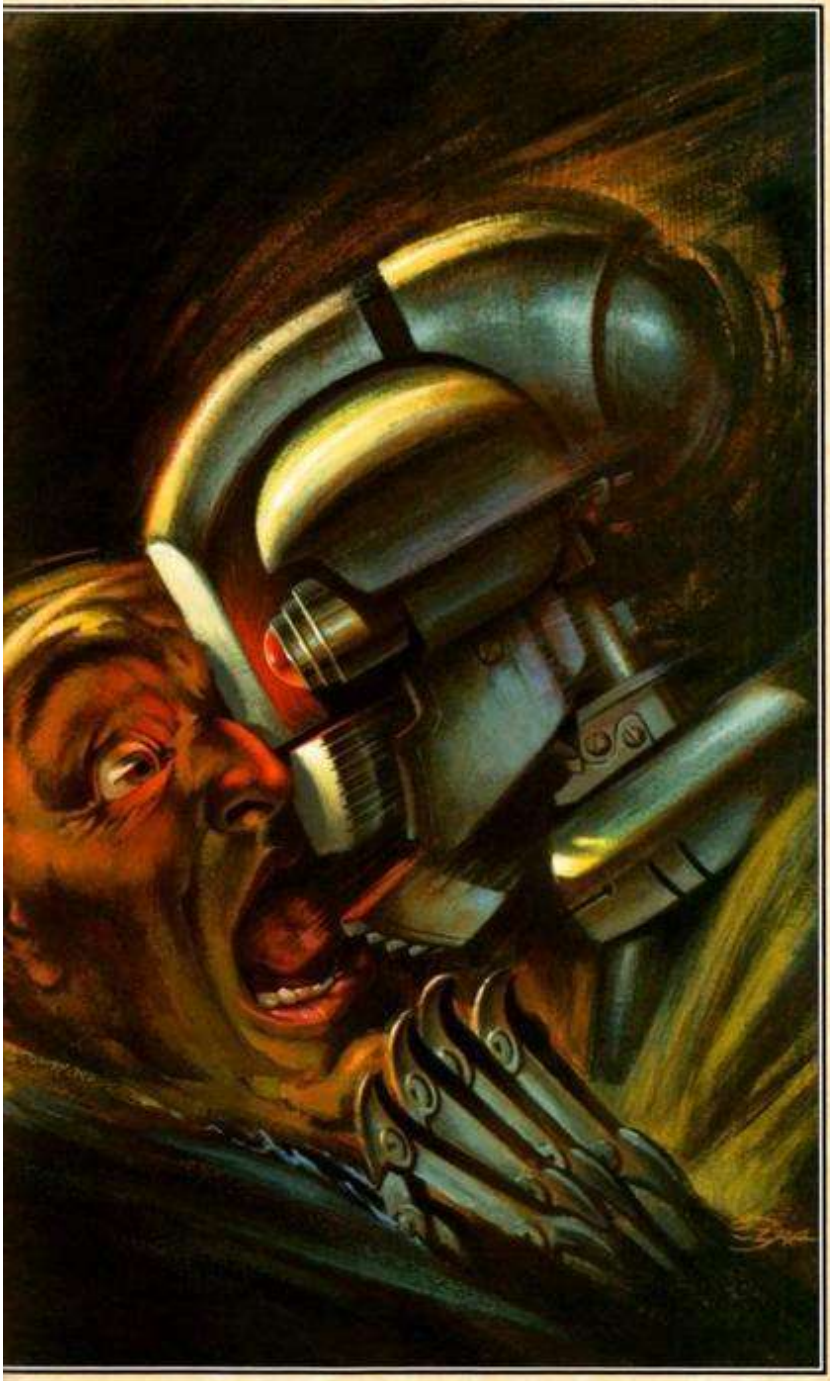
La bestia se levantó sobre sus pies. Saliva goteaba de sus mandíbulas, y un gruñido retumbó en su garganta. 88 sujetó al arnés del animal.

—Todavía no, mi mascota… podrás comértelo más tarde.

—Veo que has encontrado un brazo nuevo —comentó Kyle a la ligera —. Debería haber apuntado a tu cabeza.

El droide se puso en pie. Una señal electrónica fue enviada.

—¡Rol! ¡Hontho! ¡Trox! ¡Cogedle!



El rebelde negó con la cabeza burlonamente.

—Lo siento, viejo cubo oxidado, pero Rol y sus amigos están indispuestos permanentemente. Quiero el mapa.

El droide hizo un gesto hacia la mesa.

—¿En serio? Coge el mapa. Adelante… guárdalo en tus bolsillos.

—Gracias —dijo Kyle secamente—, pero no, gracias. La versión digital sería mucho más conveniente.

Un motor chirrió, una sección del techo comenzó a descender, y se filtró luz a su alrededor. Kyle movió el arma para cubrir la plataforma cuando aparecieron un par de piernas. 88 retrocedió. Su mascota se resistió y dejó marcas de garras en el suelo.

Yun sonrió, se dejó caer sobre la mesa, y activó su sable de luz. Este cobró vida.

—¿Quieres el mapa? Bien, te lo cortaré a medida.

El sable láser se elevó y descendió. Volaron piezas sobrecalentadas. Kyle apuntó su arma pero sintió que un martillo golpeaba contra su pecho. No un martillo *real*, sino uno moldeado con la Fuerza, e igual de eficaz. Él retrocedió y se golpeó contra una silla.

El bláster cayó lejos, y Yun sacudió la cabeza.

—Así que esto es lo que el Lado Luminoso envía contra nosotros. No me extraña que tengamos éxito. —dicho esto, con el sable de luz zumbando en su mano, anduvo a lo largo de la mesa. Azulejos rotos se dispersaban bajo sus pisadas.

Kyle reconoció al Jedi como uno de los tres que vio en la granja… el joven.

El rebelde se puso en pie, dio una patada a la mesa, e hizo un salto mortal hacia atrás. La silla cayó al suelo, y el agente aterrizó sobre sus rodillas.

8t88 arrastró a su mascota todavía poco dispuesta hacia una alcoba. Una puerta de duracero se cerró de golpe ante él. La maquinaria chirrió cuando el turboascensor lo llevó hacia arriba.

Sorprendido por el movimiento de Kyle y un poco más que intrigado, Yun se movió adelante. Kyle, que todavía estaba de rodillas y en

desventaja, sacó su sable de luz. La

energía crujió y el olor a ozono llenó el aire cuando el rebelde logró levantar su arma y bloquear el ataque del Jedi.

Yun frunció el ceño. Parecía que su rival era más capaz de lo que le había sugerido la primera impresión. El Jedi sintió un goteo mínimo de miedo penetrar en sus entrañas.

Kyle sintió la duda del otro hombre, logró ponerse en pie, y permitió a su oponente centrarse. A pesar de que en sus lecciones de esgrima había usado una hoja fija y su duelo con la esfera había sido algo breve, la combinación daba al rebelde experiencia desde la que igualarse con su rival. Se concentró en los ojos del Jedi, *sintió* el flujo de Fuerza a su alrededor, y se lanzó a la derecha.

Yun vio cambiar de posición a su adversario, se movió para interceptarlo y se agachó cuando la energía letal barrió a través del espacio donde había estado su cabeza.

Había estado cerca. Demasiado cerca para un completo novato.

Kyle atacó de nuevo. Aunque ligeramente, su golpe cortó a través de la parte superior del brazo de Yun y derramó sangre, que se cauterizó por el calor del arma.

Un grito escapó de los labios del Jedi mientras el sable caía de su mano, perdió el equilibrio y derrapó sobre su espalda. Kyle se acercó, y Yun levantó su brazo. Estaba asustado, *muy* asustado, pero decidido a mantener su orgullo.

—¡Mátame, rebelde, justo como yo te mataría!

Parecía un buen consejo, y Kyle levantó su arma. Pero cuando estaba a punto de golpear, las palabras del otro hombre resonaron en su cabeza. «Justo como yo te mataría». ¿Era esa la clase de hombre que quería ser? ¿De la clase que mataría sin motivo? 8t88 tenía el mapa, y el Jedi había sido neutralizado. Kyle retrocedió tres pasos, bajó su arma, y apagó el dispositivo. Rahn, ausente hasta ese momento, reapareció.

Tu padre y yo estamos orgullosos de ti, hijo mío, la piedad es la primera y principal entre las virtudes de un Jedi.

Yun estaba sorprendido aunque pensativo al mismo tiempo. Había algo en las acciones del otro Jedi que *sentía* correcto. ¿Cómo era

posible? La piedad era sinónimo de debilidad. Pensó en Sariss, en lo avergonzada que su mentora estaría, y deseó estar en cualquier otro lugar. Yun flotó hacia el techo. Su arma le siguió.

Kyle lo observó por un momento, sus ojos fijos en los de Yun, y se dio cuenta de su error. ¡8t88! El agente se giró y levantó su arma. Pero la habitación estaba vacía, o así

parecía hasta que un disparo de bláster chisporroteó pasando más allá de la cabeza del agente.

—¡Ahí está! ¡Matadlo!

Disparos de bláster brillaron en la oscuridad y rebotaron cuando Kyle usó el sable de luz para desviarlos. La acción fue instintiva, pero asustó a los soldados de asalto.

—¿Has visto eso? ¡Es un Jedi!

Hubo una pausa mientras algunos de los soldados intentaban correr y eran detenidos por un sargento, bláster en mano. Fue necesario disparar a uno de ellos en la rodilla para que los demás se dieran la vuelta.

Kyle recuperó su bláster, dio la vuelta hacia una escalera y se llevó el comunicador de la muñeca a la boca.

—Hey, Jan, ¿qué te parece recogerme?

Jan rodeaba la casa, esperando a que una lanzadera imperial dejara libre la plataforma del tejado y así poder aterrizar.

—Lista y a la espera, Kyle… encuéntrate conmigo en el tejado.

—Me alegra oírlo —contestó Kyle, rociando el salón de baile con fuego de bláster—.

Creo que mis anfitriones se han hartado de mí.

—A veces tienes ese efecto sobre la gente —acordó Jan—. Yo soy la excepción.

Kyle subió por las escaleras disparado, abrió una puerta y caminó hacia la noche.

Los repulsores llamearon mientras el *Cuervo* se posaba sobre la plataforma. El agente sonrió.

—Qué suerte la mía.

—Sí —convino Jan—, qué suerte la tuya. Ahora, a bordo.

Kyle corrió por la rampa, entró por el vientre de la nave y se abrió paso hasta la sala de control.

—¿Has visto a alguien irse?

—Sí, una lanzadera despegó antes de que yo llegara.

Kyle maldijo.

—Ese era 88… ¡El miserable montón de chatarra tiene el mapa! ¡No lo dejes escapar!

Jan sabía que tendría que haber respondido «¿qué mapa?», pero estaba cansada de la farsa.

—No, señor. Sí, señor.

El *Cuervo* se elevó del tejado y giró mientras una batería antiaérea se desplegaba y disparaba hacia el sur. Una ráfaga de disparos energéticos cortaba el paso a proa. Jan emprendió una acción evasiva. Kyle fue arrojado a la cubierta. Se puso en pie.

—Gracias por el aviso.

—Lo siento. Se me ha ido la mano, eso es todo. Mejor agárrate.

Kyle hizo lo que le dijo y miró a Jan por el rabillo del ojo. Era maravillosa y exasperante al mismo tiempo. ¿Cómo se las arreglaba para hacerlo?

Luces aparecieron en el horizonte, y Jan sonrió.

CAPÍTULO *7*

Ciudad Combustible estaba situada a diez kilómetros al sur del espaciopuerto por razones de seguridad. Incluía filas de tanques de almacenamiento, que estaban conectados por un laberinto de tubos y alimentaban nueve estaciones de repostaje elevadas. Las luces, que parecían colocadas desordenadamente por todo el complejo, proyectaban miles de sombras misteriosas.

El *Estrella de Sulon* flotaba sobre la estación seis y se mantenía trabado en su lugar por una red de rayos tractores. El combustible entraba en

la nave a través de mangueras lo suficientemente extensas como para alcanzarla.

8t88 guió la lanzadera bajo el vientre del carguero y esperó a que los ordenadores se comunicaran entre sí. Una escotilla se abrió, y la lanzadera se elevó bajo un cono de luz de color azul verdoso. La bahía era intencionalmente pequeña para maximizar la capacidad del carguero. Había cuatro huecos para naves pequeñas, tres de los cuales estaban ocupados; dos por naves de escape y uno por una lanzadera imperial.

8t88 registró una sensación de satisfacción cuando activó el piloto automático de la nave y salió de la cabina. La lanzadera pertenecía al *Venganza.* Jerec era eficiente, una cualidad poco común cuando se trataba de biológicos, y una que valía la pena celebrar.

La bestia se lamió, oyó un ruido y se volvió en esa dirección. Su cola golpeó inquisitivamente. 88 asintió.

—Sí, mi mascota, puedes venir.

La bestia ronroneó y estiró las alas mientras 88 liberaba su arnés. La máquina habría preferido dejar al animal, pero sin guardaespaldas para protegerle, la bestia era mejor que nada.

Salieron de la lanzadera, se dirigieron a una escotilla, y esperaron a que se abriera.

No había nadie para recibirlos… un insulto que el droide no olvidaría, y otra manifestación de prejuicios anti-máquinas.

Pasos resonaron entre los mamparos y garras cliquearon contra el metal mientras el dúo se abría paso a través de pasillos vacíos y entraba en la cámara de oficiales de la nave. La luz se reflejaba en la superficie de una mesa metálica rayada, las sombras se

profundizaban en los rincones de los mamparos, y no había señales de vida. La cadera del droide chirrió cuando se volvió.

—¿Hola? ¿Hay alguien aquí?

Algo se movió. Una, no, *dos* figuras se separaron de la oscuridad y salieron a la luz.

8t88 sintió la misma sensación de vacío que los humanos llamaban un «mal presentimiento» sobre algo cuando la tenían. ¿Gore? ¿Pic? ¿Por qué Jerec enviaría Jedi para lo que resultaba ser un asunto rutinario? ¿O alguien había decidido ofrecerle el respeto que se le debía? Sí, decidió el droide, eso lo explicaba. Habló con la autoridad casual de un ser superior.

—Estoy aquí para recoger mi pago.

Los «gemelos» sonrieron, pero las expresiones estaban vacías de humor. Fue Pic quien habló.

—Bien… porque estamos aquí para entregarlo.

Jan todavía estaba disculpándose con el control aéreo de Ciudad Combustible, seguía inventándose excusas, mientras el *Cuervo* partía.

—Lo siento, control. Estaba confusa, eso es todo. Cambio.

El Capitán Zyak era muy consciente de cómo podían confundirse los pilotos civiles.

Sacudió la cabeza disgustado. Llevaba un bigote fino y una mueca de edición estándar.

—Recibido, uno-nueve-dos. Sólo saque ese montón de chatarra de mi pantalla. Y sea más cuidadosa en el futuro.

Jan sonrió.

—Entendido, control.

A Zyak le gustó el sonido de su voz y decidió darle un consejo.

—Vigile su vector, uno-nueve-dos, hay problemas en Barons Hed, y sería muy fácil para una de esas baterías de misiles cometer un error. Cambio.

Jan se esforzó por sonar preocupada.

—Problemas… sí, señor… gracias por el aviso. Corto.

Zyak se acercó a la ventana y observó las luces de posición de la nave

perderse en una galaxia de luz. Se preguntó qué aspecto tendría la piloto y sabía que nunca lo averiguaría. La vida, si se podía llamar así a este período de servicio, era cualquier cosa menos justa.

Kyle observó partir al *Cuervo*, esperó el tiempo suficiente para asegurarse de que Jan estaba bien, y se centró en la tarea entre manos. Rastrear a 8t88 era una tarea difícil por el hecho de que las máquinas no parecían perturbar la Fuerza de la manera en que los seres vivos lo hacían.

Sin embargo, gracias al hecho de que sólo tres de las nueve estaciones de repostaje estaban ocupadas, el agente fue capaz de reducir sus opciones. Una de las naves era demasiado pequeña, y otra estaba totalmente automatizada, lo cual dejaba un carguero llamado *Estrella de Sulon.* El rebelde eligió lo que parecía ser la pasarela correcta. Estaba vacía y resonaba con sus pasos.

Como la mayoría de las naves de su tipo, el *Estrella de Sulon* estaba equipado con una escotilla de emergencia situada en la superficie superior de su casco. La pasarela pasaba aproximadamente a diez metros por encima de ella. Kyle se detuvo, comprobó los alrededores, y pasó las piernas por encima de la barandilla. El salto parecía factible, a pesar de la curvatura del casco.

Después de revisar sus armas para asegurarse de que estaban seguras, el agente saltó al aire y cayó como una roca. Absorbió la mayor parte del impacto con las rodillas dobladas, se aseguró de que el salto había pasado inadvertido, y se dirigió a la escotilla.

La escotilla superior, al igual que el resto de puertas de la nave, estaba abierta en cumplimiento de las normas de seguridad de la estación. Las compuertas abiertas

permitirían entrar a las auto-mangueras en caso de incendio mientras la tripulación escapaba.

Kyle se había inventado una historia para explicar su presencia en caso de encontrarse con un miembro de la tripulación. Pero no tuvo que utilizarla. El agente bajó a través de la escotilla y se dejó caer en el pasillo sin mayores problemas.

¿Estaba la nave desierta? Pareció así hasta que Kyle *sintió* la Fuerza ondular desde algo y supo que había otros. ¿8t88? No, pero la sensación era una reminiscencia de la repugnante mascota del droide.

Y si la mascota estaba presente…

Cauteloso ahora, y no teniendo ganas de enfrentarse cara a cara con la bestia alada, Kyle sacó el bláster.

El pasillo se curvaba a la derecha, y él giró con él. Podía *sentir* a la criatura. Y

también algo menos definido, como si estuviera de alguna manera apantallado.

El agente dobló una esquina, vio luz derramarse a través de una escotilla, y avanzó en paralelo al mamparo. Se detuvo junto a la abertura, aguzó el oído en busca de movimiento, y oyó el aire silbar a través de los conductos sobre su cabeza. Era extraño, *muy* extraño, y a Kyle no le gustaba.

El rebelde entrecerró los ojos, envolvió sus dedos alrededor del bláster, y se movió.

Se deslizó por la escotilla, dejó una pared de duracero a su espalda, y examinó el camarote.

Vio a 88 y oyó el gruñido al mismo tiempo. El droide estaba sentado en una silla, de espaldas a la puerta, y el monstruo estaba agazapado más allá. Sus ojos eran rojos y penetraban la oscuridad. Kyle medio esperó que la bestia le atacara, pero se quedó donde estaba. Algo más tranquilo pero listo para disparar en caso de necesidad, el rebelde se movió adelante.

—He estado esperando este momento.

—Yo también —dijo una voz.

Una serie de cosas sucedieron a la vez. La cabeza de 8t88 cayó de sus hombros, rebotó en su regazo y rodó por la cubierta. El monstruo se lanzó, se la tragó de un bocado, y pareció sorprendido.

Kyle oyó la voz y se giró hacia el sonido. Un escudo mental cayó, y de las sombras salió algo enorme. Llevaba un casco, protección para la barbilla y armadura pectoral…

Pero de mayor importancia aún era el enorme sable de luz que el Jedi Oscuro agarraba con una mano de tres dedos. El aire crujió cuando la monstruosa arma segó a través del aire.

Kyle frunció el ceño, se preguntó cómo un Jedi podía ser tan estúpido, y disparó a Gore en la cara. El gigante se tambaleó y cayó hacia atrás. Aterrizó con un ruido sordo.

Su sable de luz se precipitó girando a través del aire, el mango golpeó el suelo y se apagó.

Kyle seguía pensando en lo que había ocurrido cuando un lunático cayó sobre su espalda y hundió sus afiladas garras en la carne.

—¡Has matado a Gore! ¡Ahora *tú* lo pagarás!

Kyle intentó sacudirse al agresor, sintió una hoja cortarle al lado de la garganta, y soltó el bláster. Dedos buscaron los ojos del agente mientras este extendía las manos hacia su espalda. Encontró un brazo de huesos finos y forcejeó con él mientras retrocedía a través del cuarto. El agente golpeó el mamparo tan fuerte como pudo. Sonó un crujido.

Pic profirió un grito agudo que alcanzó la mente de Kyle como un disparo energético y cayó a la cubierta.

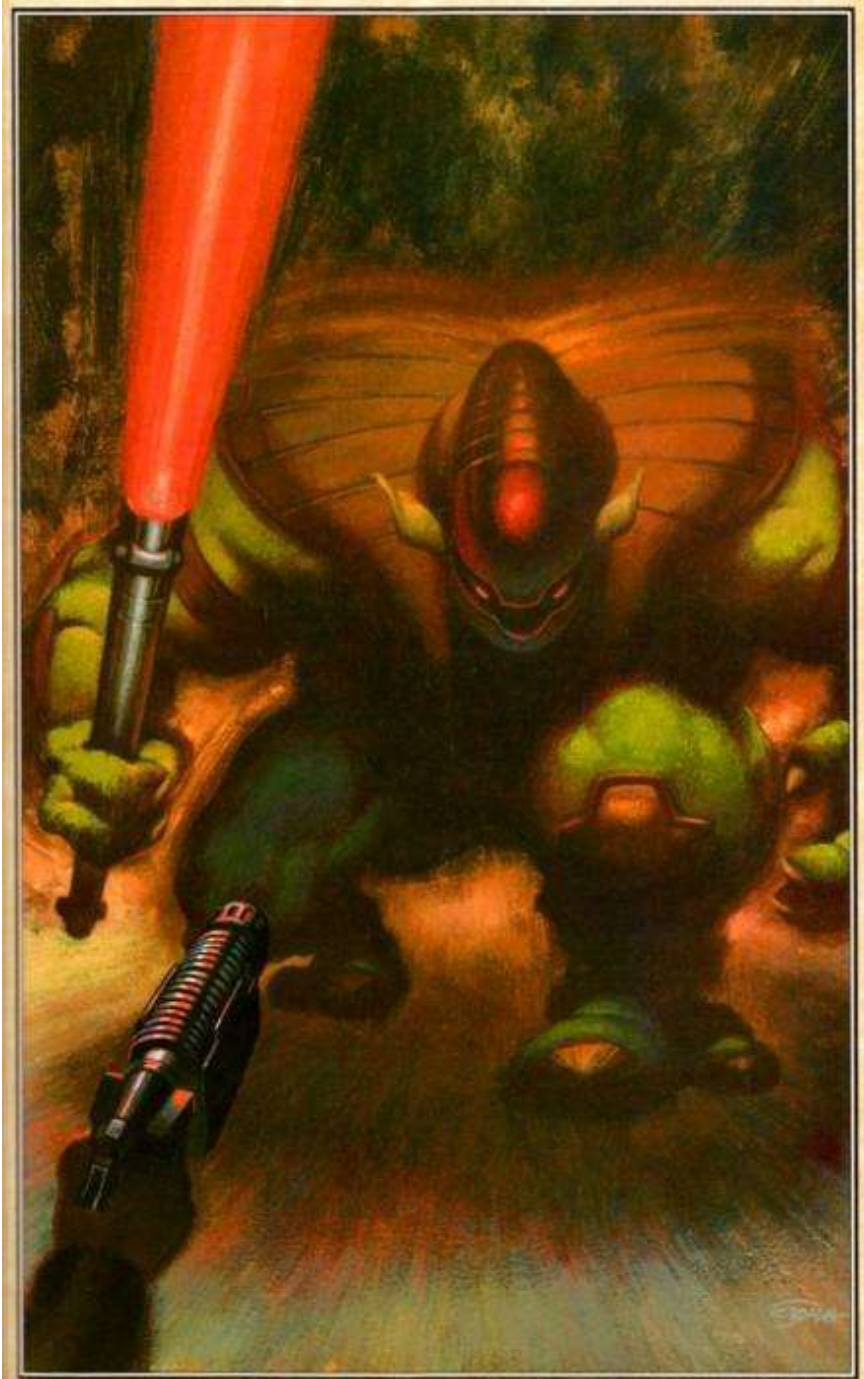
Aturdido por el ataque y sangrando por media docena de heridas punzantes, Kyle se alejó tambaleándose.

Estimulada por el olor de la sangre y ávida ante una muerte fácil, la bestia inició su ataque. Las garras del monstruo arañaron la cubierta buscando mejor tracción. Un rugido emanó de las profundidades de su garganta mientras cargaba.

Aunque ralentizado por el dolor en su cabeza, Kyle aún logró coger el sable de luz de su cinturón y girarse. El arma fue un borrón a través del aire, alcanzó al monstruo en la boca, y cortó la parte superior de su cabeza.

Kyle no fue consciente de que el animal había muerto… las piernas continuaron avanzando hasta que el monstruo golpeó un armario de equipo y se derrumbó. El metal cedió, las puertas se abrieron, y piezas se esparcieron por la cubierta.

Aturdido y encantado de estar vivo, Kyle apagó el sable de luz y se dejó caer en una silla. La una vez inmaculada habitación se había transformado en una morgue. La visión, por no mencionar el olor, le daba náuseas.



Lentamente, con el fin de minimizar el dolor, el agente se puso de pie. Estaba situado sobre el monstruo y reflexionó qué hacer. La criatura estaba de cara al suelo, o lo habría estado, si su cara hubiese sobrevivido.

El rebelde agarró una pata que rápidamente se estaba poniendo rígida, le dio la vuelta al monstruo, y encendió nuevamente el sable de luz. El olor a pelo quemado llenó las fosas nasales de Kyle cuando hizo una larga incisión ligeramente ondulada.

El agente sintió náuseas cuando rollos de intestino azul verdoso salieron de la cavidad abdominal del monstruo y se derramaron sobre la cubierta. Había tres estómagos para elegir. Pero sólo uno parecía del doble de su tamaño normal.

Arrugando la nariz con asco, Kyle cortó el órgano abriéndolo, vio la cabeza de 88 y alargó la mano para cogerla. Los dedos del agente se deslizaron a través de una capa de bilis verde, encontró las tomas oculares del droide y las usó para asegurar la adquisición. Kyle sacó la carcasa y reprimió una serie de arcadas.

Después de haber limpiado y secado la cabeza con ropa sacada de un armario, el agente estaba a punto de irse cuando un grito agudo le hizo girarse.

Pic había recuperado la conciencia. El Jedi era poco más que un borrón. Ya había cubierto la mitad de la distancia entre ellos y estaba por el aire para cuando el rebelde empezó a reaccionar. No había tiempo para pensar. El instinto asumió el control.

La cabeza pesaba unos buenos diez kilos y estaba hecha de metal. Describió un arco alrededor del cuerpo de Kyle y golpeó con considerable fuerza. Hubo un fuerte crujido cuando cráneo golpeó contra cráneo, y Pic, que no parecía otra cosa que un muñeco de trapo, voló a través del compartimiento, se estrelló contra un mamparo, y cayó a la cubierta.

Paranoico para entonces, el rebelde recuperó su bláster, revisó cada cuerpo buscando señales de vida, y dejó el compartimiento: lo más seguro y más conveniente era volver por el camino por el que había venido.

Kyle giró a la izquierda, escuchó a alguien gritar y sintió, más que vio, el disparo de energía que voló más allá de su cabeza. El agente gritó hacia su comunicador de muñeca y se cubrió tras una esquina. Tenía lo que había ido a buscar. ¿Pero podría escapar?

La impresión 3D había sido enrollada en un cilindro y asegurada con un trozo de alambre. Jan se había encontrado con el artículo mientras buscaba su multiherramienta y lo había abierto. Una mujer le devolvía la mirada, una mujer tan bonita que Jan se sintió momentáneamente celosa hasta que reconoció los ojos de Kyle en ella y supo de dónde le habían venido. Aquí había una mujer que también había amado a Kyle, aunque de una manera diferente.

El sonido de la voz de Kyle la sobresaltó.

—Hey, Jan. Tengo lo que he venido a buscar, pero estos payasos lo quieren de vuelta. ¿Qué tal un paseo? Cambio.

Jan quitó las botas de la consola y habló por su auricular.

—Aguanta. Estoy de camino. Corto.

Todos los sistemas principales estaban en línea. Jan accionó algunos interruptores, esperó las correspondientes luces verdes, y encendió los repulsores de la nave. El *Cuervo* se elevó.

Un campesino regresando de un recado nocturno vio la nave salir de un hueco, perdió el control de su aerotrineo, y cayó de manera desagradable.

Jan giró la proa hacia Ciudad Combustible y dio potencia. El humor ligero de Kyle no la engañó ni por un momento… estaba en problemas. Cada segundo contaba.

Volaba bajo esta vez… tan bajo, que control de Ciudad Combustible no la vería hasta que fuera demasiado tarde. Un rebaño de gra se dispersó cuando sobrevoló la cima de una colina. Luces brillaban en el horizonte.

Parecía como si alguien hubiera pedido ayuda porque la nave estaba llena de tropas.

Kyle disparó a un oficial, se abalanzó por el pasillo y vio la escalera de acceso.

Unas piernas blindadas aparecieron, seguidas por el torso de un soldado de asalto.

Sus botas golpearon la cubierta; se volvió, vio a Kyle, y fue a por su arma de asalto.

Colgaba a través de su espalda y no era fácilmente accesible. El agente disparó tres veces al imperial en una rápida sucesión y lo vio caer.

Un indicador brilló en rojo señalando la necesidad de un nuevo paquete de energía.

Había paquetes de repuesto en el cinturón del agente pero no había tiempo que perder, no con un rifle de asalto en perfectas condiciones esperando ser recogido. Enfundó el bláster, agarró el arma más potente y giró hacia el otro extremo del pasillo.

Un trío de comandos rodearon la esquina, se detuvieron junto al cuerpo de su oficial y abrieron fuego.

Kyle se agachó, disparó tres ráfagas cortas y derribó a dos de ellos. El tercero se lo pensó mejor y huyó.

Kyle aprovechó el respiro para trepar por la escalera y cerrar la escotilla interna. Dos minutos de fuego sostenido fueron suficiente para soldarla, bloqueándola.

Una vez hecho esto, el rebelde subió por la esclusa y asomó la cabeza al exterior. No había señales de Jan. Pero había mucha oposición. Eran visibles diez o doce imperiales en las pasarelas que le rodeaban. Un soldado lo devisó, gritó algo incoherente y abrió fuego.

Agradecido por la protección ofrecida por la esclusa, Kyle les devolvió el favor. El imperial extendió los brazos y cayó en la oscuridad de abajo. Se gritaron órdenes, y el fuego vino de todas partes.

El Capitán Zyak había completado su turno y estaba a punto de irse a sus cuartos cuando se desató todo el revuelo. La información llegaba con dificultad, pero a juzgar por las comunicaciones fragmentadas y la forma en que los haces de energía se entrecruzaban de un lado a otro, un tiroteo en toda regla estaba teniendo lugar.

Dado el hecho de que su reemplazo (un espécimen de rostro cetrino llamado Nomo) acababa de graduarse en la escuela de control de tráfico aéreo, el oficial decidió quedarse. Miró a través de unos electrobinoculares y habló con un murmullo.

—Teniente Nomo. Póngase en contacto con el idiota que esté al cargo de esas tropas y recuérdele que bautizaron este complejo como «Ciudad Combustible» por una razón.

Un disparo en el lugar equivocado y cada uno de nosotros acabará muerto.

La mano de Nomo temblaba mientras levantaba un comunicador y hacía la llamada necesaria.

—Nave entrando —dijo un técnico escuetamente—. Vector ocho… y se acerca rápidamente.

—Dígales que se larguen —ordenó Zyak, escudriñando la batalla—. Tengo suficientes problemas.

—He hablado con su oficial al mando —dijo Nomo con urgencia—. Tiene órdenes de matar a los infiltrados sin importar el coste.

—Su trasero será el primero en arder —dijo el oficial con cansancio—, pero no se puede razonar con gente como esa. Llame a operaciones, dígales que detengan las bombas y purguen los conductos. Ordene cerrar las válvulas de la uno a la cuarentaiséis. Cuanto menos combustible haya en circulación, mejor.

—La nave entrante sugiere que realicemos un acto antinatural sobre nosotros mismos —dijo el técnico pacientemente—. ¿Respuesta?

Zyak se volvió, se acercó a la posición del técnico y examinó sus pantallas. Había visto antes al objetivo. Uno-nueve-dos había vuelto, y había muy pocas dudas de por qué…

La piloto con la voz agradable había dejado un equipo de agentes en *su* complejo y estaba planeando extraerlos. Zyak recordó el consejo que le dio y se sintió traicionado.

Era estúpido, lo sabía, pero así es como se sentía.

—Bórrela del cielo —dijo Zyak con aplomo—, y hágalo ahora.

Jan movió el *Cuervo* de babor a estribor en un esfuerzo por confundir a las baterías de misiles tierra-aire. Oía un tono cuando se disparaban las armas. El ordenador de la nave encontraba los misiles, los clasificaba por tipo y trasladaba la información a su consola.

Jan eyectó contramedidas en un esfuerzo por crear más blancos, disparó cuatro misiles antimisiles, y usó su cañón de energía para hacer estallar un tanque de combustible periférico. Este explotó, atrayendo a cada misil rastreador de calor que

estaba en el aire, y volvió a erupcionar. Una obscena flor rojo-anaranjada floreció, consumiendo todo a su alrededor, y envió pétalos hacia el cielo.

—Por todos los dioses —dijo Nomo, con la voz llena de asombro—, ¡miren eso!

¡Hemos hecho desaparecer la nave del cielo!

— *Eso* era el tanque de almacenamiento dieciséis, idiota —respondió Zyak con desdén—. ¿Han purgado ya los conductos?

Nomo comprobó una consola.

—No completamente, señor. Indican setenta por ciento y bajando.

—¿Y las válvulas?

—Están trabajando en ello… algún tipo de relé ha caido. ¿Por qué es tan importante purgar las…?

La pregunta de Nomo fue interrumpida cuando los tanques quince, catorce y trece explotaron en rápida sucesión. Las explosiones hicieron temblar las ventanas de transpariacero e hicieron caer una taza que se estrelló contra la cubierta. Incendios, cada uno solapando al siguiente, iluminaron la noche.

—Por eso los conductos son tan importantes —dijo Zyak amargamente —. Mientras tengan combustible en su interior y las válvulas permanezcan abiertas, funcionarán como mechas. Bien, Nomo, es *su* guardia. Solucione este asunto y será capitán el lunes.

Falle, y trabajará en las minas.

El color se desvaneció de la cara del joven oficial mientras veía a Zyak recoger sus objetos personales de un cajón.

—¿Minas? ¿Qué minas? ¿Adónde va?

—Tan lejos como pueda —dijo Zyak lúgubremente—. Tan lejos como pueda.

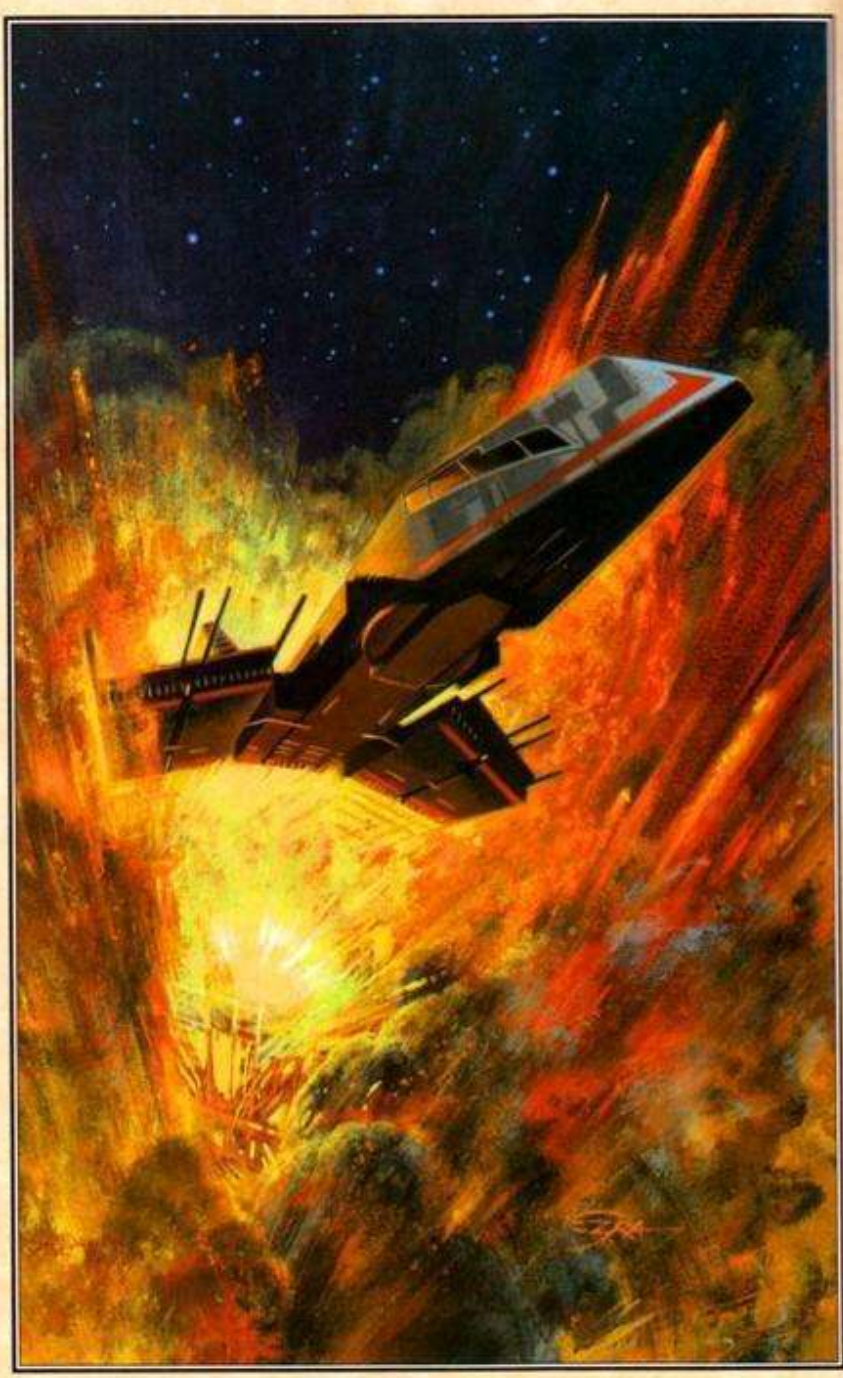
El *Cuervo* viró a la izquierda y luego a la derecha mientras Jan guiaba la nave entre los pilares de fuego. La torre de control apareció a la izquierda y pasó a cincuenta metros de ella. Una cara asustada se asomó y desapareció.

—¿Kyle? ¿Dónde diablos estás? No tendremos una segunda oportunidad. Cambio.

Kyle vio cómo otro tanque de almacenamiento explotaba en el norte, se dio cuenta de que la destrucción se dirigía hacia él, y habló por el comunicador de muñeca.

—Busca la estación seis. Estoy en la superficie superior de un gran carguero.

Cambio.



El sistema de acoplamiento informatizado de Ciudad Combustible seguía funcionando. Un diagrama apareció en la pantalla de navegación del *Cuervo*. Jan localizó la estación seis, esquivó un pilón de comunicaciones y disparó los retros. La nave desaceleró, descendió hasta situarse en un curso de aproximación apropiado y avanzó. Fuego de bláster salpicó el casco de la nave, pero carecía de la fuerza para penetrarlo. Las armas más grandes y poderosas, las asignadas a defender todo el complejo, estaban equipadas con retenciones que les impedían disparar hacia una estación de repostaje… una precaución bastante sabia, considerándolo todo.

El *Cuervo* se perfilaba a contraluz de un fuego lejano. Kyle levantó los brazos y juntó las muñecas mientras la nave se colocaba en posición. La rampa zumbó y se detuvo bruscamente. Una ráfaga de viento había golpeado el lado de estribor del casco, y Jan luchaba por controlar la nave.

El agente comprobó que tenía bien agarrada la cabeza de 88, esperó a que la rampa se abriera, y dio el salto necesario. La rampa rebotó, se balanceó, y subió a Kyle.

Disparos de energía destellaban, pero ninguno se acercó lo suficiente como para preocuparse.

Una vez dentro, Kyle se dirigió a la cabina. Jan arrugó la nariz.

—¿Quién es tu amigo? Podría usar un desodorante.

Kyle sonrió.

—Jan, te presento a 8t88. Lo que queda de él, de todos modos. 8t88, te presento a Jan.

Es un poco gruñona a veces. Pero es muy guapa. Algo que no se puede decir de *ti*.

Era un buen cumplido, y uno que Jan habría disfrutado mucho más si las circunstancias hubiesen sido distintas. Los sensores se dispararon cuando un caza TIE

se acercó. Jan ejecutó una vuelta sobre el ala, rodeó una unidad de almacenamiento intacta, y abrió fuego. La nave enemiga pareció tambalearse, penetró en el tanque de cabeza y desencadenó una explosión masiva. Metralla voló en todas direcciones, perforando un conducto y derramando combustible en el suelo. Un pedazo de escombro aún ardiendo se estrelló en el líquido y le prendió fuego. El

lago se expandió y envolvió la instalación en un abrazo candente.

Kyle tragó y luchó contra el deseo de coger los controles.

—¿De dónde demonios ha salido *ese*?

—Creo que los cazas TIE son fabricados por Sistemas de Flota Sienar —replicó Jan con dulzura—, ¿o te referías al piloto?

—Ex-piloto —dijo Kyle secamente—. Dirígete a los cañones Nefra. Tal vez podamos perderlos.

Aunque no estaba tan familiarizada con Sulon como Kyle, Jan sabía que los cañones eran parte de la región seca y semiárida que se encontraba justo más allá de la cordillera Hanto, a sólo unos minutos de distancia del vuelo del *Cuervo*[1]. Para entonces el sol se había levantado por el horizonte oriental e inundaba la tierra con luz rosada.

Jan viró hacia el este, vio a Kyle levantarse de su silla, y supo lo que

tenía intención de hacer. El *Cuervo* era vulnerable por detrás.

Aparecieron las montañas por delante. Un grupo de cazas TIE tomó posición detrás de ellos y abrió fuego. Jan se movió de un lado a otro. El fuego de cañón se perdió desviado.

Un par de picos escarpados apuñalaban el cielo. Estaban ambos tan cerca el uno del otro que los locales se referían a ellos como «los gemelos». Jan habló a través de un micrófono de cable fino.

—Agárrate a algo sólido… y sujétate fuerte.

El *Cuervo* se colocó sobre su ala derecha para pasar entre los picos. Kyle, que había abierto la escotilla superior y estaba mirando hacia atrás, vio a vista de pájaro lo que sucedió después.

El primer caza TIE imitó el movimiento de Jan y consiguió pasar a través de la brecha. El segundo no fue tan afortunado. Era difícil saber qué salió mal, si el piloto malinterpretó las distancias involucradas o experimentó un mal funcionamiento momentáneo. Sea cual fuere la razón, la nave imperial se estrelló contra el costado de un pico, explotó y envió una avalancha atronadora hacia la base de la montaña.

El piloto superviviente vaciló por un momento, pareció recuperar su confianza, y continuó la persecución.

Kyle luchó contra la presión ejercida por la corriente y sacó su bláster. Contenía un paquete de energía nuevo, y el indicador brillaba en verde. El agente se esforzó por mantener firme el arma, presionó el gatillo y observó la energía precipitarse hacia el caza. Realmente era una tontería, como cazar a un dragón krayt con un lanzaguisantes, pero algo era mejor que nada. El imperial ignoró a Kyle y abrió fuego. Los disparos fallaron.

Jan observó el laberinto de cañones, deseó conocerlos mejor, y puso la nave en un descenso largo.

Paredes de color marrón rojizo se alzaron alrededor del *Cuervo* cuando la agente se metió en uno de los barrancos más grandes, lo siguió hacia la derecha, y pasó bajo un puente de tierra.

Kyle observó los acantilados erosionados pasar rápidamente a su lado deseando que Jan supiera lo que estaba haciendo, y se obligó a dejarlo estar. El rebelde sintió una tremenda sensación de calma mientras todo parecía ralentizarse. Ahora tenía tiempo para pensar, para

concentrarse. Disparó, avanzó mentalmente con el disparo de energía, y pasó desviado del blanco.

El agente corrigió su puntería, «vio» dónde estaría a continuación el caza TIE y disparó de nuevo. Siguió el disparo hasta la cubierta de transpariacero que protegía al piloto imperial y lo sintió disiparse contra esta. Aunque no era lo suficientemente fuerte para perforarlo, el disparo de energía consiguió ampollar la superficie exterior del parabrisas.

El piloto se inclinó hacia los lados tratando de ver alrededor de la obstrucción, perdió su concentración, y pagó el error con su vida.

Jan divisó una pared de roca inmediatamente por delante, tiró de la palanca de control, y sintió cómo la parte inferior trasera de la nave se golpeaba contra la dura roca.

El *Cuervo* se detuvo sobre su cola con Kyle luchando por aferrarse, en cambio el caza TIE siguió avanzando. Se estrelló contra la pared, explotó, y roció el cañón con restos.

Jan niveló la nave, comprobó los sensores y habló por el micro.

—¿Kyle? ¿Estás bien?

La voz llegó justo desde su lado, ya que Kyle se dejó caer en el asiento del copiloto.

—No, *no* estoy bien… me has quitado cinco años de vida.

Jan sonrió.

—¿Y por qué no? Te la he salvado suficientes veces. ¿Adónde?

—A la granja… 88 puede decirnos lo que sabe.

—¿Eso tiene sentido? La casa de tu padre estaba repleta de imperiales.

Kyle asintió.

—Sí, pero supongo que ya se habrán ido, retirados para lidiar con los problemas de Barons Hed y Ciudad Combustible.

Jan miró hacia el sur. Una columna de humo marcaba el lugar donde se encontraba el complejo de repostaje. Y, a juzgar por la forma en que el humo brotaba, los fuegos continuaban ardiendo.

—Puede que tengas razón. Pero, ¿qué tal si dormimos un poco? Digamos, ¿unas ocho horas al menos?

Kyle se lo pensó. Un descanso sentaría bien… y daría a los imperiales mucho más tiempo para despejar la granja.

—Recibido… Dormir primero, la granja lo segundo.

El sol colgaba bajo en el cielo, las sombras apuntaban hacia el este, y el día estaba llegando a su fin. Jan rodeó la granja por tercera vez, buscando en el terreno señales de tropas imperiales, pero no vio nada.

—Parece que tenías razón, Kyle. Voy a descender.

El agente asintió. Jan había ocultado el *Cuervo* en las ruinas de una fábrica hacía tiempo abandonada, donde una sección del techo parcialmente intacta había protegido a la nave del escrutinio orbital. Acomodados en su lugar oculto y con WeGé como vigilante, habían dormido durante la mayor parte del día.

Habían despertado bien pasado el mediodía y se habían turnado en la estación de aseo. Jan le había curado los cortes, arañazos y heridas punzantes, y Kyle había hecho la comida. Habían comido fuera, sentados en las ruinas de la una vez próspera fábrica, hablando de cosas sencillas… cosas que nada tenían que ver con la guerra, el miedo y la muerte. Había estado bien y ambos habían recuperado energías.

La nave golpeó suavemente el suelo cuando aterrizó. Salieron de la nave con los blásters en la mano. Había huellas, pero ninguna señal de las tropas que las habían hecho. Kyle devolvió el bláster a su funda, llamó a WeGé, y se dirigió a la casa.

Las bisagras chirriaron cuando abrió la puerta. Kyle comprobó si había trampas explosivas, no encontró ninguna y caminó adentro. Las cosas estaban tal y como las dejó. Jan nunca había estado en la casa antes y trató de imaginar cómo había sido: el hombre con barba haciendo su trabajo mientras que un niño desmontaba cosas y las ensamblaba de

nuevo… algo no muy diferente de las muchas horas felices que había pasado ella con *su* padre. La voz de Kyle la trajo de vuelta al presente.

—¿Jan? ¿Por qué sonríes?

Sorprendida y un poco más que avergonzada, Jan se encogió de hombros.

—Por nada en especial. Bueno, ¿dónde está ese taller sobre el que tanto he oído hablar?

—Por aquí —contestó Kyle—. Cuidado por donde pisas, nuestros invitados se olvidaron de limpiar antes de irse.

Las luces se encendieron, y después de un poco de búsqueda, Kyle encontró lo que necesitaba. Tomó casi diez minutos localizar los cables apropiados, hacer las conexiones correctas, e interconectar a los droides.

—Bien —dijo Jan—, eso debería bastar. ¿Ahora qué?

—Ahora, sabremos algo muy importante —dijo Kyle con gravedad—. Algo que protegieron con sus vidas mi padre y al menos un Jedi; las coordenadas de un mundo hace tiempo perdido y el Valle de los Jedi.

La forma en que lo dijo envió un cosquilleo por la espalda de Jan. WeGé sostenía la cabeza del droide en alto y envió la señal necesaria. Haces de luz salieron de los ojos de 88 y aparecieron una serie de imágenes aparentemente al azar, seguidas de la que Kyle había estado esperando: una del mosaico del techo reconstruido, seguida de capa tras capa de mapas estelares y un mundo naranja-verdoso.

Kyle soltó un grito de alegría, agarró a Jan y la hizo bailar alrededor de la habitación.

Ella se rio y tropezó con una pila de escombros.

Kyle la salvó de la caída, la sostuvo entre sus brazos, y la miró a los ojos. Le gustó lo que vio allí, y lo que sintió cuando sus labios se tocaron.

Finalmente, después de lo que pareció mucho tiempo pero realmente no lo había sido, el beso llegó a su fin. Kyle se sintió incomodo y un poco avergonzado.

—Lo siento. No pretendía aprovecharme.

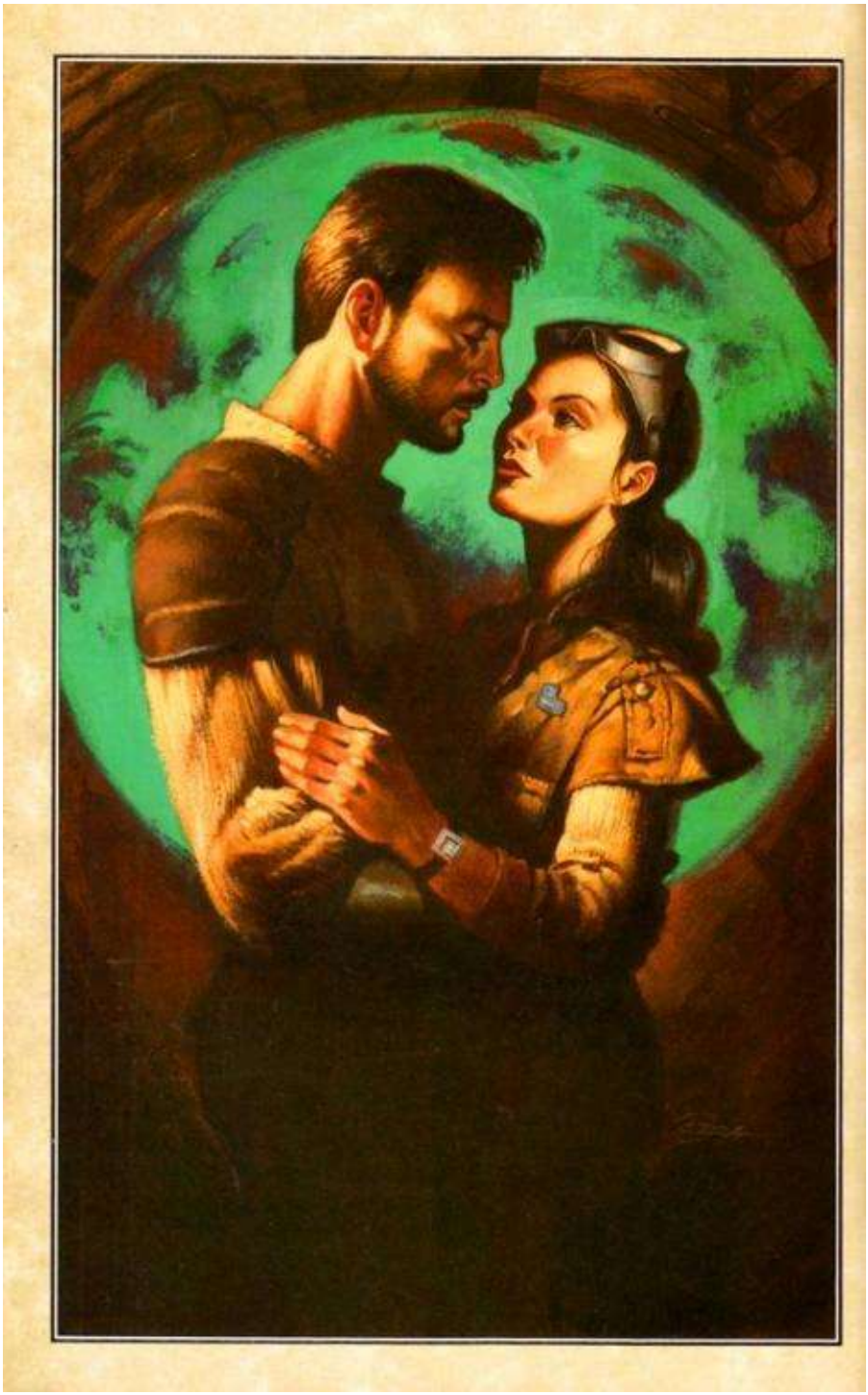
Jan sacudió la cabeza.

—No lo sientas. Yo no lo hago.

Unos repulsores retumbaron, sacudieron las paredes, y Kyle fue a por su bláster.

Una personalidad extremadamente fuerte había llegado. Una que enviaba ondas a través de la Fuerza y parecía irradiar fortaleza.

—¡Los imperiales! ¡Han vuelto! Desconecta la cabeza. Vamos, Weg, tenemos que salir de aquí.



El agente salió corriendo del taller y entró en la sala de estar. Tras un

rápido vistazo por la ventana derrapó hasta detenerse. Una nave había aterrizado, de acuerdo. Pero no era del tipo que había esperado. El ala-X rebelde había aterrizado a más de cien metros de distancia. Su piloto, un hombre no mucho mayor que Kyle, estaba delante del árbol espita.

Había algo en la postura del hombre, en la manera en que hizo una pausa para presentar sus respetos a otra forma de vida, que era más elocuente que las palabras.

Eso, además del sable láser que colgaba a su lado, indicaba quién y qué era: un Caballero Jedi.

Jan habló a su lado.

—Ese es Luke Skywalker. Lo conocí a bordo de la *Nueva Esperanza*.

Kyle frunció el ceño.

—¿ *Skywalker*? ¿Aquí? ¿Por qué?

—Creo que ha sido enviado para controlarnos —dijo Jan suavemente —, para ver cómo nos va.

De repente, Kyle estuvo postrado otra vez en la cama, mirando a través de ojos entrecerrados cómo Jan colocaba algo en uno de sus bolsillos.

—¡Tú cogiste el disco y se lo diste a ellos! ¡Te enviaron para espiarme!

Su voz estaba llena de ira, y Jan se endureció ante ella.

—Sí, lo hice.

La barbilla de la agente se elevó, y sus ojos brillaron con desafío.

—Y lo haría otra vez. Te amo, Kyle Katarn. Pero amo aún más la libertad… El Valle de los Jedi es *demasiado* importante, *demasiado* peligroso, para que tú te encargues solo.

Kyle negó con la cabeza.

—Y pensar que confiaba en ti.

Ahora era el turno de Jan de estar enojada.

—¿Sí? ¿Por eso te lo guardas todo para ti, y me pides que arriesgue mi

vida por algo que desconozco, y me tratas según te conviene, y pasas por alto la cadena de mando, y actúas como si fueras más listo que todos los demás?

Eran palabras duras agravadas por el hecho de que Kyle sabía que eran verdad. Una parte de él quería contraatacar, herir a Jan de la misma forma en que ella lo había herido, pero otra parte más sabia de su personalidad ofreció consejo. ¿Qué era más importante? ¿Su orgullo? ¿O la relación que podían destruir sus palabras?

Un manto de silencio colgó entre ellos. Jan esperaba. ¿Qué diría Kyle? ¿Qué haría?

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, él tomó sus manos entre las suyas.

—Lo siento, Jan. No volverá a ocurrir.

Jan besó a Kyle en la mejilla, le tomó de la mano y lo llevó fuera. Skywalker, quien parecía que estaba esperando ese movimiento, se volvió en su dirección. Sonrió y tendió la mano.

—Kyle Katarn, soy Luke Skywalker. Es un placer conocerte.

Kyle se ruborizó por el inesperado cumplido.

—Gracias. El placer es mutuo.

Skywalker gesticuló hacia el sable de luz que colgaba del cinturón de Kyle.

—Eso viene con un precio, lo sabes.

Kyle se encogió de hombros.

—Todo lo tiene.

—¿Has encontrado las coordenadas?

Kyle asintió.

—Sí, pero Jerec las obtuvo primero.

El otro Jedi pareció pensativo.

—¿Piensas ir allí?

Kyle miró a Jan, la vio asentir, y miró de vuelta a Luke.

—Alguien tiene que hacerlo.

Skywalker mantuvo silencio por un momento… como si escuchara a alguien que ellos no podían ver u oír. Las palabras que dijo pusieron la piel de gallina en los brazos de Kyle Katarn.

—Sí… porque está escrito que un Caballero vendrá, una batalla se librará, y los prisioneros serán liberados.

Jan fue la primera en romper el silencio que siguió.

—¿De dónde proceden esas palabras?

Skywalker sonrió.

—No estoy seguro. Pero *yo* las he escuchado de un Jedi que nunca lo fue… un soldado que dio su vida por la libertad… y un padre que cree en su hijo… Un hombre llamado Morgan Katarn.

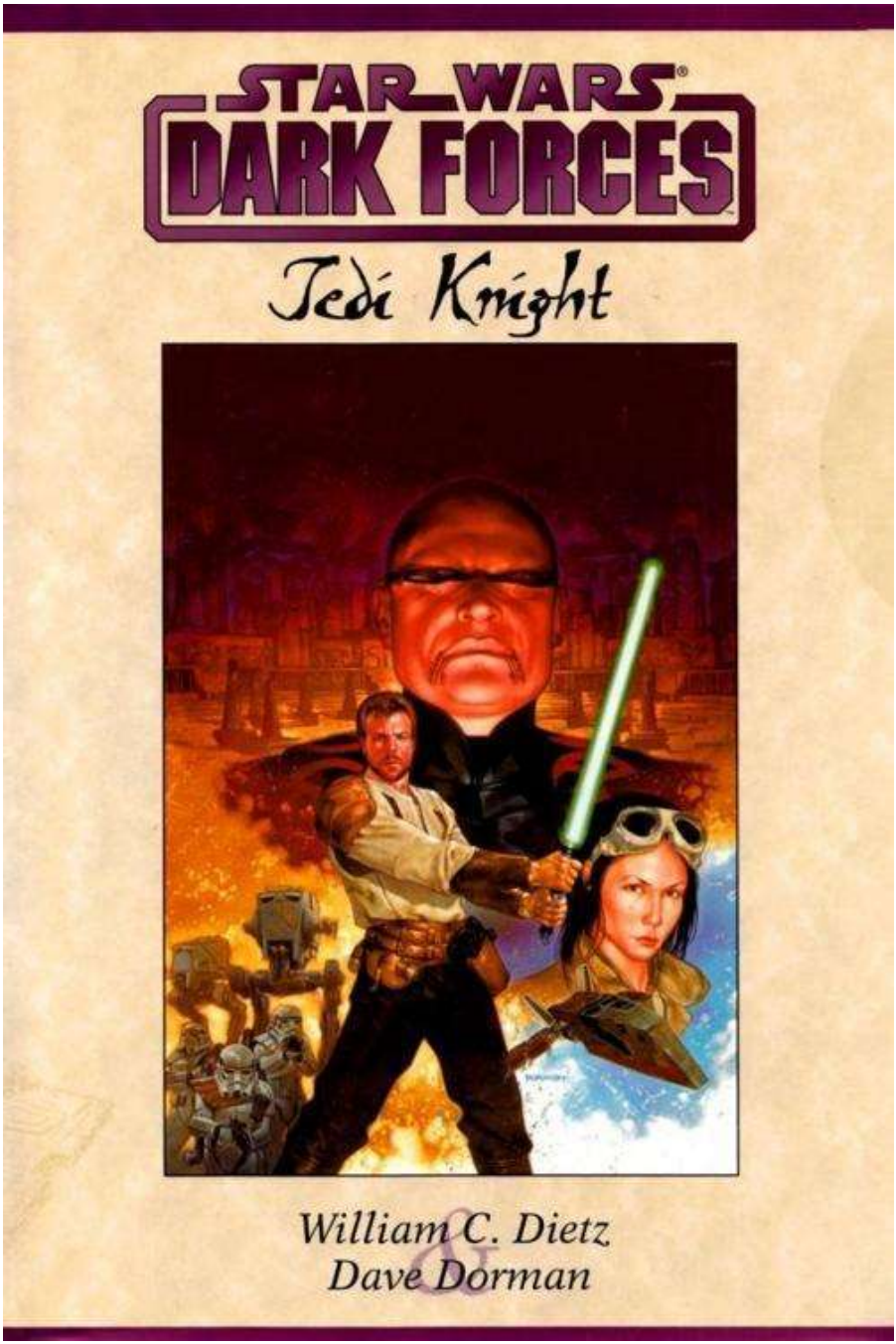
El árbol espita no se enteró de la marcha de los rebeldes. Fiel a su naturaleza, bailaba con el viento, comulgaba con las estrellas, y obtenía sustento a través de sus raíces. El árbol espita, como todos los de su tipo, sabía que el sol regresaría.

William C. Dietz ha publicado dieciséis novelas de ciencia ficción, la última de las cuales, *Where the Ships Die*, fue lanzada en julio de 1996. Dietz pasó un tiempo en la Marina, se graduó en la Universidad de Washington, y ha ostentado diversos empleos como técnico quirúrgico, escritor de noticias, instructor universitario, director de televisión, y director de relaciones públicas. Vive en el área de Seattle con su esposa, dos hijas, y dos gatos. Le gusta el buceo, el piragüismo, y la lectura de libros.

Ezra Tucker recibió su primera medalla de oro de la Sociedad de Ilustradores de Los Ángeles en 1988 y fue galardonado con una segunda en 1990. Ha ganado numerosos otros premios al mérito y condecoraciones por su trabajo, y entre sus clientes se incluyen *Anheuser-Busch*, *Capitol Records*, *Coca-Cola*, *Nintendo*, y *Walt Disney*. Graduado en la Academia de Artes de Memphis, Tucker vive en California y actualmente está trabajando con Cheryl Ladd en una serie de libros infantiles, *The Adventures of Little Nettie Windship*.

Notas

[1] Aquí el autor hace un juego de palabras intraducible utilizando el nombre de la nave en la expresión «as the Crow flies (en línea recta)». (N. del T.). < <



Kyle Katarn, agente rebelde y Jedi novato, acaba de regresar de su

operación encubierta para encontrar la ubicación del Valle de los Jedi. Pero sabe que el malvado Jerec, un Jedi Oscuro con aspiraciones al trono imperial, también sabe dónde está el Valle. Al regresar a la Alianza, y con el apoyo de mismísimo Luke Skywalker, Kyle se ofrece para encontrar el Valle y detener la invasión imperial venidera… y, al fin, cumplir su destino como Jedi.

Basado en los populares juegos interactivos *Star Wars: Dark Forces* y *Jedi Knight*, *Caballero Jedi* es la tercera parte de una trilogía escrita por el aclamado autor William C. Dietz (*Steelheart*) e ilustrada por el galardonado artista de portadas de *Star Wars* Dave Dorman.

FUERZAS OSCURAS 3

Caballero Jedi

William C. Deets

El Jedi Oscuro Jerec continúa con su búsqueda del legendario Valle de los Jedi y envía a sus subordinados imperiales a invadir el remoto planeta en el que está oculto. Pero la ubicación del Valle también es conocida para Kyle Katarn, quien ha regresado con Jan Ors y Luke Skywalker de su misión secreta. Kyle propone que él y Jan se cuelen en el planeta y detengan al Imperio ellos solos, lo cual los conduce a su más peligrosa (e importante) misión.

Esta flamante trilogía de aventuras ofrece antecedentes, e incorpora elementos, de los juegos interactivos de LucasArts *DARK FORCES* y *JEDI KNIGHT.Caballero Jedi* completa la trilogía empezada por *Soldado del Imperio* y continuada por *Agente Rebelde*.

DECLARACIÓN

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos:

librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Para Marjorie,

quien subió a la montaña,

tomó el tren equivocado,

nadó en el río,

vivió en el hotel,

hizo cosas que la asustaron,

dio a luz a hijas,

enseñó a los niños cómo pensar,

recorrió el mundo,

déjame ir, abrázame fuerte,

escuchó mis sueños,

y los hizo realidad.

Mi agradecimiento a Dave Dorman por el arte que embellece este libro, a Justin Chin y el equipo de desarrollo de LucasArts Entertainment Company *que crearon* DARK FORCES *, a la eterna ayuda de Lucy Autrey Wilson, Allan Kausch, David Scroggy, Lynn Adair, y Ginjer Buchanan, y por último, pero no menos importante, a George Lucas y las demás mentes que crearon este universo. Que la Fuerza os acompañe.*

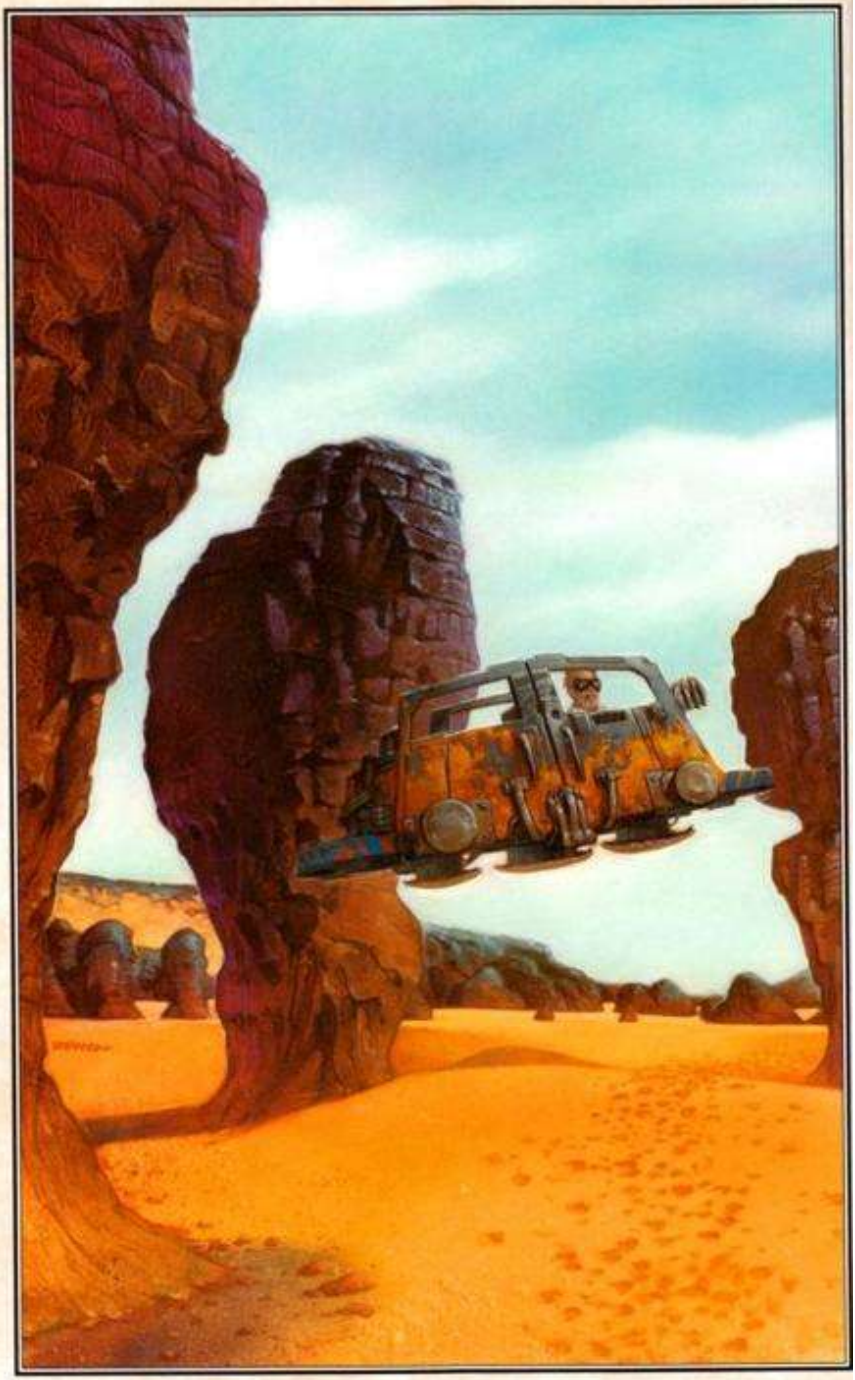
BILL DIETZ

Para Sant Jordi.

Mi agradecimiento a Phil Burnett, Lurene Haines, Jack Petry, Kris Lagerloef, y Jenny Prestwood por su ayuda en el modelado; a Justin Chin (un salvavidas en cuanto a referencias) y a William Dietz por el gran

material de origen; a Gary Newman por el Moldy Crow *; a* Dark Horse *, David Scroggy, Lynn Adair, Suzanne Taylor, y especialmente a Mike Richardson, que puso su confianza en mí; a mi familia de* Lucasfilm *, incluyendo a Allan Kausch, Lucy Autrey Wilson, y por supuesto a George Lucas; y para los fans de* Star Wars *de todo el mundo.*

DAVE DORMAN



CAPÍTULO *1*

El aerodeslizador, un fatigado cacharro construido a partir de chatarra y que se mantenía unido gracias a rezos incesantes, tosía, escupía y se sacudía por el aire. Había sido amarillo, pero eso fue hacía tiempo, y grandes islas de óxido se habían esparcido a través de la pintura blanqueada por el sol. Un afloramiento de roca se elevaba por delante.

El único ocupante de la máquina llevaba una barba de dos días y ojos que observaban desde detrás de unos anteojos protectores. Vio el peligro, maldijo, y manipuló los controles.

El motor repulsor arrancó y empujó a la máquina más alto. El pináculo más elevado pasó a un metro de la panza del deslizador. El vehículo descendió como agotado por el esfuerzo, y Grif Grawley dio unas palmaditas en la consola.

—Eso es chica… lo has hecho bien… muy bien.

El colono miró sobre un costado: vio la sombra del aerodeslizador revolotear sobre el paisaje, y vio a sus gra brincar a lo largo de la planicie. Él sabía hacia dónde se dirigían. La colina esculpida por el viento, una de las muchas dejadas por el retroceso de antiguos glaciares, había activado uno de sus preprogramados instintos: «Busca terreno elevado cuando la luz empiece a disminuir… y cuidado con los depredadores».

Una estrategia de supervivencia que *parecía* natural… pero que en realidad era el resultado de extensiva ingeniería genética. Ingeniería genética que había demostrado ser tan fiable que los óvulos y esperma de gra normalmente se vendían «por manada» y venían con un manual electrónico.

Un manual que Grif había memorizado durante el largo viaje a Ruusan.

Una pila de rocas apareció en su camino, y la manada se dividió en dos grupos, uno que siguió al Alfa, el macho dominante, y otro que siguió a la Beta, su compañera.

Ahora la colina estaba más cerca, y Grif desaceleró. El deslizador era frágil, muy frágil, y al colono no le apetecía tener que caminar los cincuenta kilómetros hasta el Fuerte Ninguna Parte, el *único* asentamiento humano en Ruusan.

El deslizador redujo la velocidad, flotó sobre la cima y aterrizó en

unas marcas dejadas por aterrizajes anteriores. Grif cortó la energía, ejecutó la lista de comprobación, y aseguró los amarres. El viento se levantaría durante la noche… y valía la pena ser cuidadoso.

Entonces, con la seguridad de alguien que ha hecho algo cientos de veces, Grif levantó un campamento. El refugio se abrió y se fijó con un fuerte chasquido. La combinación de arcón-cocina y despensa alimentaria extendió sus patas y se plantó al lado de la tienda.

Fue entonces cuando Grif abrió una caja metálica muy maltratada. Partes, cada una hecha a mano a partir de lo que Grif había conseguido mendigar, pedir prestado o robar, yacían amontonadas en su interior.

Sacó las piezas una a una, sosteniéndolas hacia la menguante luz y soplando polvo imaginario de su mecánica. Cada unidad hacía un satisfactorio *clic* cuando encajaba con la siguiente. El objeto, al que Grif llamaba «Fido», tenía forma de bumerang y estaba equipado con un surtido de sensores. La miniatura voladora estaba diseñada para permanecer en el aire durante toda la noche, buscar signos de peligro, y alertar a Grif si algo aparecía. La máquina pitó como si cobrara vida y se agitó mientras su giroscopio giraba.

El colono verificó las lecturas de la máquina, se aseguró de que todos los sistemas estaban en verde, y lanzó el dispositivo desde un acantilado cercano. Fido se impulsó hasta una corriente térmica, estableció su célula de energía en modo de espera, y se elevó hacia el cielo cada vez más oscuro.

Grif comprobó un monitor, verificó la calidad de los holos entrantes, y volvió a sus tareas. Los gra estaban a medio ascenso de la colina para entonces, abriéndose camino a través del pedregal, y mordisqueando plantas resistentes y correosas. Una serie de acantilados los mantendría a esa altura hasta que llegara la mañana.

Media hora más tarde, con un vaso de lo que los lugareños denominaban «Viejo Fiel» haciéndole compañía y una fabulosa vista de la puesta de sol, Grif llamó a su esposa.

Carole Grawley estaba esperando la llamada y sonrió cuando levantó el auricular.

—¿Grif?

—Hola, cariño… Estoy sentado en lo alto de la colina 461… y todo está bien.

Carole llevó el comunicador afuera, al trozo plano de tierra compacta que ellos llamaban en broma «el mirador». La casa, que había sido excavada en una ladera veinte kilómetros al sur del Fuerte Ninguna Parte, daba al sur para aprovechar el sol del invierno. La colina 461 estaba al suroeste de su posición, y Carole miró en esa dirección.

—¿Qué tal la puesta de sol? Parece maravillosa desde aquí.

Grif imaginó la cara de su esposa, todavía hermosa a pesar del surco de una profunda cicatriz, y sonrió…

—Es preciosa, cariño… justo como tú.

Carole Grawley sonrió, sabía a qué se refería, y cambió de tema.

—La bomba está dando problemas otra vez. Tengo agua potable, y suficiente para el jardín, pero el sistema de riego está seco. Los cultivos han comenzado a decaer.

Grif pensó en el hecho de que los granjeros de cueva tenían toda el agua que podían usar y se preguntó si ellos estaban en lo cierto. «Montañeo» era el nombre que ellos utilizaban para describir lo que él y su esposa hacían, era mucho más difícil de lo que había sido en Sulon. Por supuesto, trabajar en el interior de una cueva, usando luz canalizada desde la superficie, también tenía sus desventajas. Como estar encerrado.

Grif echó un trago de su bebida.

—Ningún problema, cariño. Arreglaré a la vieja Jenny en cuanto vuelva.

Carole Grawley sonrió ante la propensión de su marido a poner nombres a la maquinaria y observó el sol desaparecer más allá del horizonte occidental.

—Sé que lo harás, Grif… ten cuidado ahí fuera.

—Cuenta con ello —contestó Grif—. Asegúrate de poner las alarmas de perímetro.

Llamaré mañana.

—Te quiero…

—Yo también te quiero… buenas noches.

Sin ningún sol que lo calentara, el aire se enfrió rápidamente. Grif era capaz de ver su aliento para cuando terminó de cenar y el primero de los tres satélites de Ruusan apareció sobre el horizonte oriental. Los contrabandistas que construyeron el Fuente

Ninguna Parte se referían a las lunas como «las trillizas» y juraban que había ruinas en una de ellas. Para Grif eso no suponía ninguna diferencia. Tenía otras cosas de las que preocuparse.

El colono terminó su bebida, se sirvió otra, y comprobó las lecturas del escáner de Fido. El volador, que rodeaba la colina en intervalos regulares de cinco minutos, le aseguraba que todo estaba bajo control.

Los 136 gra estaban contados, ningún depredador se había infiltrado en el área, y las condiciones atmosféricas eran normales.

De hecho, la única anomalía, si se la podía llamar así, era que la red planetaria de dieciséis satélites combinados de meteorología y vigilancia había desaparecido del aire.

No era algo inaudito, pero sí inusual, especialmente a la luz del hecho de que los contrabandistas que habían puesto las máquinas en órbita eran fanáticos del mantenimiento.

Sin embargo, las cosas podían salir y salían mal, y Grif asumió que el problema sería identificado y posteriormente arreglado.

La tercera luna ya se había alzado para entonces y, con la ayuda de sus hermanas, arrojaba un tenue manto blanco a lo largo del paisaje. Grif terminó la segunda bebida, consideró una tercera, y supo que Carole lo desaprobaría.

Siendo ese el caso, sacó los electrobinoculares de su lugar en el deslizador y caminó hasta el punto más alto de la colina. Había muy pocas posibilidades de que pudiera divisar a los esquivos nativos, rebotando y flotando sobre el terreno, pero nunca dejaría de intentarlo. Lo que algunos de sus compañeros colonos miraban con miedo y aversión, él lo consideraba hermoso y fascinante.

Grif cambió los electrobinoculares a infrarrojos, eligió una zona en el horizonte sur, y escudriñó el área.

Rocas, todavía calientes por el sol, relucían verdes en el visor. Luz atravesaba la pantalla a medida que un corredor de arbustos se desplazaba de un lugar a otro. Movió las gafas más hacia la derecha… y fue entonces cuando vio la forma reveladora de un brincador.

Redonda, como una pelota. El colono sintió su pulso golpear con fuerza mientras presionaba el control de aumento. La imagen se hizo más grande.

Pero espera, algo estaba mal, *muy* mal. La firma térmica era demasiado grande, demasiado intensa, y estaba demasiado alta en el aire.

Grif sabía cuánto les gustaba a los indigs rodar con el viento, rebotar en el aire, y flotar hasta que la gravedad vencía. A veces llegaban a cincuenta o sesenta metros de altura con un buen brinco, pero este objeto estaba muy por encima de eso.

Así que, ¿qué podía ser? Lo que fuera tenía la capacidad de flotar… y moverse *contra el viento dominante*. Grif observó cómo el globo verde brillante se hacía más grande, se dio cuenta de que iba hacia él y sintió su estómago dar un vuelco. Dado que él podía ver eso… ¡ *eso* podía verlo a él!

Recuerdos pasaron por su mente, recuerdos de un droide sonda imperial deslizándose entre la niebla, recuerdos de rayos de energía que atravesaron las paredes de su casa y el conocimiento de que no tenía forma de detenerlos.

Recordó la explosión, las llamas y el sonido de los gritos de Katie. Recordó cómo Carole intentó entrar en la casa, cómo él la sacó, y cómo la estructura se derrumbó unos segundos después.

Carole había estado en llamas para entonces, gritando el nombre de su hija, pateando y mordiendo mientras él la alejaba. Todo porque la familia había tomado parte en una valiente pero inútil protesta contra la presencia imperial en Sulon. Un líder rebelde llamado Morgan Katarn los sacó de allí (y los llevó a Ruusan), pero no había forma de escapar de los recuerdos.

Grif observó cómo la imagen crecía y supo que se había fijado en el calor que irradiaba el aerodeslizador. La única pregunta era si el droide había sido lanzado por un crucero imperial en su marcha a través del sistema… o por una nave en órbita. La primera teoría era consistente por la manera en que se sabía que las naves exploradoras imperiales operaban, mientras que la segunda explicaría por qué los satélites meteorológicos habían desaparecido del aire.

No suponía mucha diferencia, ya que el curso de acción era el mismo. Destruir la sonda, avisar a los demás, y esperar lo mejor. Era todo lo que Grif o cualquier otro podía hacer.

El corazón del colono palpitaba contra su pecho mientras corría colina abajo, se detuvo y utilizó su cuchillo de caza para cortar los amarres. El deslizador crujió cuando subió a bordo.

Sus dedos encallecidos manipularon los controles, aparecieron hileras de luces y el motor repulsor cobró vida. La máquina se sacudió ligeramente cuando se elevó, vaciló

cuando la energía trató de cruzar dos contactos desgastados, y se estabilizó cuando Grif ajustó cuidadosamente los controles.

Entonces, con Fido todavía dando vueltas por encima, el colono despegó. Se puso de pie para mejorar su visibilidad y sintió la presión del viento contra su cara. La luz de la luna brillaba sobre la carcasa pulida del droide. Se dirigió hacia el reflejo y deseó tener un plan.

—En caso de duda, improvisa —murmuró Grif para sí mismo, cogió el rifle bláster que colgaba en la banda de babor y le quitó el seguro. Una luz verde de «preparado»

apareció mientras apoyaba el cañón en la parte superior del parabrisas y presionaba el gatillo.

El haz de energía surgió, falló a la sonda por unos buenos veinte metros y desapareció.

Grif corrigió su puntería, disparó de nuevo y vio el disparo impactar. El disparo incapacitó uno de los sensores del droide, arrancó el brillo de unos pocos centímetros cuadrados de la carcasa de aleación y desencadenó una respuesta pre-programada.

La sonda venía equipada con cuatro cañones de energía, uno para cada punto cardinal, y activó uno de ellos. El lado derecho del parabrisas desapareció cuando un haz de energía lo atravesó.

Grif maldijo, puso al deslizador en un giro lo más cerrado que pudo, y vio otro rayo pasar a través del espacio que acababa de dejar. La lucha, si así es como podía llamársele, era cualquier cosa menos justa. Lo que él necesitaba era una forma de igualar las probabilidades.

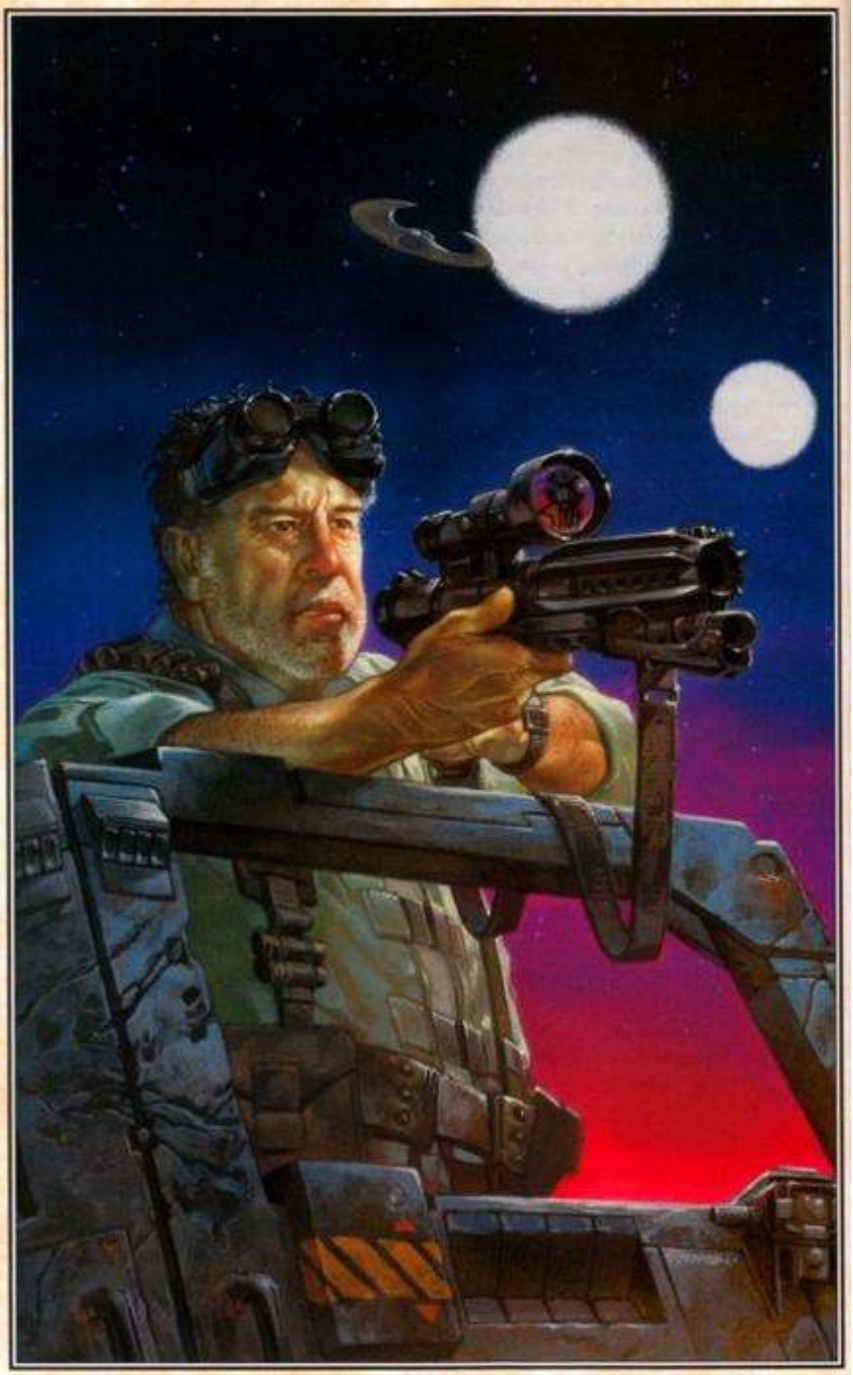
El colono impulsó el deslizador abajo, hacia la superficie. Cuanto más descendiera, más energía podría convertir en inercia de avance. El hecho de que el droide se viera obligado a comprometer más de su capacidad informática de a bordo para la navegación a baja altura contaba como un bono.

Grif conocía el territorio por delante… y sabía que se elevaba. Una cresta apareció, y él se dirigió hacia la grieta con forma de V de la parte superior. Haces energéticos pasaron a su lado, golpearon un afloramiento y lo derrumbaron. El deslizador lo atravesó, viró hacia la derecha y rodeó el lado sur de la cresta.

El droide disparó a través de la grieta, perdió la señal térmica del deslizador entre el calor que radiaba de las rocas, y cambió a las holocámaras.

Grif detuvo el deslizador momentáneamente, se hizo con el control remoto del panel de control y agarró el rifle bláster. Luego, rezando para que hubiera suficiente tiempo, el colono se bajó por un lado.

Sus rodillas se doblaron para absorber el choque, el rifle repiqueteó cuando golpeó el suelo, y el control remoto llenó su puño. Activó el botón de «encendido», movió un mando hacia delante y observó a la máquina acelerar. La sonda alteró su curso y disparó. El disparo falló. Hasta ahora, todo bien. Ahora a por la segunda y más importante parte del plan…



Grif giró el mando direccional hacia la derecha, esperó a que el aerodeslizador respondiera en consecuencia, y maldijo cuando no lo hizo. Como gran parte de su equipo casero, el control remoto tenía tendencia a fallar. Lo intentó otra vez con resultados similares.

La sonda disparó, el deslizador se tambaleó bajo el impacto directo, y Grif giró el mando direccional hacia la izquierda. Funcionó en esta ocasión, el siguiente disparo falló, pero la máquina humeaba. El colono hizo rechinar los dientes, retorció el mando todo lo que pudo y vio el deslizador girar hacia su atacante. El droide disparó, destrozó lo que quedaba del parabrisas y se dispuso a terminar lo que había empezado.

El deslizador completó su giro. Grif centró el mando direccional, dio gracias al ver al vehículo tambaleándose en la dirección correcta, y empujó el mando al máximo.

—Lo siento, vieja chica, pero no hay ninguna otra manera.

El aerodeslizador cogió velocidad, descendió un tanto mientras el motor trataba de compensarlo, luchando por elevar el vehículo. La sonda disparó, falló, y activó un láser de precisión.

Grif esperó, *deseó* que el deslizador soportara otros cinco segundos de castigo, y lo animaba mientras lo conseguía.

—¡Eso es chica! ¡Puedes hacerlo!

El droide disparó y estaba todavía en proceso de disparar cuando el deslizador impactó, y ambas máquinas explotaron. Una flor roja y anaranjada floreció; enviando largos zarcillos ardientes hacia el cielo; y poco después dejó de existir. Grif observó los restos caer al suelo y sintió euforia momentánea seguida rápidamente por desesperación.

Los imperiales habían encontrado Ruusan, y el sueño había terminado. Nada sería lo mismo otra vez. La vida, por difícil que hubiera sido, estaba a punto de empeorar.

El colono consideró sus opciones. Los contrabandistas diseñaron el Fuerte Ninguna Parte para resistir un asalto. Suponiendo que la sonda hubiera sido lanzada a la atmósfera del planeta por una nave de paso, o que perteneciera a una nave exploradora débilmente armada, todavía tenían una oportunidad. *Si* él podía advertirles. *Si* ellos le escuchaban. *Si* ellos tomaban medidas.

Su transporte estaba desperdigado por todo el campo, y el Fuerte Ninguna Parte estaba aproximadamente a cincuenta kilómetros de distancia. ¿Qué estrategia debía seguir? ¿Caminar hasta allí? ¿O volver a la colina? El sistema de comunicaciones estaría donde lo dejó, colocado en la parte superior de la despensa alimentaria. Pero, ¿y la subida? ¿Y si se caía? Una posibilidad plausible dada la carencia de equipo de escalada.

Grif suspiró, esperaba que el Alfa mantuviera al rebaño unido, y agarró el rifle bláster. Tenía un peso reconfortante. Giró hacia el norte y comenzó a caminar. Tenía un largo camino por recorrer y nada mejor que hacer.

La habitación, que era la más grande que el *Venganza* podía ofrecer, era casi dolorosamente espartana. Sin estantes, sin imágenes y sin recuerdos. Nada salvo un catre estándar, un sillón personalizado y un tazón cristalino lleno de piedras multicolores.

Algunos de los pocos privilegiados que podían entrar en la habitación asumían que la falta de ornamentación se originaba en el hecho de que Jerec era ciego y supuestamente le desinteresaba aquello que no podía ver.

Estaban equivocados.

Otros creían que las condiciones espartanas eran el resultado de la severa disciplina que el Jedi se imponía a sí mismo.

También estaban equivocados.

La verdad, así como el hombre a quien pertenecía, era más complicada que eso. Las cosas materiales no significaban nada para Jerec (no a menos que aumentaran su poder), salvo que tener poder significaba tener objetos materiales cuándo y dónde quisieras.

Jerec se asentó en su silla, la sintió ajustándose a su cuerpo y permitió que la segunda sinfonía de Borna fluyera a su alrededor. El compositor fue un rebelde… y la música oscura y deprimente que el Jedi tanto disfrutaba había sido una protesta contra el gobierno imperial. Fue una lástima que Borna muriera tan joven, pero el arte y la política no son buenos compañeros de cama.

Jerec sonrió y condujo sus dedos al tazón. Las piedras tenían una variedad de formas, tamaños y texturas. Algunas eran lisas y frías al

tacto, mientras que otras eran gruesas y poseían calor interno.

El Jedi seleccionó la que sintió con forma de estrella, la colocó bajo su nariz, y abrió la carcasa. El aroma a flores silvestres entró en sus fosas nasales formando un contrapunto con la música, y le transportó lejos de allí. Imaginó el futuro, el trono sobre el que se sentaría, y el poder que ejercería. Todo gracias al planeta situado por debajo…

y al secreto escondido allí.

La llamada fue tan suave que Jerec podría haberla ignorado si hubiera elegido hacerlo. Pero sabía quién era y quería escuchar su informe.

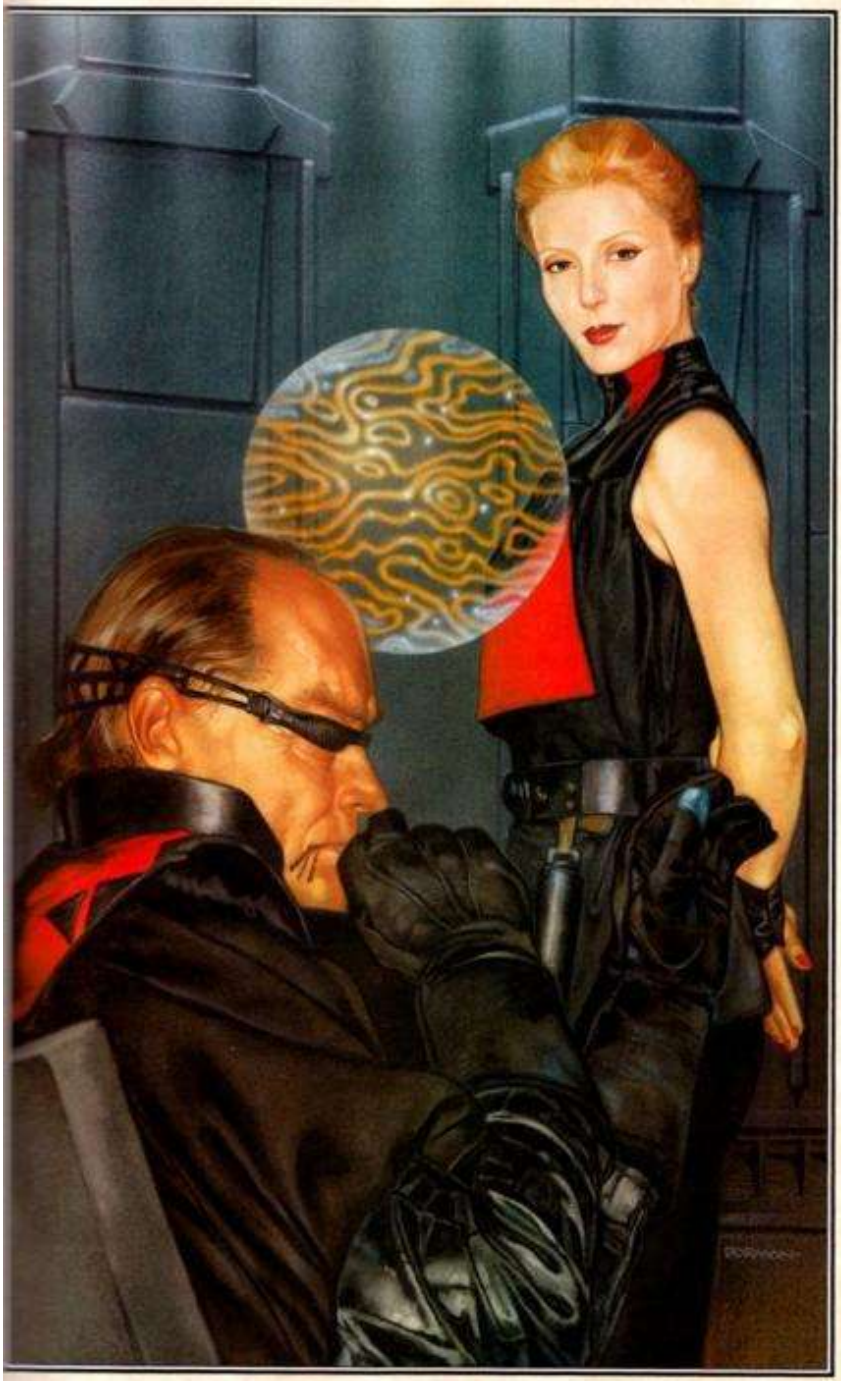
—Adelante.

Sariss era joven, hermosa, y vestía de negro. Sus labios, uñas y collar de un rojo sangre hacían que el negro pareciera aún más negro. Entró en la habitación, permitió que la escotilla se cerrara y esperó a que Jerec hablase. Él recorrió con sus dedos las piedras, encontró una con forma de triángulo, y se la ofreció.

—Para ti, querida.

Sariss observó la golosina con molestia y suspicacia. Era la manera de Jerec de mantener su poder sobre ella. Un juego que debía ser jugado. ¿Debería ella comérsela?

¿Romperla y esnifarla? Podía preguntarle a Jerec y simbólicamente reafirmar la superioridad de él, o bien arriesgarse. La Jedi había pasado por esto antes. Recordaba la forma en que la carcasa se abrió, el hedor que llenó el aire, y la risa de Boc. Fue una experiencia absolutamente desagradable y humillante.



Jerec, quien podía imaginarse su dilema, sonrió.

—¿Qué? ¿Rechazas mi regalo?

Sariss se armó de valor, cogió la piedra de sus dedos y se la llevó a la boca.

—En absoluto… gracias por el obsequio —la piedra se disolvió, sirope con sabor a vainilla inundó su boca, y Jerec se rio entre dientes.

—¡Muy bien! ¡Estoy impresionado! Ahora, dime lo que has averiguado.

Sariss tenía una mente muy perceptiva. Desgranó los hechos a partir de su memoria.

—Fase uno del reconocimiento completada. Fase dos en progreso.

Sariss mostró un holoproyector portátil y presionó un botón. Un retrato de Ruusan llenó el centro de la habitación. Jerec no podía verlo… pero le gustaba que sus subordinados pretendiesen que podía. Hacía que el Jedi pareciera omnisciente, lo que añadía más misticismo al que ya se asociaba a su nombre. La imagen comenzó a rotar, y Sariss la utilizó para centrar sus pensamientos.

—La atmósfera y la gravedad están dentro de los parámetros Clase Tres. El mapeo superficial está completo al 93,4 por ciento. Exploraciones de superficie y subsuelo revelan importantes yacimientos minerales, incluyendo hierro, cobre, cesio, iridio, níquel, uranio y muchos más. De igual interés son siete minas ya explotadas, todas tienen miles de años, ninguna en producción actualmente.

—¿Están cerca o en la zona objetivo?

—No, milord. A pesar de que los sondeos del subsuelo confirman un amplio sistema de cuevas dentro de los límites del valle, no están asociadas con importantes yacimientos minerales. Y aunque las instalaciones necesarias para procesar mineral podrían haber desaparecido durante el paso de los milenios, las sondas no encontraron ninguna señal de residuos.

Jerec asintió.

—Continúa.

—El planeta mantiene dos culturas: la primera consiste en

aproximadamente 20.000

seres inteligentes preindustriales. Parecen ser indígenas, aunque artefactos superficiales

sugieren que otras especies también vivieron aquí, planteando la posibilidad de que se originaran en otro lugar.

—Sí —convino Jerec—. Las leyendas hablan de muchas especies… y una rica civilización. Cuéntame más acerca de los humanos.

Sariss se encogió de hombros.

—No hay mucho que contar… Basura espacial en su mayoría, mezclados con disidentes. Las sondas mantuvieron las distancias pero fueron capaces de monitorear y grabar su tráfico de comunicaciones. El análisis de contenido, combinado con el mapeo de llamadas, confirma que la mayoría de los humanos viven y trabajan en las proximidades de una instalación militar de Clase Dos.

Las cejas de Jerec se levantaron disparadas.

—¿Una instalación militar?

—Sí, milord. Parece que una banda de contrabandistas utiliza Ruusan para almacenar su contrabando y construyeron el fuerte para proteger su propiedad. Lo llaman «Fuerte Ninguna Parte». Un nombre bastante apropiado, considerándolo todo.

Nuestras fuerzas atacarán mañana.

—No —dijo Jerec con firmeza—, no lo harán. No sin una visita. Llévate a Yun y a Boc. A ver qué podéis averiguar. Infórmame.

El hecho de que Jerec hubiera considerado oportuno contradecir sus planes enrojeció la cara de Sariss. Su aprobación significaba mucho para ella, y ella trabajaba duro para mantenerla. No estar de acuerdo con las órdenes de Jerec era hacer de una mala situación una incluso peor. Se aclaró la garganta.

—¿Puedo preguntar por qué, milord? ¿Ese tipo de visita no les pondrá en alerta? ¿Y

causará más bajas entre nuestras tropas?

Jerec se permitió fruncir el ceño.

—¿Dudas de nuestra capacidad para ganar?

—No, milord. Por supuesto que no.

—Bien. Hay razones para mis órdenes incluso cuando no son aparentes para ti. Esta gente ha vivido en el planeta por un tiempo. ¿Conocen el Valle? Y si lo conocen, ¿han saqueado las cámaras? Y si lo han hecho, ¿qué ha pasado con los materiales encontrados allí?

Eran preguntas inteligentes, y el hecho de que ella no las hubiera considerado llevó aún más sangre a las mejillas de la Jedi. Ella se inclinó, aseguró a Jerec que sus órdenes serían implementadas, y retrocedió hacia el pasillo.

Jerec esperó hasta que su subordinada salió, permitió que sus dedos recorrieran las piedras, y se encontró con una sorpresa. Una tenía la forma de Ruusan y era fría al tacto. Se la llevó a los labios e hizo estallar la esfera en su boca rompiendo la carcasa. El licor sabía a canela y tenía un suave intoxicante. Sonrió, pensando en la vergüenza que Sariss había pasado, y rio a carcajadas.

Grif estaba cansado, *muy* cansado. Estaba en mejor forma que la mayoría de los hombres de su edad (no, que los de la *mitad* de su edad), pero cincuenta kilómetros es un largo camino que recorrer. El sol había salido y se había puesto desde la batalla con el droide.

Hizo una pausa, se tomó un momento para comprobar su estela, y emitió un gruñido de satisfacción. El cielo estaba despejado, las trillizas estaban arriba, y no había nada que ver. Ni droides, ni esquifes, ni motos deslizadoras siguiéndole para atraparle.

Tal vez la sonda había estado por *su* cuenta. Sin duda eso esperaba.

Las montañas habían obligado al colono a dirigirse hacia el oeste. Suponiendo que tuviera razón, y ésta fuera la ladera trasera de la «Colina de Katarn», estaba casi allí.

Grava se deslizó bajo las botas del colono. Maldijo, resistiendo la tentación de usar el rifle bláster como un bastón, y luchó para seguir subiendo.

El hedor de un barranco lleno de basura confirmó su habilidad como

navegante.

Grif arrugó la nariz, se apresuró a dejar el olor tras él, y llegó a la cima de la colina.

Las casas, muchas de las cuales fueron emplazadas con la ayuda de Morgan Katarn, estaban medio enterradas en el suelo, una estrategia que ayudaba a que permanecieran frescas durante el día y calientes durante la noche.

Una dispersión de rectángulos de color amarillo-anaranjado señalaba la ubicación de ventanas y daba a entender lo acogedor de las viviendas. Grif pasó de largo. Era tarde, y eso significaba que la mayoría de los líderes electos y no-electos de la colonia estarían reunidos dentro del Descanso del Contrabandista, con bebidas a mano.

Grif se relamió los labios ante el pensamiento, ignoró el medio domado corredor de arbustos que arremetió contra el extremo de su cadena, y siguió el trillado camino hacia el fuerte. Escuchó un fragmento de conversación, el cierre de una puerta, y el chirrido de una multiherramienta. Sonidos comunes que encontraba reconfortantes.

El Fuerte Ninguna Parte fue construido con la forma de una estrella de seis puntas.

Cañones bláster habían sido montados en cada una de las puntas de la estrella… una estrategia que situaría a los atacantes ante un fulminante fuego cruzado. Los cañones, además de baterías de misiles ocultas, eran una potente amenaza contra cualquier cosa excepto un asalto imperial, asalto imperial sobre el cual había ido a advertir.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz desde las sombras con un tono que parecía indiferente.

El colono se detuvo.

—Grif Grawley.

El centinela, un contrabandista llamado Horley, salió a la luz de las lunas.

—¿Grif? Carole ha llamado. Estaba preocupadísima.

—Iré con ella —prometió Grif—. Tan pronto como pueda. ¿Dónde está el tipo gordo que se cree el alcalde?

Horley se rió entre dientes.

—Donde siempre, holgazaneando en el Descanso, quejándose del Imperio.

—Bien. Mantén los ojos abiertos… o podría haber aún más de lo que quejarse.

El centinela quiso preguntar qué significaba el comentario, pero Grawley se había ido. Horley tiritó, culpando al viento frío de la noche se volvió hacia las tierras baldías.

Las nubes taparon a las trillizas, y las tinieblas oscurecieron la tierra.

Grif escuchó el Descanso del Contrabandista antes de verlo realmente. La música, popular en Corellia dos años antes, era matizada con risas y el *booong* del gong de la bebida. Alguien había invitado a una ronda.

Grif rodeó una esquina, asintió a un viajero espacial que pasaba y anduvo a trancos la anchura del patio interior. Las excesivamente familiares puertas se abrieron al tacto de su mano, y él parpadeó ante la repentina luz. La barra había sido fabricada a partir de un tanque de combustible dañado y alineada a un lado de la sala. Una docena de mesas desiguales ejercían de islas sobre el suelo rara vez barrido. Las paredes, que estaban cubiertas con un espontáneo collage de recuerdos, habían incitado muchas historias. Había quince o veinte personas presentes. Se giraron cuando él entró en la sala.

—¡Mirad! —exclamó alguien—. ¡Es Grif Grawley! ¡Oye, Grif! Carole está buscando voluntarios. No vas a conseguir ningún porteador, ¡ya lo sabes!

Hubo un coro de carcajadas cuando los parroquianos se rieron a costa de Grif.

Recordaban una noche seis meses antes, en la víspera del cumpleaños de la pequeña Katie, cuando Grif intentó anestesiarse con una botella entera de Viejo Fiel. Llamaron a Carole y, con la ayuda de los parroquianos, le cargaron en un deslizador.

La ira ardió en su interior… ira y resentimiento.

Grif giró hacia su derecha, disparó desde la cadera y observó el sistema de sonido explotar. El silencio se hizo presente… interrumpido solamente por el goteo de los ingredientes licuados y el zumbido monótono del refrigerador. El alcalde Devo, con la panza colgando

sobre su cinturón, fue el primero en recuperarse. Se puso en pie. Su rechoncho dedo índice apuñaló el aire.

—¡Ya es suficiente! Hemos tenido suficiente, Grif Grawley. Deja el arma en el suelo y da tres pasos atrás.

El colono no hizo ningún esfuerzo por obedecer. Buscó en su chaqueta, encontró el pedazo de metal plano y lo sacó. Hizo un ruido metálico cuando golpeó la mesa.

Devo bajó la mirada y la levantó de nuevo. Frunció el ceño.

—¿Y esto qué se supone que es?

—Una placa de identificación. Léela.

A regañadientes, con la cara enrojecida por la ira, el alcalde hizo como le habían dicho. Las palabras parecieron hacer eco a través del bar.

—Droide Sonda Imperial DS 4786. ¿Y? ¿De qué va esto?

Grif dejó que sus ojos vagaran por la sala.

—Me he enzarzado con un droide sonda imperial, le he embestido con mi aerodeslizador y he caminado hasta aquí. Podría ser una sonda solitaria, arrojada a nuestra atmósfera por una nave de paso, o podría ser parte de algo mucho peor.

Sugiero que recojáis lo que podáis, montéis a vuestras familias en deslizadores y me sigáis. Hay lugares donde podéis esconderos.

Por un momento hubo silencio seguido de un completo caos. Parecía como si todo el mundo tuviera algo que decir.

—¡Sacad al idiota de aquí!

—¿Y si tiene razón? ¿Cómo nos han encontrado?

—Os dije que esto podría pasar…

—Grif no reconocería a un droide sonda ni aunque estuviera flotando en su whiskey…

Grif golpeó el gong con una botella medio vacía de Viejo Fiel. El farfulleo cesó. Grif analizó las caras ante él.

—Creed lo que queráis. Sin embargo, una pregunta. ¿Cómo explicáis el hecho de que los satélites meteorológicos estén caídos? No sólo uno… todos ellos.

El colono se volvió hacia una mujer llamada Peeno. Era la segunda al mando del Capitán Jerg… y algunos dirían que algo más que eso.

—¿Qué hay de eso, Marie? ¿Ya tienes esos satélites arriba y funcionando?

La contrabandista, una mujer con el pelo rojo corto y un pendiente en la nariz, negó con la cabeza.

—Todos cayeron casi al mismo tiempo. No hemos podido contactar con ellos desde entonces.

Grif insistió.

—¿Qué hay de las naves? ¿Hay alguna en órbita?

Jerg había partido más de treinta días antes y se había llevado las lanzaderas con él.

Todos sabían que se había ido, y todo el mundo sabía que pasaría otro mes antes de que volviera. Peeno negó con la cabeza otra vez.

Grif asintió.

—Tal como pensaba. Meted las cabezas bajo el ala… y moved vuestros culos. Buena suerte, porque la vais a necesitar.

Diciendo esto, el colono tomó un largo trago de la botella que estaba en su mano, la dejó con un golpe, y echó una moneda en la barra. Esta giró, cayó, y aterrizó boca arriba.

Grif estaba a medio camino a través del patio cuando comenzó el griterío… y a sólo veinte kilómetros de casa. Estaría bien ver a Carole.

El sol ya había salido hacía algún tiempo para cuando la lanzadera de asalto imperial se aproximó desde el sur. Hizo una serie de círculos, cada uno más estrecho que el anterior, como si los que iban a bordo hicieran turismo, lo cual en cierto modo hacían.

Sariss soltó su arnés de seguridad, entró en la cabina y miró sobre las cabezas de los pilotos. El Fuerte Ninguna Parte relucía entre el calor reinante.

—Vaya vertedero.

Yun, un joven casi aniñado Jedi con una mata de pelo castaña, se movió para unirse a ella. En parte porque era curioso… y en parte porque ella era su mentora.

—Eso seguro. No sé de qué escaparon, pero debió ser muy malo.

—Fue muy malo —convino Boc mientras se situaba por detrás de ellos —. Huyeron de nosotros.

La cabeza de Peeno giró siguiendo a la lanzadera junto con el cañón de energía del fuerte. Llevaba unos auriculares, armadura de torso y su rifle bláster en ristre. El artillero número tres, un colono llamado Dinko, quería disparar.

—¡Puedo alcanzarla, teniente! Sólo dígalo.

La lanzadera viró, y Peeno giró con ella.

—No es una buena idea, Dinko. Esa nave de asalto no ha venido ella sola. Hay al menos una nave, tal vez más, en órbita. Si quisieran matarnos, ya lo habrían hecho.

Desconecta tu arma… y eso también va para el resto. Quieren hablar, así que vamos a darles la oportunidad.

La lanzadera se acercó, dando la oportunidad a los colonos de echar un vistazo a los números de registro pintados en su vientre, y aterrizó en la plataforma. Gravilla se esparció a los lados, y el ruido atrajo aún más a los ciudadanos del Fuerte Ninguna Parte al lugar.

Los colonos habían esperado soldados de asalto, seguidos por un oficial, en cambio se llevaron una sorpresa. Ojos y bocas se abrieron con sorpresa cuando Sariss, Yun y Boc salieron de la nave.

—¿Quiénes son?

—¡Tienen sables de luz!

—¿Qué hace aquí un cabeza de gusano?

—¿Qué os pasa gente? ¡Disparadles!

El último comentario vino de un colono llamado Lasko. Su primera esposa dio su vida defendiendo el Pozo-G de Sulon. La mera visión de los imperiales le llenó de odio.

La intensidad de las emociones de Lasko envió ondas a través de la Fuerza. Sariss se detuvo, se volvió e identificó al colono entre la multitud. Lasko pareció sorprendido, se llevó las manos a la garganta y luchó por respirar. Su rostro se volvió azul, sus rodillas cedieron, y golpeó el suelo. Entonces, justo cuando la fuerza vital empezaba a abandonar su cuerpo, Sariss cedió.

Lasko sorbió aire hacia sus doloridos pulmones, se frotó la garganta y se puso en pie. Sus amigos y vecinos evitaban sus ojos mientras el colono se abría paso entre la multitud. Entonces, después de haber dejado a la multitud tras él, Lasko echó a correr.

Ahora tenía una nueva esposa y un bebé de seis meses. Se montó en un deslizador y se dirigió hacia las tierras baldías, esperando lo mejor.

Sariss se regodeó con el miedo que la rodeaba. Gracias al colono, y a su bocaza, una lección había sido aprendida. Resiste, y morirás.

La multitud empezó a retroceder, a dispersarse, pero Yun negó con la cabeza.

—¿Qué prisa hay? Quedaros… así os mantendréis a salvo.

Boc se echó a reír, un sonido agudo y entrecortado que llenó de miedo los rostros de los colonos. Sariss se paró con las manos en las caderas.

—Bueno, ¿quién está al mando?

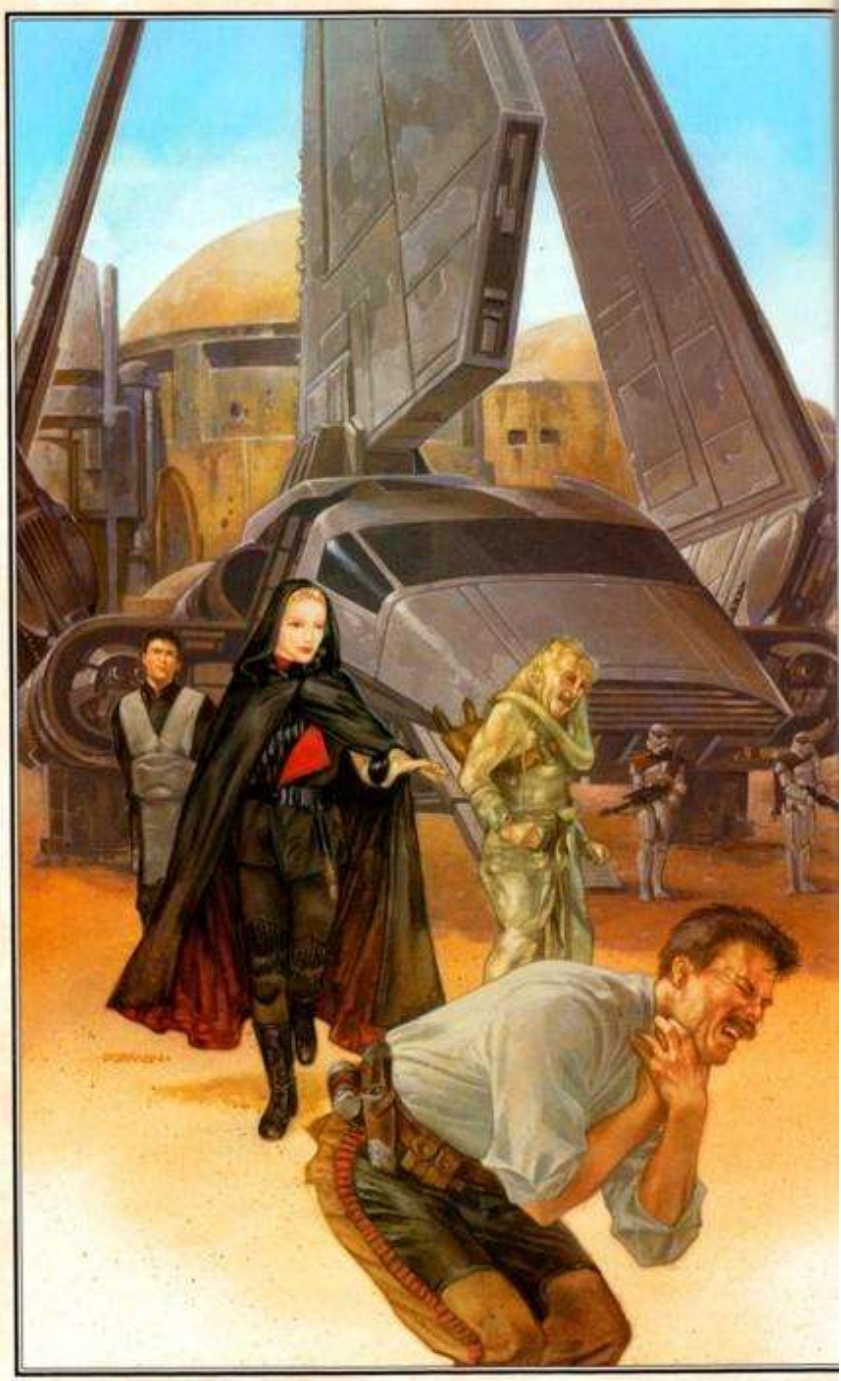
Hubo silencio, seguido de miradas de reojo y pies removiéndose. Fue entonces cuando el alcalde Devo fue empujado a codazos y con los hombros hacia delante. Una vez expuesto, el político trató de obtener el máximo de una mala situación. Se ajustó la barriga, encontró una sonrisa y dio tres pasos adelante.

—Ese soy yo… Alcalde Byron Devo III a su servicio. ¿Y usted es?

—Mi nombre no tiene importancia —respondió Sariss fríamente—. Lo importante es que tú, y tus traicioneros votantes, habéis establecido un asentamiento ilegal con propósito de contrabandear y evadir impuestos. Ambos cargos punibles con la muerte.

Devo tragó saliva, se dio cuenta de que sus manos habían subido a su

garganta, y las obligó a bajar. Parecía como si la mujer lo supiera todo. Sin embargo, las palabras le habían sacado de problemas antes, y podían hacerlo de nuevo.



—No, no, ¡está usted completamente equivocada! ¡Deme una oportunidad para explicarlo!

Sariss pareció dudar.

—¿Tú *tienes* una explicación? Parece difícil de creer. Sin embargo, todo el mundo merece una oportunidad. Así se hacen las cosas en el Imperio… Llévame a tu oficina.

Tendrás una, ¿no?

—¡Oh, sí! —balbuceó Devo felizmente—. Sígame…

La multitud se apartó para dejarlos pasar. Yun sonrió, y Boc se rio.

A Sariss le llevó menos de una hora llenar a Devo de falsas promesas, sacarle al político toda información relevante, y confirmar sus descubrimientos a través de conversaciones posteriores con Peeno y el encargado del tapcafé.

Yun, con la ayuda de Boc, utilizó el tiempo para examinar las defensas del Fuerte Ninguna Parte.

Más de 300 pares de ojos observaron a los Jedi subir a su nave y despegar. El alcalde Devo, deseoso de reafirmar su autoridad y recuperar la credibilidad que pudiera haber perdido, hizo un gesto obsceno.

—¡Eso es para vosotros y para el Emperador!

La lanzadera acababa de desaparecer en el horizonte cuando Peeno se acercó.

—Bueno, Byron, ¿qué piensas? ¿Por qué todo ese interés en ruinas y artefactos?

Debo tenía ojos pequeños, redondos y brillantes. Saltaron de aquí para allá.

—Supongo que por algo valioso. Algo por lo que merece la pena enviar una fuerza operativa a Ruusan.

Peeno asintió.

—Exactamente, así que guárdatelo para ti mismo. ¿Quién sabe? Quizá podamos encontrarlo nosotros.

Los ojos de Devo relucieron mientras visiones de valiosos tesoros bailaban en su cabeza.

—¡Podría ser nuestro, Marie! ¡Todo nuestro!

Peeno asintió, preguntándose si los imperiales eran tan estúpidos, y temiendo que no lo fueran.

El puente era grande y abierto como correspondía a una nave capital. Jerec, con las manos juntas detrás de la espalda, estaba de espaldas al área de mando. La tripulación, que ocupaba las trincheras semicirculares abiertas en la muy brillante cubierta, estaba pendiente de cada palabra. A él le gustaba eso. Proyectó su voz para que fuera escuchada.

—¿Y tu conclusión?

Sariss, al igual que Yun y Boc, todavía estaba a bordo de la lanzadera, terminando su informe. Un holo de su cabeza y hombros flotaba en el aire.

—Así pues, milord, basándome en entrevistas con miembros de la comunidad criminal y en la miseria en la que se ven obligados a vivir, parece seguro concluir que el Valle sigue sin ser descubierto.

Jerec hizo una pausa, permitió que la tensión se acentuara, y finalmente asintió.

—Concuerdo. Destruid el asentamiento.

El grupo de ataque imperial había estado reuniéndose durante más de veintiséis horas.

La zona plana, rodeada de colinas, era un área de espera perfecta. Se había establecido una instalación de mantenimiento, se habían enterrado depósitos de combustible, y se había establecido un perímetro. La zona era patrullada por un par de caminantes AT-ST

apoyados por soldados fuertemente armados.

La unidad, que dependería de la velocidad, la sorpresa y la fuerza abrumadora, consistía en cuatro lanzaderas de asalto y seis cazas TIE. Las naves estaban tripuladas por los mejores que la gran fuerza operativa podía ofrecer y estaban listas para la acción.

Sariss, con su cabello azotado por el viento del desierto, echó un último vistazo a las naves bajo su mando y habló a través de un micrófono de cable fino.

—Bien, conocéis el plan. Cazas TIE primero… naves de asalto en segundo lugar.

Acabemos con ellos.

La Jedi sintió la rampa rebotar bajo su peso cuando entró en la nave. Se deslizó en el puesto de copiloto, se sujetó el arnés y asintió al piloto. Este aumentó la potencia, tiró de los controles y examinó las lecturas. La nave se elevó, se balanceó ante la brisa, y se alejó. El resto de lanzaderas la siguieron.

Los contrabandistas habían anticipado la posibilidad de un ataque desde el espacio, razón por la cual habían tenido los satélites. Sin embargo, una vez que el sistema de vigilancia orbital había sido neutralizado, y sin detectores terrestres de respaldo, el ataque habría cogido por sorpresa a la colonia si no hubiera sido por la visita de los Jedi.

Aun así, incluso *con* previo aviso, sólo estaban preparados parcialmente.

Los cazas TIE llegaron primero, volando bajo y lento, con sus cañones escupiendo muerte. La descarga inicial perforó agujeros en los muros de tierra comprimida, destruyó la puerta sur y prendió fuego a un barracón de almacenamiento. El humo proveyó una excelente señalización y ayudó a orientarse a los pilotos durante los sucesivos ataques.

Las defensas de la fortaleza estaban atendidas… Peeno se había ocupado de eso. Las torretas giraban a medida que los artilleros rastreaban las naves que llegaban y Dinko gritaba con alegría.

—Me he cargado a uno de esos cretinos, teniente… ¡mira eso!

Peeno, que estaba dirigiendo el esfuerzo defensivo desde un búnker subterráneo, consultó sus monitores. No había muchos, y todos estaban situados sobre un viejo módulo de carga, conectados a través

de una maraña de cables. Vio un caza TIE

explotar, vio escombros llameantes caer sobre la Colina de Katarn y supo que habría víctimas.

—Buen tiro, Dinko… sigue así.

—Tenemos cuatro lanzaderas de asalto entrantes… rango, treinta kilómetros.

Peeno no reconoció la voz… pero agradecía la información. El campo de visión del fuerte y el sistema de adquisición de blancos consistía en voluntarios equipados con electrobinoculares.

Ella se giró hacia su oficial de control de armas, un chico de dieciséis años con cara sombría y aptitud para la electrónica.

—¿Estado de los misiles?

—Listos…

—Prepara el lanzamiento… lánzalos.

El joven pulsó algunas teclas. Escotillas se abrieron, un vuelo de seis misiles se disparó hacia el cielo y voló a baja altura.

—¡Les tenemos! —dijo el adolescente entusiasmado—. ¡Les tenemos!

—Tal vez sí —respondió Peeno sin emoción—, o tal vez no. Prepara el vuelo dos.

Sariss observó impasible cómo el primer caza TIE explotaba, maldijo al piloto por tonto y sintió la lanzadera dar un bandazo a babor.

—Interferencia eólica —informó el piloto lacónicamente—. Misiles tierra-aire entrando… disparando aire-aire.

El piloto pulsó un botón y dos vuelos de cuatro misiles se alejaron. Sariss sintió la lanzadera sacudirse y vio explosiones de color rojo anaranjado poblar el cielo. El piloto mantuvo la cuenta.

—Tres, cuatro, cinco…

—Y seis —dijo Sariss secamente, cuando la lanzadera número tres se tambaleó, se desvió de curso e impactó en la ladera de una colina.

Poco después el fuerte ya estaba por debajo, todavía resistiendo, a

pesar de que tres de sus torretas esféricas habían sido destruidas y de que había sido quebrada una sección de 40 metros del muro.

Figuras como hormigas se veían corriendo en todas direcciones, mientras que otras buscaban la comparativa seguridad de las cuevas subterráneas. Un caza TIE bajó en picado ametrallando, segó una fila completa de fugitivos y se alejó rugiendo.

—Desciende —dijo Sariss sombríamente—. Algunos de los criminales están escapando.

El piloto asintió, giró la nave bruscamente y activó el intercomunicador.

—Treinta hasta tierra… preparados.

Cuarenta soldados de asalto estaban hacinados en el área de carga. Hicieron una última revisión a sus armas y esperaron el momento del aterrizaje. Llegó con un sonoro golpe y una luz verde. La luz del día se hizo presente, la rampa cayó y un oficial comenzó a gritar.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!

Y ellos fueron. Fuego terrestre apareció para saludarlos, uno cayó, el resto cargó.

La lanzadera se sacudió bajo el impacto de un misil portátil pero permaneció intacta.

Sariss, quien estaba desarmada a excepción de su sable de luz, recorrió la rampa. Un haz de energía pasó al lado de su cabeza, impactó derribando a un soldado, y a ella la dejó intacta.

Fue entonces cuando vio a Devo, avanzando a trompicones para encontrarse con ella, su rostro contorsionado por el miedo.

—¿Qué estáis haciendo? Respondí a tus preguntas. ¡Prometiste dejarnos en paz!

La Jedi sonrió.

—¡Vaya, alcalde Devo! Encantada de volver a verte. Los políticos decís tantas mentiras que supuse que reconocerías una cuando la oyeras.

Sariss encendió el sable de luz. Este crujió y la hoja apareció. El colono, con los ojos como platos, intentó retirarse. Con un chisporroteo de energía, su cabeza se separó de sus hombros y rodó

por una pendiente.

Tomó quince minutos someter el fuerte y otros veinte despejar las cuevas subterráneas. Algunos de los colonos habían logrado escapar, Sariss lo sabía, pero no

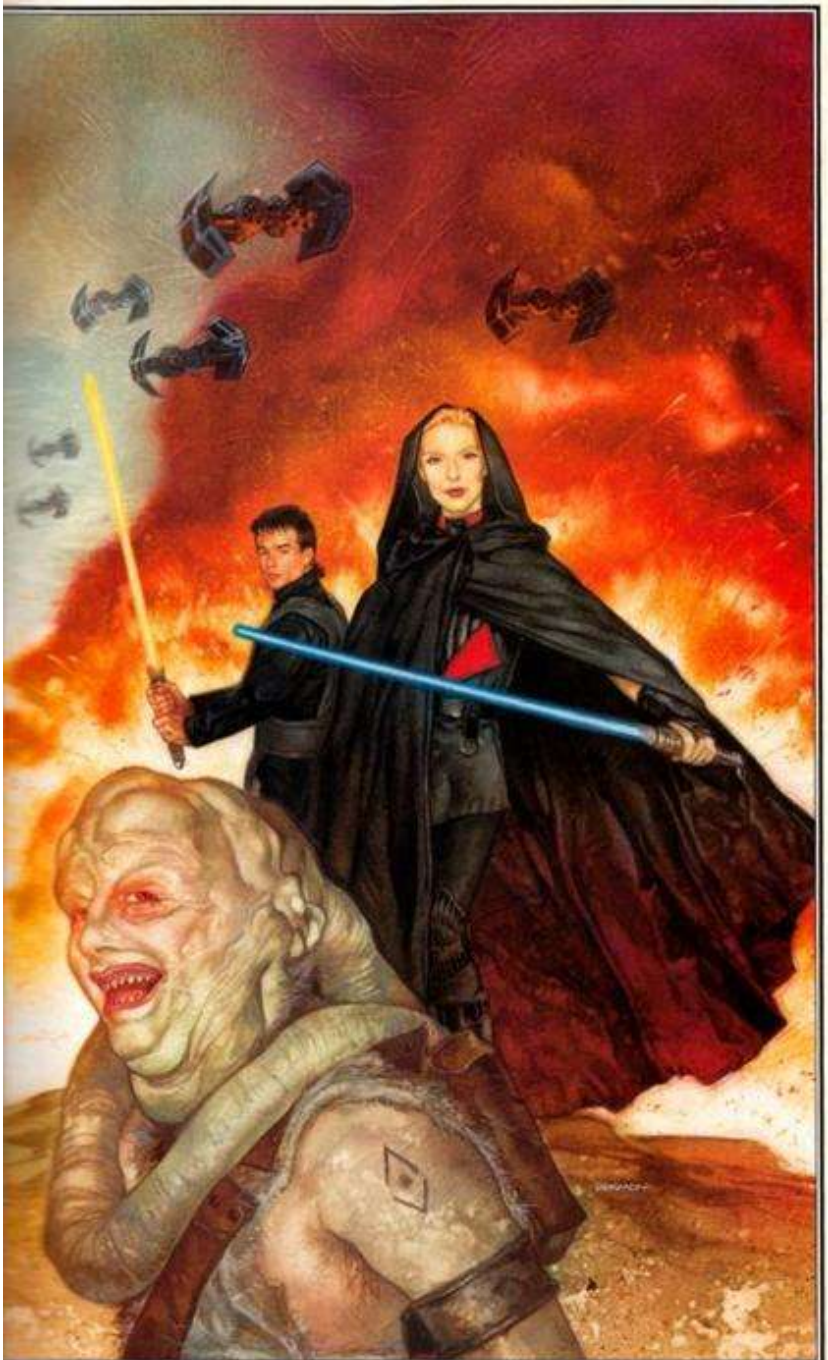
estaba dispuesta a seguirlos. El largo y nada glamuroso trabajo de exterminio podía dejarse para suboficiales y soldados de asalto. Su tarea estaba hecha.

La Jedi esperó a que Boc rematase a un colono herido, ordenó a Yun que destruyera las granjas subterráneas, y subió a una colina cercana. Una vivienda semienterrada crepitaba mientras ardía, una mujer yacía muerta a pocos metros de distancia, y un gra luchaba por romper su atadura.

Sariss llegó a la cumbre, miró a través de las tierras baldías, y se preguntó cómo fue el planeta cuando las fuerzas de la luz y de la oscuridad se enfrentaron en las llanuras.

Cuando un relámpago artificial quebró el cielo, cuando los Jedi cayeron como trigo ante una cosechadora, y el hedor de ozono llenó el aire.

El hecho de que se hubieran producido tales batallas era increíble, pero aún más sorprendente era el hecho de que los antiguos luchadores estaban aún allí… escondidos en su Valle… esperando a que alguien dominase su poder. ¿Jerec? Sí, probablemente, pero con ella a su lado. El viento barría las llanuras, haciendo que su capa revoloteara y llevándose el humo hacia el este. La primera batalla había sido luchada… y la primera batalla había sido ganada.



CAPÍTULO *2*

Fuego salpicó el lado de babor de la *Nueva Esperanza* cuando un escuadrón de bombarderos TIE imperiales se abrió paso a través de las defensas rebeldes y lanzó sus torpedos de protones. Los escudos deflectores habían caído unos diez minutos antes…

por lo que muchos de ellos estaban destinados a impactar.

Leia Organa sintió el casco estremecerse, se encontró con la mirada de Mothma y supo lo que ella estaba pensando. Los mejores días del acorazado ya habían pasado. En el pasado estacionada sobre Churba, donde sirvió como museo de guerra, la nave había sido un símbolo de la dominación imperial. Un símbolo que las fuerzas rebeldes habían robado y remolcado. La victoria fue en gran parte psicológica, pero un casco es un casco, y los rebeldes necesitaban naves. Siendo el caso, el acorazado experimentó una revisión completa, fue rebautizado como la *Nueva Esperanza* y apresuradamente puesto en servicio.

Aun así, dicho esto, la *Esperanza* no era rival para las nuevas naves de la mitad de su tamaño y servía como un CG móvil[1]. Había estado en órbita alrededor de Milagro un par de meses, donde había proporcionado la estructura de mando rebelde desde una plataforma espacial.

Es por ello que ambas mujeres sabían que el acorazado no tenía posibilidades contra un destructor estelar, se preguntaban por qué la nave imperial no se había acercado, y estaban agradecidas de que no lo hubiera hecho. Los bombarderos TIE eran una cosa, sin embargo las armas pesadas que el destructor podía desplegar eran algo muy diferente. No es que fueran a decir nada delante de la tripulación del puente. La moral estaba alta, y querían mantenerla así.

Los informes de daños continuaban llegando.

—La batería turboláser catorce ha recibido un impacto directo…

—Tenemos una fuga de presión en el compartimento A-Cuarentaitrés…

—La matriz de sensores de babor ha caído… junto con las cápsulas de escape de la sesenta a la sesenta y nueve…

La tripulación del puente, bajo el estoico mando de una mon calamari llamada Capitana Tola, reconoció los informes y asignó los recursos adecuados para tratar con ellos.

Mon Mothma, con el cabello aún húmedo por una ducha interrumpida apresuradamente, parecía serena como de costumbre. Un alfiler plateado aseguraba su túnica, que colgaba en pliegues ordenados.

—¿Alguna noticia del General Solo?

Leia sabía que la pregunta era retórica, pero respondió de todos modos.

—No, los tres escuadrones deberían estar al otro lado de Milagro en estos momentos, preparándose para lanzarse hacia aquí aprovechando la gravedad orbital.

Mon Mothma asintió con aire ausente. Había mucho que considerar. El primero de los tres escuadrones pertenecía a la *Esperanza* y consistía en pilotos de primera con cazas estelares ala-X casi nuevos. Los escuadrones dos y tres eran otra cosa. Los pilotos, muchos de los cuales aún se estaban recuperando de heridas recibidas anteriormente, habían sido reclutados en la nave hospital *Misericordia* y transportados a la superficie de Milagro. Una vez allí, se les asignaron una mezcolanza de viejos ala-Y, ala-X

reacondicionados, y, milagro de milagros, dos ala-B acabados de preparar para la batalla.

Eran estas fuerzas, bajo el mando del General Han Solo, las que decidirían la batalla.

Si podían encontrar el destructor estelar desde el cual se habían lanzado los bombarderos TIE, y *si* podían neutralizarlo. Añadido a la urgente necesidad de una victoria rebelde estaba el hecho de que un Grupo de Batalla había sido lanzado seis días antes. Una fuerza que podía regresar victoriosa o maltratada y necesitada de apoyo.

Todo lo cual planteaba otra pregunta: ¿habían sabido los imperiales que la *Nueva Esperanza* era vulnerable? Y si es así, ¿cómo? ¿Había encontrado un droide sonda su escondite? ¿Los imperiales habían plantado un espía en la estructura de mando rebelde? Mon Mothma suspiró. Las posibilidades eran infinitas… y explicaban por qué rara vez dormía lo suficiente.

Una voz familiar surgió por uno de los canales de comunicación entre naves.

—Aquí Solo… nos acercamos al polo norte y estamos a punto de romper el horizonte planetario. Ponednos al día.

Un poderoso ordenador estaba siendo usado para analizar los vectores de ataque imperiales, el tráfico de comunicaciones y las rutas de salida. Y esa información, combinada con las estadísticas de motores y consumo de combustible de los bombarderos TIE, es lo que proporcionaría a la fuerza de ataque rebelde la ubicación probable del destructor estelar. O eso esperaban, ya que la mejor manera de evitar que la nave capital lanzara cazas TIE o se enzarzara directamente con la *Nueva Esperanza* era incapacitarla o, en su defecto, ahuyentarla.

Los cazas estelares rebeldes rompieron el horizonte planetario, recibieron la información que necesitaban y cambiaron de rumbo.

—Lo tenemos —confirmó la voz—. Mantén mi cena caliente. Corto.

Leia sonrió, supo que el comentario iba dirigido a ella, y recordó la comida que Han y ella casi habían compartido. Había habido vino, velas, y la posibilidad de…

Una mano tocó el brazo de Leia. Ella se giró, sujetó al técnico de comunicaciones para que no cayera cuando el acorazado recibió otro golpe, y sonrió de forma reconfortante.

—¿Sí?

—Una llamada para usted, señora —balbuceó el joven—, de su hermano.

Leia frunció el ceño.

—¿De Luke? ¿Estás seguro?

—Sí, señora —el técnico asintió enfáticamente—. Por la frecuencia seis; canal cuatro.

Luke Skywalker había dejado el acorazado dos semanas antes, primero para llevar a cabo una misión propia, y luego para echar un ojo a Kyle Katarn y Jan Ors.

Después de obtener los planos que permitieron a la Alianza destruir la Estrella de la Muerte imperial, los agentes habían asumido una nueva misión: la búsqueda del Valle de los Jedi. Una misión que Skywalker consideraba importante y esperaba que tuviera éxito. Ahora había regresado… y en el peor momento posible.

Leia corrió hacia una consola donde esperaba el holo de la cara de Luke Skywalker.

Llevaba casco y un mono de vuelo.

—¡Luke! ¡Retrocede! ¡Estamos bajo ataque!

—¿En serio? —dijo el Jedi con sarcasmo—. Nos hemos dado cuenta. Un par de cazas TIE nos asaltaron cuando salimos del hiperespacio. Dimos cuenta de ellos, pero parece que hay más por delante.

—¿«Nos»?

—El *Cuervo Oxidado* está pegado a mi ala de estribor. Kyle Katarn y Jan Ors mandan saludos.

—Alejaos —instó Leia—. Hay demasiados entre vosotros y nosotros. Han y tres escuadrones de cazas están buscando el destructor imperial ahora.

—Demasiado tarde —dijo Skywalker lacónicamente—. Lo hemos encontrado… ¡o ellos nos han encontrado! Es un destructor, sí, clase Imperial por su aspecto, con daños en proa. Veo bastante escolta… treinta naves, tal vez más. Sin embargo podría ser peor, al menos la mitad parecen ser transportes.

—¿Qué ha dicho? —demandó Mon Mothma, apareciendo al lado de Leia—. ¿Ha dicho Luke «daños»?

—Sin duda —respondió Skywalker—. Veo daños graves en la proa del destructor…

como si hubiera golpeado algo o algo lo hubiera golpeado. Han puede rastrear mi transpondedor mientras nosotros le damos algo en qué pensar.

Mon Mothma bajó el puño sobre la consola. Un lápiz saltó en respuesta.

—¡Eso es! Por eso el destructor no ha venido a por nosotros… ¡está dañado! ¡Se dejó caer en este sistema buscando un lugar donde esconderse y nos ha encontrado a nosotros esperándolo! ¡Capitana Tola! Informe al General Solo y prepárese para romper la órbita.

Si Tola estaba molesta por la manera en que una civil le había dado órdenes, no dio muestra de ello. Se dieron órdenes, el acorazado rompió la órbita, y comenzó el contraataque.

La *Esperanza* se bamboleó cuando un piloto imperial perdió el control

de su caza y se estrelló contra el casco. La explosión destruyó la chimenea de refrigeración tres y se extinguió. Las luces parpadearon, y a continuación se estabilizaron. Mon Mothma miró a Leia.

—Va a estar reñido.

La mujer más joven asintió, sintió que sus uñas se apretaban contra las palmas de sus manos y luchó por mantener la compostura.

—Sí, realmente muy reñido.

El *Cuervo Oxidado* hizo una maniobra de bucle mientras Jan Ors luchaba por mantenerse en la estela de Luke Skywalker. El ala-X del Caballero Jedi era más pequeño, más rápido, y mucho más maniobrable que la nave corelliana.

Originalmente diseñado para transportar cargamentos pequeños pero críticos a mineros de asteroides o estaciones espaciales orbitales, el *Cuervo* había servido a muchos propósitos desde entonces, muchos de los cuales no eran exactamente legales.

Siendo ese el caso, tenía un buen cambio de velocidad y podía cargar más armamento que la mayoría de las naves de su tamaño. Algo por lo que Jan estaba agradecida…

dada la decisión aparentemente suicida de Luke Skywalker de enzarzarse con lo que parecía ser la mitad de la Armada Imperial.

—¡Aquí vienen!

La transmisión parecía innecesaria, dada la cantidad de objetivos que llenaban el ventanal de la nave. Jan resistió la tentación de agacharse cuando haces de energía se deslizaron sobre el casco del *Cuervo* y comenzaron un interminable viaje a través del espacio.

Skywalker disparó en respuesta y tuvo la satisfacción de ver cómo una nave enemiga explotaba y otra se tambaleaba fuera de control mientras Jan añadía el peso de sus armas a la lucha.

Kyle Katarn estaba sentado en el asiento del copiloto, deseando tener algo que hacer y rechinando los dientes con frustración. El *Cuervo* era *su* nave, pero Jan había estado en los controles cuando comenzó la

pelea, y no había ninguna forma admisible de usurpar su posición. Tampoco es que ese movimiento tuviera mucho sentido, ya que ella era mejor piloto.

Todo lo cual dejaba a Kyle impotente… ¿o no? A diferencia de la mayoría de los Jedi, quienes servían de aprendices bajo un Maestro, Kyle se había visto obligado a trabajar con sus talentos por su cuenta, o *casi* por su cuenta, ya que había recibido la ocasional orientación del Jedi ahora incorpóreo conocido como Rahn.

Y entre las muchas cosas que Kyle había aprendido estaba el hecho de que no había un arma más poderosa que una mente abierta.

Por ejemplo, tomando la situación actual: había una oportunidad en algún lugar frente a él, y todo lo que tenía que hacer era encontrarla. La situación trajo a la mente de Kyle los combates estratégicos que le obligaron a estudiar en la Academia Militar Imperial. Una profesión que adoptó para poder obtener una educación… pero que abandonó después de que su padre fuera asesinado. Asesinado y su cabeza colocada en una pica para que todos la vieran. Kyle no estuvo allí, pero vio un holo, y la imagen atormentaba sus sueños.

El destructor estelar imperial pareció multiplicar su tamaño. Las naves de apoyo que rodeaban la nave mayor abrieron fuego. Kyle vio que habían formado una esfera protectora alrededor del destructor, el cual, aunque pesadamente armado, era temporalmente vulnerable debido a los daños en proa y la necesidad continua de lanzar y recuperar cazas TIE… muchos de los cuales estaban ocupados en otra parte.

De repente Kyle lo tuvo, el lugar perfecto para esconderse, a pesar de que el enemigo sabría exactamente dónde estarían. No esconderse para siempre… solo el tiempo suficiente para que llegasen los cazas rebeldes.

—¡Jan! ¡Luke! Moveos al centro de su formación. Colocaos entre el destructor y su escolta, y mantened esa posición todo el tiempo que podáis.

Skywalker giró bruscamente el ala-X, disparó contra un caza TIE, notó que era uno de los modelos más nuevos (un OT si la memoria no le fallaba[2]), y consideró la sugerencia del agente. La idea parecía suicida al principio… hasta que comprendió su genialidad. Al colocarse entre la nave capital y su escolta, obligarían a los imperiales

a romper la formación, a dispararse unos contra otros en un intento de golpear a las naves rebeldes, ¡o a dejar de disparar por completo!

—Buena idea, Kyle… *si* podemos llegar allí de una sola pieza. Voy a entrar…

Han Solo comprobó que el grupo de ataque rebelde aún estaba en rumbo de aproximación, vio que así era y se volvió hacia su compañero.

—Hagamos un chequeo de última hora, Chewie… ¿cómo está ese acoplamiento de energía? No me gustaría que se quemase con un par de cazas TIE en nuestra estela.

Aunque capaz de entender Básico, Chewbacca no estaba capacitado para hablarlo.

Gruñó resentido, pulsó algunos botones y señaló hacia una pantalla.

Han frunció el ceño.

—Sí, puedo leer, pero el que vaya bien *ahora* no significa que seguirá siendo así en el futuro.

Chewbacca emitió un gemido, comenzó a soltar su arnés y se detuvo cuando una voz surgió por la frecuencia de comunicación del grupo.

—Medpac Uno a Líder de Grupo…

Han sonrió. Había habido muy poco tiempo para detalles como los nombres de identificación. Siendo ese el caso, el segundo escuadrón, formado principalmente por heridos ambulantes, había elegido uno muy propio.

—Te copio, Medpac Uno… adelante. Cambio.

—Los bandidos están saliendo a jugar… veinte… tal vez más. Cambio.

Han maldijo la necesidad de que el *Halcón Milenario* se quedara atrás, protegido por una pantalla de cazas ala-Y, y deseó poder ver al enemigo por sí mismo. Sin embargo no tenía sentido… no con una unidad tan improvisada. El liderazgo sería crucial, y no habría ninguno si lo mataban durante los primeros minutos de la batalla.

—Recibido… habrá incluso más a medida que aparten cazas de la

Esperanza para enviarlos a cruzarse con nosotros. Recuerda, no dejes que los imps nos retengan en múltiples escaramuzas. Ve a por el destructor.

—Recibido —dijo Medpac Uno con una jovialidad que realmente no sentía—.

Contactando ahora.

Los siguientes quince minutos fueron de los más largos en la vida de Han. Medpac Uno y su escuadrón aguantaron el ataque inicial, perdieron dos ala-X, y consiguieron

---

pasar. El poder de tres escuadrones completos, sin importar cuán dudosas fueran algunas de las naves en particular, era difícil de resistir.

El oficial a cargo de la Fuerza Operativa imperial continuamente enviaba vuelos de dos naves para alejar a los cazas rebeldes y así debilitar el contraataque.

Han, que tenía instintos solitarios y nunca había disfrutado siguiendo las órdenes de otras personas, se encontró en la posición irónica de tener que mantener una disciplina férrea. Los pilotos que sucumbían a la tentación, o que eran aislados por causas ajenas a su voluntad, eran dejados para que se las arreglasen solos mientras la fuerza mayor se abría paso entre oleadas de cazas TIE. Minidramas, demasiados para contarlos, se desarrollaban por su cuenta.

—¡Rompe a la derecha, Medpac Tres! Hay uno en tu cola.

—¡ *Yiiiiija*! Come energía, apestoso imperial…

—Cuidado a tus seis… dos en camino.

—¡Oye, tú! El del ala-Y… sígueme.

—Eso duele… duele mucho…

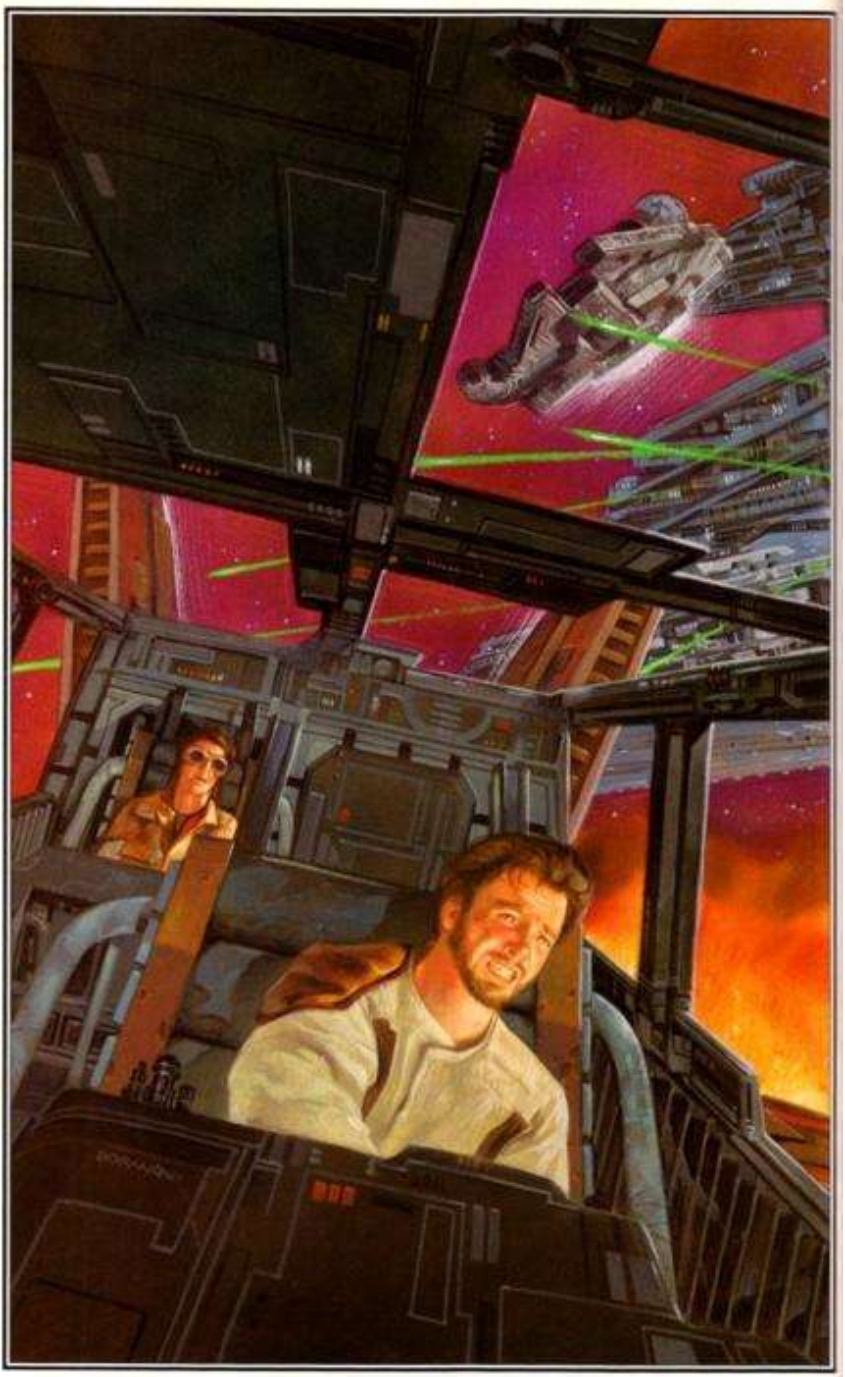
—Estoy en ello, Azul Seis… mantente estable…

Entonces, a través de la mezcolanza del tráfico de comunicaciones, Han escuchó lo que había estado esperando.

—Medpac Cuatro a Líder de Grupo… Tengo una visual de la Fuerza

Operativa imperial… repito… una visual de la Fuerza Operativa imperial.

Han viró a un lado para evitar los restos de un caza TIE, disparó a otro, y envió un pensamiento hacia Luke. *Aguanta, chico… ya casi estamos ahí…*



El ala-X se balanceaba de lado a lado esquivando fuego láser mientras avanzaba.

Luke casi podía oír la voz de Yoda: *Todo un patrón tiene, empezando por la estructura subatómica de la piedra que tienes en la mano y extendiéndose hasta las mismas estrellas.*

Hmmm, sí. El patrón encuentra, la manera en que fue entretejido comprende, y en tu camino nada se interpondrá.

Cada una de las naves imperiales tenía su propio núcleo de control de fuego, y todos esos núcleos estaban supeditados a un ordenador a bordo del destructor. Si bien esa estrategia aprovechaba al máximo el armamento de la Fuerza Operativa, también creaba un patrón que Luke podía *percibir*.

El truco consistía en enfocar su mente hacia la comprensión de los subpatrones individuales que contribuían al todo, pero hacerlo sin pensarlo conscientemente, ya que el pensamiento consciente llevaba tiempo y generaba dudas. Siendo ese el caso, Luke

«sentía» a dónde dirigir su nave, disparaba cuando el instinto le decía que lo hiciera, y se abría paso a través de un laberinto de fuego láser. El *Cuervo Oxidado*, todavía de una pieza y en la cola de Luke, lo seguía por detrás.

Jan, con sus manos danzando entre los controles, habló por la comisura de la boca.

—¿Has visto eso? Es como si *supiera* qué camino tomar.

Kyle, que había progresado bastante en lo que se refería a sus propios talentos, asintió con admiración.

—Eso es porque *sabe* qué camino tomar. Mantente a su estela.

Jan disparó los cañones de la nave, hizo una mueca cuando el *Cuervo* atravesó velozmente la explosión resultante, y observó cómo el destructor se hacía más grande.

Las naves rebeldes ya habían penetrado la pantalla exterior para entonces y estaban pasando a través de la segunda.

Las luces parpadearon cuando un pedazo de caza TIE golpeó el escudo

deflector, causó una sobrecarga y se alejó girando.

El capitán naval imperial Purdy M. Trico observó las holopantallas, escuchó el tráfico de comunicaciones, y se preguntó por qué los dioses habían decidido abandonarle. Una mano se desvió hacia un bulto en su uniforme. El amuleto siempre había funcionado antes… ¿qué había cambiado?

La estructura de poder imperial desaprobaba los dioses, *cualquier* clase de dioses, especialmente aquellos que se creía que tenían más poder que el estado. Pero eso no había impedido que Trico siguiera adorando a las mismas entidades que sus antepasados, ni siquiera en la Academia, donde tales cultos podían resultar en expulsión, y tampoco durante los años posteriores cuando el ser descubierto hubiera arruinado su carrera.

Entonces, ¿por qué los dioses lo habían abandonado durante su hora de más necesidad? ¿Por qué Mugg, Bron y el gran Pula habían permitido que la cañonera rebelde embistiera su destructor? Y después, cuando había buscado la relativa seguridad de un sistema solar devastado por la guerra, ¿por qué lo habían maldecido con un acorazado? Por no mencionar el enjambre de cazas hostiles. Incluso ahora, dos naves rebeldes estaban colándose entre sus defensas como si estuvieran protegidas contra cualquier daño.

Su ensimismamiento, que había durado poco más de unos pocos segundos, terminó cuando el ocasionalmente entrometido oficial ejecutivo atrajo su atención.

—Perdón por molestarlo, señor… pero el acorazado rebelde ha roto la órbita y se dirige hacia aquí.

Trico provenía de un mundo con elevada gravedad y, siendo de la cuarta generación, tenía el físico de un levantador de pesas de metro y medio de altura. Los músculos se le tensaban y contorsionaban mientras luchaba contra el impulso de retorcer la cabeza del otro oficial.

—¿« *Ha*» roto la órbita? ¿Has dicho « *ha*»? ¿Por qué no fui informado cuando comenzó esa maniobra?

Al OE le resultó difícil tragar. Aunque más competente que muchos, Trico tenía la reputación de ser algo así como un tirano, y uno volátil.

—Porque nuestros cazas estaban tratando de interceptar a los rebeldes… señor.

Trico podía escuchar a los dioses riendo. Forzó a su voz a permanecer firme.

—¿Has permitido eso? ¿Ninguno de nuestros cazas ha sido destinado a monitorizar el acorazado? ¿Una nave que, aunque anticuada, tiene un revestimiento más grueso que el nuestro y monta grandes armas ofensivas?

El OE comenzó a temblar.

—No ha sido culpa mía… pensaba…

Un agujero apareció en el centro de la frente del oficial ejecutivo, y sus ojos se pusieron en blanco como si tratara de echarle un vistazo a la herida. El cuerpo hizo un ruido sordo cuando golpeó la cubierta.

Trico enfundó su arma y alzó la vista para descubrir que las naves rebeldes, las dos que había observado antes, no solo habían penetrado sus defensas internas, sino que lo habían hecho con impunidad. Su dedo índice tembló mientras señalaba el holo.

—¿A qué estáis esperando? ¡Destruidles!

—Sí, señor —respondió el oficial de control de armas con voz trémula —. ¿Debemos destruir también a nuestros escoltas? —la pregunta *sonaba* insubordinada… pero no lo era.

Trico volvió a mirar, se dio cuenta de que los rebs habían tomado sus posiciones adrede, y masculló un terrible juramento.

—¡Pula, llévatelos! Les enseñaré a esos perros un poco de respeto… ¡rompe la formación!

Toda la tripulación del puente sabía que eso era un error, pero nadie tuvo el coraje de decirlo. No con el cuerpo del OE todavía donde había caído. Se dieron órdenes, se transmitieron a las partes interesadas, y se tomaron medidas al respecto. Lentamente, con una dignidad acorde a una nave de su tamaño e importancia, se abrió una brecha entre el destructor y su escolta.

Luke vio el movimiento, supo lo que significaba, y presionó los aceleradores. El alaX salió disparado.

—¡Jan! ¡Kyle! ¡Seguidme!

Jan empujó los aceleradores hasta el tope, sintió cómo las fuerzas G la empujaban hundiéndola en el asiento, y rezó una oración silenciosa.

Llovió energía cuando el destructor disparó sus baterías principales y los escoltas hicieron lo mismo. El resplandor creado por los rabiosos rayos de energía hizo que los ventanales se oscurecieran y dejaran a los rebeldes a ciegas. Sus escudos deflectores destellearon hasta el borde del agotamiento pero aguantaron. El tiempo pareció ralentizarse…

—Líder de Grupo a mando —dijo Han uniformemente—. Nos hemos acercado al enemigo y estamos a punto de atacar. El destructor ha roto la formación. Sus escudos deflectores están desactivados para recuperar a los cazas, y está disparando lejos de nosotros. Recomiendo poner en acción a la *Esperanza*.

Mon Mothma miró a la Capitana Tola y esperó el juicio de la mon calamari. Había sido un error ordenar que la nave rompiera la órbita sin consultarlo… uno que se negaba a repetir. Sí, sabía lo que *ella misma* haría, pero la decisión era de la capitana.

Leia contuvo el aliento, agradecía que la decisión le perteneciera a otra persona, e hizo todo lo posible para parecer despreocupada.

La Capitana Tola, consciente del silencio que se había adueñado del puente, asintió.

Puede que el acorazado fuera una pieza de museo, pero las probabilidades eran tan buenas como probablemente podrían alcanzar a serlo.

—Ya habéis oído al general: ¡esta es la oportunidad que habíamos estado esperando!

Hay un destructor ahí fuera… vayamos a darle una lección de historia.

El Capitán Trico estaba furioso.

—¡Has fallado, maldito sea tu despreciable pellejo! ¡Dos naves y no has dado a ninguna! Eres un incompetente y una desgracia para esta nave.

—El acorazado se mueve para atacar, señor —respondió desesperadamente el oficial de control de armas—. Recomiendo que nos reunamos con nuestra escolta… o que toda la Fuerza Operativa salte al hiperespacio.

—¿Y dejar morir a más de cien pilotos de TIE? —demandó el Capitán Trico fríamente—. ¿Has perdido la cabeza? ¿O solo el coraje?

Trico estaba alargando la mano hacia su arma, preparándose para eliminar a otro incompetente, cuando un técnico de comunicaciones lo interrumpió.

—¡Aquí vienen, señor! ¡Cazas rebeldes seguidos por el acorazado!

Trico se giró, su rostro estaba contorsionado por la ira, su dedo índice derecho apuntó como un arma. La tripulación entera del puente palideció.

—¡Os quedaréis y luchareis! ¡Dispararé al primer hombre que deje su puesto!

El oficial de control de armas observó a sus subordinados por el rabillo del ojo, supo que no lo respaldarían, así que se volvió hacia las consolas de control.

—Ya habéis oído al capitán. Vamos a trabajar.

La batalla subsiguiente duró más de tres horas… pero el resultado nunca estuvo realmente en duda. Aislado de las naves de escolta, y con solo un puñado de cazas TIE

para defenderlo, el destructor no solo estaba debilitado sino que se encontraba francamente vulnerable. Aun así, los imperiales continuaron luchando, no valerosamente, lo hicieron solo porque Trico insistió en que lo hicieran.

Finalmente, después de que el casco hubiera sido repetidamente agujereado y hubieran sido silenciadas más de la mitad de las baterías láser, el oficial de armas, sabiendo que las grabadoras del puente habían filmado el comportamiento excéntrico de su oficial al mando y

confiando en que la tripulación estaba lista para respaldarlo, tomó cartas en el asunto.

El Capitán Trico estaba despotricando, gritando los nombres de sus dioses, cuando el disparo de bláster taladró su cerebro. Una oferta de rendición incondicional fue presentada dos minutos más tarde.

El turboascensor se detuvo, las puertas se abrieron y los rebeldes salieron al pasillo.

Kyle dio dos pasos y se detuvo. Jan chocó contra él. Estaba a punto de decir algo cuando vio por qué se había parado él.

Más de un centenar de cazas imperiales habían atacado a la *Esperanza*… pero este era el único que había penetrado el casco. Los paneles solares de la nave habían sido arrancados, pero el morro sobresalía en el pasillo. El piloto, aún visible dentro, estaba desplomado sobre los controles. Le habían quitado el casco visor, y Jan vio que era poco más que un crío, solo uno de los cientos que habían muerto durante la batalla de doce horas. Una voz se oyó junto a ella. Pertenecía a un tripulante con un uniforme manchado de humo. Tenía un cortador de fusión en su mano y era parte de un equipo de control de daños.

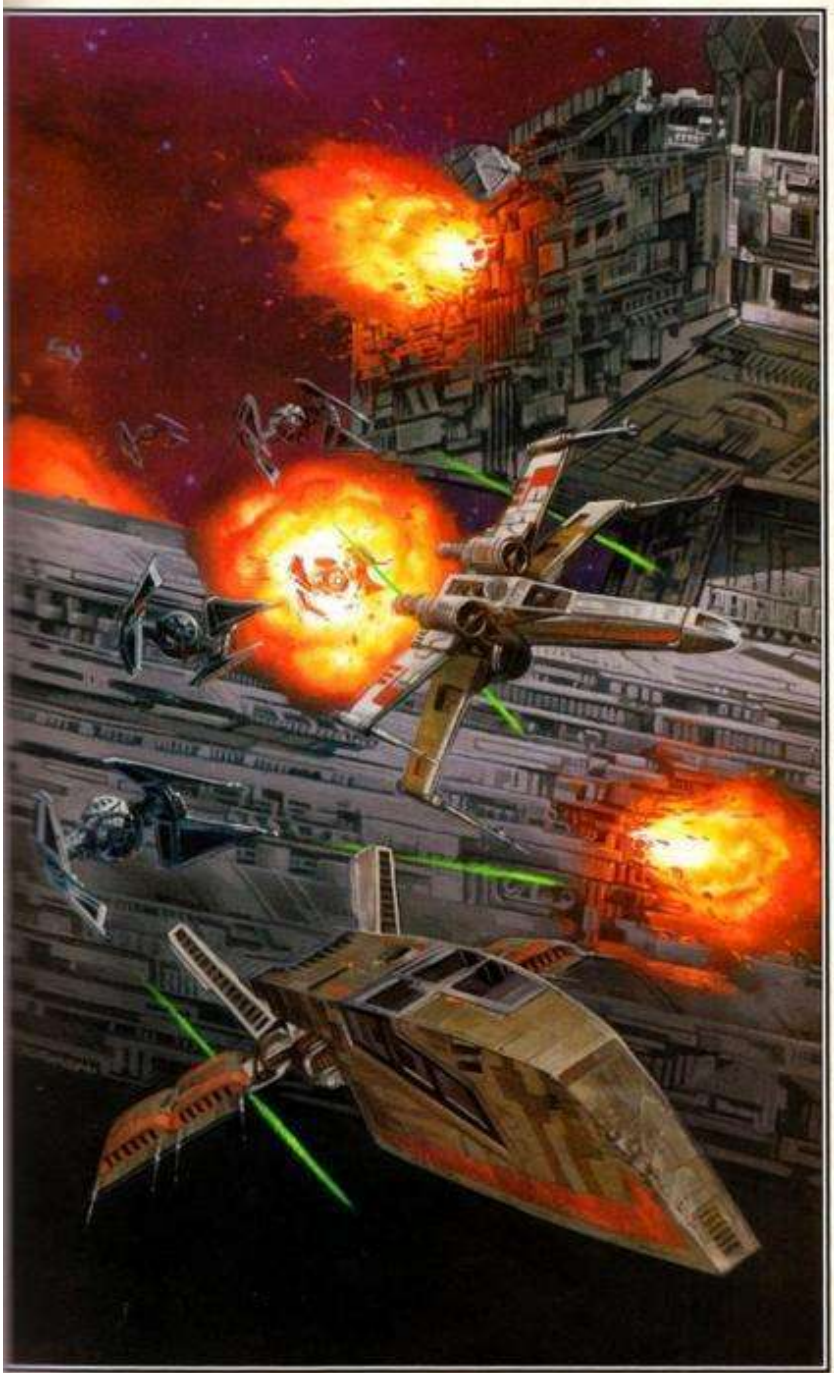
—Curioso, ¿verdad? Recibimos un torpedo en ese mismo punto, hizo un agujero a través del casco, y el caza se encajó en él cinco minutos más tarde. Todo lo que hemos tenido que hacer es cubrir las rendijas con sellador de emergencia, presurizar el pasillo,

¡y listo! ¡Un parche perfecto! Algo para contarles a los niños.

Jan asintió cortésmente, pensó en los nietos que el piloto imperial nunca tendría, y siguió a Kyle por el pasillo. Había matado a hombres como el piloto, a muchos, y deseaba que eso terminara.

Kyle se vio obligado a agacharse bajo cableados temporales, a abrirse paso entre equipos de reparación y a ceder el paso a droides de reparación de alta prioridad. El aire olía a ozono, sellador y humo. El acorazado había recibido una auténtica paliza, a pesar de lo cual se veían sonrisas cordiales, asentimientos y saludos, cosa que impresionó al agente. Habían sufrido pérdidas, pérdidas dolorosas, pero habían salido victoriosos. La historia se exageraría a través de la narración… y viviría mucho después de que ellos se hubieran ido.

Los centinelas apostados frente al camarote de Mon Mothma revisaron las credenciales y, para sorpresa de Kyle, le permitieron conservar tanto la pistola como el sable de luz. Una señal de confianza que a él, a diferencia de los que lo acompañaban, nunca le había sido concedida antes.



Jan sabía lo que él estaba pensando y le guiñó un ojo. Kyle sonrió en respuesta. Jan, más que cualquier persona que hubiera conocido, podía leer su mente. Sus manos se tocaron, y Luke, quien fue el último en cruzar la puerta, no pudo evitar sonreír. Estos dos habían sido hechos el uno para el otro… y esperaba que vivieran lo suficiente como para explorar las posibilidades.

La habitación había sido diseñada para satisfacer las necesidades de almirantes con deberes principalmente ceremoniales. Siendo ese el caso, era enorme. A pesar del hecho de que la nave había sido revisada por completo el año anterior, pocos recursos fueron derrochados en decoración. Los tapices, muchos de los cuales tenían cientos de años, parecían estar fuera de lugar. Especialmente dado el estilo poco ostentoso de la ocupante actual. Mon Mothma, a quien Kyle había conocido anteriormente, se adelantó para saludarlo.

—Kyle… me alegra verte de nuevo. Jan… ¿cómo estás? Ya conoces a Leia…

¿conoces a Han Solo?

Jan no lo conocía personalmente, aunque ciertamente había oído hablar de él, y le tendió la mano.

Luke abrazó a Leia y se volvió hacia Kyle.

—Kyle, me gustaría presentarte a mi hermana, Leia Organa, y a Han Solo.

Kyle les dio la mano e intentó ignorar el hecho de que eran famosos. Ambos tenían aspecto de sentirse igual que él: cansados y ojerosos. Mon Mothma abrió la sesión.

—Sé que todos deberíamos dormir un poco, así que vamos con esto. Han, supongo que Leia te informó sobre esto, pero no dudes en hacer preguntas. Kyle, Luke me ha dicho que no solo confirmaste que el Valle de los Jedi existe, sino que lograste obtener las coordenadas. ¡Felicidades! La Alianza tiene contigo otra deuda de gratitud.

Kyle recordó el viaje casi fatal a las profundidades de Nar Shaddaa, el saqueo de la granja de su padre, el duelo con el Jedi Oscuro Yun, el enfrentamiento con el droide 8t88, la batalla con Gorc y Pic, y el desagradable lugar desde el cual las coordenadas finalmente fueron recuperadas. El hecho de que Mon Mothma pudiera resumirlo todo en una sola frase lo sorprendió. Aun así, desde el punto de vista de ella, eran los resultados los que contaban. Se encogió de hombros.

—Gracias, pero Jan merece al menos la mitad del crédito.

Sangre coloreó las mejillas de Jan, y Mon Mothma sonrió.

—De hecho fue Jan, con una gran cantidad de ayuda de Leia y Luke, quien me convenció para que dejase que tú te ocuparas del problema, ¿o no lo sabías?

Kyle *no* sabía eso, aunque podría haberlo supuesto, ya que Mon Mothma tradicionalmente había sospechado de sus motivos. Fue su turno de sonrojarse, y fue Han quien respondió.

—No dejes que te moleste, chico… ¡tampoco confían en *mí*!

Todos rieron, incluída Mon Mothma.

—Entonces, Kyle, sabemos dónde se encuentra el Valle. ¿Y ahora qué?

Kyle había anticipado el momento y había preparado su discurso.

—Una batalla fue librada en el planeta Ruusan hace más de mil años. Una batalla librada entre dos ejércitos de Jedi. De alguna manera —y aquí el agente miró a Luke—, y nadie está seguro de cómo, el poder representado por estos ejércitos quedó atrapado dentro de un Valle.

»Un Jedi Oscuro llamado Jerec robó las coordenadas de la granja de mi padre y sin duda ha hecho uso de ellas. *Si* puede drenar el poder que allí descansa, *si* puede controlarlo, seremos testigos del nacimiento de un Imperio que hará que este parezca progresista en comparación.

—Sí —dijo Mon Mothma con impaciencia—, somos conscientes de la amenaza. ¿Qué crees que deberíamos *hacer* al respecto?

Kyle no estaba tan seguro de que Han conociera todos los hechos… pero decidió dejar pasar el comentario.

—Propongo ir allí, con Jan si ella está dispuesta, y encontrar una manera de detenerlo. Lo hicimos en Danuta… y podemos hacerlo de nuevo.

Mon Mothma meditó sobre la misión a Danuta. Fue decididamente muy arriesgada, pero los agentes localizaron los planos de la Estrella de la Muerte y los robaron. Un logro que, combinado con información obtenida por otros, permitió a los rebeldes ganar la Batalla de Yavin. La pareja tuvo suerte, *mucha* suerte, y las probabilidades estaban en

contra de que tuvieran tanta suerte otra vez.

—Admiro tu valentía, Kyle, por no mencionar tu dedicación a la causa rebelde, pero las probabilidades están en tu contra. Puedes apostar a que Jerec tiene un destructor, quién sabe cuántas naves de apoyo, y abundantes tropas. No, lo que necesitamos es un Grupo de Batalla totalmente equipado.

—Buen razonamiento —dijo Leia gentilmente—, pero, ¿de dónde lo sacaríamos? Ya andamos cortos de efectivos.

—Cierto —reconoció Mon Mothma pensativamente—, pero considera la alternativa.

¿Cómo pasarían Kyle y Jan entre las naves de bloqueo? Y aunque lo consiguieran, ¿qué harían en la superficie? Se sabe muy poco del planeta, pero una cosa es segura: no hay población civil entre la que esconderse.

Luke tenía una expresión distante, casi soñadora. Fue él quien rompió el silencio que siguió.

—Todo lo que dice Mon Mothma es verdad… pero la verdad tiene muchas caras. El poder que Jerec busca controlar fluye de los espíritus atrapados en el Valle… espíritus que *deben* ser liberados. Si Kyle libera a los espíritus, la amenaza debería desaparecer.

Todo sin el uso de un Grupo de Batalla. ¿Fácil? No, pero existe un flujo hacia tales hechos, un flujo con poder propio —el Jedi miró a los que lo rodeaban.

»Me dijeron que hay una especie de seres inteligentes en Ruusan, una especie con una larga historia, gran parte de la cual ha sido preservada en algo que ellos llaman el poema de las edades. Hay numerosas profecías hacia el final del poema, incluyendo una que dice: “Y un Caballero vendrá, una batalla se librará, y los prisioneros serán liberados”. Ellos creen que se refiere al Valle… y yo estoy de acuerdo.

Kyle había escuchado esas palabras antes, pero aun así sintió un escalofrío recorrer su espalda y se preguntó si debería sentirse orgulloso o muy, muy asustado. La segunda posibilidad parecía más lógica.

Mon Mothma suspiró. Sí, sabía que había más en la vida de lo que ella podía oír, tocar, probar, sentir o ver. Sabía que ciertas personas,

siendo Luke un excelente ejemplo, tenían lo que podía describirse como sentidos adicionales. Pero *saberlo* y sentirse cómoda con ello eran dos cosas distintas. Ella prefería tener acceso *directo* a datos relevantes cuando concernían a decisiones importantes… y esta decisión era extremadamente importante. Aun así, si Luke decía que algo era de una manera, generalmente era así. Forzó una sonrisa.

—Bien, respecto a los problemas mencionados anteriormente, ¿cómo llegarán a la superficie del planeta Kyle y Jan?

Han se aclaró la garganta. Tenía la voz ronca después de más de doce horas de dar órdenes.

—Si bien es cierto que las naves de bloqueo detendrían a una de *nuestras* naves, una nave imperial podría pasar.

Kyle fue rápido en aprovechar la idea.

—¡Han tiene razón! Podríamos almacenar el *Cuervo* en uno de los transportes capturados, entregar algunos suministros, y escabullirnos… ¡Es perfecto!

—No tan rápido —dijo Mon Mothma con cautela—. Dale *un poco* de crédito a los imperiales. El transporte sería cuestionado y, al carecer de los códigos de reconocimiento apropiados, revisado.

—Cierto —se sumó Jan—, pero todo oficial de mando quiere tener todos los suministros que puedan caer en sus manos, en especial en lo que respecta a municiones.

Si un transporte sale del hiperespacio y les ofrece una carga de torpedos de protones, los imperiales se abalanzarán sobre él. Especialmente si la nave y la tripulación parecen legítimas.

Mon Mothma levantó una ceja.

—¿Torpedos de protones? Tienes que estar bromeando… ¿Qué tal raciones de campaña en su lugar?

—Algunas raciones de campaña son igual de letales —dijo Han en tono de broma—, pero entiendo tu preocupación. ¿Qué tal algunos torpedos *especiales*? Del tipo que explotan en el tubo de lanzamiento.

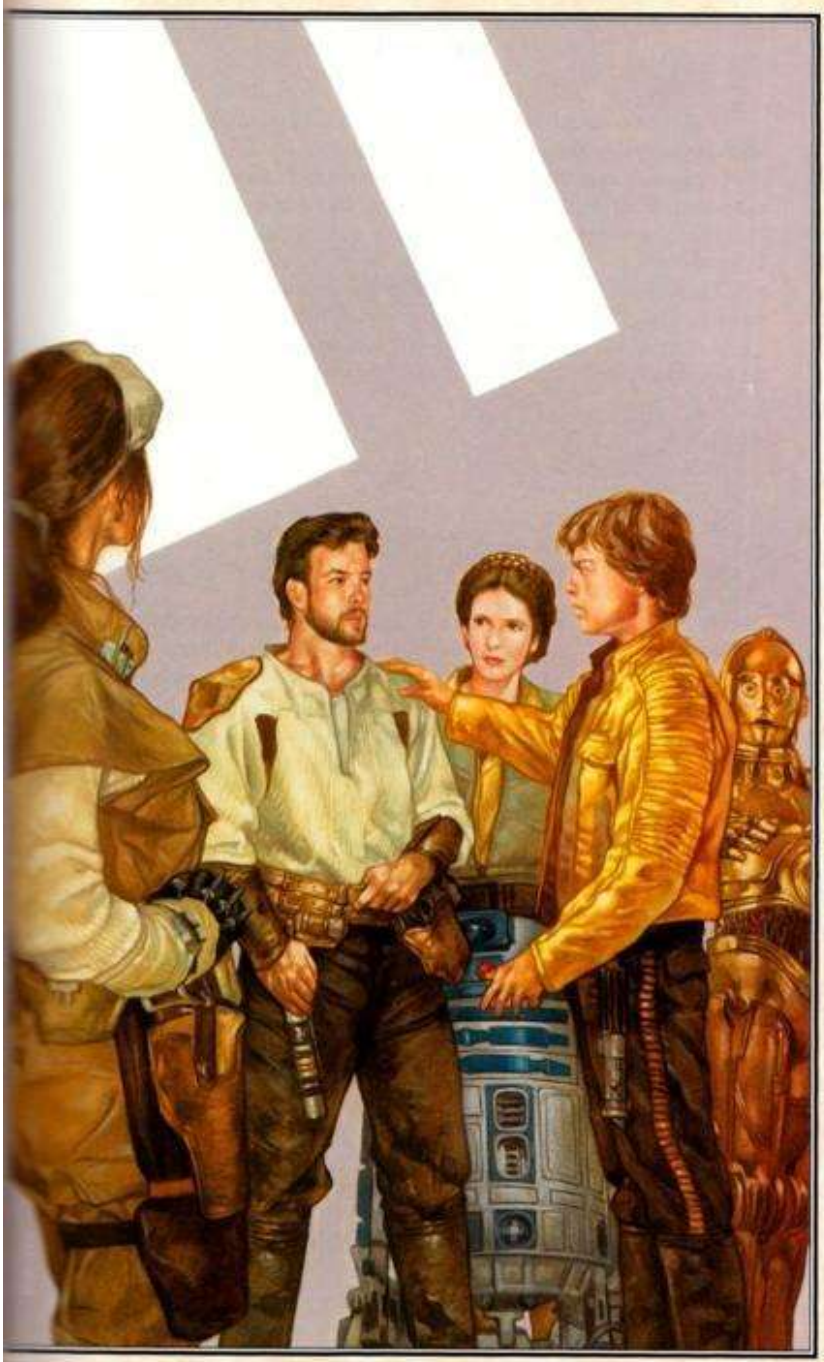
—Exactamente lo que tenía en mente —convino Jan—. Entonces, ¿todo resuelto?

Mon Mothma miró alrededor de la mesa y vio que cada cabeza asentía a su vez. Ella agregó su aprobación a la de todos los demás.

—Una última pregunta. ¿Quién tripulará el transporte? Y lo que es más importante,

¿quién lo dirigirá?

—Me ofrezco voluntario para comandarlo —respondió Han rápidamente—. Esto podría ser divertido.



— *Y* exigir mucho tiempo —agregó Mon Mothma prudentemente—. No podemos darnos el lujo de prescindir de ti ahora mismo.

Leia, consciente de que era bastante parcial en este asunto, asintió de acuerdo. Han miró en su dirección, pero decidió permanecer en silencio.

—Encontraré algunos voluntarios —dijo Jan—. Gente con experiencia en Operaciones Especiales.

—Bien —dijo Mon Mothma, contenta de delegar al menos una tarea a otra persona—. ¿Comentarios finales?

—Solo uno —respondió Kyle sobriamente—. Deseadnos suerte… tengo la impresión de que la vamos a necesitar.

CAPÍTULO *3*

La luz del sol se reflejaba a través de un mar de brillante cristal. Cristal que una vez fue parte de cúpulas iridiscentes, altos minaretes, arcos elevados, torres verticales, y todas las demás estructuras que constituían una ciudad. Una ciudad reducida a un mar de lava artificial cuando un cañón láser imperial sembró la destrucción a lo largo de la una vez hermosa metrópolis. La escoria resultante era más espesa donde los edificios habían estado concentrados y más fina hacia los suburbios, donde se había establecido la base militar.

Todavía se podía observar el pasado, en una colina donde un templo casi translúcido relucía con una belleza esmeralda, en una elevación donde una estatua medio derretida extendía una mano hacia los cielos y hacia una llanura donde grupos aislados de viviendas permanecían intactos.

El prisionero 272-20-136 soltó el manillar con forma de T y esperó a que el martillo percutor se quedara en silencio. Luego, teniendo cuidado en lo que hacía, el hombre tomó aire profundamente y se quitó la máscara de la cara. Milagro tenía una atmósfera ligera, por lo que a él y a los demás prisioneros se les permitía trabajar sin grilletes. No había adónde ir… no sin aire.

El prisionero se secó la frente con un trapo, permitió que las bandas elásticas apretaran de nuevo la máscara contra su cara y verificó el sellado. El aire dejó un sabor cobrizo en su boca.

El comunicador formaba parte del equipo de la máscara… y la voz artificial era parte de su vida.

—Eso ha sido un descanso no autorizado, Unidad 136. Veintisiete segundos serán deducidos de tu próximo período de descanso.

El prisionero miró por encima de su hombro y vio que un droide de detención se había acercado por detrás. Parecía un cubo de basura flotante y tenía una personalidad acorde.

—Mi nombre es Obota, Alfonso Obota, Al para mis amigos.

—No —respondió el droide sin emoción—, eso es lo que *solías* ser y quizá vuelvas a ser. En este momento en concreto eres la Unidad 136… y el miembro de mi grupo con más probabilidades de ser disciplinado. Por favor, vuelve al trabajo.

Obota comenzó a objetar pero se lo pensó mejor. Tenía suficientes problemas sin buscarse más. El prisionero tomó el manillar e hizo bailar el martillo. El mástil de comunicaciones requería seis anclajes, cada uno hundido en los estratos del subsuelo y soldado en su lugar. Su tarea era taladrar a través de un manto de cristal fundido de tres metros de espesor.

El taladro vibraba débilmente, el ruido era amortiguado por la atmósfera poco densa. Proyectiles de cristal salpicaban la parte inferior de las piernas de Obota. Dolía, pero sabía que no debía detenerse. El agujero tenía poco más de un metro de profundidad cuando la voz resonó en sus oídos.

—Te requieren en el barracón de administración, Unidad 136… de inmediato.

Sorprendido, pero feliz por dejar el trabajo, Obota comenzó a correr. Todo lo que hacían los prisioneros se llevaba a cabo «de inmediato». El incumplimiento daría lugar casi seguro a castigos que los droides de detención casi idénticos dispensarían con la uniformidad de una máquina.

La base no había existido tres meses antes y consistía en sesenta y tres edificios prefabricados. Era una extensa superficie que incluía una pista de aterrizaje, instalaciones de reparación, baterías de misiles tierra-aire, cuarteles y un centro de detención militar.

Normalmente concurrido, el lugar parecía aún más bullicioso después de la batalla; el personal de tierra luchaba por atender a los cazas estelares con cicatrices de batalla, un grupo funerario de aspecto sombrío se dirigía hacia una hilera de tumbas excavadas recientemente, y una compañía de infantería marchaba a lo ancho de

un patio de armas.

El edificio veintitrés servía como cuartel general para el Centro Correccional Militar, o CCM. Este, al igual que las estructuras que lo rodeaban, tenía una esclusa de aire externa, paredes hinchables y una berma protectora.

Obota esperó a que se abriera la esclusa, compartió la cámara estanca con un droide administrativo, y finalmente entró. El interior era verde vómito estándar. Una larga lista de cosas que supuestamente no debían hacerse se desplazaba a través de un lector, y el

suelo, el cual algunos otros prisioneros habían pulido hasta conseguir un brillo intenso, se extendía a izquierda y derecha.

El droide, que disfrutaba de unos privilegios que el humano no, eligió el pasillo a la derecha. Los pies metálicos de la máquina chirriaron dejando marcas oscuras en un suelo por otra parte inmaculado. Obota se quitó la máscara, se la ató al cinturón y se acercó a la puerta de aglomerado de madera. El letrero decía: CCM 63

HONOR A TRAVÉS DE LA DISCIPLINA

Llame antes de entrar

Obota llamó tres veces, gritó:

—¡Prisionero 272-20-136 presentándose según órdenes, señor! —y esperó una respuesta.

—Entre.

Obota abrió la puerta, dio unos pasos y se puso en posición de firmes. Un oficial de aspecto cansado asintió, consultó su cuaderno de datos, y levantó la vista de nuevo.

—Gire a la izquierda en el pasillo… cuarta puerta a la derecha. Muévase.

Obota anhelaba preguntar «por qué» pero sabía que no debía hacerlo.

—¡Señor! ¡Sí, señor!

Obota dio media vuelta, cruzó la puerta y marchó por el pasillo. El oficial observó cómo se cerraba la puerta, se preguntó qué querrían esos misteriosos individuos del pobre diablo, y regresó a su trabajo.

Obota marchó por el pasillo, localizó la oficina correcta y descubrió que estaba vacía.

«Date prisa y espera». Una frase que podría haber servido como el *verdadero* lema para el CCM.

Había sillas, y Obota sintió el fuerte impulso de sentarse en una de ellas, pero sabía que iba en contra de las reglas. Reglas reforzadas por holocámaras montadas en lo alto de cada rincón de la habitación. Siendo ese el caso, el prisionero adoptó posición de descanso, eligió un punto en la pared perfectamente vacía y se obligó a mirarlo fijamente.

Pasó un minuto, seguido de cinco, seguidos de diez más. ¿Se habían olvidado de él?

Obota estaba a punto de concluir que lo habían hecho cuando escuchó voces y sintió que la cubierta de espuma fibrosa vibraba bajo sus botas. Se puso firme mientras el sargento y dos civiles entraban en la oficina. No porque valoraran positivamente la cortesía, sino porque los prisioneros honraban a todo el mundo.

Obota decidió ignorar al sargento y centrar su atención en los civiles. Eran los que lo habían convocado (o al menos eso suponía), y eran de los que debía preocuparse. ¿Por qué lo habían convocado? ¿Qué es lo que querían? No había forma de saberlo. Ambos

llevaban uniformes de vuelo indescriptibles y expresiones neutrales adornaban sus rostros. ¿Y qué era eso que colgaba a un lado del hombre? ¿Un sable de luz? Eso *sí* que era inusual.

El sargento asintió en dirección a Obota.

—Ahí está… ¿hay algo más que necesiten de mí?

La mujer negó con la cabeza.

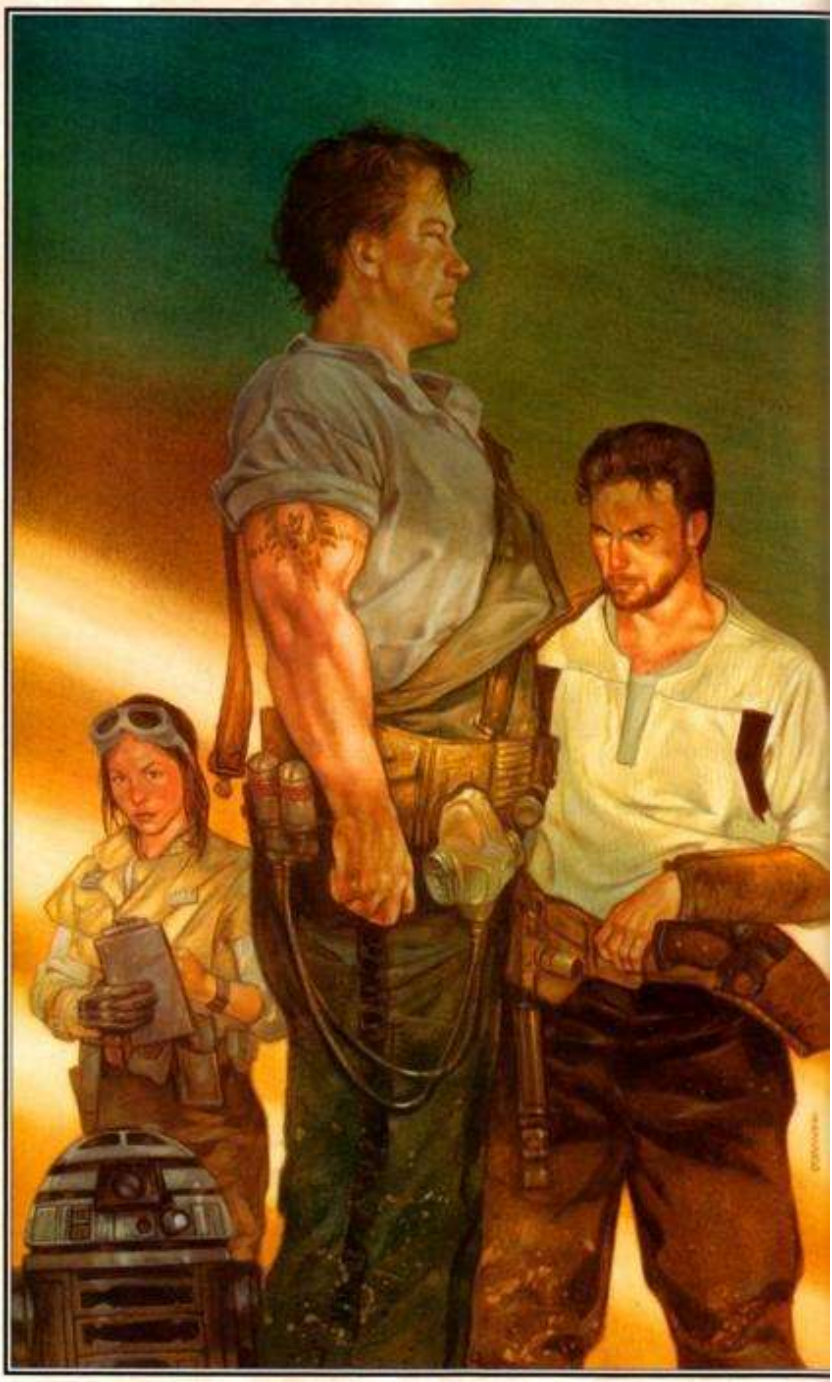
—No, sargento, nos hacemos cargo desde aquí.

El suboficial asintió, dejó la habitación y cerró la puerta tras él. La mujer consultó un cuaderno de datos portátil, levantó la vista y se encontró con la mirada de Obota.

—Mi nombre es Jan Ors… este es Kyle Katarn. Tú eres Alfonso Luiz Obota, número de servicio 272-20-136, originario del Sistema Adega. Te graduaste el cuarto de tu clase en la Academia de Comerciantes.

Designado tercer oficial en un carguero, renunciaste para unirte a la Alianza. Eso fue hace más de un año. Aceptaste el nombramiento de teniente segundo, te convertiste en el segundo oficial de un transporte de Operaciones Especiales llamado *Orgullo de Aridus*, y encabezaste un motín seis meses después.

¿Correcto hasta ahora?



Obota recordó la cara del Capitán Nord, las gotas de sudor que perlaron su frente, y la forma en que sus manos temblaron. El *Aridus*, que ahora llevaba el nombre de *Espíritu de Solaris*, tomó tierra y, bajo la tapadera de descargar una carga completamente legítima, introdujo a un equipo de Operaciones Especiales. Estuvieron fuera durante seis horas y dos minutos, dos minutos más de lo que el plan de inserción anticipó, y Nord quiso despegar. Despegar y dejar a doce hombres y mujeres varados en un planeta plagado de tropas imperiales. Obota obligó a su mente a centrarse en el presente.

—¡Señora! ¡Sí, señora!

Jan asintió pensativamente.

—La transcripción de tu consejo de guerra dice que rechazaste una orden legal, confinaste a tu oficial al mando en su camarote, y tomaste el control de la nave. ¿Cierto?

Obota recordó la explosión que momentáneamente convirtió la noche en día. El sonido de las sirenas y la llamada de comunicador mientras los comandos corrían hacia la nave. Recordó a Nord gritando a la tripulación: «¡Despegue! ¡Despegue! ¡Despegue!», y su puño conectando con la barbilla del viejo oficial. Todo eso era de dominio público, lo filmaron las grabadoras de la sala de control y fue presenciado por la tripulación del puente.

—¡Señora! ¡Sí, señora!

Kyle observó cómo las emociones recorrían la cara del prisionero. Él mismo era un renegado, un desertor con un precio sobre la cabeza, y podía imaginar cómo se sentía Obota. El conflicto entre el voto que juró y lo que sabía que era correcto. ¿O era más complicado que eso? El Capitán Nord afirmó que su segundo oficial fue insubordinado desde el principio. ¿Una mentira interesada? ¿O una declaración de hechos?

Jan levantó la vista del cuaderno de datos.

—Los registros dicen que mientras que tres de los comandos llegaron al *Aridus* y fueron extraídos con éxito, cazas TIE atacaron vuestro transporte por encima de la atmósfera. Cinco de tus compañeros de tripulación murieron durante la batalla. La nave sufrió daños graves y apenas logró saltar al hiperespacio. Tres vidas a cambio de cinco… un trato bastante malo, ¿no crees?

Obota recordó el miedo, la carnicería y el humo. Vio las caras de aquellos que murieron, sabía que podrían haber vivido si él hubiera obedecido las órdenes, y deseaba haber muerto en su lugar.

—¡Señora! ¡Sí, señora!

—Entonces —dijo Jan tranquilamente—, sabiendo cómo resultó todo, ¿tomarías la misma decisión de nuevo?

—¡Señora! ¡Sí, señora!

—¿Por qué?

Obota sabía la respuesta (había estado despierto incontables noches pensando en ello), pero vaciló. ¿Quiénes eran estas personas? Eran individuos de operaciones encubiertas, eso era obvio, pero, ¿haciendo qué? ¿Y para quién? Saber esto le daría ventaja, pero *no* lo sabía, y no tenía manera de averiguarlo. Siendo así, se decidió por la verdad.

—Porque parecía lo correcto.

Hubo silencio por un momento. Jan miró a Kyle, y el Jedi consideró las palabras de Obota. Sin excusas complicadas, sin racionalizaciones sofisticadas, sin explicaciones egoístas. Sonrió.

—Descanse, teniente Obota, necesitamos un oficial de cubierta con experiencia, y usted cumple los requisitos.

El *Gran Transportista* salió del hiperespacio y sondeó el apartado sistema estelar en busca de naves. Había muchas que encontrar, incluida una pantalla de naves de bloqueo, un destructor estelar, numerosos escoltas y un alarmante número de cazas TIE.

La mayoría de naves estaban localizadas alrededor del cuarto planeta a partir del sol.

Obota, teniente recién restituido, aunque llevaba el título honorífico de «capitán», sintió algo pesado golpear el fondo de su estómago. Sí, esperaba encontrar un Grupo de Batalla imperial y se hubiera sentido decepcionado si no lo hubiera hecho, pero la visión de todas esas señales luminosas en las pantallas de los detectores lo asustaba mortalmente.

El desafío fue casi instantáneo.

—Aquí el destructor estelar imperial *Venganza*… identifíquese o será destruido.

—Cazas acercándose rápidamente, señor —intervino un técnico—. Una fragata de escolta ha roto la órbita y viene a echar un vistazo.

Obota revisó su uniforme imperial para asegurarse de que los cierres estuvieran bien acoplados, ajustó el vendaje que rodeaba su cabeza y escaneó el puente. La tripulación del puente vestía uniformes mugrientos, llevaban vendas manchadas de sangre y maquillaje cuidadosamente aplicado. Parecían exhaustos.

Incluso un ojo inexperto vería el parche improvisado del casco, los cables colgando y la consola de control ennegrecida por el fuego, sabiendo lo que quería decir todo ello: El *Gran Transportista* había estado en una batalla.

Un suboficial, que guardaba un parecido asombroso con Kyle Katarn, interceptó la mirada de Obota y le hizo un alentador gesto con el pulgar hacia arriba. El oficial de cubierta le hizo un guiño, se giró hacia la entrada de holo y tocó un botón.

—¿ *Venganza*? Aquí el teniente Hortu Agar; oficial de ingeniería del transporte imperial *Gran Transportista*. Asumí el mando cuando el Capitán Drax y la mayoría de la tripulación del puente fueron asesinados.

El holo se arremolinó, y un *verdadero* capitán apareció. Tenía ojos estrechos, nariz picuda y una boca con forma de rendija.

—Escúcheme atentamente, teniente quienquiera-que-sea… Quiero los códigos de reconocimiento y los quiero *ahora*.

¿Realmente el destructor les dispararía? Obota había desechado la idea antes… pero comenzó a dudar. La desesperación en su voz fue real.

—¡No sé los códigos, señor! ¡Se emiten en base a la necesidad de conocerlos, y los oficiales de ingeniería no están autorizados a recibirlos! Estábamos de camino a Byss cuando los rebeldes nos asaltaron. Luchamos… pero no sirvió de nada. El puente recibió un impacto directo. Por lo tanto, dado que transportamos una carga completa de torpedos de protones, pensé…

—¿Ha dicho «torpedos de protones»? —preguntó el imperial.

—Bueno, sí —respondió inocentemente Obota—, doscientos cincuenta torpedos de protones para ser exactos, directamente de las fábricas del Sector Corporativo. Es por eso que…

—Suficiente —ordenó el oficial—. Un equipo de abordaje inspeccionará su nave y, suponiendo que los hechos coincidan con su historia, se realizarán reparaciones de emergencia. Usted y su tripulación lo han hecho bien, teniente… y el Imperio sabe cómo mostrar su gratitud.

Obota intentó parecer modesto.

—Gracias, señor.

—Una cosa más —agregó el oficial.

—¿Señor?

—¿En qué condiciones se encuentra su hangar?

—Es completamente funcional, señor.

—Excelente. Aquí podemos aprovechar esos torpedos… Que su tripulación los prepare para el transbordo. Una lanzadera los recogerá.

Obota asintió obedientemente.

—¡Señor! ¡Sí, señor!

—Eso es todo —dijo el imperial, y el holo desapareció.

Obota tocó un botón, se aseguró de que el comunicador estaba realmente apagado, y se volvió hacia los aplausos.

—Excelente representación —dijo Kyle con admiración.

—No podría haber sido mejor —dijo Jan mientras emergía de entre las sombras—.

Podrías haber hecho carrera en los escenarios.

—Gracias —dijo Obota, haciendo una reverencia—. Pero eso no ha sido más que el primer acto. El segundo acto está a punto de comenzar, la audiencia está en camino.

Transcurrió más de una hora desde el momento en que el *Gran Transportista* dejó el hiperespacio hasta que la lanzadera de asalto entró en el hangar del transporte.

La tripulación, que ya había pasado por más de veinte simulacros de abordaje en Milagro, estaba en posición. Tenían identificaciones falsas, holos familiares, resguardos de entradas, recibos diversos y todas las demás cosas que las personas guardaban en sus carteras.

Todos eran humanos, ya que los no humanos eran una rareza en las naves militares imperiales, y, con la excepción de Jan Ors, todos eran hombres, ya que a muy pocas mujeres se les había permitido servir en las fuerzas armadas del Imperio.

La dotación de la nave, que supuestamente debía ser de veinticinco individuos, se había reducido a doce, un número destinado a reflejar graves pérdidas y el hecho de que había pasado mucho desde que la armada del Imperio había disfrutado del lujo de tripulaciones completas.

Sí, pensó Obota para sí mismo, *los detalles son importantes. ¿Hemos pensado en todo? La próxima hora nos lo dirá…*

Las compuertas se cerraron y el hangar fue presurizado mientras la lanzadera de asalto se posaba en la cubierta ennegrecida por los repulsores. Obota esperó la luz verde, escuchó el sonido de bocina y abrió la escotilla. El aire siseó mientras las presiones se igualaban. El rebelde se deslizó por la abertura, divisó al oficial al mando y se apresuró a saludarlo.

—¡Teniente! ¡Estamos más que encantados de verlos! Bienvenidos a bordo.

El teniente, que veía todo esto como una especie de distracción ociosa, sonrió y le dio la mano.

—Parece que han pasado por muchos problemas… lo siento por los trámites.

Jan observó el intercambio desde la oscurecida cabina del *Cuervo* mientras manipulaba un equipo de comunicaciones improvisado. Parecía que Obota y el teniente se llevaban bien… pero, ¿y el resto del equipo de abordaje? Sus caras estaban ocultas tras las armaduras y visores. La única forma de saber lo que decían era monitorizar sus

conversaciones… y ahí es donde entraba el equipo de comunicaciones.

La inspección fue superficial en el mejor de los casos, y duró unos cuarenta y cinco minutos. Después de un recorrido rápido por el puente, un paseo por los espacios de ingeniería y un vistazo a los agujeros recién parcheados, el equipo de abordaje regresó al lugar desde donde habían comenzado.

El imperial era un tipo hablador… ansioso por intercambiar rumores y jactarse de sus viajes a la superficie de Ruusan. Y Obota, quien sabía que esa información podría ser útil, escuchaba con atención. Los dos eran uña y carne para cuando pasaron de nuevo a través de la escotilla.

El hangar estaba presurizado, por lo que Obota acompañó al teniente hasta la lanzadera de asalto y ya se estaba felicitando a sí mismo por un trabajo bien hecho cuando el otro oficial se fijó en el *Cuervo*. Lo señaló, y Jan, quien estaba observando a través de las holocámaras de la nave, sintió que se le helaba la sangre. El Imperial se volvió hacia Obota.

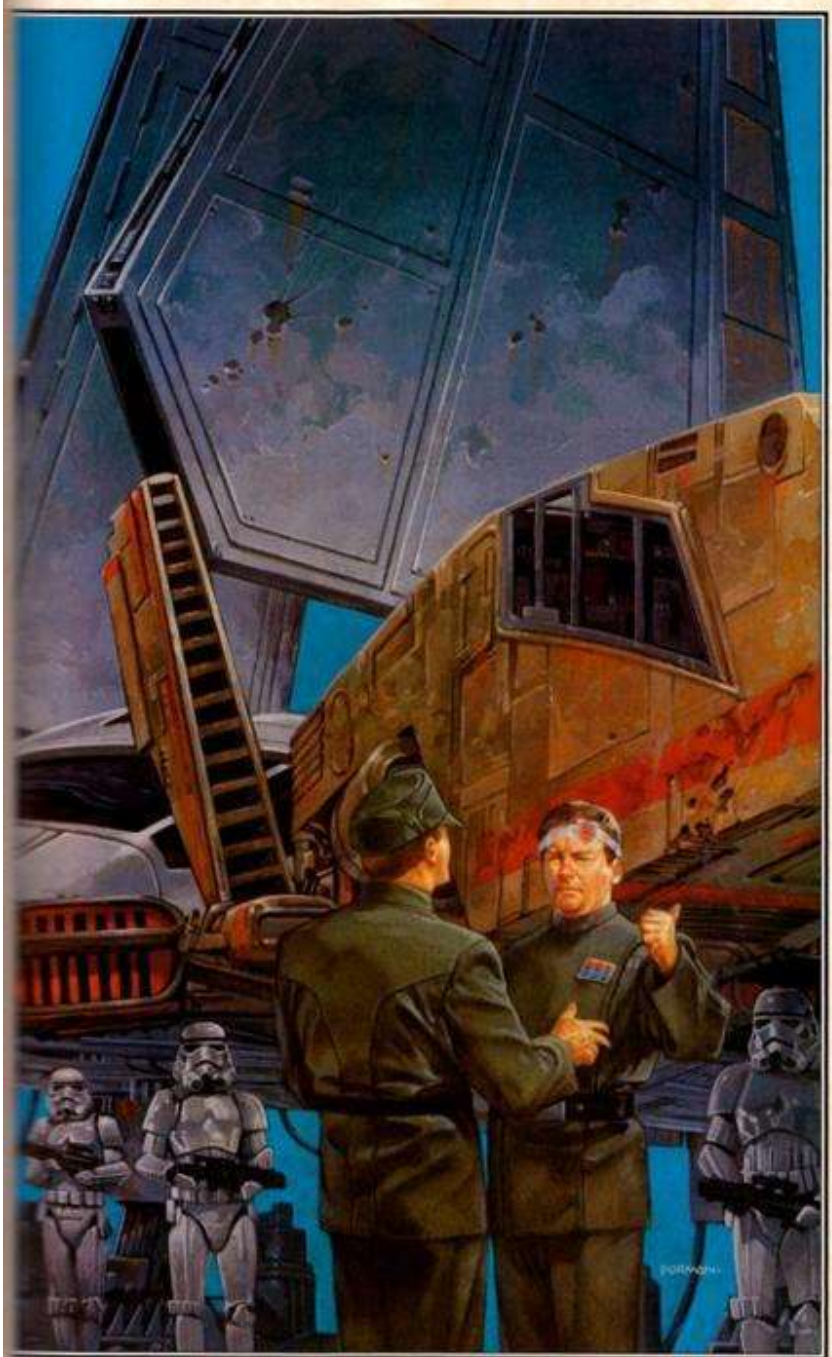
—¿Qué demonios es *esa* cosa?

Por supuesto, habían anticipado la pregunta, pero Obota había esperado oírla antes y le pilló a contrapié. Luchó por recuperarse.

—No es nada bonita, ¿verdad? Perdimos nuestra lanzadera hace unos tres meses, el capitán solicitó una nueva, y eso es lo que nos enviaron.

El teniente asintió con simpatía.

—Todo resulta escaso… por eso mismo el comandante está tan contento por poder tener esos torpedos. El Grupo posee sólo la mitad de la munición a la que tiene derecho, lo cual sería perjudicial en una batalla a gran escala. ¡Maldición! Debería echar un vistazo… pero es un fastidio.



Kyle, alertado por Jan y todavía disfrazado de suboficial, irrumpió en la cubierta.

—¡La barcaza está en posición, señor! Están listos para aterrizar.

El hangar era demasiado pequeño para dar cabida a tres naves al mismo tiempo, así que tendría que ceder.

Obota medio esperaba que el teniente procediera con su inspección de todos modos y se sintió aliviado cuando no lo hizo.

—Gracias, capitán. Ya he visto suficiente. *Espero* volver a verle alguna vez… y les deseo un viaje seguro a casa.

Obota no pudo evitar sentir simpatía por el otro hombre. Estrechó la mano del teniente y salió por la escotilla. Kyle hizo lo mismo.

Jan observó los movimientos, suspiró aliviada y deseó que todo hubiera terminado.

Pero no mucho después de que se vaciara de aire el hangar y la lanzadera partiera, una barcaza con forma de caja tomó su lugar.

La barcaza transportaba a dos humanos y doce elevadores. Los droides no necesitaban oxígeno, y tenían las bodegas a tiro de piedra, por lo que Obota dejó el hangar abierto al espacio. Esto produjo el meritorio efecto de acelerar el proceso mientras que simultáneamente se aislaba a los pilotos.

La barcaza hizo tres viajes antes de que el último torpedo hubiera sido recogido de las bodegas del transporte y se autorizara su partida. En el momento en que la nave imperial se fue, Obota declaró su intención de llevar a cabo las reparaciones que pudiera y enviar al *Cuervo* a una serie de recados. Había partes que recoger, raciones que obtener, y una misión de «entrenamiento» que permitiría a los agentes pasar sobre el hemisferio norte de Ruusan.

Tales actividades implicaban cierto riesgo, pero proporcionarían a los rebeldes una excelente oportunidad para familiarizarse con la operación imperial e introducir al *Cuervo* en el patrón rutinario de idas y venidas del Grupo de Batalla.

El aterrizaje, y todo lo que siguió, se produjo dieciséis horas después.

Habiendo recibido las autorizaciones necesarias, el *Gran Transportista* se separó del Grupo de Batalla imperial y se preparó para saltar al hiperespacio. Nadie prestó mucha atención a la evolución de la maniobra, ya que era vista como rutinaria y aburrida.

Y pese a que el oficial de operaciones de la flota se dio cuenta del hecho de que el transporte invadió una zona de seguridad Clase I pasando a través de las capas superiores de la atmósfera de Ruusan, lo achacó a la falta de experiencia del oficial al mando. Algunas cosas era mejor ignorarlas… o eso le parecía a él.

Sin embargo, fue durante ese breve momento en el cual el carguero se deslizó sobre el planeta cuando el *Cuervo Oxidado* dejó la seguridad del hangar de la nave mayor y descendió a través de la estratosfera. Jan manejaba los controles. Examinó el panel de instrumentos, esperó a estar bien adentro de la atmósfera y encendió los motores.

—Hasta aquí, todo bien.

Kyle asintió.

—Sí, pero no les llevará mucho tiempo detectarnos. Necesitamos un lugar donde escondernos.

—Cierto —convino la otra agente—, pero primero echemos un vistazo al asentamiento… ese del que habló el teniente.

—¿Fuerte Ninguna Parte?

—Exacto. Nos vendría bien un guía, alguien que conozca la superficie, y ese es el lugar más lógico en el que mirar.

—Buena idea —estuvo de acuerdo Kyle—, pero rápido, antes de que nos lancen un ala de cazas TIE.

Jan asintió y descendió la nave a través de una delgada capa de nubes.

WeGé, el droide utilitario que el padre de Kyle diseñó y que construyeron entre los dos, miró por encima de sus hombros. La máquina podía asumir una variedad casi infinita de configuraciones, pero normalmente tenía la forma de una U invertida. Su brazo derecho era el más poderoso. Incorporaba cuatro juntas articuladas y una pinza

en forma de C. La izquierda era menos maciza pero montaba herramientas de tipo humano. Un motor repulsor permitía a WeGé flotar sobre la cubierta.

El droide emitió una serie de pitidos. Kyle asintió.

—Así es, chico… Ruusan tiene un aspecto muy diferente a Sulon.

WeGé hizo un sonido chirriante y se ancló a un mamparo.

Preocupado de que pudieran ser detectados, Kyle escaneó todo el espectro de canales de comunicación. Se escuchaba un parloteo rutinario, estallidos de estática cuando ordenadores intercambiaban paquetes de datos a alta velocidad, y algo más, algo tan débil, tan intermitente, que no estaba seguro de si era intencional. Sin embargo *percibía* que era intencional, y si el Jedi había aprendido algo en los últimos meses, era a confiar en sus sentimientos.

La nave se sacudió cuando Jan la niveló sobre un desierto ondulado y siguió el terreno a medida que subía y bajaba. *Si* se mantenían lo suficientemente bajos y *si* tenían suerte, los agentes escaparían a la detección de los sensores terrestres.

—Escucha esto —dijo Kyle, subiendo el volumen—. ¿Significa algo para ti?

Jan escuchó lo que parecía como una serie de chasquidos. Algunos sonaban en rápida sucesión, mientras que otros se oían tras cortos períodos de silencio entre ellos.

—No, pero es repetitivo, lo cual descarta fenómenos naturales de cualquier tipo.

—Eso es lo que pensaba —convino Kyle—. Vamos a probar algo…

Kyle tocó algunas teclas, pasó la señal a través del ordenador de la nave y esperó una respuesta. Una pantalla cobró vida, y unas palabras aparecieron y se desplazaron de arriba hacia abajo.

«La señal muestra una coincidencia del noventa y nueve por ciento con un código primitivo que implica dos símbolos alternos. Las combinaciones específicas de estos símbolos representan las letras; justo como la notación binaria proporciona una representación simbólica de palabras y números».

Kyle experimentó una sensación de excitación, demandó una

traducción y observó el texto aparecer.

«Aterrizar a cincuenta y seis kilómetros rumbo sur desde el Fuerte Ninguna Parte».

El agente verificó que no había más, y señaló hacia la pantalla.

—¡Míralo! ¡Están allí!

—¿ *Quiénes* están allí? —preguntó Jan cínicamente—. ¿Los colonos? ¿O una compañía de soldados de asalto?

Kyle se encogió de hombros.

—Todo es posible… pero tengo un *buen* presentimiento.

Jan elevó el *Cuervo*, sobrevoló una montaña de arena, y observó a Kyle por el rabillo del ojo. Ella no había planeado enamorarse de él, ni de ningún otro, pero había sucedido y tenía que lidiar con ello. Lidiar con él *y* con su talento. Era como si tuviera toda una serie de sentidos adicionales… sentidos que ella no tenía.

Jan sintió que una mano cubría la suya, se volvió para encontrarse con la mirada de Kyle y lo vio sonreír.

—¿Estás bien?

La agente pensó en ello por un segundo, se dio cuenta de que sí y asintió.

—Sí, siempre y cuando te tenga a ti.

Kyle le apretó la mano.

—Como si pudieras deshacerte de mí… ¡cuidado con ese risco!

Jan lanzó el *Cuervo* hacia la derecha, guió la nave a través de un espacio en forma de U, y ambos rieron.

Kyle había notado que la señal se hacía cada vez más fuerte a medida que se aproximaban al Fuerte Ninguna Parte. Entonces, justo cuando el *Cuervo* sobrevoló algunas ruinas carbonizadas, las manecillas del indicador se dispararon.

—Echemos otro vistazo —sugirió Kyle, señalando hacia atrás por encima de su hombro—. Podría haber supervivientes.

Jan asintió, efectuó un giro cerrado y redujo la velocidad. El asentamiento, o lo que quedaba de él, realmente ofrecía un panorama desolador. Quedaba muy poco a parte de edificios quemados, paredes derruidas y tierra ennegrecida. Un solitario gra pastaba al lado del fuerte abandonado.

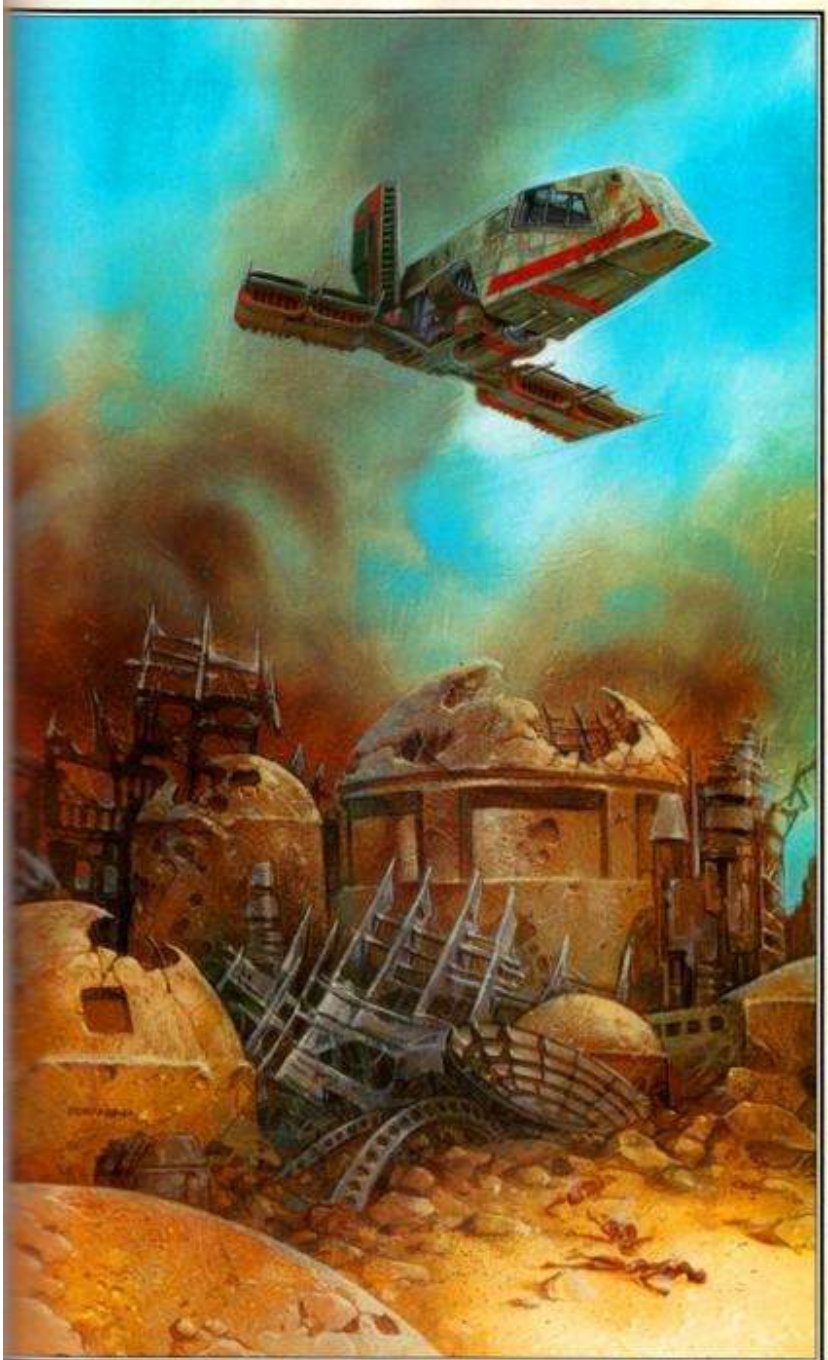
Kyle silbó por lo bajo.

—¡Mira eso! No queda ni un edificio en pie… ¿por qué?

Jan sabía que la pregunta era retórica y no respondió. Los imperiales habían tratado de erradicar a los colonos o, en su defecto, asegurarse de que eran reducidos a poco más que cazadores-recolectores.

—Está bien —dijo Kyle—, no siento ninguna forma de vida inteligente por aquí…

probemos en la zona de aterrizaje.



Jan, que todavía se preguntaba si tal movimiento era sensato, giró hacia el sur.

Tardaron menos de quince minutos en alcanzar su destino. Se trataba de una llanura aluvial ubicada entre dos antiguos lechos fluviales. Una cosa era segura, había muy pocas posibilidades de una emboscada, ya que no había ningún lugar donde esconderse. Jan se inclinó a estribor.

—Parece que no hay nadie en casa, ¿ahora qué?

—Las apariencias engañan —respondió Kyle—. Alguien está observando… puedo *sentirlo*.

Jan frunció el ceño.

—¿Alguien bueno? ¿O alguien malo?

Kyle se encogió de hombros.

—Lo siento, eso no lo sé. Aterricemos, mantengamos los sistemas de armas listos y veamos qué sucede.

Jan suspiró, deseó que hubiera otra forma, pero siguió la sugerencia de Kyle. El *Cuervo* descendió, flotó sobre el suelo por un momento, y finalmente se posó sobre la grava aluvial. Jan dejó los sistemas de armas activados, preparó los controles para un arranque rápido y esclavizó los sensores a un control remoto portátil. Fue entonces y solo entonces cuando la agente siguió a su compañero afuera. Se arrodilló al lado de la nave y dejó que la grava se filtrara entre sus dedos.

El metal crujía a medida que se enfriaba, y una brisa soplaba desde el norte. Jan aspiró profundamente el fresco aire sin reciclar.

—Bonito, ¿verdad?

Kyle encontró algo sólido rebuscando con los dedos, apartó la grava y liberó el objeto.

—¡Oye! ¡Mira esto!

Levantó el objeto para que ella lo inspeccionara, y Jan vio lo que quedaba de una vieja daga. El mango, que podría haber sido de madera o hueso, se había descompuesto cientos de años antes, pero la hoja estaba como nueva.

Entonces, como sensibilizada por el hallazgo de Kyle, su mirada se fijó en algo que sobresalía en la llanura. La rebelde se acercó, tocó el

objeto con su bota y sintió que cedía. Se inclinó, encontró un asidero, y lo sacó.

—¡Mira, Kyle! ¡Un casco!

Kyle se levantó y se movió en su dirección.

—Parece que hemos tropezado con un antiguo campo de batalla… Me pregunto quién ganó…

La pregunta quedó sin respuesta cuando algo zumbó sobre la cabeza del agente. El bláster de Jan estaba medio fuera de su funda cuando Kyle la agarró del brazo.

—¡No! Déjalos mirar.

El dispositivo completó un circuito alrededor de la nave y regresó. Tenía la forma de un bumerang y estaba equipado con sensores. Jan nunca había visto algo como eso… lo cual sugería que se trataba de los colonos y no de los imperiales. La máquina flotó quedándose estática, como examinándolos, giró, y entró en el *Cuervo*. WeGé permanecía a bordo… Kyle podía imaginarse a las máquinas examinándose entre ellas. Sus pensamientos se dirigieron hacia los dueños del dispositivo volador.

—Cautelosos, ¿verdad?

Jan asintió.

—Y con razón.

El volador, si es que el dispositivo podía llamarse así, salió de la nave, voló en círculos sobre sus cabezas y se lanzó hacia el oeste. Volvió segundos después, volvió a ejecutar la misma secuencia, y se alejó de nuevo.

—Quieren que lo sigamos —dijo Kyle con calma—. Pongamos la nave en marcha.

Los rebeldes volvieron a entrar en la nave, verificaron los sensores y despegaron. El remoto flotaba frente a ellos, y de pronto giró y aceleró alejándose. La máquina con forma de bumerang era rápida para algo de su tamaño, pero era difícil mantener el contacto visual y volar tan despacio. Jan se sintió aliviada cuando el dispositivo perdió altitud y se preparó para aterrizar.

Kyle vio un par de colinas bajas alzarse para abrazarlos y utilizó su talento recientemente desarrollado para extenderse con la Fuerza. Era como un lago enorme, en gran parte tranquilo, pero receptivo a la menor perturbación. Había seres sintientes por delante… unos cuantos. ¿Eran colonos? ¿Supervivientes del ataque al Fuerte Ninguna Parte? ¿O soldados de asalto esperando emboscados? La lógica sugería lo primero… sus emociones lo último.

Grif Grawley estaba en la cima de una de las dos colinas que custodiaban la entrada al Valle y a las ruinas de más allá. La estatua que ocupó la plataforma a su izquierda cayó cientos de años antes.

Los restos estaban esparcidos por la ladera delantera y apuntalaban una mano hábilmente esculpida. La palma estaba ennegrecida donde habían ardido señales de fuego, orientando a los viajeros a muchos kilómetros de distancia. Debió haber sido algo impresionante. Carole le tocó el brazo.

—¡Grif! ¡Mira! Aquí vienen.

El colono miró, agarró los electrobinoculares y miró de nuevo. Era una nave, eso seguro… con Fido a la cabeza. Sonrió. No se sabía quiénes eran los visitantes, pero una cosa era segura: la nave estaba despejada. Él mismo había supervisado la inspección.

—¿Qué piensas? —preguntó Carole—. ¿Son rebeldes?

Grif siguió a la nave mientras pasaba y descendía hacia el suelo.

—Buena pregunta, cariño. Tú has visto el vídeo… ¿reconoces al hombre?

—No, creo que no…

—Bueno, podría estar equivocado, pero a mí me resulta familiar. Se parece mucho al chico de Morgan Katarn… el que dejó Sulon para ir la Academia Militar Imperial. La pregunta es, ¿tengo razón? Y *si* la tengo, ¿de qué lado está? Es hora de averiguarlo.

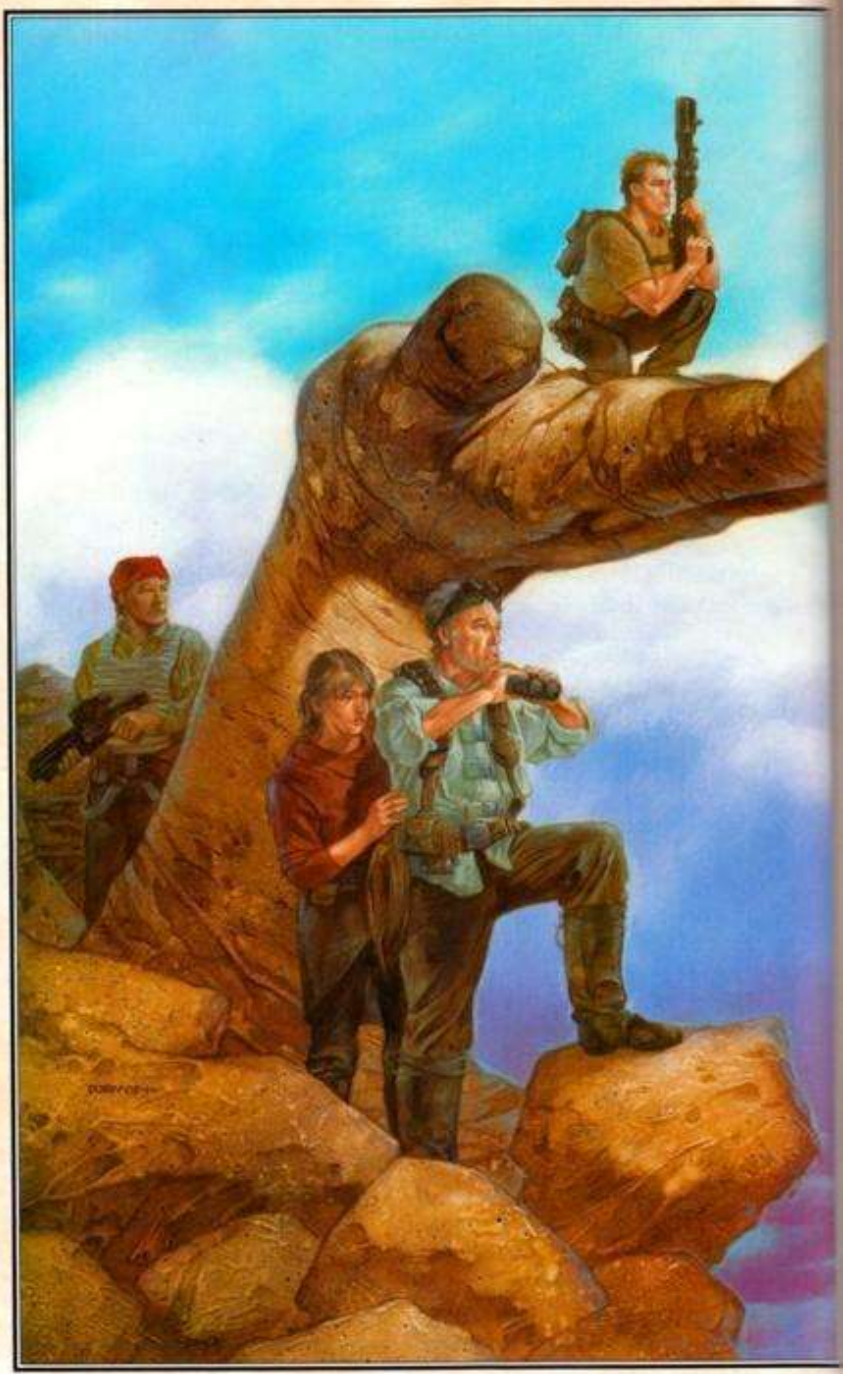
La plaza era lo suficientemente grande como para acomodar a un escuadrón de alaX. Jan eligió un lugar entre una fuente que alguna vez tuvo que ser espectacular y un amplio tramo de escaleras que conducían a un templo. Un grupo de humanos, todos armados, vigilaron su maniobra.

El *Cuervo* aterrizó con un sonoro golpe. Los rebeldes instaron a WeGé

a vigilar y bajaron por la rampa para salir a la cada vez más cálida atmósfera. Un hombre con una

barba de tres días se adelantó, ofreció su nombre, Grif Grawley, y le estrechó la mano a Kyle.

—Hola, muchacho, ¿cómo está tu padre?



Kyle observó el rostro del otro hombre, se dio cuenta de quién era, y sonrió.

—¿Ciudadano Grawley? ¿Eres tú? ¡Esto es maravilloso! ¿Cómo está tu esposa?

—Estoy bien —dijo Carole, dando un paso adelante—. Gracias a tu padre…

Tuvimos problemas en Sulon y él nos trajo aquí.

Grif se aclaró la garganta.

—Lo cual genera una pregunta interesante, muchacho. Sabemos de qué lado está tu padre, pero tú eres un misterio. Suelta el bláster *y* el sable de luz. Eso también va por ti, jovencita… hasta que aclaremos las cosas.

Los agentes miraron a su alrededor, vieron más de una docena de armas apuntando en su dirección, e hicieron lo que se les dijo.

—Eso está mejor —dijo Grif con ecuanimidad—. Ahora, ¿por dónde íbamos? Ah, sí,

¿cómo está tu padre?

—Muerto —respondió Kyle amargamente—. ¿Recuerdas el espaciopuerto? Bueno, ahí es donde exhibieron su cabeza. En una pica para que todos la vieran. Por eso estoy aquí, para vengar su muerte, pero más que eso, para evitar que los imperiales saqueen el Valle de los Jedi.

Carole Grawley se llevó la mano a la boca y su marido frunció el ceño. ¿Morgan Katarn? ¿Muerto? Podría ser una mentira… pero Grif no lo creía. Maldijo, se volvió hacia un grupo de testigos y dio algunas órdenes.

—Lasko, Kimber, Pardy; echad un poco de malla sobre esa nave y despejad la plaza.

Ya sabéis que los imps no están ciegos… Vamos, vosotros dos… ocupémonos de esto sin el sol sobre nuestras cabezas. Frío por la mañana y calor más tarde, así es como van las cosas aquí.

Los rebeldes se sentían desnudos sin sus armas y más que un poco nerviosos ante tantos blásters apuntando en su dirección. Grif los

condujo escaleras arriba y atravesó una enorme entrada. El interior del templo estaba sorprendentemente bien iluminado gracias a un antiguo sistema de claraboyas y espejos. Una docena de rayos de luz, cada uno llegando desde un ángulo diferente, convergía en la estatua de un hombre. Estaba inclinado hacia delante, con el mentón apoyado en un puño.

Grif señaló el espacio a su alrededor.

—Bienvenidos a nuestro hogar temporal. Aquellos que tuvieron la fortuna de sobrevivir al ataque al Fuerte Ninguna Parte se agruparon, reunieron todos los recursos que pudieron y vinieron aquí.

Carole Grawley escuchó con asombro cómo su marido, que normalmente carecía de tacto, suavizaba el hecho de que los «urbanitas», como a él le gustaba llamarlos, ignoraron sus advertencias, sufrieron pérdidas terribles y huyeron hacia las tierras baldías. Un área sobre la cual sabían muy poco. Carole nunca olvidaría el día en que ellos llegaron, activando las alarmas del perímetro e interrumpiendo la siesta de media tarde de su marido. El hecho de que Grif aceptara ayudarles, y posteriormente se metamorfoseara en su líder, no fue menos que un milagro. O eso le parecía a ella.

Ajeno a los pensamientos de su esposa, Grif señaló hacia una mesa improvisada y al equipo amontonado más allá.

—Descansa un poco y cuéntanos la historia. Aquí la mayoría de las cosas suceden por la noche… así que tenemos mucho tiempo.

Kyle tomó asiento e intentó ignorar a los espectadores. Contó la historia de cómo fue a la Academia, recibió la noticia de la muerte de su padre y se dirigió a casa. Fue durante el viaje cuando se encontró con Jan por segunda vez, se enteró de que su padre había sido asesinado por el Imperio, y se comprometió con la causa rebelde.

La incursión en Danuta no parecía relevante, así que la dejó de lado y fue directamente a los eventos en Sulon. Estos eran de considerable interés para la mayoría de los presentes, ya que de allí provenían la mayoría de ellos y, en muchos casos, esperaban regresar.

Kyle describió sus batallas con Yun, Gorc, Pic y 8t88 en términos secos y desapasionados, explicó cómo Jan y él recuperaron las coordenadas y por qué habían venido.

Un colono llamado Lasko, el mismo que fue atacado por Sariss, había

escuchado con interés. ¿Podrían los Jedi de la historia de Katarn ser los mismos que destruyeron el Fuerte Ninguna Parte? Ciertamente parecía que sí.

Jan sentía que había sido una historia bien expuesta, pero al menos uno de los presentes estaba en desacuerdo. Era un individuo belicoso con una prominente mandíbula inferior y hombros robustos. Su nombre era Pardy, Luther Pardy, y llevaba las armas de Kyle como si fueran suyas.

—Es una bonita historia, chico, una *muy* bonita historia, como los cuentos de hadas que las señoras les cuentan a los críos. ¿Por qué deberíamos creer esta basura?

Especialmente lo de la Fuerza, Caballeros Jedi y todo eso. Me suena bastante conveniente… algo así es lo que diría un espía.

Lasko miró a los dos hombres, decidió apoyar a Katarn si se trataba de eso, y permitió que una mano descansara sobre su bláster.

Una nube pasó frente al sol. El nivel de luz se redujo un veinte por ciento. La estatua pareció fruncir el ceño, y todas las miradas convergieron en Kyle. Lentamente, para no asustar a ninguno de los colonos de gatillo fácil, se levantó.

Pardy, quien pesaba más que el agente por unos buenos quince kilos, sonrió. Una victoria rápida y fácil elevaría su estatus dentro del grupo. Haría que Grawley le escuchara más. Se relamió los labios.

Kyle se encontró con los ojos del otro hombre, tendió la mano como si estuviera dispuesto a estrechársela con él, y visualizó lo que quería. Un objeto zumbó por los aires y golpeó la superficie de su palma haciendo un ruido seco. La energía chisporroteó cuando el sable de luz fue encendido, y Pardy dio un paso atrás.

Media docena de blásters se elevaron pero cayeron cuando Grif negó con la cabeza.

—Bueno, Pardy, ¿no hay más preguntas? Supongo que no. Será mejor que le devuelvas ese bláster. Bienvenido a Ruusan, muchacho… y tú también, Jan. Habladnos sobre el Valle y lo que podemos hacer para ayudar.

Lasko sintió una tremenda sensación de alivio. Solo un Jedi podía

derrotar a otro Jedi. Ahora había esperanza.

No había un momento especialmente seguro para moverse por la superficie del planeta, pero la noche ofrecía cierta protección y era el único momento en el que los brincadores se aventuraban a salir. Había sido idea de Grif encontrarse con los lugareños y buscar su consejo. Después de todo, los brincadores eran o nativos de Ruusan o bien llevaban allí tanto tiempo que no marcaba ninguna diferencia, y conocían el planeta mejor que nadie.

Grif dio un codazo al brazo del agente. Los dos, además de Jan y seis de los colonos más capacitados, se habían refugiado en una fortaleza rocosa. Había un peñasco en el centro del refugio, rodeado por rocas desprendidas más pequeñas a las que había dado origen inadvertidamente. Moldeado de los flancos de su matriz por las fuerzas combinadas de calor, agua y frío, el peñasco proporcionaba un punto de vista desde el cual los rebeldes podían observar la planicie circundante.

Ruusan tenía nada menos que tres lunas… todas ellas visibles. Grif señaló hacia el área plana frente a ellos.

—Ahí es donde es más probable que aparezcan los brincadores… Tienen forma de bolas, tienen tentáculos retráctiles y dependen del viento para propulsarse. Todo lo cual puede que explique su estilo de vida, paciencia y fatalismo inherente.

Kyle levantó una ceja, Grif pareció incomodarse.

—Oye, tiene sentido, ¿no? No necesitas ningún título de antropología para imaginar eso.

—Tiene mucho sentido. Continúa.

—Bueno, tienen ojos grandes, para captar luz, y les encanta rodar con el viento. Es entonces cuando buscan obstáculos, se dirigen a ellos, y chocan brincando por los aires.

—De ahí el nombre «brincadores» —intervino Kyle.

—Correcto —confirmó Grif—. Y entonces es cuando flotan… tanto como el viento los lleve.

—Suena maravilloso —dijo Jan melancólicamente—. Espero que

vengan.

—No hay forma de saberlo —respondió el colono—, pero las condiciones son las adecuadas. Tu padre los conocía —añadió Grif, volviéndose hacia Kyle—. Y ellos todavía hablan de él, o escriben sobre él, ya que así es como se comunican.

—¿Los brincadores conocían a mi padre? —preguntó Kyle incrédulo —. ¿Cómo es posible?

—Tu padre era un hombre interesante —respondió el colono—. Una vez que nos trajo y organizó las cosas, tomó prestado un deslizador y se fue. Todos dijeron que

estaba loco. Quién sabe cuándo se topó con los brincadores, pero lo hizo. Ellos lo llaman

«aquel que nunca fue Caballero», signifique lo que signifique.

Kyle sintió cómo se le ponía la piel de gallina a lo largo de los brazos. Su padre podría haber sido un Caballero Jedi… y eligió no serlo. En cualquier caso, esa era *su* teoría, que se hacía eco con lo que decían los brincadores. Pero, ¿cómo podía saberlo?

—¡Mira! —dijo Jan emocionada—. ¡Veo algunas manchas blancas!

—Aquí vienen —confirmó Grif, mirando a través de sus electrobinoculares—. Fijaos bien… disfrutaréis con esto.

Las criaturas enviaban ondas a través de la Fuerza. Kyle había levantado sus electrobinoculares y estaba a punto de echar un vistazo cuando otra presencia se registró en su conciencia.

El agente se volvió, trepó a una roca de cima plana y escaneó el horizonte sur. Le tomó menos de cinco segundos localizar los objetivos entrantes e identificarlos por lo que eran: un deslizador terrestre con dos motos deslizadoras como escolta.

—¡Grif! ¡Jan! Tenemos compañía. Alertad a los demás.

—¿Qué hay de los brincadores? —exigió Jan—. ¡Tenemos que advertirles!

Kyle se dio la vuelta, se dio cuenta de que los globos estaban mucho más cerca de lo que habían estado antes, y los vio rebotar en el aire. Su mente iba a toda velocidad, tratando de encontrar una solución, cuando las motos deslizadoras abrieron fuego.

Más pequeñas y por lo tanto más rápidas que el deslizador pesadamente cargado, se dividieron ante la pila de rocas que había frente a ellas y fueron en direcciones opuestas. Una hacia el oeste y la otra hacia el este. La luz generada por los cañones de energía dividió la noche en formas geométricas mientras las motos se perdían en la distancia. Los brincadores reaccionaron replegándose.

—Los están agrupando —gritó Grif—, ¡para que los soldados del deslizador puedan masacrarlos!

—No, esta noche no lo harán —dijo Jan sombríamente—, no mientras yo viva.

La agente tomó su rifle bláster, trepó a una posición aún más alta, y envolvió la cincha alrededor de su codo. Kyle consideró tratar de detenerla y supo que sería inútil.

Jan iba a pelear a pesar de que probablemente un tiroteo revelaría su presencia y comprometería una misión ya de por sí peligrosa. Todo por unos alienígenas que ni siquiera había conocido. Mon Mothma nunca lo hubiera aprobado. Sin embargo, Kyle la amaba por eso, y se volvió hacia Grif.

—Si tu gente quiere ajustar cuentas, esta es su oportunidad. Los presos estan seguros, pero nadie escapa… *nadie*.

Jan quería aprovechar al máximo la sorpresa. Eso significaba que cada uno de los primeros disparos tenía que contar. Echó un vistazo por el visor, apuntó frente a la moto deslizadora a la distancia que juzgó correcta y apretó el gatillo.

Energía coherente surgió, el imperial chocó contra ella y la moto explotó. Llovieron escombros todavía llameando mientras el motorista superviviente disparaba contra las rocas y pedía ayuda.

El oficial a cargo de la patrulla, el teniente Aagon, vio la explosión, sabía que sus soldados de asalto serían menos vulnerables en el suelo, así que ordenó al piloto que aterrizara.

Los soldados salieron corriendo, Aagon los siguió, y corrieron hacia las rocas. Fue una carrera corta y fácilmente completada.

El oficial sabía que los rebs estaban en el lado opuesto de las rocas y quería mantenerlos allí. Su piloto, un sargento llamado Forley, y el artillero, un recluta llamado Leeno, todavía estaban a bordo. Aagon habló por el comunicador.

—Llevad el deslizador al otro lado de las rocas. Inmovilizad a los rebeldes. Nosotros atacaremos por detrás.

El motorista muerto había sido el mejor amigo de Forley. Él planeaba hacer algo más que inmovilizar a los rebs… planeaba matarlos.

—¡Señor! ¡Sí, señor!

Confiando en la competencia de Forley, Aagon lideró a seis soldados a través del laberinto rocoso. Podría haber solicitado refuerzos, pero tenía buenas razones para no hacerlo.

La primera era que su área de patrulla autorizada se encontraba a diez kilómetros al sur. Una bonita compilación de barrancos y desfiladeros, pero no el tipo de lugar al que los brincadores iban, lo que significaba que la caza era deficiente.

La segunda razón tenía que ver con su inmediato superior, un tipo ambicioso que enseguida se llevaría todo el crédito y dejaría para Aagon la lucha.

No, decidió el teniente, *nosotros mataremos a los rebeldes, informaremos de que el combate tuvo lugar doce kilómetros al sur, y nos anotaremos*

algunos puntos para la próxima consignación. Justo el tipo de cosa que estimularía su siguiente ascenso.

Confiando en que su plan funcionaría y con ganas de seguir adelante, el oficial trepó por un peñasco y se deslizó por un hueco. Los soldados le siguieron.

El deslizador rodeó las rocas y, con el apoyo de la moto restante, abrió fuego. Había muchos lugares donde esconderse, por lo que el ataque tuvo muy poco efecto. Pero Forley sabía una cosa o dos y cambió de táctica. Le ordenó a Leeno que concentrara el fuego en un solo peñasco. El artillero lo hizo, observó la roca comenzar a brillar, y pronto fue recompensado con una explosión.

Kyle se agachó cuando fragmentos de roca afilados como navajas volaron en todas direcciones, arrancaron el brazo a un rebelde y se desintegraron al golpear las rocas circundantes. El hombre comenzó a gritar pero se detuvo cuando otra esquirla lo golpeó en la cabeza. Kyle se escabulló hacia Jan.

—Dame una ventaja de dos minutos y luego acaba con ellos.

Jan asintió sombríamente y no se perturbó lo más mínimo cuando Kyle se llevó a la mayor parte de la fuerza rebelde con él. Él mismo había conducido soldados de asalto a la batalla, y también con éxito.

Una adolescente había sido dejada atrás para cubrir la espalda de Jan. La chica se llamaba Portia. Tenía la piel oscura, dientes blancos y ojos inteligentes. La agente disparó sin apuntar a la moto deslizadora, hizo un gesto a la chica, y la siguió a través de las rocas.

Luz brilló por detrás de ellas. Las mujeres se detuvieron y miraron atrás. Otra piedra había empezado a relucir, por lo que se agacharon detrás de un saliente. Jan miró el

arma de la adolescente. Parecía estar limpia y bien cuidada. La roca explotó, los fragmentos salpicaron las superficies circundantes, y las rebeldes los ignoraron.

—Bien, Portia, ¿eres buena con esa cosa?

—Una de las mejores —respondió la adolescente con confianza—. Eso es lo que me dicen.

—Genial —respondió Jan firmemente—, porque estamos a punto de apostar mi vida en ello.

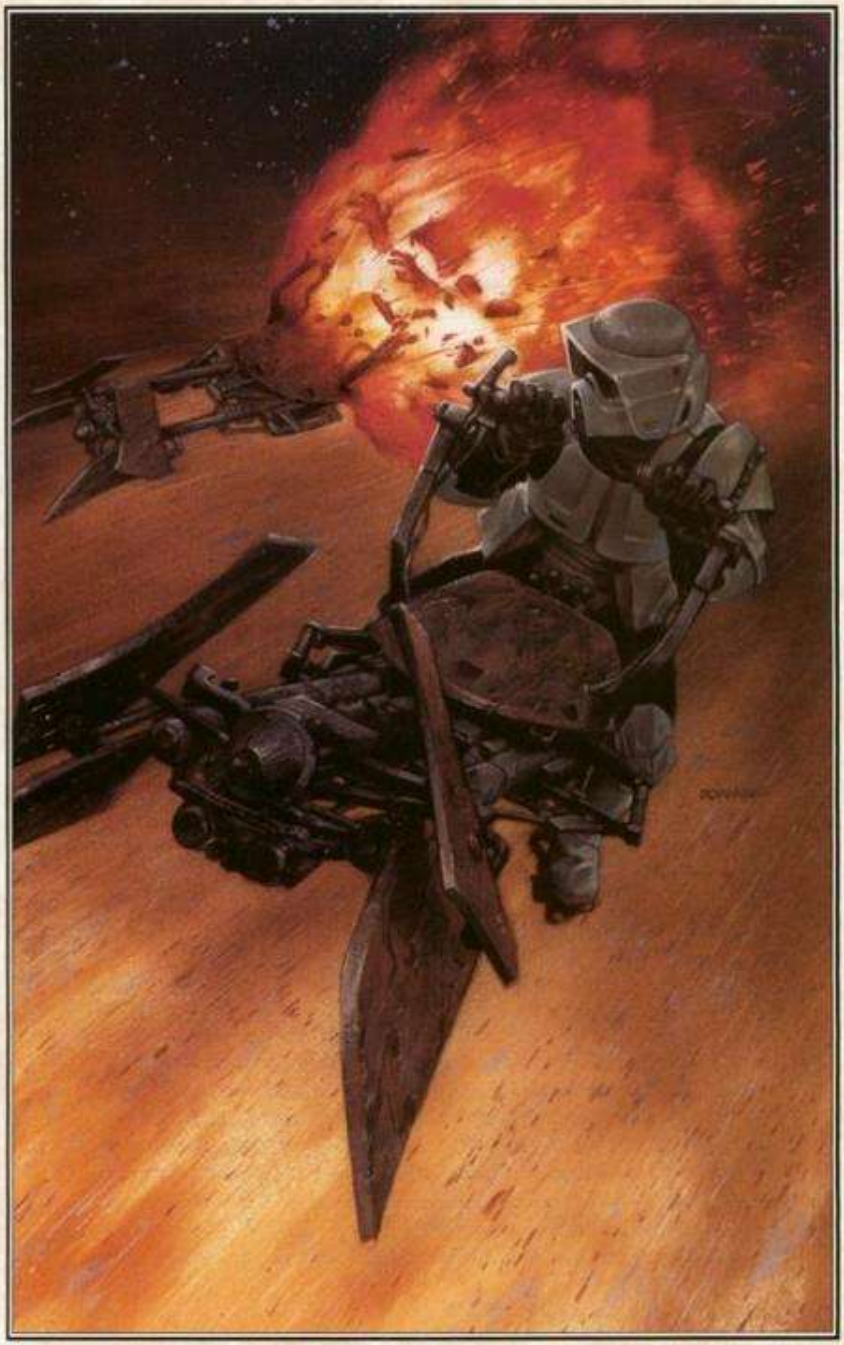
El soldado RW957 estaba donde le gustaba estar, en el extremo final de la columna, cerrando la retaguardia. Una posición donde era menos probable que lo mataran en una emboscada, o lo enviaran a una misión suicida, o accidentalmente le dispararan por la espalda. *Sí señor*, pensó para sí mismo RW957, *debes tener un plan si quieres sobrevivir, y no solo* un *plan, sino muchos planes, es por eso que…*

La única advertencia fue el susurro de tela. Un brazo se deslizó alrededor del cuello del soldado, una mano le quitó el casco, y la luz de la luna se reflejó en la hoja afilada. El soldado de asalto pensó en la palabra «ayuda» pero nunca tuvo la oportunidad de pronunciarla.

Jan trepó a una roca cuidadosamente elegida, encendió la bengala y la agitó en el aire.

El soldado de la moto deslizadora mordió el anzuelo, giró hacia el objetivo y accionó los frenos. *Una plataforma estable permite un disparo certero.* Eso es lo que decía el manual, y el manual tenía razón.

Portia se obligó a sí misma a esperar hasta que el objetivo quedó alineado con su visión, apretó el gatillo como se suponía debía hacerlo, y lo mantuvo presionado. Los primeros rayos fueron deflectados por la armadura blanca, pero el cuarto logró chamuscarla, y el quinto, el sexto y el séptimo la perforaron. El soldado cayó del sillín, la moto comenzó a ir a la deriva, y Jan lanzó la bengala tan lejos como pudo.



Aagon escuchó las explosiones de las rocas, vio encenderse la bengala, y se preguntó qué estaban tramando los rebs. El oficial buscó un asidero, encontró lo que estaba buscando y se elevó a sí mismo. La parte superior de la roca era plana e inclinada hacia el norte. Algo se movió, y él levantó su bláster. Fue entonces cuando un dedo tocó su hombro.

—Yo no haría eso si fuera tú… suéltalo.

El imperial estaba en proceso de volverse, de tratar de matar al hombre que estaba tras él, cuando escuchó algo «chasquear». Parpadeó ante la aparición de una barra de luz incandescente, se alejó momentáneamente y a continuación descendió hacia su cara.

Tuvo un instante para un último pensamiento, algo profundo hubiera sido bonito, pero no llegó nada. La luz era la cosa más brillante que Aagon hubiera visto jamás.

El deslizador había disparado innumerables rayos de energía y todo había sido en vano.

Siguió flotando mientras Forley luchaba por tomar una decisión… no era algo que la estructura de mando imperial entrenara para que hicieran los sargentos. Ambos motoristas estaban muertos, y no podía contactar con el teniente. Todo debería haber terminado ya. ¿Qué hacer? ¿Quedarse ahí? ¿O huir? Ninguna de las alternativas parecía muy atractiva. El deslizador era un objetivo muy visible, aunque huir conllevaba sus propios problemas. ¿Y si Aagon y el resto del escuadrón seguían vivos? ¿Cómo explicaría dónde habían estado? Todo era un lío.

Leeno interrumpió los pensamientos de Forley.

—¡Sargento! ¡Detrás de ti!

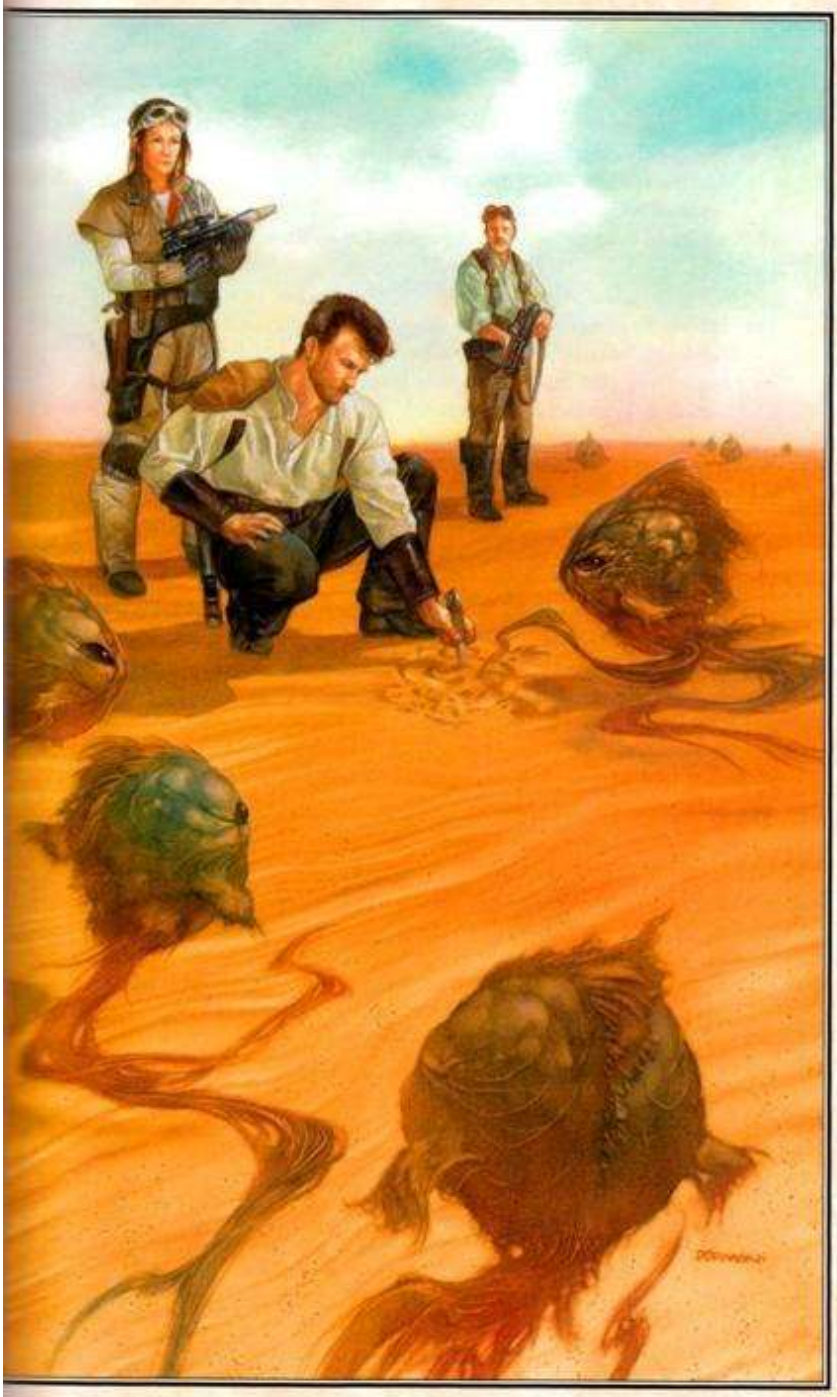
Forley se volvió, se dio cuenta de que un gran globo blanco se había desplazado a pocos centímetros de su rostro, y alzó las manos. El brincador usó sus tentáculos para sujetar las manos, las usó para empujarse hacia delante y envolvió la cabeza del sargento.

Horrorizado, Leeno giró su arma hacia proa y abrió fuego. El brincador murió, pero también lo hizo Forley, lo que causó que el imperial entrara en pánico. Saltó por un lado y corrió. El artillero seguía corriendo cuando los brincadores descendieron del cielo, le

hicieron caer sobre las rodillas y lo inmovilizaron contra el suelo.

Grif, junto con un par de rebeldes, llegaron dos minutos después. Leeno, con su mente inundada de imágenes de la muerte de Forley, continuaba gritando.

Las tres hermanas habían abandonado el cielo, las estrellas apenas eran visibles, y una irregular línea rosada marcaba el horizonte oriental. Habían pasado horas mientras los rebeldes enterraban a los muertos, camuflaban las tumbas y cargaban armas y otro equipamiento en el deslizador imperial.



—Un buen aparato —dijo Grif, palmeando un sólido flanco—. Podemos aprovecharlo.

— *Y* la moto deslizadora —añadió Jan—, sin mencionar el resto de cosas.

—Puede que todavía queden más cosas ahí afuera —dijo Kyle, recordando lo difícil que había sido buscar en la oscuridad—. Espero que no las encuentre la gente equivocada.

Grif se encogió de hombros.

—¿Qué probabilidades hay? Además, tenemos que salir de aquí antes de que salga el sol y comience la búsqueda.

Eso tenía sentido. Kyle se volvió hacia la delegación de brincadores. Su piel se mecía ante la brisa mientras usaban sus tentáculos como anclas.

Uno del grupo, un individuo al que Grif había denominado «Flotador», había aceptado servir como guía. Se movió entre sus compañeros y se despidió de cada uno de ellos.

Su líder, un espécimen especialmente curtido que se había encontrado con Morgan Katarn durante la visita de este al planeta, observó cómo Kyle rascaba el duro suelo de tierra escribiendo con un cuchillo de combate.

«Tú y tu pueblo debéis ocultaros… ¿estaréis bien?».

Sintió el tentáculo seco y cálido donde lo tocó en la mano, se deslizó hacia abajo y tomó el control del cuchillo. La sintaxis era extraña pero comprensible.

«Soplando el viento firme. Estaremos bien».

Kyle aceptó el cuchillo de vuelta y labró una respuesta.

«Siento la muerte de vuestro amigo. Gracias por permitir que Flotador nos ayude».

«Sentimos nosotros la muerte de vuestro compañero racial», respondió el brincador.

«Flotador va donde debe… aunque muerte pueda traerle».

Kyle pensó en Jerec, en aquellos que le servían, y sintió un vacío en la

boca del estómago. Tomó el cuchillo.

«Sabéis lo que hemos venido a hacer… ¿tendremos éxito?».

El brincador parpadeó. La hoja desprendió pequeños pedazos de roca mientras grababa palabras en el suelo.

«Todo el mundo sabe que un Caballero vendrá, una batalla se librará, y los prisioneros serán liberados. Si no ahora… entonces algún día».

La respuesta distaba mucho de ser satisfactoria… y las palabras resonaron mucho después de que el viento las borrara.

CAPÍTULO *4*

Yun había apartado de una patada las sábanas de su cama. Yacían amontonadas en la cubierta. Sus miembros se crisparon ante el horror que estaba a punto de cometer. La lluvia salpicaba sobre el suelo ya empapado. Una capa de lo que parecía niebla o ectoplasma flotaba sobre el barro removido. Veinte hombres y mujeres estaban arrodillados ante una tumba abierta. Eran culpables de algo… no podía recordar de qué.

Algunos prisioneros tenían lágrimas corriendo por sus mejillas, otros gruñían desafiantes, pero la mayoría no mostraba ninguna expresión. Simplemente miraban hacia la fosa y esperaban su destino.

Yun levantó el sable de luz sobre su cabeza, sintió cómo se hacía más pesado, y se dio cuenta de que se había transformado en una antigua espada. La hoja curvada tenía el borde afiladísimo. Fue entonces cuando el Jedi recordó que había tenido este sueño muchas veces antes. Luchó por despertarse, fue incapaz, y supo lo que sucedería.

Por quizá enésima vez, el rostro de Nij Por Ral, un profesor de lingüística un tanto corpulento, levantó la mirada hacia él y suplicó misericordia.

—¡Por favor! ¡Te lo ruego, perdónanos!

Una parte de la personalidad de Yun no sentía ninguna animosidad en particular hacia el hombre y quería aceptar su petición, pero otra parte, la sombra que habitaba en su interior ansiaba estatus y reconocimiento. Estatus y reconocimiento que podían ser y serían otorgados por Jerec y Sariss si *cumplía* con sus expectativas.

El acero reluciente comenzó su curso descendente. Yun lamentó el

golpe incluso mientras caía. No por la lesión que causaría, sino porque era defectuoso, y todos lo sabrían. Hizo una mueca cuando la hoja se hundió en el hombro de Por Ral. El metal rechinó contra hueso mientras el lingüista gritaba de dolor y Yun forcejeaba para liberar el arma. Finalmente, habiendo movido la espada adelante y atrás, la espada se soltó.

Muerto de vergüenza, el Jedi puso fin a los gritos angustiados del prisionero.

Pero el horror no había terminado… ni mucho menos. Yun siguió recorriendo la fila.

Su madre, padre y hermana estaban de rodillas ante él. Le suplicaban con los ojos, pero era en vano. Ya los había matado, si no con acero, con palabras. Pero no importaba

---

cuántas veces los asesinara, siempre regresaban. La hoja se elevó y descendió. Cabezas rodaron y cayeron en el foso, seguidas de los cuerpos a los que pertenecían.

La lluvia, combinada con la sangre de sus víctimas, había empapado la ropa del Jedi.

Se estremeció, luchó por levantar la espada y se sorprendió por su peso. Era pesada, *demasiado* pesada, como si cada vida de alguna manera se hubiera añadido a su masa…

Luz inundó la habitación, y Yun se removió en respuesta. El Jedi rodó saliendo de la cama, activó el sable de luz y se levantó listo para luchar.

Boc, quien estaba en la escotilla, rio burlonamente.

—¿Qué pasa, chico? Andamos un poco nerviosos, ¿eh? Bueno, contrólate. Parece que Jerec necesita tu escuálida presencia.

Yun dio un paso adelante, sable de luz en mano, pero el otro Jedi rio.

—Ahorra tus energías, chico… creo que vas a necesitarlas.

El camarote, ya espartano, pareció aún más desnudo cuando Jerec colocó la última de sus escasas pertenencias en la maleta. Si bien el

Jedi no tenía ningún interés en la cantidad, era escrupuloso con las posesiones que tenía y no le gustaba que otros las tocaran.

Llamaron a la puerta. La forma en que cada persona interactuaba con la Fuerza era única, y esta perturbación era típica de Yun. Un estudiante prometedor… pero lleno de dudas. *Ah, bueno*, pensó Jerec para sí mismo, *un poco de aderezo lo arreglará*.

—Entra.

Yun entró cautelosamente, preguntándose qué le reservaba el viejo Jedi, esperaba que el Maestro estuviera de buen humor. Jerec asintió reconociendo la presencia de Yun.

—Gracias por venir… Necesito tu ayuda.

¡Jerec necesitaba su ayuda! El joven Jedi sintió que su corazón se hinchaba hasta al menos dos veces su tamaño normal. No podía esperar a contárselo a Sariss.

—Sí, milord, ¿cómo puedo ayudarle?

—La fase dos del reconocimiento ya está completa. La torre se encuentra en las etapas finales de construcción. Siendo así, el *verdadero* trabajo puede comenzar. Me marcharé a la superficie en una hora.

Yun asintió.

—Sí, milord.

—¿Has estudiado los resultados del reconocimiento?

—Sí, milord.

—¿Y los hallazgos principales son?

—Un gran valle, lleno de miles de tumbas Jedi, e investido con su poder.

—¿ *Y*?

Yun se encogió de hombros.

—Y un sistema circundante de cuevas, algunas de ellas vacías, otras llenas de artefactos potencialmente valiosos.

—Artefactos potencialmente *valiosos* —enfatizó Jerec, cerrando la maleta—. Justo lo que necesito para sufragar el coste de esta flota… y para que dejen de molestarme esos imbéciles imperiales. ¡Maldición, son estúpidos! El universo entero se extiende ante ellos y no ven nada. Aun así, son como son, y debemos aceptarlo. Botín, eso es lo que quieren, y botín tendrán. Gracias a ti.

Yun sintió que su corazón se hundía. ¿Botín? Chatarra más bien… chatarra interesante, pero chatarra al fin y al cabo. Especialmente cuando se comparaba con la cámara principal y el inimaginable poder disponible allí. Pero tener tales pensamientos y expresarlos en voz alta eran dos cosas diferentes. Yun se tragó su decepción.

—Sí, milord. ¿Cómo debo proceder?

Jerec giró sus cuencas vacías en dirección a Yun.

—Acompáñame a la superficie, localiza a un oficial llamado Vig y asume el mando.

El trabajo avanza lentamente, demasiado lentamente, y quiero que tú corrijas eso.

Yun percibió que había más, reunió valor y formuló la pregunta obvia.

—Conozco al Mayor Vig. Parece lo suficientemente capaz… ¿cuál es el problema?

Jerec sonrió.

—Más de mil espíritus Jedi están atrapados dentro de las paredes del Valle… y nuestros esfuerzos los han despertado. Algunos de los espíritus presos han comenzado a aullar a través de los pasillos, a asustar a los soldados de asalto y a sembrar el caos. El mayor está fuera de sí.

Yun maldijo su suerte. Hacer de niñera de espíritus y soldados de asalto… una tarea de bajo nivel. ¿Por qué no Maw? ¿O Boc? Porque Maw era impredecible… y Boc demasiado astuto. ¿Y Sariss? No, Jerec tendría otras tareas más importantes para que su segunda al mando llevara a cabo. Yun suspiró.

—Sí, milord. Me prepararé y me reuniré con usted en el hangar.

Jerec esperó a que se cerrara la escotilla, sintió que la energía del joven Jedi empezaba a desvanecerse, y sonrió. Incluso la mejor de las espadas debía ser probada.

Yun preparó sus cosas rápidamente y se dirigió hacia el hangar. Rara vez tenía la oportunidad de pasar tiempo con el Maestro, e intentaba aprovechar todas las oportunidades, sin importar cuán breves fueran.

Los dos hombres se encontraron en el pasillo principal, y caminaron hombro con hombro hacia el hangar. Los soldados de asalto se apartaban rápidamente de su camino, los oficiales se ponían firmes, mientras tanto Yun disfrutaba con el reflejo de la gloria. Era en momentos como ese cuando sus dudas desaparecían y el precio parecía merecer la pena.

La lanzadera estaba esperando, la puerta del hangar se abrió y un par de cazas TIE

los escoltaron en su descenso. El viaje a la superficie transcurrió sin incidentes, lo cual Yun agradeció. Jerec tenía muchas cualidades desagradables, pero había excepciones: podía ser muy encantador cuando lo deseaba. El Maestro obsequió a Yun con divertidas historias, el joven Jedi se rio en todos los momentos propicios, y el viaje terminó pronto.

Jerec enfatizó la despedida… y la resultante sensación de transcendencia persiguió a Yun hasta sus aposentos.

La alarma zumbó y no se detuvo. Yun alcanzó la consola que había junto a la cama y descubrió que el módulo de calefacción instalado recientemente en la habitación estaba estropeado. El Jedi todavía estaba en la cama cuando un droide entró en la habitación, se anunció a sí mismo en voz alta con tono alegre, y colocó una bandeja sobre la mesa.

—Buenos días, señor. Aquí está su desayuno… ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

—Sí, bombea un poco de calor aquí dentro —gruñó Yun mientras salía de la cama—.

La habitación está helada.

—Por supuesto, señor, de inmediato, señor —dijo el droide, dirigiéndose a la puerta—. Enviaré un droide de mantenimiento.

Yun se deslizó a la estación de aseo y se dio el gusto de darse una ducha caliente.

Después de eso, fue tarea simple ponerse ropa limpia, consumir su desayuno tibio y dirigirse al trabajo.

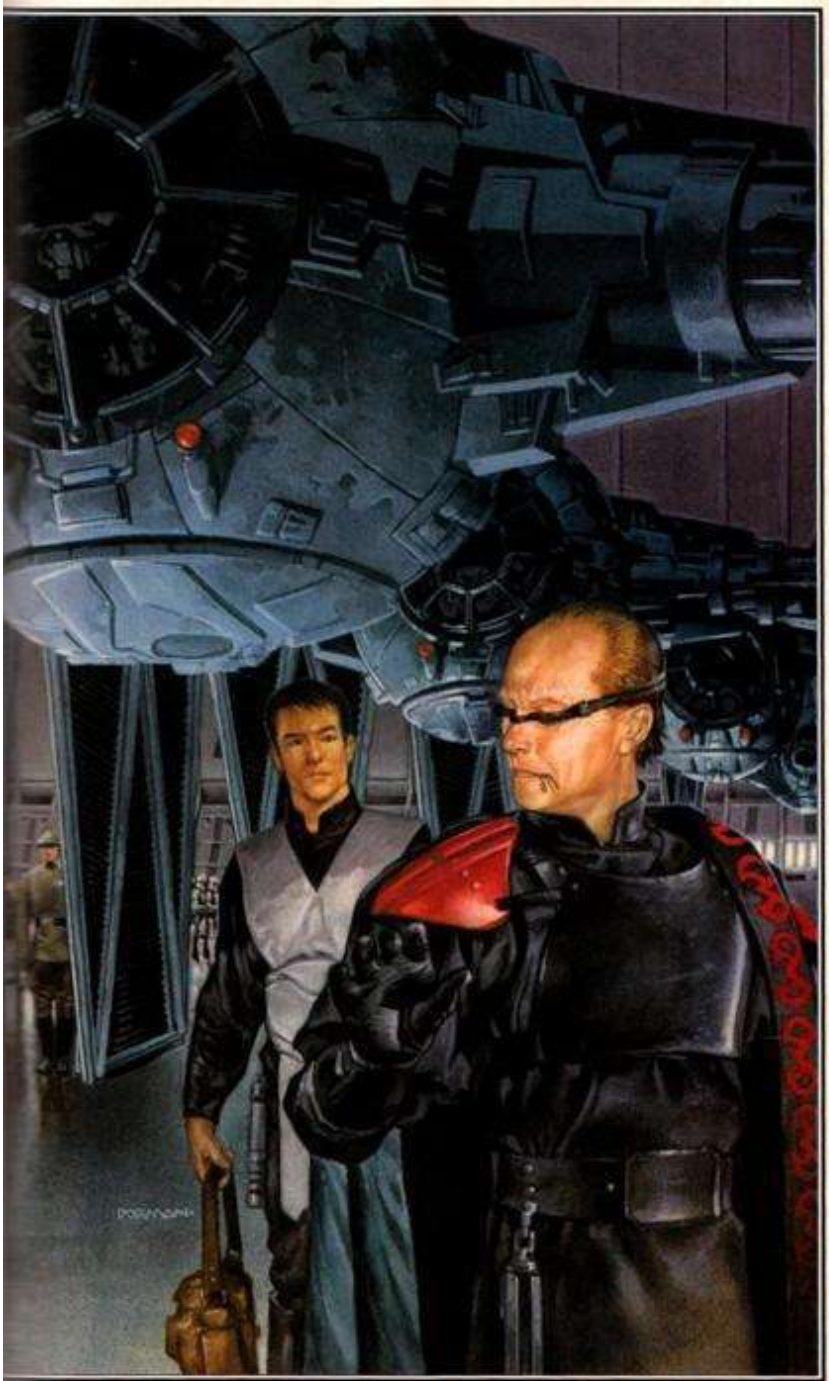
Un soldado de asalto había sido asignado para guiarlo y estaba parado en la base de la torre.

—Buenos días, señor. El Mayor Vig me ha enviado… Yo encabezaré la marcha.

El soldado de asalto partió, y Yun lo siguió. El terreno frente a la torre estaba atravesado por huellas de bandas de rodadura, había suministros apilados en palés flotantes, y la seguridad era estricta. Aún más notable, al menos para él, era la forma en que el lugar se *sentía*.

Cada Jedi percibía la Fuerza a su propia manera ligeramente subjetiva. Para Yun, se manifestaba como un zumbido eterno… una gentil vibración que nunca desaparecía.

Pero este lugar era diferente. La Fuerza se sentía más intensa, como si hubiera sido amplificada y gruñera como una bestia voraz. De hecho, la actividad era *tan* fuerte que podía ser percibida por aquellos con poco o ningún talento en la Fuerza.



Acababan de llegar a una hondonada y habían comenzado a bajar por un tramo de escaleras erosionadas por el agua cuando una entidad parecida a un alma en pena aulló sobre la cabeza del soldado de asalto. El soldado se estremeció, logró mantener la compostura y se volvió hacia Yun.

—Comienzan temprano hoy, señor. Parece uno desagradable.

Dado el hecho de que la Fuerza estaba más concentrada de lo normal, Yun descubrió que era fácil dar forma a un pensamiento y arrojarlo al odioso espíritu. El resultado fue dramático, por no decir otra cosa. Más enfadado que asustado, el espíritu convocó a más entidades y las envió a aullar alrededor de la cabeza del Jedi. El soldado, con su mente consternada bajo el asalto, se quebró y huyo. Yun, confiando en su entrenamiento, se mantuvo firme.

Una voz habló dentro de su cabeza.

El dolor no significa nada para ellos. Han sufrido durante miles de años. Piensa en su tragedia, comprende su horror, y comunica esa comprensión.

Por algún motivo, la voz le resultaba familiar, y el Jedi se esforzó por ubicarla.

—¿Quién eres tú? —exigió Yun—. ¿Uno de ellos?

No, en realidad no, respondió la voz. *Te he dado la llave… úsala.*

Sabiendo que tanto Jerec como Sariss esperaban que tuviera éxito, por no mencionar a los soldados de la cámara de abajo, Yun siguió las instrucciones. Pensó en los espíritus que gemían a su alrededor, en la medida en que habían sufrido, y la ira se desvaneció.

Sintió una sensación de empatía, de comprensión, y la extendió hacia aquellos que le rodeaban.

El cambio fue casi instantáneo. Los gemidos cesaron, las entidades se esfumaron, y la Fuerza se tranquilizó.

Satisfecho con los resultados y seguro de su habilidad para tratar con situaciones similares, Yun envió un mensaje de agradecimiento.

—Gracias.

No hubo respuesta de su benefactor invisible… solo una momentánea sensación de calidez.

El soldado de asalto aún no había reaparecido, pero Yun no tuvo dificultades para seguir el camino hacia abajo, más allá de una pared grabada con antiguos jeroglíficos y un lugar donde un droide desactivado miraba fijamente hacia una alcoba saqueada.

Uno de los brazos de la máquina había sido convertido en una señal direccional. Yun giró a la derecha.

El pasillo lateral era relativamente corto y se abría a una gran cámara. Reflectores montados sobre soportes arrojaban luz sobre las paredes, módulos de carga se alzaban en pilas desordenadas, y una confrontación estaba en marcha.

El Mayor Vig era un hombre grande, con el pelo corto y rojo, y un tupido bigote.

Este era antirreglamentario, y una fuente constante de frustración para sus superiores, pero finalmente tolerado por el coraje y competencia casi legendaria del oficial.

Competencia que se traducía en respeto… y explicaba por qué los soldados de asalto estaban vacilando en ignorar tanto sus órdenes como el bláster que tenía en la mano. La voz del oficial resonó a través de la caverna.

—Quietos ahí… el primer hombre que se mueva muere.

Hubo un momento de silencio mientras los soldados asimilaban las palabras del oficial y consideraban las consecuencias de lo que estaban a punto de hacer. Fue entonces cuando un grupo de tres aulladores entró en la cámara a través de la pared trasera, atravesaron el pecho de un soldado y se esfumaron traspasando el suelo.

Fue demasiado. Ojos se desorbitaron, cabezas giraron en todas direcciones, y la multitud avanzó. Fue entonces cuando Yun habló.

—Buenos días, caballeros. ¡Veo que ya están trabajando duro! Lord Jerec estará complacido. Lo siento por las condiciones de trabajo algo inusuales… tal vez yo pueda ayudar.

A pesar del hecho de que muy pocos de los soldados siquiera habían *visto* a Jerec, y muchos menos lo habían conocido, todos eran muy conscientes de *quién* era y de los poderes muy exagerados que le atribuían no solo a él, sino a la camarilla de Jedi que lo asistían. Siendo ese el caso, la aparición repentina e inesperada de un personaje tan eminente adquirió cualidades aparentemente místicas. El resultado

fue que cuando Yun dijo que podía ayudar, los soldados le creyeron.

Sintiendo el cambio, e interpretando correctamente el aspecto avergonzado que había aparecido en los rostros de sus subordinados, el Mayor Vig enfundó la pistola.

Empezó a decir algo, se dio cuenta de que Yun estaba distraído, y esperó a que el Jedi lo notara. No llevó mucho tiempo. Yun completó su interacción con algunos espíritus no visibles y sonrió.

—Creo que el asunto está resuelto… por el momento, en cualquier caso. Informa a tus hombres de que si bien tales incidentes sin duda continuarán, yo estaré por aquí para tratar con ellos. Eso significa que pueden regresar al trabajo. Lord Jerec tiene un interés personal en este empeño… y no hay tiempo que perder.

El Mayor Vig habló con sus oficiales, quienes pronto tuvieron a los soldados de vuelta en el trabajo. La mayoría de sus homólogos habrían presentado cargos basándose en la teoría de que unas pocas ejecuciones altamente visibles resultarían de gran ayuda para la disciplina, pero Vig no culpó a los soldados por estar asustados y decidió ignorar lo que habían hecho. Una estrategia que Yun encontró interesante.

Sariss, así como el mentor de esta, le había enseñado a Yun que el tipo de liderazgo que mostraba Vig era una señal de debilidad y que el respeto fluye del miedo. Miedo nacido del poder, el cual era el objetivo de toda la actividad en Ruusan. El mayor interrumpió sus pensamientos.

—Gracias, señor. Los aulladores han sido un problema constante.

Yun se encogió de hombros.

—Me alegro de poder ayudar. De hecho, parece que tendrás que aguantarme por aquí.

El bigote de Vig se curvó sobre lo que podría haber sido una sonrisa. Sabía que Yun estaría al mando, pero veía esto como una ventaja. Por lo que respectaba al oficial, el Jedi era bienvenido para tratar con los aulladores *y* con Jerec.

—Bienvenido a bordo, señor. ¿Le gustaría una visita guiada?

Yun indicó que sí y siguió al oficial a través de la cámara principal hacia uno de los muchos almacenes que se ramificaban desde allí. La

narración del oficial tenía una cualidad enlatada que sugería que Vig había ofrecido la visita guiada antes.

—La cámara principal es un fenómeno natural, formada por un antiguo río, pero los almacenes, aunque son muy antiguos, son mucho más recientes. Fueron tallados en la roca sólida.

El oficial hizo una pausa y señaló hacia una pared.

—Observe, aún puede ver las marcas de herramientas.

Yun miró, confirmó la observación de Vig, y siguió al oficial a una habitación medio vacía. Un droide estaba trabajando duro despegando una sustancia pegajosa de una pared.

—Parece raro, ¿verdad? —preguntó el oficial—. Aun así, los antiguos sabían lo que hacían. Bajaron los suministros aquí, los apilaron a lo largo de las paredes y los rociaron con conservante. Curiosamente, ese sellador es mucho mejor que el que usamos nosotros para el mismo propósito, tanto, que podría valer la pena duplicarlo. Mire esto…

Vig esquivó al droide, tomó uno de los paquetes recientemente liberados y lo colocó en las manos del Jedi.

Yun aceptó el objeto, despegó los últimos restos de gel maleable de la parte inferior de la caja y la giró. Estaba hecha de plástico o algo muy similar. La parte superior presentaba un solo grupo de jeroglíficos y un panel ligeramente elevado.

—¿Qué es?

—Presione el panel tres veces —dijo maquiavélicamente el oficial—. Colóquelo en el suelo y observe.

Yun hizo lo que se le indicó y dio un paso atrás. Diez segundos pasaron antes de que nada sucediera. Entonces, justo cuando el Jedi estaba a punto de perder el interés, la tapa se abrió, vapor surgió a la habitación y un olor a levadura inundó el aire.

—¡Comida! —dijo Vig encantado—, o desayuno o cena, según sea el caso. Mire dentro.

El Jedi miró. La caja contenía quince o veinte cosas similares a gusanos. Se movían y retorcían con tal vigor que la espesa salsa marrón se vertía por los bordes del recipiente.

—No estamos seguros de para qué especies se prepararon estas comidas —continuó el oficial—, y realmente no importa. Las raciones auto-calentadas han existido desde hace mucho tiempo… pero no raciones en las que el contenido aparentemente inerte es de alguna forma traído de vuelta a la vida. ¿Y respecto a la fuente de calor? Los

módulos térmicos de nuestras raciones de campaña tienen una vida útil de unos veinte años. Estas han estado aquí miles de años o más.

Yun vio el valor y entendió por qué Jerec había conseguido una pequeña flota con la cual perseguir sus ambiciones personales. Era fabuloso u horrible, dependiendo de cómo eligieras verlo.

—Y eso no es todo —continuó Vig—. Vamos… ¡espere a ver el resto!

El Jedi siguió al oficial a través de una sucesión de almacenes donde aún más tesoros eran revelados. Había un proyector de rayo tractor no más grande que una vara, máquinas de curación tan solo ligeramente menos efectivas que los tanques de bacta, y un reactor de fusión tan pequeño que podía transportarse en una mochila. Todo lo cual cautivaría a los patrocinadores institucionales de Jerec. Una dinámica política que Yun nunca había considerado antes.

Fue una mañana relativamente agradable, interrumpida por no más de tres aulladores, ninguno de los cuales representó mayores problemas.

Yun comió con el Mayor Vig, un capitán y dos tenientes en un almacén recientemente despejado. Se sentaron en una mesa preparada con un mantel blanco, utensilios con los escudos del regimiento y una comida recién hecha. Un droide sirvió como camarero. Todo fue bien hasta que los platos fueron retirados y la atmósfera cambió inexplicablemente.

La primera señal de que algo iba mal fue cuando el teniente Hab dijo algo ininteligible, se agarró la garganta y cayó hacia atrás. Pasó una fracción de segundo en la que el Jedi se preguntó si Hab se habría atragantado con un trozo de carne, seguido por la comprensión de que el problema era aún más grave. Yun trató de mantener la calma, luchó contra la tentación de enfrentarse a la fuerza con fuerza, e intentó extenderse con la Fuerza.

La entidad sintió el movimiento y liberó a Hab para reorientar sus energías. El espíritu se apoderó del agarre vital que unía a Yun con su cuerpo físico. El Jedi sintió un tirón… seguido por una tensión sostenida. ¡La entidad estaba tratando de sacarlo de su cuerpo!

El Jedi intentó retraerse y descubrió que no era capaz. El agarre de la otra entidad era demasiado fuerte. El miedo le hizo un nudo en el estómago, su boca se entreabrió,

pero nada emergió. Fue en el momento álgido de su miedo cuando la voz habló en su interior.

No te rindas a la duda, hijo mío. Usa la misma técnica que aprendiste antes. Él es más fuerte, eso es todo. Incluso los Maestros Jedi pueden perder la cordura después de mil años de confinamiento. Ancla tu mente, extiéndete, y comprende. La Fuerza te protegerá.

Yun tragó saliva, se alegró al descubrir que tenía tanto control, y se arriesgó.

En lugar de continuar sus esfuerzos por retraerse, presionó hacia afuera. La entidad presintió la victoria y se precipitó a entrar. Yun acogió al espíritu, no dentro de su cuerpo, sino en la calidez de la comprensión y la esperanza de la libertad. El antiguo estaba demasiado mal como para ser sanado, no por una mente tan joven en todo caso, pero permitió que lo calmase.

Bien, dijo la voz. *Has hecho todo lo posible. Él regresa a su tumba.*

—¿Quién eres? —demandó Yun—. ¿Debería conocerte?

Sí, respondió la voz con calma. *Deberías. Porque participaste en mi asesinato, y habito en tus sueños.*

—¿Nij Por Ral?

No, aunque mi muerte siguió a la suya.

—¡Rahn!

Yun lo recordaba bien. Un Jedi que oyó hablar del Valle y dedicó su vida a encontrarlo. Rahn y un grupo de sus asociados fueron interceptados antes de que pudieran localizar el Valle, y era la participación de Yun en los asesinatos que siguieron, mezclado con otros aspectos de su vida, lo que aún atormentaba sus sueños.

La voz sonó impasible.

Entonces, me recuerdas.

—Sí.

Bien.

—¿Por qué? ¿Por qué ayudarme?

La luz en tu interior titubea, respondió la voz con calma, *pero continúa ardiendo. El destino de miles de millones de seres recae en lo que sucederá aquí. Tú jugarás un papel en ello.*

—¿Un papel? —preguntó Yun—. ¿Qué tipo de papel?

Eso, respondió Rahn, *depende completamente de ti.*

Yun sintió la conexión romperse. Abrió los ojos a una habitación llena de rostros, pero se sintió muy solo.

Yun deambuló por los pasadizos subterráneos durante los dos días siguientes, trató con algún que otro aullador, y deseó que algo interesante sucediera. No pasó mucho tiempo antes de que su deseo se hiciera realidad.

El Jedi acababa de dejar el pasillo principal, esquivó un tren de palés gravitatorios pesadamente cargados, y estaba a punto de entrar en la tercera cámara cuando todo comenzó a temblar. Pequeños pedazos de roca llovieron sobre su cabeza, el polvo le hizo toser, y el suelo se estremeció cuando algo pesado lo golpeó. Los gritos comenzaron justo cuando el temblor se detuvo.

El Jedi podría haberse dirigido a la superficie y sabía que era lo más inteligente, pero descubrió que sus pies tenían sus propios planes. Llevaron a Yun a la cámara, y a un completo pandemónium.

Una gran sección del techo con forma circular se había derrumbado, atrapando a un hombre debajo. Su nombre era Jaru, y era conocido por tres cosas: el tamaño de su nariz, el hecho de que podía escupir más lejos que cualquier otro en su unidad, y su habilidad con un lanzagranadas. Jaru estaba vivo porque se había inclinado en el momento en que el techo cedió y un módulo de carga cercano había absorbido el impacto inicial. Aunque estaba medio aplastado, este todavía servía para mantener la losa en alto. El soldado había extendido las piernas y estaba pateando el suelo.

Órdenes fueron gritadas, cuerpos se movieron a través de la

polvorienta oscuridad, y soldados sujetaron la losa. Dos droides, ambos diseñados para trabajos pesados de construcción, siguieron a los humanos situándose en posición. Un oficial contó hasta

tres, músculos se tensaron, ojos se desorbitaron y sistemas hidráulicos gimieron, pero no ocurrió nada.

Fue entonces cuando se produjo la siguiente serie de temblores. Grandes pedazos de roca cayeron, un casco se rompió y un soldado cayó. Estaba muerto antes de tocar el suelo. Jaru gimió y continuó pateando.

—Cogedle por los tobillos —ordenó Yun—, y preparaos para tirar.

Si a las tropas imperiales se les había enseñado a entender algo, eso era la obediencia ciega. El oficial dio una serie rápida de órdenes y los hombres se lanzaron a obedecer tomando a Jaru por los tobillos.

Una vez que los soldados de asalto estuvieron en posición, Yun cerró los ojos, recurrió a la Fuerza y «vio» la losa elevarse en el aire. Era una medida realmente desesperada, ya que nunca había movido nada ni siquiera de una cuarta parte de ese tamaño durante su aprendizaje o en los años posteriores. Pero no podía dejar a Jaru yaciendo allí, no podía dejarlo morir, no podía…

Perlas de sudor salpicaban la frente del Jedi, las uñas se clavaron en las palmas de sus manos y sus labios formaron una mueca. Vio luz ardiendo más allá de sus párpados, energía crepitó, y algo se movió.

Los soldados de asalto le vitorearon. Yun abrió los ojos, vislumbró la losa flotando a un metro del suelo, y de repente perdió la concentración. La roca chocó contra el suelo con un enorme golpe, se partió por la mitad y se dividió en pedazos.

Yun, seguro de que Jaru había resultado muerto, sintió una horrible sensación de desesperación. Fue entonces cuando el oficial le dio una palmada en la espalda, Jaru se materializó entre un par de soldados, y todo había terminado.

Cargaron a Jaru en una camilla improvisada y lo llevaron a la superficie. El resto del grupo de trabajo le siguió. Los temblores ya habían pasado, y fue entonces, mientras seguía al oficial por una escalera muy desgastada, cuando Yun se dio cuenta de lo que había hecho.

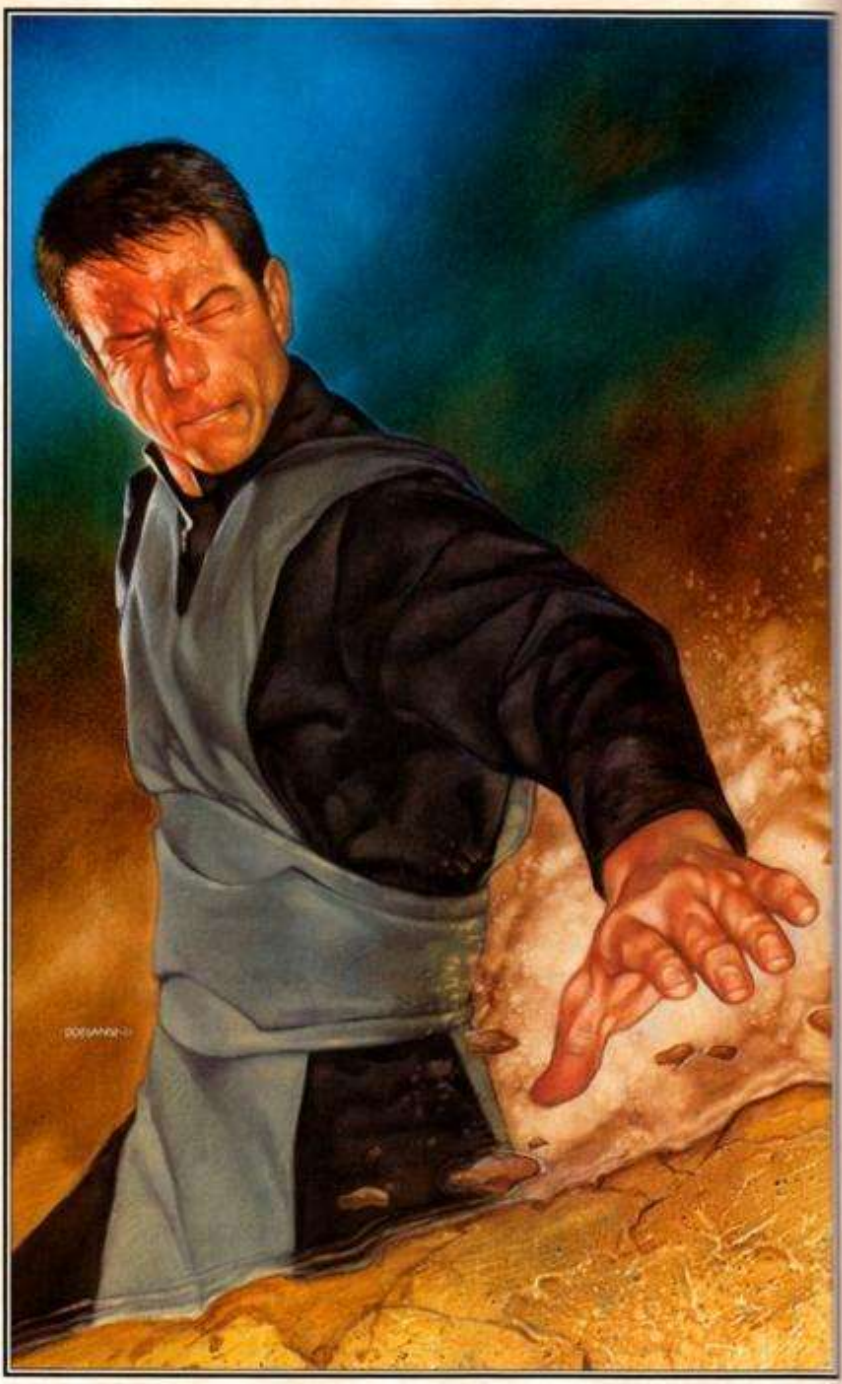
Sí, confirmó Rahn. *Cuando las cosas han ido mal, te has olvidado del*

Lado Oscuro… pero el poder que necesitabas estaba ahí. Piensa en ello.

Yun lo *pensó*. Hasta muy entrada la noche. Soñó, pero ninguno de los sueños se centró en la muerte, y una sonrisa se abrió en sus labios.

La cubierta de administración estaba solo unos pocos niveles por encima de la superficie. Eso hacía que fuera más fácil para las tropas estacionadas en tierra el ir y venir. La oficina era bastante austera y previsiblemente permanecería así. Cajas desembaladas estaban apiladas contra una pared sin terminar, un cable pelado colgaba de un panel de acceso, y el aire olía a sellador.

Sariss observó a Yun por encima de su escritorio algo desordenado. Tenía el mismo aspecto, pero se *percibía* diferente, aunque la naturaleza del cambio se le escapaba. Ella había oído hablar sobre el incidente del levantamiento de la roca, todos lo habían hecho, y leyó el informe del oficial. Incluso Yun había admitido que todo fue una anomalía, casi un milagro que no sería capaz de replicar. Sin embargo, el episodio *aún* apuntaba a un talento extremadamente fuerte, uno que podría resultar ser superior al suyo algún día, una posibilidad que nunca antes se le había pasado por la cabeza a Sariss. Quizás era eso… tal vez Yun había ganado confianza adicional y estaba empezando a mostrar su poder. Una posibilidad no del todo agradable en una meritocracia altamente competitiva. Sariss compuso una sonrisa y forzó a sus labios a mostrarla.



—Lo has hecho bien… incluso Jerec está de acuerdo.

Yun pareció satisfecho.

—Gracias.

Sariss se rio entre dientes.

—Será mejor que esperes a escuchar lo que voy a decir… podrías cambiar de opinión.

Yun levantó una ceja.

—¿Una nueva tarea? ¿Algo peor que pastorear a los aulladores? Difícilmente parece posible.

—Oh, pero lo es —le aseguró Sariss alegremente—. Parece que una patrulla —echó un vistazo a su cuaderno de datos—, Zulú, Capaz, Mary 341 para ser exactos, lleva un retraso de cuarenta y dos horas.

—¿Contacto por comunicador?

—Ninguno.

—¿Búsqueda aérea?

—Cuatro aeronaves, baja altura, patrón estándar. Sin suerte.

—¿Droides sonda?

—Enviados… pero nada de momento.

Yun guardó silencio por un instante.

—¿Por qué yo?

Sariss se encogió de hombros.

—¿Por qué no? El sol te vendrá bien. Además, esto requiere un poco de cerebro.

Toda una patrulla ha desaparecido sin dejar rastro. ¿Por qué? Jerec quiere saberlo.

—¿Qué hay de los aulladores?

—Pondré a Boc con eso.

Yun sonrió.

—Cuenta conmigo.

Sariss sonrió.

—Suponía que eso te gustaría.

Yun podría haber solicitado un deslizador, una oruga mecánica o incluso una lanzadera de asalto, pero en su lugar optó por un AT-ST y un AT-AT. En parte porque las máquinas eran excelentes plataformas desde donde observar el terreno circundante, en parte porque tenían suficiente potencia de fuego como para igualar cualquier cosa que probablemente encontrara, y en parte porque le gustaban esas pesadas máquinas. No solo por el aspecto que tenían de monstruos con lados planos, sino también por la sensación de poder que transmitían. Él montaba en el explorador biplaza de siete metros de altura, mientras que la máquina más grande y de mayor peso avanzaba por detrás.

El piloto del AT-ST era un teniente segundo de nombre Momo. Prefería «Perro Rabioso Momo», pero no había podido implantar el apodo entre las tropas. Tal vez por su cara de niño bueno, su sonrisa bastante atractiva y el hecho de que nunca había disparado un tiro con rabia.

Momo sacó el caminante de la hondonada y lo condujo a la llanura. Miró hacia el panel de control y a continuación al Jedi.

—Es esto, señor… el límite oriental de su área de patrulla.

Yun asintió.

—Tómate un descanso, teniente. Subiré arriba.

—¡Señor! ¡Sí, señor!

Un servo chirrió, la escotilla superior se abrió, y Yun trepó por los peldaños anclados al mamparo. Hacía calor afuera, especialmente saliendo del interior con aire acondicionado, y entrecerró los ojos ante la luz.

El Jedi emergió justo a tiempo para ver cómo el AT-AT se detenía a una distancia respetuosa. La cabeza del monstruo giró cuando el piloto usó los sensores montados en la barbilla para explorar las rocas circundantes.

Yun sacó los electrobinoculares de la bolsa de su cinturón, dio la espalda al transporte y miró hacia el norte. No vio ningún rastro, ni era probable que lo hiciera, ya que la patrulla había ido montada en un deslizador terrestre además de dos motos deslizadoras. Bajó los binoculares.

Entonces, ¿qué hacer? El área de patrulla autorizada había sido inspeccionada desde el aire… y ahora desde el suelo. Si los vehículos (o los restos de los vehículos) hubieran sido visibles, alguien ya los habría visto.

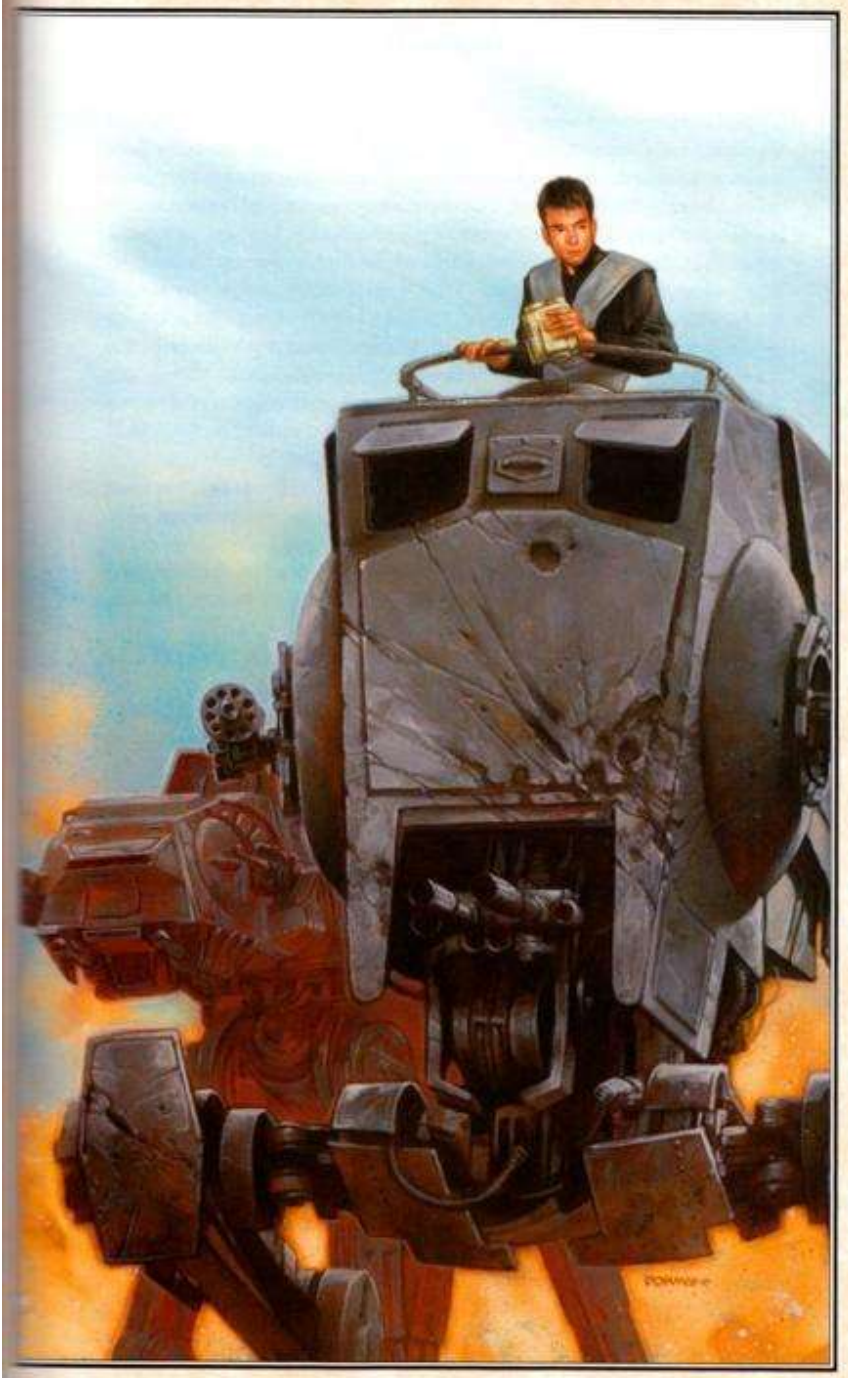
Pero, ¿y las zonas *fuera* del área de patrulla autorizada del teniente Aagon? ¿Dónde habrían ido, y por qué? Yun tenía una teoría sobre eso… una teoría basada en su recorrido por los alojamientos de los hombres desaparecidos. Todos y cada uno de los soldados de Aagon tenían trofeos colgando sobre sus literas. Organismos en forma de esfera con grandes ojos captadores de luz y tentáculos de aspecto delicado.

Nadie parecía saber de dónde venían los trofeos o cómo los soldados de asalto los adquirieron, pero Yun podía imaginárselo. Patrullar era aburrido, y Aagon, un tipo inventivo sin lugar a dudas, había descubierto una manera de animar las cosas. Al hacerlo, rutinariamente había dejado el área que le asignaron para patrullar e ir…

¿adónde?

¿Al sur a las tierras baldías? ¿Al oeste hacia la torre y sus oficiales superiores? ¿Al este hacia la montaña de aspecto abrupto? No, nada de eso parecía muy probable, no teniendo en cuenta la planicie desértica que se extendía hacia el norte y los nativos que se rumoreaba que deambulaban por ella.

Una vez tomada la decisión, Yun devolvió los electrobinoculares a la bolsa, bajó por la escalerilla y emitió una nueva serie de órdenes. Los caminantes se volvieron hacia el norte, incrementaron la velocidad y continuaron la cacería.



Kyle se maravilló ante lo hermosa que era Jan. Sus ojos estaban cerrados de modo que las pestañas largas y oscuras estaban cerca de tocar sus mejillas, una de las cuales estaba manchada de polvo. Una mano descansaba sobre el bláster, la otra yacía con la palma hacia arriba, parecía indefensa. Sin embargo, él sabía la verdad… y tuvo cuidado de no tocar a Jan.

—Oye, Jan… hora de despertar.

—¿Qué? —Jan abrió los ojos, parpadeó, y se los frotó con los puños. Miró su crono de muñeca—. ¿Cuál es el problema? Pensaba que habíamos acordado dormir para variar.

—Ojalá pudiéramos —convino Kyle—, pero Fido ha divisado una patrulla imperial.

Un AT-ST y un AT-AT… ambos en dirección norte.

Jan salió de debajo de las sábanas, agarró los pantalones y se los puso. Kyle sonrió, y ella le sacó la lengua.

—Libertino.

—Solo contigo…

—Mejor —dijo Jan, abrochándose el cinturón con el bláster alrededor de su cintura—, porque odiaría tener que rellenar un montón de informes explicando tu muerte prematura.

Kyle intentó parecer aterrorizado y la siguió fuera de la antigua armería hacia la parte principal del templo.

Grif Grawley estaba esperando.

—El deslizador está listo… vámonos.

Kyle asintió.

—¿Crees que se dirigen hacia aquí? ¿Que tendremos que desviarlos?

Grif se encogió de hombros.

—Es difícil de decir. Espero que no… pero es mejor eso que dejar que encuentren tanto el templo como el *Cuervo*.

—¿Y Flotador? ¿Deberíamos llevarlo con nosotros?

El colono negó con la cabeza.

—No, la luz del día es demasiado dura para él. Además, Flotador no está hecho para este tipo de cosas.

Los agentes estuvieron de acuerdo, siguieron al colono al deslizador capturado, y despegaron. Era por la tarde, por lo que las ocasionales colinas o mesetas proyectaban sombras largas y oscuras hacia el este. Grawley las usaba cada vez que podía, lanzándose de una a otra, haciendo todo lo posible por mantener un perfil bajo.

Finalmente, después de quince minutos más o menos, el colono condujo el deslizador hacia un lecho fluvial seco y lo siguió hacia una meseta de aspecto imponente.

—Hay un buen escondite cerca de la base —explicó—, y un camino hasta la cima.

Tendremos una buena vista desde allí y, suponiendo que sigan el mismo rumbo, mucho tiempo para reaccionar, si es necesario.

Jan estuvo tentada de preguntar qué opciones tenían si los imperiales *no* mantenían su rumbo actual, pero se las arregló para mantener la boca cerrada.

Fiel a su palabra, Grif guió el deslizador hacia un semicírculo de rocas, apagó los motores y agarró su mochila. Los agentes hicieron lo mismo. Ninguno de ellos planeaba quedarse, pero valía la pena tener cuidado.

Gran parte del sendero era natural, siguiendo una antigua línea de falla donde las fuerzas combinadas de sol, viento y lluvia habían retirado el material más suave para revelar la roca sedimentaria subyacente. Aun así, no se podía eludir el hecho de que seres inteligentes con herramientas habían mejorado aquello que la naturaleza comenzó, dando forma a cornisas en acantilados de otro modo escarpados, demoliendo salientes peligrosos y creando desvíos cuando el camino se estrechaba. ¿Quiénes fueron esos misteriosos ingenieros? Como tantas otras cosas en Ruusan, no había forma de saberlo.

Les llevó casi media hora llegar a la cima… Kyle estaba sin aliento. Grif, por el contrario, parecía completamente indiferente… un hecho que el hombre más joven encontró molesto.

—Vamos —instó el colono—, vayamos al lado este. Ya deberíamos poder verlos. He enviado a Fido a casa para que no lo descubran.

La superficie de la meseta era plana y estaba llena de rocas sueltas y algunas plantas resistentes. Restos de muros derruidos marcaban el contorno de una antigua fortaleza.

Uno de ellos estaba situado bastante cerca del borde, y Grif hizo un gesto para que los agentes se ocultaran tras él. Obedecieron, sacaron sus electrobinoculares y miraron hacia el este. El sol estaba a punto de ponerse, pero Kyle no tuvo dificultades para reconocer el peñasco y las rocas más pequeñas que lo rodeaban. Este era el lugar donde se libró la batalla y los muertos yacían enterrados.

—¡Mira! —dijo Jan, señalando hacia el sureste.

Kyle se volvió, vio algo oscurecer el visor, y redujo el aumento del dispositivo. No había dudas sobre los caminantes o su destino. Kyle bajó los binoculares. ¿Qué les había atraído a este lugar en particular? ¿Casualidad? ¿U otra cosa? Fuera lo que fuera, no le gustaba. ¿Y si los imperiales encontraban algo? Con la seguridad tan estricta como era, precauciones adicionales por parte de los imperiales podían hacer casi imposible una misión ya de por sí difícil. Se encontró con la mirada de Jan, supo lo que ella estaba pensando y se encogió de hombros.

—El tiempo dirá, Jan… el tiempo dirá.

Los caminantes se detuvieron justo al sur de la pila de rocas. El AT-ST hizo guardia mientras el enorme AT-AT se arrodillaba para arrojar un par de orugas mecánicas y una compañía de soldados de asalto. El cabo Niko Smith bajó por la rampa, corrió para cubrirse y se tendió sobre el vientre. Su sargento, un canoso veterano llamado Zonka, miró por encima del hombro, vio quién era, y asintió.

—Caramba, sargento, parece que hemos revuelto cada peñasco, piedra y roca entre aquí y la torre. ¿Qué es lo que pasa?

—Lo que pasa son cien créditos por semana y la sincera gratitud del Imperio —

respondió Zonka—. Ahora pon tu culo en marcha.

Smith sonrió, hizo señas a su equipo para avanzar y se perdió entre las rocas.

Yun abrió la escotilla superior y observó mientras los soldados se desplegaban, avanzaban por escuadrones, y entraban en la maraña de rocas. Era solo otra pila de rocas para ellos… una tarea que debía abordarse de la manera más rápida y eficiente posible. Sin embargo, no lo era para él. No, de alguna manera, este lugar era diferente.

Aquí se había librado una batalla… y gente había muerto. ¿Pero cuándo? ¿Hacía una semana? ¿Mil años? No había forma de estar seguro.

El sol cayó por debajo de la meseta a su izquierda. Parecía aún más negra contra un fondo de gloriosa luz rosada. Y había algo más, también, una fluctuación casi indetectable en la Fuerza, del tipo que señalaba a una o más mentes inteligentes. No era demasiado sorprendente, ya que algunos de los colonos sobrevivieron al ataque al Fuerte Ninguna Parte, excepto por el hecho de que Yun *reconocía* al menos a una de esas mentes, o al menos eso pensaba.

El hombre en cuestión era un imperial renegado, el hijo del mismísimo líder rebelde que descubrió el Valle de los Jedi y posteriormente fue ejecutado. Cuando se topó con él había sido considerablemente más débil, pero aun así lo suficientemente fuerte como para luchar contra Yun hasta vencerle y perdonar su vida. Un acto que el Jedi Oscuro encontró desconcertante… e inicialmente interpretó como una señal de debilidad.

El descubrimiento prendió pensamientos que se arremolinaron en la mente de Yun.

Un Jedi rebelde, aquí en Ruusan… ¿por qué? Para detener a Jerec, por supuesto, para liberar a los espíritus atrapados, para contrarrestar todo aquello a lo que Yun se había dedicado.

Era un descubrimiento sorprendente, y el Jedi acababa de empezar a pensar en ello cuando el teniente Momo le tiró de la pernera del pantalón. Yun descendió a la cabina.

—¿Sí?

—Perdón por molestarlo, señor, pero los efectivos terrestres han encontrado algo.

—¿Qué?

—Un casco, señor, con RW957 escrito en el interior.

Yun revisó su cuaderno de datos. El soldado RW957 había sido miembro de la patrulla desaparecida, lo cual parecía confirmar su tesis: la patrulla salió del área asignada, tropezó con cierta oposición y perdió la pelea posterior. Eso, combinado con el hecho de que los rebeldes tenían a uno o más agentes en el terreno, llevaba a una conclusión obvia. Una conclusión que Yun decidió guardarse para sí mismo.

—Está oscureciendo. Retira las tropas, establece un perímetro defensivo y espera a la mañana. Entonces completaremos la búsqueda.

Momo asintió.

—¡Señor! ¡Sí, señor!

Yun subió por la escotilla y miró hacia la meseta. La otra mente estaba allí, desde luego… todavía observando, todavía esperando. Yun consideró sus opciones y se sorprendió al descubrir que tenía varias.

El curso obvio era informar de todo lo que sabía, intentar capturar a los rebeldes y adquirir más estatus. Más estatus, más respeto, y más oportunidades para matar gente.

¿Y los aulladores? Todo el proceso de pensar en ellos como individuos, de empatizar con su difícil situación, había cambiado la forma en que se sentía respecto a ellos. Jerec planeaba mantenerlos confinados… usar el poder para sus propios fines oscuros.

¿Y los incontables miles de millones de seres sobre los que descargaría su puño? Yun sabía que carecía del coraje para defender su causa directamente… pero, ¿y si había otra manera? ¿Y si todo lo que tenía que hacer era ignorar algo que podría o no ser verdad?

Además, una deuda estaba pendiente, y las deudas deben ser saldadas.

El Jedi tomó la decisión mientras la oscuridad cubría el paisaje. Formó el pensamiento, no para el otro hombre, sino para sí mismo.

Perdonaste mi vida… y yo perdono la tuya. Usa el regalo sabiamente.

Kyle bajó los electrobinoculares y los guardó.

—¿Y bien? —preguntó Jan—. ¿Qué piensas?

El otro agente se encogió de hombros.

—No puedo estar seguro… pero creo que tienen un Jedi con ellos… y él sabe que estamos aquí.

Jan pareció alarmada.

—Entonces, ¿dónde están los cazas TIE? ¿Cómo es que estamos vivos?

Kyle negó con la cabeza.

—No tengo ni idea.

—Entonces, ¿entramos al Valle?

—Para eso hemos venido.

—Sí —dijo Jan pensativa—. Para eso hemos venido.

La primera de las tres lunas apareció sobre el horizonte oriental y arrojó luz a través del paisaje.

CAPÍTULO *5*

Los rebeldes aterrizaron el *Cuervo* a unos cinco kilómetros del objetivo. Estaba oscuro, y la maniobra requería habilidad. Habilidad que Jan había perfeccionado en los últimos años. Estaban muy lejos del Valle… pero era lo más cerca que se atrevieron a ir. El área estaba repleta de soldados, droides de ataque y AT-ST. Al aterrizar en un cañón y cubrir la nave con redes de camuflaje, esperaban escapar a la detección.

WeGé bipeó tristemente cuando le ordenó quedarse atrás, pero Kyle se mantuvo firme. El droide sería un lastre cuando se enfrentaran a escaladas… y ya tenían suficientes problemas.

El grupo consistía en Kyle, Jan, Grif y el brincador llamado Flotador. Una vez que tuvieron la nave asegurada, partieron en lo que Kyle sabía que era dirección sur.

Flotador los condujo a través de un laberinto de retorcidos cañones. Cómo se las arreglaba el brincador para navegar a través del laberinto era un misterio.

Kyle se sorprendió por la facilidad con que el nativo se manejaba en el terreno montañoso. Especialmente dado el grado en que su especie se había adaptado a la vida en el desierto abierto. Sin embargo, el cuerpo

aparentemente frágil con forma de globo y los brazos con forma de tentáculo eran engañosos. Gracias a su insignificante masa corporal y sus múltiples extremidades, Flotador escalaba con facilidad. Y, mientras que los humanos se veían forzados a descender en rápel por los acantilados verticales, al brincador le encantaba lanzarse al vacío y flotar hasta el suelo.

La oscuridad hizo que la caminata fuera aún más traicionera, y si no hubiera sido por las gafas de visión nocturna, los humanos no hubieran podido continuar.

Todo fue bien, *muy* bien, hasta que los rebeldes estuvieron a medio kilómetro del Valle. El amanecer pilló al grupo ascendiendo la pendiente casi vertical de un barranco quebradizo. Flotador avanzaba al frente, y Grif iba el siguiente con Kyle y Jan atados con cuerdas por debajo.

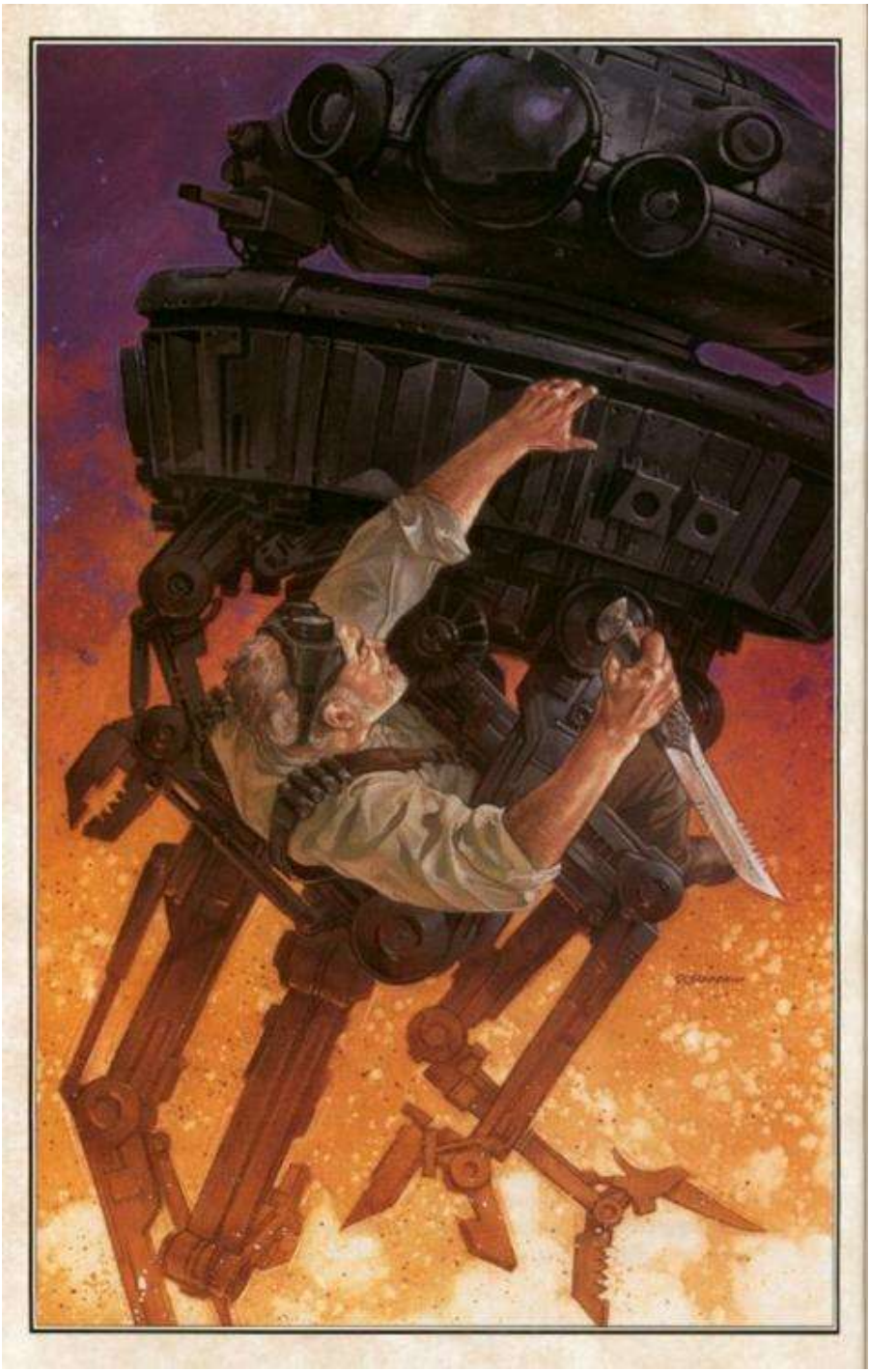
Grif acababa de trepar hasta una amplia cornisa cuando escuchó el sonido inconfundible de motores encendiéndose. Un droide de ataque, ahora alertado de la presencia rebelde, se elevó desde una hendidura oscura del precipicio a la izquierda de Grif, quien hizo lo primero que se le vino a la mente: se abalanzó hacia el droide.

El droide de ataque tenía dos objetivos a veces enfrentados: reunir información de inteligencia y matar intrusos. El segundo imperativo tomó momentáneamente prioridad sobre el primero. Siendo ese el caso, la máquina respondió a la carga del rebelde cargando a su vez.

No había tiempo para sacar el bláster, por lo que Grif abrió los brazos y maldijo cuando la máquina se estrelló contra su cuerpo.

Kyle oyó un ruido y levantó la vista justo a tiempo para ver al droide de ataque, con Grif pegado en la parte delantera de su carcasa, flotar sobre el abismo. Hubiera sido cómico si el droide no hubiera agarrado una de las piernas del colono y la hubiese aplastado con un par de poderosas pinzas.

Grif rugió de dolor, sacó su cuchillo de caza de medio metro de largo y golpeó duramente el fino recubrimiento de aleación del robot. La hoja, que había sido fabricada con metal de casco de nave duro como el diamante, cortó a través del cableado de la máquina y cortocircuitó el sistema de guía.



Jan fijó su posición y esperó a tener vía libre para disparar. El droide

giró sobre su eje y llevó a Grif a dar un paseo. Jan quería disparar pero tenía miedo de hacerlo. Las posibilidades de golpear a Grif eran demasiado altas… por no mencionar el hecho de que la cuerda que la sujetaba había comenzado a balancearse.

El colono estaba furioso ahora, apuñalando a la máquina una y otra vez, y gritando con odio.

—¡Esto por Katie, esto por Carole, y esto por mí!

Grif golpeó algo crítico, y el droide de ataque se tambaleó y aceleró. Hubo un momentáneo destello luminoso cuando golpeó la pared del cañón y cayó hacia las rocas de abajo.

Kyle sintió la muerte de Grif a través de la Fuerza, Jan se mordió el labio.

Pero no había nada que pudieran hacer… nada excepto retroceder o continuar. Kyle trepó hasta la cornisa y esperó a que Jan se uniera a él.

El sentido común le decía a Kyle que retrocedieran… pero la importancia de la misión lo impulsaba a seguir. Estaban cerca, *muy* cerca, y no había ninguna garantía de que las condiciones mejoraran más adelante. De hecho, parecía lógico suponer que los imperiales endurecerían su control, haciendo cualquier tipo de incursión mucho más difícil. Aun así, había otras vidas en juego, y Kyle no tenía derecho a tomar decisiones por Jan o Flotador.

Kyle esperó hasta que Jan estuvo en la cornisa y sostuvieron un breve consejo de guerra.

—No hay manera de saber si el droide ha enviado algún tipo de informe, pero deberíamos suponer que sí. Los imperiales enviarán una patrulla… y encontrarán los restos.

— *Y* el cuerpo de Grif —dijo Jan sobriamente.

—Y el cuerpo de Grif —convino Kyle—. ¿Pero qué supondrán cuando lo encuentren? ¿Que era parte de un grupo buscando penetrar en el Valle? ¿O alguien que iba solo y terminó en el lugar equivocado en el momento equivocado?

—Ojalá sea la segunda posibilidad —dijo Jan juiciosamente—, pero la primera parece más probable. Alguien inteligente se habría marchado ante un apuro.

Kyle escaneó su rostro.

—¿Y?

Ella se encogió de hombros.

—Tenemos una misión que llevar a cabo. Continuemos.

Kyle asintió, buscó a Flotador y no pudo encontrarlo. Se puso las gafas de visión nocturna sobre los ojos y volvió a intentarlo. El nativo estaba muy arriba… y seguía ascendiendo. El rebelde sonrió y señaló hacia arriba.

—Bueno, si las acciones dicen más que las palabras, entonces sabemos qué piensa Flotador… Vamos.

Las horas siguientes fueron difíciles, debido tanto a las demandas físicas involucradas como a la constante amenaza del descubrimiento. En un momento dado una lanzadera retumbó pasando sobre sus cabezas, y una patrulla montada en motos deslizadoras pasó a través de un cauce seco cruzándose con otra en dirección opuesta.

De hecho, la densidad de imperiales era tal que Kyle estaba a punto de buscar un escondite cuando Flotador los condujo a un acueducto. Tenía unos diez metros de ancho y seis de alto.

A diferencia de los canales de irrigación abiertos comunes en muchos planetas, el acueducto incorporaba una tapa diseñada para limitar la cantidad de agua perdida por evaporación. Una tapa que ocultaba a los rebeldes de las naves que pasaban por encima.

El hecho de que el antiguo canal siguiera el contorno del terreno y condujera hacia el Valle de los Jedi lo hacía perfecto. Kyle le dio a Flotador una palmadita de aprobación y siguió al nativo en la oscuridad.

Jerec estaba de pie, con las manos entrelazadas a la espalda, y miraba a través de la ventana de transpariacero. O al menos eso parecía, dado que el Jedi era ciego. Sin embargo, «ver» involucraba tantas dimensiones como «saber», y Jerec veía muchas cosas que estaban ocultas para los demás, una de las más importantes de las cuales era la tormenta metafísica que rugía en el Valle y el poder encerrado allí.

La idea hizo sonreír a Jerec. El Valle era todo lo que había esperado y más…

Extrayendo el poder que residía allí y dándole forma con su voluntad, el Jedi Oscuro controlaría el Imperio. No, no los patéticos restos de lo que Palpatine y otros habían desperdiciado, sino algo nuevo, algo glorioso, algo nunca visto antes.

Un Imperio que iría *más allá* de los logros del pasado, *más allá* de los sistemas estelares circundantes, *más allá* de las galaxias vecinas para incluir todo lo que fue o será… ¡ese sí era un objetivo! *Eso* era un Imperio.

Sin embargo, tendría que ser cuidadoso, *muy* cuidadoso, ya que las fuerzas que impedían que los espíritus Jedi abandonaran el Valle se habían debilitado con el paso del tiempo y debían ser fortalecidas. Un escape sería desastroso, ya que el poder que necesitaba fluía de los prisioneros. No obstante, no había necesidad de preocuparse, ya que las reparaciones habían comenzado y pronto serían completadas. La idea le complació, y el Jedi frunció el ceño cuando una voz sonó por detrás de él.

—¿Lord Jerec?

—¿Sí? ¿Y ahora qué?

El oficial, un teniente relativamente novato, tragó nerviosamente.

—Un informe, señor… del Droide de Ataque DA-43. Un grupo de tres humanos y un alienígena no clasificado han pasado a través del Perímetro Dos y se dirigen hacia aquí.

—¿Estado actual?

—No estamos seguros. El DA-43 ha sido destruido. Otros recursos han sido enviados pero aún no han llegado.

El Jedi consideró las palabras del oficial. Ahora que el Valle estaba bajo su control, Jerec no tenía ninguna prisa en particular. Necesitaba tiempo para prepararse, pero más que eso, tiempo para saborear lo que el destino le había ofrecido, al igual que un sibarita podía demorarse en degustar un postre excepcional y cuidadosamente preparado.

No obstante, había fugas, fugas que podían duplicar o incluso triplicar sus capacidades, y despertar su apetito por más. El Maestro Jedi

dirigió su mente hacia el exterior, trazó un círculo alrededor de la caldera de turbulenta energía, y localizó un lugar donde un flujo constante de energía oscura había atravesado el caparazón protector y se perdía en el espacio.

Jerec eligió un único rayo de esa energía negativa, recurrió a su poder, y se sintió a sí mismo expandirse. Más y más hasta que su mente estuvo en todas partes, hasta que fue uno con la oscura estructura interna de la misma Fuerza, hasta que estuvo al borde de lo que percibió como ser todopoderoso.

No era el estado de iluminación sobre el que tanta gente parloteaba, sino un estado en el que el poder podía ser alcanzado, moldeado y aplicado… todo sin los tediosos años de meditación, estudio y aprendizaje que los defensores del Lado Luminoso consideraban tan necesarios. Era el siguiente paso, el paso *más allá* de la Maestría Jedi, donde Jerec se encontraba ahora.

Y fue entonces, con ese estado próximo a la omnisciencia, cuando rastreó en busca de signos de vida. Miles aparecieron, cada uno identificable al instante, cada uno distinto del resto. Sintió al teniente, a pocos metros de distancia, asustado y ansioso por irse; sus guardaespaldas, con las mentes en blanco por el tedio; Sariss, llena de planes; Boc, saboreando el malestar de otro ser; Yun, confundido e inseguro; Maw, buscando algo para expresar su furia; animales, siguiendo los dictados de su programación genética; y allí, más cerca de lo que él hubiera pensado, los intrusos. Y no intrusos *cualquiera*… ¡ *Kyle Katarn*!

Pero espera… el chico había cambiado, se había convertido en algo más que una molestia: ¡un Caballero Jedi! No del todo inesperado, ya que Jerec había sido consciente del potencial del muchacho antes que él mismo, pero no obstante sorprendente. *Un Jedi autodidacta, es algo casi inaudito… ¡a menos que…!* Y la verdad inundó su mente. El joven tenía un mentor: ¡Rahn!

Una risa llegó como desde muy lejos… y Jerec sintió una súbita puñalada de miedo.

Sintió el deseo de alcanzarla, de aplastar aquello que se le oponía, pero controló el impulso. Era un giro interesante, pero no una amenaza inmediata.

Además, reflexionó Jerec, dirigiendo el pensamiento hacia afuera, *incluso la mejor espada puede ser empuñada contra aquellos que la*

forjaron.

La risa se detuvo, y una sonrisa tiró de los labios de Jerec. Había dado en el blanco.

En algún lugar dentro del laberinto de creencias, pensamientos y experiencias que conformaban la personalidad de Kyle Katarn, existía una flaqueza, una flaqueza que, como la necesidad de aprobación de Yun o el sadismo carente de sentido de Boc, podía ser aprovechada. La idea complació al Jedi, y tomó una decisión.

—Seguid vigilando. Mantenme informado.

Las botas del teniente claquearon cuando las entrechocó poniéndose firme.

—¡Señor! ¡Sí, señor!

Una columna de soldados pasaba junto a la torre en dirección a los antiguos almacenes escondidos entre las paredes del Valle. La recolección continuaba. La vida era buena.

El acueducto era viejo, *muy* viejo, o eso le parecía a Jan mientras seguía a Kyle hacia un distante punto de luz. Sus varas luminosas proyectaban círculos de luz sobre las paredes suavizadas por el paso del agua. Túneles secundarios aparecían de vez en cuando, con sus bocas abiertas de par en par, insinuando destinos en la profundidad de la roca.

—Vigila por donde pisas —dijo Kyle, pero no antes de que algo crujiera bajo sus pies. Jan dirigió la luz hacia abajo. El esqueleto, o lo que quedaba de un esqueleto, pertenecía a una especie que no había visto antes. ¿Había sido inteligente? Las cuencas de los ojos pareció que la miraran con reprobación… como si la respuesta fuera obvia.

La luz se hizo más intensa, el túnel se abría a una cornisa. Flotador hizo un gesto con sus tentáculos, y Kyle salió del canal gateando. Jan lo siguió. Una pared artificial de piedra proporcionaba algo de cobertura, o al menos eso pareció hasta que un par de cazas TIE rugieron por encima, rodearon un pilar de roca y desaparecieron.

Jan gateó hasta el lado de Kyle, se puso de rodillas y miró por encima

de la pared.

Una torre se elevaba decenas de metros en el aire. Plataformas de aterrizaje brotaban a ambos lados, así como brazos de carga retráctiles. Jan vio cómo un carguero pesadamente cargado rompía el contacto, caía cincuenta metros, contenía el descenso y se alejaba lentamente.

La nave tendría que abrirse camino a través de una serie de cañones interconectados antes de emerger sobre el desierto donde podría adquirir velocidad. Velocidad que le permitiría liberarse del pozo gravitatorio del planeta y dejar la atmósfera. Una señal segura de que los imperiales habían encontrado algo que valía la pena robar. También había otros cargueros, junto con lanzaderas y un grupo de cazas TIE.

Kyle escaneó el valle que se extendía por debajo. Observó a un par de AT-ST

avanzar a lo largo de un sendero, un trío de droides de ataque se deslizaba hacia la

torre y una columna de soldados de asalto marchaba hacia un edificio prefabricado. Jan le dio un codazo en el brazo.

—Bueno, ¿qué piensas?

—Es peor de lo que imaginaba —respondió Kyle, escaneando la torre a través de sus electrobinoculares—. *Mucho* peor. Los imperiales tienen sus garras bien clavadas en este lugar.

Jan asintió.

—Eso seguro.

—Espera un momento —dijo Kyle suavemente—. Mira quién está aquí.

El Jedi entregó los electrobinoculares a Jan y señaló hacia la torre.

—En la plataforma de aterrizaje más alta. Un hombre y una mujer.

Jan se centró en la parte más alta de la torre y permitió que los binoculares descendieran hasta que apareció una plataforma. La mujer vestía de negro, al igual que el hombre.

—Los veo… ¿quiénes son?

—El hombre es Jerec —respondió Kyle pensativo—. La mujer es una de los muchos Jedi que lo sirven.

—¿Como los que mataste en Sulon?

—Exactamente.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

—Tú espera aquí —dijo Kyle—, mientras yo visito la torre.

—Yo también voy

—¿Y dejar a Flotador solo?

Jan miró al Jedi con abierta sospecha. ¿Estaba tratando de protegerla usando al brincador como excusa? ¿O estaba genuinamente preocupado por la seguridad del alienígena? Era imposible saberlo.

—Te meterás en problemas.

Kyle sonrió.

—Y tú me sacarás de ellos.

Ninguno de los dos notó al espía-celeste que cabalgaba sobre las corrientes térmicas por encima de ellos… tampoco eran conscientes del holo de alta resolución que estaba siendo enviado a la torre.

Las horas posteriores a la partida de Kyle transcurrieron con una inaguantable lentitud.

El sol ascendió, la temperatura aumentó, y Flotador se vio obligado a retirarse a la relativa oscuridad del acueducto. Jan, temerosa de que pudiera perderse algo, permaneció donde estaba.

Sin embargo, era difícil… difícil permanecer oculta, y difícil permanecer alerta.

Había sido una noche larga y extenuante, y eso, unido al calor del sol, la adormilaba.

Por eso mismo el deslizador de combate pudo acercarse tanto sin que

Jan lo notara.

El deslizador, los soldados de asalto y el conocimiento de que había cometido un terrible error, todo se registró en la conciencia de Jan en el mismo momento.

El vehículo llevaba media docena de soldados. Un oficial la señaló y gritó órdenes.

Una vez alertada, la rebelde fue rápida, *extremadamente* rápida, y el bláster pareció aparecer súbitamente en su puño. Disparó, el oficial cayó del deslizador y el cañón de energía montado en un extremo escupió en respuesta. El rayo pasó por encima de la cabeza de Jan y golpeó el acueducto. Roca supercalentada explotó en todas direcciones, y la abertura se derrumbó.

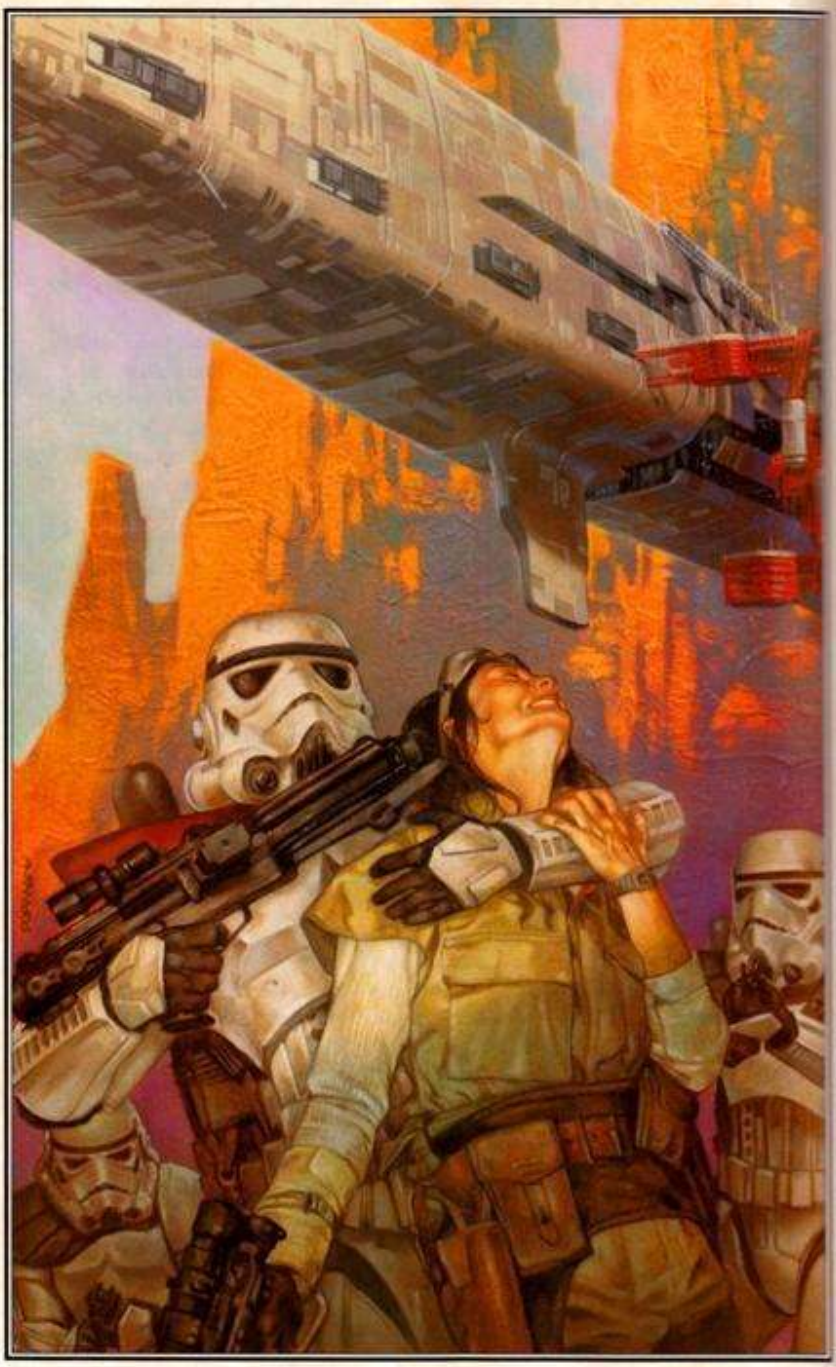
—¡Viva, idiota! —gritó un oficial, y Jan se lanzó hacia atrás cuando el deslizador amenazó con aplastarla.

A los soldados les llevó menos de tres minutos salir del deslizador, registrar a la agente e inmovilizar sus manos.

Un oficial, anónimo tras su visor, dio las órdenes pertinentes.

—Subidla a bordo. Apartad suficientes rocas para hacer un agujero. Podría haber más, y los quiero a todos.

Jan recordó los túneles secundarios que conducían a lo profundo de la ladera de la montaña y supo adónde se dirigiría Flotador. Era un pequeño consuelo… pero mejor que nada. Sus pensamientos se volvieron hacia Kyle. ¿Qué haría él sin ella? Y si llegara el caso, ¿qué haría ella sin él?



Kyle sintió que algo iba mal, pero no pudo identificar qué era. Extendió su conciencia, buscando peligros, y no encontró nada excepto tranquilidad.

Reconfortante… pero imposible dadas las circunstancias. Era como si alguien o algo hubiera sofocado sus sentidos. Pero eso era imposible, ¿no?

La inquietud continuó mientras Kyle descendía a través de una chimenea de tres lados y bajaba hasta el suelo. Había tenido suerte, casi *demasiada* suerte, pero no había nada que él pudiera hacer al respecto.

El Jedi consideró recoger la cuerda y decidió finalmente dejarla. Asumiendo que su suerte continuara y lograra regresar, la cuerda le resultaría útil.

El paso del tiempo, combinado con las fuerzas naturales de la erosión, habían causado que peñascos se acumularan al pie del acantilado. El rebelde los usó para ocultar sus movimientos.

La torre era un punto de referencia excelente y muy visible. El agente esperó hasta estar frente a la estructura, se abrió paso hasta el suelo del Valle y se asomó a través de un hueco entre las rocas. El área entre el escondite de Kyle y la base de la torre estaba completamente abierta. Cruzar era imposible. Todo lo que podía hacer era esperar.

Pasó una hora. El sol apretaba, su cuerpo exudaba sudor y había acabado con el agua de un trago. La situación del agente era desesperada para cuando apareció una oruga mecánica y le ofreció la única oportunidad que probablemente tendría. Vio a un solo guardia sentado al lado del conductor, conversando.

Kyle esperó a que la oruga se acercara a su posición, corrió por el espacio intermedio y saltó a un enganche. Un tren de quince vagones era arrastrado por la oruga y levantaba una enorme nube de polvo marrón rojizo. Le hizo toser, pero el ruido generado por el motor de la oruga mecánica cubrió el sonido.

El tren atravesó un parque de vehículos medio lleno y pasó junto a la torre. Kyle esperó hasta el momento propicio, saltó al suelo y corrió hacia una de las enormes zapatas sobre las que descansaba la estructura vertical. Esperó a ver si sonaba una alarma. Ninguna lo hizo.

Kyle se volvió y se escabulló hacia el núcleo interno de la torre. Los

centinelas, con su atención centrada en el Valle de más allá, quedaron de espaldas a él. El rebelde avanzó, presionó el botón «arriba» y esperó el ascensor. Las puertas se abrieron y se encontró frente a un par de comandos.

Kyle tenía el sable de luz bajo el brazo, del mismo modo que un oficial llevaría un bastón, y asintió mientras entraba. El rebelde efectuó una elegante media vuelta, vio que uno de los imperiales parecía querer decir algo y frunció el ceño. Eso, más el sable de luz, completó el engaño.

Los Jedi Oscuros, porque eso es lo que los imperiales suponían que era, eran notoriamente irascibles. Tanto es así que ninguno de los dos quiso probar su paciencia.

Las puertas se deslizaron cerrándose, y el turboascensor se elevó con lo que hubiera sido una velocidad encomiable si Kyle hubiera tenido prisa. Sí, él era un Jedi, y sí, había demostrado su valía contra tres de los subordinados del Maestro Oscuro, pero la idea de un mano a mano con Jerec lo aterrorizaba. Lo que necesitaba era ayuda… un montón.

El pensamiento fue respondido con otro pensamiento cuando Rahn se coló en la mente de Kyle.

La Fuerza está contigo… al igual que yo.

Kyle forzó una sonrisa.

—¿Cómo? ¿Sin descansos?

No últimamente, respondió el Maestro Jedi irónicamente, *no desde tu llegada a Ruusan.*

—Bien, necesito tu ayuda.

Saber eso y admitirlo es señal de fortaleza. El medio hombre espera. Usa mi nombre para ganar ventaja.

¿Quién era el medio hombre? ¿Y qué diferencia marcaría el nombre de Rahn? Kyle quería hacer una media docena de preguntas, pero el ascensor comenzó a decelerar. El agente preparó el sable de luz, dejó que su pulgar descansara sobre el interruptor y mantuvo la mirada fija en la puerta.

El ascensor se detuvo. Sonó un tono, y una luz se encendió. Las puertas se abrieron, y un droide mensajero se precipitó por la

abertura. Chirrió, envió una señal al turboascensor, y esperó a que la plataforma descendiera.

Kyle se aproximó a la entrada, miró hacia una plataforma vacía y oyó el zumbido de maquinaria. El mensaje estaba claro: salir o arriesgarse en el ascensor. No había señales

de un medio hombre, ni de un hombre completo, ni de ninguna clase de hombre.

Sorprendido por el error de Rahn, y más que un poco aprensivo, el rebelde salió a la plataforma. Sonó el tono, y la puerta se cerró tras él.

Una rampa de carga sobresalía hacia la derecha, y un carguero esperaba más allá.

Kyle dio dos pasos adelante, sintió algo «abrirse», y sintió un repentino torrente de sensaciones. Nada exótico, no según sus propios estándares en cualquier caso, solo el tipo de información que normalmente percibía a través de la Fuerza pero que había sido incapaz de alcanzar durante los últimos diez o quince minutos. ¿Por qué?

La respuesta llegó con una velocidad aterradora. Algo, no estaba seguro de qué, lo golpeó en el hombro y lo envió al suelo. Rodó sobre su espalda, se puso en pie y encendió el sable de luz. El aire crepitó y se llenó del hedor a ozono.

Fue en ese momento cuando Kyle se dio cuenta de que Rahn tenía razón… ¡ *faltaba* la mitad inferior del cuerpo de su oponente! Era la Fuerza lo que lo mantenía alejado del suelo. El cráneo del Jedi Oscuro estaba afeitado y parecía demasiado pequeño para su cuerpo. El odio llenaba sus ojos y tiraba de su boca de labios gruesos. Dos brazos igualmente enormes colgaban de su musculoso torso, y uno terminaba en un sable de luz.

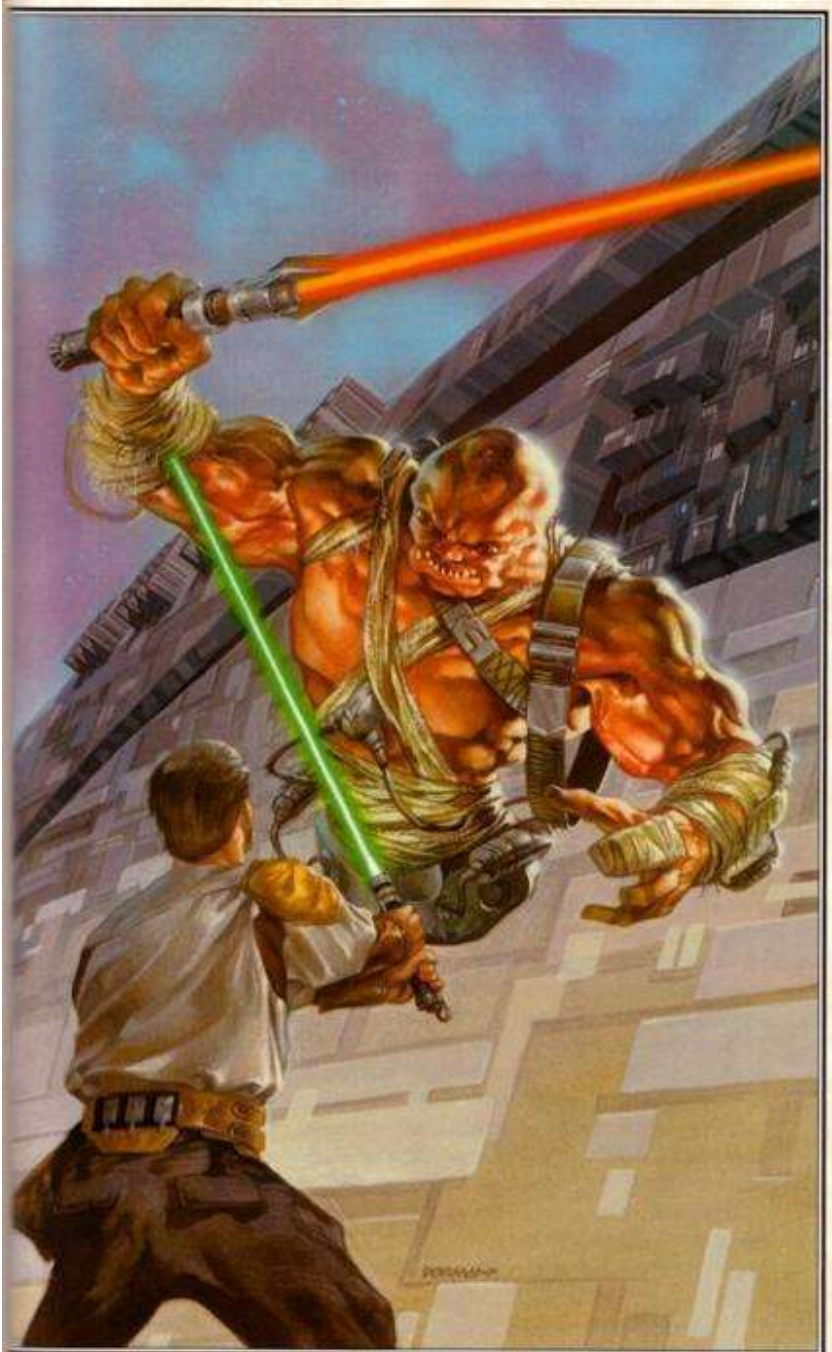
Además de mantener al Jedi flotando sobre la cubierta, la Fuerza también ejercía su influencia sobre otros objetos, incluyendo tuercas, tornillos, guijarros, una barra de racionamiento y varios pedazos de cable. Todo lo cual orbitaba alrededor del cuerpo del medio hombre como si fueran planetas y el Jedi Oscuro el sol. Su sable de luz zumbó con energía malévola, y las palabras que pronunció tuvieron una cualidad áspera.

—Soy Maw… ¡prepárate para morir!

—Tal vez —respondió Kyle con calma—, pero no olvidemos que mi

amigo Rahn ya te acortó considerablemente.

El efecto fue electrizante. El rostro de Maw se volvió morado por la furia, y lanzó un rugido de ira pura y dura. Aceleró con mucha más velocidad de la que Kyle había anticipado.



El rebelde se echó hacia atrás, permitió que el Jedi Oscuro pasara por encima de él y acuchilló hacia arriba. Maw gritó de dolor, perdió la concentración y golpeó la cubierta.

El sable de luz salió volando de su mano, y escombros llovieron sobre su cabeza y hombros.

Kyle dio un paso adelante, observó la espalda de su oponente, pero no pudo acabar con él. Maw se apoyó sobre los puños, se volvió y levantó la mirada.

—Estoy indefenso… ¡mátame! ¿O no tienes coraje? Tampoco lo tenía tu padre.

Kyle bajó la cabeza. La furia, contenida y controlada durante tanto tiempo, floreció en su interior. La sintió irradiar, filtrarse a través de su cuerpo hasta sentir un hormigueo en la punta de sus dedos. El sable de luz zumbaba, y sus dedos se envolvían y reenvolvían alrededor del desgastado mango. Aquí estaba una de las personas que había asesinado a su padre… y no *solo* a su padre, sino a cientos más, miles quizá. Matar a tal persona sería justo, sin embargo…

Maw sonrió maliciosamente.

—Tu padre estaba de rodillas, gimiendo como un niño, cuando Jerec lo abatió. Yo puse su cabeza en la pica para que el resto de la escoria rebelde pudiera verla.

El sable de luz fue un borrón cuando subió y bajó. La hoja penetró por el hombro izquierdo del medio hombre, atravesó su pecho y salió por el lado derecho de su cuerpo. Hubo una explosión de sangre cuando Maw se dividió en dos piezas… y Kyle sintió energía arremolinándose a su alrededor. Energía *oscura*, atraída por la naturaleza de su acto, lista para usarse.

Aturdido por lo que había hecho y asqueado por la carnicería, Kyle retrocedió. Una voz sonó por detrás.

—Excelente… El viaje hacia el Lado Oscuro ha comenzado. Pero hay más…

Kyle se volvió para descubrir que Jerec, Sariss y Boc habían bajado del turboascensor, y que Jan estaba con ellos. Boc le dio a Jan un empujón completamente innecesario. Ella tropezó y logró estabilizarse. Kyle vio los moratones en su rostro y se dio cuenta de que tenía los brazos atados.

Jan forzó una sonrisa.

—Lo siento, Kyle, me temo que no puedo sacarte de esta.

Jerec le dio un empujón y Jan cayó. Señaló hacia donde yacía ella.

—¡Abátela! Alcanza tu *verdadero* destino… tu *verdadero* poder.

El tiempo pareció ralentizarse. Jerec sintió el ansia de Kyle, la ambición que se filtraba de su conciencia, y sonrió. *Aquí* estaba la flaqueza que Rahn temía, *aquí* estaba el incentivo que había estado buscando, y *aquí* estaba el ansia capaz de igualar a la suya propia.

Jan miró a los ojos al otro agente, vio la tentación destellear en ellos, y se preguntó si lo había juzgado mal.

Boc sonrió tontamente, hizo un pequeño baile y esperó a que alguien muriera.

Llevaba dos sables de luz, uno sujeto en la parte trasera de su faja y el otro delante.

Kyle miró de Jerec a Jan y vuelta a empezar. El hecho de ser tentado, de *poder* ser tentado, le revolvió el estómago.

—No.

El Jedi Oscuro recurrió a la energía que se filtraba del Valle, le dio forma y arrojó el resultado al pecho de Kyle. La ráfaga arrojó al rebelde hacia atrás sobre la rampa de carga. Se tambaleó y acababa de restablecer el equilibrio cuando una segunda ráfaga más poderosa lo lanzó dentro del carguero.

La esclusa detectó su presencia, y la escotilla comenzó a cerrarse. La rampa se desintegró. La nave se inclinó y cayó hacia las rocas de abajo.

Jan se levantó e intentó llegar hasta el borde de la plataforma, pero fue golpeada y arrojada contra la cubierta. Boc se rio y puso un pie sobre su pecho.

Sin saber lo que ocurría arriba, Kyle se estrelló contra un mamparo y supo lo que tenía que hacer. Dirigirse hacia la parte ventral de la nave y pasar a través del puerto de acoplamiento. Era su única oportunidad. *¿El puerto de acoplamiento? ¿Por qué el puerto de acoplamiento?* Pero no tenía respuesta a eso… solo una abrumadora sensación de urgencia.

La escotilla interior se abrió, y Kyle se agachó para pasar y se encontró en uno de los dos pasillos que recorrían la longitud de la nave. Como la mayoría de las naves de su diseño, tenía un eje de emergencia que atravesaba de arriba a abajo el carguero.

Kyle se tambaleó cuando el morro de la nave se inclinó. Cayó de rodillas y abrió la puerta de acceso a ras de cubierta. Una escalera estaba soldada a un lado del eje de emergencia. El rebelde se sujetó a los raíles laterales con sus botas, se deslizó hacia abajo y accionó la escotilla. El agente la atravesó y aterrizó en el puerto de acoplamiento. O lo habría hecho, si el carguero hubiera estado nivelado. Como la nave estaba inclinada hacia abajo, el rebelde *pasó de largo* la escotilla y tuvo que luchar para abrirse camino de vuelta hacia arriba.

Pasaron segundos preciosos mientras pasaba por el ciclo de la esclusa y entraba en un compartimento de aspecto familiar. ¡El *Cuervo*! Los imperiales habían localizado la nave y la habían llevado a la torre. El agente escuchó pitidos y supo que WeGé estaba encerrado en uno de los compartimentos de almacenamiento. Sin embargo, no había tiempo para liberarlo. *Si* podía poner los motores en marcha… *si* podía romper la conexión de acoplamiento…

Las probabilidades estaban en su contra… pero Kyle no podía hacer otra cosa. Se abrió camino hasta llegar a la cabina, se dejó caer en la posición del piloto y presionó el interruptor de arranque de emergencia. Alarmas sonaron y luces parpadearon cuando el ordenador de navegación de la nave objetó por la brecha en el protocolo. Liberados de los procedimientos de seguridad normales y respondiendo a las oraciones del rebelde, los motores cobraron vida.

Kyle se mordió el labio, presionó el interruptor de liberación de emergencia y sintió cómo las naves se separaban. Dando potencia y girando a babor aumentó la distancia entre ellas. El agente tiró de la palanca de control, vio un destello cuando el carguero se estrelló retorciéndose en el suelo, y luchó por ganar altura.

El *Cuervo* se agitó violentamente sacudiendo los dientes de Kyle y chocó contra una aguja rocosa. El motor de babor se desprendió, el morro descendió, y el suelo se precipitó para encontrarse con la nave.

El casco golpeó, rebotó y comenzó a derrapar. Kyle pensó en el arnés de seguridad, deseó habérselo abrochado, y sintió su cabeza golpear el

panel de control.

El rebele estaba inconsciente para cuando la nave se detuvo. El sueño, si es que era un sueño, parecía increíblemente real.

Rahn sonrió como si le diera la bienvenida a Kyle a casa. Vestía una túnica color crema con una capucha que caía en pliegues sobre sus hombros.

—Lo que *es* fluye de lo que *fue*. La mejor forma de aprender es *sentir* cómo fue.

El Jedi desapareció de la vista, y Kyle se dio cuenta de que otra mente coexistía con la suya. Aunque aparentemente esta no era consciente de *él*, él sí era consciente de *ella*, y de todo lo que contenía. Había recuerdos de un joven dedicado a explorar las estrellas, de una pasión por una mujer muerta hacía mucho tiempo, y de un planeta cubierto de hielo y nieve. También había cansancio, porque la mente era muy, muy vieja.

Pero al mal le importa poco la edad o la enfermedad. Crece donde puede, hunde sus raíces profundamente en los ricos fertilizantes del ego, la lujuria, la codicia, la envidia y el odio, enviando nuevos brotes a la superficie donde forman una maraña de la que nada puede escapar. Por eso Tal cogió el sable de luz de su lugar sobre la chimenea… y se unió al Ejército de la Luz.

—¿Tal? ¿Estás despierto?

Kyle no se había dado cuenta de que los ojos del Jedi Tal habían estado cerrados hasta que los abrió. Un hombre se sentó frente a él: un gigante con un cabello rubio hasta los hombros, mandíbula cuadrada y ojos azul hielo. Estos últimos centelleaban alegremente.

—Aquí estás… tenía miedo de que te quedaras dormido y te perdieras la rendición.

Tal eligió sus palabras con cuidado. Puede que Hoth fuera un Jedi, y uno muy bueno, pero muchas voces competían por su atención. Tantas que era difícil para el gran hombre atenderlas. Por eso mismo Tal reservaba sus consejos solo para los asuntos más importantes… y eligió sus palabras con cuidado.

—No habrá rendición… hoy no, en cualquier caso.

La cara de Lord Hoth se oscureció como si estuviera oculta del sol.

—Pones a prueba mi paciencia, anciano. Reunimos un ejército de la nada…

Convertimos cargueros en naves de guerra… Viajamos a través de muchos sistemas, venciendo a cuantos Sith se interpusieron en nuestro camino, y llegamos a Ruusan.

Aquí hemos librado siete batallas terribles… Batallas en las que han muerto miles de Jedi. *A pesar* de su número superior, *a pesar* de su brutalidad, *a pesar* de su voluntad para invocar el Lado Oscuro de la Fuerza, la Hermandad de la Oscuridad ha perdido todos

excepto dos de esos enfrentamientos. Sólo les queda una opción… y es rendirse. ¿Por qué negar lo obvio?

Tal se encogió de hombros.

—Porque lo que nosotros consideramos inconcebible, ellos lo alcanzarán en un suspiro.

—¿Qué? —exigió Hoth—. ¿A qué temes? Ponle un nombre. No puedo actuar en base a los presentimientos de un solo ser… sin importar cuán confiable pueda ser ese individuo.

Tal buscó las palabras que explicaran sus recelos, pero no encontró nada.

—Lo siento, señor… es un sentimiento. Nada más, y nada menos.

Hoth, irritado, sacudió la cabeza.

—Estoy rodeado por un montón de lameculos, adivinos y clarividentes. Mal rayo os parta… Vamos, es hora de irnos.

Tal usó los respaldos de la silla de campaña para empujarse y levantarse del asiento.

Hizo una reverencia.

—Ojalá esté equivocado, señor, porque nada me complacería más. Estaré a tu lado sin importar el desenlace.

Hoth sonrió y tomó la mano del anciano.

—Lo sé, y ello me da fuerzas. Vamos… la historia espera.

El líder Jedi recogió su sable de luz, echó la capa sobre un hombro y salió al sol. El Ejército de la Luz lo vio emerger, y miles de voces rugieron su nombre.

Tal echó una última mirada al interior de la tienda, supo que nunca más volvería a verla, y se dirigió cojeando hacia la entrada.

Tomó buena parte de la mañana reunir a las tropas, marchar por el sinuoso camino e ingresar en el Valle. Tal estaba agradecido por el hecho de que la marcha fuera lenta, ya que la edad le había robado a su cuerpo, antiguamente ágil, su fuerza y rapidez. Pero no

---

a su mente. En todo caso, esta era más fuerte, fundamentada en más de ochenta años de experiencia y alerta ante la más leve perturbación en la Fuerza.

Tal podía *sentir* lo que los Oscuros habían conseguido. La Fuerza parecía coagularse como sangre en una herida, espesando el aire a su alrededor, presionando contra su pecho.

Los otros también lo percibieron, porque eran Jedi y sabios en los caminos de la Fuerza. Las expresiones se volvieron sombrías, músculos se tensaron contra pesos invisibles, y el aire crepitó por la energía arremolinándose.

Aparecieron postes a ambos lados del sendero. Cada uno tenía clavados los restos de un Jedi picoteados por los carroñeros… sus ropas se llenaron de vida momentánea cuando el viento las meció explorándolas.

Riscos rodeaban el camino y servían como puntos de observación desde donde los Oscuros podían mirar. Sus filas eran ahora menos numerosas, *mucho menos* numerosas, pero no menos intimidantes. Sus estandartes se agitaban lánguidamente con la brisa, sus ojos proyectaban odio, y sus manos descansaban sobre armas desgastadas.

Desgastadas porque estos eran los supervivientes, seres tan hábiles en el combate físico-mental que siete duras batallas no solo habían fracasado en abatirlos, sino que también habían servido para perfeccionar sus habilidades. Tal sabía que eran (y siempre serían) peligrosos.

Apareció una doble fila de cabezas, una a cada lado del camino, muchas aún reconocibles. Tal vio a una de sus estudiantes, con los

ojos vacíos del humor por el que había sido conocida, y sintió una profunda pena. Pensó en Hoth, en suplicarle al Maestro Jedi que lo cancelara todo, pero sabía que sería inútil. La misma determinación que hacía de Hoth un gran líder, provocaría su caída. Nada podría pararlo… nada salvo la muerte misma.

Las cámaras, casi tan grandes como el ego para el que habían sido creadas, se extendían por kilómetros. Su ubicación en lo profundo de la tierra había demostrado ser a prueba de bombas, a prueba de misiles y a prueba de asaltos. Hasta ahora al menos. Más de mil banderas desgarradas por la batalla colgaban de las paredes… muchas de ellas aún mostraban la sangre de quienes las habían llevado.

Los líderes a quienes se les confiaron las banderas, o lo que quedaba de esos líderes, estaban situados ante las banderas. Algunos eran humanos, muchos no lo eran. Sus ojos estaban en blanco, sus cavidades llenas de conservantes, y sus cuerpos sostenidos por varillas de acero. Los trofeos estaban colocados en dos filas perpendiculares formando la letra V.

Kaan estaba sentado en el punto donde las líneas se unían en un trono hecho de huesos. Tenía el pelo blanco, una frente prominente y una barbilla afilada. El poder irradiaba del Sith como el calor de una roca calentada por el sol. Hacía que el aire resplandeciera, provocaba estática en las comunicaciones y hería a las mentes desprotegidas. Sus ojos estaban llenos de odio, y sondearon a los seres frente a él.

—Ya vienen.

Los segundos, terceros y cuartos al mando de Kaan estaban muertos, asesinados durante las infernales batallas de las últimas semanas. El número cinco, el Sith conocido como LaTor, dio un paso adelante e hizo una reverencia. Kyle se inclinó con él.

—Sí, mi señor. Ya vienen.

—¿No tenemos forma de detenerlos? ¿Ninguna estrategia para la salvación?

LaTor, con la mitad de su rostro oscurecido por una venda manchada de sangre, negó con la cabeza.

—No, mi señor, ninguna que yo sepa.

—¡Entonces debemos crear una! La rendición es inconcebible. Reúne a los Sith.

—Sí, mi señor.

Tomó la mayor parte de dos horas correr la voz, llevar a lo que quedaba de la Hermandad a las cámaras, y acomodarlos.

Una vez reunido, el Ejército Oscuro era lamentablemente pequeño. Menos de dos mil Sith en contraste con los veinte mil que siguieron a Kaan en las primeras batallas.

Sin embargo, a pesar de que eran pocos, estos eran los más inteligentes, fuertes y poderosos de todos, porque el resto habían muerto, siendo doblegados por Hoth y el Ejército de la Luz.

El aire zumbaba con energía apenas controlada. Kaan se levantó y cayó el silencio en las cámaras. Sus ojos vagaron por la audiencia, encontraron a aquellos que él sabía que eran líderes, y reclamó sus mentes.

—Saludos, hermanos… y bienvenidos a la oscuridad. Nuestra gran y noble causa ha llegado a su fin. Las fuerzas que favorecen la anarquía sobre la organización han ganado. ¿Qué es esa «democracia» de la que hablan sino la ausencia de orden? ¿La ausencia de razón? Sin duda el fuerte debería gobernar… porque ese es el orden natural.

»Pero debemos olvidar lo que podría haber sido… y concentrarnos en lo que *es*. La derrota se avecina, está a solo unas horas, y con ella, la pérdida de todo lo que habíamos deseado. Os pido que os unáis a mí en una última misión. La creación de un arma tan poderosa que cuando sea detonada, los vencedores se convertirán en vencidos y serán barridos de las páginas de la historia.

Kaan era un hábil orador y sabía cuándo detenerse. Las cámaras quedaron en silencio. LaTor dejó que el silencio se fortaleciera… y lo rompió con el saludo tradicional.

—¡Kaan gobierna!

La respuesta llegó como un trueno y resonó entre las paredes de las cámaras.

—¡Kaan gobierna!

Y así la decisión de anteponer la muerte a la vida fue tomada. Más de

mil mentes altamente entrenadas se enfocaron en una sola tarea. Primero vino la creación de una construcción mental que era análoga a la carcasa de una bomba. Un contenedor en el que la energía pudiera ser almacenada. Luego vino el proceso de poner la Fuerza del revés, de extraer la oscuridad interior y canalizar esa energía hacia el recipiente recién creado.

El tiempo quedó suspendido, el aire crepitó por la energía apenas reprimida, y tres de los Sith murieron, sus mentes se vieron superadas por la violencia del proceso. Otros se volvieron locos, se levantaron con las armas desenvainadas y fueron ejecutados por el maestro de armas.

Kyle era un novato en comparación con los que lo rodeaban y podría haber resultado muerto si no hubiera sido por LaTor y su fortaleza. Para LaTor fue duro, *muy* duro, Kyle estaba impresionado por el poder residente en el Lado Oscuro. El poder y la

---

relativa facilidad para acceder a él… una tentación para cualquiera con el talento necesario.

Finalmente, con las túnicas empapadas de sudor y sus corazones latiendo como martillos pilones, la Hermandad terminó. La bomba mental estaba completada. Había llegado el momento de aventurarse a la luz del sol, de abrazar a los vencedores y arrastrarlos hasta el infierno.

La confrontación final tuvo lugar en el Valle ubicado sobre las cámaras. Fue allí, en un anfiteatro tallado por las fuerzas del viento, la lluvia y la erosión, donde la Hermandad de la Oscuridad se reunió y esperó la muerte.

Y fue al Valle adonde Tal llevó su dolorido cuerpo, sabiendo que la muerte flotaba alrededor pero decidido a cubrirle la espalda a su maestro.

Y fue allí donde Kaan, el Señor de la Oscuridad, se encontró con Hoth, Defensor de la Luz, e hizo un gesto hacia los barrancos que se alzaban por todos lados.

—Bienvenido, Lord Hoth. Bienvenido a la tumba y la oscuridad de donde nadie nunca escapará.

La idea era relativamente trivial, igual que la presión ejercida por un francotirador representa solo una fracción de su fortaleza total, si bien posee la capacidad de destruir lo que nunca podría crear.

Sin embargo, la explosión que siguió fue cualquier cosa menos trivial, porque destrozó la construcción hecha para contenerla e inundó el Valle con destrucción.

Tal se tambaleó bajo el impacto, sintió cómo su cuerpo le era arrebatado, y fue lanzado hacia las estrellas. Alegría llenó su corazón. *¡Libertad!* Liberado del dolor…

liberado de…

No obstante, la naturaleza aborrece el vacío, y el vacío en el corazón de la explosión tenía que llenarse con algo, por lo que succionó a Tal. A Tal y a todos los demás. La comprensión abrumó la mente del Jedi. Sus gritos casi se perdieron entre los de los demás.

—¡No! ¡Por favor! ¡No!

Pero el asunto estaba zanjado. Para cada acción existe una reacción igual y opuesta, y de acuerdo a esa ley, ambos ejércitos fueron arrastrados. Se logró un estado de equilibrio cuando se emparejaron las fuerzas, y quedaron atrapados. Atrapados juntos para la eternidad… o hasta que algo alterara el equilibrio existente.

Tal y su alter ego, Kyle, todavía estaban en proceso de absorber los hechos, de entenderlos, cuando el rebelde despertó.

CAPÍTULO *6*

Kyle se despertó con dolor, más dolor del que nunca había sentido, y más dolor del que quería volver a sentir. Tanto dolor que le llevó un momento darse cuenta de que le pertenecía a *él*, y no a su alter ego, Tal.

El rebelde abrió los ojos, vio estrellas centellear por arriba, y sintió el aire frío de la noche entrar en sus pulmones. Trató de sentarse. Sintió como si una aguja de seis centímetros de largo se le metiera en el cráneo y llegara al cerebro. Gimió y se apoyó sobre un codo.

Fue entonces cuando Boc se adelantó… y Kyle se dio cuenta de que había también otros. Su corazón dio un vuelco. Los imperiales habían entrado al *Cuervo* y lo habían sacado fuera. ¿El cabeza de gusano? No importaba. La mujer estaba presente, con la boca apretada en una línea tensa y recta, como lo estaba también el Jedi contra el que Kyle luchó en Sulon y posteriormente perdonó. ¿El mismo que localizó a la patrulla desaparecida? Sí, percibía la misma personalidad. Sus ojos se encontraron, sostuvieron la mirada, y se desviaron cuando Boc sacó un sable de luz de debajo de su capa.

—Ah, vaya… un choque terrible… Tienes suerte de estar vivo… ¿o no? Oh, ¿qué es esto? Un sable de luz… no, no solo *un* sable de luz, sino *tu* sable de luz, y es una bonita pieza.

Boc colocó el arma sobre un pedazo plano de piedra, agarró una roca y la levantó sobre su cabeza.

Kyle trató de levantarse, consiguió ponerse sobre una rodilla, y se detuvo cuando el dolor inundó su cabeza.

Boc sonrió.

—¿Sí? ¿Querías algo? ¿No? Bueno, veamos cuán robusto es realmente este sable…

Dicho esto, el Jedi Oscuro alienígena estrelló la roca contra el sable con todas sus fuerzas. Se oyó un crujido y pedazos de sable volaron en todas direcciones. Boc se rio entre dientes.

—¡Caramba! Simplemente ya no los hacen como solían hacerlos… Oh, bueno, no es como si hubieras construido tú mismo el arma. Eso requiere cerebro.

Sariss sacó su arma y activó el interruptor. La hoja apareció

chisporroteando.

—Ya es suficiente… Dile a Jerec que localizamos a Katarn y lo matamos.

Boc miró de Sariss a Kyle y puso una mano sobre su boca.

—¡Uups! Eso no suena muy prometedor, ¿verdad? Pero, ¿qué esperabas? ¿Leche y galletas?

El twi'lek estalló en carcajadas, se volvió y se alejó. Sariss se volvió hacia Kyle y levantó el arma.

Kyle observó el resplandor y pensó en Jan. ¿Estaba muerta? ¿Estarían juntos de nuevo?

Sariss tensó su agarre y bajó el arma.

Yun lo vio todo a cámara lenta, se sintió a sí mismo responder y se preguntó por qué. ¿Había tomado una decisión? No recordaba haberlo hecho… no una decisión en particular, en cualquier caso, solo una larga cadena de decisiones aparentemente menores, que, en conjunto, sumaban una decisión importante. El sable de luz pareció encenderse por sí mismo. *Si* apuntaba bien, *si* el entrenamiento había valido la pena, rozaría el brazo de su mentora. Ella fallaría… y Katarn se salvaría. Probablemente no por mucho tiempo… pero él no podía controlar eso.

Sangre voló cuando energía cortó carne. Sorprendida por el ataque, y reaccionando instintivamente, Sariss se volvió. El sable de luz se elevó, cayó y cortó a través del hombro de Yun. El joven Jedi pareció sorprendido, gimió de dolor y cayó de rodillas.

Sariss estaba horrorizada. Yun, su mejor estudiante y lo más cercano que tenía a un amigo, estaba muriendo. ¿Por qué? Era imposible, pero ahí estaba, arrodillado ante ella.

Gritó llamando a un médico, y los ecos parecieron burlarse de ella. Yun levantó la cabeza. Sus ojos miraron a través de ella.

—Sariss, ¿puedes ver la luz? ¿Lo brillante que es?

Y Yun se había ido. Se inclinó hacia delante hasta que su frente tocó el suelo y luego cayó de costado.

Kyle vio a Sariss darle la espalda y a Yun soltar el sable de luz, así que

utilizó la Fuerza para «agarrarlo». El arma hizo un sonido seco cuando golpeó la palma de su

mano. El rebelde se sobrepuso al dolor, se levantó luchando contra una oleada de vértigo y pulsó el poco familiar interruptor.

Cada sable de luz era tan único como el ser que lo había construido, y el de Yun no era una excepción. Venía equipado con lo que el instructor de esgrima de Kyle habría llamado una «empuñadura de pistola modificada», lo cual significaba que protuberancias cuidadosamente moldeadas se acoplaban a una mano humana y le daban a su dedo índice un lugar donde descansar.

No solo eso, sino que la empuñadura estaba hecha de un polímero «vivo» altamente maleable que exploró la mano de Kyle y se transformó en un mango sólido y altamente personalizado. Kyle nunca había soñado con algo como eso, e inmediatamente le encantó.

El rebelde elevó el arma a la posición tradicional de «guardia» y casi podía escuchar al instructor de esgrima de la Academia. Tenía una voz chillona: «Mantén la cabeza alta, mira a tu oponente y comprueba tu equilibrio. La punta debe estar a la altura de los ojos, o ligeramente por debajo, de esta forma…». Una hoja de acero difería de un sable de luz, por supuesto… pero muchas de las mismas técnicas podían aplicarse.

Sariss se volvió. Sus ojos ardían con ira. Había tiempo más que suficiente. Ningún corte resultaría fatal en sí mismo, pero cada uno de ellos sumado al resto daría lugar a una muerte dolorosa. Luego, después de que su fuerza vital le hubiera sido arrebatada y de que su sangre se hubiera mezclado con la arena, ella tomaría su cabeza. No es que eso pudiera compensar el dolor de su brazo o la angustia en el corazón, pero era un comienzo.

Kyle tragó, sabiendo que su oponente tenía más experiencia que él, y de repente se tambaleó bajo el impacto de un ataque mental. Esta batalla se libraría en *dos* planos.

Uno mental, el otro físico… justo como los tipos de su «sueño».

El Jedi accedió al conocimiento obtenido de Tal, muerto hacía mucho tiempo, bloqueó el ataque mental y respondió con uno propio. Lanzó un tajo hacia la cabeza de Sariss desde la tercera posición, flexionó la muñeca y extendió el brazo. Aunque era mucho más liviano que su homólogo de metal, el arma de energía Jedi poseía características similares. Podía penetrar como un estoque y cortar como un sable. Un

sable de *doble filo*.

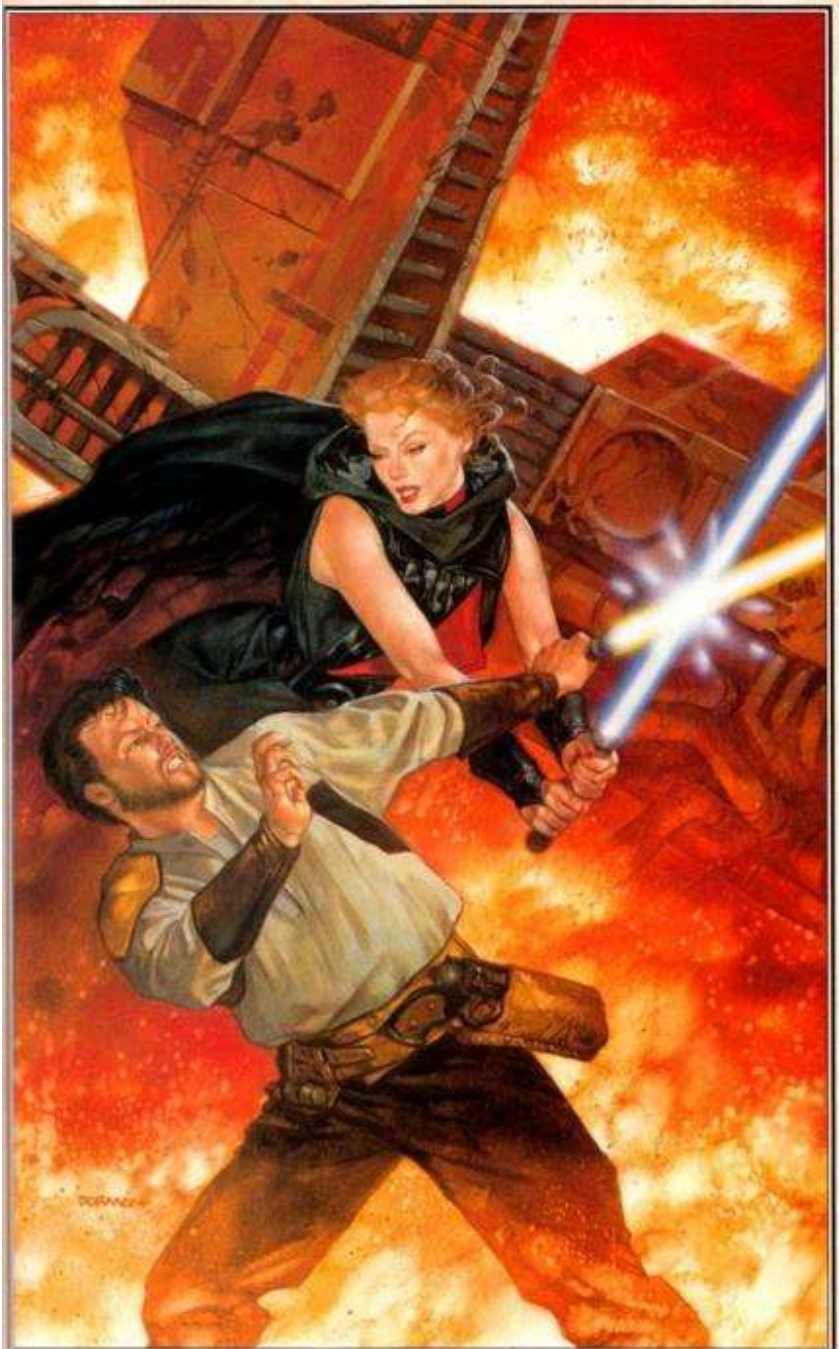
Sariss bloqueó el golpe mental, se preguntó dónde había obtenido Katarn tal conocimiento, y se encontró bajo ataque. La habilidad de su oponente era sorprendente,

recordándole que no era un rebelde corriente. Había varias formas de defenderse de su ataque. Sariss eligió el bloqueo cinco, seguido de una respuesta bien practicada. El sable pasó bajo el de Katarn, zumbó cuando atravesó la corona exterior del campo creado por el otro sable, y se lanzó hacia el pecho del oponente.

Energía crepitó y restalló cuando el agente interceptó el golpe… y seguidamente separó el arma.

El ataque había fallado, así que Kyle seleccionó otro. El ataque-punta era un desarrollo relativamente simple. Dejó caer la punta de su sable, extendió el brazo y se lanzó.

Sariss lo vio venir, bloqueó la hoja del otro Jedi y detectó un error. La muñeca de Katarn estaba demasiado baja, un poco por debajo del hombro, abriendo al rebelde a un corte en la cabeza. Se abalanzó mientras él retrocedía, vio una fina línea roja aparecer en su mejilla derecha y sintió una sensación de satisfacción. El advenedizo había tenido suerte… pero ella literalmente lo cortaría en pedazos. Yun sería vengado.



Kyle vio un destello de color y escuchó la hoja chisporrotear más allá de su cara. Sus fosas nasales se llenaron con el olor a carne quemada. La suya propia. A continuación dolor. Dolor sobre más dolor. Sabía que el corte era un presagio de lo que vendría.

Estaba cansado, herido y tenía menos experiencia. La Jedi Oscura intentaba desgastarlo.

Lo que él necesitaba era una conclusión rápida y decisiva. El agente asumió la posición de guardia e invocó el conocimiento de Tal. ¿Qué habría hecho el antiguo Maestro ante una situación similar?

Sariss percibió la vacilación del otro Jedi, confundiéndola con miedo, y lanzó una finta. Iba dirigida al vientre de Kyle.

Él mordió el anzuelo, la vio retroceder y supo que una estocada seguiría. Se las arregló para bloquearla, sintió resistencia cuando el sable de ella chocó con el suyo, y encontró la respuesta que había estado buscando…

Tal fue estudiante de otra escuela no formal de esgrima que era mitad física y mitad espiritual por naturaleza. Tenía muchos desarrollos, y muchos «cortes», pero solo uno que encajaba con el momento. «El Corte del Agua Fluyendo» se usaba cuando estabas hoja a hoja con un oponente. La sincronización lo era todo… y cuando Sariss se retiró…

Kyle supo que debía «expandirse», seguir con cuerpo y espíritu, como agua llenando un recipiente. Y entonces, en el seno de la calma, cortar lentamente y liberar a Sariss de su cuerpo.

La acción siguió al pensamiento. Su espada atravesó el pecho de la Jedi Oscura y la punta emergió entre sus omóplatos. Muy poca sangre se vertió ya que la herida se cauterizó en el acto. Sariss pareció sorprendida. Sus ojos bajaron hacia el punto de entrada, se levantaron hacia él, y luego se quedaron en blanco. Cayó hacia atrás, golpeó el suelo y patinó sobre la grava suelta.

Kyle se quedó parado, balanceándose ligeramente, luchando por absorber lo que había ocurrido.

Estaba vivo, *todavía* vivo, lo cual lo asombraba y complacía. Pero, ¿qué hacer a continuación? ¿Encontrar a Jan? ¿Buscar a Jerec? Ambas ideas tenían mérito, ¿cuál escoger?

Los riscos a su izquierda permanecían firmes y oscurecidos, pero el sol había comenzado a elevarse, arrojando una suave luz rosada sobre un

pináculo rocoso. La sombra se proyectó… y señaló hacia el Valle de abajo. De repente, y sin saber *cómo* lo

sabía, Kyle supo adónde ir. Se despidió de Yun, quien había sacrificado su vida por algo que solo había empezado a comprender, y le deseó lo mejor al Jedi.

Grava crujió bajo las botas del agente mientras seguía la sombra hacia la abertura y lo que esperaba por debajo. Había centinelas con los que lidiar y una patrulla que se dirigía hacia las tierras baldías, pero Kyle ignoró todo ello. Un comando lo divisó y dio un paso adelante.

—¡Alto! ¿Quién va?

Kyle extendió una mano.

— *Me has visto muchas veces antes… y tienes conocimiento de mi autoridad.*

El comando asintió.

—Lo siento, señor… no me he dado cuenta de que era usted.

El Jedi asintió y siguió su camino. El área alrededor de la abertura había sido despejada de escombros. Las escaleras eran lo suficientemente anchas como para acomodar a cuatro hombres caminando en paralelo. Los escalones fueron tallados en la piedra sólida y seguían la curva de la pared. La luz se intensificaba a medida que se levantaba el sol y enviaba rayos de luz hacia la cámara.

El aire se hizo más denso alrededor de los hombros de Kyle, y escuchó lamentos, como los de una multitud adolorida. Jeroglíficos alienígenas aparecieron en las paredes, y el Jedi extendió la mano para tocarlos mientras las escaleras lo llevaban abajo.

Luz destelleaba sobre algo abajo, entre la penumbra. Atrajo la atención del rebelde y sintió curiosidad. ¿Qué podría ser? ¿Un pedazo de chatarra? ¿Un artefacto? Kyle llegó al suelo de la cámara, se dirigió al área donde había visto los reflejos, y removió con la punta del pie una pila de escombros. Algo metálico traqueteó y el Jedi entrevió lo que había estado buscando.

Solo con el tacto ya reconoció el objeto: una multiherramienta, similar a la que llevaba él, pero más antigua. Cualquiera podría haber dejado el dispositivo… pero algo, no estaba seguro de qué, hizo que el Jedi examinara el objeto con más atención. Se volvió hacia la luz y vio un

grabado: «Para papá, de Kyle».

El Jedi sintió un nudo formarse en su garganta cuando comprendió que su padre llegó tan lejos y, aunque incapaz de liberar a los espíritus de dentro, puso en marcha el

rescate. Por supuesto, asumiendo que *él* viviera lo suficiente como para completar la misión.

¿Qué debió sentir su padre después de recorrer todo el camino y carecer de la capacidad para ir más lejos? ¿Se sintió frustrado? ¿Asustado? No había forma de saberlo, pero una cosa era segura: el conocimiento de que Morgan Katarn estuvo allí, y de que hubiera esperado que él perseverara, fortaleció la determinación de Kyle.

La multiherramienta añadió un peso reconfortante al bolsillo de Kyle mientras este avanzaba. Sus sentidos estaban afilados… y miles de impresiones inundaban su mente.

Originalmente había visto la Fuerza como algo abstracto, algo que estaba fuera de sí mismo, pero ya no. Ahora Kyle se sentía uno con la Fuerza. Esta se agitaba y bullía como si fuera apenas contenida. Se filtraba por los poros de su piel, inundaba cada célula viva y apartaba el dolor y la fatiga. Se sentía ligero, fuerte, poderoso. ¿Eso era bueno? ¿O algo que temer? La muerte del medio hombre todavía pesaba sobre la conciencia del Jedi y lo llevaba a cuestionarse sus motivos.

Cautelosamente, porque no confiaba completamente en sí mismo ni en lo que se pudiera encontrar, Kyle se acercó a un arco muy sombreado. Lo atravesó y entró en el Valle de los Jedi. Un millar de tumbas recorrían el suelo del Valle. Cada una era diferente, tan única como el espíritu al que se dedicó, y una obra de arte. Años, tal vez cientos, fueron dedicados al vasto memorial.

Kyle estaba abrumado por el puro espectáculo del lugar. Vagó por un pasillo desde el cual nacían senderos más angostos a cada lado. Vio estatuas, algunas de las cuales fueron dedicadas a humanos mientras que otras representaban a alienígenas, cada una moldeada con asombroso detalle. Allí, capturado en piedra, estaba el Ejército de la Luz.

¿Quiénes fueron los artesanos? ¿Y qué les pasó? Los brincadores parecían los candidatos más probables… aunque no había forma de estar seguro.

Una cabeza se alzaba sobre todas las demás, y Kyle caminó en esa

dirección. Era Lord Hoth, sus ojos estaban centrados en algo que Kyle no podía ver, una de sus manos sostenía un sable de luz. El Jedi parecía tan *real*, tan *poderoso*, que el rebelde medio esperaba que hablara.

Y allí, justo a la derecha del Maestro Jedi, se encontraba otra figura familiar. El hombre se mantenía erguido a pesar de los años que pesaban sobre sus hombros.

Llevaba una larga barba blanca, y aunque una capucha ocultaba la mayor parte de la cara del Jedi, Kyle sabía quién era. Aún leal, aún al lado de su maestro, Tal esperaba a través de los años.

Hoth, y la forma en que destacaba sobre las figuras a su alrededor, le dio una idea a Kyle. Miró a su alrededor, divisó una tumba con la parte superior plana y se dirigió hacia allí. Una repisa corría alrededor de la estructura y le sirvió como escalón. Gárgolas de ojos saltones le sirvieron como asideros. Una vez en la cima, Kyle tuvo una excelente visión del Valle. Vio una hilera de columnas, se dio cuenta de que alguien estaba atado a una de ellas, y supo quién era. ¡Jan estaba viva!

Kyle sintió su corazón acelerarse, cruzó al otro lado de la losa y miró hacia abajo.

Otra tumba se encontraba dos metros por debajo. La parte superior fue esculpida para parecerse al Jedi a quien fue dedicada. Kyle aterrizó en la frente del guerrero y saltó desde allí al suelo. Las columnas eran claramente visibles… y corrió en esa dirección.

Si el rebelde hubiera sido más cauto y hubiera estado menos centrado en Jan, podría haber notado una estatua diferente a las que la rodeaban. Una estatua que no solo *parecía* estar viva… sino que realmente lo estaba.

Boc siguió a Kyle con la mirada, pero por lo demás permaneció quieto. El Jedi podría haber sentido su presencia si no hubiera sido por un escudo mental cuidadosamente levantado. ¡Katarn estaba vivo! Pero eso era imposible… ¿no? ¿Dónde estaba Sariss? ¿Yun? Ambas preguntas fueron respondidas cuando Boc vio el sable de luz del joven Jedi Yun, una señal inequívoca de que estaban muertos. No era una gran pérdida en opinión de Boc, pero, no obstante, sí era sorprendente. El rebelde disfrutaba de mucha suerte… pero no por mucho más tiempo.

Sin ser consciente de Boc y la naturaleza de sus pensamientos, Kyle

irrumpió en el claro. Jan lo vio y sonrió.

—¡Kyle! Me alegro de verte por aquí.

Kyle apretó el interruptor del sable de luz de Yun y usó el arma para cortar las ataduras de Jan. Las palabras de Kyle fueron ligeras, pero ocultaban una profunda sensación de alivio.

—Esto te costará…

Jan sintió cómo las correas se soltaban y se frotó los brazos.

—Envía la factura… estoy dispuesta a pagar.

—Pagarás —dijo fríamente Boc—, ambos pagaréis.

Se oyó un golpe seco cuando el Jedi Oscuro saltó del pedestal, seguido por el furioso zumbido de sables enfrentados. Kyle aguantó ante la fortaleza del otro Jedi, y empujó con todas sus fuerzas. Boc sonrió. Sus dientes parecían lápidas.

—Todas las cosas llegan a su fin, Katarn… dales recuerdos míos a Maw, Sariss y Yun.

Las palabras cubrieron un movimiento, pero Jan gritó una advertencia.

—¡Kyle! ¡Cuidado! ¡Tiene dos sables!

El rebelde saltó hacia atrás mientras la segunda barra de energía pasaba como un borrón frente a su cara. Kyle vio la segunda arma durante la confrontación previa y la había olvidado. Un error estúpido y posiblemente fatal. Kyle estaba asustado. Boc sintió la emoción y avanzó arrastrando los pies.

—Tal vez te gustaría aprender algo antes de morir. El uso de dos hojas, una para apoyar a la otra, se remonta a miles de años y era común tanto en tu especie como en la mía. La invención de los sables de luz no disminuyó para nada la eficacia de esta estrategia… como estás a punto de aprender.

En realidad, gracias a Tal, y a la considerable experiencia del anciano, Kyle sabía algo sobre pelear con dos hojas, lo que significaba que sabía cuán peligrosa podía ser esa combinación. No es que el conocimiento lo ayudara demasiado, dado que solo tenía un arma a su disposición.

¿Solo un arma? , dijo una voz dentro de su cabeza. *¿Qué hay de tu mente? ¿Eres un Jedi?*

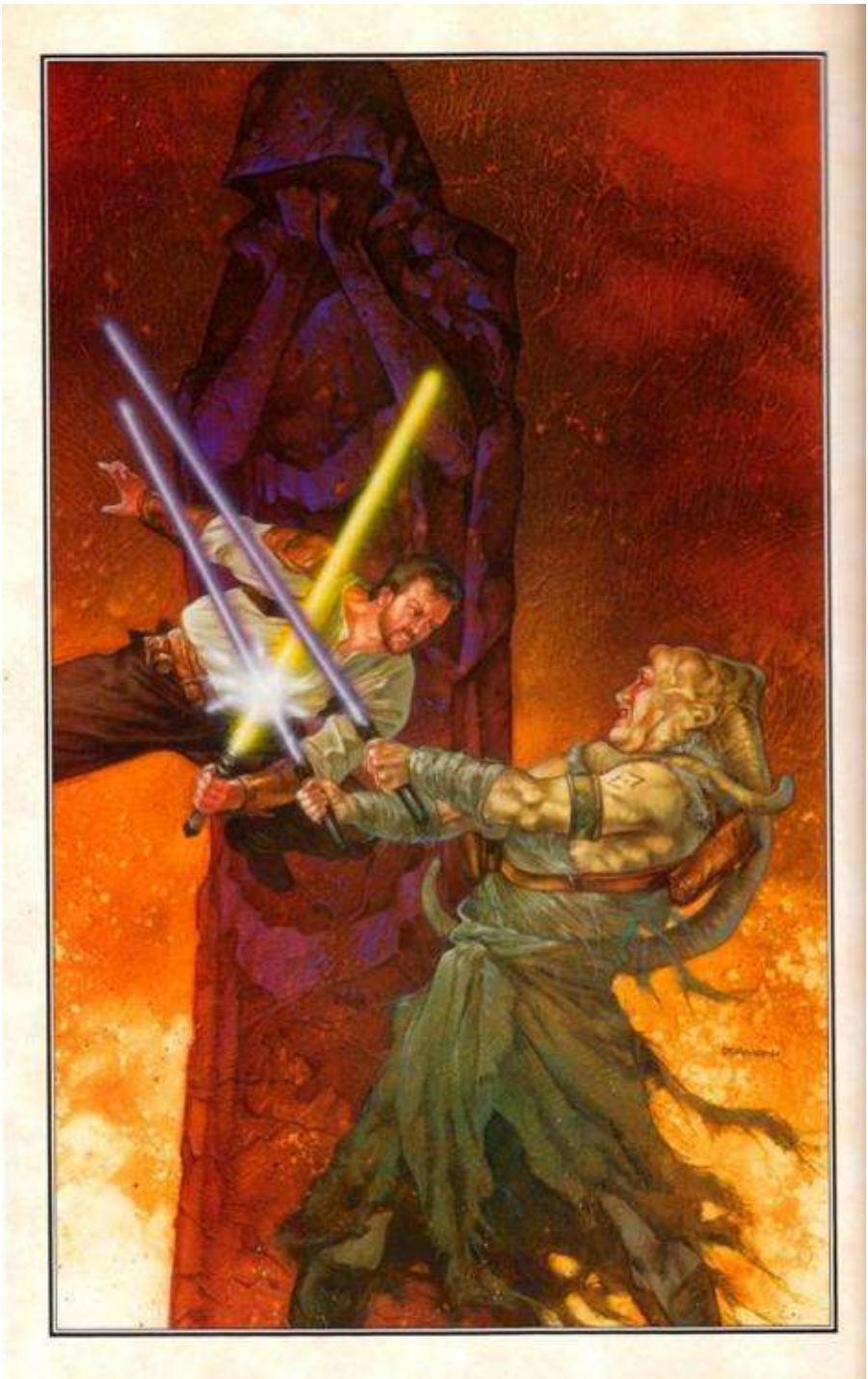
¿O no?

Las palabras, y el hecho de que Rahn estuviera con él, le trajeron nuevas esperanzas.

Boc avanzó. Sus sables de luz parecían bailar ante él. Zumbaban con malicia apenas contenida y tejían intrincados patrones en el aire. Los movimientos tenían una cualidad hipnótica… y Kyle luchó por resistirla.

Energía chisporroteó cuando sable se encontró con sable. Kyle retrocedió cuando Boc lanzó una ráfaga de golpes. El Jedi Oscuro sonrió triunfante, avanzó y «percibió»

una amenaza adicional. Se giró hacia Jan. La rebelde arrojó las rocas tan fuerte como pudo… pero fue en vano. Los misiles explotaron en cuanto los sables los tocaron y arrojaron trozos de roca al rojo vivo en todas direcciones. Jan se tambaleó y cayó hacia atrás cuando un asalto mental la golpeó.



El ataque con rocas no había infligido ningún daño, pero sí que le

permitió ganar algo de tiempo. Kyle aprovechó la oportunidad para llamar a la Fuerza, forjar una lanza oscura como la medianoche, y lanzarla hacia el pecho de su oponente.

Boc se tambaleó, dejó caer los sables de luz, y agarró el eje invisible. Kyle observó fascinado cómo el otro Jedi luchaba por quitar el arma y no lo conseguía. Tropezó, cayó y se derrumbó. Una estatua se alzaba sobre él. Newar Forrth, antiguo comandante de la Tercera Legión de la Luz, parecía complacido.

El sonido de una risa distante resonó en la mente de Kyle.

¡Maravilloso! Es la segunda vez que recurres al Lado Oscuro. ¿Ahora lo entiendes? El poder está a tu alrededor, esperando a ser utilizado. Mata a la chica, corta tus lazos con el pasado, y reclama el futuro.

Sin ser consciente del intercambio, Jan corrió a sus brazos.

—¡Kyle! ¿Estás bien? No sé qué has hecho… pero ha funcionado.

El rebelde la abrazó y besó la parte superior de su cabeza.

—Ven… vayamos a buscar a Jerec.

—Eso no será difícil —respondió Jan—. ¡Mira!

Kyle miró y vio unos rayos de luz disparase hacia arriba y moverse de un lado a otro por el techo. Luego fueron en su dirección. Jan se agachó cuando un aullador pasó gritando sobre su cabeza.

—¿Qué es eso?

—No te preocupes —respondió Kyle—. No pueden hacerte daño.

—No pueden hacerte daño, no pueden hacerte daño, no pueden hacerte daño —se hizo eco un coro de voces, solo para ser reemplazado por una oleada de incomprensibles balbuceos que se cernieron a su alrededor.

Muchos de los espíritus estaban locos, habían perdido de vista la realidad durante eones de reclusión, pero otros no. Estos últimos ofrecían consejos contradictorios.

—Rechaza el Lado Oscuro, muchacho.

—¡Déjanos! ¡Huye mientras puedas!

—Lucha contra él, hijo, porque no hay alternativa.

Había otras voces también, algunas de las cuales hablaban lenguas alienígenas, pero ninguna tan clara como la que surgió de su interior.

Saber dónde crece el mal y permitir que florezca es aceptar la responsabilidad por todo lo que siga.

Un montículo apareció frente a ellos. Marcaba el centro del Valle y el punto desde donde emanaban los rayos de luz.

Alguien había dejado huellas en la tierra blanda, y Kyle las siguió hasta el montículo. Jan lo siguió. La luz, que se había vuelto más intensa, se derramó hacia arriba e iluminó el techo rocoso.

Kyle podía «sentir» el poder acumulándose a su alrededor y sabía que el tiempo se estaba acabando.

—¡Detenlo! —rogó una voz incorpórea—. ¡Detenlo antes de que esclavice a los miles de millones de seres por los que luchamos! ¡Incluso ahora está fortaleciendo las ataduras que nos retienen aquí! ¡Planea alimentarse de nosotros, tomar nuestro poder, usarlo para el mal!

Kyle comenzó a responder, pero se detuvo cuando el suelo comenzó a temblar y escombros llovieron desde arriba. Era difícil caminar, así que se puso a cuatro patas, decidido a alcanzar la cima del montículo. El centro de este estaba hueco. Tierra se derramaba por el borde y se precipitaba hacia el hueco de debajo.

Jan llegó al lado de Kyle, miró el interior del montículo y se sorprendió por lo que vio; Jerec, estremeciéndose ante el poder que recorría su cuerpo, luz se derramaba de las cuencas oculares vacías. Su voz provino de todas partes a la vez.

—¡Sí! ¡Únete a mí! ¡Comparte el poder!

Kyle avanzó; Jan intentó agarrarlo del brazo y falló. El Jedi saltó, cayó por el aire y absorbió el aterrizaje con sus piernas. El sable de luz chisporroteó cuando lo encendió.

—Ssssí —coreó el coro—, ¡líbranos para que podamos unirnos a la Fuerza!

Jerec eligió ignorar el sable de luz *y* las voces de los espíritus. Habló sin volverse.

—Tus esfuerzos son inútiles. ¿Los oyes? ¿Gimiendo y lloriqueando? ¿Es eso lo que buscas ser? ¿Otra voz en un coro de debilidad?

Jerec se volvió, extendió la mano y provocó un estallido. Kyle fue propulsado fuera de la cámara del montículo hacia el suelo del Valle. El impacto le arrebató el aire de los pulmones.

Estaba yaciendo allí, tratando de respirar, cuando un viento helado barrió el Valle.

Al principio se arremolinó lentamente, como si reuniera energía, antes de aumentar la velocidad a ritmo constante. Polvo y otros escombros fueron aspirados y removidos.

Las voces gemían mientras la niebla se espesaba y la temperatura continuaba bajando.

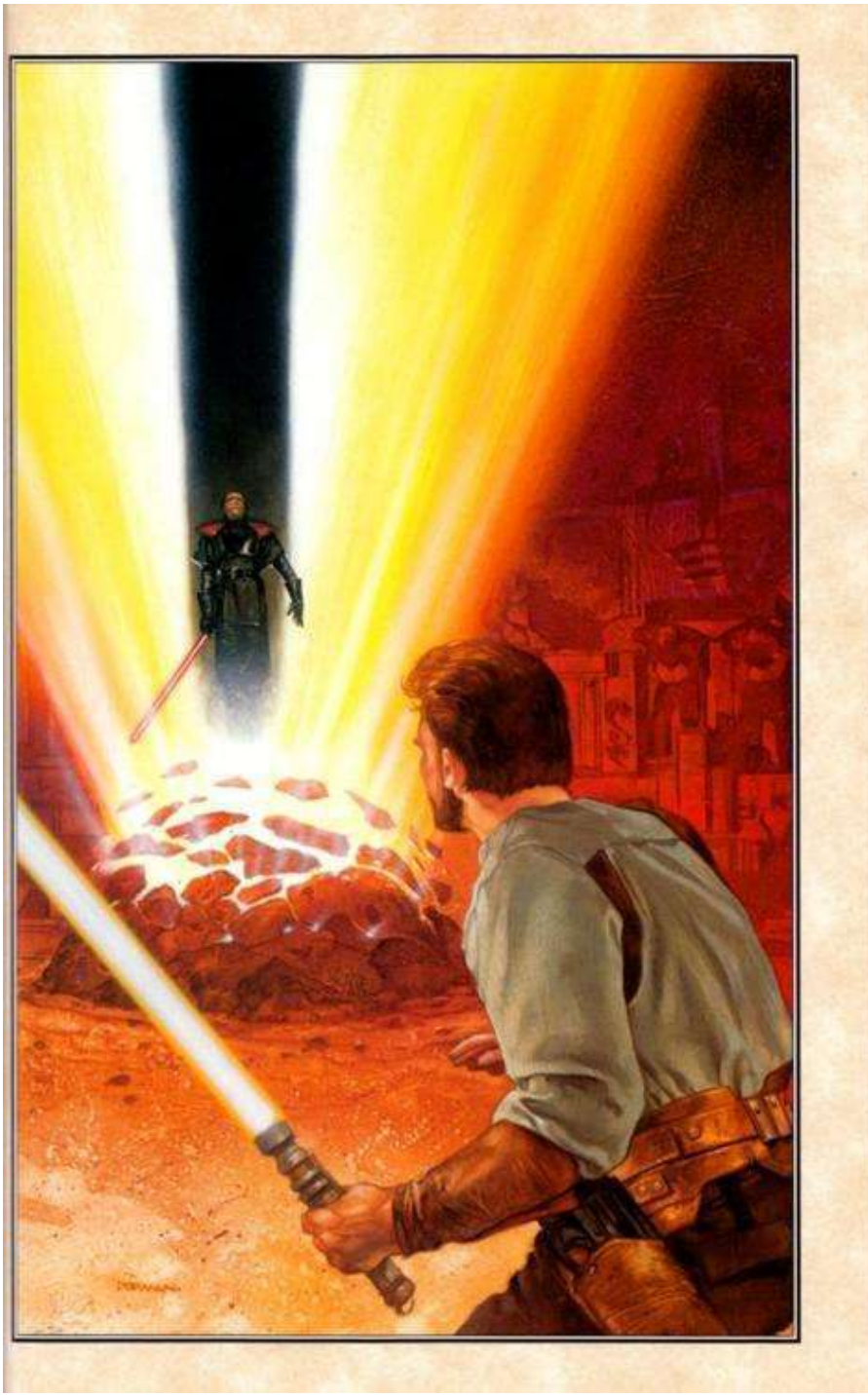
Kyle se puso sobre una rodilla, mientras tanto Jerec levitaba saliendo del montículo.

Voces emitían lamentos. Grandes trozos del montículo interno y adoquines siguieron a Jerec fuera.

Kyle se puso de pie, con el corazón acelerado, mirando hacia arriba. ¿Qué podía hacer? Jerec había reclamado el poder del Valle, ya lo había dominado, y pronto gobernaría lo que quedaba del Imperio. ¿Y entonces qué? Un *nuevo* Imperio, peor que el primero, y mucho más grande. La desesperación amenazó con derribarlo. Llegar tan lejos solo para haber fallado a aquellos que habían contado con él era peor que la muerte misma.

El rebelde vio a Jerec elevarse y se maravilló ante el poder que el Jedi Oscuro había desatado. Poder que esperaba ser usado, poder que podría derrotar a Jerec, que podría derribarlo…

Kyle se detuvo en seco. ¿Qué es lo que había dicho Jerec? *Es la segunda vez que recurres al Lado Oscuro*. ¿Cuál era el número mágico? ¿Cuántas veces podías hacerlo sin cambiar? ¿Eran tres? ¿Cuatro? ¿Cinco?



De repente, Kyle supo que el número no importaba, que el Lado

Luminoso ofrecía poder más que suficiente para cualquier tarea que se requiriera, y ese conocimiento era la clave.

El Jedi cerró los ojos, resistió la tentación de observar la luz que se reflejaba en sus párpados y envió una serie de órdenes. Reunió la Fuerza a su alrededor, la moldeó en un capullo protector y selló a Jerec dentro.

Jerec sintió una sensación de calidez y paz cuando el capullo de luz se formó a su alrededor. Fue una sensación maravillosa… una que disfrutó, hasta que algo fue mal. El Jedi descendió, luchó por mantenerse levitando, y descendió de nuevo. Algo, o alguien, le había cortado el acceso al Lado Oscuro de la Fuerza… ¿Quién? ¿Cómo?

El Jedi Oscuro luchó para atravesar el capullo y supo que era demasiado tarde. La oscura columna de energía que subía desde el montículo había sido cercenada, y él, junto con las rocas que se habían elevado con él, se desplomó en el suelo.

Kyle abrió los ojos, vio caer al Jedi Oscuro y supo que había tomado el camino correcto. Al hacer algo positivo, al *proteger* a Jerec del mal, la batalla había sido ganada.

El suelo bajo las botas de Kyle crujió a medida que se acercaba al Jerec caído.

Aunque aturdido y magullado, Jerec estaba ileso. A pesar de su ceguera, el Jedi Oscuro sabía que Kyle estaba parado ante él con el sable de luz en la mano. Su propia arma estaba a diez metros de distancia… pero bien podría haber estado en el otro extremo del planeta. Como nunca había mostrado misericordia a los demás, Jerec no buscó ninguna para sí mismo.

—¡Mátame y el poder del Lado Oscuro será tuyo! Fui yo quien rebanó la cabeza a tu padre… ¿o lo has olvidado?

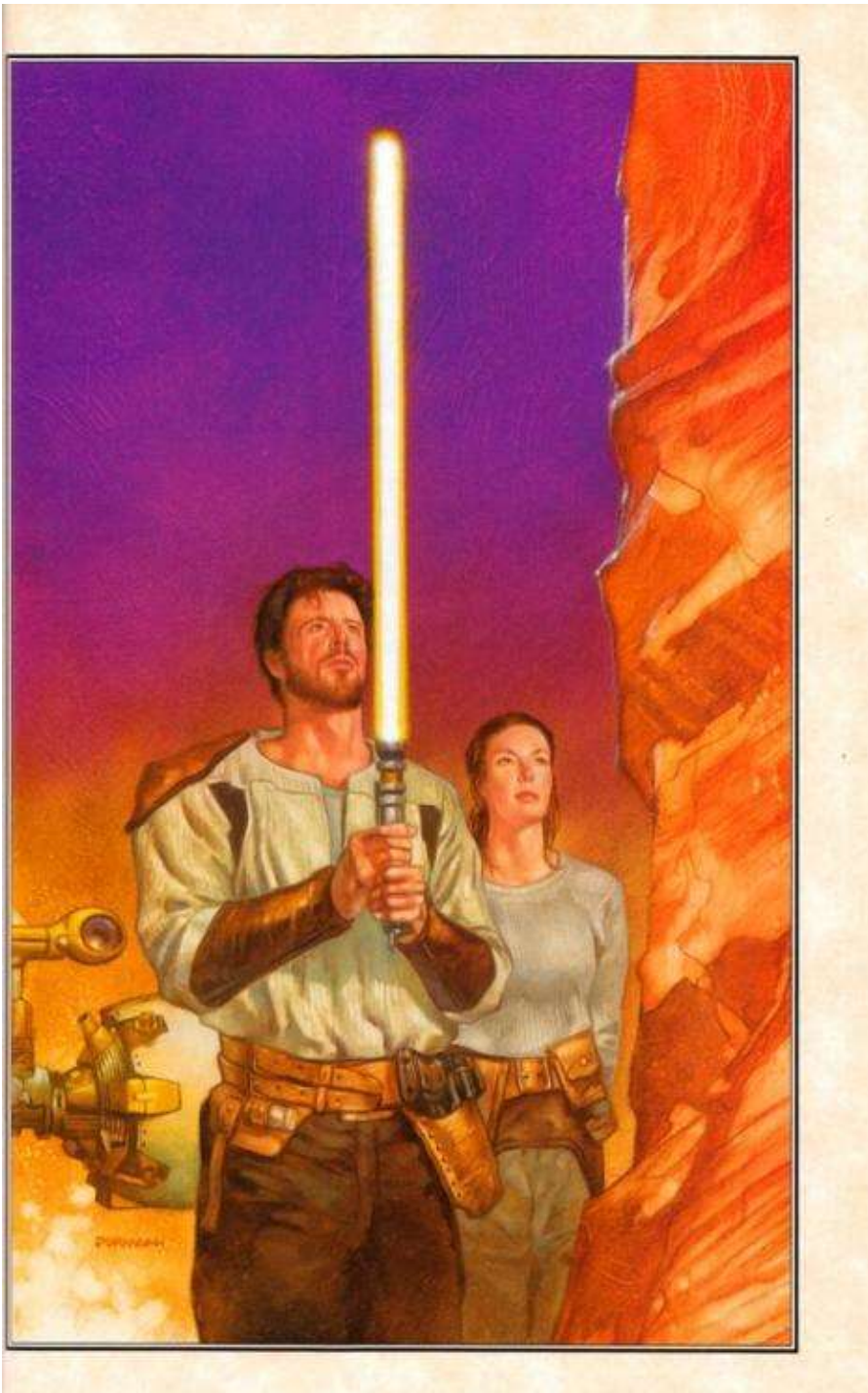
Kyle bajó la mirada hacia el hombre que tenía delante y sintió una extraña sensación de compasión. Ahí estaba, físicamente impotente, pero aún con la esperanza de atraer a Kyle o, en su defecto, asegurarse una muerte rápida e indolora.

El rebelde negó con la cabeza.

—No, no lo he olvidado, y nunca lo olvidaré —extendió la mano, sintió que el sable de luz del Jedi Oscuro golpeaba la superficie de la palma, y entonces arrojó el arma a Jerec.

Jerec se regocijó por la estupidez del agente, se puso en pie de un salto y pulsó el interruptor de encendido. Energía crepitó mientras avanzaba, y Kyle se adelantó para recibirlo. El rebelde pivotó sobre el pie derecho, ejecutó lo que Tal llamaba la «hoja cayendo» y «acuchilló desde el cielo».

Jerec titubeó, cruzó el arma ante él y esperó el inevitable resultado. Algo cálido le tocó el costado, cortó hacia dentro y se detuvo justo al lado de su columna vertebral. Le llevó un momento a Jerec entender lo que era, darse cuenta de que su vida había llegado al final… y comenzar un largo y oscuro viaje.



Jan llegó al lado de Kyle cuando el cuerpo de Jerec comenzó a caer.

Pareció perder sustancia cuando la Fuerza lo abandonó, y aterrizó como una sombra en el suelo.

Mientras tanto, las antiguas ataduras que Jerec había trabajado tan arduamente por reparar se habían visto tensadas por la reciente perturbación. Ahora, sometidas a aún más estrés a medida que los prisioneros se lanzaban sobre ellas, el tejido invisible que componía las ataduras comenzó a romperse. Uno de los espíritus más activos divisó la brecha, se deslizó a través, y fue seguido rápidamente por otro. ¡La maldición estaba rota!

Un coro invisible gritó de alegría, rodeó el Valle y se perdió en el cielo. Un jubiloso canto se oía y los espíritus cabalgaban sobre el viento hacia la atmósfera… Kyle sintió un escalofrío recorrer su espalda mientras las voces le daban las gracias, una tras otra. Y

luego se marchaban. Kyle sabía que el Ejército de la Luz se había embarcado en un último viaje, que su misión había llegado a su fin.

La «tormenta» continuó por lo que pareció mucho tiempo, pero no fueron más que unos minutos. Finalmente, después de que el viento se calmara y un último aullador hubiera seguido al resto a la libertad, los rebeldes se volvieron.

El camino de vuelta a través de los monumentos fue lento, casi reverencial, y terminó frente a un largo muro de piedra. Kyle giró en respuesta a una serie de cliqueos, zumbidos y pitidos, vio a WeGé y sonrió.

—¡Weg! ¡Has sobrevivido al choque! Me alegra que nos hayas encontrado.

El droide chirrió feliz y se impulsó hacia delante.

Kyle se volvió hacia la pared, activó su sable y lo blandió dirigiéndolo cuidadosamente. Una sección de piedra cayó y aterrizó a sus pies.

WeGé giró su fotorreceptor en dirección a Jan, y ella se encogió de hombros.

El rebelde, ajeno al intercambio a sus espaldas, se arrodilló ante la pared.

—Gracias, padre —dijo, y Jan, quien se había acercado lo suficiente para ver, vio dos relieves recién tallados. Ella había visto holos de Morgan Katarn… y lo reconoció. La otra cara era nueva para ella, pero

Kyle se lo había descrito con frecuencia, y sabía que era Rahn. Hubo un momento de silencio mientras Kyle inclinaba la cabeza y fluía con la Fuerza.

Luego, con la mano de Jan en la suya y WeGé siguiéndolos por detrás, los rebeldes dejaron el Valle y salieron a la luz del sol. Y fue entonces, en ese preciso momento, cuando la profecía se hizo realidad…

Un caballero había venido, una batalla se había librado, y los prisioneros eran libres.

William C. Dietz ha publicado diecisiete novelas de ciencia ficción, la última de las cuales, *Steelheart*, fue lanzada en agosto de 1998. Dietz pasó un tiempo en la Marina, se graduó en la Universidad de Washington, y ha ostentado diversos empleos como técnico quirúrgico, escritor de noticias, instructor universitario, director de televisión, y director de relaciones públicas. Vive en el área de Seattle con su esposa, dos hijas, y dos gatos. Le gusta el buceo, el piragüismo, y la lectura de libros.

Dave Dorman es un ilustrador ganador del Premio Eisner que ha estado trabajando como profesional desde 1979. Es conocido por sus

representaciones fotorrealistas en materia de acción y ciencia ficción. Ha ilustrado libros, cómics, películas, y juegos, incluyendo las series *Aliens*, *Indiana Jones*, y *Star Wars* de Dark Horse, Berkley, y Del Rey. Su trabajo también se exhibe en la novela gráfica nominada al Premio Bram Stoker *Dead Heat; Aliens: Tribes*, y en una colección de libros de su arte, *Star Wars: The Art of Dave Dorman*.

Notas

[1] CG; Cuartel General. En el original, HQ (Headquarters). (N. del T.). < <

[2] OT; Objetivos-Terrestres. En el original, GT (Ground-Targeting). (N. del T.). < <